

CUARTA PARTE.

LA CONQUISTA.

HISTORIA ANTIGUA

Y DE LA

CONQUISTA DE MÉXICO

POR EL

LIC. MANUEL OROZCO Y BERRA,

Vice-presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística, Socio de número de la Academia Mexicana, Individuo correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, de Madrid; Honorario de la Sociedad Arqueológica de Santiago de Chile, Sociedad Geográfica de Roma, Sociedad Arqueológica de Paris y Congreso internacional de Americanistas; Socio de número de la Sociedad de Historia Natural, y Honorario de las Sociedades Minera, Humboldt, Andres del Rio, &c., &c.

SE IMPRIME ESTA OBRA A EXPENSAS Y POR ORDEN DEL SUPREMO GOBIERNO DE LA REPUBLICA MEXICANA.

Escribo bajo el influjo de lo que he visto, leido ó calculado, y siempre buscando la verdad y la justicia. Respeto la religion, y sigo confiado por el camino del progreso que es a ley impuesta á la humanidad. Subordino mis ideas á estos principios: Dios, la patria y la familia.

Tomo Cuarto.

MÉXICO.

TIPOGRAFÍA DE GONZALO A. ESTEVA,
San Juan de Letran número 6.
1880.

Á LOS SEÑORES

Don Joaquin García Icazbalceta y Don Francisco Sosa,

COMO UNA MUESTRA

DEL RECONOCIMIENTO Y DE LA AMISTAD QUE LES PROFESO,

DEDICO ESTE VOLUMEN.

El Autor.

LIBRO I.

CAPITULO I.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Diego Velazquez.—Conquista de Cuba.—Pánfilo de Narvaez.—Andrés de Duero.—Hernando Cortés.—Su vida en España.—Su mansion en las islas.—Doña Catalina Xuarez la Marcaida.—Version de Gomara.—Rectificaciones de las Casas.—Bernal Diaz del Castillo.—Expedicion de Francisco Hernandez de Córdoba.—Descubrimiento de Yucatan.—Isla Mujeres.—Cabo Catoche.—Campeche ó pueblo de Lázaro.—Poton Chan ó Bahia de la Mala Pelea.—Regreso de los descubridores á Cuba.—Concesion de Yucatan al almirante de Flandes.—Expedicion de Juan de Grijalva.—Cozumel.—Bahia de la Ascencion.—Escaramuza en el pueblo de Lázaro.—Puerto Deseado.—Bahia de Términos.—Rio Grijalva ó Tabasco.—Tabzcoob.—Rio dos Bocas ó San Bernabé.—Aguayaluco ó la Rambla.—Rio Fenole ó de San Anton.—Rio Coatzacoalco.—Sierras de San Martin.—Rio Papaloapan ó Alvarado.—Rio Banderas.—Isla de Sacrificios.

ANTES de pasar adelante en la relacion de los sucesos, tendrémos que detenernos un poco dando cuenta someramente de lo que pasaba en la isla de Cuba ó Fernandina. Don Diego Velazquez, nacido en Cuellar, pasó á las Indias en el segundo viaje emprendido por Don Cristóbal Colon, en 1493, y despues de visitar una parte de las Antillas, se estableció en la Isla Española nombrada despues Santo Domingo; distinguióse en la conquista de la

isla, obteniendo cargos, así de Don Bartolomé Colon hermano del almirante, como del comendador Don Nicolás de Ovando, quien en 1501 sucedió á Bobadilla: hízose muy rico, logrando grandes consideraciones entre los colonos. Tomado el cargo de gobernador por Don Diego Colon, determinó éste, hacer la conquista de Cuba, y nombró por capitan y su teniente en la isla á Diego Velazquez; al rumor de la expedicion se alistaron unos 300 hombres, los cuales se recogieron en el puerto nombrado Salvatierra de la Zabana, en tres ó cuatro naves, hácia fines de 1511. (1) Los conquistadores desembarcaron en el puerto de Palmas, provincia de Mayci, en donde gobernaba un cacique nombrado Hatuey, quien combatió lo poco que pudo, refugiándose en seguida en las montañas; perseguido, cautivado y sentenciado á ser quemado vivo, estando atado á un palo, se le acercó un religioso franciscano y le dijo, sería bueno que muriese cristiano y se bautizase; "respondió, que ¿para qué había de ser co-"mo los cristianos, que eran malos? Replicó el Padre, porque los "que mueren cristianos van al cielo y allí están viendo siempre á "Dios y holgándose; tornó á preguntar si iban al cielo cristianos, "dijo el Padre que sí iban los que eran buenos: concluyó diciendo "que no quería ir allá, pues ellos allá iban y estaban. Esto acaeció "al tiempo que lo querían quemar, y así luego pusieron á la leña "fuego y lo quemaron." (2)

Diego Velazquez "tenía condicion alegre y humana, y toda su "conversacion era de placeres y gasajos como entre mancebos no "muy disciplinados, puesto que á sus tiempos sabía guardar su au-"toridad y quería que se la guardasen."...... "Era muy gentil "hombre de cuerpo y de rostro, y así amable por ello: algo iba en-"gordando, pero todavía perdía poco de su gentileza; era prudente, "aunque tenido por grueso de entendimiento, pero engañólos con "él." (3) Mostróse ingrato con su favorecedor Don Diego Colon.

El año 1512, procedente de Jamaica, en donde había estado por conquistador, pasó á Cuba un hidalgo nombrado Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, al frente de treinta flecheros españoles muy

(1) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. XXI.—Gonzalo Fernandez de Oviedo, Historia general y natural de las Indias, Madrid, 1851, lib. XVII, cap. III.—Herrera, déc. I, lib. IX, cap. IV.

(2) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. XXV.

(3) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. XXI.

ejercitados en aquella arma; sirvió en la conquista de la isla, llegando á ser segundo de Velazquez. "Este Pánfilo de Narvaez era "un hombre de persona autorizada, alto de cuerpo, algo rubio, "que tiraba á ser rojo, honrado, cuerdo, pero no muy prudente, de "buena conversacion, de buenas costumbres, y tambien para pelear "con indios esforzado, y debíalo ser quizá con otras gentes, pero so-"bre todo tenía esta falta, que era muy descuidado." (1)

Al pasar á Cuba llevaba dos secretarios el Diego Velazquez; llamábase el uno Andrés de Duero "tamaño como un codo, pero cuer-"do y muy callado y escribía bien. Cortés le hacía ventaja en ser "latino, solamente porque había estudiado leyes en Salamanca, y "era en ellas bachiller, en lo demás era hablador y decía gracias, "y más dado á comunicar con otros que Duero, y así no tan dispues-"to para ser secretario." (2)

Llamábase el segundo secretario Hernando Cortés. Nos importa conocerle detenidamente. Fué hijo de Martin Cortés y Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, hidalgos pobres aunque bien honrados: (3) despues, cuando su hijo iba á ser declarado marqués, siguiendo las costumbres de la época fué preciso entroncarle con nobles ascendientes; (4) como si este varon, hijo de sus propias acciones, no tuviera la más gloriosa ejecutoria en la Historia de México. Hernando Cortés nació el año 1485, en Medellin, lugar de Extremadura. De salud débil en los primeros años, varias veces estuvo á punto de muerte; sus padres echaron suertes entre los doce apóstoles para sacarle un patron, saliéndole San Pedro, á quien tuvo siempre particular aficion, (5) "y regocijaba cada un año su dia, "en la iglesia y en su casa, donde quiera que se hallase." (6)

(1) Casas, lib. III, cap. XXVI.—Herrera, déc. I, lib. IX, cap. VII.

(2) Casas, lib. III, cap. XXVII.

(3) "Hijo de un escudero que yo cognoscí, harto pobre y humilde, aunque cris-"tiano viejo y dicen que hidalgo." Casas, lib. III, cap. XXVII. Siendo honrados, de nada necesitaban la nobleza.

(4) Prescott, tom. I, pág. 167, nota 2, dice:—"Argensola, sobre todo, ha emprendido grandes trabajos para averiguar la prosapia de Cortés, á quien hace descender (sin poner la menor duda), de Narnés Cortés, rey de Lombardía y de Toscana. Anales de Aragon (Zaragoza 1630) págs. 621 y 625. Caro de Torres, Historia de las Ordenes Militares (Madrid, 1629), fól. 103."

(5) Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana, por Don Lúcas Alaman, tom. II, pág. 4.

(6) Gomara, Crónica de la Nueva España, cap. I.

A los catorce años, es decir, hácia 1499, le enviaron á Salamanca á estudiar, pasando dos años hospedado en casa de Francisco Nuñez de Varela, casado con Inés de Paz, hermana de su padre. De génio inquieto, hácia 1501 tornó á la casa dejando los estudios, cosa que mucho llevaron á mal sus padres y se enojaron con él, pues le destinaban á la carrera de jurisprudencia, profesion tenida en grande estima. (1) Siguiendo su gusto por las aventuras, habiendo perdido otro año más en inútil ociosidad, á los diez y siete de su vida pensó en seguir la carrera de las armas, vacilando entre alistarse en los tercios del Gran Capitan Gonzalo de Córdova, ó pasar á las Indias con el comendador de Lares Don Nicolás de Ovando; adoptó esto segundo, porque Ovando le conocía y le llevaría encargado: pero no pudo cumplir el propósito, pues queriendo escalar una pared ruinosa para hablar á una mujer con quien trataba amores, se derribó el muro cogiéndole debajo los escombros. "Poco faltó "para que así medio enterrado como estaba le atravesara un vecino "con su espada, si no fuera porque saliendo una vieja de su casa, "en cuya puerta vino á chocar con estrépito el broquel que Cortés "llevaba, detuvo á su yerno, que tambien había acudido al mismo "ruido, rogándole que no hiriese á aquel hombre hasta saber quién "fuese. De suerte que á aquella vieja debió Cortés su salvacion en este primer lance." (2) De la caida quedó enfermo por algun tiempo, sobreviniéndole además unas cuartanas.

Ya sano, con el intento primero de ir á Italia se dirigió á Valencia en donde se detuvo "devaneando, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año." Retornó á Medellin, se decidió por pasar á las Indias, dándole sus padres la bendicion, y dineros para el viaje. Esta es la primera faz de la vida de Cortés, pintada por su biógrafo en estas palabras: "Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres; ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas." (3)

Á les diez y nueve años de edad, 1504, tomó pasaje en la nave de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que en conserva

(1) De rebus gestis Ferdinandi Cortesii, fragmento anónimo, texto latino y traduccion castellana por Don Joaquin García Icazbalceta. Documentos para la Historia de México, tom. I, pág. 311.—Gomara cap. I.

(2) De rebus gestis, pág. 312.

(3) Gomara, Crón. cap. I.

de otras cuatro naos cargadas de mercaderías se hicieron á la vela de San Lúcar de Barrameda; juntas llegaron á la Gomera, isla del grupo de las Canarias, escala obligada en la navegacion para las Indias. Pensando alcanzar su destino ántes que sus compañeros, para vender mejor las mercancías, Quintero dejó de noche la isla, haciéndose secretamente al mar, pero les cargó tanto el tiempo que se quebró el mástil, teniendo que tornar á la Gomera y rogar á los otros le esperasen hasta reparar las averías. Partieron despues todos juntos y cuando estuvieron engolfados, el aleve Quintero soltó las velas á su ligera embarcacion, separándose de la escuadrilla; mas tambien aquella vez recibió castigo, Sea porque el piloto Francisco Niño de Huelva no sabía gobernar la nave, sea porque de intento la derrotaron los Quintero, llegó dia en que no sabían donde estaban, acrecentándose el apuro por la falta de víveres y agua; estando en esta tribulacion, el viérnes santo, al ponerse el sol, sentóse una paloma en la gávia, de donde infirieron los marineros la proximidad de tierra y siguiendo la direccion del vuelo de la paloma al huirse, Cristóbal Zorro descubrió la tierra en la pascua, y cuatro dias despues entraron en el puerto de Santo Domingo, en donde hacía dias estaban en seguridad y con buenos provechos los otros cuatro navios. (1)

La ciudad y puerto de Santo Domingo, en la Isla Española, quedaba situada en la embocadura del rio Ozamá; no estaba ahí el gobernador Don Nicolás de Ovando; mas su secretario Medina, luego que supo la llegada de Cortés, de quien era amigo, salió á recibirle, le hospedó en su casa, é informándole del estado de la isla, le aconsejó se asentara por vecino de la ciudad. "Cortés que pensaba lle-
" gar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que más que-
" ría ir á coger oro." (2) Prescott, en su estilo pintoresco, traduce estas frases diciendo: " Es que yo vengo á adquirir oro, replicó Cor-
" tés, no á labrar la tierra como un rústico. (3) " Oí decir, dice Ber-

(1) Gomara, Crón. cap.—De rebus gestis, pág. 312 y sig. No falta quien inter prete la presencia de la paloma como milagro obrado para salvar á Cortés, ó como augurio de su vida futura: el agüero debería sacarse de la conducta de Quintero. El viérnes santo del año 1504 cayó á cinco de Abril; la pascua fué del 7 al 9, término dentro del cual se descubrió tierra, de manera que hácia el 12 ó 13 tomó puerto la derrotada nave.

(2) Gomara, Crón. cap. III.

(3) Prescotl, Hist. de la Conquista, tom. I, pág. 170.

"nal Díaz, (1) que cuando mancebo, en la isla Española, fué algo "travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con "hombres esforzados y diestros, y siempre salió con vitoria; y tenía "una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban "bien en ello, se le parecía, mas cubriánselo las barbas." Estas palabras dan, como puntos salientes de esta segunda faz de la vida de Cortés, lo codicioso y galanteador.

Segun su resolucion, marchóse de la ciudad al campo para coger oro; mas vuelto Nicolás de Ovando á Santiago, le mandó llamar, tratándole bien y asentándole por vecino. Poco despues se alzaron de guerra las provincias de Baoruco, Aniguayagua é Higuey, movidas por Anacoana; Cortés hizo la campaña á las órdenes de Diego Velázquez, se distinguió por su bravura, y terminada la pacificacion, dióle Ovando ciertos indios en tierra de Daiguao, con la escribanía de la villa de Azua, acabada de ser fundada: aquí vivió de cinco á seis años, ocupado en granjerías. En 1510 pretendió pasar á Veragua, tomando parte en las empresas de Alonso de Hojeda y de Diego de Nicuesa, estorbándoselo un tumor que le salió en la corva derecha; sin este contratiempo quién sabe cómo habría cambiado la suerte del conquistador de México. (2)

Nicolás de Ovando cesó en la gobernacion de la Española, por la venida de Don Diego Colon, hijo del almirante: poco despues quedó dispuesta la conquista de Cuba, 1511, dando el mando de la expedicion á Diego Velázquez, "soldado veterano, práctico en cosas de "guerra, pues sirvió diez y siete años en la Española, hombre hon-"rado, conocido por su riqueza, linaje y crédito: ambicioso de glo-"ria y algo más de dinero." (3) Cortés se alistó en el ejército, llevando cargo de oficial del tesorero Miguel de Pasamonte: durante la conquista, se distinguió por su valor, aprendió el modo de combatir á los indios, supo ganarse la amistad de los soldados por su carácter alegre y dichos agudos, logrando hacerse querer y distinguir de su jefe: en premio de sus servicios fué admitido por vecino en Santiago de Baracoa, y al ser repartida la isla le tocaron los indios de Manicarao, en compañía de Juan Xuárez. Se ocupó en gran-

(1) Hist. verdadera, cap. CCIV.

(2) Gomara, Crón. cap. III.—De rebus gestis, pág. 317 y sig.

(3) De rebus gestis, pág. 318.

gerías, crió vacas, ovejas y yeguas, "y así fué el primero que allí "tuvo hato y cabaña. Sacó gran cantidad de oro con sus indios y en "breve llegó á ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de "Andrés de Duero, que trataba." (1)

Había pasado á la Española, año 1509, en compañía de la vireina Doña María de Toledo, esposa de Don Diego Colon, una familia de Granada compuesta del padre, Diego Xuarez, de la madre María de Marcaida, de cuatro hijas bien parecidas, y el hermano Juan Xuarez, compañero de Cortés en el repartimiento; eran pobres los padres y vinieron á Indias con proyecto de casar á sus hijas con hombres ricos. No logrado el intento en la Española, pasaron á Cuba, á vivir sin duda á la sombra de Juan. Siendo pocas las españolas residentes en la isla, y las Xuarez mozas de buen parecer, las festejaban mucho, y Cortés entró en relaciones con Catalina Xuarez la Marcaida, con la cual, aunque despues se casó, tuvo primero muchas pendencias, "ca no la quería él por mujer, y ella le demandaba la "palabra." (2) Diego Velazquez favorecía á la Catalina por amores que tenía con una de sus hermanas.

Por este motivo ó porque los émulos de Cortés inventaron que los descontentos contra Velazquez se reunían en su casa, Cortés, despues de ser tratado mal de palabra por el gobernador, fué puesto preso en la fortaleza de la ciudad bajo la custodia del alcaide Cristóbal de Lagos; poco duró ahí, pues quebró el pestillo del candado, tomó la espada y rodela del alcaide, se descolgó por una ventana y se refugió en la iglesia. Velazquez riñó á Cristóbal de Lagos, atribuyendo la evasion del preso á soborno ó miedo del guardian. (3) Cortés, ya en el asilo de la iglesia, burló las artes del gobernador quien pretendió sacarle por engaño ó fuerza; pero un dia se descuidó, al salir á pasearse como de costumbre delante de la puerta del templo, se abrazó con él el alguacil Juan Escudero, ayudado por otro logró sujetarle, siendo llevado de nuevo á una nave surta en el puerto. En aquella prision le preocupaba la idea de ser deportado á la Española ó á España mismo: así resolvió huir. Despues de muchas tentativas logró soltarse de la cadena, trocó los vestidos por los del

(1) Gomara, Crón. cap. IV.
(2) Gomara, Crón. cap. IV.
(3) De rebus gestis, pág. 326.

criado que le servía, por el agujero de la bomba salió sobre cubierta, sin ser sentido se deslizó por el costado de la nave al esquife, soltó la cuerda del esquife de otro barco anclado ahí inmediato, á fin de evitar le persiguieran y poniendo mano al remo se dirigió á la playa. Rechazado por la corriente del rio Macaguanigua y por el reflujo del mar, se ató á la cabeza unos papeles importantes que llevaba, se arrojó al agua y como diestro nadador alcanzó la tierra. Dirigióse á la casa de Juan Xuarez, en donde tomó espada, broquel y coraza, yendo á tomar otra vez asilo en la iglesia. (1)

Mirando el valor de su contrario, Velazquez envió ciertas personas á Cortés para proponerle ser amigos como primero, á lo cual Cortés no asintió; casóse con Catalina para vivir en paz, y no quiso hablar al gobernador en muchos dias. Por entónces salió Diego Velazquez contra los indios alzados; Cortés previno á su cuñado Juan Xuarez, le sacara fuera de la ciudad una lanza y ballesta; en anocheciendo se salió de la iglesia, tomó las armas en el campo, dirigiéndose á la granja en donde estaba alojado el gobernador. "Llegó "tarde, y á tiempo de que miraba Diego Velazquez el libro de la "despensa. Llamó á la puerta, que abierta estaba, y dijo al que "respondió cómo era Cortés, que quería hablar al señor gobernador, "y tras esto entróse dentro. Diego Velazquez temió, por verle ar- "mado y á tal hora. Rogóle que cenase y descansase sin recelo: él "dijo que no venía sino á saber las quejas que de él tenía, y á sa- "tisfacerle, y á ser su amigo y servidor. Tocáronse las manos por "amigos, y despues de muchas pláticas se acostaron juntos en una "cama, donde los halló á la mañana Diego de Orellana, que fué á "ver al gobernador y á decirle cómo se había ido Cortés. De esta "manera tornó Cortés á la amistad que primero con Diego Velaz- "quez, y se fué con él á la guerra." (2)

Tal es la version de Gomara, no solo admitida, sino abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oígamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al verídico Casas. Segun él, Cortés era secretario de Diego Velazquez. Habiendo venido á Cuba la noticia de ser llegados á la Española los jueces de apelacion, los quejosos contra el gobernador hicieron informaciones secretas, las

(1) Gomara, Crón. cap. IV.—De rebus gestis pág. 328 y sig,

(2) Gomara, Crón. cap. IV.—De rebus gestis, pág. 332.

cuales determinaron confiar á Hernando Cortés por considerarle atrevido para pasar en una canoa de indios la brava mar que separa ambas islas.—" A éste, como comencé á decir, hallaron los quejosos aparejado para llevar sus quejas, cartas y despachos, ó porque él estaba tambien quejoso de su amo Diego Velazquez; estando para se embarcar en una canoa de indios con sus papeles, fué Diego Velazquez avisado y hízolo prender y quísolo ahorcar. Rogáronle muchas personas por él, mandólo echar en un navío para enviallo preso á esta isla Española, soltóse por cierta manera del navío y metióse de noche en el batel, y vínose á la iglesia, y estuvo allí algun dia; un Juan de Escudero, que era alguacil (que él despues ahorcó en la Nueva España, aguardó su tiempo, y paseándose Cortés fuera de la iglesia, lo tornó á prender. Crecida la ira en Diego Velazquez, túvole muchos dias preso, y al cabo (Diego Velazquez era bien acondicionado y durábale poco el enojo), rogándole muchos por él, que lo perdonase, hóbolo de hacer, pero no le quiso tornar á rescebir en su servicio de secretario."

" Gomara, clérigo, que escribió la Historia de Cortés, que vivió con él en Castilla siendo ya Marqués, y no vido cosa ninguna, ni jamás estuvo en las Indias, y no escribió cosa sino lo que el mismo Cortés le dijo, compone muchas cosas en favor dél, que, cierto, no son verdad, y entre otras, dice, hablando en el principio de la conquista de México, que no quiso hablar en muchos dias de enojado á Diego Velazquez, y que una noche fué armado á donde Diego Velazquez estaba solo con sólos sus criados, y que entró en la casa, y que temió Diego Velazquez cuando lo vió á tal hora y armado, y que le rogó que cenase y descansase, y Cortés respondió que no venía sino á saber las quejas que tenía dél, y á satisfacerle y á ser su amigo y servidor, que se tocaron las manos por amigos, y que durmieron ambos aquella noche en una cama. Esto es todo gran falsedad, y cualquiera cuerdo puede fácilmente juzgar aun de las mismas palabras que, en su compostura, Gomara, su criado y su historiador, allí dice, porque siendo Diego Velazquez, Gobernador de toda la isla, como él allí concede, y Cortés un hombre particular; dejado aparte de ser su criado y secretario, y que le había tenido preso y querido ahorcar, y que lo pudiera hacer justa ó injustamente, ¡que díga Gomara que no le quiso hablar por muchos dias, y que había ido armado á preguntar qué quejas tenía dél, y que iba

á ser su amigo, y que se tocaron las manos, y que durmieron aquella noche en una cama! Yo vide á Cortés en aquellos dias, ó muy pocos despues, tan bajo y tan humilde, que del más chico criado que Diego Velazquez tenía quisiera tener favor; y no era Diego Velazquez de tan poca cólera, ni aun de tan poca gravedad, que aunque por otra parte cuando estaba en conversacion era muy afable y humano, pero cuando era menester, y si se enojaba, temblaban los que estaban delante dél, y quería siempre que le tuviesen toda reverencia, y ninguno se sentaba en su presencia aunque fuese muy caballero, por lo cual, si él sintiese de Cortés una punta de alfiler de cerviguillo y presuncion, ó lo ahorcara, ó á lo ménos lo echara de la tierra y lo sumiera en ella sin que alzara cabeza en su vida. Así que Gomara mucho se alarga imponiendo á Cortés, su amo, lo que en aquellos tiempos, no sólo por pensamiento estando despierto, pero ni durmiendo, por sueños, parece poder pasarse. Pero como el mismo Cortés, despues de Marqués, dictó lo que había de escribir Gomara, no podía sino fingir de sí todo lo que le era favorable; porque como subió tan de súpito de tan bajo á tan alto estado, ní aun hijo de hombre, sino de Júpiter desde su orígen quisiera ser estimado. Y así, deste jaez y por este camino fué toda la historia de Gomara ordenada, porque no escribió otra cosa sino lo que Cortés de sí mismo testificaba, con que al mundo, que no sabía de su principio medio y fin cosa, Cortés y Gomara encandilaron, como abajo, placiendo á Dios amador de verdad, parecerá."

"Lo cual por agora dejado, despues que Diego Velazquez determinó que se hiciesen pueblos ó villas de españoles en las provincias de aquella isla, y repartió los indios á los tales vecinos, como la historia dirá, perdido todo el enojo de Cortés, dióle tambien indios y su vecindad, y tractóle bien, y honróle haciéndole Alcalde ordinario en la villa, que despues fué ciudad de Santiago, donde lo había avecindado; porque desta condicion era, cierto, Diego Velazquez, que todo lo perdonaba pasado el primer ímpetu, como hombre no vindicativo sino que usaba de benignidad. Tambien de su parte Cortés no se descuidaba de serville y agradalle, y no enojalle en cosa chica ni grande, como era astutísimo, de manera que del todo tornó á ganalle, y á descuidalle, como de ántes."

"Tuvo Cortés un hijo ó hija, no sé si en su mujer, y suplicó á Diego Velázquez que tuviese por bien de se lo sacar de pila en el

baptismo y ser su compadre, lo que Diego Velázquez aceptó, por honralle, de buena voluntad. Todas estas honras y favores, que dió y hizo á Cortés, se le tornaron en daño y perjuicio á él por el desagradecimiento de Cortés. Dióse buena priesa Cortés, poniendo diligencia en que los indios que le había repartido Diego Velázquez, le sacasen mucha cantidad de oro, que era el hipo de todos, y así le sacaron dos ó tres mil pesos de oro, que para en aquellos tiempos era gran riqueza; los que por sacarle el oro murieron, Dios habrá tenido mejor cuenta que yo. Porque dije que tenía mujer, así fué, que en el tiempo de sus disfavores Cortés se casó con una doncella, (aunque Gomara parece decir que primero la hobo), hermana de un Juan Suárez, natural de Granada, que allí había pasado con su madre, gente pobre, y parece que le había de haber prometido que se casaría con ella y despues lo rehusaba. Y dice Gomara, que porque no quería casarse y cumplir la palabra, estuvo Diego Velázquez mal con él, y no era fuera de razon ni de justicia, pues era Gobernador, y aunque no lo fuera. Así, que casóse al cabo, no más rico que su mujer; y en aquellos dias de su pobreza, humildad y bajo estado, le oí decir, y estando conmigo me lo dijo, que estaba tan contento con ella, como si fuera hija de una Duquesa." (1)

En nuestra opinion particular, satisface más á la razon, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinion de Casas que la de Gomara.

Hacía 1515 ó 16, pasó á Cuba un voluntario llamado Bernardo, aunque generalmente conocido por Bernal Díaz del Castillo; era natural de Medina del Campo, en Castilla la vieja, muy jóven abandonó su patria, embarcándose el año 1514, en la flota de Pedro Arias de Avila, quien venía por gobernador de Tierra Firme, Llegado á Nombre de Dios, declaróse una pestilencia entre los soldados, y como sobrevinieran diferencias entre Pedro de Arias y Vasco Núñez de Balboa, muchos voluntarios, entre ellos Bernal Díaz, dejaron el Darien para venirse á Cuba, en donde fueron bien recibidos por Diego Velázquez, quien les ofreció darles indios en repartimiento. El bravo conquistador Bernal Díaz, poco conocido por las hazañas que remató en el Nuevo Mundo, es conocido en todas las Indias y preocupa á la Fama por su sabrosa y nunca bien pondera-

(1) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. XXVII.

da crónica, Verdadera Historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España.

Los soldados venidos de la Tierra firme, estando en espera de los repartimientos que no llegaban, sin quehacer ni modo de ganar la vida, se reunieron tambien con los desocupadosde Cuba, á fin de emprender una de aquellas expediciones, tan comunes entónces, para saltear los indios en las islas de los Guanajos y venderlos en la isla por esclavos. Como armadores reuniéronse tres personas, Francisco Hernández de Córdoba, nombrado capitan, Cristóbal de Morante y Lope Ochoa de Caicedo; compraron dos navíos y, segun Bernal Díaz, (1) el tercer buque le proporcionó Diego Velázquez, á condicion de que se le pagaría en esclavos, cosa que rehusaron los expedicionarios: esta repulsa hace honor al cronista, mas se contradice con otros testimonios. Pertrechadas las tres naves, recibieron por pilotos á Anton de Alaminos, quien siendo mozo y grumete se habia hallado con Don Cristóbal Colon, en el viaje de 1502; los otros dos pilotos fueron Camacho de Triana y Juan Alvarez, el Manquillo de Huelva: iba por veedor para recoger el quinto, perteneciente al rey, un soldado, por nombre Bernardino Iñiguez, natural de Santo Domingo de la Calzada; por capellan tomaron al clérigo Alonso González, residente en la villa de San Cristóbal. (2) Alistáronse hasta ciento diez hombres, " y todos á sueldo ó á partes, que es decir que " tuviesen su parte, cada uno, de los indios que salteasen, y del oro " y de otros provechos que hobiesen." (3)

XII calli 1517. Salió la armada del puerto de Santiago ó Ajaruco á 8 de Febrero, (4) dirigiéndose á puerto Príncipe, en donde los armadores tomaron carne, agua, leña y otras cosas para el viaje. Aquí dijo Alaminos á Córdoba, que abajo de Cuba y hacia al Poniente debía haber muy buenas tierras, pues esto le pareció á D. Cristóbal Colon cuando por ahí navegaba y que por faltarle los navíos no prosiguió aquel camino; tomó á pechos la indicacion Francisco Hernandez, por lo cual despachó correos á Diego Velazquez pidiéndole licencia para que, caso de descubrir alguna nueva tierra, tomasen posesion de ella en su nombre como teniente de goberna-

(1) Hist. verdadera, cap, I.
(2) Bernal Díaz, cap. I,—Herrera, déc. II, lib. II, cap. XVII.
(3) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. XCVI.
(4) Bernal Diaz, cap. II.

dor por el rey; "el cual se la envió larga, como Francisco Hernandez, que la pidió, deseaba." (1)

Doblado el cabo de San Anton en la tierra llamada de los Guanatavais, la escuadrilla navegó resueltamente al O. sobre un mar desconocido; despues de algun tiempo sobrevino una tempestad que por dos dias la puso en peligro de perderse; cuando abonanzó la mar, tras una navegacion incierta de veintiun dias, se vió una isla pequeña á la cual llamaron de Mujeres. Es una islita hacia la punta NE. de la península de Yucatan, y la llamaron de Mujeres por haber encontrado las estátuas de las diosas Xchel, Ixchebeliax y otras, adoradas por los naturales. Desde ahí se veía la costa de una tierra desconocida y nunca hallada, y en ella una poblacion, mucho mayor que ninguna de las vistas en las islas, á la cual pusieron nombre de Gran Cairo. El barco de menor calado se acercó á la costa á registrar si había puerto. El cuatro de Marzo se acercaron á vela y remo (2) cinco grandes canoas llenas de gente, vasallos de los Cocom; á falta de intérpretes se entendieron por señas, registraron las naves, comieron el tocino y cazabe (3) que les ofrecieron, recibieron un sartal de cuentas verdes y se despidieron dando á entender volverían. Al siguiente cinco de Marzo, tornó el jefe maya con doce canoas y haciendo señas á los extrangeros de que bajasen á tierra, repetía *Conex c otoch*, *Conex c otoch*, esto es, venid, avanzad hasta nuestras casas: (4) de estas palabras, mal cogidas al oido, llamaron los castellanos al lugar, cabo Catoche, nombre que aún conserva. Vencidos por aquellas muestras de amistad, aunque no del todo confiados, los descubridores tomaron los bateles de los barcos, se armaron lo mejor posible y pusieron los piés en tierra firme. Insistiendo el jefe indio en llevarles á su pueblo, tras breve consul-

(1) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. XCVI.

(2) Así escribe Bernal Diaz, cap. II, añadiendo: "Son canoas hechas á manera de artesas, son grandes, de maderos gruesos y cavados por dentro y está hueco, y todas son de un madero macizo, y hay muchas de ellas en que caben en pié cuarenta y cincuenta indios." Ir las canoas con velas es prueba de estar muy adelantada la navegacion en Yucatan.

(3) Cazabe ó cazabí: torta delgada, hecha de la raiz de la *yuca agria,* exprimido el jugo venenoso, y cocida en el *buren,* manera de horno que dejamos ya definido. Esta especie de pan era muy general en las islas Española y Fernandina, y hoy lo sigue siendo en el interior de Cuba, donde se la apellida *cazabe.*" Oviedo.

(4) Carrillo, Compendio de la Hist. de Yucatan, pág. 105 y 106.

ta se pusieron en camino con quince ballestas y diez escopetas; guiaba el jefe maya con apariencias de paz, más cuando todos estuvieron entre unos breñales, aquel dió grandes voces, apareciendo de presto grandes escuadrones de guerreros puestos en celada. Los mayas dispararon sus flechas, cerrando de cerca con sus picas; pero heridos por las armas de fuego, que por la primera vez veían, y recibidos á estocadas, despues de corto combate se dieron á huir, dejando quince muertos sobre el campo, mientras sus contrarios contaron quince heridos. Retiráronse los castellanos á las naos, llevándose dos indios que despues de bautizados tomaron los nombres de Julian y Melchor. Durante el combate, el clérigo González tomó los ídolos y objetos de oro de un templo cercano, los puso en unas arquillas que ahí había, que hizo cargar á dos indios de Cuba que con los descubridores iban, y los metió en los navíos. (1)

Los descubridores tomaron al O. reconociendo la costa, siguiéndola en su desarrollo hasta cambiar rumbo próximamente N. S.; en concepto de Alaminos aquella era isla. Faltos de agua, pues las pipas estaban descompuestas, vieron un pueblo y "hubimos de sal-" tar en tierra junto al pueblo, y fué un domingo de Lázaro, y á " esta causa le pusimos este nombre, aunque supimos que por otro " nombre propio de indios se dice Campeche." (2) Estando en llenar las pipas llegaron de paz como hasta cincuenta hombres, preguntándoles por señas que querian; "y señalaron con la mano que " si veniamos de hacia donde nace el sol, y decian *Castilan*, *Cas-* " *tilan*, y no mirábamos bien en la plática *Castilan*, *Castilan*." (3) Ahora es óbvio para nosotros comprender el sentido de esta palabra; ya se tome por corrupcion de *Castilla* ó mejor de *castellano*, la pregunta iba relacionada con las profecías de Kukulcan acerca de los hombres blancos y barbados, y con el conocimiento que ya tenían de los castellanos desde el naufragio de Gerónimo de Aguilar y de sus compañeros.

(1) Bernal Diaz, cap. II.--Herrera, dec. II, lib. II, cap. XVII.

(2) Campeche, en la costa occidental de Yucatan, en lengua maya Kimpech; puerto situado en 19° 50′ 45″ lat. N. y 8° 36′ 10, 3″ long. E. Ferrer y Cevallos. El año 1517 cayó el domingo de Lázaro á 22 de Marzo. Segun Oviedo el lugar se llamaba Campeche y se le nombró el Cacique de Lázaro. En las cartas antiguas se nombra el lugar *llazaro* ó *R. Campechi.*

(3) Bernal Diaz cap. III.

Saltando en tierra, cerca del pueblo, se adelantaron hasta un templo en donde vieron señales de un reciente sacrificio y entre otras figuras "unas señales como á manera de cruces;" (1) los mayas examinaron á los extranjeros con muestras de profunda admiracion. Estando en esto, llegaron unos indios cargados con carrizos secos, que pusieron en el suelo, apareciendo en seguida escuadrones ordenados de indios armados, del Cú salieron diez sacerdotes ó *papas* (2) con braseros de barro en las manos, con lumbre y copal, incensaron á los recien venidos y les dieron á entender se marchasen, ántes de que los carrizos á los cuales acababan de poner fuego quedaran consumidos. Temerosos los castellanos con el recuerdo de lo del cabo Catoche, recogieron sus pipas y se metieron en las naos.

Navegaron seis dias, de los cuales cuatro fueron de tempestad en que creyeron perderse, y faltos otra vez de agua desembarcaron á

(1) Bernal Diaz, cap. III. Fuera de esta mencion de la cruz, encontramos otras relativas al viaje de Hernandez de Córdoba.—"Entre estas gentes se hallaron cruces, segund yo oy al piloto que he dicho, Anton de Alaminos; pero yo téngolo por fábula, é si las auia, no pienso que las harían por pensar lo que hacían, en hacerlas, pues que en la verdad son ydólatras, y como ha parecido por la experiencia, ninguna memoria tenían ó avía entre aquella generacion de la cruz ó passion de Cristo, é aunque cruces oviesse entre ellos, no sabrian porque las hacian: é si lo supieron en algund tiempo (como se debe creer,) ya la avían olvidado." Oviedo, lib. XVII, cap. VIII.—"Allí se hallaron cruces de laton y palo sobre muertos." Gomara, hist. de las Indias, cap. LII.—Hablando de los santuarios de Acuzamil y Xicalanco, dice: "do iban á adorar á sus dioses: y entre ellos muchas cruces de palo y de laton." Gomara, loco cit, cap. LIV.—"En el reino de Yucatan, cuando los nuestros lo descubrieron hallaron cruces, y una de cal y canto, de altura de diez palmos, en medio de un patio cercado, muy lucido y almenado, junto á un muy solemne templo, y muy visitado de mucha gente devota, en la isla de Cozumel, que está junto á la Tierra Firme de Yucatan. A esta cruz se dice que tenían y adoraban por dios del agua-lluvia, y cuando había falta de agua, le sacrificaban codornices, como se dirá." Casas, Hist. apologética, cap. CXXIII: siguen interesantes noticias, acerca de ciertas creencias cristianas.—"En esta provincia de Cumaná, y quizá por mucha tierra, la costa abajo y arriba, sin alguna duda, tanbien se halló por nuestros religiosos, que allí algunos años trataron, reverenciar la cruz, y con ella se abroquelaban del diablo, salvo que la pintaban de esta manera X, y de esta ×, y quizas con otras revueltas que no llegaron á nuestra noticia; llamaban la cruz en su lengua *pumuteri*; la media sílaba luenga." Casas, Hist. apologética, cap. CXXV.—En el cap. CCXLVII, repite: "Ya digimos arriba como tenian en reverencia la cruz, y con ella se abroquelaban y mamparaban contra el diablo."

(2) Bernal Diaz, cap. III.—"Los cuales eran sacerdotes de los ídolos, que en la Nueva España comunmente se llaman papas: otra vez digo que en la Nueva España se llamán papas."

distancia de un pueblo nombrado Potonchan. (1) Estaban metidos dentro de unos maizales, cuando vinieron del pueblo algunos escuadrones de guerreros, callando y como en son de paz quienes les repitieron la pregunta de si venían de Oriente y la palabra *Castelan Castelan,* por señas respondieron que sí. Retiráronse en seguida, bien porque era hora de oscurecer, bien porque esperaban refuerzos: los castellanos pasaron la noche en los maizales, oyendo la grita de los contrarios y consultándose sin llegar á ninguna resolucion, acerca de lo que debian hacer. Al ser dia claro, los guerreros maya rodearon á los cristianos, empeñando un rudo combate cuerpo á cuerpo, sin aflojar por los estragos de las armas de fuego y de las espadas, oyéndose en la fuerza de la pelea voces que repetían, "*al Calachoni*, *al Calachoni*, que quiere decir que matasen al capitan." (2) Pero más de media hora resistieron los castellanos y mirándose perdidos formaron un cuerpo compacto, se abrieron paso por entre las filas enemigas, se arrojaron confusamente en los bateles haciéndolos zozobrar, no sin recibir gran daño, pues los maya les persiguieron hasta entrar en la misma mar. Los castellanos dejaron en el campo cincuenta muertos; Alonso Bote y un portugues viejo cayeron vivos en manos de los indios; sólo un soldado quedó ileso, pues los demas, tenía cada uno, de una hasta cuatro heridas, contando el capitan Francisco Hernandez doce flechazos, y nuestro buen Bernal Diaz tres, uno peligroso en el costado izquierdo. Tan completa fué la derrota, que en lo de adelante fué conocido el lugar, bajo el expresivo nombre de Bahía de la Mala Pelea. (3).

Los descubridores, por falta de marineros, quemaron la nave más

(1) El nombre verdadero es Poton-Chan, más dícesele Champoton y Potonchan lugar situado en la costa occidental de Yucatan.—"Llámase este puerto Pontonchan, y en las cartas de marcar le pusieron por nombre los pilotos y marineros *Bahía de Mala Pelea*" Bernal Diaz.—"Y llegaron á otra provincia que los indios llaman *Aguanil,* y el principal pueblo de ella se dice *Moscobo,* y el rey ó cacique de aquel señorío se llama *Chiapoton.*" Oviedo. Este autor, como se advierte, trastorna los nombres del pueblo y del cacique; los restablece en su órden estas palabras de Gomara:—"De Campeche fué Francisco Hernandez de Córdoba á *Champoton*. pueblo muy grande, cuyo señor se llamaba *Mochococob,* hombre guerrero y esforzado."—Fue igualmente conocido el lugar bajo la denominacion *Playas de mala Pelea.*

(2) Bernal Diaz cap. IV.—"Calachoni: príncipe rey. "[Lenguas de Nicaragua y de Cozumel.]" Vocabulario en Oviedo.

(3) Bernal Diaz, cap. IV—Herrera, déc. II, lib. II, cap. XVII.

pequeña, siguiendo la costa en busca de agua, pues como las pipas se quedaron en Poton Chan, sufrian horriblemente de sed, de la cual se les formaron grietas en la lengua. A cabo de tres dias, saltaron en tierra tres soldados y algunos marineros, llenando en la playa algunas vasijas del codiciado líquido, si bien resultó amargo y dañó á cuantos le bebieron: aquel sitio recibió el nombre de *estero de los Lagartos*, por haber ahí muchos de ellos. (1) Determinada la vuelta á Cuba, el piloto Alaminos, no sabiendo sin duda cuál era el camino, se concertó con los otros pilotos para tomar la direccion de la Florida, lugar que ya conocía desde el descubrimiento de Ponce de Leon, y desde donde le era conocida la navegacion á las islas; llegados allá en cuatro dias, siempre por tomar agua, tuvieron que sostener una récia escaramuza con los indios, en que fueron heridos Alaminos y Bernal Diaz, y llevado vivo un tal Berrio, aquel único soldado que salió limpio en lo de la Mala Pelea. Con muchos trabajos en la travesía, pues uno de los barcos hacía mucha agua por haber tocado en unos bajos, llegaron al puerto de Carenas (hoy Habana;) Francisco Hernandez de Córdoba, se dirigió á su encomienda en la villa de Santiespíritus, muriendo de las heridas diez dias despues; los demás descubridores se esparcieron por la isla (2)

Como se advierte, Yucatan fué la primera parte de nuestro territorío invadida por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcan, sabían ya á qué atenerse respecto de los castellanos; así, cuando aparecieron en la península los hombres blancos y barbados, en lugar de recibirlos como á dioses, los combatieron como á hombres; sin duda no fué extraño á la derrota de los invasores el Gonzalo Guerrero, entónces jefe entre los indios, trasformado ya casi en maya.

Los descubridores en los dos barcos, fueron á la villa de Santiago, en donde estaba Diego Velazquez; la vista de los indios Julian y Melchor; la arquilla con los ídolos y objetos, algunos de oro aun-

(1) Bernal Diaz, cap. V. No encontramos elementos para fijar este lugar; á conjetura suponemos ser por la boca más boreal de la laguna de Términos.

(2) Para lo relativo á la expedicion de Hernandez de Córboba, véanse Casas, lib. II, cap. XCVI al XCVIII.—Bernal Diaz, cap. I al VI.—Herrera, déc. II, lib. II, cap. XVII y XVIII.—Oviedo, lib. XVII, cap. III.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. LII.—Torquemada, lib. IV, cap. III.—Cogolludo, hist. de Yucatan, lib. I, cap. I y II.

que de baja ley, las noticias de las casas de cal y canto de buena arquitectura; los trajes y manera de vivir de los naturales, todo ello abultado más allá de la verdad, pusieron admiracion en el gobernador y en todos. Mirando las figuras, "decían que eran del tiem-"po de los gentiles; otros decían que eran de los judíos que desterró "Tito y Vespasiano de Jerusalem, y que habían aportado con los "navíos rotos en que los echaron en aquella tierra, y como en aquel "tiempo no era descubierto el Perú, teníase en mucha estima aque-"lla tierra." (1) Enseñaron á los dos cautivos mayas el oro en polvo, demandándoles por señas si de aquello había en su tierra, y como respondieron afirmativamente, subió de punto la estimacion del descubrimiento, que hasta cierto punto lo merecía, pues hasta entónces cosa igual no se había visto en las islas, y conquistas de Tierra Firme.

Pronto la fama de las nuevas tierras, se divulgó por las islas y llegó hasta España. El almirante de Flandes pidió al emperador Cárlos V, le diese en feudo el Yucatan nuevamente descubierto, porque quería poblarle con gente flamenca de su tierra, concediéndole además, la gobernacion de la isla de Cuba, para poder atender á cuanto fuera menester: ambas cosas se le otorgaron llanamente. En consecuencia, á los cuatro ó cinco meses, llegaron al puerto de San Lúcas de Barrameda, unos cinco buques cargados de mercaderes flamencos, destinados á la poblacion de la supuesta isla, aparejados del todo para seguir á su destino. Pero mientras la recluta se hacía en Flandes, la concesion quedó sin efecto, pues D. Cárlos fué informado era contra los derechos de D. Diego Colon, y en ella no podía procederse, hasta no estar fenecido el pleito que á la sazon se trataba entre el fiscal real y D. Diego, con motivo de los privilegios que á éste asistían, para tener el mando de las tierras que en mar Océano fuesen descubiertas. De los engañados labradores, "ha-"llándose burlados, ó de enojo y angustia desto, ó que los probó la "tierra, murieron mucha parte dellos, y los que escaparon con la "vida, volviéronse á su tierra perdidos." (2)

Por estar en el teatro de los acontecimientos, quien sacó provecho de la reciente desgracia, fué el gobernador de Cuba. "Y Diego Ve-

(1) Bernal Diaz, cap. VI.
(2) Casas, hist. de Indias, lib. III, cap. CI.—Herrera, déc. II, lib. II, cap. XIX.

lazquez escribió á Castilla, á los señores que en aquel tiempo mandaban en las cosas de las Indias, que él lo había descubierto, y gastado en descubrillo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decía Don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano, que así se nombraba, que era como presidente de Indias, y lo escribió á su majestad á Flándes, dando mucho favor y loor del Diego Velazquez, y no hizo mencion de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos á nuestra costa." (1)

XIII tochtli 1518. Entusiasmado Diego Velazquez por las relaciones de los descubridores, dispuso nueva expedicion á su costa. Aprestáronse cuatro naves, dos de la expedicion anterior, y otras dos buscadas al intento: aparecen al principio tres navíos y un bergantin llamado Sanctiago, el cual desaparece para dar su lugar á otro navio; nombrábase la nao capitana Sanct Sebastian, de la misma manera que otra de las naves, la tercera La Trinidad, y la cuarta Sancta María de los Remedios. (2) Los pilotos fueron los mismos de la armada anterior, el principal Anton de Alaminos, y subordinados Camacho de Triana, y Juan Alvarez, el Manquillo de Huelva; el cuarto piloto no se nombra. Pedida licencia á los padres Gerónimos encargados de las justicias de las islas, éstos nombraron por veedor á Francisco de Peñalosa, mancebo natural de Segovia: fué por tesorero Anton de Villasaña, y por capellan el clérigo Juan Diaz. A 20 de Enero fué nombrado por capitan Juan de Grijalva, quien cuando la conquista de Cuba era, "mancebo sin barbas, aunque "mancebo de bien. Este era natural de Cuellar, hidalgo, y tratába-"lo Diego Velazquez como por deudo:" (3) ser paisanos, dió sin duda motivo á Gomara para afirmar que Grijalva era sobrino de Velazquez. Por capitanes de las otras naos quedaron, "un Francisco "de Avila, mancebo de bien, sobrino de Gil Gonzalez de Avila, de "quien hay que decir adelante, y Pedro de Alvarado, tambien man-"cebo, de quien hay que decir mucho más, y un Francisco de Mon-"tejo, que al cabo fué el que descubrió á la dicha tierra y reino de "Yucatan." (4) En cuanto á las instrucciones dadas por Velazquez

(1) Bernal Diaz, cap. VI.
(2) Oviedo, lib. XVII, cap. VIII.
(3) Casas, hist. de Indias, lib. III, cap. XXVIII.
(4) Casas, hist. de Indias, lib. III, cap. CIX.

á Grijalva, encontramos estas autoridades de gran peso. Casas (1) afirma; "que por ninguna manera poblase en parte alguna, de la tierra descubierta por Francisco Hernandez, ni en la que más descubriese, sino solamente que rescatase y dejase las gentes por donde anduviese, pacíficas y en amor de los cristianos." Segun Bernal Diaz, (2) "y parece ser la instruccion que para ello dió el gobernador Diego Velazquez fué, segun entendí, que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenía poblar que poblasen, ó si no, que se volviesen á Cuba."

La flotilla se hizo al mar el 22 de Enero, pasando al puerto de Matanzas á recoger la gente; dejó el 25 á Santiago para pasar á Buyocar, en busca de cuatro hombres diestros en la mar; retornó á Matanzas el 12 de Febrero, y en el alarde hecho el 7 de Abril se contaron 134 hombres de nómina: enviado el bergantin al cabo de San Anton, el 18 de Abril se embarcó la gente, que ya subía á doscientos entre soldados y marineros, en las tres carabelas, y en la nave Santa María de los Remedios, tomada en lugar del bergantin. Jueves 22 llegó á puerto de Carenas, para recoger aún más gente, dejó el lugar el 23, y á primero de Mayo tocó en el cabo San Anton, en donde no encontraron ya el bergantin, determinando irse sin él. (3)

Las tres carabelas con la nao, se hicieron definitivamente al mar el sábado primero de Mayo, (4) tomando rumbo al S. O.; con buen tiempo y llevados por las corrientes, descubrieron tierra el lúnes tres de Mayo; era la isla llamada por los naturales Cozumel, isla de las golondrinas, á la cual puso Grijalva, Santa Cruz, por ser aquel dia

(1) Loco cit.

(2) Hist. verdadera, cap. VIII.

(3) Oviedo, lib. XVII, cap. VIII.—Bernal Diaz, cap. VIII.

(4) Esta es la verdadera fecha del principio del viaje, no obtante los dichos de diversos autores, entre ellos Bernal Diaz. Consta por la autoridad del *Itinerario de larmata del Re Catholico in India verso la isola de Iucathan del anno M. D. XVIII alla qual fu presidente & capitan generale Ioan de Grisalva: el qual e facto per el capellano maggior de dicta armata a sua Altezza*, cuyo documento se encuentra en la Coleccion de Documentos para la Historia de México, por D. Joaquin García Icazbalceta, México, 1858, tom. I, pág. 281. Oviedo, *loco cit*, parece haber tenido á la vista ésta ú otra semejante relacion. Los dias de la semana no fijados en el original, fijámoslos nosotros para obtener las fechas con toda precision.

la invencion do la Santa Cruz. (1) Mártes 4 se acercó á la capitana una canoa de los naturales, y en seguida otra, entablándose conversacion por medio de Julian el maya, quien servía de intérprete; los unos se fueron, y á los otros se hicieron algunos regalos; preguntáronles por los dos hombres que había dejado Hernandez de Córdoba, respondieron estar el uno vivo, haber muerto el otro de enfermedad. Miércoles 5 costearon la isla, descubriendo varias torres de los Ku ó templos: Grijalva desembarcó tomando posesion de la tierra, á nombre de los reyes Doña Juana y su hijo Don Cárlos, y de Diego Velazquez quien con aquellos hidalgos le enviaba á descubrir las islas do Yucatan, Cozumel, Cicia y Costila, y las otras comarcanas por descubrir, pidiéndolo así por testimonio al escribano, Diego de Godoy. (2) Siendo la tierra anegadiza, tornáronse á las carabelas, encontrando en la capitana á un jefe maya, quien los invitó á ir á su pueblo.

Juéves 6, Grijalva, con la gente que cupo en las cuatro barcas, saltó en tierra junto un edificio de piedra alto y bien labrado.—"En "el circuito tenía diez y ocho gradas, é subidas aquestas, avia una "escalera de piedra que subía hasta arriba, é todo lo demás de la "torre parescía macizo. En lo alto, por de dentro, se andaba al rede- "dor por lo hueco de la torre á manera de caracol, é por de fuera en "lo alto tenía un andén, por donde podían estar muchas gentes. Es- "ta torre era esquinada; y en cada parte tenía una puerta, por don- "de podían entrar dentro, y dentro avía muchos ydolos; de forma "que éste edificio se entendió bien que era su casa de oracion de "aquella gente ydólatra. Tenían allí ciertas esteras de palma, he- "chas lios, é unos huesos que dixeron que eran de un señor ó cala- "chuni muy principal. En la cumbre desta torre, en el medio della, "estaba otra torrecilla pequeña, de dos estados en alto, de piedra é "esquinada, é sobre cada esquina una almena, é por la otra parte en "la delantera de la torre, avía otra escalera de gradas, como la que "está dicho." (3) Sobre aquella torre puso Grijalva el estandarte

(1) En la costa oriental de Yucatan. Alaminos le señalaba 19° de altura. La punta Norte queda en 20° 35' 30" lat. y 12° 21' 57, 8" long. E. La nombran tambien Cozumil, Acuzamil y de otras maneras.

(2) Oviedo, lib. XVII, cap. IX.

(3) Oviedo, lib. XVII, cap. IX.—Itinerario de Iarmata, pág. 283 y sig.

real, tomando nueva posesion de la tierra, con testimonio del escribano, nombrando el lugar Sanct Johan Ante Portam Latinam. Un sacerdote maya vino á incensar á los dioses, cantando cierto cantar monótomo, y dió á los extranjeros unos cañutos que encendidos daban suave olor; el sacerdote cuidaba sin duda de que sus númenes no fuesen profanados, y áun procuraba que los extranjeros les hiciesen reverencia. Los cristianos por su parte, aderezaron una especie de mesa, sobre la cual dijo misa el presbítero Juan Diaz, asistiendo algunos indios, no poco maravillados de la ceremonia. Acabada, volvió el sacerdote con algunas cosas de comer para Grijalva; "el capitan les dijo que no quería sino oro, que en su lengua llaman "*taquin*:" (1) "é si lo querían rescatar por algunas cosas de las que "allí les mostraron: é dixeron que sí, é trayan unos guanines que "se ponen en las orejas é unas patenas redondas de *guanin*, é dije-"ron que no tenían otro oro alguno sino aquello." (2) Grijalva con su gente visitó el pueblo inmediato, en el cual había casas de piedra con techos de paja, y aunque esperó al cacique para hablarle, no vino, diciéndole había ido á la tierra firme. "Esta gente al pare-"cer era pobre é miserable; pero porque el lector entienda qué cosa "son guanines, para adelante digo que son piezas de cobre dora-"das; é si algund oro tienen, es muy poco ó ninguno." (3)

Viérnes 7 dejaron á Cozumel, dirigiéndose sobre la vecina costa de Yucatan; discurrieron por ella, y por falta de agua recalaron de nuevo á Cozumel el domingo 9. (4) Huyeron los indios dejando po-

(1) Itinerario de larmata, pág. 285.

(2) "Aquí no llaman *caona* al oro como en la primera parte desta isla, ni *nozay*. como en la isleta de Guahanani ó Sant Salvador, sino *tuob*." "Que entendía haber is la que llamaba guanin, donde había mucho oro, y no era sino que había en alguna parte guanin mucho, y esto era cierta especie de oro bajo que llamaban guanin, que es algo morado, el cual cognoscen por el olor y estímanlo en mucho." Casas, hist. de las Indias, lib. I, cap. LXVII."—Y que pensaba esperimentar lo que decían los indios de esta Española, que había venido á ella, de la parte del Austro y del Sueste, gente negra, y que trae los hierros de las azagayas de un metal que llaman guanin, de lo cual había enviado á los reyes hecho el ensayo, donde se halló que de las treinta y dos partes, las diez y ocho eran de oro, y las seis de plata, y las ocho de cobre." Casas, lib. I, cap. CXXXII.—"Guanin: oro de poco precio ó baja ley, empleado en las láminas, joyas y presens con que se exornaban los indios del rio y lengua de Huayapari." Voces americanas empleadas por Oviedo.

(3) Oviedo, lib. XVII, cap. IX.

(4) Itinerario de larmata, pág. 287 y sig.

cos bastimentos en sus casas; los descubridores tomaron agua en ciertos "xagüeyes ó charcos (que son lagunajos hechos á mano, é pe-"queños,") dándose definitivamente á la vela el mártes 11. La costa sobre la cual se dirigían hacía parte de la isla de Yucatan, segun se le habia nombrado en el viaje anterior, aunqne ahora variando la denominacion le dijeron, isla de Santa María de los Remedios, y tambien Costila: no duró muchos años el error geográfico. Tomaron ruta al S.O., llegando el juéves 13 á una bahía, que del nombre del dia llamaron de la Ascencion; (1) reconociéronla en los dias inmediatos hasta el domingo 16 que la abandonaron, haciendo rumbo al N. Corrieron cerca de la costa descubriendo algunos edificios, y mirando las humaredas que los naturales hacían, avisándose de la presencia de las naves; doblaron cabo Catoche, prosiguieron á lo largo de la parte boreal de la península, rigiendo despues por la costa occidental, pues iban en busca del pueblo de Lázaro, (Campeche.) Sábado 22 alcanzaron unas playas de arena; desconocido el lugar por Alaminos, adelantó y retrocedió buscando, hasta que el mártes 25 á la puesta del sol, se dió con el lugar apetecido. (2)

Miércoles 26 desembarcaron dos horas ántes de amanecer, hasta doscientos hombres con tres piezas de artillería, no querían ser sentidos por los indios, mas aunque el desembarco se efectuó en el mayor silencio, les descubrieron luego los espias mayas. Apoderados los castellanos de un ku, dijo ahí misa el presbítero Juan Díaz: los indios, en escuadrones armados, daban muestras de querer acometer; pero Grijalva les hizo decir por el intérprete Julian, que ellos no querían guerra, sino ser amigos del calachuni y tomar agua de la cual traían necesidad, que pagarían dando de lo qus traían. Aquietados los naturales, señalaron el mismo pozo de que se había aprovechado Hernández de Córdoba, á cuyo rededor se colocaron los castellanos con su artillería, miéntras los grumetes llenaban las pipas. La operacion era lenta, porque el agua era escasa; á cada rato los mayas se inquietaban dando á entender á los intrusos que se fuesen y Grijalva los apaciguaba diciéndoles por Julian, que acaba-

(1) En la costa oriental de Yucatan; Alaminos le pone 17° de altura, y creía ser por éste lado el término de la isla. Barnett coloca punta Allen en 19° 46' 55" lat. y 11° 37' 44, 8" log. E. Conserva el nombre primitivo, si bien en algunas cartas está designada por baía de Chetemal.

(2) Oviedo, lib. XVII, cap. X.

ría de tomar agua y al dia siguiente volvería á las naves: la noche la pasaron los españoles junto al pozo, estando tambien en vela los de Kimpech tocando sus instrumentos y dando voces.

Juéves 27 tornaron los indios á impacientarse, y los castellanos á sosegarlos con la promesa de siempre; exasperados al fin por tanta tardanza, adelantóse un sacerdote con una lumbre que puso sobre una piedra y pronunciando ciertas palabras se retiró; preguntado Julian cuál era el significado de aquello, respondió: ser aquel un *guaymaro*, sahumeri, ofrecido á los dioses, y que luego que se consumiese comenzaría la guerra. En efecto, apagada la lumbre, los mayas avanzaron denodadamente, pero recibidos por la artillería y las armas de fuego, despues de pelear un rato, tuvieron que refugiarse en un bosquecillo cercano, cediendo al fin á la superioridad de las armas: la defensa no debió ser tibia, pues murió Juan de Guetaria, quedaron heridos muchos castellanos y el mismo Grijalva salió con dos dientes ménos y dos flechazos en la pierna y la rodilla. Al caer la tarde los naturales fueron y volvieron varias veces al campo, dándose á entender por señas, interpretadas por los castellanos, ser de paz, en vista de haber traído algunas cosas para rescatar. Siendo de noche, los extranjeros abandonaron el pozo, embarcándose en buen órden. (1)

Viérnes 28 se alejaron del pueblo de Lázaro, vieron de lejos á Poton Chan, y siguieron la costa en busca de un puerto en donde reparar una de las naves que hacía mucha agua; lúnes 31 halláronlo con tanta ánsia buscado, por lo cual le llamaron Puerto Deseado. (2) Aquí tomaron cuatro indios en una canoa, destinándoles para

(1) Oviedo, lib. XVII, cap. XI.—Itinerario de larmata, pág. 289 y sig. Siguiendo estas autoridades, el encuentro tuvo lugar en el pueblo de Lázaro ó sea Campeche; conforme á Bernal Díaz, cap, IX, se verificó en Poton·Chan: preferimos la primera version, porque Díaz citaba por recuerdos.

(2) Puerto Deseado corresponde hoy á Puerto Escondido, Laguna de Términos, entre la isla de Puerto Real y costa de Yucatan. Segun la declaracion de Alaminos (Oviedo, lib. XVII, cap. XII), la isla de Santa María de los Remedios, comenzaba en la bahía de la Ascencion en 17° de la equinoccial y terminaba en Puerto Deseado en 18°: entre ambos puntos contrapuestos había 20 leguas de agua baja, llena de isleos, que sólo se podría recorrer en buques menores. Cuando Gomara escribía en 1551, no estaba áun muy claro si Yucatan era ó no isla, cosa que en los tiempos de Oviedo era fuera de duda, pues este autor asegura que Yucatan estaba unida á la Tierra firme. El Itinerario de larmata, pág. 293, dice: "Y los pilotos declararon, que aquí se apartaba la isla de Yucatan de la isla rica llamada *Valor*, que nosotros

interpretes, dando nombre de Pero Barba, al que pusieron en la capitana, por ser llamado de esta manera el hidalgo que le sirvió de padrino en el bautismo. Desembarcada la gente, para su abrigo fueron construidas algunas enramadas, empleando el tiempo en reparar la carabela, la tierra les pareció buena, encontrando en abundancia agua y leña.

La escuadrilla dejó á Puerto Deseado á 5 de Junio. Segun Bernal Díaz, (1) á una de las bocas, la cual reconocieron, nombraron Boca de Términos; es la situada entre la punta de Xicalanco y la isla del Cármen, nombrada ahora Barra de la Laguna: la denominacion de Términos se da actualmente á la laguna misma, conocida tambien por Laguna del Cármen, Laguna de Xicalanco. Lo poco conocido que estaba entónces aquel litoral, introduce cierta confusion en asignar como Términos de la isla de Yucatan, ya la Boca ya el Puerto Deseado. Lúnes 7 de Junio, fué descubierto un gran rio y adelante otro mayor; mártes 8, quisieron entrar en este último, más la barra impidió el paso de las dos carabelas de mayor porte, pudiendo penetrar las dos menores media legua arriba de la boca, y no adelante por ser fuerte la corriente; por ambas riberas se descubrían gentes armadas en multitud. Informados los naturales de lo sucedido en Kimpech, al principio intentaron pelear, más despues pos medio de Grijalva que hablaba con Julian, éste con el Pedro Barba, quien á su vez se entendía con los indios, vinieron de paz rescatando sus objetos de oro y que les parecían valiosos, por las fruslerías que les daban en cambio, que para ellos como cosas nunca vistas eran de infinito precio. " Aqueste rio se llama de Ta-"basco, porque el cacique de aquel pueblo se llama Tabasco; y co-"mo lo descubrimos deste viaje y el Juan de Grijalva fué el descu-"bridor, se nombra rio de Grijalva y así está en las cartas de marear." (2)

descubrimos Aquí tomamos agua y leña, y siguiendo nuestro viaje fuimos á descubrir otra tierra que se llama *Mulua* y á acabar de reconocer aquella." La isla Valor nos parece ser ó la de Puerto Real ó la del Cármen: evidentemente Mulua es error por Culua.

(1) Hist. verdadera, cap. X.

(2) Bernal Díaz, cap. XI.—El primer gran rio descubierto es el denominado de San Pedro y San Pablo y pertenece al Estado de Tabasco. A la misma fraccion política corresponde el rio Tabasco ó de Grijalva, pues ambos apellidos conserva. La Barra en 18° 34′ 16″ lat. y 6° 28′ 2″ long. E. Los indios decian al país Tabasco, no qical caue, como entendieron los descubridores.

Poco hemos alcanzado de la historia de aquella comarca. Parece lo mejor averiguado, que el nombre antiguo del país es Tabzcoob, de cuya palabra se formó Tabasco. Las tribus ahí avencindadas, pertenecían á la familia maya, segun se infiere de sus lenguas correspondientes á aquel tronco etnográfico. Su civilizacion era idéntica á la maya, segun se advierte en las ruinas de Comalcalco, semejantes, segun aseguran, á las de Uxmal. Tenían las mismas costumbres, religion y ciencias de sus vecinos. Conservaban una tradicion igual á la de Kukulcan, si bien aquí el nombre del mítico personaje era el de Mukú-leh-cham. (1)

Dejaron las carabelas el rio de Grijalva viérnes á 11 de Junio, descubriendo aquel mismo dia el rio de Dos Bocas, al cual pusieron San Bernabé; (2) veíanse sobre la costa muchas humaredas con que los naturales se comunicaban de lejos la novedad de la presencia de los extranjeros. Siguiendo á lo largo de la costa, vieron sucesivamente el pueblo de *Aguayaluco*, al que pusieron la Rambla; (3) el rio Fenole, despues de San Anton; (4) el rio Guacagualco, conocido por muy diversos y estropeados nombres; (5) las sierras de San Martin, cuyo nombre tomaron de un soldado San Martin, vecino de la Habana, quien las vió el primero. Sin permiso del general, Pedro de Alvarado se metió por un rio, "que en Indias se llama Papalohuna, en donde les dieron pescado los indios naturales del pueblo de Tlacctalpan; aunque el comandante le riñó, el rio quedó de entónces con su nombre." (6) Navegando en conserva las cuatro

(1) Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco, su autor Manuel Gil y Saenz, presbítero. Tabasco, 1872.

(2) Itinerario de larmata, pág. 295. En el Estado de Tabasco. Conserva la denominacion de Dos Bocas: entrada 18° 25′ 55″ lat, 5° 57′ 40,8″ long. E. Humboldt.

(3) Estas denominaciones se encuentran en Bernal Díaz, cap. XII, y no en los otros itinerarios. Aguayaluco (la verdadera ortografía Ahualolco), ó rio de la Rambla, corresponde actualmente á la Barra de Santa Ana en el Estado de Tabasco. Véase para este y los otros lugares los Apuntes para la hist. de la geog. en México.

(4) Rio Fenole ó rio de San Anton, corresponde al rio Tonalá. Afirma Navarrete que, "en las cartas del Depósito hidrográfico del año 1799, se puso por equivocacion *rio Toneladas*, y este error ya corregido en las posteriores, trascendió á la carta de Nueva España, publicada por el Baron de Humboldt." En efecto, en este y en otros mapas se lee Toneladas en vez de Tonalá.

(5) Verdadera escritura, Coatzacoalco. En el Estado de Veracruz. Entrada, 18° 8 27″ lat. y 4° 45′ 19, 8″ long. E.

(6) Rio Papaloapan, de Alvarado ó del comendador Alvarado; Estado de Veracruz; barra, 18° 45′ 19″ lat. 3° 22′ 46,8″ long. E.

carabelas, vieron en la boca de un rio á varios indios con grandes banderas de manta blanca, revolándolas y llamando con ellas. A la cuenta del soldado historiador, la tierra estaba sujeta á un señor poderoso llamado Motecuhzoma, el cual, estando informado de la primera expedicion de Hernández de Córdova, y ahora de la batalla habida en Kimpech y de que la armada venía costa á costa, había ordenado á sus gobernadores, que cuando los extranjeros por algun lugar pasasen, ellos procurasen informarse de quiénes eran estos y cuáles sus intenciones. "Y lo más cierto era, segun entendimos, "que dicen que sus antepasados les habían dicho que habían de "venir gentes de hacía donde sale el sol, que los habían de seño- "rear." (1) Vistas aquellas señales, dispuso Grijalva envíar en dos bateles los ballesteros y escopeteros con veinte soldados, al mando de Francisco de Montejo, los cuales fueron recibidos amigablemente bajo la sombra de unos árboles, ofreciéndoles alimentos colocados sobre unas esteras y zahumándoles á uso del país. Noticioso Grijalva de tan buen despacho, desembarcó con toda la gente; recibido con todo agasajo, dió á los naturales de las cosas de rescate que traía, recibiendo en cambio hasta quince mil pesos de oro en diversas joyuelas de distintas hechuras. Permanecieron ahí algunos dias, tomaron un indio que despues de bautizado se llamó Francisco, y mirando que los indios no acudían con más oro, tornáronse á las carabelas para proseguir el descubrimiento. Pusieron á aquel el rio de Banderas. (2)

El 17 de Junio llegó la escuadrilla á una isla no muy distante de la costa. "E assi otro dia siguiente, diez é ocho dias del mes de Junio, viérnes, el capitan general saltó en tierra en aquella isleta con cierta gente, é fue por un camino entre arboledas, é algunas dellas parecían ser de frutales, é vieron algunos edificios de piedra antiguos á manera de adarves ruinados por el tiempo, y derribados en partes, é quasí en la mitad de la isla estaba un edificio algo alto, al cual subieron por una escalera de piedra: é subidos en lo alto estaban luego adelante de la escalera que es dicho un mármol, é encima dél una animalia que queria parescer leon, assi mismo de

(1) Bernal Díaz, cap. XIII.

(2) Bernal Díaz, cap. XIII. Oviedo y el Itinerario callan este rescate, no sabemos por cual motivo. El nombre mexicano del rio es Xamapan, hoy Jamapa; pusiéronle los descubridores Banderas y despues de Medellin.

mármol, con un hoyo en la cabeza é la lengua sacada, é junto á par del mármol avia una pilita de piedra assentada en tierra, toda sangrienta, y delante della avia un palo hincado que declinaba sobre aquella pilita, y delante algo apartado estaba un ídolo de piedra en el suelo con un plumaje en la cabeza, vuelta la cara á la pila. Más adelante estaban muchos palos, como el que es dicho que caía sobre la pila, todos hincados en el suelo, é cabe ellos avia muchas cabezas de hombres humanos y muchos huesos assi mesmo, que debían ser de aquellos personas, cuyas cabezas allí estaban. Avia otros cuerpos muertos, quasi enteros, que debían ser muchachos, que estaban quasi podridos é muy dañados: de la qual vista los chripstianos quedaron espantados, porque luego sospecharon lo que podía ser, é preguntó el general á uno de aquellos indios, que era de aquella comarca ó provincia, qué cosa era aquella, é por las señas é lo que se pudo entender dellas mostraban que aquellos difuntos los degollaban y sacaban el corazon con unas navajas de pedernal que estaban á par de aquella pila, y los quemaban con ciertos haces de leña de pino que allí avía, y los ofrecían á aquel ydolo, y les sacaban las pulpas de los molledos de los brazos é de las pantorrillas é muslos de las piernas, é lo comían, é que aquestos sacrificados eran de otros indios, con quien tenían guerra. E assí les paresció á nuestros españoles que ello debía ser é que sacrificaban allí algunos indios de aquella tierra ó provincia, y por esto el capitan general mandó que se llamase *isla de los Sacrifioios*, y *bahía de Sacrificios*, allí donde los navios estaban surtos entre la isleta y la Tierra Firme." (1) Desde ahí se descubrían algunos hombres sobre la costa, haciendo señales con banderas blancas.

(1) Oviedo, lib. XVII, cap. XIV.

CAPITULO II.

Motecuhzoma Xocoyotzin.—Cacama.

Miedo de Motecuhzoma.—Quiere huir á la gruta de Cicalco.—El texiptla.—Sueños y profecías.—Noticias.—El mensajero de Mictlancuauhtla.—Aparecimiento en la costa de los hombres blancos y barbudos.—Embajada á Quetzalcoatl.—Version de los azteca.—Version castellana.—Rescates en la costa.—Isla de San Juan de Ulúa.—Los blancos se retiran por la mar.—El pintor Tocual.—Los pintores de Tlalmanalco y Chalco.—De Cuitlahuac y Mizquic.—El anciano pintor Quieaztli.—Confianza de Motecuhzoma.—Su tiranía.

XIII tochtli 1518. La noticia de la presencia de los hombres blancos y de sus batallas en Yucatan, se divulgó con notable rapidez por toda la tierra firme; propagada por el Anáhuac, llegó pronto á conocimiento de Motecuhzoma. Pero aquí era acogida la nueva en manera diversa que en la península. Acobardado el monarca, y la nacion entera tristemente trabajada por los funestos presagios, firmes en la creencia de las profecías de Quetzalcoatl, en las relaciones abultadas del vulgo solo podían ver la cercanía del plazo en que las monarquías iban á ser destruidas. Desvelado Mo-

tecuhzoma por el desasociego que le causaban sus importunos pensamientos, una noche que subió á los terrados de su palacio descubrió en el cielo un cometa; aquel funesto présago rindió su ánimo conturbado, y sin valor para combatirlos resolvió huir de los males que le amenazaban. El lugar escogido fué Cicalco, " entre México y " Coyohuacan, en un lugar que llaman Atlixucan, donde dicen los " viejos que todas las noches de esta vida salía una fantasma y se " llevaba un hombre, el primero que topaba, el cual nunca más pa- " recía, y así huían de andar aquel camino de noche." (1) La gruta de Cicalco, era segun unos, sitio de delicias, un verdadero paraiso, miéntras para otros había ahí tormentos y penas como en el infierno.

Motecuhzoma llamó á sus enanos y corcovados y les dijo:—" Os he dicho, hijos mios, que quería irme con vosotros, y me preguntasteis á donde quería conduciros; os llevo á Cicalco, donde encontrarémos á Huemac, el mismo que hace muchos años estaba en Tollan. Si logramos entrar allí, morirémos; pero para revivir en una vida eterna, en un lugar en donde se encuentran todos los manjares y las bebidas de este mundo, y en donde los árboles están cubiertos de flores y de frutos, de manera que los habitantes viven allí en alegría. El rey Huemac es el sér más feliz de este mundo, y cerca de él iremos nosotros á vivir." Los enanos y corcovados le agradecieron el favor que pretendía hacerles. (2)

Motecuhzoma hizo llamar á los hechiceros y sortílegos llamados *tequitque*, mandándoles desollasen diez hombres y le trajesen las pieles. Ejecutado el mandato, tomó dos de sus corcovados y entregándoles á los nigromantes les dijo: " Tomad estas pieles y *xolo*, id al paraiso de Cicalco y dadlo de mi parte al rey Huemac diciéndole: Motecuhzoma vuestro vasallo os saluda y desea entrar á vuestro servicio." Llegados los mensageros á la gruta encontraron cuatro

(1) Duran, cap. LXVII. Este autor traduce la palabra Cicalco por " el lugar de las liebres," formando la palabra *citli*, *calli* y la preposicion *co*, diciendo, en la casa de la liebre ó las liebres; pero *citli*, segun el Diccionario de Molina, significa, " liebre, abuela ó tia hermana de abuela," por lo cual Cicalco tambien puede decir, en la casa ó la morada de la abuela. Esta segunda acepcion parece más conforme á las tradiciones indígenas, dando á entender el lugar de orígen ó morada de abuelos y progenitores.

(2) Tezozomoc, cap. ciento tres. MS.

caminos, siguiendo por el más bajo toparon pronto con el negro anciano Totec Chicahua, apoyado en un bordon: preguntóles: "¿Quién sois? ¿De dónde venís?"—"Traemos una embajada al rey de este lugar."—"¿A quién rey buscais?"—"A Huemac, á quien Motecuhzoma nos envía."—"Norabuena, dijo Totec Chicahua, os guiaré." Llegados á la presencia de Huemac, de fiera figura, dijo el guía:—"Rey y señor, del mundo vienen estos macehuales enviados por Motecuhzoma."—Entónces preguntó Huemac, "¿Qué quieren estos macehuales."—"Señor, respondieron los embajadores, te envía estas pieles, te saluda y ruega le quieras recibir á tu servicio."—"El señor que me dió este reino, contestó Huemac, me confirió un gran poder; que me envíe á decir la pena que tiene y le daré remedio para su mal; volveos y decidle mis palabras."—Llamóles de nuevo cuando se iban y dándoles unos *chilchotes*, *xitomates y cempoalxochitl y elotes*, les dijo:—"Volveos al mundo, y dadle esto."—Los nigromantes dejaron la gruta y vinieron á dar cuenta á Motecuhzoma, quien mandó llamar á Petlacalcatl y le dijo:—"Llévate al *cuauhcalli* estos bellacos y que mueran apedreados." (1)

Prevenidas nuevas pieles de víctimas, Motecuhzoma llamó á sus corcovados y *xolo* para enviarles con el mismo mensaje; deberían guardar profundo secreto acerca de su comision, so pena de morir quemados vivos con toda su familia. Los embajadores entraron á la gruta de Cicalco, encontrando un Ixtepetla ó habitante del mundo subterráneo; era casi ciego, con la abertura de los ojos tamaña como la punta de una paja y la boca á proporcion. Conducidos por el Ixtepetla á la presencia de Huemac, le dijeron:—"El rey Motecuhzoma te saluda y te envía este presente de pieles. Nos encarga te digamos que le afligen ciertas palabras que ántes de morir le dijo el rey Nezahualpilli, amenazándole con grandes desgracias; quisiera saber cuáles son, porque Tzompantecutli, señor de Cuitlahuac, le profetizó lo mismo; desea tambien saber el significado de la nube blanca que á la media noche vió alzarse hasta el cielo. Pretende de nuevo entrar á tu servicio"—"Se figura Motecuhzoma, respondió Huemac, ser este mundo igual al en que reina; cree que aquí se vive en delicias, cuando son eternos los tormentos que se sufren; si acá entrara no podría permanecer un instante, y huiría hasta refugiarse en el

(1) Tezozomoc, cap. ciento cuatro. MS.—Duran, cap. LXVII.

centro de una roca. Que viva y goce de lo que ahora tiene, y no quiera saber más."—Salidos al mundo, llevaron la respuesta á Motecuhzoma, quien irritado llamó á Petlacalcatl y le dijo:—"Encierra á estos villanos en el cuauhcalli." (1)

A la tercera vez escogió por embajadores á dos nobles de Acolhuacan; si en su empresa salían bien les recompensaría con dádivas y vasallos, más si descubrían el secreto, morirían ellos y sus familias, sus casas serían arrasadas, escarbando el suelo hasta que brotara el agua. Los nobles llevando pieles en un *chiquihuitl* (*chiquihuite*, cesto), entraron á la gruta y encontraron con Acuacuah.—"Quién sois?," les preguntó.—"Somos mensajeros de Motecuhzoma, respondieron y traemos una embajada al rey."—"¿De quién rey hablais?"—"De Huemac."—"Voy á conduciros á su presencia."—Cuando estuvieron delante de Huemac, se humillaron y dijeron:—"Poderoso señor, Motecuhzoma te envía este corto presente y te ruega quieras admitirle en tu imperio, porque teme la vergüenza y las desgracias que le amenazan en el mundo."—"Quiero que sepa, respondió Huemac, que él mismo se labró su ruina en la manera que tuvo de subir al trono, por la soberbia y crueldad con que quita la vida á sus semejantes. Que comience á hacer penitencia abandonando las comidas exquisitas, las rosas y los perfumes; que coma bollos de *michihuauhtli*, beba el agua cocida con un poco de polvo de frijol cocido y se abstenga de sus mujeres; así conjurará la sentencia dada contra él, y yo le asistiré de cuando en cuando." Vueltos al mundo, los nobles dieron la respuesta á Motecuhzoma, añadiendo:—"Si cumples lo que te ordena, te vendrá á recibir á lo alto de Chapultepec en la parte llamada Tlachtonco y te llevará á su compañía yendo por tí á Tlachcongo anepantla, en medio de la laguna."—Holgóse con la respuesta el emperador, dió á los nobles cargos públicos y cuantiosos regalos, entregándose él por espacio de ochenta dias á las penitencias prescritas por Huemac. (2)

Terminada la penitencia, Motecuhzoma mandó á los mismos nobles por mensajeros, quienes llegando directamente á la presencia de Huemac, le dijeron cómo el emperador había cumplido el mandato.—"Está bien, respondió Huemac, dentro de cuatro dias me

(1) Tezozomoc, cap. ciento cuatro. MS.—Durán, cap. LXVII.
(2) Tezozomoc, cap. ciento cuatro. MS.—Durán, cap. LXVII.

manifestaré encima de Chapultepec; cuando me vea, que tome una canoa y vaya á esperarme á Tlachconco, que yo iré por él."—Para disimular, Motecuhzoma se entregó al despacho de los negocios públicos, mandando en secreto, cual se le tenía prevenido, aderezar el lugar de Tlachconco, anepantla, con ramas de zapote y dos bancas de hojas del mismo árrbol. A la media noche del cuarto dia apareció en la cumbre de Chapultepec una piedra blanca, tan reluciente, que alumbraba la ciudad entera, los lagos y los montes: era la señal de Huemac. El emperador hizo meter en una canoa á sus corcovados, se embarcó con ellos y remando apresuradamente llegaron á Tlachconco; hizo vestir á sus *xolo* con ricos trajes, y él "vistióse "con un cuero de gente, y la trenzadera de la cabeza con plumería "del ave *tlauhquechol*, y una bezolera de esmeralda, orejas de oro "y un brazalete de oro, y en las gargantas de la mano y pié colla- "rejos de cuero dorado y colorado, y su sonajera *omichicahuaz*, y "unas cuentas de chalchihuitl muy ricas." (1) La luz se manifes- "taba sobre el lago, cual si Huemac se acercara.

Cerca de Tlachconco anepantla había un teocalli y el *texiptla*, ó semejanza del dios, dormía tranquilamente; de improviso resonó una voz diciendo:—"Despierta, *texiptla*, mira que tu rey Motecuhzoma se huye y se va á la cueva de Huemac."—Sacudido el sueño, la semejanza del dios vió una claridad deslumbradora, oyendo á la voz repetir aquellas palabras, mandándole fuese á impedir la huida; baja del teocalli, métese en una canoa que halla á punto y rema de presto hasta llegar á Tlachconco, encuentra aderezados á los pajes y corcovados, y dirigiéndose resueltamente al emperador, le dice: "¿Qué es esto, señor poderoso? ¿Qué liviandad tan grande es esta, "de una persona de tanto valor y peso como la tuya? ¿Dónde vas? "¿Qué dirán los de Tlaxcalla, y los de Huexotzinco y los de Cho- "lula y de Tliliuquitepec, y los de Mechuacan y Meztitlan? ¿En "qué tendrán á México; á la que es el corazon de toda la tierra? "Cierto, gran vergüenza será para tu ciudad y para todos los que "en ella quedamos, que suene la voz y se publique tu huida. Si te "murieras y te vian morir y enterrar, es cosa natural; pero huirte, "¿qué dirémos? qué responderémos á los que nos preguntaren por "nuestro rey? Respondelles hemos, con vergüenza, que se huyó.

(1) Tezozomoc, cap. ciento cinco. MS.

"Vuélvete, señor, á tu estado y asiento y déjate de semejante livian-"dad, y mira la deshonra que nos haces á todos."—"Y echándole "mano de las plumas que tenía en la cabeza, se las quitó y hizo "levantar."

"Motecuhzoma, avergonzado, dió un suspiro y miró hácia el cer-"ro de Chapultepec, y vido que la lumbre que allí estaba, que era "la que él esperaba, se había apagado, y que ya no parecía, y dicién-"dole al Texiptla le suplicaba no le descubriese aquella liviandad, se "vino con él á México. Entrándose en su casa, con todo secreto, el "Texiptla se fué al templo, sin que de nadie fuese visto ni sentido; "y despertando á su guardia les dijo: por cierto, vosotros mirais bien "por mí. que en toda esta noche yo no he estado con vosotros: bien me "pudiera haber acontecido alguna desgracia. Ellos muy turbados le "suplicaron no lo dijese á Motecuhzoma, porque los mataría luego." (1)

A la madrugada del dia siguiente presentóse el Texiptla en palacio; preguntó por el emperador y como le respondieran que dormía, dijo sonriendo:—"Debe de estar cansado de la mala noche que pasó." Cuatro dias permaneció oculto Motecuhzoma sin mostrarse á nadie, é impaciente el Texiptla se metió hasta la presencia del emperador; le consoló por sus desgracias, le obligó á dar audiencia á los nobles que le esperaban, y le pidió tuviera buen ánimo y se ocupara en los negocios públicos. El altivo rey, cediendo á la necesidad, volvió á tomar su vida ordinaria: pidiendo al Texiptla profundo secreto, le honró constantemente, le hacía comer con él, le llevaba consigo á todas partes, le consultaba y seguía sus consejos. (2)

Esta preciosa leyenda dá á entender su orígen méxica. A nuestro entender es una historia verdadera. Siguiendo el compás de sus pensamientos supersticiosos, Motecuhzoma pretendió huir á un lugar encantado, siguiendo el ejemplo de Quetzalcoatl, de Topiltzin, de Huemac, de otros de los famosos nigromantes de los antiguos tiempos; elegía para ello á Huemac con su gruta de Cicalco. Descubierto el proyecto por el Texiptla, la varonil semejanza del dios tuvo el arrojo sobrado para echar en cara al emperador su cobarde conducta obligándole á tornar al cumplimiento de sus obligaciones. La gruta, sus diversos moradores, el fantástico Huemac, son invenciones de

(1) Durán, cap. LXVII.
(2) Durán, cap. LXVII.—Tezozomoc, cap. ciento cinco MS.

los infelices embajadores, obligados á buscar lo que no existía, fraguando mentiras para engañar al déspota rey.

El estado en que Motecuhzoma se encontraba se asemejaba al de la demencia. Llamó á sus mayordomos para preguntarles si habían soñado alguna cosa, ellos respondieron que nó; mandóles entónces encargaran á los *calpixque* y *tequitlato* (1) dijeran á todos principalmente á viejos y viejas relataran cuanto soñaran relativo á la persona del emperador; hízose el mismo encargo á los sacerdotes y á los que de noche andan por los montes y ven las fantasmas, y si encontrasen á la Cihuacoatl ó mujer que llora, le preguntasen por lo que gime y llora. Era ocurrir á la interpretacion de los sueños para descubrir los acontecimientos futuros, práctica comun en todos los pueblos de la tierra. Quienes primero se presentaron á declarar sus sueños fueron los ancianos. Llevados á la presencia de Motecuhzoma y ofreciendo decir verdad, los viejos relataron haber visto ardiendo el templo de Huitzilopochtli, caer piedra á piedra el teocalli, y derribarse y destruirse el dios mismo: escuchó atentamente el emperador y los mandó poner aparte. Las viejas respondieron haber soñado, que un caudaloso rio se entraba con tal ímpetu por las puertas del palacio que arrastrando delante de sí las piedras y maderos nada dejaba enhiesto, arrasando tambien el teocalli principal. Motecuhzoma acabada la plática, mandó que ellos y ellas fuesen conducidos al cuauhcalli, para dejarlos ahí morir de hambre. (2)

Concertáronse los sacerdotes entre sí, y cuando fueron preguntados por Motecuhzoma lo que habían soñado, respondieron que nada. Enojado con semejante respuesta les puso quince dias de plazo para soñar, y como al cabo del término dieran la misma respuesta negativa, los mandó encerrar en la cárcel para morir de hambre; ellos le rogaron no los tratase de manera tan cruel, y apiadado por sus súplicas los mandó recoger en una sala, de donde no saldrían hasta que su voluntad fuese.

No habiendo ya en la ciudad quien se atreviese á hablar, el em

(1) " *Tequitlato.* Mandon ó Merino, ó el que tiene cargo de repartir el tributo ó el *tequio* (trabajo) á los *macehuales,* jornaleros ó sirvientes (Vocabul. Mexic. de Molina). Segun Torquemada, eran los agentes inmediatos de la autoridad municipal." Ramírez.

(2) Durán cap. LXVIII.—Tezozomoc, cap. ciento seis. MS.

perador mandó llamar á los principales y señores de los pueblos; venidos prontamente, llevaron encargo de buscar en sus provincias á los mejores hechiceros, sortílegos y adivinos de sus provincias, que supieran interpretar por las estrellas, por el aire, el fuego y el agua, á fin de que explicaran los prodigios. Muchos acudieron á Tenochtlan.—" Señor, aquí somos venidos á tu llamado, le dijeron á saber " tu voluntad y ver lo que nos quieras."—Él les respondió: " Seais " bien venidos; habeis de saber que la causa para que os llamé es pa" ra saber si habeis visto, ó oído ó soñado alguna cosa tocante á mi " reinado y persona, pues seguís las noches y correis los montes, y " adivinais en las aguas, y considerais los movimientos de los cielos y " el curso de las estrellas; ruego os que no me lo escondais."—Ellos le respondieron:—" Señor, ¿quién será osado á mentir en tu presen" cia?; nosotros no hemos visto, ni oído, ni soñado, cosa que toque á " lo que nos preguntas."— (1) Lleno de ira, el emperador mandó encerrrar á todos en la cárcel. No mostraron los magos pesadumbre en la prision, ántes bien reían entre sí y burlaban. Sabido por Motecuhzoma, mandó á rogarles le declarasen lo que sabían; todos pronosticaron desdichas y el más anciano alzando la voz prorrumpió: —" Sepa Motecuhzoma, que en una sola palabra le quiero decir lo " que ha de ser de él, que ya están puestos en camino los que nos " han de vengar de las injurias y trabajos que nos ha hecho y hace; " y no le quiero decir más, sino que espere lo que presto ha de acon" tecer."— (2) Insistía Motecuhzoma en aclarar quiénes eran los que venían, más cuando sus mensajeros llegaron á la cárcel no había persona en ella, no obstante no estar quebrantadas las vigas y no faltar de su lugar piedras y cerraduras. Los carceleros postrados pidieron piedad, la cual les fué concedida por no ser ellos culpables; pero el monarca envió emisarios á todos los pueblos de donde habían acudido los hechiceros, con órden de matarlos, si á las manos los habían, dar muerte igualmente á sus mujeres é hijos, robarles las haciendas, derribar las casas y cavar el suelo hasta que el agua brotara todo lo cual fué cumplido puntualmente. (3)

" Desde este dia reinó en el corazon de Motecuhzoma tanta tris-

(1) Durán, cap. LXVIII.

(2) Durán, cap. LXVIII.

(3) Tezozomoc, cap. ciento seis. MS.—Durán, cap. LXVIII.

"teza y afliccion, que jamás le veían el rostro alegre, ántes huyen-
"do toda conversacion se encerraba en su recogimiento y secreto con
"el Tepixtla, comunicándole lo que aquellos hechiceros y sortílegos
"le habían declarado, mostrando grandísimo pesar y congoja de que
"se le hubiesen huido, creyendo que si algun tiempo más se detu-
"vieran, sacara de ellos todos los sucesos que esperaba, doliéndose
"de la poca culpa que sus mujeres y hijos habían tenido para ha-
"cellos matar, no habiéndole ofendido en ninguna cosa." (1)

Los Códices Telleriano Remense y Vaticano anotan nueva sumision de los huexotzinca á México; no encontramos pormenores.

Menciónase el estreno de un templo llamado Cohuatlan, con sacrificio de prisioneros. (2)

Asegúrase por algunos autores, que hácia los últimos años del reinado de Motecuhzoma, los ejército méxica penetraron hasta Guatemala y provincias vecinas, las sujetaron, y pasando adelante llegaron hasta Nicaragua. (3) Es evidente la existencia de tríbus de orígen nahoa en aquellas apartadas regiones, lo cual indica haber llegado hasta allá las colonias de los pueblos de la misma filiacion etnográfica; pero no encontramos datos suficientes para asegurar, que Guatemala y Nicaragua pertenecieran nunca al imperio de Tenochtitlan. No repugnamos se verificara en aquellos remotos países alguna invasion tenochca, aunque solo con el carácter de pasajera. En los últimos años del reinado de Motecuhzoma, el imperio no podía ocuparse en aquellas lejanas expediciones.

Si la inquietud era grande en el interior de Anáhuac, mayor lo era sin duda en las provincias marítimas, cuyos habitantes espiaban atentamente la mar, por donde esperaban la llegada de los extranjeros. La noticia de la presencia de Grijalva en Tabasco se derramó con asombrosa rapidez, así que apénas las naves estuvieron sobre las costas del imperio, hacían señales con humaredas, avisándolo ó los pueblos distantes, y sueltos correos venían á participarlo á México.

(1) Durán, cap. LXVIII.—Aquí termina el tomo primero del P. Durán ó sea la parte hasta ahora impresa de la obra. Para en adelante nos hemos valido de la copia manuscrita perteneciente al Museo Nacional, que nos franqueó su director Don Ramon Isaac Alcaraz.

(2) Torquemada, lib. II, cap. LXXXVII.

(3) Torquemada, lib. II, cap. LXXXI.

Pocos dias despues de la huida de los hechiceros de la cárcel, entraron los sirvientes de Motecuhzoma á decirle, que un hombre pedía con instancia hablarle; concedido el permiso, fué introducido á la presencia real un macehual vestido toscamente, al cual faltaban las orejas, los pulgares de las manos y los dedos gruesos de los piés. —"¿Qué quieres,?" le preguntó el monarca.—"Soy de Mictlancuauhtla, (1) respondió el misterioso personage, y como guardadores que somos del mar, vengo á avisarte haber visto sobre las aguas un gran cerro, moviéndose de una parte á otra, sin tocar nunca en las rocas."—"Está bien respondió el manarca, descansa."—Y haciendo llamar á Petlacalcatl, mandóle pusiese á aquel hombre en la cárcel.

Mandó en seguida llamar al Teutlamacazqui ordenándole partiese inmediatamente llevando en su compañía al esclavo Cuitlalpitoc, para ir á cerciorarse de siera cierta la noticia que se le acababa de comunicar, debiendo reconvenir á Pinotl, gobernador de Cuetlachtla, por el descuido en que había caido de no avisar de su parte aquel suceso. Fueron apresuradamente los mensajeros, regresando dentro de muy breves dias; haciendo el acatamiento debido, dijeron á Motecuhzoma:—"Poderoso señor, puedes matarnos y echarnos en " la cárcel para que allí muramos; pero lo que te dijo el indio que " tienes preso es la verdad, y haz de saber, señor, que yo mismo por " mis propios ojos quise satisfacerme, y yo y Cuitlalpitoc, tu esclavo, nos subimos en un alto árbol para considerar mejor lo que era, " y has de saber que vimos una casa en el agua, de donde salen " unos hombres blancos. Blancos de rostro y manos, y tienen las " barbas muy largas y pobladas, y sus vestidos son de todos colores " blancos, amarillo y colorado, verde y azul y morado, finalmente de " todos colores, y traen en sus cabezas unas coberturas redondas, y " echan al agua una canoa grandecilla, y saltan en ella algunos, y " llégανse á los peñascos y estánse todo el dia pescando y en anocheciendo se vuelven á su lugar y casa donde están recogidos, y " esto es lo que de este caso te sabemos dar relacion." (2) Motecu-

(1) Esta poblacion, no muy distante de la costa y de Veracruz, ha desaparecido. Se la encuentra aún, bajo el nombre extropeado de Metlangutla en el plano de Veracruz, remitido al rey Felipe II, año 1580, por el alcalde mayor Alvaro Patiño. Entre los MSS. del Sr. D. Joaquin García Icazbalceta.

(2) Duran, cap. LXIX. MS.

"hzoma inclinó la cabeza sin pronunciar palabra. Despues de tantas dilaciones se cumplía el plazo fatal; sonaba la hora de la destruccion. La mano puesta en la boca, el emperador quedó largo tiempo en meditacion; lanzó al volver en sí un profundo suspiro y ordenó le trajesen al mensajero encerrado en la cárcel; el envíado volvió á informar, que el indio había desaparecido.—"Bien pensé que sería algun hechicero, exclamó, más yo quería recompensarle." (1)

Por órden del monarca fueron traidos muy secretamente á palacio dos plateros, dos lapidarios y dos oficiales de obras de pluma y encargándoles secreto, bajo las penas más severas, les hizo construir ciertas joyas y preseas en la forma que le pareció; terminadas prontamente, recompensó á los artífices con abundante paga en mantas y comestibles. El emperador llamó de nuevo al Teutlamacazqui y á Cuitlalpitoc, encargándoles fuesen al encuentro de los hombres blancos, llevando por instrucciones, que el gobernadorde Cuetlachtla, proveyera abundantemente de víveres á los extranjeros; ellos inquirirían cuidadosamente quiénes eran los recien venidos, y qué querían; sí era Quetzalcoatl ó sus descendientes, sí ya venían á recoger el imperio; se conocería sí eran los dioses esperados, en que comerían los manjares de la tierra que ya les eran conocidos de antemano; cerciorados de ser en efecto Quetzalcoatl, "dile que le su-
" plico yo y que me haga este beneficio, que me deje morir, y que
" despues de yo muerto, venga mucho de norabuena y tome su rei-
" no, pues es suyo y lo dejó en guarda á mis antepasados, y pues lo
" tengo prestado que me deje acabar, y que vuelva por él y lo goce
" mucho de norabuena; y no vayas temeroso, ni con sobresalto, ni
" te dé pena el morir á sus manos, que yo te prometo y te doy mi
" fé y palabra, de te honrar á tus hijos y dalles muchas riquezas de
" tierras y casas, y de los hacer de los grandes de mi consejo; y sí
" acaso no quisiere comer de la comida que le diéredes, sino per-
" sona, y quisiere comeros, dejaos comer, que yo cumpliré lo que
" tengo dicho, con vuestras mujeres y hijos y parientes." (2)

Los mensajeros, llevando los presentes dispuestos en el palacio, salieron recatadamente de México; llegados á Cuetlachtla, previ-

(1) Duran, cap. LXIX.—Tezozomoc, cap. ciento seis. MS.

(2) P. Durán, cap. LXIX. MS.

nieron al gobernador Pinotl acopiára los mejores manjares y con ellos vinieron á la costa frente á donde estaban surtos los navíos colocando el repuesto encima de las rocas. Cuando á la mañana siguiente salieron los castellanos de sus barcos les hicieron señales, un bote acudió á saber qué les querian y el Teutlamacazque y Cuitlalpitoc fueron trasbordados á la capitana. Ahí, por medio de una india que servía de intérprete (1) se entendieron con el capitan, le entregaron el regalo é impusieron de su embajada, recibiendo por respuesta, "que él haría lo que le embiaba á rogar, que él se iba " luego, que se holgase y reinase mucho de norabuena, que él venía " de lejas tierras, que al tiempo volvería y se holgaría de hallalle " vivo, por serville el presente que le había hecho." (2) En cuanto á la comida tomaron los extranjeros previo ser catada por los indios; en cambio dieron á estos bizcocho, tocino y algunos pedazos de tasajo, de lo cual comieron parte, guardando el resto para su señor. Diéronles tambien vino con el cual se embriagaron, pasando aquella noche en la nao.

Al dia siguiente les pusieron en tierra, dándoles en recompensa de las joyas traidas, sartales de cuentas de vidrio y algunas juguetes. El Teutlamacazqui y Cuitlalpitoc permanecieron en la costa expiando los movimientos de las naves, hasta que las vieron alejarse y desaparecer en el horizonte. Entónces regresaron á Cuetlachtla, tomaron los presentes dispuestos por Pinotl para el emperador y tornaron á México á dar cuenta de su cometido. (3) Insistió Mo-

(1) En la expedicion de Grijalva no venía ninguna india intérprete, por lo que parece que Durán confunde este descubrimiento con el de Cortés. Tezozomoc, cap. ciento siete, adelanta hasta decir que la india se llamaba Marina, cosa que evidentemente corresponde á la segunda venida de los castellanos. Como en seguida se deja entender, esta india intérprete fué invencion de los mensajeros.

(2) Duran, cap. LXIX MS.

(3) En la relacion de la conquista del P. Sahagun, cap. II, se relata lo que los señores de Cempoalla hicieron al ver las naves españolas. Juntáronse á deliberar lo que deberían hacer, determinando reunir algunas mercancías, para que en són de venderlas pudieran verlo todo, para dar cuenta cumplida al emperador. Ejecutado y llegados á la capitana:—"Los españoles preguntáronles de á donde eran y á que venían, " y dijéronles, somos mexicanos: los españoles dijéronles, si sois mexicanos decid" nos, ¿cómo se llama el señor de México:? dijeron los indios: señores nuestros, el "señor de México se llama Moctheeuzoma: entónces les dijeron los españoles: pues "venís á vender algunas cosas que habremos menester, subid acá y véamoslas, no "tengais miedo ninguno, que no os haremos mal: esto dijeron por medio de intér" prete que ellos traían." Hecho el cambio, fueron á México.

tecuhzoma en preguntar si los extranjeros eran idos y como se le afirmara ser así verdad recibió gran contento, creyendo que sus embajadores habían alcanzado alejar el peligro, logrando Quetzalcoatl le dejara reinar mientras le durara la vida. No quizo probar en manera elguna la galleta, el tocino y el tasajo dado por los blancos bajo pretesto de ser manjares de los dioses; mas hizo gustarlos á sus corcovados, quienes declararon ser el pan dulce y suave. Por órden de Motecuhzoma, aquello fué recogido en una jícara (*xicalli*) dorada, cubierta con riquísimas mantas; los sacerdotes formando procesion, incensándola y cantando los cantos consagrados á Quetzalcoatl, la llevaron hasta Tollan, enterrandola en el templo de aquel dios. Las cuentas de vidrio y los juguetes, juzgados por Motecuhzoma por cosas divinas y de inapreciable precio, quedaron enterradas en el teocalli mayor, á los piés de la estátua de Huitzilopochtli. Los mensajeros quedaron con grandes honores y riquezas, recibiendo Cuitlalpitoc su libertad. (1)

Esta es la version de las historias indígenas; en cuanto á las relaciones de los castellanos, aquel mismo dia, viérnes 18 de Junio, Grijalva envió en una barca á Francisco de Montejo, para saber lo que querían algunos indios que en la costa hacían señales con unas banderas blancas; diéronle mantas ricas, y preguntándoles por oro, dijeron lo traerían; en la tarde se llegó una canoa á los barcos, dieron tambien mantas, y ofrecieron oro para el dia siguiente. El sábado 19 se vieron de nuevo las banderas sobre la costa; vino Grijalva y encontró preparados bajo de una enramada, multitud de platillos con comida de la tierra, con los cuales le convidaron, ofreciéndoles los cañutos para fumar, y haciendo señas que no se fuese que le traerían oro; él dió en cambio sus cuentas de vidrio y sus bujerías de rescate. (2) Grijalva, ya en la tierra firme, tomó posecion del pais en nombre de los monarcas españoles, puso al continente, que lo era en concepto de Anton de Alaminos, el nombre de provincia de San Juan, pidiendo de ello testimonio al escribano.

"Siguióse que vinieron ciertos indios de la Tierra-Firme, sin ar-"mas algunas, y entre ellos avía dos principales, el uno viejo é el "otro mancebo, padre é hijo: los quales, como señores eran obedeci-

(1) P. Durán, cap. LXIX. MS.—Tezozomoc, cap. ciento siete MS.

(2) Oviedo, lib. XVII, cap. XIV.

"dos de los otros de su compañía, é algunas veces el mancebo se "enojaba con sus indios, mandándoles algo, é daba palos ó bofeta- "das á los otros, é sofríanlo con mucha paciencia, é se apartaban á "fuera con acatamiento. E con mucho placer éstos principales abra- "zaban al capitan Grijalva, é le mostraban mucho amor, á él é á los "chripstianos; como si de ántes los conoscieran, y tovieran amistad "con ellos; y perdían tiempo en muchas palabras que decían en su "lengua á los chripstianos, sin se entender los unos ni los otros. Y "el más viejo destos indios, mandó á los otros que truxessen unos "bihaos, que son unas hojas anchas que nascen de la manera que "los que acá llaman plátanos, sino que son muy menores, é hízolas "tender debaxo de ciertos árboles que tenían puestos á mano sus in- "dios, para que hiciescen sombra, é hizo señas al capitan que se sen- "tasse sobre aquellos bihaos, y tambien quiso que se sentassen los "chripstianos, que á él le pareció que debían ser más principales y "aceptos al general, é hizo señas que se sentasse la otra gente toda "por el campo, é el general mandólos assentar; pero tambien prove- "yó en que oviesse buena guarda é atalayas, para que no incurrie- "ssen en alguna celada, como ynorantes y desapercebidos. Y el ge- "neral, con los que el indio principal señaló, sentados, dió éste al "general y á cada uno de los chripstianos que estaban sentados, un "cañuto encendido por el un cabo, que son fechos de manera que "despues de encendidos, poco á poco se van gastando é consumiendo "entre sí, hasta se acabar ardiendo sin alzar llama, assí como lo sue- "len hacer los pivetes de Valencia, é olían muy bien ellos y el hu- "mo que dellos salía: é hacían señas los indios á los chripstianos "que no dexassen perder ó passar aquel humo, como quien toma ta- "baco. E al tiempo que llegaron á hablar al capitan, un poco ántes "de llegar á él los dos principales que es dicho, pusieron ambas pal- "mas de las manos en tierra y las besaron, en señal de paz ó salu- "tacion; pero como no avía lengua ni se entendían unos á otros, era "muy trabajosa é imposible cosa entenderse; é assí como he dicho, "hacíanse señas é decíanse muchas palabras, de que ningund prove- "cho ni inteligencia se podía comprender. Y en tanto que esto pa- "ssaba, yban y venían muchos indios mostrando mucho regocijo é "placer con los chripstianos, é parescía que muy sin temor ni recelo "venían é se allegaban á nuestros españoles, como si de largo tiempo "atrás se ovieran conversado, é assí con mucha risa é descuydo ha-

"blaban, é no acababan, señalando con los dedos y manos, como si "fueran entendidos de los que los escucbaban y miraban. E comen"zaron á traer de sus joyas é dieron dos guariques ó arracadas de oro "con seis pinjantes, é siete sartas de qüentas menudas de barro, do"radas muy bien, é otra sarta menor de qüentas doradas é tres cue"ros colorados á manera de parches, é un moscador, é dos máscaras "de piedras menudas, como turquesas, sentadas sobre madera de "obra musayca, con algunas pinticas de oro en las orejas. En re"compensa de lo qual se les dieron ciertos hilos de qüentas pinta"das y otras verdes de vidrio, y un espejo dorado, é unas servillas "de muger, cosas que en Medina del Campo podría todo valer dos "ó tres reales de plata; é los indios que venían con éstos principales, "rescataban por su parte con los otros chripstianos mantas y almay"zares y otras cosas. Y el capitan general les dió á entender que le "truxessen oro, enseñándoles algunas cosas de oro, y diciéndoles que "los chripstianos no querían otra cosa; y el indio viejo envió al man"cebo principal por oro, á lo que se pudo entender, é dixo por señas "que desde á tres dias volvería, é que se fuesen los chripstianos á "los navíos é tornassen á aquel mismo lugar al término que decían "que traerían el oro. Y quedó el viejo con otros indios de los que "allí estaban, y entre ellos había otro mancebo que tambien por se"ñas decía que era su hijo; pero no se hacía tanto caso deste como "del otro que avía enviado por el oro. E assí con muchos abra"zos é placer se quedó en tierra, é el capitan é su gente se reco"gieron á sus navíos, é dixo el indio principal que otro dia de ma"ñana él volvería al mismo lugar, é que assí lo hiciessen los chrips"tianos." (1)

El domingo 20 saltaron en tierra los españoles, y bajo las mismas condiciones, despues de haber dicho misa el capellan, el indio viejo les dió de almorzar, siguiéndose el trueque de algunos objetos de oro, por baratijas que tendrían de precio dos ducados. Lúnes 21 los indios hicieron desde temprano señales con las banderas; acudieron los castellanos, trayendo una mesa para colocar sus rescates, siguiendo el cambio de oro y preseas; "pero todo quanto se les dió no valía "en Castilla quatro ó cinco ducados, é lo que ellos dieron valía más

(1) Oviedo, lib. XVII, cap. XV

"de mil." (1) Va esto sin decir que los rescatadores solo avaluaban el oro, sin tener en cuenta la obra de mano, ni el valor que piedras, joyas y plumas tenían para los naturales. Nuevo rescate tuvo lugar el miércoles 23, en el cual los indios dieron una gran cantidad de oro, por fruslerías de precio de dos ducados de oro. El juéves 24 siguió el rescate, y fuera del oro, el indio viejo regaló al capitan una india moza vestida con gracia; la recompensa fueron cosas, "que to-"do podría valer en Sevilla, ó en otra parte de España, quatro ó cin-"co reales."

A la sazon, los castellanos habían dejado la isla de Sacrificios, viniendo á tomar tierra en otra más cercana á la costa. Encontraron ahí una estatua de Tezcatlipoca, con algunos sacerdotes que acababan el sacrificio de dos muchachos; los sacerdotes ó papas intentaron sahumar á los extrangeros, mas éstos no lo consintieron. Dolidos de aquel espectáculo, preguntaron lo que significaba, respondiendo un indio Olúa, Olúa, dando á entender ser por órden de los de Culhua. Del nombre Juan de Grijalva y de aquellas palabras, quedó nombre á la isla, que todavía tiene, de San Juan de Ulúa. (2)

Aquel juéves 24 de Junio, dando por terminados los rescates, Grijalva, quien no aceptó el partido de poblar en la tierra, envió el navío San Sebastian á Cuba, al mando de Pedro de Alvarado, con los enfermos y los objètos rescatados, y cartas para Diego Velazquèz; él, con el resto de la flotilla. se hizo á la vela, siguiendo al N.O. en demanda de la costa. El lugar de la palya donde esto pasó, era conocido por los indios bajo el nombre de Chalchiuhcuecan, lugar de conchas preciosas, y poco más ó ménos ahí se alza ahora la ciudad y el puerto de Veracruz. (3)

En cuanto puede ser posible, confrontan las relaciones azteca y castellana; sólo que en aquellas conversaciones por señas, cada quien entendía lo que cuadraba á sus intentos, y el Teutlamacazqui y Cuitlalpitoc, dieron por bien desempeñado su embajada, en el sentido apetecido por el emperador, inventando lo de la india intérprete para evitar motivos de sospecha. Lo evidente había sido que los hombres blancos y barbados, se alejaron en sus naves, volviendo así

(1) Oviedo, lib. XVII, cap. XV.

(2) Bernal Diaz cap. XIV.

(3) 19° 17′ 52″ lat. y 2° 58′ 9, 8″ long. E. Almanaque americano.

la tranquilidad al ánimo del atribulado emperador: Quetzalcoatl se había dejado ablandar. Previno sin embargo á todos los señores de la costa, por medio de sus calpixque, pusieran atalayas que veláran dia y noche, á fin de dar inmediato aviso tan pronto como de nuevo se presentaran los extranjeros. (1)

Pero el negro afan de Motecuhzoma, no quedaba por nada satisfecho. Hizo llamar al Teutlamacazqui Tlilancalqui y le dijo: "trae luego al afamado pintor Tocual, y que pinte como tú le digas "todo lo que has visto." Siempre con la ridícula condicion del secreto, pues era materia pública entre el vulgo, el pintor trasladó al papel cuanto el Teutlamacazqui le dijo, así de los barcos como de las personas, vestidos, armas y demás: atentamente lo consideraba Motecuhzoma, maravillándose extraordinariamente. Dirigiéndose luego al pintor, "Hermano, le dijo, ruégote me digas la verdad de lo que te quiero preguntar. ¿Por ventura sabes algo desto que aquí has pintado? ¿Dejáronte tus antepasados alguna pintura ó relacion destos hombres que hayan de venir á aportar á ésta tierra?"—"Nada sé, respondió el pintor, mis antepasados pintaban lo que los reyes antíguos les mandaban, y nada más."—"Infórmate con tus compañeros si alguno sabe de ello."—Tocual volvió despues de algunos dias, diciendo no haber encontrado quien le diera razon alguna. (2)

Envió entónces por los ancianos pintores de Tlalmanalco, Chalco y de la tierra caliente. Preguntados por las relaciones y pinturas antíguas de sus mayores, respondieron, "que los que habían de venir á reinar y poblar estas tierras, que habían de ser llamados Tezocuilyexique, y por otro nombre Centeyexique, que son aquellos "que están en los desiertos de Arabia que el alto sol enciende, que "tienen un pié solo de una pata muy grande que se hacen sombra, "y las orejas les sirven de frezadas, que tienen la cabeza en el pecho, y esto dejaron declarado los antíguos nuestros antepasados al "tiempo que vinieron á poblar estas tierras, y esto es lo que entendemos y no otra cosa de lo que preguntais." (3) Llamados los ancianos de Cuitlahuac y de Mizquic, repitieron que los hijos de Quetzalcoatl, vendrían á enseñorearse de la tierra, recobrando cuanto

(1) Sahagun, relacion, cap. III.

(2) P. Durán, cap. LXX. MS.

(3) Tezozomoc, cap. ciento ocho. MS.

habían dejado á guardar; mas enseñadas las pinturas, eran gentes diversas de las vistas por Teutlamacazqui. (1)

Siendo vanas las pesquisas hasta entónces hechas, recordó Tlilancalqui haber en Xochimilco un venerable anciano llamado Quitlaztli, muy entendido en cosas antigüas; de órden del emperador marchó por él y le trajo á palacio. Quilaztli, enseñó sus papeles y dijo: "que á esta tierra habían de aportar unos hombres que habían "de venir caballeros en un cerro de palo, y que había de ser tan "grande que en él habían de caber muchos hombres, y que les ha-"bía de servir de casa, y que en él habían de comer y dormir, y que "en sus espaldas habían de guisar la comida que habían de comer, "y que en ellos habían de andar y jugar como en tierra firme y re-"cia, y que éstos habían de ser hombres barbados y blancos, vesti-"dos de diferentes colores, y que en sus cabezas habían de traer "unas coberturas redondas, (2) y juntamente con éstos habían de "venir otros caballeros en béstias á manera de venados, (3) y otros "en águilas que volasen como el viento, y que éstos habían de poseer "esta tierra y poblar todos los pueblos de ella, y que se habían de "multiplicar en gran manera, y que de éstos había de ser el oro y "la plata y las piedras preciosas, y ellos lo habían de poseer, y por-"que creas que lo digo es verdad, cátalo aquí pintado, la cual "pintura me dejaron mis antepasados." (4) Sacó entónces una pintura muy vieja, en la cual constaban los pormenores de que había hablado. Al ver la absoluta semejanza con las pinturas de Tocual, Motecuhzoma lloró y se angustió rendido á la fuerza de la evidencia.—"Has de saber, hermano Quilaztli, le dijo, que ahora veo que "tus antepasados fueron verdaderos sábios y entendidos, porque no "há muchos dias que esos que traes ahí pintados, aportaron á es-"ta tierra hácia donde nace el sol, y venían en esa casa de palo que "tu señalas, y vestidos en la misma manera y colores qne esa pin-"tura demuestra, y porque sepas que los hice pintar, cátalos aquí, "pero una cosa me consuela, que yo les envié un presente y les en-"vié á suplicar que se fuesen norabuena, y ellos me obedecieron y se

(1) Durán, cap. LXX. MS.—Tezozomoc, cap. ciento ocho. MS.

(2) Se hace principal referencia á los sombreros, á los cuales dieron por nombre, *cuaapaz*, lebrillo de la cabeza.

(3) Los caballos, apellidados *tonacamazatl.*

(4) Durán, cap. LXX. MS.

"fueron, y no sé si han de tornar á volver."—El viejo Quilaztli le "respondió:" ¿Es posible poderoso señor, que vinieron y que se fue-"ron? Pues mira lo que te quiero decir, y si lo que te digo no fuese "así, quiero que á mí y á mis hijos y generacion borres de la tierra "y nos aniquiles y mates á todos, y es, que ántes de dos años, y á "más tardar de tres, que vuelven á ésta tierra, porque su venida no "fué sino á descubrir el camino y á saberlo para tornar á venir, y "aunque te dijeron que se volvían á su tierra, no lo creas, que ellos "no llegarán allá, ántes se han de volver de la mitad del cami-"no." (1)

Semejante declaracion no agradó á Motecuhzoma, quien quedó con harto pesar; sin embargo, recompensó ampliamente á Quilaztli, reteniéndole constantemente á su lado para aprovechar sus consejos. El ánimo de Motecuhzoma era voluble, y movedizo como las aguas del mar; permaneció triste por algun tiempo, más mirando que los hombres blancos no volvían, creyó en su necio orgullo que habían obedecido sus órdenes, y que ya jamás tornarían estando él vivo. El monarca debía estar en condiciones anómalas, dimanadas del estado nervioso producido por la vida sensual que llevaba en el trato con sus numerosas mujeres, por su desatentada supersticion, por su loco orgullo. Ya con la seguridad de mandar, dió rienda suelta á su odioso despotismo: superior se hizo á los mismos dioses y su tiranía no reconoció límites. Exigió cuantiosos tributos, sin medir las fuerzas de los pueblos; quitó al legítimo señor de Atzcapotzalco poniendo en su lugar á su sobrino Oquiz, hombre violento y tirano; desposeyó á los señores de Ehecatepec y de Xochimilco, poniendo á Huamitl y á Omacatl, hechuras suyas; á su hijo Acamapich puso en Tenayocan. "Y era tanto el descuido que tenía en pensar que "habían los españoles de volver, que no acordándose dello, mataba "y destruía y tiranizaba todo lo qne podía." (2)

(1) Durán, cap. LXX. MS.
(2) Durán, cap. LXX. MS.—Tezozomoc, cap. ciento nueve. MS.

CAPITULO III.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Prosigue el descubrimiento de Grijalva.—Cristóbal de Olid.—Almeria.—Tochpan.—Rio de Canoas.—Cabo Rojo.—Regreso.—Puerto de San Anton.—Rio Lagartos.—Conil.—Vuelta á la Fernandina.—Tercera expedicion.—Hernando Cortés nombrado capitan.—Instrucciones.—Cruces.—Gasto de la armada.—Partida de la flota del puerto de Santiago.—Permanencia en la villa de la Trinidad.—En la Habana.—Tentativas infructuosas para detener á Cortés.—El cabo San Anton.—Salida definitiva.—Fuerza de la armada.

XIII tochtli 1518. Anudando la relacion del descubrimiento, estaba inquieto Diego Velazquez por lo que pudiera haber sucedido á la escuadrilla de Grijalva, y mirando no tener razon ninguna, aprestó una nao al mando de Cristóbal de Olid, dándole órden de seguir el derrotero de Hernandez de Córdoba hasta encontrar con los expedicionarios. Olid llegó á la isla de Cozumel, de la cual tomó posesion pensando ser él quien la descubría, costeó la península de Yucatan y vino á tocar en puerto Deseado; cogióle aquí un recio temporal, y por miedo de perderse sobre las

amarras, fué preciso cortar los cables, perdiéndose las anclas. Por esta causa y no haber encontrado la menor noticia de lo que buscaba, Olid se tornó á Cuba, entrando Velazquez en mayor zozobra. (1) Por fortuna, á poco llegó la carabela mandada por Pedro de Alvarado, y con las relaciones que este hizo de la riqueza de los países descubiertos, comprobada con las muestras de oro, Diego Velazquez entró en la mayor alegría, abrazando á Alvarado, haciendo regocijos y jugando cañas.

Requerido Grijalva para que poblase en el puerto de San Juan de Ulúa, cosa que no aceptó por ser contraria á las instrucciones que había recibido, (2) dado por concluido el rescate con los indios y partida la carabela San Sebastian que con Alvarado iba á dar la noticia á Cuba, las tres naves restantes levaron anclas prosiguiendo el descubrimiento de la costa hácia el Norte. Vieron un lugar al que nombraron Almería, (3) en seguida las sierras de Tuspa, (4) llegando el 28 de Junio á la boca de un rio al cual pusieron por nombre rio de canoas. (5) Pusiéronle tal nombre, porque estando surtas las carabelas, salieron hasta diez y seis canoas cargadas de guerreros, se adelantaron á combatir la nao de Alonso de Ávila, pretendiendo apoderarse de ella; pero soltada la artillería, acudiendo los bateles de las otras carabelas con los ballesteros y escopeteros, recibiendo algun daño los indios se pusieron á huir metiéndose en la boca de Tanhuijo. "Este dia ya tarde vimos un milagro bien "grande, y fué que apareció una estrella encima de la nao despues "de puesto el sol, y partió despidiendo continuamente rayos de luz, "hasta que se puso sobre aquel pueblo grande, (6) y dejó un rastro

(1) Bernal Diaz, cap. XV.—Oviedo lib. XVII, cap. XVIII.

(2) Casas, Hist. de las Indias, cap. CXII. lib, III.

(3) Almería, Nauhtla. Rio de Almería, rio de Nauhtla, y tambien rio de la Torre, Estado de Veracruz. Itinerario de larmata, pág. 301.

(4) Bernal Diaz, cap. XVI, distingue las sierras de Tusta y de Tuspa. La primera es la sierra de San Martin, en donde está el volcan de Tuxtla; la segunda es Tuxpan (Tochpan), en 20° 59′ 30″ lat. y 1° 46′ 12,8″ longitud Este.

(5) Oviedo, lib. XVII, cap. XVI. Este rio de Canoas corresponde á la boca del rio de Tanhuijo que camunica el mar con el lago de Tamiahua; la boca está colocada á los 21° 15′ 48″ lat. y 1° 42′ 18″ long. E. La antigua poblacion de Tamiahua estaba colocada sobre la costa y no en donde ahora se encuentra.

(6) Debe referirse al antiguo Tamiahua.

"en el aire que duró tres horas largas; y vimos además otras seña-
"les bien claras, por donde entendimos que Dios quería para su ser-
"vicio que poblásemos en aquella tierra. (1) El milagro venía de
"molde para vencer el ánimo de Grijalva á fin de poblar en la tierra,
"aunque segun parece no fué eficaz. "É luego alzamos áncoras é
"dimos velas, é seguimos costa á costa hasta que llegamos á una
"punta muy grande; y era tan mala de doblar, y las corrientes mu-
"chas, que no podiamos ir adelante; y el piloto Anton de Alaminos
"dijo al general que no era bien navegar más aquella derrota, é pa-
"ra ello se dieron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que
"se había de hacer, y fué acordado que diésemos la vuelta á la isla
"de Cuba." (2)

Corriendo el litoral en sentido contrario del que habían llevado, llegaron á la boca del Coatzacoalco el viérnes 9 de Julio; no pudiendo subir el rio por la fuerza de la corriente y el mal tiempo, el lúnes 12 alcanzaron el rio Tonalá, "que se puso entónces nombre San Anton:" permanecieron tres dias ahí componiendo una nave que hacía agua y rescata.. de paz con los pueblos comarcanos. Los indios de aquellas partes traían unas hachuelas de cobre que á los castellanos se les antojaron ser de oro bajo, diéronse á rescatarlas por cuentas de vidrio, logrando reunir en tres dias más de seiscientas, con igual contento de los contratantes; "mas todo salió vano, què las hachas salieron de cobre, y las cuentas un poco de nada." (3) De mejor provecho para el país entero fué, que apartándose Bernal Diaz del Castillo á dormir la siesta cerca de un teocalli, sembró siete ú ocho pepitas de naranja que había traido de Cuba; nacieron, y mirando los papas ser plantas que no conocían, las defendieron de los insectos y cultivaron: conquistada despues la tierra, poblada la provincia de Coatzacoalco, Bernal Diaz recogió los arbolillos, siendo estos "los primeros naranjos que se plantaron en la "Nueva España." Viérnes 17 salieron á la mar; pero habiendo dado en tierra la nao capitana, tornáronse al punto de partida: entón-

(1) Itinerario de larmata, pág. 302.

(2) Bernal Diaz, cap XVI. Este cabo grande difícil de doblar no puede ser otro que Cabo Rojo, en 21° 31′ lat. y 1° 43′ 24,8″ long. E. Este debe, pues, considerarse como el término de los descubrimientos de Grijalva.

(3) Bernal Diaz, cap. XVI.

se huyeron los dos indios intérpretes que tenian, Julian y Pero Barba.

Emplearon el tiempo en rescatar y quitaron unas joyas que encontraron sobre unos cadáveres que desenterraron, aunque ya hediondos. "Pero de crer es que si tuvieran más oro, que aunque mas " hediera no quedaran con ello, aunque se lo ovieran de sacar de los " estómagos; porque la malvada cobdicia de los hombres á todo tra- " baxo é asco y peligroso subceso se dispone." (1)

Dejaron el puerto de San Anton, mártes á 20 de Julio; acometidos por el mal tiempo y sin saber dónde estaban, buscaron tierra, dando con ella el mártes 17 de Agosto: llamaron al lugar puerto de Términos. (2) Proveyéronse de agua y pescado, haciéndose al mar el domingo 22: tocaron en Puerto Deseado y miércoles 1º de Setiembre se pusieron frente á Poton-Chan; aunque salieron á una isleta cercana á la costa, no desembarcaron, porque los indios estaban en son de guerra. Viérnes 3 dejaron aquel lugar, alcanzando el pueblo de Lázaro el domingo 5; desembarcados para tomar agua de que habían necesidad, los naturales los condujeron poco á poco hasta una celada de que pudieron salir á poca costa; tomada el agua y maiz de las sementeras, diéronse al mar el miércoles 8. Siguiendo la derrota, sábado 11 al ponerse el sol vieron unos bajos, probablemente los Bajos de Sisal, reconociéronlos aún el siguiente domingo 12, y no sabiendo pasar por aquel camino volvieron sobre la península, " é tomaron la tierra más arriba del rio, que llaman de Lagartos, donde dicen el Palmar." (3) Miércoles 15 siguieron costeando, hasta el mártes 21 que llegaron á Comi, (4) y tomando al Norte descubrieron la Fernandina el miércoles 29 de Setiembre, poniéndose

(1) Oviedo, lib. XVII, cap. XVI.

(2) "Y en tanto que allí estovieron los chriptianos tomando agua, vieron canoas cada dia atravesar con gente á la vela, que pasaban á la otra tierra de la Isla Rica ó Yucatan." Oviedo, lib. XVII, cap. XVII. Confirma esta opinion l que ántes había dicho Bernal Diaz; repetimos nosotros, que el uso de la vela imp rta un grado bastante adelantado en navegacion.

(3) Oviedo, lib. XXII, cap. XVIII. Rio Lagartos, sobre la costa boreal de Yucatan, en 21° 32″ lat. y 10° 55′ long. E. Propiamente no es rio, sino una entrada que la mar hace en lo que llaman laguna de Lagartos ó de Mursinic.

(4) Oviedo, loco cit. Las bocas de Conil en el cabo Catoche.

frente al puerto Carenas al dia siguiente: la flotilla llegó finalmente al puerto de Xaruco el lúnes 4 de Octubre, desembarcando la gente el mártes cinco. (1)

Desembarcado Grijalva encontró una carta de Diego Velazquez, á la sazon en Santiago, previniéndole que lo más pronto posible fuera para la villa, y dijese á la gente, que estando ocupado en hacer nueva armada para ir á poblar la Isla Rica de Yucatan, los que quisiesen tomar parte esperasen ahí en la Habana, dándoles entretanto lo que hubiesen menester de una granjería que cerca tenía llamada Estancia. (2) Grijalva se puso brevemente en camino y llegado ante el gobernador, este le dió pocas gracias por el oro que le había enviado con Alvarado y por el que traía él mismo, riñéndole acremente por no haber poblado en la tierra, como si no haber cedido á las instancias de sus compañeros no fuera haber cumplido con las instrucciones comunicadas por el mismo Diego Velazquez. La verdad parece, que las personas que rodeaban al gobernador, harto impresionable por cierto, le hablaban mal del cumplido Grijalva; Alonso de Ávila, que "era mal acondicionado," decía de Grijalva ser para poco, y al mal decir ayudaba Francisco de Montejo. (3)

Diego Velazquez se entendía en lo necesario para prevenir nueva armada que fuera á reconocer la isla de Yucatan ó de Santa María de los Remedios, la de Cozumel ó Santa Cruz, y la tierra grande en parte llamada Ulúa ó Santa María de las Nieves. A ello le determinaba las relaciones de Pedro de Alvarado y las muestras del oro que había recibido. Para obtener el permiso, envió por su procurador á la isla Española á un hidalgo llamado Juan de Saucedo, quien lo alcanzó completo de los religiosos gerónimos Fr. Luis de Figueroa, natural de Sevilla y prior de la Mejorada, Fr. Alonso de Santo Domingo, prior de San Juan de Ortega, y Fr. Bernardino de Man-

(1) Consúltese para la expedicion de Grijalva, Itinerario de larmata, apud García Icazbalceta.—Oviedo, lib. XVII, cap. VIII al XVIII.—Casas, hist. de las Indias, lib. III, cap. CIX al CXIII.—Herrera, déc. II, lib III, cap. I y II, IX al XI.—Bernal Diaz, cap. VIII al XVI.—Torquemada, lib. IV, cap. III al V.—Gomara, Crón. cap. V y VI.—Cogolludo, lib. I, cap. III y IV.

(2) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. CXIII.—Herrera, déc. II, lib. III, cap. X.

(3) Casas, lib. III, cap. CXIV.—Herrera, déc. II, lib. III, cap. XI.—Bernal Diaz, cap. XVI.

zanedo, nombrados gobernadores por el cardenal Ximenez para entenderse en negocios de Indias. Los objetos de la expedicion, segun consta en el preámbulo de las instrucciones dadas á Cortés eran amparar la escuadrilla de Grijalva de la cual no había noticia y pudiera estar en peligro; buscar y auxiliar el barco mandado por Cristóbal de Olid y recoger seis cristianos cautivos que se decía estaban en Yucatan. (1) Respecto de capitan para la armada, Diego Velazquez pensó en un hidalgo llamado Vasco Porcallo, pariente del conde de Feria; mas le desechó temiendo se alzara con la armada, porque era atrevido. Baltazar Bermudez (Bernal Diaz le llama Agustin) tenía mucha suficiencia de su persona y pidió excesivas condiciones: no contentaron tampoco al gobernador Antonio Velazquez Borrego y Bernardino Velazquez, que era su pariente. Por último se fijó en Hernando Cortés. Explícase que Diego Velazquez hiciera tal nomnombramiento, porque Amador de Lares, contador y oficial del rey, tenía frecuente trato y grande influencia en el ánimo del gobernador, encontrándose en las mismas circunstancias Andrés de Duero, secretario que siempre había sido de Velazquez. Lares y Duero se entendieron con Cortés, bajo la base de que si esta era nombrado capitan, partirían entre los tres lo que en oro joyas y plata les tocara, y admitido el pacto pudieron tanto las persuaciones de Lares y Duero, que Cortés fué nombrado y reconocido por general de la armada. (2)

Las instrucciones dadas por Velázquez á su capitan, llevan la fecha 23 de Octubre 1518, y como de su tenor se deducen las obligaciones de los contrayentes, importa conocerlas. (3) Es un documen-

(1) Coleccion de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista, etc., de América y Oceanía. Tom. XII, pág. 226—30.

(2) Casas, lib. III, cap. CIV.—Herrera, déc. II, lib. III, cap. XI.—Bernal Diaz, cap. XIX.

(3) 1.° Primeramente, el principal motivo que vos y los de toda vuestra compañía abeis de llevar es y a de ser para que en este viaje sea Dios Nuestro Señor servido é alabado y nuestra santa feé católica anpliada, que no consintireys que ninguna persona, de qualquiera calidad é condicion que sea, diga mal á Dios Nuestro Señor ni á Santa María su madre ni á sus santos, ni diga otras blasfemias contra su santí simo nombre, por ninguna y alguna manera, lo cual ante todas cosas les amonestareys á todos; y á los que semejantes delitos cometieren, castigallos eys conforme á derecho con toda la mas riguridad que ser pueda."

2.° Item: porque mas cumplidamente en este viage podays servir á Dios Nuestro

to curioso bajo más de un título, lleno de importantes pormenores. Lo primero que se advierte es, que propiamente no se podrá ir en busca de la escuadrilla de Grijalva ni del barco de Cristóbal de Olid, supuesto que muchos dias ántes estaban de regreso, sanos y salvos en la isla de Cuba: quedaba sólo por ejecutar, recojer á los cristianos cautivos en Yucatan ó Santa María de los Remedios. Detalladas las instrucciones para todos los casos, no contienen una cláusula acerca de formar un establecimiento permanente; el viaje era únicamente de exploracion y de rescate, debiendo seguir el camino recorrido por Juan de Grijalva hasta San Juan de Ulúa, tierra nueva de San Juan ó de Santa María de las Nieves, en donde el primer descubridor había encontrado tan pingües provechos. Velázquez otorga cumplido poder á su capitan para resolver los casos ocurrentes, no especificados en las repetidas instrucciones.

Observarémos, por vía de paréntesis, que á los descubridores había llamado mucho la atencion haber encontrado cruces, dándose ahora órden (cláusula 12) de inquirir su significado y lugar de procedencia. A este propósito encontramos: "Despues del viaje referi-"do, escribe el capitan de la armada al Rey Católico, que ha des-"cubierto otra isla llamada Ulúa, en la que han hallado gentes que "andan vestidos de ropa de algodon; que tienen harta policía, habi-"tan en casas de piedra, y tienen sus leyes y ordenanzas, y lugares

Señor, no consintireys ningun pecado público, asy como amancebados públicamente, ni que uinguno de los cristianos españoles de vuestra compañía aya exceso ni coyto carnal con ninguna muger, fuera de nuestra ley, porque es pecado á Dios muy odioso y las leyes dibinas y umanas lo proyben; y procedereys con todo vigor contra el que tal pecado ó delito cometiere é castigarlo eys conforme á derecho por las leyes que en tal caso hablan y disponen."

"3.° Item: porque en semejantes negocios toda concordia es muy útil é provechosa, y por contrario, las disensiones é discordias son dañosas, y de los juegos de dados é naypes suelen resultar muchos escándalos y blasfemias de Dios é de sus santos, trabajareys de no llevar ni llebeys en vuestra conpañía persona ninguna que se crea que no es muy zelosa del servicio de Dios Nuestro Señor é de Sus Altezas, y se tenga noticia que es bullicioso é amigo de novedades y alborotador, y defendereis que en ninguno de los navios que llevays aya dados ni naypes, y abisareys dello, asy á la gente de la mar como de la tierra. yuponiéndoles sobre ello récias penas, las quales ejecutareys en las personas que lo contrario hicieren."

"4.° Item: despues de salida la armada del puerto desta ciudad de Santiago, terneys mucho aviso é cuidado, de que en los puertos desta Isla Fernandina saltáredes, no haga la gente que con vos fuere enojo alguno, ni tomen cosa contra su voluntad á los vecinos é moradores ni indios della, y todas las veces que en los dichos puer-

" públicos, diputados á la administracion de justicia. Adoran una " cruz de marmol, blanca y grande, que encima tiene una corona " de oro; y dicen que en ella murió uno que es más lucido y resplan- " deciente que el sol." (1)

El nombramiento de Cortés suscitó entre sus émulos envidias y celos. Diego Velázquez ponía mucho calor en el despacho de la armada, visitándola todos los dias para dar prisa en el despacho; "fué " entre las otras una vez, y un truhan que Diego Velázquez tenía, " llamado Francisquillo, iba delante diciendo gracias, porque las " solía decir, y entre otras, volvió la cara á Diego Velázquez y díjo- " le: "¡Ah Diego!" responde Diego Velázquez: "¿Qué quieres loco?" " Añide: "Mira lo que haceis, no hayamos de ir á montear á Cor- " tés." Diego Velázquez da luego gritos de risa, y dice á Cortés, " que iba á su mano derecha por ser alcalde de la ciudad y ya capi- " tan elegido: " Compadre (que así lo llamaba), mirad que dice " aquel bellaco de Francisquillo." Respondió Cortés, aunque lo ha- " bía oido, sino que disimuló ir hablando con otro que iba cabe él: " ¿Qué, señor?" Dice Diego Velázquez: "Que si os hemos de ir á " montear:" respondió Cortés: "Déjelo vuestra merced que es un " bellaco loco; yo te digo loco, que si te tomo, que te haga y acon-

tos saltáredes. los avisareys dello, con apercibimiento que seran muy castigados los que lo contrario hicieren, y sy lo hicieren, castigarlos eys conforme é justicia."

5.° Item: despues que con ayuda de Dios Nuestro Señor, ayays recibido los bastimentos é otras cosas que en los dichos puertos abeys de tomar, é fecho el alarde de la gente é armas que llebays, de cada navio por sy, mirando mucho en el registrar de las armas no aya los fraudes que en semejantes casos se suele hazer prestándoselas los unos á los otros para el dicho alarde; é dada toda buena hórden en los dichos nabios é gente, con la mayor brevedad que ser pueda os partireis en el nombre de Dios á seguir vuestro viage."

"6.° Item: antes que os fagays á la vela, con mucha diligencia mirareys todos los nabios de vuestra conserva é ynquerireys é hareis buscar por todas las vias que pudierdes sy lleban en ellos algun indio ó india de los naturales desta isla, é sy alguno hallardes, lo entregad á las justicias para que, sabidas las personas en que en nombre de Sus Altezas están depositados se los buelban, y en ninguna manera consentireys que en los dichos nabios baya ningun indio."

"7.° Item: despues de aber salido á la mar los nabios é metidas las barcas, yreys con la barca del nabio donde vos fuerdes, á cada uno de ellos por sy, llebando con vos un escribano, é por las copias tornareys á llamar la gente que cada nabio llevare, para que sepais si falta alguno de los contenidos en las dichas copias que de cada nabio obierdes fecho, porque mas cierto sepais la gente que llebays, y de cada

(1) Itinerario de larmata, pág. 306.

"tezca," dijo Cortés á Francisquillo. Todo esto pasó, todos burlán-"dose y riéndose," (1)

Cortés desde su nombramiento parece haber cambiado de porte y de conducta; adornó su persona cual convenía á su nueva posicion, imponiéndose la gravedad correspondiente; "como era orgulloso y alegre, y sabía tratar á todos, á cada uno segun lo cognoscia inclinado, para lo cual ser Alcalde no le desayudaba, súpose dar maña á contentar la gente que para el viaje y poblacion se allegaba, la cual era toda voluntaria por la codicia del mucho oro que haber esperaba." (2) Activo como era, de firme voluntad, se entregó con calor á terminar los aprestos de la armada: gastada profusamente su hacienda, que era poca, acudió á amigos y á mercaderes por dineros prestados, admitidos algunos sobre las rentas de sus indios. (3)

Pregonado el nombramiento de Cortés, alzó banderas para hacer la recluta; tenían las armas reales y una cruz de cada parte, con un letrero en latin que decía: "Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fé verdadera, que con ella venceremos." (4) Conforme á otro de los conquistadores, llevaba el dicho marques "una bandera "de unos fuegos blancos y azules, é una cruz colorada en medio; é "la letra della era: *Amici, sequamur crucem. et si nos fidem ha-*

copia dareis un treslado al capitan que pusierdes en cada nabio; y de las personas que fallardes que se asentaron con bos y les habeis dado dineros y se quedaren, me enbiar una memoria para que aca se sepa."

"8.° Item: al tiempo que esta postrera vez bisitáredes los dichos nabios, mandareys é apercibireis á los capitanes que en cada uno dellos pusyerdes é á los maestres é pilotos que en ellos ban ó fueren, y á cada uno por sy y á todos juntos tengan especial cuydado de seguir é acompañar el nabio en que vos fuerdes y que por ninguna bia é forma se aparten de vos, en manera que cada dia todos vos habien, ó á lo menos lleguen é á bista é conpás de vuestro nabio, porque con ayuda de Nuestro

(1) Casas, lib. III, cap. CXV.—Herrera, dec. II, lib. III, cap. XII.—Bernal Díaz, cap. XIX, refiere la misma anécdota, en distintas palabras, si bien siendo el mismo el sentido. Deciase el truhan, Cervantes el loco: "túvose por cierto que dieron los "Velázquez parientes del Gobernador ciertos pesos de oro á aquel chocarrero por "que dijese aquellas malicias, so color de gracias."

(2) Casas, lib. III, cap. CXIV.

(3) Bernal Díaz, cap. XX.—No parece fácil poner en claro, con cuál cantidad acudió Cortés para los costos de la armada y con cuanto contribuyó Velázquez: cuando ambos se hicieron enemigos capitales, en las pro[illegible]o contra otro hicieron, los dos adulteraron á sabiendas la verdad. Vea el lec[illegible]ue pueda sacar de los diversos documentos que vamos á citar. En la "*Carta que Diego Velázquez escri-*

(4) Bernal Diaz, cap. II.

"*bemus vere in hoc signo vincemus:*" (1) era un recuerdo del colegio y del lábaro de Constantino. Al rumor de la expedicion, los vecinos de las islas, deslumbrados por un país abundante en oro, muy más rico que ninguno de los hasta entónces descubiertos, se apresuraron á engancharse en la armada: "unos vendían sus hacien-"das para comprar armas y caballos, otros comenzaban á hacer ca-"zabe y salar tocinos para matalotaje, y se colchaban armas, y se "apercibían de lo que habían menester lo mejor que podían." Recogiéronse en la villa de Santiago hasta trescientos hombres, así de principales vecinos, como de amigos y servidores del gobernador, puestos por éste para velar sobre sus intereses, uno de ellos era Diego de Ordaz su mayordomo mayor.

Entre tanto, sea que los dichos de Cervantes el loco produjeran su efecto, sea que los émulos de Cortés trabajaran el ánimo del gobernador, sea que el mismo Cortés despertara alguna sospecha con su conducta, lo cierto es que Diego Velázquez comenzó á tener por malo el nombramiento que había hecho, mostrando recelos y cambiando del aprecio que ántes mostraba á su capitan. Muy sagaz era Cortés para no conocer aquel cambio, y ademas, que Andres de Duero le informaba de los manejos de sus enemigos y de las resolu-

Señor, llegueys todos juntos á la isla de Coçumel, Santa Cruz, donde será vuestra derecha derrota y viage, tomándoles sobre ello ante vuestro escribano juramento, é poniéndoles grandes é graves penas, y sy por acaso, lo que Dios no permita, acaeciere que por tiempo forçoso ó tormenta de la mar que sobrebiniese, fuese forçado que los nabios se apartasen y no pudiesen yr en la conserba arriba dicha, y llegaren primero que vos á la dicha isla, apercibireys é mandareys, so la pena, que ningun capitan ni maestre ni otra persona alguna, de los que en los dichos nabios fueren sea osado de salir dellos ni saltar en tierra por ninguna bia ni manera, syno que antes syenpre se velen y esten á buen recaudo hasta que vos lleguçis; porque podría ser que vos ó los que de vos se apartasen con tiempo, llegasen de noche á la dicha

bió al *Lic. Figueroa, para que se hiciese relacion á sus Majestades de lo que le había hecho Fernando Cortés,* Docum. de Garcia Icazbalceta, tom. 1, pág. 399, asegura que mandó una copiosa armada provista de todo lo necesario. Consta el mismo concepto en la, *Demanda de Ceballos en nombre de Pánfilo de Narvaez, contra Hernando Cortés y sus compañeros,* Docum. de García Icazbalceta, tom. 1, pág. 437.—Oviedo, lib. XVII, cap. XIX, escribe: "pero no apruebo lo que él, (Hernando Cortés), y [illegible], porfiando que Cortés y otros fueron á sus propias despensas á aque-"llas tierr[illegible] porque aunque assi fuese (que no creo, porque he visto escripturas é

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 554.

ciones del gobernador. En semejantes circunstancias, lo más prudente pareció á Cortés alejarse del puerto lo más pronto posible; al efecto, hizo embarcar la gente, las armas y los bastimentos, y él con los principales de la villa fué á despedirse de Velázquez; pasaron mútuas protestas de amistad, ofrecimientos de esperanzas, abrazos de fingido cariño. Al día siguiehte, despues de oida misa, Diego Velázquez fué al puerto á presenciar el embarque del afortunado capitan, y despues de afectuosos saludos la armada se hizo á la vela. (1)

Esta es relacion de un testigo presencial, que por estar escrita de memoria despues de muchos años, puede haberse ofuscado en la mente del historiador, refiriéndose tal vez á suceso verdadero, aunque diverso de la partida de la armada. Preferimos el siguiente relato, por tener las condiciones apetecibles de autenticidad y certeza. Diego Velázquez había determinado quitar el cargo que había dado á Cortés, "el cual, luego, la primera noche que lo alcanzó á entender, despues de acostado Diego Velázquez, y todos del palacio idos, que le hacían, en todo el silencio de la noche más profundo va Cortés á despertar con suma diligencia á los más sus amigos, diciéndoles que luego convenía embarcarse. Y tomada dellos la com-

isla, mandarles eys é abisareys á todos que á las noches, faltando algun nabio, hagan sus faroles, porque se vean é sepan los unos de los otros, é asy mismo vos lo hareys, sy primero llegardes é por donde por la mar fuerdes, porque todos os sygan é vean é sepan por donde bays, é al tiempo que desta isla os desabrazardes, mandareys é hareys que todos tomen abiso de la derrota que han de llebar, é para ello se les dé su ynstrucion é aviso porque en todo aya buena hórden."

"9.ª Item: abisareys é mandareys á los dichos capitanes é maestros é á todas las otras personas que en los dichos nabios fueren, que si primero que vos llegare á alguno de los puertos de la dicha isla, é algunos indios fueren á los dichos nabios que sean de ellos muy bien tratados é recibidos, que por ninguna bia ninguna per-

"testimonios que dicen otra cosa, y en mi poder está signado un treslado de la instruccion y poder que le dió Diego Velazquez para yr en su nombre), este loor por de Diego Velazquez y no de otro le tengo, pues él dió principio á todo lo que subcedió de la Nueva España, y descubrió de ella la parte que he dicho en mas de ciento y treyta leguas de costa."—En la *Carta de la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Veracruz á la reina doña Juana y al emperador Carlos V, su hijo, á 10 de Julio de* 1519, Cartas y relaciones de Hernan Cortés, Colec. de Gayangos, pág. 8., escriben los consejales refiriéndose á la armada, "y para la hacer á menos costa suya (de Velazquez), habló con Fernando Cortés, vecino y alcalde de la ciu-

(1) Bernal Diaz, cap. XX.

"pañía que le pareció para defensa de su persona, va de allí luego, "á la carneceria, y, aunque pesó al que por obligacion había de dar "carne á toda la ciudad, tómala toda sin dejar cósa de vacas y puer- "tos y carneros, y hácelo llevar á los navios, reclamando, aunque "no á voces, porque si las diera quizá le costara la vida, que le lle- "varían la pena por no dar carne al pueblo, quitóse luego Cortés "una cadenilla de oro que traia al cuello, y diósela al obligado ó "carnicero; *y esto el mismo Cortés á mí me lo dijo.* Vase luego "Cortés á embarcar con toda la gente que pudo despertar, sin es- "truendo, á los navíos; ya estaba embarcada mucha de la que con "él había de ir y que fué. El ido, ó por los carniceros ó por otras "personas que sintieran su ida, fué avisado Diego Velazquez cómo "Cortés era ido, y estaba ya embarcado en los navíos; levántase "Diego Velazquez y cabalga, y toda la ciudad espantada, con él, "van á la playa de la mar en amaneciendo el dia; desque Cortés los "vido hace aparejar un batel con artilleria y escopetas y arcabuces, "ballestas y las armas que le convenian, y la gente de quien mas "confiaba, y con su vara de alcalde, llegóse á tiro de ballesta de "tierra, y parando allí, dicele Diego Velazquez: "¿Cómo compadre, "así os vais? ¿es buena manera esta de despediros de mí?" Respon-

sona, de ninguna manera ni condicion que sea, sea osado de les hazer agravio ni les dezir cosa de que puedan recibir sinsabor, ny á lo que bays, salbo como estan esperando que vos les direys á ellos la causa de vuestra yda, ni les demanden ni ynterroguen sy saben de los cristianos que en la isla de Santa María de los Remedios estan cabtivos en poder de los indios, porque no los abisen é los maten, é sobrello porneys muy recias é grandes penas."

10. Item: despues que en buen ora llegueys á la dicha isla de Santa Cruz, siendo ynformado ques ella, asy por ynformacion de los pilotos ó por Melchor, indio natural de Santa Maria de los Remedios que con vos llebays, trabajareys de ber y sondar todos los mas puertos é entradas é aguadas que pudierdes por donde fuerdes, asy en la dicha isla, como en la de Santa María de los Remedios, é Punta llana, Santa María de las Nieves, é todo lo que hallardes en los dichos puertos hareys asentar en las

"dad de Santiago por V. M., y díjole que armasen ambos á dos hasta ocho ó diez "navios, porque á la sazon el dicho Fernando Cortés tenia mejor aparejo que otra "persona alguna de la dicha isla, y con él se creia que querria venir mucha mas gen- "te que con otro cualquiera, y visto por el dicho Fernando Cortés lo que Diego Ve- "lazquez le decia, movido con celo de servir á VV. RR. AA. propuso de gastar todo "cuanto tenia y hacer aquella armada, casi las dos terceras partes della á su costa, "así en navios como en bastimentos de mar, allende de repartir sus dineros por las "personas que habian de ir en la dicha armada, que tenian necesidad para se pro- "veer de cosas necesarias para el viaje." En esta carta, si no escrita bajo el dictado

"dió Cortés: " Señor, perdone vuestra merced, porque estas cosas y "las semejantes, ántes han de ser hechas que pensadas, vea vuestra "merced que me manda;" no tuvo Diego Velazquez que responder, "viendo su infidelidad y desvergüenza. Manda tornar la barca y "vuélvese á los navíos; y. á mucha priesa, manda alzar las velas á "18 de Noviembre, año de 1518, con muy pocos bastimentos por- "que aun no estaban los navios cargados." (1)

Esta partida violenta, está en consonancia con el ánimo resuelto y la prontitud en la ejecucion que Cortés supo poner en sus cosas.

cartas de los pilotos é á vuestro escribano en la relacion que de las dichas islas é tierras abeys de hacer, señalando el nombre de cada uno de los dichos puertos é aguadas é de las provincias donde cada uno estuviere, por manera que de todo hagays muy cunplida é entera relacion."

"11. Item: llegado que con ayuda de Dios Nuestro Señor seays á la dicha isla de Coçumel, Santa Cruz, hablareys á los caciques é indios que pudierdes della é de todas las otras islas é tierras por donde fuerdes, diciéndoles como vos ys, por mandado del Rey Nuestro Señor, á los ver é bisitar; é darles eys á entender como es un Rey múy poderoso, cuyos vasallos é súbditos nosotros é ellos somos, é á quien obedecen muchas de las generaciones de este mundo; é que sojuzgado é sojuzga muchas partidas é tierras del mar, de las quales son estas partes del mar Occeano donde ellos é otros muchos están, é relatarles eys los nombres de las tierras é islas, con-

de Cortés, redactada con su aprobacion, los concejales se muestran enemigos de Velázquez hasta decir, "que la mayor parte de la dicha tercia parte que el dicho Die- "go Velazqnez gastó en hacer la dicha armada fue emplear sus dineros en vinos y "en ropas y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha mas can- "tidad de lo que á él le costó, por manera que podemos decir qne entre nosotros los "españoles vasallos de VV. RR. AA. ha hecho Diego Velazquez su rescate y gran- "jeado sus dineros cobrándoios muy bien."—*En la Probanza hecha en la Villa de Segura de la Frontera* (hoy Tepeaca), *por Juan Ochoa de Lejalde, á nombre de Hernan Cortés,* la cual pasó por ante el alcalde Pedro de Ircio, á 4 de Octubre 1520. (Docum. de García Icazbalceta, tom. 1, pág. 412), se dice: "que por cuanto á noti-

(1) Casas, lib. III, cap. CXV.—Herrera, dec. II, lib. III, cap. XII.—Gomara, Crón. cap. VII, autor á quien debemos tener como eco de D. Hernando, viene á confirmar la relacion de Casas. "Cortés, dice, procuró de salir luego de allí. Publicó que iba por sí; pues era vuelto Grijalva, diciendo á los soldados, que no habian de tener que hacer con Diego Velazquez; díjoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó á Fernando Alonso los puercos y carneros que tenia para pesar otro dia en la carneceria, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago, y para la pena de no dar carne á la ciudad, y partióse de Santiago de Barucoa á diez y ocho de Noviembre, con mas de trescientos españoles, en seis navios."—Nada hay aquí de las despedidas y abrazos mencionados por Bernal Díaz, desprendiéndose de la breve relacion de Gomara, que D. Hernando obraba con doblez y huia mas bien que emprendía viaje.

Lo que no comprendemos con claridad, es la conducta de los otros capitanes de los barcos Alonso Hernandez Puerto-Carrero, Francisco de Montejo, Alonso de Avila, Pedro de Alvarado, Juan Velazquez y Diego de Ordaz. Será preciso suponer, bien que tomaron parte en el complot, faltando á las obligaciones que debían á Diego Velazquez, seducidos por alhagos y promesas, bien que fueron engañados por alguna astucia de Cortés. (1) Al alejarse la flotilla, y retirarse á su habitacion el gobernador, lleno debía de tener el corazon de angustia y despecho, al verse así burlado.

La armada se dirigió á Macaca, quince leguas de Santiago, á una estancia que ahí tenía el rey; en ocho dias que estuvieron, Cortés obligó á Tamayo, encargado de la granjería, que los indios labrasen más de 300 cargas de pan cazabe; cada carga pesaba dos arrobas, y podía servir de alimento á una persona por un mes; el pan y cuanto más pudo de bastimentos, puercos y aves, tomó diciendo que comprado ó prestado lo pagaría á su tiempo. (2) Saliendo de Maca-

biene á saber toda la costa de Tierra Firme hasta donde ellos estan é la Isla Española é San Juan é Xamayca é las que mas supierdes, é que á todos los naturales a hecho é haze muchas mercedes, é para esto en cada una dellas tiene sus capitanes é gente é yo por su mandado estoy en esta isla, é abido ynformacion de aquellas á donde ellos estan, en su nombre os enbio para que les hableys é requyrays se sometan debaxo de su yugo é servidumbre é amparo Real; é que sean ciertos que haziéndolo asy e serbiéndole bien é lealmente, seran de Su Alteza é de my, en su nombre muy bien remunerados é favorecidos é amparados contra sus enemigos; é decirles eys como todos los naturales destas islas ansi lo facen, é en señal de servicio le dan é embian mucha cantidad de oro, piedras, perlas é otras cosas que ellos tienen, é ansí mísmo Su Alteza les face muchas mercedes, é decirles eys que ellos ansí mismo lo fagan é le den algunas cosas de las susodichas é de otras que ellos tengan, para que

"cia del dicho señor capitan es venido que Diego Velazquez, alcalde é capitan é re-"partidor de los caciques é Indios de la isla Fernandina por SS. AA., ha hecho rela-"cion á SS. MM. que todos los gastos y dispensas que se hicieron en el armada que el "dicho señor capitan general Hernando Cortés trajo cuando á esta tierra vino, las ha-"bia el dicho Diego Velazquez hubo, é asimismo las que mas se hacian en la pacifica-"cion y conquista de esta tierra; é porque la verdad es en contrario, porque el dicho "señor capitan Hernando Cortés las ha hecho, como presentará y averiguará en su "tiempo é lugar, é porque las escrituras é cartas de pago que de ello tenía se le per-"dieron en la salida de la ciudad de Temixtitan, á cabsa de la guerra que los Indios "dieron, &c." El apoderado Ochoa de Lejalde prueba sus dichos presentando por tes-

(1) Casas, lib. III, cap. CXV.

(2) Casas, lib. III, cap. CXV.—Herrera, dec. II, lib. III, cap. XII.—Gomara, cap. VIII.

ca se descubrió un navío procedente de Jamáica, cargado de pan, tocino y puercos, que venía á traficar en las minas de Cuba; Cortés parte por promesas y ruegos, parte con amenazas tomó el barco, dirigiéndose en seguida á la villa de la Trinidad. Los vecinos principales salieron á recibirle, aposentándole en una de las mejores casas, delante de la cual alzó el estandarte, mandando dar pregones como en Santiago. Aquí se le unieron algunos hidalgos entre ellos Gonzalo, Jorge y Gomez hermanos de Pedro de Alvarado, y Juan el viejo, de la misma familia aunque bastardo; Juan de Escalante, Pedro Sanchez Farfan, Gonzalo Mejía, Cristóbal de Olid "que fué forzado," Juanes de Fuenterrabía, Diego de Pineda ó Pinedo, y otros de menor importancia, con muchos de los soldados de la expedicion de Grijalva. Escribió á la villa de Santiespíritus, diez y ocho leguas de la Trinidad en el interior de la isla, pudiendo tanto sus promesas, que se vinieron á la armada muchos soldados, con los hidalgos Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon pariente de Diego Velazquez, Rodrigo Rangel, los hermanos Gonzalo y Juan López de Jimena, á quienes salió á recibir Cortés cuando llegaron á la Trinidad, haciendo salvas de artillería y grandes regocijos. De las

Su Alteza conozca la voluntad que ellos tienen de servirle é por ello los gratifique; tambien les díreis cómo, sabida la batalla que el capitan Francisco Hernandez, que alla fue, con ellos ovo, á mí me peso mucho, y porque Su Alteza no quiere que por él ni por sus vasallos ellos sean maltratados, yo en su nombre os embio para que les hableis é apacigüeis, é les fagais ciertos del gran poder del Rey Nuestro Señor, é que si de aquí adelante ellos pacificamente quisieren darse á su servicio, que los españoles no ternán con ellos batallas ni guerras, antes mucha conformidad é paz, é seran en ayudarles contra sus enemigos, é todas las otras cosas que á vos os pareciere que se le deben decir para los atraer á vuestro propósito."

"12 Item: porque en la dicha isla de Santa Cruz se a fallado en muchas partes della é encima de ciertas sepulturas y enterramientos cruzes, las quales diz que tienen entre sí en mucha veneracion, trabajareis de inquerir é saber por todas las vias

tigos á capitanes y soldados del ejército.—*En la Relacion de los servicios del Marques del Valle, que de su órden presentó á S. M. el Lic. Nuñez,* Colec. de García Icazbalceta, tom. 2, pág. 41, encontramos: "Lo primero suplica á V. M. tenga en su real memoria que él puso toda la Nueva España, que es uno de los principales reinos é señorios que tiene, debajo de su cetro é corona real, sin ser ayudado con gente, ni dineros, ni con otro favor alguno, sino con su industria y trabajo, y á sus propias espensas."—En el opúsculo *De rebus gestis, Ferdinandi Cortesii,* Docum. de García Icazbalceta, tom. 1, el antor examina la cuestion, pág. 348, "si Velázquez puso

dos villas de Matanzas, Carenas y otros lugares, salieron como has ta docientos hombres. "Digamos ahora cómo todas las personas que "hemos nombrado, vecinos de la Trinidad, tenían en sus estancias, "donde hacían el pan cazabe, y manadas de puercos cerca de aque- "lla villa, y y cada uno procuró de poner el más bastimento que "podía." (1)

Durante la permanencia en la villa de la Trinidad, Cortés activó la reunion de cuantos elementos podían convenir á su intento. Com pró un navío nuevo de Alonso Guillen, vecino de la puebla. Envió á Pedro Gonzalez de Trujillo en una carabela á Jamáica, para comprar víveres, trayendo á la vuelta quinientos tocinos y dos mil cargas de cazabe. Tuvo nuevas de un navío que venía con bastimentos, para comerciar en las minas; envió á Diego de Ordáz en una carabela, para que le apresase, llevándola al cabo San Anton, lo cual fué cumplido; capitan del barco era Juan Núñez Sedeño, quien venido á la Trinidad á la presencia de Cortés, dijo traer mil quinientos tocinos, dos mil cargas de pan cazabe y muchos pavos, "y despues de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navío y tocinos y cazabe fiado, y se fué el Juan de Sedeño con nosotros." (2) Compró á Villanueva una yegua por setenta pesos de oro, y en cien pesos de

que ser pudiere y con mucha diligencia é cuidado la sinificacion de porque la tienen; é si la tienen porque le hayan tenido ó tengan noticia de Dios Nuestro Señor y que en ella padeció ombre alguno, y sobre esto porneis mucha vigilancia; y de todo por ante vuestro escribano tomareis muy entera relacion, así en la dicha isla, como en cualesquier otras que la dicha cruz fallardes por donde fuerdes."

"13 Item: terneis mucho cuidado de inquerir é saber, por todas las vias é formas que pudierdes, si los naturales de las dichas islas ó de algunas dellas tengan alguna seta ó creencia ó rito ó ceremonia, en que ellos crean ó en quien adoren, ó si tienen mezquitas ó algunas casas de oracion ó ídolos ó otras cosas semejantes, é si tienen personas que administren sus ceremonias, así como alfaquies ó otros ministros, y de

"ó no algo de su hacienda para el apresto de la armada, pues veo que muchos están "creidos de que él compró ó fletó todas las naves á su costa, y las entregó á Cortés "con la licencia para la jornada." Achaca á Oviedo haber propagado este errado concepto, y tras aducir largamente las razones que le parecen auténticas, resume su juicio á la pág. 353, en esta forma: "Con lo referido se prueba claramente, si no "me engaño, que Cortés alistó la armada á su costa. Es verdad que el primer pen_ "samiento y la autorizacion vinieron de Velázquez; mas el trabajo, el empeño y el "gasto fueron de Cortés."—Gomara, apud Barcia, cap. VII, hacer relacion á la com-

(1) Bernal Díaz, cap. XXI.

(2) Bernal Díaz, cap. XXI,

oro al herrero de la villa Cristobal Sanchez, una fragua, anzuelos y arpones. (1) Cortés y sus panegiristas aseguran que las compras fueron pagadas por su justo precio al contado; más consta no haber sido siempre así, haciéndose generalmente el pago en ricas promesas ó en cartas de obligacion.

Mientras pasaban estos sucesos, llegaron á la Trinidad cartas de Diego Velazquez, dirigidas la una á su cuñado Francisco Verdugo, alcalde mayor de la villa, previniéndole detuviera la marcha de la armada, pues Cortés había sido destituido del cargo, quedando nombrado en su lugar Vasco Porcallo; las otras cartas á Diego de Ordáz, Francisco de Morla y otras personas, contenían las mismas determinaciones. Impuesto Cortés de aquella órden, habló con los vecinos influentes de la villa y con sus partidarios, procediendo con tales artes, ayudadas de halagos y promesas, que alcanzó ganarse á las hechuras de Velazquez, tanto que el mismo Ordáz se apersonó con el alcalde mayor Verdugo, para disuadirle del cumplimiento del mandato, ya porque Cortés no había dado motivo para ser destituido, ya porque si se intentara llevar la órden á efecto, los parciales de Cortés podían poner sacomano á la villa, y hacer algun gran des-

todo muy estenso traereis ante vuestro escribano muy entera relacion que se le pueda dar feé."

"14 Item: pues sabeis que la principal cosa que Sus Altezas permiten que se descubran tierras nuevas, es porque tanto número de ánimas, como de inuumerable tiempo aca an estado é estan en estas partes perdidas fuera de nuestra santa feé por falta de quien della les diere verdadero conocimiento, trabajareis por todas las maneras del mundo, sí por acaso tanta conversacion con los naturales de las islas é tierras donde vais tuvierdes, para les poder informar della, como conozcan á lo menos faciendoselo entender por la mejor órden é via que pudierdes, como ay un solo Dios criador del cielo é de la tierra y de todas las otras cosas que en el cielo é en el mundo son, y decirles eys todo lo demas que en este caso pudierdes y el tiempo para

pañía que Diego Velázquez y Cortés hicieron para armar la flota; pero todos sus asertos los contradice Casas, lib. III, cap. CXIV, en esta forma: "Cerca de esta ida "de Cortés por Capitan de este viage, dice el clérigo Gomara, en su Historia, mu- "chas y grandes falsedades, como hombre que ni vido ni oyó cosa della, mas de lo "que el mismo Hernando Cortés le dijo y dió por escripto, siendo su capellan y cria- "do despues de Marqués, cuando volvió la postrera vez á España; el cual dice que "Diego Velazquez habló á Cortés para que armasen ambos á medias, porque tenía "2,000 castellanos de oro en compañía de Andres de Duero, mercader, y que le rogó

(1) Probanza en Segura de la Frontera por Ochoa de Lejalde, apud. García Icazbalceta, tom. I, pág. 414.—De rebus gestis, pág. 354.

concierto. Por persuacion ó por miedo, Francisco Verdugo se mantuvo quieto. Cortés escribió á Velazquez afectuosamente, quejándose de una desconfiaza para la cual no había dado motivo, y protestando de su lealtad para él y con el rey; á sus amigos Duero y Lares escribió igualmente dándoles razon de lo hasta entónces ocurrido. Llevó la respuesta uno solo de los mozos de espuelas mandados por Velazquez, pues el otro, nombrado Pedro Lazo, se alistó en la armada. (1)

1 acatl 1519. Segun puede inferirse, la armada dejó la villa de la Trinidad, hácia principios de Enero 1519. Dirigíanse á la villa de San Cristóbal de la Habana, situada entónces orillas del rio Onicaxinal; una nao al mando de Juan de Escalante tomaría el rumbo por el Norte; los caballos con alguna gente de á pié, fueron por tierra al mando de Pedro de Alvarado, con encargo de recoger gente por las estancias del camino; Cortés con la flota tomó rumbo al punto de reunion. Hombres, caballos y barcos llegaron á San Cristóbal, y Cortés no pareció. Fué el caso, que montaba la capitana,

ello diere lugar, y todo lo mas y mejor os pareciere é al servicio de Dios Nuestro Señor é de Sus Altezas conviene."

15. Item: llegado que á la dicha isla Santa Cruz seais, y por todas las otras tierras donde fuerdes, trabajareis por todas las vias que pudierdes de inquerir é saber alguna nueva del armada que Juan de Grijalva llevó, porque podría ser que el dicho Juan de Grijalva se oviese vuelto á esta isla é toviesen ellos dello nueva é lo supiesen de cierto, ó que estoviesen en alguna parte ó puerto de la dicha isla, é assí mismo por la dicha órden trabajareis de saber nueva de la caravela que llevó á cargo Cristobal Dolid, que fué en seguimiento del dicho Juan de Grijalva, sabreis si llegó á la dicha isla, é si saben que derrota llevó, ó si tienen ó sepan alguna nueva de á donde está é como."

"que fuese con la flota, y que Cortés aceptó la compañía, &c. ¡Mirad que hacían "2,000 castellanos á quien gastaba 20,000 y mas en el despacho della! No era Diego "Velazqnez tan humilde ni tan gracioso, que rogase á Cortés que fuese por Capitan "de su flota, habiendo muchos en la isla á quien mandallo pudiera, y que lo recibie- "ran por muy gran merced y mucha honra, é ya que algunos les prestaran dineros "no se abatiera á hacer compañía con alguno, como fuese señor de todo, y estuviese "en su mano, como Gobernador, hacer lo uno ó lo otro. Y dice mas Gomara, que "despues que llegó Grijalva hubo mudanza en Diego Velazquez y que no quiso gas-

(1) Bernal Diaz, cap. XXII. Como frecuentemente lo hace, Bernal Díaz acusa á Gomara de no decir la verdad en lo relativo á este acontecimiento, asegurando ser cierto lo que él afirma, como testigo que fué de vista.--Herrera, dec. II, lib. III, cap. XIII.—Gomara, Crón. cap. VIII.

la nao de mayor porte de la escuadra; separada de las otras embarcaciones fué á tocar en los bajos de los Jardines, quedando en seco el casco; fué preciso aligerarla por medio de la descarga, ponerla á flote, cargarla de nuevo y ponerse en marcha hasta alcanzar el puerto. Más de siete dias transcurrieron en ello, dando aquella ausencia lugar á disturbios entre capitanes y soldados, por saber quién sería reconocido comandante. (1)

Aposentado Cortés en la casa de Pero Barba, teniente de la villa por Diego Velazquez, puso su estandarte delante de la posada, y como de costumbre, mándó pregonar la expedicion. Reuniéronsele de ahí algunos buenos hidalgos, como Francisco de Montejo, despues adelantado de Yucatan y Honduras, Diego de Soto el de Toro, García Caro, Sebastian Rodriguez Santa Clara, los Nájera, los Martínez, &c. Hizo sacar la artillería de las naves para componerla y aderezar la municion, poniéndola á cargo de los artilleros Mesa, el levantisco Arbenga, Juan Catalan y Bartolomé de Usagre. Se hizo almacen de nueces, cuerdas y saetas para las ballestas, y como abundaba el algodon, fueron construidos sayos colchados propios para resistir las flechas. "Y allí en la Habana comenzó Cortés á poner ca-"sa y á tratarse como señor," nombrando maestresala á un Guz-

"16. Item: si dieren nuevas é supierdes de la dicha armada que está por allí, trabajareis de juntaros con ella, y despues de juntos, si se pudiese haber sabido nueva de la dicha caravela, dareis órden y concierto para que quedando todo á buen recabdo é avisados los unos de los otros de á donde os podreis esperar é juntar, porque os torneis á derramar, é concertar eys con mucha prudencia como se vaya á buscar la dicha caravela, é se traiga donde concertardes."

"17. Item: si en la dicha isla de Santa Cruz no supierdes nuevas de quel armada aya vuelto por allí ó está cerca y supierdes nueva de la dicha caravela, ireis en su busca, y fallado que la hallais, trabajareis de buscar á saber nueva de la dicha armada que Juan de Grijalva llevó."

"18. Item: hecho que ayais todo lo arriba dicho, segun é como la oportunidad del

"tar mas en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que la acabara de armar, por se "querer Diego Velazquez quedar con ella y enviar á solas. Todo esto es salido de "las mañas de Cortés, su amo, y manifiestas falsedades. Mirad quien le podia impe-"dir á Diego Velazquez que no hiciera lo que de la flota quisiere, y de enviar ó es-"torbar que no fuera en ella el que le placiera, y en especial Cortés, que no osaba "boquear ante él, y que no sabia, al menos en lo exterior, que placer y servicio ha-"celle, y del mismo jaez de falsedad, por lo dicho, parece lo que mas añide Goma-"ra: "Que Diego Velazquez envió al Amador de Lares á que indujese á Cortés que

(1) Bernal Díaz, cap. XXIII.—Herrera, dec. II, lib. III, cap. XIII.

man, camarero á Rodrigo Rangel, y mayordomo á Juan de Cáceres. (1)

Acatando las órdenes de Velazquez, los vecinos se resistieron á vender los víveres; en compensacion todos los alistados embarcaron cuantos bastimentos pudieron haber. Además, Cortés envió una nave, mandada por Diego de Ordáz, á la punta de Guaniguanico en donde había un pueblo de indios de la pertenencia de Velazquez, á tomar el cazabe y puercos que ahí abundaban. Compró en la manera de siempre, á Francisco de Montejo y á Juan de Rojas, 150 puercos y 500 cargas de pan, de Pedro Castellar 200 puercos; de Pedro de Orellana 60 puercos y 600 cargas de pan; de Pero Barba 500 cargas de pan. De Cristóbal de Quesada, colector de diezmos del obis-

tiempo para ello os diese lugar, si no supierdes nueva de la dicha armada ni caravela que en su seguimiento fué, ireis por costa de la isla de Yucatan, Santa María de los Remedios, en la qual estan en poder de ciertos caciques principales della seis cristianos, segun é como Melchor, indio natural de la dicha isla que con vos llevais, dice é os dirá, é trabajareis por todas las vias é maneras é mañas que ser pudiere por aver á los dichos cristianos por rescate ó por amor ó por otro cualquier via donde no intervenga detrimento dellos ni de los españoles que llevais ni de los indios, é porque el dicho Melchor, indio natural de la dicha isla que con vos llevais, conoce á los caciques que los tienen cabtivos, hareis que el dicho Melchor sea de todos muy bien tratado, é no consintireis que por ninguna via se la faga mal ni enojo ni que nadie bable con él sino vos solo, é mostrarle eys todas las buenas obras que pudierdes, porque él os le tenga y diga la verdad de todo lo que le preguntardes y mandardes, é os enseñe é muestre los dichos caciques; porque como los dichos indios en caso de guerra son mañosos, podria ser que nombrasen por caciques á otros indios de poca manera para que por ellos hablasen y en ellos tomasen ispiriencia de lo que devian hacer por lo que ellos les dijeren, é teniendoos el dicho Melchor buen amor, no consentirá que se os haga engaño, sino antes os avisará de lo que viere, y por el contrario, si de otra manera con él se hiciese."

"se dejase de la ida y que le pagaria lo gastado, pero que Cortés, entendiendo los "pensamientos de Diego Velazquez, respondió que no la dejaria ni apartaría com- "pañia, siquiera por la vergüenza." Todo es absurdísimo, y que ni sustancia ni co- "lor de verdad contiene ante los ojos y consideracion de los que conocimos á Diego "Velazquez y á Cortés; parecerá tambien claro por el suceso que hobo el negocio y "lo que adelante se dijere."—Herrera sigue las opiniones de Casas.—Bernal Diaz, cap. XX, dice: "Pues para hacer aquestos gastos que he dicho no tenia de que, por "que en aquella sazon estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenia buenos in "dios de encomienda y le daban buena renta de las minas de oro; mas todo lo gasta- "ba en su persona y en atavios de su mujer que era recien casado."—El crédito que

(1) Bernal Diaz, cap, XXIII. El capítulo finaliza con una curiosa relacion de los caballos que en la expedicion venían, con los nombres de sus dueños.

po, tomó todo el cazabe y puercos recogidos, y del receptor de la Santa Cruzada, los efectos con que á falta de numerario habían pagado las bulas. Por complemento puso unos cien hombres á vivir en aquella misma estancia de Guaniguanico, perteneciente á Velazquez, ya despojada por Ordáz. (1) De cual manera anduvo por la isla, despues que dejó el puerto de Santiago, lo explica el conquistador mismo. "Todo esto me dijo el mismo Cortés, con otras cosas cerca dello, "despues de Marqués, en la villa de Monzon, estando allí celebrando "Córtes el emperador, año de 1542, riendo y mofando, y con estas "formales palabras. "A la mi fe, anduve por allí como un gentil "corsario. "Dije yo, tambien riendo pero entre mí: "Oigan vuestros "oidos lo que dice vuestra boca." Puesto que otras veces hablando

"19. Item: terneis mucho aviso é cuidado de que á todos los indios de aquellas partes que á vos vinieren, asi en la mar como en la tierra donde estovierdes, á veros é hablaros ó á rescatar ó á otra cualquier cosa, sean de vos é de todos muy bien tratados y recibidos, mostrándoles mucha amistad é amor, é animándolos, segun os pareciere que al caso ó las personas que á vos vinieren lo demanden, é no consentireis, so grandes penas que para ello porneis, que les sean fecho agravio ni desaguisado alguno, sino antes trabajareis por todas las vias é maneras que pudierdes como, quando de vos se partieren, vayan muy alegres é contentos é satisfechos de vuestra conversacion é de todos los de vuestra compañía, porque de facerse otra cosa, Dios Nuestro Señor é Sus Altezas podrian ser muy deservidos, porque no podria aver efecto vuestra demanda."

"20 Item: si antes que con el dicho Juan de Grijalba os juntardes algunos indios quisieren rescatar con vos algunas cosas suyas por otras de las que vos llevais, porque mejor recabdo aya en todas los cosas del rescate é de lo que se oviere, llevareis un arca de dos ó tres cerraduras, é señalareis entre los ombres de bien de vuestra

le abrieron sus amigos no fué de una gran cantidad.—Por último, la pregunta 21 del interrogatorio que Cortés presentó para su defensa en 1534, dice: "Item: si saben quel dicho Don Hernando Cortés acebtó la empresa, é luego poso por obra de se aderezar é comprar navios é bastimentos, é facer xentes é darles ayudas de dineros, é darles á comer á su costa, é no del dicho Diego Velazquez ni de otra persona alguna; é para ello dependió su hacienda é lo gastó en cantidad de cinco á seis mil castellanos de minas, para comprar navios, é aderezallos de armas é pertrechos, é viandas é cosas necesarias, é tomó prestados muchos dineros en mucha cantidad, ansi de Diego Velazquez é de Andres de Duero é de Pedro de Tieres (Torres) é de Antonio de Santa Clara, é de otras muchas personas, en cantidad de otros seis mil castellanos, é los gastó todos en la dicha armada para pasar á estas partes." (Doc. ined. de Indias, tom. XXVII, pág. 308).

(1) Probanza de Ochoa de Lejalde, en García Icazbalceta, tomo. I, pág. 415.—De rebus gestis, pág. 355.

"con él en México en conversacion, diciéndole yo con qué justicia "y conciencia había preso aquel tan gran rey Moteczuma, y usurpá- "dole sus reinos, me concedió al cabo todo y dijo: "*Qui non intrat* "*per ostium fur est et latro.*" Entónces le dije á la clara, con palabras formales: "Oigan vuestros oidos lo que dice vuestra boca," y despues "todo se pasó en risa." (1)

Diego Velazquez hizo nuevo esfuerzo para detener al fugitivo. Con su criado Gaspar de Garnica, escribió á Pero Barba, Diego de Ordáz, Juan Velazquez de Leon y á los parientes que tenía en la villa, ordenandoles no solo detener la armada, sino prender á Cortés y remitírsele á buen recaudo. El mismo Garnica fué portador de una carta de un religioso mercedario, dirigida á Fr. Bartolomé de Olmedo, de la misma órden, que en la armada venía, dentro de la cual car-

compañía los que os parecieren que mas zelosos del servicio de Sus Altezas sean, que sean personas de confianza, uno para veedor é otro para tesorero del rescate que se oviese é rescatardes, asi de oro como de perlas, piedras preciosas, metales é otras qualquier cosas que oviere é si fuere el arca de tres cerraduras, la una llave dareis que tenga el dicho veedor, é la otra el tesorero é la otra terneis vos ó vuestro mandado, é todo se meterá dentro de la dicha arca, é se rescatará por ante vuestro escribano que dello de feé."

"21. Item: porque se ofrecera necesidad de saltar en tierra algunas veces, asi á tomar agua é leña como á otras cosas que podia ser menester, quando la tal necesidad se ofreciese, porque sin peligro de los españoles mejor se pueda facer, embiareis con la gente que á tomar la dicha agua é leña fueren una persona, que sea de quien tengais mucha confianza y buen concebto que es persona cuerda, al qual mandareis que todos obedezcan; y mirareis que la gente, que así con él embiardes sea la mas pacífica é quieta é de mas confianza é cordura que vos pudierdes, é la mejor armada, é mandarles eys que en su salida y estada no aya escándalo ni alboroto con los naturales de la dicha isla, é mirareis que sean é vayan muy sin peligro, é que en ninguna manera duerman en tierra ninguna noche ni se alejen tanto de la costa de la mar, que en breve no puedan volver á ella; porque si algo les acaeciere con los indios, puedan de la gente de los navios ser socorridos."

"22. Item: si por acaso algun pueblo estoviese cerca de la costa de la mar y en la gente del vierdes tal voluntad que os paresca que seguramente por su voluntad é sin escándalo dello é peligro de los españoles podeis ir á verle é os determinardes a ello, llevareis con vos la gente mas pacífica é cuerda y bien armada que pudierdes, y mandarles eys ante vuestro escribano, con pena que para ello les porneis, que ninguno sea osado de tomar cosa ninguna á los dichos indios, de mucho ni poco valor, ni por ninguna via ni manera, ni sean osados de entrar en ninguna casa dellos, ni de burlar con sus mugeres, ni de tocar ni llegar á ellas ni las hablar, ni decir ni hacer otra cosa de que se presuman que se pueden resabiar, ni se desmandar ni se

(1) Casas, hist. de Indias, lib. III, cap. CXVI.

ta se incluían otras de Andrés de Duero y de Lares, dando aviso á Cortés; así que, informado éste al mismo tiempo que el teniente de la villa, pudo facilmente parar el golpe. Diego de Ordáz estaba ausente en Guaniguanico; Juan Velazquez "no estaba bien con el pariente porque no le había dado buenos indios;" de los demás ninguno se movió, "ántes todos á una se mostraron por Cortés, y el teniente Pedro Barba muy mejor," "por manera que si en la villa de Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron en la Habana entónces." Pero Barba contestó con el mismo Garnica, no haber podido apoderarse de Cortés por miedo á los soldados que le seguían; Cortés escribió todavía á Diego Velazquez, con nuevas protestas de fidelidad, asegurándole que el dia siguiente se daba á la vela (1)

En efecto, despachó el navío San Sebastian con Pedro de Alvara-

aparten de vos por ninguna via ni manera, ni por cosa que se les ofrezca, aunque los indios salgan á vos hacer que vos les mandeis lo que deben y an de hacer, segun el tiempo e necesidad en que os hallardes é vierdes."

"23. Item: porque podria ser que los indios, por os engañar é matar, os mostrasen buena voluntad y os incitasen á que fuéredes á sus pueblos, terneis mucho estudio é vigilancia de la manera que en ellos veis, y si fuerdes, ireis siempre muy sobre aviso, llevando con vos la gente arriba dicha y las armas muy arrecabdo, é no consintireis que los indios se entremetan entre los españoles, á lo menos muchos, sino que antes vayan é esten por su parte, haciendolos entender que lo faceis porque no quereis que ningun español les haga ni diga cosa de que reciban enojo; porque metiéndose entre vosotros muchos indios, pueden tener celado para, en abrazándose los unos con vosotros, salir los otros, é como son muchos podriades correr peligro y perecer; y dejareis muy apercibidos los navios, así para que ellos estén á buen recabdo, como para que, si necesidad se os ofreciere, podais ser socorrido de la gente que en ellos dejais, y dejarles eys cierta seña, así para que ellos la hagan, si necesidad se oviere, como para que vos la hagais, si la tovierdes."

"24. Item: avido y placiendo á Dios Nuestro Señor ayais los cristianos que en la dicha isla de Santa María de los Remedios estan cabtivos, y buscando que por ella ayais la dicha armada y la dicha caravela, seguireis vuestro viaje á la Punta llana, que es el principio de la tierra grande que agora nuevamente el dicho Juan de Grijalva descubrió, y correreis en su busca por la costa della adelante, buscando todos los rios é puertos della, hasta llegar á la baya de San Juan y Santa María de las Nieves, que es desde donde el dicho Juan de Grijalva me enbió los heridos é dolientes é me escribió lo que hasta allí le avia ocurrido, é si allí le fallardes, juntaros eys con él; y porque entre los españoles que llevais y allá estan no aya diferencias ni disinciones, juntos que seais, cada uno tenga cargo de la gente que consigo lleva, y entramos juntamente é muy conformes consultareis todo aquello que vierdes que mas

(1) Bernal Díaz, cap. XXIV.—Herrera, déc. II, lib. III, cap. XIII.

do por la banda del Norte, con órden de reunírsele en el cabo San Anton ó Corrientes el más occidental de Cuba; envió un emisario á Guaniguanico para que Diego de Ordáz se le reuniera en el mismo cabo, y él con los nueve buques restantes dejó la Habana el diez de Febrero (1). Llegado á San Anton, recogidos los otros dos barcos y los cien hombres de la estancia de Diego Velazquez, Cortés exhortó á sus compañeros para tener fé en la empresa, díjose misa por el capellan para implorar el auxilio divino, y por fin, despues de tantas contradicciones y demoras, dióse la armada á la vela en direccion á Yucatan ó Santa María de los Remedios, á 18 de Febrero 1519. (2)

Componíase la armada de once navíos; el mayor que servía de capitana medía cien toneles, otros había de sesenta toneles y el resto

é mejor al servicio de Dios Nuestro Señor é de Sus Altezas sea, conforme á las instrucciones que de sus Paternidades é mias el dicho Juan de Grijalva llevó, y esta que en nombre de Sus Altezas agora yo os doy, y juntos que, placiendo á Dios Nuestro Señor, seais, si algun rescate ó presente oviese de valor por cualquier via, recibase en presencia de Francisco de Peñalosa, veedor nombrado por sus Paternidades."

"25. Item: trabajareis con mucha diligencia é solicitud de inquerir é saber el secreto de las dichas islas é tierras y de las demas,á ellas comarcanas y que Díos Nuestro Señor aya sido servido que se descubran é descubrieren, así de la maña é conversacion de la gente de cada una de ellas en particular, como de los árboles y frutas, yerbas, aves, animalias, oro, piedras preciosas, perlas é otros metales, especeria é otras cualesquier cosas que de las dichas islas é tierras pudierdes saber é alcanzar é de todo traer entera relacion por ante escribano, é sabido que en las dichas islas é tierras ay oro, sabreis de donde é como lo an, é si lo oviere de minas y en parte que vos lo podais aver, trabajar de lo catar é verlo para que mas cierta relacion dello podais hacer, especialmente en Santa María de las Nieves, de donde el dicho Grijalva me enbió ciertos granos de oro por fundir é fundidos, é sabreis si aquellas cosas de oro labradas se labran allí entre ellos, ó las traen á rescatar de otras partes."

"26. Item: en todas las islas que se descubrieren saltareis en tierra ante vuestro escribano y muchos testigos, y en nombre de Sus Altezas tomareis y aprehendeis la posesion dellas con toda la mas solenidad que ser pueda, haciendo todos los autos é diligencias que en tal caso se requieren é se suelen hacer, y en todas ellas trabajareis, por todas las vias que pudierdes y con buena manera y órden, de aver lengua de quien os podais informar de otras islas é tierras y de la manera y nulidad de la gente della; é porque diz que ay gentes de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, y ansí mismo donde y á que parte están las amazonas, que dicen estos indios que con vos llevais, que estan cerca de allí."

"27. Item: porque demas de las cosas de suso contenidas y que se os an encargado y dado por mí instruccion, se os pueden ofrecer otras muchas, é que yo como

(1) Bernal Diaz, cap. XXV.

(2) Gomara, Crón. cap. X.—Herrera, déc. II, lib. IV, cap. VI.

pequeños y sin cubierta. (1) Quinientos ocho soldados, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez y seis caballos ó yeguas, lo cual formaba el total de la caballería; ciento nueve marineros, maestres y pilotos, unos doscientos entre indios, indias y negros, empleados para carga y servicio. Constaba la artillería de diez piezas de bronce y cuatro falconetes. Para todas las armas había copioso almacen, ya de saetas, casquillos, nueces y cuerdas, como de pólvora y pelotas ó balas. (2) El piloto principal era Anton de Alaminos, el mismo que había guiado las naves en las dos anteriores expediciones; el bergantin más pequeño venía á cargo de Ginés Nortes. Queda-

ausente, no podría prevenir en el medio ó remedio dellas, á las quales vos, como presente é persona de quien yo tengo isperiencia y confianza que con todo estudio é vigilancia terneis el cuydoso cuydado que convenga de las guiar y mirar y encaminar y preveer como mias al servicio de Dios Nuestro Señor é de Sus Altezas convenga, proveereis en todas segun é como mas sobradamente se puedan é deban hacer é la oportunidad del tiempo en que os hallardes para ello os diere lugar, conformandoos en todo lo que ser pudiere con las dichas instrucciones arriba contenidas, é de algunas personas prudentes é sabias de las que con vos llebais, de quien tengais crédito é confianza, é por esperiencia seais ciertos que son zelosos del servicio de Dios Nuestro Señor é de Sus Altezas, é que os sabran dar su parecer."

"28. Item: porque podria ser que entre las personas que con vos fueren desta isla Fernandina oviere alguno que deviere dineros á Sus Altezas, trabajereis por todas las vias que pudierdes, en todos los puertos que en esta isla tocardes y gente quisiera ir con vos, si alguna dellas debe por qualquier via en esta isla dineros algunos á Sus Altezas, é si los deviere, fagais que los paguen, é si no los pudieren pagar luego que den fianzas en la isla bastantes que los pagaran por la tal persona, é si no los

(1) Herrera, déc. II, lib. IV, cap. VI.—El tonel era medida mayor que la tonelada, supuesto que diez toneles hacen doce toneladas.

(2) Bernal Diaz, cap. XXVI, á excepcion de los indios que no los menciona Herrera, déc. II, lib. IV, cap. VI, se conforma con el cómputo anterior.—Gomara, cap. VIII, cuenta, "quinientos y cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta." "Había tambien doscientos isleños de Cuba para cargo y servicio, ciertos negros y algunas indias."—Casas, cap. CXVI, pone: "iban en ella 550 hombres con marineros y todos, 200 ó 300 indios é indias, ciertos negros que tenían por esclavos, y 12 ó 15 yeguas y caballos."—Diego Velazquez, en la carta que escribió al Lic. Figueroa, apud García Icazbalceta, tom. 1, pág. 400, afirma que fueron seiscientos hombres, lo cual no se ajusta á la verdad: no así la Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 9, que solo pone: "cuatrocientos hombres de tierra." Estas diferencias son indispensables, pues provienen ó de tomar informes poco exactos, ó del deseo de los autores de aumentar ó disminuir, segun las particulares ideas de cada uno.—En el interrogatorio presentado por Cortés el año 1534 se dice á la pregunta 38: Item: si saben que con todos se aumentaron once navios en el dicho Cabo de Corrientes, sin esta otra vela que despues vino al puerto de la Villa-Rica Viexa, y en ellos, quinientos é treinta hombres." (Doc. de Indias, tomo XXVII, pág. 316).

ron las soldados divididos en once compañías; el capitan de cada una lo era tambien del barco que montaba; en la capitana Cortés con la compañía que para sí dejó, y luego en las demas naos Alonso Hernandez Puertocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordáz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velazquez de Leon, Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado; fue nombrado capitan de la artillería Francisco de Orozco quien se había distinguido en las guerras de Italia; llevaban el cuidado de las ballestas, Juan Benitez y Pedro Guzman el balles-

pagare ó diere fianzas que por él los pague, no le llevareis en vuestra compañía por ninguna via ni manera,"

"29. Item: trabajareis despues que ayais llegado á Santa María de las Nieves, ó antes si antes os pareciere, ó ovierdes fallado el armada ó caravela, de con toda la mas brevedad que fuere posible de me enbiar en un navio, del que menos necesidad tovierdes y que bueno sea, toda la razon de todo lo que os oviere ocurrido y de lo que aveis hecho y pensais hacer, y enbiarme eys todas las cosas de oro é perlas é piedras preciosas, especeria é animalias é frutas é aves é todas las otras cosas que pudierdes aver avido, para que de todo yo pueda hacer entera é verdadera relacion al Rey Nuestro Señor, y se lo enbie para que Su Alteza lo vea y tenga muy entera é completa relacion de todo lo que ay en las dichas tierras é partes, é tengais noticia que ay ó puede aver."

"30. Item: en todas las cabsas así ceviles como criminales, que alla entre unas personas con otras é en otra cualquier manera se ofrecieren ó acaecieren, conocereis dellas y en ellas conforme á derecho é justicia é no en otra manera, que para todo lo suso dicho é para cada una cosa é parte de ello, é para todo lo á ello anexo é conexo é dependiente, yo en nombre de Sus Altezas vos doy é otorgo poder complido é bastante, como é segun que yo de Sus Altezas lo tengo, con todas sus incidencias é dependencias, anexidades y conexidades, ca en nombre de Sus Altezas mando á todas é qualesquier personas de qualquier estado, calidad é condicion que sean, cavalleros, hidalgos, pilotos mayores é maestros é pilotos, contra maestres é marineros é hombres buenos, así de la mar como de la tierra, que van ó fueren, ó estovieren en vuestra compañía, que ayan é tengan á vos el dicho Fernando Cortés por su capitan, é como á tal vos obedezcan é cumplan vuestros mandamientos, é parezcan ante vos á vuestros llamamientos é consultas é á todas las otras cosas necesarias é concernientes al dicho vuestro cargo, é que en todo é para todo se junten con vos é cumplan é obedezcan vuestros mandamientos, é os den todo favor é ayuda en todo é para todo, so la pena ó penas que vos en nombre de Sus Altezas les pusierdes, las quales é cada una dellas, vos las poniendo agora por escripto como por palabra, yo desde agora para entonces ó de entonces para agora las pongo é por puestas, y seran executadas en sus personas é bienes de los que en ellas incurrieren é contra lo suso dicho fueren ó vinieren ó consintieren ir ó venir ó pasar, ó dieren favor é ayuda para ello, é las podades executar é mandar executar en sus personas é bienes. Fecha en esta ciudad de Santiago, puerto desta Isla Fernandina, á veinte é tres de Otubre de mil é quinientos é diez é ocho años."—Documentos inéditos del Archivo de Indias, tom. XII, pág. 230—45.

tero. Como el objeto principal era rescatar oro, llevaban cumplida provision de cuentas de vidrio, cascabeles, espejos y otras más baratijas, que sin disputa debían ser de gran estima entre los indios por la novedad. (1) Compulsando los pasajes en que se habla de la bandera, ésta debía de ser de tafetan negro, con las armas de Cárlos V, es decir el aguila austriaca de dos cabezas, con los castillos y leones de Castilla y de Leon, teniendo á los lados una cruz roja, con fuegos ó ráfagas blancas y azules, y éste lema latino de que ántes hablamos, *Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus vere in hoc signo vincemus.* (2) La flota iba puesta bajo el patrocinio del apóstol San Pedro.

Tales eran los elementos de una expedicion, destinada por la Providencia para derrocar y destruir los imperios de Anáhuac.

(1) Véase la enumeracion de estos artículos en Gomara, cap. VIII.

(2) Bernal Diaz, cap. XX.—Relac. de Andres de Tapia.—Gomara, Crón. cap. VIII.—Herrera, dec. II, lib. IV, cap. VI.

CAPITULO IV.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Retrato de Hernando Cortés.—Concesion de Alejandro VI.—El principio religioso.—Soldados misioneros.—El requerimiento.—Requerimiento á los caciques de Cenú.—Ideas de los conquistadores acerca de los indios.—Apénas eran hombres.—Idólatras.—Se les debia retener en servidumbre.—Flojos y enemigos del trabajo.—Pecado nefando.—Antropofagía.—Reflexiones.

I acatl 1519. Cuando Hernando Cortés comenzó la conquista de México contaba treinta y cuatro años; edad del entero desarrollo varonil, de la prontitud en las determinaciones, del arrojo para cumplirlas. "Fué de buena estatura y cuerpo y bien proporcionado y " membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy " alegre; y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos " en el mirar amorosos y por otra graves; las barbas tenía algo prie- " tas y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era " de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la es- " palda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo

" es ·vado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen jinete, " diestro de todas armas, ansí á pié como á caballo, y sabía muy " bien menearlas, y sobre todo corazon y ánimo, que es lo que im- " porta." En su presencia, acciones y conversacion, se mostraba como gran señor. Vestía á la usanza del tiempo, aseado y llano, sin ostentar galas ni sedas; llevaba una cadenilla de oro con un joyel con la imágen de la Vírgen y de San Juan Bautista, con letreros en latin; al dedo un anillo con un rico diamante, y en la gorra una medalla. Era afable con capitanes y soldados; "y era latino, y oí de- " cir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y " hombres latinos, respondía á lo que le decían en latin. Era algo " poeta, hacía coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba lo " decía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las " mañanas en unas horas, é oia misa con devocion; tenía por su muy " abogada á la Vírgen María nuestra Señora, la cual todo fiel cris- " tiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada; y tam- " bien tenía á señor San Pedro, Santiago, y al señor San Juan Bau- " tista, y era limosnero." Mostrábase porfiado siguiendo su parecer en cosas de guerra. (1) He aquí en lo físico.

En lo moral, le hemos visto pasar por varias trasformaciones, como en todos los hombres acontece, á medida que cambian de edad, de posicion social ó de fortuna. Segun se muestra en el período que vamos examinando, era de constitucion nerviosa y sanguinea, lo cual explica su constante y viva inclinacion por las mujeres y su carácter turbulento; codicioso en demasía; lleno de ambicion y poco escrupuloso en los medios para medrar; faláz, cruel en muchos casos. Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible; valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitan de aquel ejército, compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, más de una multitud de gente, muy animosa, es verdad; pero ignorante, codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliacion, indisciplinada y licenciosa.

(1) Bernal Diaz, cap. CCIV.

Las creencias profesadas en aquella época explican así los vicios como las virtudes de los conquistadores, y se ve predominar el principio religioso: nada más natural. Los españoles sostuvieron por varios siglos porfiada guerra contra los moros, hasta lograr arrojarlos de Granada y expelerlos para el Africa; se peleaba no sólo por libertar la patria del dominio extraño, sino tambien por el culto, aquella guerra fué al mismo tiempo nacional y religiosa; ambas ideas se hicieron inseparables en la conciencia de los combatientes. La lectura de los libros de caballería; las creencias comunes en la hechicería, en las artes de la cábala y de la mágica, en la proteccion de los amuletos y de los talismanes, se unían á la esperanza supersticiosa de que Dios obraría milagros, supuesto tratarse de la propagacion de la fé y en la proteccion de los bienaventurados, á cambio de simples oraciones sin buenas obras ó de promesas no siempre cumplidas con la largueza ofrecida en el momento de apuro. Estos achaques no eran de sólo España, sino de la mayor parte de Europa.

Por bula de Alejandro VI dada en Roma en San Pedro, á 4 de Mayo de 1493, se concedió á los reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, el dominio de las tierras ó islas que se descubrieran en el Nuevo Orbe, señaladas por un meridiano tirado cien leguas al Oeste de las islas Azores y Cabo Verde. (1) Sea cual fuere lo que ahora tengamos que decir contra semejante concesion, siempre queda por evidente, que en el siglo XV daba un derecho perfecto a los soberanos de Castilla y de Leon, derecho que no fué disputado por rey, nacion ó filósofo. Decimos mal; persona hubo muy caracterizada en el siglo XVI, que supo estampar estas palabras: "Dije "tuvie- "ran dinero," porque nunca las Indias jamás lo tuvieron, como pare- " cerá adelante. Dije "suya propia," entendiendo con esta condi- " cion, si los Reyes la pudieran dar al Almirante por suya propia, " pero no podían, porque era ajena, conviene á saber, de los indios " vecinos y moradores naturales dellas y de los Reyes naturales su- " yos que en ellas reinaban; las cuales ni los Reyes ni el Papa que " les dió poder para entrar en ellas (lo cual con toda reverencia " quiero que sea dicho), no los pudieron despojar de sus señoríos pú-

(1) Solórzano, Política Indiana, tercera edic. Madrid, 1736, lib. I, cap. X, núm. 22 á 24, ofrece copia de la bula, traducida al castellano.

"blicos y particulares, estados y libertad, porque no eran moros ó "turcos que tuviesen nuestras tierras usurpadas ó trabajasen de "destruir la religion cristiana, ó con guerras injustas nos fatigasen "é infestasen." Esta declaracion, hasta temeraria en su tiempo y que hoy mismo pasará por valiente, es del apóstol Las Casas; (1) ella abona la rectitud de sus juicios, la fuerza de sus convicciones, la imparcialidad de su conciencia, haciendo olvidar la acritud con que juzga de las acciones de los conquistadores. De esto último no es tan culpable como aparece: por una regla contraria á las establecidas en la óptica, los hombres tratados de cerca parecen más pequeños que vistos á lo lejos; Casas, que aún no podía preveer los beneficios que la Santa Providencia iba á sacar de los desmanes cometidos en las Indias, en los guerreros que tenía al lado sólo podía distinguir al merodeador ocultándose completamente el héroe. Así juzgamos hoy de los personajes de nuestros dias.

La concesion hecha á los reyes Católicos no carecía de precedente; en 1420 Martino V hizo donacion idéntica á los portugueses de tierras infieles en la India Oriental, confirmada por Nicolás V y Calixto III ampliándola á ciertas provincias del Africa. (2) La gracia de Alejandro VI, sin embargo, era condicional; doctrinar á los indios, convertirlos á la santa fé católica. El derecho á la conquista del Nuevo Orbe era, pues, de orígen religioso y encaminado á fin religioso; nada más natural que las disposiciones del gobierno, las reglas para las autoridades subalternas, la predicacion de las órdenes monásticas, las acciones de los conquistadores mismos, todo, en fin, llevara un profundo sello religioso.

El soldado tuvo que afectar el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. De aquí ciertas monstruosidades ridículas. Predicar un Dios santo con la palabra, y dar el ejemplo de las malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas al acceso á la mujer infiel; desaparecía el crímen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de concien-

(1) Hist. de las Indias, lib. I, cap. CXXIV.

(2) Solórzano, Política Indiana, lib I, cap. X, n. 21.

cia se borraba ante la profanacion del sacramento. (1) Segun ellos, la guerra era tambien justa y meritoria, porque se hacía á bárbaros sin pulimento, á infieles desconocedores del verdadero Dios, á hombres entregados á vicios vergonzosos. (2)

Para quitar á la invasion hasta la menor sombra de ilegalidad, se ejecutaba el *requerimiento.* (3) Era este un escrito compuesto por el Doctor Palacios Rubios, jurisconsulto de fama en su tiempo y del consejo de los reyes. Formado principalmente para servir á Pedrerías en su gobernacion, se hizo despues extensivo á todas las Indias. Puestos los conquistadores en presencia de los bárbaros, ó bien

(1) Alamán, Disertaciones, tom. I, pag, 7 del segundo apéndice.

(2) Solórzano, Política Indiana, lib. I, cap. IX y X.

(3) "De parte del Rey D. Fernando y de la Reina Doña Juana, su hija, Reina de Castilla y de Leon, etc., domadores de las gentes bárbaras, nos, sus criados, os notificamos y hacemos saber como mejor podemos, que Dios Nuestro Señor, vivo y eterno crió el cielo y la tierra, y un hombre y una mujer, de quien vosotros y nosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes y procreados, y todos los que despues de nosotros vinieren. Mas por la muchedumbre de la generacion que destos ha salido, desde cinco mil años á esta parte que el mundo fué criado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y otros por otra, é se dividiesen en muchos reinos y provincias, que en una sola no se podían sostener ni conservar. De todas estas gentes, Dios Nuestro Señor dió cargo á uno, que fué llamado Sant Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor y superior, á quien todos obedeciesen, y fuese cabeza de todo el linaje humano, do quiera que los hombres viviesen y estuviesen, en cualquiera ley, secta y creencia, y diole el mundo por su reino y jurisdiccion, y como quier que le mandó poner su silla en Roma, como en lugar más aparejado para regir el mundo, mas tambien le permitió que pudiera estar y poner su silla en cualquiera otra parte del mundo, y juzgar y gobernar á todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquiera otra secta ó creencia que fuesen. Este llamaron Papa, porque quiere decir admirable, mayor padre y gobernador de todos los hombres. A este Sant Pedro obedecieron y tomaron por señor, Rey y superior del Universo, los que en aquel tiempo vivian, y asimismo han tenido á todos los otros que despues de él fueron al Pontificado elegidos, y así se ha continuado hasta agora y se continuará hasta que el mundo se acabe. Uno de los Pontífices pasados que en lugar de éste sucedió en aquella dignidad é silla que he dicho, como señor del mundo, hizo donacion destas islas y tierra firme del mar Océano á los dichos Rey y Reina, é á sus sucesores en estos reinos, nuestros señores, con todo lo que ellas hay, segun se contiene en ciertas escripturas, que sobre ello pasaron, segun dicho es, que podeis ver si quisiéredes; así que, Sus Altezas son Reyes y señores destas islas y tierra firme, por virtud de la dicha donacion, y como á tales Reyes y señores algunas islas mas, y casi todas á quien esto ha sido notificado, han recibido á Sus Altezas y les han recibido y servido y sirven como súbditos lo deben hacer, y con buena voluntad y sin ninguna resistencia, luego, sin dilacion, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron y recibieron los va-

á larga distancia, de noche algunas veces ó en ausencia de los requeridos, (1) leia el escribano el extraño documento, y no siguiendo la pronta sumision, el ánimo del invasor quedaba tranquilo y él estaba autorizado para ser cruel y tirano. Verdad es que los agredidos no entendían la lengua extranjera, y aun cuando la entendieran, nada podian escuchar por la distancia, y aún cuando la oyeran tenían cumplido derecho para resistirse; pero la fórmula forense estaba cumplida, no quedando en nada lastimado el principio religioso. Por esto eran elementos indispensables en una expedicion, uno

rones religiosos que Sus Altezas les enviaban para que les predicasen y enseñasen nuestra santa fe, y todos ellos, de su libre y agradable voluntad, sin premia ni condicion alguna, se tornaron cristianos y lo son, y Sus Altezas los recibieron alegre y benignamente, y así les mandaron tractar como á los sus súbditos é vasallos, y vosotros sois tenidos y obligados á hacer lo mismo. Por ende, como mejor podemos, vos rogamos é requerimos que entendais bien esto que os decimos y tomeis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcais á la Iglesia por señora y superiora del universo mundo, y al Sumo Pontífice, llamado Papa, y en su nombre al Rey y á la Reina doña Juana, nuestros señores, en su lugar, como á superiores y señores y Reyes desas islas y tierra firme, por virtud de la dicha donacion, y consintais y deis lugar que estos padres religiosos os declaren y prediquen lo suso dicho. Si así lo hiciéredes, hareis bien y aquello que sois obligados á Sus Altezas, y nos, en su nombre, vos recibiremos con todo amor é caridad, é vos dejaremos vuestras mujeres é hijos y haciendas, libres, sin servidumbre, para que dellas y de vosotros hagais libremente lo que quisiéredes y por bien tuviéredes, é no vos compelerán á que vos torneis cristianos, salvo si vosotros, informados de la verdad, os quisiéredes convertir á nuestra santa fe católica, como lo han hecho cuasi todos los vecinos de las otras islas, y, allende desto, Sus Altezas vos darán muchos privilegios y exenciones y vos harán muchas mercedes; y si no lo hiciéredes, y en ello dilacion maliciosamente pusierdes, certificaos que, con la ayuda de Dios, nosotros entrarémos poderosamente contra vosotros, y vos harémos guerra por todas las partes y maneras que pudiéremos, y vos subjetarémos al yugo y obediencia de la Iglesia y de Sus Altezas, tomarémos vuestras personas y de vuestras mujeres é hijos, y los harémos esclavos, y como á tales los venderémos y dispornémos dellos como Sus Altezas mandaren, é vos tomaremos vuestros bienes y vos harémos todos los daños y daños que pudiéremos, como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su señor, y le resistan y contradicen, y protestamos que las muertes y daños que de ello se recrecieren [sea á vuestra culpa y no de Sus Altezas, ni nuestra, ni destos caballeros que con nosotros vienen: y de como lo decimos y requerimos pedimos al presente escribano que nos lo dé por testimonio signado, y á los presentes rogamos que dello nos sean testigos, etc." (Casas, lib. III, cap, LVII.—Herrera, déc. I, lib. VII, cap. XIV, presenta el texto encabezado por Alonso de Hojeda, con algunas pequeñas variantes.

(1) Casas, lib, III, cap. LXVI.

ó varios ecleciásticos para comenzar la predicacion cristiana, y el escribano que daba fé de los sucesos y de cuanto podía acontecer entre aquellos hombres amigos de querellas, que sabían resolver así por medio de la espada, como de interminables procesos en que manejaban la pluma con no vista constancia.

A propósito del requerimiento refiere una curiosa anécdota el Bachiller Enciso "Yo requerí, dice, de parte del Rey de Castilla á dos caciques destos del Cenú que fuesen del Rey de Castilla, y que les hacía saber como había un sólo Dios que era Trino y Uno y gobernaba al cielo y á la tierra: y que este había venido al mundo y había dejado en su lugar á San Pedro: y que San Pedro había dejado por su sucesor en la tierra al Sancto Padre que era señor de todo el mundo universo en lugar de Dios, y que este Sancto Padre como Señor del Universo había fecho merced de toda aquella tierra de las Indias y del Cenú al rey de Castilla: y que por virtud de aquella merced que el Papa le había fecho al Rey les requería que ellos le dejasen aquella tierra pues le pertenecía: y que si quisiesen vivir en ella como se estaban, que le diesen la obediencia como á su señor y le diesen en señal de obediencia alguna cosa cada un año: y que esto fuese lo que ellos quisiesen señalar: y que si esto hacían que el Rey les haría mercedes y les daría ayuda contra sus enemigos: y que pornía entre ellos frailes ó clérigos que les dijesen las cosas de la fé de Cristo y que si algunos se quisiesen tornar cristianos que les harían mercedes y que los que no quisiesen ser cristianos que no los apremiarian á que lo fuesen, sino que se estuviesen como se estaban. Y respondierónme que en lo que decía que no había sino un Dios y que este gobernaba el cielo y la tierra y que era Señor de todo, que les parecía bien, que así debía ser; pero que en lo que decía que el Papa era Señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él había fecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla: dijeron que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo: pues daba lo que no era suyo, y que el Rey que pedía y tomaba tal merced, debería ser algun loco, pues pedía lo que era de ótros: y que fuese allá á tomarla que ellos le pornían la cabeza en un palo como tenían otras que me mostraron de enemigos suyos puestas encima de sendos palos cabe el lugar: y dijeron que ellos se eran señores de su tierra y que no habían menester otro Señor. Y yo les torné á requerir que lo hiciesen, si no que les haría la guerra y les tomaría el

lugar: y que mataría á cuantos tomase ó los prenderia y los vendería por esclavos. Y respondiéronme que ellos me pornian premero la cabeza en un palo: y trabajaron por lo hacer pero no pudieron, porque les tomamos el lugar por fuerza aunque nos tiraron infinitas flechas y todas herboladas y nos firieron dos hombres con yerba y entrambos murieron de la yerba, aunque las heridas eran pequeñas. Y despues prendí yo en otro lugar al un cacique dellos que es el que dije arriba que me había dicho de las minas del Nocai y hallélo hombre de mucha verdad y que guardaba la palabra y le parescía mal lo malo y bien lo bueno: y cuasi desta forma se hacen allá todas las guerras." (1)

He aquí la protesta de un bárbaro contra la concesion pontificia. Casas, quien copia este pasage, (2) no tiene por cierta la réplica del cacique de Cenú por no considerar á este bastante versado en el castellano para comprender las palabras de San Pedro, Papa, y otras de esta clase. A ser cierta la observacion del obispo, sería preciso achacarle las palabras irreverentes al mismo Enciso, quien las puso en boca del cacique, ya para expresar su propio juicio echando la responsabilidad á cargo ajeno, ya inventando que el indio las pronunciaba para hacerle reo de fuerte castigo.

Los conquistadores de México aprendieron en las islas la manera de tratar á los naturales. Las opiniones que abrigaban respecto de esto, poco más ó menos debían ser las expresadas por el obispo del Darien, delante de Cárlos V, este año 1519.—"Ha cinco años, dijo, que partí de estos reinos para tierra firme. En todo este tiempo no se ha hecho cosa buena ni en servicio de Dios ni en el del Príncipe. Viendo, pues, como aquella tierra se perdía, y que el primer gobernador de ella fué malo y el segundo peor, y que todo se encaminaba mal en aquella tierra, determiné pasar á España á fin de informar V. M. de lo que pasa; y en lo que toca á los indios, es muy extraordinario que se dispute todavía sobre un punto que tantas veces ha sido decidido en los consejos de los Reyes Católicos, abuelos de V. M. Sin duda se ha tomado esta determinacion para tratarle con todo rigor por haber reflexionado sobre el genio y costumbres de los indios. ¿Para qué hemos de referir aquí las rebeliones y las

(1) Martin Fernández de Enciso. Suma de Geografía, &c.,—Sevilla. por Juan Cromberger, 1530, fol. gótico.—Fol lv vuelto y lvj,

(2) Hist. de las Indias, lib. III, cap. LXIII.

perfidias de tan indigna gente? ¿Se ha podido jamás reducir á los indios sin la fuerza? ¿Quién ignora cuánto aprecian el oro, cuánta industria se requiere para sacárselos, siendo de suyo tan desconfiados? ¿No han tentado todos los medios para acabar con sus amos y sustraerse de su nuevo dominio? Por noticia que tengo de los de la tierra á donde he estado, y de las otras partes de las Indias que de camino he visto, soy de sentir que han nacido para la esclavitud, y sólo en ella los podrémos hacer buenos. No nos lisonjeemos; es preciso renunciar sin remedio á la conquista de las Indias y á los provechos del Nuevo Mundo, si se deja á los indios bárbaros una libertad que nos sería funesta. ¿Pero qué hay que oponer contra la esclavitud á que están reducidos? ¿No ha sido siempre el privilegio de las naciones victoriosas y la suerte de los bárbaros vencidos? ¿Se portaron de otra manera los griegos y los romanos con las naciones indómitas que sujetaron con la fuerza de sus armas? Si en algun tiempo merecieron algunos pueblos ser tratados con dureza, es en el presente los indios, más semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales. ¿Qué diré de sus delitos y de sus excesos que dán vergüenza á la misma naturaleza? ¿Se nota en ellos alguna tintura de razon? ¿Siguen otras leyes que no sean las de sus brutales pasiones? Pero dicen que por el rigor de sus amos, y tiranía de los repartimientos no abrazan la religion ¿Qué pierde la religion con tales sujetos? Se pretende hacerlos cristianos, casi no siendo hombres. Digan los ministros que han entrado hasta aquí en sus tierras cuál ha sido el fruto de sus trabajos y cuántos verdaderos prosélitos han hecho. Pero son almas redimidas con la sangre de Jesucristo: convengo en ello. No quiera Dios que yo pretenda abandonarlos, y por siempre sea aplaudido el celo de nuestros piadosos Monarcas para atraerlos al rebaño de Jesucristo; pero sostengo que la esclavitud es el medio más eficaz, y añado que es el único que se puede emplear. Siendo ignorantes, estúpidos, viciosos ¿cómo se les podrá instruir en las cosas necesarias si no son reducidos á una servidumbre saludable? Tan ligeros é indiferentes para renunciar al cristianismo como para abrazarlo, los vemos muchas veces salir del bautismo para seguir sus antiguas supersticiones. Convendrá, pues, no abandonarlos á sí mismos, sino dividirlos en cuadrillas, poniéndolos bajo la disciplina de los más virtuosos españoles, porque sin es ta diligencia, en vano se trabajaría en reducirlos á la vida racio-

nal de hombres y jamas se lograría hacerlos buenos cristianos." (1)

El obispo del Darien no procedía cuerdamente, pues juzgaba de todos los pueblos del continente, por el ejemplo particular que había observado, y aún de lo mismo que había visto, alguna imputacion carecía de fundamento, los otros cargos estaban abultados. No era sólo el prelado antedicho quien así pensaba. Fr. Bernaldo de Mesa opinaba, que estando llenos los indios de hábitos viciosos, y no siendo casi hombres, preciso era para doctrinarlos el retenerlos en servidumbre. (2) Seguían apretadamente la doctrina los encomenderos, á fin de alcanzar les dieran á los naturales como esclavos á perpetuidad, ó al ménos por tres vidas. (3) Gregorio, predicador del rey, sostenía ser justa la servidumbre, "donde se hace en aque-"llos que naturalmente son siervos y bárbaros, que son aquellos que "faltan en el juicio y entendimiento, como son éstos indios, que, se-"gun todos dicen, son como animales que hablan. Esto mismo in-"fieren los doctores sobre el primer libro de República, donde dicen "que los siervos naturalmente, como los bárbaros y hombres silves-"tres que del todo les falta la razon, les es provechoso servir á se-"ñor, sin ninguna merced ni galardon. Item, hace para nuestro ca-"so lo que Scoto dice en el lib. IV, en la distincion treinta y seis, "art. 1°, donde poniendo los modos de servidumbre, dice, que el Prín-"cipe que justamente es señor de alguna comunidad, si cognosce al-"gunos así viciosos que la libertad les daña, justamente los puede "poner en servidumbre; pues así es que éstos indios son muy vicio-"sos y de malos vicios, son gente ociosa, y ninguna inclinacion ni "aplicacion tienen á virtud ni bondad, justamente Vuestra Alteza "los puede y tiene puestos en servidumbre." Además, por causa de ser idólatras se les puede privar de libertad, como castigo de pecado contra la naturaleza. (4)

Los encomenderos de las islas acusaban á los indios de ser flojos, precisamente cuando les habían hecho perecer en trabajos excesivos: (5) ¿Quién se mostrará afanoso en la servidumbre para agotar sus fuerzas en provecho de sus amos? Risible es el cargo de no aban-

(1) Beaumont, Crón. de la Provincia de Michoacan, cap. XXIX. MS.
(2) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. IX.
(3) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. VIII.
(4) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. XII.
(5) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. LVI.

donar con desprendimiento el oro, cual si ésta su propiedad no les fuera arrancada con violencia por sus avariciosos señores "como di-"jimos en nuestra Apologética Historia, las gentes de éstas cuatro "islas, Española, Cuba, Sant Juan y Jamaica, y las de los Lucayos, "carecían de comer carne humana, y del pecado contra natura, y de "hurtar y otras costumbres malas, de lo primero ninguno dudó has-"ta hoy, de lo segundo, tampoco aquellos que tractaron y cognoscie-"ron éstas gentes, solamente Oviedo que presumió de escribir histo-"ria á lo que nunca vió, ni cognosció, ni vido algunas destas, las in-"famó deste vicio nefando, diciendo que eran todos sodomitas, con "tanta facilidad y temeridad, como si dijera que la color dellas era "un poco fusca, ó morena más que la de los de España." (1) En efecto, para que no les fuera tomado en cuenta el número de las víctimas sacrificadas con crueldad, sacaron á relucir los cargos de embriaguez, y el infame y repugnante del pecado nefando: abundan en los primitivos historiadores testimonios de ello, sospechosos, por lo ménos, de exageracion. No vamos á examinar cuales pueblos podían ser acusados con justicia; pero en México, hasta donde se extendía la civilizacion nahoa, ó alcanzaba la mano del imperio, ambos crímenes se pagaban con la vida. Las leyes que regían á éste proposito, prueban en verdad la existencia de ambas faltas; pero tambien prueban que no eran admitidas como costumbre, que los casos aislados se castigaban con dureza. Si de la disposicion de la ley debiera inferirse que era una práctica arraigada, el mismo argumento pudiera tomarse de los códigos criminales de las naciones civilizadas, sin llegarse nunca á inferir con justicia que sean reos de semejantes vicios; se dan en los pueblos entes degradados, sin que al pueblo entero pueda achacarse el hábito, como se puede en ciertas épocas á griegos y romanos. (2)

(1) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. XXIII,

(2) Acerca de este vicio, dice Clavijero, Hist. antig., tom. I, pág. 324. "En to-"dos los pueblos de Anáhuac, excepto entre los Panuqueses, se miraba con abomi-"nacion aquel crímen, y en todos se castigaba con rigor. Sin embargo, algunos "hombres malignos, para justificar sus propios excesos, infamaron con tan horrendo "vicio á todas las naciones americanas; pero la falsedad de esta calumnia, que con "culpable facilidad adoptaron muchos escritores europeos, está demostrado por el "testimonio de otros más imparciales y mejor instruidos."—Si tal vicio hubiera existido entre los antiguos, algun rastro quedara entre los modernos indios, en lo contrario nos confirma el Farol Indiano y Guia de Curas de Indios, por Fr. Manuel

Extinguida casi la poblacion indígena en algunas islas, se recurrió al reprobado medio de hacer esclavos en las demás islas y en la tierra firme, prohibidos por la ley, en mal hora se hizo la excepcion contra los indios caníbales, porque todos los indios fueron declarados comedores de carne humana. Es de ver la sentencia fulminada el año 1520 por el Lic. Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y justicia mayor en la isla Española, encargado por la reina y el emperador, de hacer la informacion y declarar cuáles son indios caribes; pues segun nos dice, por los dichos "de los pilotos, maes-"tres é marineros, capitanes é otras personas que an usado ir á la "costa de Tierra Firme, é islas é partes andadas é descubiertas en "éstas partes del mar Oceano, y la que así mismo pude aber de re-"ligiosas personas....... Fallo que debo declarar é declaro que "todas las islas que no están pobladas de cristianos, excepto las is-"las de la Trinidad é de los Lucayos, é Barnudos é Gigantes y de la "Margarita, las debo declarar é declaro ser de caribes é gentes bárbaras enemigos de los cristianos, repunantes la conversacion dellos; "y tales, que comen carne umana, y no an querido ni quieren reci-"bir á su conversacion los cristianos, ni á los predicadores de nues-"tra Santa Fee católica." En cuanto á la Tierra firme, el magistrado divide las provincias entónces conocidas en *guatraos* ó amigos de los cristianos, y en sus enemigos, por cuya intencion son de necesidad caribes.—"A las cuales dichas provincias é tierras, de su-"so declaradas por caribes, debo declarar é declaro que los cristia-"nos, que fueren en aquellas partes, con las licencias é condiciones "é instrucciones que les serán dadas, puedan yr é entrar é los to-"mar é prender é cabtivar é hacer guerra é tener é traer é poseer é "vender, por ser esclavos los indios que de las dichas tierras y pro-"vincias é islas, así por caribes declarados, pudieren haber en cual-"quier manera, con tanto, que los cristianos que fueren á lo susodi-"cho, no bayan á lo hacer sin el veedor ó veedores que les fueren "dados por las justicias é oficiales de Su Magestad, que para las di-"chas armadas dieren la licencia, y que lleve consigo de los qua-

Perez, México, 1713. Nueve preguntas pone acerca del sexto mandamiento, siete comunes á los dos sexos, dos particulares á las mujéres. La quinta que al caso conviene dice: "Cuix oticahuilti in motlaelnacoyo, ahnozo otinoc in moxinachyo?" A lo cual contesta; "En la quinta pregunta, *raro aut nunquam* caen, pero si acaso suelen ser *soluti qui non habent foeminam.*"

"traos. (1) de las islas é partes comarcanas á los dichos caribes, pa-
"ra que vean é se satisfagan de ver como los cristianos no hacen "mal á los guatraos, sino á los caribes, pues los dichos guatraos se "van é quieren ir con ellos de buena gana &." (2) A mucha benignidad se puede llamar á ésto, injusticia.

Para honra de la humanidad y alivio de los indios, no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aún despues de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehementé Fr. Bartolomé de las Casas; no faltando religiosos y seglares que siguieran animosos la defensa de los calumniados.

Pero los conquistadores, se presentaban á la labor bajo el influjo de las ideas dominantes. En su concepto, venían prevenidos de un derecho legítimo para hacer la invasion; autoridad competente les había dado la tierra; deber de españoles y cristianos los lanzaba á combatir á los idólatras; obra justa y meritoria era destruir á bárbaros sin fé, comedores de carne humana, encenegados en vicios degradantes y vergonzosos, la ley les entregaba por esclavos á quienes resistían someterse, y podían sin cargo de conciencia, apoderarse de las personas y de sus haciendas. Muchos crímenes brotaron de aquí, de los cuales sólo debe responder el tiempo y sus doctrinas.

La intrepidez propia de la raza, la fuerza que por sus armas alcanzaban, la superioridad de su táctica y de su disciplina, estar ya amañados en la guerra de las islas, tener en poco ó nada á sus enemigos por desnudos y de flacas armas, todo ello y más que dejamos sin decir, daba marcadas ventajas á los invasores sobre los invadidos. De ésto, que corresponde á la parte brutal de los hombres, re-

(1) *Guatraos* se dice y se repite en el documento que copiamos; mas nos parece una mala interpretacion paleográfica, y debe leerse *guatiaos*. Así lo escribe Herrera, déc. II, lib. X, cap. V., al extractar este fallo ó declaracion del Lic. Figueroa. Es palabra de la lengua de las islas, aplicada á la costumbre que había en la Española, cuando dos personas querían ajustar amistad y alianza duraderas, y consistía en cambiar recíprocamente de nombre: "Este trueque de nombres en la lengua comun desta isla, se llama ser yo y fulano, que trocamos los nombres, *guatiaos*, y así "se llamaba el uno al otro; teníase por gran parentesco, y como liga de perpétua "amistad y confederacion. y así, el Capitan general y aquel señor quedaron gua-"tiaos." Casas, lib. II, cap. VIII.

(2) Declaracion que hizo el Lic. Rodrigo de Figueroa, &c. Colec. de documentos inéditos del Archivo de Indias, tomo 11, pág. 321.

sultaron tambien muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes de todas las edades, se han reservado para aplicarla segun su antojo á las naciones débiles. La guerra, aberracion de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista, que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales, que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellas son exclusivamente reos los hombres perversos, de dañado corazon, que las ejercitan por un instinto bárbaro, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.

En aquellas expediciones, los voluntarios se armaban y equipaban por su cuenta, y si no tenian recursos recibían del jefe alguna suma, reintegrable de la parte de provechos que alcanzara; no tocaban soldada alguna, manteniéndoles el armador durante el viaje, recibiendo al fin de la expedicion la parte alícota que le tocaba, ya de lo rescatado, ya de lo tomado como botin de guerra. Los soldados de Velazquez venían interesados en la tercera parte de lo que se reuniese, quedando los otros dos tercios para los armadores, (1) aunque con la obligacion de pagar el quinto al rey. Interés de todos y cada uno era reunir la mayor suma de oro ó cosas de valor, que en cuanto á mantenimientos se cogían sobre la tierra invadida.

De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la ménos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los azteca profesaban, los empujaba á los piés del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de aquella antigua fé. Ningun remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!

(1) Declaracion de Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, en la Coruña, en 29 de Abril 1520, en la Coleccion de Documentos inéditos para la historia de España, tomo I, pág. 490.

CAPITULO V.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Viaje á Cozumel.—Llega Pedro de Alvarado.—Su conducta con los indios.—Reunion de la flota.—Paces con los indios.—Salida de Ordáz en busca de los españoles que estaban en Yucatan.—Destruccion de los ídolos en Cozumel.—Llegada de Gerónimo de Aguilar.—Salida definitiva de la armada.—Boca de Términos.—Llega la armada al rio de Tabasco.—Los indios se ponen en armas.—Escaramuza.—Batalla de Centla.—Sumision del país.—Doña Marina.—Bosquejo.

I acatl 1519. Segun dejamos dicho, la flota debía navegar en conserva, y caso de algun contratiempo que separase las naves, debían reunirse en Cozumel. El navío San Sebastian mandado por Pedro de Alvarado, despues de cumplir con la consigna que llevaba debía incorporarse á la flota; contraviniendo á las órdenes, el piloto Camacho tomó rumbo directamente para la isla de Santa Cruz, aportando dos dias ántes que ninguna otra nao. Alvarado hizo desembarcar la gente, y como huyeran los del vecino pueblo, adelantó su correría hasta otro pueblo una legua distante, el cual se encon-

tró tambien desamparado; tomaron de ahí algunos bastimentos, así como de un Kú cercano los adornos ó alhajuelas de oro en unas arquillas encerradas. (1)

La armada, sorprendida por un temporal, fué dispersada de pronto; la nave montada por Francisco de Morla, perdió el gobernalle, hizo señales á las cuales acudió Cortés; aunque siendo de noche fué preciso esperar el dia, á cuya luz se vió el timon flotando algo léjos; amarrado Morla á un cabo se tiró á la mar, logrando apoderarse del útil y colocarle en su lugar. Reunidas las naos, echaron las anclas en el puerto de San Juan Ante Portam Latinam, faltando sólo una, llegada más tarde. Cortés, que tenía necesidad de mostrarse rigoroso para enfrenar la gente que le seguía, puso preso á Camacho, castigándole la inobediencia y reconvino agriamente á Alvarado por la merodeacion ejecutada en los pueblos. Dedicóse á tranquilizar á los naturales. Puso en libertad dos indios y una india cautivados por Alvarado, dióles algunos regalos, y por medio del faraute Melchor les encargó llamasen á los señores principales, pues quería hablarles. Entretanto volvían los mensajeros, á los tres dias hizo alarde de la gente, teniendo entónces ciencia cierta de los elementos en hombres y armas á su disposicion. No pareciendo los indios, Cortés despachó dos capitanes, con cada cien hombres, á traer la gente que pudiesen; regresaron al cabo de cuatro dias con unas doce personas que los quisieron seguir, avisando que los pueblos estaban yermos. Entre los que vinieron había uno que se decía jefe, á quien halagó Cortés y dió recado para el señor de la isla; la medida produjo los mejores resultados, pues aquel principal señor vino, dijéronle cosas tocante á Dios y al monarca español, diéronles seguridades para su persona y vasallos, y de todo quedó tan convencido, que á los pocos dias regresaron los naturales á sus pueblos, tratándose confiadamente con los castellanos cual antíguos y buenos amigos. (2)

Aunque Bernal Diaz (3) lo pone á cuenta de la perspicacia de

(1) Bernal Diaz, cap. XXV.

(2) Carta del Regimiento de la Rica Villa, pág. 8—10.—Casas, lib. III, cap. CXVII.—Herrera, déc. II, lib. IV, cap, VI.—Bernal Díaz, cap. XXV y XXVI.—Relacion de Andres de Tápia, apud García Icazbalceta, tom. 2, pág. 555.—Torquemada, lib. IV, cap. VIII.—Gomara, Crón. cap. X.—Véanse igualmente las preguntas 42 y 43 del interrogatorio de Cortés, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 317 y 18.

(3) Hist. verdadera, cap. XXVII.

Cortés, cumpliendo éste con las instrucciones de Velazquez, se informó con los caciques de Santa Cruz, acerca de la existencia de algunos hombres blancos en Yucatan; ellos respondieron ser verdad los había, dos soles de andadura la tierra adentro; y que estaban en la isla algunos mercaderes que pocos dias hacía los habían visto. El capitan, por medio de dádivas de cuentas, encontró mensajeros que se encargasen de ir á ver á los cautivos, entregándoles una carta para ellos, y cuentas y bujerías para servirles de rescate. Apercibidos los dos bergantines de menor porte, con veinte ballesteros y escopeteros al mando de Diego de Ordáz, dieron la vela al cabo Catoche; llegados allí echaron á tierra á los mensajeros, esperando por ocho dias segun se les tenía prevenido, no sin riesgo por ser la costa muy brava. (1)

Tranquilos los indios con las seguridades recibidas, volvieron á sus ocupaciones ordinarias, y aún á las prácticas de su culto. Acuzamil, era un lugar santo para los moradores de la vecina península de Yucatan, de la cual iban en romería atravesando en canoa el pequeño estrecho que separa la isla de la tierra firme.—"Adoraban la "gente della en ídolos, á los cuales hacían sacrificio, especial á uno "que estaba en la costa de la mar en una torre alta. Este ídolo era "de barro cocido é hueco, pegado con cal á una pared, é por detrás "de la pared había una entrada secreta por do parecie podía entrar "y envestirse el dicho ídolo, é así debie ser, porque los indios decían, "segund despues se entendió, que aquel ídolo hablaba. En esta is-"la se halló delante del ídolo, abajo de la torre, una cruz de cal de "altor de estado y medio, é un cerco de cal y piedra almenado alre-"dedor de ella, donde los indios dicien que ofrecien codornices ó "sangre dellas, é quemaban cierta resina á manera de incienso, é "questo hacían cuando tenían necesidad de agua, y haciéndolo llo-"vie." (2) Uno de aquellos dias, se reunieron los mayas en el patio

(1) Bernal Diaz, cap. XXVII.

(2) Relacion de Andrés de Tapia, en García Icazbalceta, tom. 2, pág. 555.—En el Peregrino Indiano por D. Antonio de Saavedra Guzman, Madrid, 1599, leemos á la foja 22 verso:

Tienen allí la Cruz, y la adorauan
Con gran veneracion y reverencia,
Dios de lluvias continuo la llamauan,
Y estaua en vn gran templo de abstinencia:

del Kú, para hacer sus sahumerios y oraciones, el sacerdote subido en preeminente lugar, dirigió á los circunstantes las exhortaciones prescritas por el culto; asistieron curiosos los castellanos al nuevo espectáculo, y acabada la coremonia, Cortés preguntó á Melchor lo que el papa había dicho, respondiendo éste que eran cosas malas. El capitan hizo venir á su presencia á los principales y al mismo sacerdote, dándoles á entender por medio del faraute Melchor, lo abominable de los ídolos, el error religioso en que se encontraban y que abandonasen aquel culto que los conduciría al infierno: (1) respondieron ser aquellos los dioses de sus padres, buenos y propicios, ni ellos se atreverían á quitarlos ni los españoles les pondrían mano sin ser castigados. Cortes hizo derribar los ídolos las gradas del templo abajo, mandó limpiar y encalar el santuario, colocar en un altar nuevo una imágen de nuestra Señora, y los carpinteros Alonso Yañez y Alvaro López, formaron una gran cruz de madera, la cual colocaron cerca del altar, en el cual dijo misa el clérigo Juan Diaz. (2) Fué la primera demostracion religiosa de los conquistadores contra los ídolos. Nos imaginamos que Melchorejo sabía poco del castellano y ménos de los dogmas católicos, para ser buen intérprete en aquella ocasion: en cuanto á los de Cozomel, ignoramos cuál juicio formaron acerca de la santa imágen, mas respecto de la

Todos muy de ordinario la estimauan
Con gran solicitud y continencia,
Dizen que en Yucatan por vso auia
Ponerla sobre el cuerpo que moria.

(1) Los conquistadores, y los escritores de tiempos más cercanos á nosotros, no veían en los ídolos los símbolos de una religion falsa, sino retratos verdaderos del demonio, bajo cuyo influjo podían hablar y aún hacer prodigios: de esta manera los indios trataban familiarmente con el diablo. D. Antonio de Solis, Hist. de la Conquista de México, cap. XV, escribe: "Era el ídolo (de Cozumel,) de figura humana; "pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejan-"za de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que ado-"raba aquella gente, diferentes en la hechura y en la significacion; pero conformes "en lo feo y abominable: ó acertasen aquellos bárbaros en lo que fingían; ó fuese "que el demonio se les aparecía como es, y dejaba en su imaginacion aquellas es-"pecies; conque sería primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro." Horrendos y deformes eran en realidad aquellos bultos, juzgados por las reglas de la estética; pero como representaciones místicas, valían tanto como ciertos dioses informes de los griegos ó los complicados de los hindus.

(2) Bernal Diaz, cap. XXVII.

cruz debieron de admitirla de buen grado, supuesto ser símbolo por ellos adorado, el emblema traido por Kukulcan.

Trascurrido el plazo de ocho dias, Diego de Ordáz tornó á Cozumel refiriendo, que aunque había permanecido en la costa con riesgo de perderse, no habían parecido los españoles ni los mensajeros que á buscarlos fueron: mucho enojó á Cortés semejante resultado, y trató con dureza á Ordáz, por haber sido para poco en la empresa. Sucedió que unos hermanos Peñates, marineros, hurtaron á Berrio ciertos tocinos; quejóse éste al general, y aunque aquellos negaron, puesto en claro el delito fueron azotados los criminales, no obstante haber intercedido por ellos los oficiales del ejército. No teniendo ya qué hacer en la isla, la armada se hizo á la vela el sábado cinco de Marzo, (1) haciendo rumbo á la isla Mujeres, al dia siguiente, que fué Carnestolendas, (2) tomaron tierra y en ella oyeron misa. Vueltos á embarcar aquel mismo dia, con intento de doblar el cabo Catoche, se oyó á poco un cañonazo; era la nao de Juan de Escalante que pedía socorro, porque se anegaba, haciendo tanta agua que no se podía agotar con las bombas; además, ahí iba embarcado el pan cazabi: á fin de reparar la avería, diose órden á toda la armada de retornar á Cozumel. (3)

Los indios no mostraron pesadumbre por la vuelta de los castellanos, ayudando de buen grado á descargar la nave y repararla, operacion que duró cuatro dias. Terminada la obra, sábado doce de Marzo, se tornó a embarcar la gente; mas cuando sólo faltaban de entrar á las naves Cortés con algunos españoles, se desencadenó un gran viento acompañado de recios aguaceros, y como afirmaran los pilotos que había riesgo en hacerse al mar, la gente desembarcó de nuevo. El temporal duró dia y noche, y amaneciendo el Domingo primero de Cuaresma, trece de Marzo, se dispuso oir misa y comer ántes de reembarcarse. (4) "Estando en un navio el que esta rela-"cion da é otros ciertos gentiles hombres, vieron venir por la mar

(1) Seguimos en las fechas á Gomara, cap. XII, por salir conforme con los hechos. Bernal Diaz, cap. XXX, fija el cuatro de Marzo como dia de la salida definitiva de la isla, lo cual resulta imposible.

(2) Gomara, cap. XII. Quincuagésima ó Carnestolendas cayó aquel año 1519 en domingo seis de Marzo.

(3) Bernal Diaz, cap. XXVIII.—Herrera, déc, II, lib. IV, cap. VII.

(4) Gomara, cap. XII.—Relacion de Andrés de Tapia.

"una canoa, que así se llama, que es en la que los indios navegan, "y es hecha de una pieza de un árbol cavada, é reconociendo que "vinie á tomar tierra en la isla, salieron del navío en tierra, é por la "costa se fueron lo más encubiertamente que pudieron, é llegando "á donde la canoa quería tomar tierra, é la tomó, vieron tres hom- "bres desnudos, tapadas sus vergüenzas, atados los cabellos atrás "como mujeres, é sus arcos é flechas en las manos, é les hicimos se- "ñas que no oviesen miedo, y el uno de ellos se adelantó, é los dos "mostraban haber miedo y querer huir á su bajel, é el uno les ha- "bló en lengua que no entendimos; é se vino hácia nosotros, dicien- "do en nuestro castellano: "Señores, ¿sois cristianos, é cuyos vasa- "llos?" Dijímosle que sí y que del rey de Castilla éramos vasallos, "é alegróse é rogónos que diésemos gracias á Dios, y él así lo hizo "con muchas lágrimas, é levantados de la oracion, fuemos caminan- "do al real." (1)

El español estaba ennegrecido por la intemperie, traía el pelo trasquilado á la manera de los esclavos, vestido con una manta andrajosa en una de cuyas puntas llevaba atado un libro viejo de horas, cubierta la cintura con un mal paño, una cotara vieja calzada y otra en el cinto y un remo al hombro, de manera que en aquel arreo no se diferenciaba de los otros indios. Llegados á presencia de Cortés, preguntó éste á Andres de Tapia, cuál era el español, él se puso en cuclillas á usanza de la tierra, respondiendo: "Yo soy." En efecto, era Jerónimo de Aguilar, natural de Ecija y ordenado de Evangelio, de quien contamos en otro lugar la historia, añadiendo ahora la de cómo alcanzó la libertad. Fieles los mensajeros le entregaron la carta y presentes que habían recibido; Aguilar por medio de aquellos rescates, logró licencia de su amo para ir á donde quisiese; en consecuencia fué á buscar á Gonzalo Guerrero, marinero natural de Palos, á quien invitó para irse á Cozumel; mas éste respondió: "Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tié- "nenme por cacique y capitan cuando hay guerras: íos vos con Dios; "que yo tengo labrada la cara é horadadas las orejas, ¿qué dirán de "mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis es- "tos mis tres hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me "deis desas cuentas verdes que traeis, para ellos, y diré que mis

(1) Relac. de Andrés de Tapia, en García Icazbalzeta, pág. 556.

"hermanos me las envían de mi tierra." Sobrevino la mujer de Guerrero, quien dijo muy enojada: "Mirá con que viene este escla-"vo: íos vos, y no cureis de más pláticas." (1) Insistió Aguilar en su ruego, mas no logrando fruto alguno se dirijió en busca de las naos que le aguardaban. El hombre civilizado renunció á volver con sus hermanos; dióle vergüeuza la marca que en el rostro tenía de la vida de los mayas, amarrábale á la tierra la família y la dignidad alcanzada; pudiera ser mayor retraente, que había tomado parte en compañía de otro cacique y mandado en jefe la batalla contra Hernández de Córdoba. (2) Cuando Aguilar llegó á la costa ya no estaba la nao de Diego de Ordaz; pero sabiendo que la armada había vuelto á Cozumel, alquiló con las cuentas de vidrio una canoa con seis remeros, en la cual llegó felizmente á la isla. Para Cortés fué éste un hallazgo de suma importancia, pues adquiría un buen intérprete. (3)

Amonestados de nuevo los indios acerca de la religion por medio de Aguilar, la armada se hizo finalmente á la vela de Cozumel, el domingo trece de Marzo: un temporal dispersó las naves, que al dia siguiente se reunieron en isla Mujeres. Tomóse rumbo por la costa boreal de Yucatan, doblando en seguida por la occidental: á la vis-

(1) Bernal Díaz cap. XXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. XXIX.

(3) La Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 12, dice: "túvose entre nosotros aquella contrariedad de tiempo que sucedió de improviso, como es verdad, por muy gran misterio y milagro de Dios."—Cortés suministra las siguientes noticias en la pregunta 51 de su interrogatorio: "Item: si saben que los dichos españoles é yndios que fueron en la canoa, llegaron á tierra é vieron que vernían en ella los mensaxeros que dicho Don Hernando Cortés abia imbiado con la carta á los españoles questaban captivos entre los yndios, é con ellos el uno de los dichos españoles, que se llamaba Gerónimo de Aguilar, el qual vernia desnudo, con un arco é unas flechas en la mano, é no les acertaba á hablar en nuestra lengua: é ansi le traxeron antel dicho Don Hernando Cortés; é deste español se sopo, como él é otros se abian perdido atravesando dende la Tierra Firme, á las Islas, en unos baxos que se llamaban las Víboras, cerca á la Isla de Xamayca, en un navio de un Francisco Niño, piloto, natural de Moguel; é que en la barca se abian metido los quen ella copieron, y el tiempo les abia traido á la Punta de Yucatan; é cuando llegaron, se abian muerto mas de la mitad por la Mar, é de sed é de hambre, en la barca; é los que llegaron vivos que serian hasta ocho ó nueve, llegaron tales, que si los yndios no los remediaran, no escapara ninguno; é ansi murieron todos, escebto dos, de los quales hera este, Gerónimo de Aguilar, el uno, y el otro, un Morales, el qual no abia querido venir, porque ternia ya oradadas las orexas, y estaba pintado como yndio, é casado con una yndia, é ternia hixos con ella." Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 322.

ta de Poton-Chan, quisiera vengar Cortés el desbarato de Hernández de Córdoba, desistiendo de semejante designio por las observaciones de Anton de Alaminos, acerca de ser la costa peligrosa. De isla Mujeres había salido en un bergantin el capitan Escobar, con órden de reconocer la Boca de Términos; al llegar ahí la armada no le encontraron, si bien dieron á poco con él, ofreciendo el barco la particularidad de ir colgados de las jarcias muchos pellejos de liebres y conejos: contó Escobar, que al tomar tierra había salido á su encuentro la lebrela, dejada por Grijalva, haciéndole muchas caricias, yendo y viniendo con presa de aquellos animales, cuyas pieles estaban tendidas para secar, despues de haber reducido las carnes á cecina. De Boca de Términos siguió adelante la armada, llegando al rio Tabasco ó Grijalva el veintidos de Marzo. (1)

Como en su lugar vimos, Grijalva fué recibido de paz en aquella comarca, realizando un rescate de cuantía; por esto sin duda quiso Cortés detenerse en el mismo sitio, esperanzado en sacar provecho. Las cosas habían cambiado. Despues de ido Grijalva, los guerreros mayas orgullosos por haber derrotado á Hernández de Córdoba, se burlaron del señor de Tabasco, apodándole de cobarde por no haber combatido á los hombres blancos; afrentados el jefe y sus guerreros prometieron defenderse cuando la ocasion llegara. El rio no consentía la entrada de las grandes naos, así que, al acercarse la armada surgieron en la mar las mayores naves, y con las pequeñas y los bateles se desembarcó la gente en la Punta de los Palmares, lugar reconocido en la expedicion anterior de Grijalva, distante cosa de media legua del pueblo de Tabasco, situado á la márgen del rio. Contra lo que se esperaba, el pueblo estaba fortalecido y lleno de gue-

(1) Bernal Díaz, cap. XXXI, pone doce de Marzo, lo cual es imposible, acaso haya un error de número en que se puso 12 en lugar de 22. La rectificacion se saca del mismo Bernal Díaz, cap. XXXIII, al asegurar que la batalla de Centla tuvo lugar el *dia de Nuestra Señora de Marzo*, dicho que repite en el siguiente capítulo. Pues bien, el dia de la Anunciacion cayó en viérnes veinticinco de Marzo. En recuerdo de esta jornada, fundó en aquel lugar, el adelantado D. Francisco de Montejo, padre, la villa de Santa María de la Victoria, y cada veinticinco de Marzo sacaban los castellanos el pendon real y la imágen de la Vírgen de la Victoria ó Conquistadora, la cual, segun decían, era la misma dejada á los indios por Cortés. Cuando la villa fué trasladada á la ciudad de San Juan Bautista, capital despues del Estado de Tabasco, continuó la misma costumbre y siempre en memoria de la batalla de Centla. Actualmente se venera aquella histórica imágen, retocada en 1860, en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Esquipulas.

rreros, recorriendo la corriente muchas canoas con hombres armados en son de guerra; Aguilar el intérprete habló á unos que parecían jefes y pasaban cerca por el agua; mas éstos despreciaron las palabras, mostrándose muy bravos. Cortés hizo artillar los bateles, dispuso el real y cerrada la noche envió tres castellanos á descubrir una vereda que de ahí conducía al pueblo. (1)

Sin pretenderlo, el general se encontró metido en una inesperada empresa, dejarla sin concluir fuera peligroso, pues emprendida la retirada se achacaría á miedo, cundiría la voz entre las tribus y seguiríase detrimento al nombre castellano. Al dia siguiente, miércoles 23 de Marzo, vinieron algunos indios en canoas, trayendo pocos bastimentos é insistiendo en que los blancos dejaran la tierra; se les leyó el requerimiento para que como vasallos del rey de España diesen la obediencia, á lo cual no hicieron caso. Cortés dió entonces acertadas disposiciones para asaltar el pueblo. Envió por la vereda reconocida durante la noche, al capitan Alonso de Ávila con doscientos infantes y diez ballesteros, previniéndele nada intentara antes de oir el ruido de la artillería; él con el resto de la fuerza tomó los bateles y bergantines, y remontando el rio fué á colocarse delante de la poblacion. Como los indios se mostraban dispuestos á pelear, Cortés mandó al escribano Diego de Godoy, leyera de nuevo el requerimiento, dándole testimonio de la resistencia de aquellos hombres. Los naturales por su parte, se apellidaron tocando sus atambores y coracoles, á cuyo sonido acudieron muchas conoas, en su lengua llamadas *tahucup*, llenas de guerreros.

La artillería barrió las débiles embarcaciones de los indios que delante se presentaron, los bateles se acercaron á tierra; pero como la orilla estaba valientemente defendida, los castellanos tuvieron que arrojarse al agua; llevarla hasta la cintura y ser fangoso el fondo, fueron obstáculos que no pudieron ser vencidos de pronto, recibiendo entretanto algun daño. Alentados por Cortés, quien perdió el calzado de uno de los piés en el lodo, al grito de Santiago, (2) los asaltantes pudieron llegar á tierra, desalojando no sin pena á los beli-

(1) Bernal Díaz, cap. XXXI.

(2) El grito de guerra de los conquistadores era, ¡Santiago! ¡Cierra España! voces admitidas, ya para comenzar el combate, ya para cargar al enemigo ó comunicar ímpetu en la pelea. Tal es el sentido de la frase usada en nuestros escritores antiguos de, *dar el Santiago*, es decir, dar la voz de acometer.

cosos indios; rehiciéronse éstos poco más adelante y si bien pelearon con brío, desbaratados de nuevo, fueron á abrigarse dentro de las albarradas del pueblo. Desde ahí defendían la aproximacion al muro á flechazos y pedradas, y cuando más cerca tuvieron á los contrarios, con picas y varas; habiendo penetrado los castellanos por un portillo, hicieron rostro en las calles y en donde se podían fortalecer, sin cesar de combatir. A esta sazon llegó Alonso de Ávila con sus peones, detenido en la marcha por haber tenido que franquear algunas ciénagas, cayó sobre la retaguardia de los indios, quienes abandonaron la poblacion, siendo perseguidos por un trecho: "y "ciertamente que como buenos guerreros, iban tirando buenas ro- "ciadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las "espaldas, hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y ca- "sas grandes, y tenía tres casas de ídolos, é ya habían llevado todo "cuanto hato había en aquel patio." (2) Cesado el alcance, en aquel patio tomó Cortés posesion de la tierra en nombre de los monarcas castellanos, dando tres cuchilladas á una gran ceiba que ahí había, diciendo á voces que aquella posesion defendería, con espada y rodela, contra quien quiera que se opusiese; aprobaron el acto los soldados, ofreciendo sostenerlo con sus personas y armas, pidiendo al escribano así lo diera por testimonio.

Para correr la tierra y procurarse víveres, el dia siguiente, 24 de Marzo, salieron al campo Francisco de Lugo con cien hombres, entre ellos doce escopeteros y ballesteros, y Pedro de Alvarado con otros ciento, y quince armados de ballestas y escopetas: á este capitan debía acompañar el indio intérprete Melchorejo, mas buscado que fué no pudo ser hallado: súpose entonces que el dia anterior había dejado colgados los vestidos á las ramas de un árbol en la Punta de Palmares, metiéndose en una canoa y huyendo para los de Tabasco. Apartado Lugo obra de una legua del pueblo en que estaba el real, encontró con los guerreros indios, quienes le acometieron con furor y tan terrible ímpetu, que á pesar de los estragos que sufrieron por el cortar de las espadas y las armas de fuego, lograron detenerle; y no obstante los esfuerzos de los castellanos, Lugo tuvo que emprender la retirada en buen órden, dando cuenta al general y pidiéndole socorro por medio de un indio de Cuba, muy suelto co-

(2) Bernal Díaz, cap. XXXI.

rredor. Alvarado, detenido en su marcha por unos fangales, escuchando los tiros de las escopetas, se dirijió sobre el campo de batalla en auxilio de Lugo; su presencia restableció el combate, pudiendo rechazar de pronto á los indios; mas éstos tornaron con el ardor primero, forzando á los castellanos á emprender la retirada. Por fortuna llegó Cortés con un refuerzo á salvarles, "y si no fuera " fecho de presto saber al capitan para que los socorriese, como los " socorrió, creese que mataran más de la mitad de los cristianos; y "ansi nos venimos y retrajimos todo á nuestro real, y fueron cura- " dos los heridos, y descansaron los que habían peleado." (1)

En la escaramuza cogieron tres naturales, al uno de ellos que parecía principal dieron regalos, encargándole fuera á los suyos á proponer la paz; soltáronle, mas nunca volvió. De los otros dos se inquirió por Aguilar, que Melchor se había refugiado entre ellos, aconsejándoles combatiesen á los blancos dia y noche, por ser pocos y estar sujetos á la muerte como los demas hombres; dijeron ademas, que al dia siguiente vendrían los guerreros con todo su poder sobre el real para destruir á los blancos. (2) En virtud de estas noticias, Cortés hizo llevar los heridos á las naves, se desembarcaron trece caballos y alguna artillería, aparejóse toda la gente de pelea y tomó cuantas providencias le parecieron acertadas para la próxima batalla. (3)

Al siguiente 25 de Marzo, dia de Nuestra Señora, el ejército se armó desde bien temprano, oyó misa y puso en órden para salir al encuentro del enemigo. Los jinetes escogidos para formar la caballería, fueron Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Puertocarrero, Juan de Escalante, Francisco de Montijo, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de Leon, Francisco de Morla, Lares el buen jinete, Moron el de Bayamo, Pedro González de Trujillo y Gonzalo Dominguez, doce en total, tomados de los hombres mejor armados y diestros, cuyo mando tomó Cortés en persona; á los trece caballos se pusieron pretales de cascabeles, comunicando órden á los caballeros, que para cargar sobre la multitud llevaran las lanzas terciadas, á la altura del rostro de los indios, sin detenerse á alancear hasta despues de desbaratarlos. Mesa iba encargado de la arti-

(1) Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 15—16.
(2) Bernal Díaz, cap, XXXII.
(3) Bernal Díaz, cap. XXXIII.

llería; mandaba los peones Diego de Ordaz, divididos en tres capitanías de cien hombres cada una, con el alférez Antonio de Villarroel, sostenidas por otra capitanía de cien hombres que servía de reserva ó retaguardia. (1)

Larga una legua mas allá del pueblo que entónces servía de real á los castellanos, se alzaba otra poblacion conocida con el nombre de Ceutla, el terreno intermedio, en donde había tenido lugar la escaramuza del dia anterior, era una llanura unida en parte, cortada en lo demas por acequias ó canales de riego, pues era un campo labrado y barbechado. Cuando los españoles llegaron al lugar, encontraron á los indios que venían á su encuentro; era una multitud inmensa compuesta de guerreros de filiacion maya y zoque, apellidados de las provincias de aquella demarcacion; traían grandes penachos en la cabeza, pintado el rostro de rojo con almagre, blanco y negro; armas defensivas de algodon colchado; arco y flechas, hondas, lanzas y una espada semejante al *macuahuitl* méxica; llevaban por música militar atambores y trompetas á su usanza. (2) Hecho el requerimiento, que los indios no atendieron, mayas y zoques como más sueltos y lijeros para saltar las acequias y andar sobre el desigual terreno, atacaron denodadamente la vanguardia de los blancos, logrando detenerla y aun ponerla en apuro; socorrida por la retaguardia se estableció el combate, sintiendo los guerreros el cortar de las espadas de muy cerca, se apartaron un tanto para hacer uso de sus armas arrojadizas, mas ahí sentían el estrago de las escopetas y de la artillería. Al notar el efecto de las pelotas daban grandes gritos y silvos, tañían sus trompetas, arrojaban al aire tierra y pajas, y daban voces diciendo: *Alalala*: (3) todo con objeto de encubrir el daño que recibían. Con el movimiento que hicieron zoques y mayas perdieron terreno; cargaron reciamente sobre ellos los castellanos, logrando rechazarlos, y arrojándolos hácia la parte de la

(1) Bernal Díaz, cap. XXXIII.—Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 16.

(2) El total del ejército maya-zoque fija la carta del Regimiento de la Villa Rica en 40,000 hombres, miéntras Tapia en su relacion la eleva á 48,000. Pensamos que estos números y todos los de su clase, no se deben tomar sino como la expresion de la idea de muchedumbre, de gran multitud. Todos los pueblos, en todos los tiempos, aumentan las fuerzas del enemigo, para enaltecer sus propios hechos.

(3) Arrojaban grandes gritos con la boca abierta, sosteniendo largamente una pronunciacion semejante á la de la *a*, tapando y destapando alternativamente la boca con la palma de la mano; de aquí el sonido de *Alalala*.

llanura unida. Los no ménos denodados guerreros volvieron á la acometida, envolvieron completamente á los blancos teniendo éstos que pelear espalda con espalda: aunque habían perdido pocos de sus hombres, contaban hasta setenta heridos, hallándose en trance en que apenas podían sostenerse. Durante este tiempo la caballería no se había presentado, Cortés con las gentes se había emboscado en una arboleda, y acometido á su turno por una partida de guerreros y detenido por una ciénaga, no se había desembarazado de los obstáculos sin haber tenido cinco caballeros y ocho caballos heridos. De improviso apareció la caballería sobre la retaguardia de los indios; el caballo con sus rápidos y desembarazados movimientos, produciendo un ruido extraño con su pretal de cascabeles, llevando encima el jinete vestido de lucientes armas, era espectáculo por primera vez visto de aquellos guerreros á quienes se les antojó que animal y hombre eran una sola pieza; (1) sobrecogidos por el prodigio, más de pasmo que de miedo, aflojaron en el combatir: aprovechando el estupor, los caballeros atropellaron los escuadrones mayas y zoques desbaratándolos y poniéndolos en dispersion; desembarazada la infantería rehizo su formacion y completó la derrota, persiguiendo por gran trecho á los fugitivos que fueron á guarecerse en los montes. La batalla tomó el nombre de Ceutla, y bien récia y apurada debió de ser, pues los castellanos pusieron su salvacion á cuenta de un prodigio. (2)

(1) Bernal Díaz, cap, XXXIV.

(2) Gomara, Crón. cap. XX, escribe: "No pocas gracias dieron nuestros españoles, cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios conque habían peleado, á Nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar, y todos dijeron, que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, segun arriba queda dicho, y que era Santiago, nuestro patron; Fernando Cortés mas queria que fuese San Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció, porque no solamente le vieron los españoles, mas tambien los indios lo notaron, por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía á su escuadrón, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto."—Tapia narra en su relacion, lo del aparecimiento por tres veces del caballero en el caballo rucio picado, pág. 559—60—Con su rústica y hermosa franqueza nos dice Bernal Díaz, cap. XXXIV, "y pudiera ser que los que dice el Gomara, fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verlos; lo que yo entonces ví y conocí fue á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya

Huidos los naturales, retrajéronse los vencidos debajo de unos árboles, descabalgaron los jinetes, y juntos dieron "muchas gracias "y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando to- "dos las manos al cielo, porque nos había dado aquella victoria tan "cumplida."—"Y esto pasado apretamos las heridas á los heridos "con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con "quemalles las heridas con unto de indio de los nuestros que abri- "mos para sacalle el unto, é fuimos á ver los muertos, que había "por el campo, y eran más de ochocientos, é todos los más de esto- "cadas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, é muchos esta- "ban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de á "caballo había buen recaudo de ellos muertos é otros quejándose "de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no "les pudimos hacer punto de buenos guerreros, hasta que vinieron "los de á caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, é los "dos dellos capitanes; y como era tarde y hartos de pelear, é no ha- "bíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos sol- "dados que iban heridos por las gargantas é por el oido, y que- "mamos las heridas á los demas é á los caballos con el unto del in- "dio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposa- "mos." (1)

Los dos jefes primeros fueron puestos en libertad; les regalaron cuentas verdes y azules, dándoles á entender por voz de Aguilar hablaran con los caciques de la comarca convidándoles con la paz, pues de la pasada guerra ellos tenían la culpa por haberla emprendido. Presentarónse en efecto hasta quince mensajeros, que por traer los rostros pintados y las ropas ruines, se daban á conocer por esclavos, trayendo gallinas y pescado asado, con un poco de pan de maíz; aunque Cortés les recibió con halago y aun les regaló de las cuentas de vidrio, despidiólos diciéndoles, que si sus señores querían paz viniesen en persona á tratar de ella, no queriendo tener pláticas con los esclavos. Al dia siguiente volvieron hasta treinta principales, trayendo un presente de gallinas, pescado, fruta y pan de maíz, pidien-

que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa &c.

(1) Bernal Diaz, cap. XXXIV.

do licencia para enterrar y quemar sus muertos, ofreciendo que al dia siguiente vendrían á concertar las paces los señores de los pueblos: otorgada la licencia, acudieron por los campos con mucha gente para enterrar ó quemar los cadáveres segun la usansa de las tribus. (1)

Con la certeza de que los indios vendrían al dia siguiente, Cortés para engañarlos, haciéndolos entender que caballos y lombardas hacían por sí mismos la guerra, mandó traer á su aposento la yegua de Juan Sedeño, y luego el caballo de Ortiz el músico que era muy rijoso, para que tomara el olor de ella, haciéndolos en seguida separar y poner donde no los vieran ni oyeran relinchar los naturales: despues igualmente, tener preparada una lombarda bien cargada y cebada. En efecto, los principales llegaron hácia el medio dia, hicieron sus cortesías de estilo, zahumaron á cuantos estaban presentes, y entrando en la negociacion pidieron perdon por lo pasado, ofreciendo para lo futuro ser amigos. Cortés contestó por medio de Aguilar, dándose por enojado, que ellos eran culpables de la pasada guerra, por lo cual merecían la muerte; caso de que se conservasen en paz, el rey de Castilla mandaba favorecerlos y ayudarles; pero si faltaban á la fé prometida, él soltaría algunos de los *tepuztle* que tenía para hacerles mal, pues algunos de ellos estaban aún enojados por la guerra pasada. En aquel punto dieron fuego á la lombarda; el inesperado tronido, el zumbar de la pelota y el estrago que en el monte hacía, llenaron de terror á los embajadores, á quienes sosegó Cortés, diciéndoles no tuvieran miedo, pues él había mandado no les hiciesen daño. Trajeron entónces el caballo, amarrándole no lejos de Cortés; con el olor de la yegua el bruto pateaba, relinchaba, hacía bramuras y parecía que miraba con ojos encendidos á los indios, quienes tomaban aquellas demostraciones como dirigidas contra ellos; Cortés se levantó de la silla, tomó el caballo por el freno, é indicó á Aguilar hiciera creer á los embajadores que había apaciguado al animal para que no les causara daño: dos mozos de espuelas, sacaron al caballo donde no fuera visto por los indios. A esta sazon llegaron treinta tamenes con algun presente, terminando la plática por ofrecer que al dia siguiente vendrían los caciques á nuevo concierto. (2)

(1) Bernal Diaz, cap. XXXV.
(2) Bernal Diaz, cap. XXXV.

A postrero de Marzo llegaron muchos caciques de los pueblos comarcanos, trayendo un corto presente en objetos de oro y mantas bastas, concertándose la paz ó más bien el sometimiento de la provincia á los reyes de Castilla: el presente de oro nada fué en comparacion de veinte esclavas que trajeron al general, entre las cuales se contaba á Marina, llamada así despues de bautizada, muy conocida en la conquista por ser la intérprete del ejército. Preguntóse á los caciques de donde provenían las cosas de oro, y respondieron que de *Culehua* (Culhua) y México, nombres que los castellanos no entendieron, comprendiendo sólo por los dichos de un indio llamado Francisco, que eran países más adelante. Preguntados por Melchorejo y pidiendo se le entregaran, informaron haber huido para entre ellos y haberles aconsejado dieran guerra á los castellanos, pero que no podían entregarle, porque habiendo visto el mal resultado de la batalla de Ceutla se había huido: segun se averiguó, los tabasqueños sacrificaron á Melchorejo, visto el fatal resultado de su consejo. Pidiéronles en señal de paz, que los habitantes del pueblo volvieran á sus abandonados hogares, cosa cumplida exactamente dentro de los dos dias de plazo que para ello se les puso. (1)

Repoblado el pueblo y aprovechado el trato frecuente con los caciques, el P. Olmedo por lengua de Aguilar les dió á entender la excelencia de la religion cristiana, lo inútil de los ídolos y aborrecible de los sacrificios, exhortándolos á desechar su falso culto; no parece mostraran pesadumbre por el cambio, y de buen grado se prestaron á admitir al nuevo Dios. En consecuencia fué construido un limpio altar, en el cual quedó colocada una imagen de la santa Vírgen con su niño en los brazos; (2) los carpinteros Alonso Yañez y Alvaro López, construyeron una gran cruz como en Cozumel, la cual pusieron junto al altar, y una vez terminados los preparativos, dijo misa Fr. Bartolomé de Olmedo, púsose al pueblo nombre de Santa María de la Victoria; por boca de Aguilar se hizo una plática á las veinte esclavas, bautizándolas en seguida, para que siendo ya cristianas pudieran ser repartidas á sus nuevos amos. La muchedumbre de los zoques y mayas asistían recogidos y maravillados.

(1) Bernal Diaz, cap. XXXVI.

(2) Dice Bernal Diaz, cap. XXXVI, que los naturales llamaban á la imágen *Tecleciguata*. La palabra parece estar compuesta de las dos voces mexicanas *tecuhtl* y *cihuatl*, haciendo Tecuhcihuatl, mujer ó señora caballera ó principal.

Varios dias pasaron aún, permaneciendo los castellanos asistidos y regalados. Llegado el domingo de Ramos, diez y siete de Abril, los indios caciques fueron invitados con sus vasallos y familias á presenciar las ceremonias de aquel solemne dia; los castellanos debían ponerse en marcha acabada la fiesta, pues los pilotos tenían temor al Norte, ó más bien Cortés no encontraba ya conveniente permanecer en el país. Mandóse construir en Ceutla una cruz en una gran ceiba, en memoria de la victoria alcanzada, teniendo cuidado de dar á la funcion religiosa el mayor aparato. Domingo muy temprano vinieron, al patio en donde estaban la cruz y el altar, los caciques y principales con sus mujeres é hijos; díjose la misa, oficiando el religioso de la Merced Fr. Bartolomé de Olmedo y el clérigo Juan Díaz; terminada, presidiendo Córtés y con los capitanes y soldados llevando los ramos benditos en las manos desfilaron en devota procesion; adoraron y besaron la cruz; asistiendo maravillados los indios de semejantes demostraciones por ellos vistas por la vez primera. Los caciques presentaron algunos bastimentos para el viaje, despidiéronse amigablemente de los castellanos, quedando encargados de cuidar y reverenciar la imágen de la Vírgen y las cruces, sintiendo tal vez gran regocijo al ver partir á sus nuevos amos. Los españoles, en sus bateles y en las canoas prevenidas por los indios, se embarcaron en Santa María, conservando aún en las manos los ramos benditos bajaron el rio, recogiéndose en la flota, la cual permaneció al ancla durante aquella noche. (1)

Detengámonos un poco á hablar de Doña Marina la lengua. Oscura es la primera parte de su vida, y tanto que no se sabe con fijeza cual fué el lugar de su nacimiento. Preguntada por Cortés, quién era y de dónde, respondió: "que era de hácia Xalisco, de un "lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, parientes del señor de "aquella tierra,, y que siendo mochacha la habían hurtado ciertos "mercaderes, en tiempo de guerra, y traido á vender á la feria de

(1) Bernal Díaz, cap. XXXI á XXXVI.—Carta del Regimiento de Villa Rica, pág. 13—18.—Relacion de Andrés de Tapia, pág. 558—560.—Gomara, cap. XVIII á XXIII.—Herrera, déc. II, lib. IV, cap. XI y XII.—Torquemada, lib. IV, cap. XI y XII.—Los testigos presenciales no siempre están conformes en la relacion, cosa natural pues dos hombres no examinan el mismo objeto bajo idéntico punto de vista.—Véanse en el interrogatario presentado por Cortés, de la pregunta 54 á la 79, Doc. inéd., tom. XXVII, pág. 323—333.

"Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Coazaqualco, no muy "aparte de Tabasco, y de allí era venida á poder del señor de Po- "tonchan." (1)

En la historia atribuida á Chimalpain, que no es otra cosa que la obra de Gomara con intercalaciones ó rectificaciones del escritor mexicano, encontramos añadido al texto original: "Marina ó Ma- "linzin Tenepal (que era su propia alcuña, que despues se llamó "Marina, nombre de cristiana), dijo que era de hácia Jalluco ó Ja- "llisco, de un lugar dicho Huilotlan, que quiere decir lugar de tór- "tolas." (2) Segun otra autoridad: "era natural del pueblo de "Huilotlan de la provincia de Xalatzinco, hija de padres nobles, y "nieta del señor de aquella provincia." &c. (3) Si no nos engañamos, el dicho de los autores mencionados reconoce por orígen y fuente á Gomara, segun el cual Doña Marina era oriunda del pueblo de Huilotlan en Xalisco. Chimalpain aumenta que su nombre de familia era Tenepal. Ixtlilxochitl sitúa á Huilotlan en Xalatzinco, cosa bien diferente y distante de Xalisco.

"É mas adelante, en otro puerto que se dice Champoton, se to- "mó una india que se decía Marina, la cual era natural de lo cib- "dad de México, é ciertos mercaderes indios habíanla llevado á "aquella tierra, é aprendió muy bien é presto la lengua española." (4) Oviedo, autor de estas palabras, dá México por patria á Doña Marina, y como Gomara confunde á Champoton con Tabasco. Segun Casas: "Hallóse una india, que despues se llamó Marina, y los "indios la llamaban Malinche, de las veinte que presentaron á Cor- "tés en la provincia de Tabasco, que sabía la lengua mexicana, "porque había sido, segun dijo ella, hurtada en su tierra de hacia "Xalisco, de esa parte de México que es al Poniente, y vendida de

(1) Gomara, Crón. cap. XXVI. Gomara, cap. LIX, insiste en llamarla, Marina de Viluta. Téngase presente que el autor confunde en todo este episodio á Potonchan con Tabasco.

(2) Así en un vol. MS. que poseemos, sin portada y trunco evidentemente, pues solo contiene del cap. 1 al 80, encontrándose las palabras copiadas en el cap. 26. Copia igual á la nuestra sirvió sin duda á Don Cárlos María Bustamante para la Hist. de las conquistas de Don Hernando Cortés, &c. México, 1826, en la cual se nota el mismo relato, tom. I, pág. 41, cap. 26.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichimeca, cap. 79. MS.

(4) Oviedo, Hist. gen. y nat. lib. XXXIII, cap. I.

"mano en mano hasta Tabasco." (1) Síguele Herrera diciendo: "y Marina, segun dijo, fué hurtada en su tierra, que era hácia Xa-"lisco, al Poniente de México, y llevada vendida á Tabasco: enten-"dióse que era de padres nobles, y bien lo mostró con las buenas "inclinaciones que siempre tuvo." (2) Se apoyan en Herrera, Tor-"quemada y Mota Padilla. (3)

Bustamante había escrito en nota á la edicion de Gomara: "En "Acayucan dicen que nació en Xaltipa de aquella provincia, y se-"ñalan donde vivía como dije en la Crónica mexicana ó Teoamox-"tli." (4) El pueblo de Jaltipan contiene sobre 2,300 habitantes, y está situado en la falda de una elevacion del terreno, en cuya parte superior está construido un túmullus de tierra, de unos 40 piés de altura y 100 de diámetro, en la base construido en honor de la Malinche, Doña Marina, que era nativa de este pueblo." (5) Conforme á una nota comunicada al Sr. Don Joaquin García Icazbalceta por el Dr. D. C. H. Berendt: "Todavía subsiste esta tradicion en aquella costa. Hay un cerrito en la salida del pueblo de Xaltipan, que lleva el nombre de la Malinche. Por lo físico y por lo moral de las indias de Xaltipan, bien podría la Malinche ser de allá. Son nombradas por su belleza, y la fama las distingue por su ligereza, en medio de la inmoralidad general del Istmo. Un extranjero se dirijió á una indita, en la calle de Minatitlan, con una pregunta que mal interpretada le valió esta respuesta: *No soy de* Xaltipan." (6)

Segun Bernal Diaz, Doña Marina fué desde su niñez "gran se-"ñora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su "madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Paiñala, "y tenía otros pueblos sujetos á él, obra de ocho leguas de la villa

(1) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. CXXI.

(2) Herrera, déc. II, lib. V, cap. IV.

(3) Torquemada, lib. IV, cap. XVI.—Mota Padilla, Hist. de la conquista de la Provincia de la Nueva Galicia, cap. XLII.

(4) Gomara, tom. I, pág. 41, nota.—Teoamoxtli, carta 1ª, pág. 13.

(5) The Isthmus of Tehuantepec, by Major J. G. Barnard, New-York, 1852 pág. 31.—Vease la traduc. castellana, México, 1852, pág. 33.—Véase Dicc. Univ. de Hist. y de Geogr. art. Jaltipan.

(6) Diálogos de Cervantes, pág. 178, nota 2. El precioso trabajo del Sr. García Icazbalceta, acerca de Doña Marina, contenido en este libro, me ha sido de gran utilidad y provecho en el presente estudio.

"de Guacaluco, (Coatzacoalco), y murió el padre quedando muy ni-"ña, y la madre se casó con otro cacique mancebo y hobieron un "hijo, y segun pareció, querían bien al hijo que habían habido; "acordaron entre el padre y la madre de dalle el cargo despues de "sus dias, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la "niña á unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron "fama que se había muerto, y en aquella sazon murió una hija de "una india esclava suya, y publicaron que era la heredera, por ma-"nera que los de Xicalango la dieron á los de Tabasco y los de Ta-"basco á Cortés, y conocí á su madre y á su hermano de madre, "hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la "madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era "fallecido; y despues de vueltos cristianos, se llamó la vieja Marta "y el hijo Lázaro: y esto sélo muy bien." &c. (1)

En vista de lo expuesto podemos asegurar, que tenemos delante cuatro autoridades de gran peso. La de Oviedo resulta ser de menor cuantía, por inexacta ó vaga; lo primero, admitiendo como admite la palabra México por el nombre de la ciudad; lo segundo, si la misma voz se toma para expresar todo el país ó imperio de México. Quedan Gomara y Casas, conformes entre sí sosteniendo la misma opinion, contra la diversa de Bernal Diaz. ¿A cuál de las dos versiones damos la preferencia? Gomara no estuvo en México, ni con Doña Marina habló, es verdad; pero fué informado por Cortés, de boca de éste recibió las noticias que puso, y ninguno como Cortés estuvo en aptitud para saber mejor la historia de su amada. Casas tampoco vió á Doña Marina; mas trató personalmente á Cortés, se informó de los conquistadores, recogió cuanto pudo acerca de la vida de los actores en el gran drama de la conquista. Bernal Diaz, testigo presencial de los hechos, es intachable. ¿Cómo conciliar entónces cosas tan disímbolas? Y ademas ¿nada significa la tradicion de Xaltipan?

Clavigero se arrima á Bernal Diaz, dando por principal fundamento á lo que parece, que "Xalisco dista de Xicalango más de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil, que haya habido comercio entre provincias tan distantes." (2) Solis sigue la misma

(1) Bernal Diaz, cap. XXXVII.
(2) Clavigero, Hist. antig. tom. 2, pág. 9, nota.

autoridad, y aun moteja á Herrera porque adoptó, de preferencia, la autoridad de Gomara sobre la de Bernal Diaz; mas no da la razon de su aserto. (1) Prescott admite llanamente el relato del cronista conquistador, sin hacerse cargo de la controversia. (2) El Sr. García Icazbalceta se decide tambien por Bernal Diaz, y dicho sea de paso, es el primero que haya estudiado la cuestion. (3)

Perplejos como nos encontramos, nos decidimos igualmente por Bernal Diaz, confesando ser por intuicion, arrastrados por los pormenores auténticos suministrados por el soldado historiador. Correspondiente al antiguo señorío de Xalixco no encontramos ningun pueblo llamado Huilotla, (4) aunque esto puede achacarse á que había desaparecido. En 1580 el alcalde mayor Suero de Cangas y Quiñones, (5) nombraba los pueblos que caían dentro del territorio de su jurisdiccion, y entre ellos no encontramos á Huilotla ni á Painala, sin duda por haber desaparecido; pero hallamos conocidos á Acayuca y á Ocaltiba ó Xaltiba, evidentemente Xaltipan. En 1831 Acayucan era cabecera del departamento de su nombre, en el Estado de Veracruz, cayendo dentro de su demarcacion los pueblos de Oluta una legua corta al S. E. de la cabecera, y Jaltipan siete leguas al E. de Acayucan. (6) Ahora bien, este Oluta está mencionado en la lista de Cangas y Quiñones en la forma Otutla, ménos entendible en significacion que la genuina Oluta ó mejor Olutla. Siendo promisma la pronunciacion de la *o* con la *u*, puede decirse tambien Uluta, de donde resultó el Vituta de Gomara, corregido en Huilotla por el comentador Chimalpain. Este no es un supuesto tan arbitrario como parece, supuesto el estropeo sufrido por las palabras mexicanas en boca de todos los conquistadores. Y la correccion no es desacertada, supuesto que el mismo Oluta, Uluta ú Otutla, parecen ser corrupcion de la palabra Huilotla. Si esto es verdad, entónces la derminacion de Xalisco es arbitraria y debe ser supri-

(1) Solis, Hist. de la Conq. de México, cap. XXI.

(2) Prescott, Hist. de la Conq. de México, tom. I, pág. 213.

(3) Diálogos de Cervantes, pág. 177.

(4) Mota Padilla, Conq. de la Nueva Galicia, cap. IX.

(5) Relacion de la villa del Espíritu Santo. MS., en la preciosa coleccion del Sr. Don Joaquin García Icazbalceta.

(6) Estadística de los departamentos de Acayucan y Jalapa, por José María Iglesias, Jalapa, 1831. Pág. 27 y 29

mida; el error es muy fácil de cometerse por personas doctas como Casas y Gomara, aunque totalmente ignorantes en la geografía de los países recientemente conquistados. Suprimida la referencia á Xalisco todas las opiniones quedan conformes, supuesto que Viluta, Oluta, Olutla, Huilotla, que son una misma cosa, Painalla y Xaltipan, se encontraron juntos en la provincia de Coatzacoalco, cercana á la de Xicalango y próxima ésta á Tabasco. Painalla no existe actualmente; pero se le nota juntamente con Huilotla y Acayocan en el mapa de Anáhuac dado por Clavigero. (1)

Respecto del nombre nos informa Bernal Diaz, y no vemos discrepancia en los autores, "que se dijo doña Marina, que así se llamó despues de vuelta cristiana;" y más adelante repite, "é luego se bautizaron, y se puso por nombre Doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron." (2) La explicacion de cómo se convirtió la palabra Marina en Malinche, fué ésta: "No habiendo en la lengua mexicana la letra *r*, se sustituyó en su lugar la *l* que es la que más se le aproxima: de aquí el nombre de Marina se trasformó en *Malina* á la que agregada la terminacion *tzin* que era el diminutivo de cariño en la misma lengua, resultó *Malintzin*, Marinita, y como los españoles corrompían esta terminacion pronunciando en su lugar *che*, salió de aquí el nombre tan conocido de *Malinche*." (3) Nada tenemos que decir en contrario; pero conforme al sentir del Sr. Don Fernando Ramirez, lo escrito por el Sr. Don Joaquin García Icazbalceta (4) y lo que nosotros mismos teniamos barruntado, las cosas en su orígen pasaron de otra manera. Segun el comentario al Códice Telleriano Remense, en la lám. X; "En este "año sujetaron los mexicanos á la provincia de Coatlasta (Cuetlax- "ta), que está veinte leguas de Veracruz, dejando sujetos todos los "demas pueblos que quedan de allí atrás, esto fué el año de 8 Casas "y de 1461, que es esta Guaçacualco que es la provincia donde ha- "llaron los españoles á la india Malinale, que constantemente lla- "man Marina." (5) Segun esto, el nombre de la esclava se derivaba

(1) Véase en el principio del tom. I, edic. de Lóndres.

(2) Bernal Diaz, cap. XXVI.

(3) Alaman, disertaciones, tom. 1, pág 59, nota.

(4) Diálogos de Cervantes, pág. 181.

(5) Lord Kingsborough, tom. V, pág. 150.—Archives Paleogaphiques de l'Orient et de l'Amérique; Paris, 1870.—71, tom. I, pág. 220.

de *Malinalli*, nombre ó signo del décimo segundo dia del mes mexicano; como nombre propio de persona, en que se puede suprimir á contento la sílaba final, bien se podía decir Malinalli ó Malinal: por semejanza y en sustitucion natural se le dió la apelacion cristiana Marina, y añadida la partícula *tzin*, no diminutivo, sino reverencial resultaron segun se quiera Malintzin ó Marintzin, explicando la señora Malinal ó Marina; pero como en el nahoa falta la *r* ambas denominaciones se cenvirtieron en Malintzin, cuadrando igualmente á las dos palabras, que se corrompieron en Malinche. (1) El nombre mexicano determinó el español.

Como hemos dicho ántes, pocos dias despues de haber entregado las veinte esclavas el cacique de Tabasco, fueron bautizadas,—" Y " Cortés las repartió á cada capitan la suya, é á esta Doña Marina, " como era de buen parecer y entremetida é desenvuelta, dió á Alon- " so Hernandez Puertocarrero, que ya he dicho otra vez que era " buen caballero, primo del conde de Medellin. " (2) En compañía de su nuevo amo hizo el viaje hasta San Juan de Ulua. Al presentarse los naturales, Don Hernando se encontró con que no podía entenderlos; Gerónimo de Aguilar sabía la lengua maya de Yucatan y por eso pudo hablar á los de Tabasco; pero aquí el habla era muy diversa, pues usaban la mexicana. " El marqués había repartido al- " gunas de las veinte indias que dijimos que le dieron, entre ciertos

(1) Los mexicanos, no sabemos si con cierta ironía, llamaban á Cortés el capitan Malinche. " Y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como Doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores ó pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban á Cortés el capitan de Marina, y para más breve le llamaron Malinche; y tambien se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con Doña Marina y con Gerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche. " Bernal Diaz, cap. LXXIV.

(2) Bernal Diaz, cap. XXXVI. Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS., (en el ejemplar que tenemos á la vista, pág. 218 y sig.), cuenta una vida de Doña Marina, llena de los mayores errores posibles, confundiendo los nombres geográficos, las épocas, los acontecimientos todos. Segun el autor, quien dice seguir á Bernal Diaz, estando ya Malintzin en Yucatan, naufragaron sobre la costa García del Pilar (tal vez el intérprete que fué de Nuño de Guzman) y Hierónimo de Aguilar; este " procuró de servir y agradar en gran manera á su amo, ansi en pesquerías que él hacía como en otros servicios que los sabía bien hacer, que le vino tanto á ganarle la voluntad que le dió mujer á Malintzin. " Esta grosera conseja la adopta Ixtlilxochitl, cap. 79, diciendo: " Marina andando el tiempo se casó con Aguilar. "

"caballeros, é dos de ellas estaban en la compañía dó estaba el que "esto escribe; é pasando ciertos indios, una de ellas les habló, por "manera que sabíe dos lenguas, y nuestro español intérprete la en-"tendie, y supimos de ella que siendo niña la habien hurtado unos "mercaderes é llevádola á vender á aquella tierra donde se habie "criado; y así tornamos á tener interprete." (1) En efecto, en adelante pláticas ó conciertos tenían lugar en una forma tan curiosa como complicada: Don Hernando decía en castellano á Aguilar, este traducía al maya para Marina, la cual á su vez vertía del maya al mexicano á los indios; la respuesta sufría las mismas trasformaciones, del mexicano al maya, del maya al español. Algun tiempo despues Doña Marina aprendió el castellano, "con tanta más faci-"lidad, dice Prescott, (2) cuanto que era la lengua del amor." La expresion es poética, mas no exacta; Cortés no la quiso nunca sino como á india, segun se desprende de la conducta constante con ella observada.

La india estuvo algunos dias como de prestado con el general, hasta que, ido á España como procurador Puertocarrero, se quedó definitivamente con él. De entónces, y sobre todo cuando supo entenderse directamente con su tercer amo conocido, quedando eliminado Aguilar, no se separaba un punto del conquistador, estando pronta á prestar sus servicios; en la manta pintada de Tlaxcalla se observa siempre la figura de Doña Marina unida á la de Cortés, como la sombra al cuerpo: como dijimos ántes, esto le valió el renombre á D. Hernando del capitan Malinche.

Nos asedia una sospecha ¿sería intérprete fiel Doña Marina de los sentimientos de los pueblos invadidos? Aquella mujer, esclava en Tabasco, había sido ludibrio de sus amos, pasando trabajosa vida en su mísera condicion. Por un acaso, por ella no imaginado, un dia pasó á poder de los extranjeros; lavada con el agua de los cristianos, cambió de religion sin entender los deberes de su nueva creencia; entregada á Puertocarrero para su servicio, de esclava de los bárbaros entró en la servidumbre de los blancos. Su destreza en las lenguas maya y nahoa la hizo indispensable en el trato con los indios; su carácter de intérprete la retuvo al lado del inflamable Don Hernando;

(1) Relacion de Andrés de Tapia, apud. García Icazbalceta, tom. 2, pág 561.
(2) Hist. de la conq. de México, tom. I, pág. 213.

avisada, inteligente, hermosa, sin los melindres de Lucrecia, la suerte la condujo á partir el lecho de campaña del capitan de los teules. Considerábanla los invasores lastimando los legítimos derechos de Doña Catalina Juárez; respetábanla, adorábanla casi los indígenas como á la compañera escogida por los barbudos dioses. En pocos meses se cumplieron tan profundas trasformaciones, que debieron trastornar por completo el corazon de la mujer. Entregada en cuerpo y alma á los extranjeros; con desconocidas ideas despertadas por el orgullo, colocada, segun se imaginaba, en encumbrada posicion, rompió toda liga con los pueblos de Anáhuac, desconoció su raza; á mengua debía tener el color bronceado. Por un extraño capricho de la suerte, venía á ser árbitra de los destinos de las naciones invadidas. Pasaban por su boca los discursos de los embajadores, las quejas de los oprimidos, la sumision de las ciudades, todo linaje de relaciones y noticias; no existía otro medio de comunicacion; en estas comunicaciones no había medio de corregir el abuso; en manera alguna podían ser contradichas las palabras de la intérprete. Se comprende que por amor y por miedo traduciría de buena fé, en cuanto pudiere alcanzar, los dichos de Don Hernando; pero nada nos asegura tomara el mismo empeño respecto de los indígenas. Por torpeza en medir y concertar las palabras, ya que no quiera suponerse desprecio por los vencidos, cariño por su amante, influjo de los aliados de los invasores, bastaba suprimir una frase, cambiar una idea, para hacer de lo blanco negro, disponiendo de esta manera á su antojo de hombres y ciudades: sobrada ocasion le daba la íntima comunicacion con Don Hernando para influir sospechas, predisponer con buenos ó malos consejos.

Doña Marina "fué gran principio para nuestra conquista," prestando muchos é importantes servicios. Siguió con ánimo varonil toda la campaña; salvóse del desbarato de la *Noche Triste*, miéntras todas las demas mujeres perecieron en aquella infausta jornada, y vió consumarse la destruccion y conquista de México. "Digamos "como Doña Marina, con ser mujer de la tierra, que esfuerzo tan "varonil tenía, que con oir cada dia que nos habían de matar y co- "mer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasa- "das, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamas vimos "flaqueza en ella sino muy mayor esfuerzo que de mujer." (1)

(1) Bernal Diaz, cap. LXVI.

Don Hernando no menciona á Doña Marina. En un curioso libro del siglo XVI, encontramos estas palabras: "como es de la llegada al puerto de Sant Joan de Lua y la Veracruz con sus dos nuevos soldados y la yndia Marina, que no es la peor pieza del arnez, con la qual todos venían muy contentos que momento no la dejaban, los unos y los otros de venirla preguntando muchas cosas, que ya Hernando Cortés dió en que nayde la hablase. Malas lenguas dijeron que de zelos, y esta duda la quitó el tener della, como tuvo, seis hijos, que fueron, don Martin Cortés, caballero de la órden del señor Santiago, y tres hijas, las dos monjas en la Madre de Dios, monasterio en Sant Lucar de Barrameda, y Doña Leonor Cortés, mujer que fué de Martin de Tolosa." (1) Como se advierte, se enumeran seis hijos y sólo se distinguen cuatro. Ademas, de las personas nombradas, sólo consta con evidencia que fuera hijo de Cortés y de Marina el D. Martin llamado el bastardo. De este no podemos precisar el año de su nacimiento, porque cuando fué procesado respondió ser de cuarenta años de edad, lo cual referiría su natalicio el año 1526, tiempo en que ya Marina era esposa de Juan Xaramillo: es evidente que D. Martin al responder, ó no sabía con exactitud su edad, ó no la fijó con toda precision, cual debiera haberlo ejecutado. (2) Algunos de los testigos que declararon en el proceso de residencia contra D. Hernando, 1529, afirman que Marina tenía una hija, dama tambien de Cortés. (3) El intérprete Gerónimo de Aguilar, ademas de mencionar las relaciones amorosas con Doña Marina, la lengua afirma lo mismo respecto de "una sobrina suya " que no se acuerda como se llama, que cree que se llamaba Doña Ca-" talina. (4) El Bachiller Alonso Pérez aumenta más: vido este tes-" tigo dos ó tres indios ahorcados en Cuoyacan en un árbol dentro de " la casa del dicho D. Fernando Cortés, é oyó decir este testigo pú-" blicamente quel dicho D. Fernando Cortés les había mandado " ahorcar porque se habían echado con la dicha Marina." Existien-

(1) Suárez de Peralta, Noticias históricas de la Nueva España, Madrid, 1878, pág. 75.

(2) Véase Conjuracion del Marquéz del Valle.

(3) Residencia contra D. Fernando Cortés: Cristóbal de Ojeda, tom. 1, pág. 123; Andrés de Monjaraz, tom. 2, pág. 70; Bachiller Alonso Pérez tom. 2 pág. 101.—Véase tambien la Pesquisa secreta, MS. en poder del Sr. García Icazbalceta.

(4) Residencia, tom. 2, pág. 196.—Pesquisa secreta. MS.

do tal hija, la edad de Doña Marina, al caer en poder de los castellanos, debía pasar con mucho de treinta años; es decir, estaba en el completo desarrollo mujeril.

Rumbo á Honduras, con intento de castigar á Cristóbal de Olid rebelado en aquella gobernacion, D. Hernando Cortés salió de México á 12 de Octubre 1524; (1) llevaba como de costumbre á Doña Marina como intérprete, y sin conocerse los antecedentes, en un pueblo inmediato á Orizaba se casó, ó más bien fué casada con Juan Xaramillo, *estando borracho*, segun afirma Gomara. Bernal Diaz dice primero: "fué tan excelente mujer y buena lengua, como adelan- " te diré, á esta causa la traía siempre Cortés consigo, y en aquella " sazon y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jara- " millo, en un pueblo que se decía Orizaba, delante de ciertos tes- " tigos, que uno dellos se decía Aranda, vecino que fué de Tabas- " co. (2) Más adelante rectifica: " diré como en el camino, en un pue- " blezuelo de un Ojeda el tuerto, cerca de otro pueblo que se llama " Orizaba, se casó Juan Jaramillo con Doña Marina la lengua de- " lante de testigos." (3)

Prosiguiendo el camino, "estando Cortés en la villa de Guacacualco (Coatzacoalco), envió llamar á todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina sobre su buen tratamiento, y entónces vino la madre de Doña Marina, y su hermano de madre Lázaro, con otros caciques. Dias había que me había dicho la Doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitan Cortés, y Aguilar, la lengua; por manera que vino la madre y su hija y el hermano, y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban; y como así los vido llorar la Doña Marina, los consoló, y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalanco que no sabían lo que se hacían, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa y que se volviesen á su pueblo, y que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan

(1) Prescott, Conq. de México, tom. 2, pág. 319.
(2) Bernal Diaz, cap. XXXVII.
(3) Bernal Diaz, cap. CLXXIV.

Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva España, no le sería, que en más tenía servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay; y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente y se lo juro amen." (1)

De regreso de la expedicion de Hibueras llegó D. Hernando Cortés al puerto de *S. Juan Chalchicuecu* á veinte y cuatro de Mayo 1526, y en el primer cabildo que presidió en sus casas en México á veinte y seis de Junio del mismo año, aparece Juan Xaramillo como alcalde ordinario. (2) Esto parece dar á entender, que Xaramillo y su mujer despues de acompañar á Cortés durante la expedicion, habian regresado con él á la colonia. Antes de este tiempo se encuentra firmado en las actas un Alonso Xaramillo, individuo que una nota anónima identifica con Juan, cosa que carece del más mínimo fundamento. Juan Xaramillo se nombra algunas veces Juan García Xaramillo, y cesó de ser alcalde en fin del repetido año 1526. Consta que tenía solar en la ciudad por el cabildo de 26 de Octubre 1526; en siete de Enero 1528 fué nombrado alferez real de México, en catorce de Marzo 1528 se hizo merced "á Juan Xaramillo é á " Doña Marina su mujer de un sitio para hacer una casa de placer " é huerta é tener sus ovejas en la arboleda que está junto á la pa- " red de Chapultepec á la mano derecha;" diósele tambien "una " huerta cercada con ciertos árboles que solía ser de Moctezuma, " que es en términos de esta ciudad sobre Cuyoacan que linda con " el rio que viene de Atlapulco en que haga huerta ó viña y edifique " lo que quiere:" parece que sus casas de habitacion estaban en la actual calle de Medinas. (3)

De Doña Marina no encontramos noticias posteriores. Segun Prescotl, "se le concedieron tierras en su provincia natal, donde probablemente pasó el resto de sus dias." (4) Mas nos conforma la opinion del Sr. García Icazbalceta, quien hace vivir y morir en México á la intérprete, rica y estimada. Respecto de estimada no lo creemos tanto, sino es para los indios; en lo de rica parece haber sobrado razon, pues consta, ademas de lo enunciado, que con su marido fué

(1) Bernal Diaz, cap. XXXVI.

(2) Libro primero de las actas del Cabildo de México.

(3) Libros de cabildo.—Alaman, Disertaciones, tom. 2, pág, 293—4—García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 180.

(4) Prescott, Conq. de México, tom. 2, pág. 329.

dueña de la mayor parte del sitio en que se estableció el convento de Jesus María; (1) ademas, "A Juan de Xaramillo, esposo de Doña " Marina, le tocó la parte del valle comprendida en las tierras del " Sumidero, hácia el NE. de Orizaba." (2)

He aquí un paso que damos poco más adelante. En el Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado se encuentra inserta copia de una pintura auténtica, en que se representa el castigo de *aperreamiento*, impuesto en Coyohuacan, por órden de Cortés, á seis principales de Chalollan servidores de Andrés de Tapia, año 1537, segun consta de la interpretacion dada por el Sr. D. José Fernando Ramirez. (3) Segun la pintura demuestra, el aperreamiento consistía en mantener atado por las manos al reo, al extremo de una cadena, cuyo segundo extremo sujeto por el verdugo, lanzábase un perro fuerte y bravo sobre el indefenso ajusticiado, muriendo éste mordido y despedazado. En la parte superior de la estampa, á la izquierda, se destingue la figura de D. Hernando, en actitud de enumerar ó contar con las manos, teniendo detras aún á la intérprete Doña Marina, mostrando un rosario suspendido en la izquierda. No cabe duda, Malintzin la lengua vivía en 1537, existía en México, y aún servía de intérprete al marques; ambas figuras están todavía juntas como en la manta de Tlaxcalla.

(1) Sigüenza y Góngora, Paraíso Occidental.

(2) Arroniz, Hist. de Orizaba pág, 182. Comunicó al autor esta noticia el Sr. D. V. Madrazo, quien encontró en las escrituras de sus tierras que "Mayuapan, Sumi- " dero y el Molino de la puente de D. Miguel que está cabe el camino que va des- " te lugar á la Veracruz, pertenece al capitan Juan de Xaramillo, marido de Doña " Marina la lengua."

(3) Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado, pág. 290 y sig.

CAPITULO VI.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Llega la flota á San Juan de Ulua.—Primera entrevista en busca de Quetzalcoatl. —Primera embajada.—Los nigromantes y hechiceros.—Segunda embajada.—Mensajeros enviados por el rebelde Ixtlixochitl.—Los caciques de Axapochco y de Tepeyahualco.—D. Hernando se informa del estado del pais.—Tercera y última embajada. —Rompimiento.—Los naturales desaparecen del campamento español.

Iacatl 1519. La flota levó las anclas el lúnes 18 de Abril, dejando definitivamente el rio de Tabasco, tomando la direccion hácia San Juan de Ulúa, navegando siempre no lejos de la costa. Los voluntarios que habían venido con Grijalva, enseñaban á Cortés los lugares del tránsito, diciéndoles, aquí es la Rambla, este es el rio de San Anton, mirad aquellas son las sierras de San Martin; oyéndolo Alonso Hernández Puertocarrero se acercó al general y le dijo: "Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballe-" ros que han venido otras dos veces á la tierra:

"Cata Francia, Montesinos
"Cata Paris la ciudad,

"Cata las aguas del Duero,
"Do van á dar á la mar

"Yo digo que mirais las tierras ricas, y sabeos bien gobernar." A lo cual comprendiendo la intencion, respondió Cortés: "Dénos Dios "ventura en armas, como al paladin Roldan; que en lo demas, tenien- "do á vuestra merced y á otros caballeros por señores, bien me sabré "entender." Las naos se detuvieron en el conocido lugar de San Juan, Juéves Santo, veintiuno de Abril, despues de medio dia. (1)

Alaminos, conocedor de aquellos parurejas escogió el lugar donde las naos estuvieran abrigadas de los Nortes, y cuando estuvieron seguras, la capitana levantó el estandarte real, engalanándose ademas con flámulas y gallardetes. Percibíase sobre la costa mucha gente haciendo señales, espectáculo que no llamó la atencion, ya que durante el viaje habían observado en la playa multitud de curiosos. "Desde obra de media hora que surgimos, vinieron dos canoas muy grandes," tripuladas por muchos indios, los cuales guiados por las insignias se dirijieron á la nao capitana, preguntando por el jefe. Aunque no se les entendía, porque Aguilar el faraute ignoraba el nahoa, explicáronse por señas, comprendiendo los castellanos que venían de parte del gobernador de la provincia á inquirir quiénes eran y si pensaban estar ahí ó pasar adelante; en este supuesto respondieron, que al dia siguiente saldrían á tierra para hablar al gobernador, al cual rogaban no tuviese recelo, pues no iban á hacerle daño. Dieron á los indios de comer, les hicieron beber vino, y agasajados con cosas de rescate en cambio de lo que llevaron, fueron despedidos amigablemente. (2)

Los escritores de la conquista de México han olvidado por completo ó han parado muy poco las mientes en las relaciones de las naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narracion, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destruccion del imperio; despues que

(1) Bernal Diaz, cap. XXXVI.

(2) Bernal Díaz, cap. XXXVIII.—Gomara, Crón. cap. XXV.—Casas, Hist. de las Indias, cap. CXXI.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. IV.

aprendieron á escribir, con el abecedario fonítico, redactaron en su habla copiosas relaciones, no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: "y tengo tanta "envidia al lenguaje y estilo conque están escritas, que me holgaré "saberlas traducir en castellano, con la elegancia y gracia que en "su lengua mexicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera "la sigo en todo; y si á los que las leyeren parecieren novedades, "digo, que no lo son, sino la pura verdad sucedida; pero que no se "ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los suce- "sos de las Indias, no las supieron, ni hubo quien se las dijese." (1) Recogieron la tradicion méxica, el P. Sahagun, de quien tomó el P. Torquemada, y andando el tiempo, Ixtlilxochitl y Tezozomoc: quedaron ademas pinturas y relaciones, disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fé, son de tan indisputable autoridad, como los escritos de los europeos: si presentan diferencias y aun tal vez contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de orígen español.

Veamos la version de los méxica. Desde que las naves de Juan de Grijalva se alejaron, los gobernadores de las costas habían recibido órdenes para tener de contínuo atalayas en lugares convenientes, á fin de espiar el mar y dar cuenta si las naos aparecían de nuevo. Unos nueve meses trascurrieron en aquella constante vigilancia, hasta que se tuvo constancia de la presencia de la flota de D. Hernando; entónces los guardas de las costas dieron aviso y ligeros correos vinieron á México comunicando la noticia á Motecuhzoma. Éste reunió á los de su consejo, siendo de parecer que otra vez retornaba el gran emperador Quetzalcoatl á quien estaban esperando, por lo cual debían salir á recibirle con toda presteza, llevándole ricos presentes. Fueron nombrados al efecto cinco nobles, llamados Yallizchan, Tepuztecatl, Tizaoa. Huehuetecatl y Hueicaznecatecatl: (2) recibieron los presentes que consistían en piezas de oro, piedras preciosas, joyas, plumajes ricos, con las insignias de los dio-

(1) Torquemada, lib. IV, cap. XIII, al final.

(2) Así en la relacion de la conquista del P. Sahagun, prim. edic. México, 1829, cap. III. En la segunda edic. México, 1840, cap. III, áun cuando se refiere que los embajadores eran cinco, no se nombran más de dos Joalliostha y Tepuztecatl: el nombre Jalliostha no parece de buena formacion mexicana.

ses Quetzalcoatl, Tezcatlipoca y Tlalocatecuhtli, todo lo cual envolvieron en mantas ricas, colocando los envoltorios en petacas: aderezado el fardaje, al despedirse del emperador dijo éste á los enviados: "Andad y cumplid vuestra embajada como os lo he mandado; "mirad que no os detengais en ninguna parte, sino que con toda "brevedad llegueis á la presencia de nuestro señor y rey Quetzal- "coatl, y decidle: Vuestro vasallo Motecuhzoma, que ahora tiene la "tenencia de vuestro reino, nos envía á saludar á vuestra majes- "tad, y nos dió este presente que aquí traemos." (1)

Los embajadores pusiéronse brevemente en camino, llegando con toda prisa á orillas del mar: cuando las naos de D. Hernando anclaron, ellos se metieron en dos canoas con sus cargas, dirijiéndose á la nao capitana, más aparente por las insignias que ostentaba. Al estar junto á la nave, "preguntáronles de dónde venían, y quiénes eran: ellos respondieron, que eran mexicanos y que venían de México á buscar á su señor y rey Quetzalcoatl, que sabían estaba allí. Como los españoles hubieron oido aquella respuesta, maravilláronse y no les respondieron nada, y comenzaron á hablar ellos mismos entre sí con palabras bajas diciendo: ¿qué quiere decir esto que dicen, que saben que está aquí su rey y su señor dios, y que le quieren ver? Esta respuesta oyó Don Hernando Cortés con todos los demás, y comenzaron á conferir entre sí sobre estas palabras, y despues de mucho dar y tomar, concertaron entre sí que Don Hernando Cortés se ataviase con los mayores atavios que tenía, y le aderezaron un trono en el alcázar de popa donde se sentase, representando persona de rey, y estando de esta manera entrasen á verlo y hablarle aquellos indios mexicanos que venían en busca de Quetzalcoatl. Hecho esto respondieron á los indios que fuesen muy bien venidos, que allí estaba el que ellos buscaban, y que le verían y hablarían. (2)

Los de la capitana ayudaron á subir á los hombres, y trasbordaron los efectos de las canoas; cuando los embajadores pretendieron ver al dios, los castellanos los llevaron á donde estaba dispuesto Cortés; entraron llevando los presentes en las manos, al ver á Don Hernando hicieron el acatamiento acostumbrado, poniendo el dedo mayor de la mano derecha en el suelo y llevándoselo á la boca, y el

(1) P. Sahagun, relac. de la conquista, cap. IV.

(2) Sahagun, relac. cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XIV.

principal de ellos habló diciendo: "Dios nuestro y señor nuestro, "seais muy bien llegado, que grandes tiempos ha que os esperamos "nosotros, vuestros siervos y vasallos. Hános enviado á saludar y "recibir Moctecuhzoma, vuestro vasallo y teniente de vuestro rei- "no, y dice que seais muy bien venido, nuestro señor y dios, y trae- "mos aquí todos los ornamentos preciosos que usábades entre nos- "otros en cuanto nuestro rey y dios." Vistiéronle entonces los ornamentos de Quetzalcoatl, poniéndole en la cabeza una especie de corona de oro con joyas y plumas; de la garganta á la cintura el vestido nombrado *xicolli*; un collar de piedras valiosas, y así de las demas insignias: extendieron á sus piés los ornamentos de Tezcatlipoca y Tlalocatecuhtli, con los demas objetos del presente. Acabada la ceremonia preguntó Cortés: "pues no traeis más de esto para recibirme?" A lo cual respondió el embajador principal: "Señor "nuestro y rey nuestro, esto nos dieron que trujésemos á vuestra "majestad y no más." Los huéspedes fueron puestos en el castillo de proa, agasajándolos con viandas y bebida. Los españoles de otras naves acudieron á la curiosidad de lo que pasaba, admirados de ver tan gran simpleza y novedad. (1)

Al dia siguiente, los castellanos pusieron por obra asustar á los méxica, aherrojándolos con grillos y cadenas, soltando la artillería de que mucho se amedrentaron, presentándoles las armas de fierro, solicitándolos á combatir con ellas; como ellos rehusaron pelear los injuriaron, "diciendo que eran cobardes y afeminados, y que se fue- "sen como tales á México, que ellos iban allá á conquistar á los "mexicanos, y que allí morirían á sus manos, y que dijesen á Mo- "tecuhzoma, como su presente no les había agradado, y que yendo "á México les robarían cuanto tenían y lo tomarían para sí." (2) Despues de este discurso, los méxica fueron puestos en sus canoas, dejándolos en libertad; sobrecogidos del miedo, remaron apresuradamente hasta la pequeña isleta de Xicalanco, en donde comieron y reposaron un poco, tomaron para el pueblo de Tecpantlayacac, comieron y durmieron en Cuetlaxtla, prosiguiendo apresuradamente para Tenochtitlan. Por el camino iban confusos y preocupados, revolviendo en la mente lo que habían visto y oido, meditando en

(1) Sahagun, relac. cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XIV.
(2) Sahagun, relac. cap, VI.

los males que les amenazaban. Llegados á México fuéronse derechos al palacio del emperador, y hablando con los guardas de la cámara les dijeron: "Si duerme nuestro señor Moctheuzoma, dispertadle y decidle: Señor, vuelto han los embajadores que enviásteis á la mar, á recibir á nuestro dios Quetzalcoatl." Entraron á la cámara los guardas y el emperador dió por respuesta: "Decidles que no entren acá, sino que se vayan derechos á la sala de la judicatura. "(1)

Llevados los embajadores á la sala, fueron sacrificados algunos esclavos, con cuya sangre los rociaron, ceremonia usada cuando se presentaba embajada de suma importancia y grave. Sentado Mote-

(1) Sahagun, relac. cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XIV.—Códice Ramírez. MS.—Clavijero, tomo 2, pág. 11, nota, repugna esta relacion contenida en Torquemada, fundándose en estas reflexiones. "El ejército salió del rio de Tabasco el Lúnes Santo y llegó el Juéves al puerto do Ulúa. Los montes de Tochtlan y de Mictlan, de donde se pudo ver la expedicion, no distan de la capital ménos de 300 millas, ni está de Ulúa ménos de 220, así que aunque se hubiese visto la expedicion el mismo dia en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegaran el Juéves á Ulúa. No hay escritor que haga mencion de esta circunstancia: ántes bien, de la relacion de Bernal Díaz se infiere que todo es invencion, y que los mexicanos habían ya conocido el error que ocasionó la primera armada."—Aunque á todo esto puede darse muy larga respuesta, concretarémos lo mucho que se puede decir, para no hacer esta nota demasiado extensa. La noticia de la flota de Cortés no se tuvo del lúnes Santo 18 de Abril, sino desde que llegó á Tabasco, lo cual extiende el plazo de cuatro dias á más de un mes. Las atalayas estaban espiando la venida de los blancos, y las noticias se comunicaban por las postas, colocadas á lo largo de los caminos principales, que eran sueltos corredores que á paso gimnástico y veloz recorrían la distancia de unas dos leguas, á cabo de las cuales otra persona recibía de palabra la noticia ó el escrito en que estaba contenida, prosiguiendo así sucesivamente, sin que aquel pronto caminar se interrumpiera de dia ni de noche. "Hay autores que dicen que de aquel modo atravesaba un mensaje la distancia de "trescientas millas en un sólo dia:" dice el mismo Clavijero, tom. 1, pág. 314. El mismo autor, notando la celeridad de las comunicaciones entre Veracruz y México, afirma en el tom. 2, pág. 14, nota segunda: "pero habiendo dicho poco ántes que "las postas mexicanas eran más diligentes que las de Europa, no es de extrañar que "llevasen en poco más de un dia la noticia de la llegada de los españoles, y que en "cuatro ó cinco dias hiciese el embajador, en litera, y á hombros de los mismos co- "rreos, como muchas veces se hacía. Pues el hecho no es inverosímil, debemos "creer á Bernal Díaz, testigo ocular y sincero."—Bernal Díaz no hace mencion de esta embajada, porque no habiendo intérprete no pudo saber que lo era; pero sí relata la presencia de las dos canoas, *obra de media hora*, despues de anclada la flota: la relacion del repetido Bernal Díaz, más bien apoya que contradice la relacion. Los acontecimientos posteriores demuestran, que los méxica permanecían en el error en que estaban cuando la primera armada.

cuhzoma en su trono, rodeado de los de su consejo, el principal de los embajadores hizo su acatamiento, tomó polvo del suelo con el dedo (llamábase esta ceremonia *tlalcualiztli*,), y tomó la palabra, refiriendo punto por punto cuanto les había acaecido con los castellanos. Al oir la narracion y principalmente las amenazas de los blancos, espantóse mucho el emperador, mudáronsele los colores y mostró gran tristeza y desmayo. (1) Entróse despues en su recogimiento, en donde estuvo triste y abatido, llorando amargamente por los males que le amenazaban. La fatal noticia se extendió velozmente por la ciudad, supiéronlo chicos y grandes, quienes por calles y plazas formando corrillos lloraban, doliéndose de las desgracias que en breve les acaecerían: andaban cabizbajos y llorosos, y los padres en sus casas decían á sus hijos: "¡Ay de mí y de vosotros, hijos mios, qué grandes males habeis de ver y pasar! Las madres repetían lo mismo á sus hijas, habiendo por todas partes desolacion y duelo. (2)

En esta primera entrevista no pudieron entenderse por falta de intérprete; las comunicaciones fueron por señas, que cada quien comprendería segun atinara. D. Hernando ignoraba fueran embajadores quienes venían, y debió tenerlos por simples rescatadores; convenía á sus designios recibirlos de una manera autorizada, y si le pusieron los ornamentos de Quetzalcoatl, no sabía la significacion de ellos, y pudo tomarlo como una usanza de los bárbaros. Respecto de los embajadores, tomando á lo sério su encargo, gastaron inútilmente sus parlamentos y retóricas; engañados por acciones no comprendidas, se tuvieron por desafiados. Sin duda alguna mintieron al decir que habían entendido los discursos de los blancos, pero en la misma mentira incurrieron los enviados á Grijalva, de miedo de ser muertos por el emperador, estando obligados como estaban á traer respuestas claras y categóricas. En último análisis, los embajadores inventaron una conseja, deducida de sus particulares impresiones ante la conducta de los extranjeros, la cual vino á embrollar de una manera fatal los desatinados pensamientos del estúpido emperador.

Motecuhzoma había recurrido á las artes de sus mágicos y encan-

(1) Sahagun, relac. cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XV.—Cod. Ramírez —MS.

(2) Sahagun, relac. cap. IX.—Torquemada, lib. IV, cap. XV.—Codic. Ramírez —MS.

tadores, á fin de que fuesen con sus conjuros á espantar á los castellanos, haciéndolos huir; mas habiendo vuelto á decir ser ineficaces sus encantamientos y nigromancias, por ser dioses más fuertes que los suyos, el cuitado monarca, por consejo de los ancianos, repitió las órdenes comunicadas á los gobernadores de las costas para recibir amigablemente á los extranjeros. Dia y noche iban y venían correos, participando cuanto en la costa acontecía. (1)

Viérnes Santo, veintidos de Abril, desembarcaron los castellanos, sobre la costa arenosa, llena de médanos, denominada Chalchiuhcuecan por los méxica, y en donde hoy se alza la ciudad y puerto de Veracruz: (2) salida la gente y los caballos, la artillería quedó asestada en lugar conveniente para defender el real, formado de estacas y ramas acarreadas por los indios de Cuba, quienes formaron las chozas que fueron menester. Al dia siguiente, sábado, acudió cantidad de naturales enviados por el gobernador de Cuetlaxtla; compusieron las chozas del general y ranchos más cercanos, extendiendo sobre ellas grandes mantas, trajeron ademas porcion de víveres, con algun regalo de joyas de oro que entregaron á Cortés, quien las pagó en las bujerías que traía. (3) Rescataron tambien con los castellanos algunos objetos de oro, recibiendo en cambio cuentas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres, cintas y otras cosas del mismo tenor. "Visto por Cortés la mucha cantidad de oro, que "aquella gente traía y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, "mandó pregonar en el real, que ninguno tomase oro, so graves pe- "nas, sino que todos hiciesen que no lo conocían ó que no lo que- "rían, porque no pareciese que era codicia, ni ser intencion y veni- "da á sólo aquello encaminada, y así disimulaba para ver qué cosa "era aquella gran muestra de oro, y si lo hacían los indios por pro- "bar si lo había por ello." (4) Graciosa industria de Cortés, encaminada por una parte á evitar la competencia que los soldados le hacían en el rescate, y por otra hacer rebajar el precio que al oro pudieran poner los naturales: la verdad es, que en aquellos trueques

(1) Sahagum, relac. cap. VIII.—Codic. Ramírez. MS.

(2) Segun el sistema de calendario nahoa que seguimos, la llegada de la flota, 21 de Abril, correspondió al primer dia del mes Hueitozoztli; denominado *ome Cipactli*; el desembarco fué el *yei Ehecatl.*

(3) Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

(4) Gomara, Crón. cap. XXV.

los contratantes quedaban satisfechos mútamente, los castellanos por el subido precio á que vendían sus fruslerías; los naturales porque adquirían objetos para ellos de inestimable precio, por raros, desconocidos, con el picante sabor del orígen extranjero y de la novedad, á cambio de un metal que en sus mercados no era de primera importancia.

Domingo de Pascua, veinticuatro de Abril, llegaron al campo hasta cuatro mil personas sin armas, de los cuales algunos eran principales y los demas *tamene*, cargados con bastimentos y regalos; venían capitaneados por Teuhtlilli, gobernador de Cuetlaxtla, y por Cuitlalpitoc, embajador cuando Grijalva. Llegados ante Cortés le hicieron tres acatamientos, le sahumaron como á señor ó dios, guardando todo respeto; el general los recibió con agrado abranzándolos, aplazando la plática para despues de la ceremonia de la misa. Por fortuna ya para entonces había intérprete; se había visto hablar á Marina con los méxica, y como era diestra en el idioma maya, segun sabemos ya, Cortés le prometió la libertad si desempeñaba con fidelidad el encargo de faraute. Aderezado un altar, Fr. Bartolomé de Olmedo dijo misa, ayudado por el clérigo Juan Díaz, retiráronse en seguida las embajadores y Cortés á la tienda de éste, comieron juntos, y alzados los manteles, en presencia de varios castellanos y naturales comenzó la conversacion. Dijo Don Hernando, por los intérpretes, que eran vasallos de un poderoso monarca, llamado Don Cárlos, el mayor del mundo, á quien muchos reyes y príncipes obedecían, el cual teniendo noticia mucho tiempo había de esta tierra y del señor que la mandaba, le enviaba á él para decirle cosas de contento, y para contratar con él y sus vasallos de buena amistad; quería por lo tanto saber en dónde podría verle y hablarle. Escuchó Teuhtlilli muy sosegado el razonamiento, mas á la última pretension respondió algo soberbio: " Aun agora has llegado y ya le " quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su " nombre, y despues me dirás lo que te cumpliere." (1) Sacó en seguida muchas piezas de oro de buenas labores y ricas, más de diez cargas de mantas finas, con otras muchas joyas; los tamene trajeron las vituallas de que venían cargados. " Cortés las recibió riendo y " con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidas y otras

(1) Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

"cosas de Castilla, y les rogó que mandasen en sus pueblos que vi-
"niesen á contratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas á
"trocar á oro, y le dijeron que así lo mandarían"...."y luego Cor-
"tés mandó traer una silla de caderas con entalladuras muy pinta-
"das y unas piedras margajitas que tienen dentro de sí muchas la-
"bores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle porque
"oliesen bien, y un sartal de diamantes torcidos y una gorra de
"carmesí con una medalla de oro, y en ella figurado á San Jorge,
"que estaba á caballo con una lanza y parecía que mataba á un
"dragon; y dijo á Tendile, (1) que luego envíase aquella silla en
"que se asiente el señor Montezuma para cuando le vaya á ver y
"hablar Cortés, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza, y
"que aquellas piedras y todo lo demas le mandó dar el rey nuestro
"señor, en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, y que
"mande señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya á
"ver. (2)

Para espantar á los embajadores Cortés hizo soltar la artillería cuando estaba conversando con ellos: "caíanse en el suelo del gol-
"pe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía
"el cielo á truenos y rayos: y de las naos decían, que venía el dios
"Quetzalcohuatl con sus templos acuestas, que era dios del aire, y
"que se había ido y le esperaban." (3) Los jinetes corrieron y escaramucearon, todo para dar muestra de su poder y fuerza. Nobles y pecheros méxica observaban asombrados aquellos objetos tan nuevos para ellos, y á fin de poder dar cuenta cumplida al emperador, algunos diestros pintores recorrían el campamento trasladando al papel cuanto veían, sin olvidar al general, á Marina, ni á los negros, dioses tambien como los blancos, á los cuales llamaron *teucacatzactli.* (4) Notó Teuhtlilli que un peon tenía un casco medio dorado, y observó era semejante á otro que los antepasados de su linaje habían dejado, y servía entónces de adorno á Huitzilopochtli, razon

(1) Los nombres de los embajadores se encuentran estropeados en los autores; llaman al uno Tendile, Teutlille, Teuthlille, Tendille, Teutlil; al otro Pitalpitoc, Pitalpitoque, Cuitlapiltoc, Pilpatoe. A Cuitlalpitoc, pusieron los castellanos el nombre de Ovandillo, sin duda por el parecido que tenía con el soldado de este apellido.

(2) Bernal Díaz, cap. XXXVIII.

(3) Gomara, Crón. cap. XXVI.

(4) Sahagun, relac. cap. VIII.

por lo cual se holgaría Motecuhzoma de verle; Cortés le prestó el casco diciéndole: "que porque quería saber si el oro desta tierra es co-
"mo el que sacan de la nuestra de los rios, que le envíen aquel casc
"lleno de granos para enviarlo á nuestro gran emperador." (1) Ya ántes se había informado Don Hernando de sí Motecuhzoma tenía oro, y como le respondiera el embajador que sí, le dijo: "embíeme de ello,
"ca tenemos yo y mis compañeros mal de corazon, enfermedad que
"sana con ello." (2) Burlas eran, que contenían veras. Teuhtlilli, terminadas las pláticas y pinturas, se despidió amigablemente, ofreciendo volver pronto con la respuesta. (3)

No léjos del campo se estableció Cuitlalpitoc, en unas mil chozas de ramas con unas dos mil personas entre hombres y mujeres ocupados en hacer comida que traían á los castellanos, así como agua y leña, con yerba para los caballos. (4) Quéjase Bernal Diaz diciendo que aquellas viandas eran para Cortés y capitanes que á su mesa comían, miéntras los soldados estaban atenidos á pescar ó rescatar con los indios; (5) no parece problable que los alimentos preparados por el considerable número de sirvientes fueran tan cortos, que pudieran ser agotados por reducido número de personas. Segun las indicaciones hechas por Cortés á los embajadores, los habitantes de los pueblos comarcanos ocurrían al real, trayendo algunas piezas de oro y mantenimientos, las cuales rescataban individualmente los soldados, provistos de bujerías de cambio; quéjase tambien el buen soldado cronista de que las joyas eran de poco valor.

Miéntras esto pasaba en la costa, el ánimo supersticioso é indeciso de Motecuhzoma le precipitaba á las mayores extravagancias. Figurándose que los dioses querrían venir á Tenochtitlan para pedirle el imperio, comunicó sus órdenes al Tlilancalqui para que no faltasen víveres por los caminos, y éstos estuviesen barridos y aderezados, con casas para aposentarlos; pero deseando al mismo tiempo evitar una entrevista siempre dañosa, ponía todos los medios para retener á los extranjeros léjos de la corte ó hacerlos volver por don-

(1) Bernal Diaz, cap. XXXVIII.
(2) Gomara, Crón. cap. XXVI.
(3) Bernal Diaz y Gomara, loco cit.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XVI.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichimeca, cap 79, MS.
(4) Gomara, Crón. cap. XXVII.
(5) Bernal Diaz, cap. XXXIX.

de habían venido. Recurriendo de nuevo á las artes mágicas, hizo venir á los nigromantes y hechiceros de Cuauhnahuac, Yauhtepec, Huaxtepec, Acapichtlan, Ocuilla, Malinalco y Tenantzinco, diestros en comer los corazones á los hombres vivos y mudarles las intenciones, apoderarse de noche de los dormidos para despeñarlos por hondonadas y barrancas, atraer las sabandijas ponzoñosas, poner enfermedades en los sanos y tornarse en leones, tigres y otros animales bravos. Reunidos en su presencia, les mandó marchar á la costa, y empleando sus artes lograran mover á los blancos á volver á su tierra ó al ménos impedirles viniesen á México. Prometieron de cumplirlo, tomando el camino para Chalchiuhcuecan: llegados allá, cuatro dias ocultamente ejercitaron sus artificios sin provecho, y al cabo convencidos de su impotencia regresaron á México á decir al emperador cómo divididos en cuadrillas, sin ser vistos rodearon á los dioses, sin poder hacer daño en los dormidos porque siempre había algunos velando; mataban á cuantos animales se les acercaban, no pudiendo nada los conjuros sobre su corazon: dioses debían de ser de clase muy superior. (1) Cosas son estas que parecerían indignas de la historia, si con ser pequeñas y ridículas no explicaran cumplidamente ese hecho extraño á primera vista, de cómo pueblos numerosos, valientes y aguerridos, recibían de paz y regalaban á los invasores, permitiéndoles penetrar al corazon del país sin resistirles.

Teuhtlilli vino por la posta á Tenochtitlan, entregando á Motecuhzoma las pinturas, el regalo de Cortés, é informándole de las pretensiones que aquel caudillo tenía de verle. Visto y oido todo, el emperador cayó en el mayor abatimiento, sin saber disimular las lágrimas; pensaba que los dioses le dejarían tranquilo como la vez primera; mas ahora tenía la evidencia de que intentaban verle, sin duda para consumar su ruina: su acerba pena se comunicó á la ciudad, llorando grandes y pequeños el daño pronto á estallar en cumplimiento de las antiguas profecías. El emperador reunió á consejo á los reyes aliados Cacama y Totoquihuatzin, con los señores principales del imperio. Deliberado el caso, la mayor parte de los consejeros fueron del aviso de Cacama, quien dijo debían ser recibidos de paz los extranjeros; porque si eran dioses inútil era la resistencia; si como se decían eran embajadores de un gran rey, por honra

(1) Tezozomoc, cap. ciento diez. MS.—P. Durán, cap. LXXI. MS.

del imperio y de los enviados debía recibírseles con honra; si traían alguna intencion hostil, preciso era no aparentar debilidad, conocer esa intencion lo más pronto posible á fin de combatirla, ya que tan pocos eran, ántes de que pudieran entenderse de las disensiones del imperio. Interpelado Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, se contentó con decir estas palabras: "Mi parecer es, gran señor, que no metais en vuestra casa quien os eche de ella." (2) No por más cuerdo, sino por más conforme á los recelos de Motecuhzoma, prevaleció este consejo, en consecuencia del cual recibieron instrucciones los embajadores.

Siete dias depues de haberse despedido, es decir hácia principios de Mayo, reapareció Teuhtlilli en el campamento español, trayendo en su compañía un noble parecido en el rostro á Cortés, escogido por Motecuhzoma como una especie de agasajo para el general y guiado por las pinturas que le habían llevado: Bernal Diaz le llama Quintalbor, nombre que no es mexicano, aunque en el campo fué conocido con el apellido de Cortés. Llegados los enviados delante de Don Hernando hicieron la reverencia de estilo, le sahumaron con copalli en braserillos que en las manos traían, y estendiendo esteras finas (*petlatl*) sobre el suelo y encima mantas ricas, los cien tamenes que venían pusieron los objetos de un rico presente. Componíase éste de telas delicadas entretejidas con plumas, rodelas de plumas con planchas de oro y plata, adornadas con aljofar, penachos de grandes plumas, mosqueadores, brazaletes, collares y orejeras de oro y piedras finas, sandálias con la zuela de una piedra blanca y azul, piezas de armadura de oro, espejos de margajita, tejidos finísimos cual si fueran de seda, figuras vaciadas de diversos animales como perros de la tierra, leones y tigres: "Sobre todo esto dió "dos ruelas, la una de oro esculpida en ella la figura del sol con sus "rayos y follajes, y ciertos animales señalados, que pesaba más "de cien marcos; la otra era de plata, con la figura de la luna, la-"brada de la misma manera que el sol, de cincuenta y tantos marcos: "tenía de grueso como un real de á cuatro y todas macizas: te-"nían en redondo cada una lo que una rueda de carreta. Quedaron "todos las que las vieron suspensos y admirados de tan gran rique-"za, y juzgóse que valdría el oro y la plata que allí había, veinte y

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim., cap. 80. MS.

"cinco mil castellanos; pero la hechura y hermosura de las cosas, "mucho mas valdría de otro tanto." (1) Trajeron ademas el casco que llevaron prestado lleno de oro, "en granos crespos como los sa-"can de las minas, que valía tres mil pesos. Aquel oro del casco tu-"vimos en más, por saber cierto había buenas minas, que si truje-"ran treinta mil pesos." (2) En suma, aquello representaba la industria y la riqueza indígenas.

En cuanto al asunto principal aseguraron los embajadores á Don Hernando, que el emperador se holgaba de saber de tan poderoso rey como el de España, que fuera éste su amigo y mandara á verle personas tan valerosas como las llegadas, por todo lo cual y en señal de amistad proporpocionaría á los blancos cuanto hubieran menester miéntras en la tierra estuvieren; pero en cuanto á recibir la embajada, ni Motecuhzoma podía bajar á la costa, ni los castellanos tenían lugar de subir á la capital, así por la distancia larga y ser los caminos fragosos, como porque aquel espacio estaba infestado de gentes bárbaras enemigas del imperio: este cúmulo de dificultades hacía imposible la entrevista: Cortés tomó el presente con semblante alegre, hizo grandes halagos á los embajadores, regalando á cada uno dos camisas de holanda, vidrios azules y otras cosillas, ro-

(1) Herrera, déc. II, lib. V, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XVII.

(2) Bernal Diaz, cap. XXXIX.—Gomara, cap. XXVII.—Casas, Hist. de las Indias, cap. CXXI, escribe: "Estas ruedas eran, cierto, cosas de ver, yo las vide con todo lo demas el año de 1520, en Valladolid, el dia que las vido el Emperador, porque entónces llegaron allí enviadas por Cortés, como abajo placiendo á Dios, se verá: quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificiadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas y oidas, mayormente no habiéndose hasta entónces visto en estas Indias, en gran manera como suspensos y admirados."....... "Valdría el oro y la plata que allí había 20 ó 25 mil castellanos, pero la hermosura dellas y la hechura, mucho mas valía de otro tanto." Como se advierte, Herrera copió de Casas, atribuyendo la admiracion á los conquistadores cuando no fué sino de los cortesanos de Cárlos V, y computando el valor del presente de Motecuhzoma por el de los objetos remitidos á España.—De las mismas ruedas dice Oviedo, lib. XXXIII, cap. I: "Las cuales yo vide en Sevilla en la casa de la Contratacion de las Indias, con otras muchas joyas de oro é plata, é muy hermosos penachos de plumas muy extremados, que todo era mucho de ver."—Pedro Mártir, déc. IV, cap. 9: "si quid unqnam honoris humana ingenia in hujuscemodi artibus sunt adita, principatum jure merito ista consequentur. Aurum, gemmasque non admiror quidem; qua industria quove studio superet opus materiam, stupeo. Mille figuras et facies mille prospexi, quae scribere nequeo. Quid oculos hominum sua pulchritudine aeque possit allicere meo judicio vidi nunquam."

gándoles volviesen de nuevo al emperador para decirle, que habiendo atravesado el mar y venido de tierras muy lejanas por sólo verle y hablarle, si se volviesen sin desempeñar el encargo los castigaría el rey de España, y como la misisn que trae es muy importante vencerá los obstáculos é irá á buscarle en donde quiera que se encuentre. Teuhtlilli aceptó el encargo, si bien exponiendo que sería inútil lo relativo á la entrevista. En retorno del presente llevaron los mensajeros á Motecuhzoma, "una copa de vidrio de Florencia labrada y "dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la co-"pa, y tres camisas de holanda, y otras cosas." (1) Cuitlalpitoc permaneció á inmediaciones del campamento con la servidumbre encargada de dar de comer á los castellanos.

Adelantando el mes de Mayo con sus recios calores, siendo ardientes los arenales y estando lejos de las poblaciones aquel sitio, D. Hernando envió dos naos por la costa arriba al mando de Fracisco de Montejo, con los pilotos Anton de Alaminos y Juan Alvarez, el Manquillo, á fin de buscar puerto seguro en lugar ménos desabrigado; en efecto, siguiendo la derrota de Juan de Grijalva hasta cerca del rio Pánuco, tornaron á cabo de diez ó doce dias, dando noticia de haber encontrado puerto al cual pusieron un nombre feo de Bernal, doce leguas al N. de San Juan de Ulúa, cerca de un pueblo, puesto sobre una altura llamado Quiahuiztla. (2)

Sin el aparato de los méxica y como de oculto llegaron al campamento ciertos emisarios del rebelde príncipe de Texcoco, el jóven Ixtlixochitl; traían algun regalo en oro, mantas y plumas que entregaron á D. Hernando, dándole la bien venida y diciéndole que su señor se ofrecía por amigo suyo; é informándole de las desavenencias y disturbios del imperio, pedíale ayuda para vengar en Motecuhzoma la muerte de Nezahualpilli, y poner en libertad á todos los pueblos. (3) Aquel ambicioso fué el primero que acudió al extranjero, buscando apoyo para el logro de una usurpacion injusta y una venganza bastarda. Ignoramos lo que le respondió Cortés, si bien se alcanza no escasearía buenas promesas y palabras.

Tal vez no eran éstas las únicas noticias de su especie adquiridas

(1) Bernal Díaz, cap. XXXIX.—Gomara, Crón. cap. XXVII.—Herrera, déc. lib. V, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XVII.

(2) Bernal Díaz, cap. XL. Nombra al pueblo Quiahuiztlan.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 80. MS.

por D. Hernando. Segun un documento que parece auténtico, no obstante no estar exento de contradiccion, Tlamapanatzin y Atonaletzin señores de los pueblos de Axapochco (San Esteban), y Tepeyahualco (Santiago), en términos de Otompa (Otumba), reino de Acolhuacan, disgustados de la tiranía de Motecuhzoma, sabiendo que los dioses habían llegado á la costa, bajaron en su busca á pedirles favor; mas al alcanzar el término de su viaje los dioses eran idos, con lo cual tuvieron que regresar á sus pueblos: aconteció ésto cuando la expedicion de Juan de Grijalva. Sabedores que de nuevo se habían presentado los hombres blancos, se hicieron encontradizos con los primeros embajadores enviados por Motecuhzoma, se agregaron á la comitiva de Teuhtlilli presentándose con él en el campo español. Ofrecieron por medio de la intérprete Marina, si se les guardaba secreto, entregarían las pinturas antiguas que contenían las profecías con otras noticias importantes. Admitida la propuesta é idos á sus pueblos, retornaron trayendo grandes rollos de pinturas en donde constaba menudamente la prediccion de Quetzalcoatl, la situacion y forma de la ciudad de México, caminos para la capital, genealogía de los rey es azteca, etc., todo lo cual leían y explicaban por medio de los intérpretes, señalando las escrituras con unas varillas delgadas. Añadieron cuantas informaciones se les pidieron, entre ello que Motecuhzoma tenía mucho oro tomado por fuerza, de lo cual y del tesoro de Axoyacatl tenía un aposento lleno, sin sellar y en bruto, fuera de inmensa cantidad de piedras preciosas. Tan importantes descubrimientos pagó D. Hernando con una promesa de tierras, valedera para cuando Motecuhzoma fuera arrojada del trono, fechada á 20 de Mayo. (1)

Corrobora en nuestro concepto lo anterior el dicho de un testigo presencial, quien nos informa que Cortés supo de unos indios principales la posicion de México, ser advenedizos los méxica, sus guerras y conquistas, tiranía con que Motecuhzoma gobernaba, é impaciencia con que las provincias llevaban el yugo. "Informado el mar-" quès desto, procuró de hablar con algunos de los naturales de la

(1) Real ejecutoria de S. M., sobre tierras y reservas de pechos y paga, pertenecientes á los caciques de Axapusco, de la jurisdiccion de Otumba. Escribano Serna. Despachada por S. M., en su Real Consejo de las Indias, año de 1537. Fecha dicha merced por D. Hernando Cortés, y á pedimento de partes, año de 1526. Documentos para la Hist. de México, por Joaquin García Icazbalceta, tom. II, pág. 1.

"tierra que vivien en esta sujecion, los cuales se le quejaron y pe-
"dieron los remediase, é él les ofreció que haría por ellos todo su
"poder, é que no consintirie que les hiciesen agravio." (1)

Aún cuando nos faltaran estos testimonios, debiámos admitir, conocida como es la gran perspicacia de Cortés, que no debió perdonar medio para informarse del estado guardado por el país, aunque no fuera sino para saber dirigirse en su empresa. Y siempre resulta para este tiempo, que ya era dueño de los secretos del imperio. Por las diversas embajadas infirió la riqueza de la tierra y la débilidad é inepcia de su monarca; dijéronle los caciques las profecías que hacían pasar á los extranjeros como los prometidos de Quetzalcoatl; supo la guerra civil de Acolhuacan, la tiranía de los tenochca, la impaciencia con que las provincias soportaban el yugo, las diferencias religiosas y de raza, en suma, pudo entender existía la division que hace débiles las naciones. Cuitlalpitoc comenzó á aflojar en el aprovisionamiento del campo, los indios acudieron pocos al rescate y como recatadamente; al cabo de ocho ó diez dias reaparecieron en el campamento Teuhtlilli y Cuitlalpitoc, acompañados de numerosos tamene; hicieron su reverencia á Cortés, zahumáronle como á dios (2) y le entregaron un presente para el monarca castellano, compuesto de diez cargas de plumas ricas y finas, cuatro grandes *chalchihuitl*, y ciertas piezas de oro que valdrían hasta tres mil pesos, segun el cálculo de Bernal Díaz. En concepto de los méxica era aquel un regalo espléndido, pues las plumas valían mucho, estimando el valor de cada chalchihuitl en una carga de oro; pero para los castellanos fué el más pobre, supuesto que mantas y plumas sólo eran objeto de curiosidad, las piedras carecían de estima, y sólo el oro podía llamarles la atencion, en cuanto á metal, sin atender al artefacto. Respecto del negocio principal, negábase absolutamente Motecuhzoma á tener entrevista, expresando resueltamente su resolucion de no volver á recibir mensajero ni mensaje acerca de

(1) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 561.

(2) "Esta ceremonia no se hacía, dice Torquemada, lib. IV, cap. XVII, sino á los que reconocían por dioses; y de aquí se advertirá, como por entónces y algunos tiempos despues, fueron tenidos estos españoles, de estos indios, por deíficos, aunque en estas primeras ocasiones por puros dioses; y de aquí nació temerlos tanto, que á creer que eran puros hombres, por sin duda se tiene, que ni los dejaran pasar adelante, ni dejaran de juntar los reyes de México, de Tezcuco y Tlacupa, que eran los que tenían repartida la tierra entre sí y sus gentes, y salir á consumirlos."

aquel punto. Pesó á Cortés de semejante respuesta, y volviéndose á los soldados que le rodeaban.—"Verdaderamente, dijo, debe de ser " gran señor y rico, y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á " ver. Y respondimos los soldados: Ya querriamos estar envueltos " con él." (1)

A la hora del Ave María, al tañido de una campana que en el real había, se arrodillaron los castellanos delante de una cruz colocada sobre el médano más alto, haciendo devota oracion. Maravillado Teuhtlilli preguntó lo que aquello significaba; entendiéndolo Cortés, invito á Fr. Bartolomé de Olmedo para declarar á los méxica los misterios de la fé: en efecto, hízoles el religioso un largo razonamiento, "que unos buenos teólogos no lo hicieran mejor," terminando con decirles que sus ídolos eran falsos y malos dioses, que huían delante de la santa señal de la cruz, á los cuales no debían adorar, y que en su lugar pusiesen una cruz como aquella que veían y aquella imágen de la Vírgen con su niño en los brazos, que para el intento se les daba: los embajadores prometieron decirlo á Motecuhzoma y cumplirlo. La maravilla de los indios no podía venir de acto de adoracion, sino de que tuviera lugar delante de la cruz, símbolo de Quetzalcoatl, signo religioso tambien para los méxica; de aquí su confusion de ideas, pues no era verdad que el dios de la lluvia ahuyentase á los otros dioses, pues por experiencia los veían estar juntos. Suponiendo las ideas bien trasladadas por los intérpretes á sus respectivos idiomas, el momento de la predicacion fué inoportuno, porque se escogió la hora del rompimiento; el medio de explicar cosas abstractas inadecuado; una sola insinuacion nunca decide el cambio en opiniones religiosas. Retiráronse definitivamente los embajadores. El último rescate tuvo lugar con los indios que acudieron al real con Teuhtlilli, pues en la noche huyeron sin ser sentidos Cuitlalpitoc y los naturales que habían estado sirviendo á los castellanos. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XL.

(2) Bernal Diaz, cap. XL.—Gomara, cap. XXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XVIII.

CAPITULO VII.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Los totonaca.—Disturbios en el campamento.—Fundacion de la Villa Rica de la Veracruz.—Nombramiento de Cortés por justicia mayor y capitan general.—Disposiciones del cabildo.—Ultima tentativa de los partidarios de Velázquez.—Rasgo de severidad.—Excursion al interior del país.—Entrada en Cempoala.—Quiahuiztla.—Los recaudadores de Motecuhzoma.—Astucias de Cortés.—Insurreccion de los totonaca.—Zozobra en la tierra.

I acatl 1519. La desaparicion de los naturales se tuvo en el campo como principio de las hostilidades; en consecuencia, esperando los castellanos ser combatidos de un momento á otro, pusieron el real en estado de defensa, viviendo en pié de guerra. Nada hubo sin embargo; pero los víveres comenzaban á escacear, los repuestos en los buques se echaban á perder, arreciaban las penalidades traidas por el ardiente clima, haciendo insoportable la vida en los arenales la presencia de nubes de moscos, entre ellos el sanguinario zancudo. Tres dias despues de la partida de los embajadores, estando de faccion Bernal Díaz, se acercaron cinco indios, quienes

haciendo acatamiento pidieron por señas ser conducidos al real, lo cual ejecutó nuestro buen veterano. Los naturales vestían de manera diversa de los culhua, traían grandes horados en el labio inferior y en las orejas, en aquel un *téntetl* de piedras pintadas de azul, en estas grandes rodajas de oro y piedras. Llegados delante de Cortés pronunciaron las palabras, "Lopelucio, lopelucio," segun oyó el cronista, las cuales no fueron entendidas de los indios intérpretes; preguntando Marina si álguien de ellos sabía el nahoa, dos de ellos respondieron que sí, entablándose la conversacion en la manera acostumbrada. Súpose entónces ser mensajeros del señor de Cempoalla, un sol ó jornada distante de ahí quien les enviaba á dar la bienvenida á los extranjeros y ofrecerse por su amigo; no habían venido ántes por temor de los méxica, de los cuales eran vasallos, y cuyo yugo llevaban impacientes por ser mucha la tiranía de Motecuhzoma. De su boca obtuvo Cortés nuevos informes acerca de los enconados disturbios existentes en el país, de lo cual recibió contento, despidiendo á los enviados con dádivas, halagos y promesa de que muy pronto iría á ver á su señor. (1) Pertenecían á los totonaca, tribu diferente en lengua y costumbres á los de México, habitadora de una provincia que se extendía orillas del mar, con su capital Cempoalla: conquistados por los méxica, sufrían el duro despotismo de Motecuhzoma, quien reciamente cargaba la mano sobre ellos, por lo cual acudían á los hombres blancos y barbados para sacudir tan angustiosa servidumbre.

Arreciando los inconvenientes en el arenal, sin objeto para permanecer más tiempo en aquel desamparo, D. Hernando comunicó las órdenes para trasladar el campo á Quiahuiztla, descubierto por Montejo. Hasta este punto, juzgando por las obras, las solas á nuestro alcance, y no por las intenciones fuera de nuestro poder, Cortés se había ajustado cláusula por cláusula á las instrucciones de Velázquez; siguió el derrotero trazado, tocó en los lugares prevenidos, buscó á Jerónimo de Aguilar, llegó á San Juan de Ulua y se ocupó activamente en rescatar ségun el convenio: era de esperar que cesado el tráfico lucrativo y con los bastimentos necesarios para el regreso, el general tornara á Cuba á dividir con su sócio los provechos

(1) Bernal Diaz, cap. XLI.—Gomara, Crón. cap. XXVIII.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. VI.—Torquemada, lib. IV cap. XVIII.

de la expedicion. Las circunstancias, empero, habían cambiado por completo. Cortés estaba al frente de un rico imperio, que si mucho había dado, mucho más podría producir; dividido el país en facciones, su pequeño ejército sobraba para ir al encuentro del opulento emperador, sostenido y ayudado por los descontentos; abandonar así las cosas era dejarlas á medio hacer: había aún que añadir, el encono de Velázquez y las grandes dificultades que habría al hacer la particion con el sórdido gobernador. Nada mas natural que cambiar de conducta, la cual venía á ser la consecuencia de la manera con que se separó en Cuba de Velázquez. Apareció al fin francamente como infiel á sus compromisos; pero esta perfidia fué merecido castigo para el avariciososo Don Diego y la causa de una grande hazaña. En esta circunstancia difícil, como en todas las de interes y responsabilidad, Cortés, que sabía imponer su firme voluntad á sus subordinados, trabajaba diestramente para aparentar ceder á exigencias ajenas, ó á ineludibles obligaciones.

La órden de trasladarse á Quiahuiztla hizo estallar en el campamento la division, sólo latente hasta entónces. Los amigos de Velázquez eran los muchos, fundados en las instrucciones hacían valer, que estando estas cumplidas, pues había termidado el rescate, debían retornar á Cuba; pasar adelante, faltando sobre treinta y cinco hombres, así de los muertos en Tabasco como de los dolientes en la costa, escasos de bastimentos y expuestos á ser atacados por los naturales tarde ó temprano, parecía locura contraria á los intereses del gobernador y de todos los soldados: lo más cuerdo y acertado sería ir á dar cuenta del resultado de la empresa. Cortés respondió con moderacion, no era buen consejo dejar la tierra sin haberla ántes conocido y saber los provechos que encerraba; si faltaban algunos soldados, en todas las guerras y trabajos acontecía lo mismo; ninguna queja podían tener de la fortuna y aún debían dar gracias á Dios por lo bien que les ayudaba: si faltaban bastimentos, sobraba maíz entre los indios y pueblos cercanos, de lo cual comerían, "ó mal nos andarían las manos." con esto se sosegaron algun tanto los descontentos.

Los partidarios de Cortés, encabezados por Alonso Hernández

(3) Bernal Diaz, cap. XLI.—Herrera, déc, II, lib. V, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XVIII.

Puertocarrero, los Alvarados. Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo y otros, hablaban secretamente á los soldados para ganar parciales, haciéndoles estas reflexiones: Cortés, decian, nos ha traido engañados, pues nos ofreció venir á poblar, y ahóra se contenta con lo que se ha rescatado: si á Cuba nos volvemos, Diego Velázquez se cogerá el oro como lo hizo la vez pasada, quedándonos todos sin la porcion que nos pertenece; ya hemos visto que algunos han venido á rescatar hasta tres veces, estando hoy tan pobres como al principio: lo mejor será poblar la tierra en nombre de S. M., y elegir capitan á D. Hernando Cortés, á fin de acrecentar y no perder nuestras ganancias. No fueron tan ocultas estas pláticas que dejaran de llegar á oidos de los de Velázquez, quienes se fueron al general, diciéndole con palabras altaneras, no anduviera con aquellos artificios para quedarse en la tierra y no dar cuenta de lo pasado á quien le había nombrado capitan; que no se anduviese con más rodeos para embarcarse, ya que ni gente ni bastimentos había para poder poblar. Con gran frialdad respondió Cortés. "Me place: en ninguna manera iré contra las instrucciones y memorias que traigo del señor Diego Velázquez," y mandó pregonar el embarque para el siguiente dia. (1)

Aquella órden, alcanzada tan sin contradiccion y otorgada de una manera al parecer espontánea, engañó y dejó perplejos á los de Velázquez. Más los amigos de Cortés se reunieron, conferenciando éntre sí, que siendo caballeros hijos-dalgo, eran obligados al servicio de SS. AA., al acrecentamiento de sus reinos, señoríos y rentas; y pues de lo recogido constaba que la tierra era rica y los indios les tenían buena voluntad, parecíales no se cumpliera lo mandado por Diego Velázquez, que era rescatar y volverse á Cuba, porque haciéndolo, sólo gozarían del oro Velázquez y su capitan Cortés; lo mejor sería, pues, que se fundase y poblase un puerto en nombre de SS, ÁA. RR., para que hubiese justicia que lo tuviese en el señorío real é hiciese mercedes á los pobladores. Reunidos, se dirijieron en seguida á la presencia de D. Hernando, diciéndole que pues convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y el de S. M., atentas las razones ántes expuestas, que cesase de hacer los rescates en la forma

(1) Bernal Diaz, cap. XLII.—Herrera. déc. II, lib. V, cap. VII.—Torquemada lib. IV, cap. XVIII.

que se estaba practicando, para que no se empobreciese la tierra, y le requerían en toda forma nombrase alcaldes y regidores, porque querían poblar una villa, haciendo protesta en su contra si así no procediese. Cortés contestó, respondería el dia siguiente. (1)

No parece que los parciales de Velázquez hayan opuesto abierta resistencia; se procedía en el órden legal, invocando el servicio de Dios y el del soberano, y tal vez ninguno quiso aparecer tibio en el cumplimiento de ambos deberes; ademas, muchos debían haberse pasado ya á las filas contrarias, aplaudiendo el cambio, con la esperanza de acrecentar la porcion que del botin les tocara, por las exenciones que gozaban como vecinos de la puebla. El dia inmediato señalado por Cortés, respondió á la protesta: que su voluntad era servir á SS. AA., sin mirar el perjuicio que se le sigue en no proseguir el rescate, para recobrar los muchos gastos que en compañía de Velázquez tiene hechos en la armada, y ántes posponiéndolo todo, le place hacer lo que se le tiene pedido, pues tanto conviene al servicio de SS. AA. Procedió inmediatamente al nombramiento de concejales: quedaron por alcaldes ordinarios, Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, amigo de Velázquez; regidores, Alonso de Ávila, Alonso y Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval; procurador general, Alonso Alvarez Chico; alguacil mayor, Juan de Escalante; capitan de las entradas, Pedro de Alvarado; maestre de campo, Cristóbal de Olid; alférez real, Corral; tesorero, Gonzalo Mexia; contador, Alonso de Ávila; alguaciles del real, Ochoa y Alonso Romero; escribano, Diego Godoy. Dieron por nombre á la puebla, Villa Rica de la Veracruz: rica, por serlo la tierra; de la Vera Cruz, en memoria de haber desembarcado el Viérnes Santo. Componíase la villa de las enramadas construidas; quedó colocada la picota en medio de la plaza, y fuera de la puebla una horca, signos ambós de jurisdiccion señorial. (2)

Al dia siguiente, reunidos los concejales en su cabildo ó ayuntamiento, enviaron á llamar á Cortés, pidiéndole, cuando estuvo presente, mostrase los poderes que de Diego Velázquez traía; no teniéndolos ahí, mandó por ellos á su aposento y los entregó. Leídos

(1) Carta del Regimiento de la Veracruz, apud Gayangos, pág. 19-20.

(2) Carta del Regimiento, pág. 20.—Bernal Díaz, cap. XLII.—Gomara, cap. XXX—Herrera, déc. II, lib. V, cap. VII.—Casas, lib. III, cap. CXXII.—Torquemada, lib. IV, cap. XVIII.

y examinados que fueron, declaró el cabildo haber cesado aquellos poderes, en cuya consecuencia D. Hernando no podía ejercer los cargos de justicia, ni de capitan de la armada. Considerando en seguida ser indispensable hubiera persona principal que sirviera de cabeza en nombre de S. M., y no encontrando otra más idónea que Hernando Cortés, así por sus servicios y conocimiento de la tierra, como por su desinteres en abandonar el rescate, se le nombraba por justicia mayor y capitan de las reales armas. Aparentó D. Hernando resistir el nombramiento, (1) aunque vencido despues por las súplicas de todos, aceptó, prestando juramento ante el cabildo de cumplir fielmente el encargo, el cual duraría hasta que otra cosa dispusiera S. M. (2) Dispuso tambien el cabildo, que pues no había bastimentos en la villa, se tomasen los existentes en las naos, dejándose á D. Hernando lo que para sí y sus criados hubiése menester, tasándose el resto á precios moderados para repartirles entre los vecinos, quienes los pagarían de la parte de botin que les tocara; se tasarían tambien las naves y se pagarían en comun, para ser empleadas en viajes á las islas, á fin de traer cuanto hubiesen menester la villa y el ejército. Cortés contestó graciosamente, que á pesar del costo que le tenían, regalaba los bastimentos sin ninguna paga, pues no quería revenderlos como hacían otros; que se tomaran y el municipio los repartiera igualmente por cabezas ó raciones, sin exceptuar á él mismo, ni quedar mejorado: respecto de las naos se haría lo que á todos conviniera, y no dispondría de ellas sin primero hacerlo saber. (3)

Por medio de este artificio forense, el carácter de la expedicion cambió por completo. En el país había ya una colonia española, conforme al régimen municipal de Castilla, la puebla no reconocía más superior que al soberano, y le representaba legítimamente el regimiento de la villa; los nombramientos del cabildo eran firmes y

(1) Bernal Diaz, cap. XLII. con su franqueza ordinaria dice: "Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacía mucho de rogar, y como dice el refran: "Tú me lo ruegas é yo me lo quiero."

(2) Carta del regimiento, pág. 21.

(3) Gomara, cap. XXXI.--Bernal Diaz, cap. XLII, refiriéndose á Cortés dice: y lo peor de todo que le otorgamos, que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiése despues sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del rey que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho."

valederos, sin que ninguna autoridad pudiera en ellos mezclarse; como vecinos de la puebla, los soldados quedaban transformados en la milicia comunal, sujeta directamente al justicia mayor: en lo absoluto dependía ya Cortés de Diego Velázquez, pudiendo únicamente el rey privarle de su autoridad y revocar sus poderes. Tan súbita transformacion, sin duda en provecho de todos, dañaba evidentemente los derechos del gobernador de Cuba; si parece justo castigo privarle de provechos alcanzados en virtud de contratos perjudiciales, era sobradamente injusto apropiarse lo que le pertenecía de razon, sin pagarle, ni áun considerarle al ménos.

La parcialidad de Velázquez, ya que no pudo oponerse á lo ejecutado en nombre del rey, tomó otro rumbo para sus quejas, trataba de ilegítimo el nombramiento de Cortés, supuesto no haber ellos contribuido á la eleccion, y por esta falta no ser de la comunidad entera cual se debía: teniendo este vicio, no querían estar bajo el mando de aquel capitan, prefiriendo regresar á la Fernandina. Sabido esto por Cortés, dió licencia á los quejosos para embarcarse; más como siguieran alborotando el campo, fiados en el número, para darles á entender que su autoridad no era de burlas, mandó al alguacil mayor prendiése á Juan Velázquez de Leon, Diego de Ordaz, Pedro Escudero, Escobar, paje de Velázquez y otros, principales instigadores de la resistencia, poniéndolos en la nao capitana, con prisiones y guardas. (1) Este rasgo de severidad fué provechoso; propio de D. Hernando, que tan bien supo enfrenar aquella turba brusca y turbulenta.

Para buscar víveres frescos, ó más bien para dividir las fuerzas de los contrarios, y evitar en el campo un rompimiento á mano armada, el justicia mayor envió la tierra adentro á Pedro de Alvarado con cien soldados, de ellos más de la mitad de los parciales de Velázquez, llevaban órdenes apretadas de apoderarse de los mantenimientos, respetando los demas objetos. El destacamento recorrió algunos pueblecillos de la jurisdiccion de Cuetlaxtla, (2) provincia subordinada á les méxica: los habitantes desamparaban sus casas en tropel, abandonando cuanto tenían; sólo dos se presentaron trayendo maíz, más pora todas partes vieron las señales de recientes

(1) Bernal Diaz, cap. XLIII.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XIX.

(2) Costaztlan de Bernal Díaz, hoy Cotastla, Estado de Veracruz.

sacrificios, los cuerpos muertos, los corazones ofrecidos á los ídolos, las piedras y cuchillos; visto aquello por primera vez, aunque lo sabían ya los soldados, causóles profunda sensacion. Sin encontrar la menor resistencia, Alvarado regresó, trayendo los soldados buen acopio de mantenimientos, los cuales fueron recibidos con contento en el campo. (1)

Entretanto, con palabras buenas, largas promesas y dádivas del oro, "que quebranta peñas," las personas presas se fueron dando á partido, saliendo de la capitana amigos de Cortés. Resistieron los últimos, Juan Velázquez de Leon y Diego de Ordaz, más al cabo cedieron, "y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa." (2)

Terminadas así felizmente las diferencias, dueño Cortés del ejército, determinó abandonar aquella ardiente playa, para trasladarse al lugar descubierto por Montejo. (3) Embarcados los trenes, artillería y enfermos, las naos tomaron el rumbo siguiendo costa á costa. D. Hernando tomó por tierra con cuatrocientos hombres y dos medios falconetes arrastrados por algunos indios de Cuba; los de á caballo marchaban á la descubierta. Tomando al N. de la posicion que dejaban, siguiendo por la arenosa playa, debieron encontrar su-

(1) Bernal Díaz, cap. XLIV.

(2) Bernal Díaz, loco cit.

(3) Para determinar la marcha de los conquistadores á lo largo de la costa del actual Estado de Veracruz, tenemos á la vista dos planos, copias de los dos originales pertenecientes al Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, mandados el año 1580 al rey Felipe II por el alcalde mayor Alvaro Patiño: formados á ojo, dibujados de una manera tosca á la pluma, si no son de utilidad para fijar los rumbos y distancias, sirven de un modo cumplido para dar la situacion respectiva de los lugares y conocer todos los pueblos existentes entonces, ya hoy desaparecidos. El asiento de la primera Villa Rica de la Vera Cruz, es decir, de la fundada en el arenal, está señalado con el nombre, *Sá juan de lua*, ocupando más ó ménos el sitio de la ciudad actual de Veracruz. Esta primera puebla, que sólo constaba de chozas de ramas, fué desamparada y perdida al internarse los conquistadores en busca del punto encontrado por Montejo. Segunda Villa Rica de la Veracruz, fué la situada en el puerto de Bernal, aquel mismo año 1519, de la cual hablaremos adelante, durando en aquel sitio hasta fines de 1523 ó principios de 1524, en que D. Hernando Cortés la hizo trasladar orillas del rio Huitzilapan, despues Canoas y hoy de la Antigua, desapareciendo tambien. Esta tercera puebla, llamada igualmente Villa Rica de la Veracruz, se fundó sobre la márgen izquierda á una legua corta de la desembocadura del rio Canoas; sirvió de puerto y de cabecera de la provincia. En los años siguientes á esta tercera fundacion, en el sitio primitivo del arenal, había algunos pequeños edificios en que se depositaban

cesivamente el rio de Enmedio y el arroyo del Aguacate, corrientes que se precipitan en la mar despues de breve curso, no mencionadas en las relaciones. Detenidos por un rio crecido, pues debía ser el mes de Junio, bajaron hasta cerca de la desembocadura, vadeándole en balsas, en unas canoas rotas y á nado quienes supieron: (1) remontaron por la orilla izquierda, internándose hacia el O., sin saber el camino de Cempoalla á donde se dirijían, hasta llegar á un pueblo pequeño, á la sazon desamparado. No encontraron habitantes ni alimentos, pero descubrieron los restos de los sacrificios humanos, los instrumentos para aquella crueldad, incensarios, libros con pinturas geroglíficas, teocalli con sus ídolos. La desaparicion de los naturales se explica fácilmente. Aunque los invasores se creían abandonados, mnltitud de espías los asechaban de contínuo, ya para dar cuenta diaria en México de sus menores movimientos, ya para dar noticia en los pueblos cuando á éstos se acercaran. Toma-

las mercancías traidas por los buques, que de preferencia buscaban el fondeadero de San Juan de Ulúa. "El año de 1572, no tenía áun forma de ciudad la Nueva Ve-"racruz. Solamente había algunas bodegas y almacenes en la playa para la guarda "de algunas efectos que no podían tan prontamente transportarse á la Veracruz "Vieja, y un hospital que poco ántes había hecho edificar D. Martin Enriquez." Alegre, Hist. de la Comp. de Jesus en Nueva España, México, 1841, tom. 1, pág. 52.—Hacia fines del siglo XVI, lo ahí construido llevaba el nombre de Ventas de Buitron. Por fin, aquí mismo, por órden de Felipe II, poco ántes de su muerte, fundó la *Nueva Veracruz* el virey conde de Monterey, año 1599; es decir, retornó la puebla á ocupar su lugar primero. Esto dice Lerdo de Tejada en sus Apuntes históricos de Veracruz, tom. 1, pág. 114; más en la Estadística del Estado libre y soberano de Veracruz encontramos que la puebla obtuvo los privilegios de ciudad en 1615, "aunque su establecimiento fué el de 1600; y su cuerpo municipal primero que se "instaló en México, fechó su primer acuerdo el 7 de Marzo de 1601, habiendo con-"tinuado invariablemente con el carácter de capital de provincia." (pág. 58).—Conservó por algun tiempo el nombre de Nueva Veracruz, hasta quedar con el tiempo en sólo Veracruz, como hoy se la conoce; la tercera Villa Rica no se despobló, subsistiendo actualmente con la denominacion de la Antigua. Tal es en compendio la historia de la primera villa fundada por los conquistadores en nuestra patria.

(1) Bernal Diaz, cap. XLIV, fija la situacion del rio, diciendo: "y llegamos á un rio donde está poblada ahora la Veracruz." (La Antigua)—El MS. del alcalde mayor Patiño, refiriéndose á esta misma corriente, dice: "porque ademas del rio de esta "ciudad que los indios llaman *guicilapa* (Huitzilapan) á quien los españoles llama-"ron al principio rio de *canoas* y agora llaman en toda la tierra rio de la *veracruz*, "por ser el principal pueblo que hay en su ribera."—Hoy es conocido bajo la denominacion del rio de la Antigua.

ron al siguiente dia por una sabana llena de verdura; en la cual pacían algunos venados, tras uno de ellos corrió Pedro de Alvarado en su yegua alazana, más aunque logró darle una lanzada, escapó ocultándose en el monte. Ahí los encontraron doce totonaca, quienes presentaron á los castellanos algunos bastimentos, rogándoles, de parte de su señor, fuesen á Cempoalla, distante camino de un sol; Cortés se lo agradeció, pernoctando aquella noche en otro pueblo tambien desamparado. Volvieron á encontrar las señales de los sacrificios, ofrecidos, bien para aplacar á los nuevos dioses, ó pedir favor á los antiguos. (1)

De los doce mensajeros seis fueron enviados á Cempoalla para avisar de la próxima llegada de los castellanos, quedando los seis restantes para servir de guías. El ejército se puso en marcha en són de guerra, dispuesto á repeler toda agresion; atravesó por un vado el rio Chachalacas, siguió un camino practicable por medio de campos cultivados, poniéndose al fin á vista de la ciudad. A corta distancia salieron veinte principales á dar la bienvenida, regalaron á Cortés y á los de á caballo frutas y flores, diciendo á Cortés que su señor no había salido á recibirlos por estar imposibilitado, mas los esperaba en sus aposentos. Uno de los jinetes corredores del campo que se acercó á los edificios, volvió á rienda suelta para decir á Cortés que las paredes de las casas eran de plata bruñida; Aguilar y Marina explicaron sería yeso ó cal, como en efecto apareció despues, con gran risa de los soldados y confusion del jinete. "Creo "que con la imaginacion que llevaban y buenos deseos, todo se les "antojaba plata y oro lo que relucía." (2) A medida que se acercaban salía á su encuentro mayor número de gente, mezclándose algunas señoras que por su traje parecían principales; en las calles creció el gentío que confiadamente se confundía con los soldados, siendo inmensa la muchedumbre en la plaza principal: naturales y extranjeros se maravillaban mútuamente de verse, pues para ambos el es-

(1) Gomara, Crón. cap. XXXII.—Bernal Díaz, cap. XLIV.—Las crónicas callan el nombre de estos dos pueblos. Consultando los planos del alcalde mayor Patiño, las dos poblaciones que pudieran convenir, situadas entre los rios de la Antigua y de Chachalacas, llevan la una el nombre de *hiztalpan* ó *hiscalpan* y la otra el de *Tonaltepec.* Pase esto como simple conjetura, fundada no obstante en la presencia de los mismos pueblos, hoy desaparecidos.

(2) Gomara, cap. XXXII.—Bernal Díaz, cap. XLV.

pectáculo se presentaba por primera vez. Llegados al patio del teocalli mayor, salió de su palacio el señor, sostenido de los brazos por dos nobles; era persona muy obesa, de movimientos lentos, razon por la cual le pusieron *el cacique gordo:* hizo su acatamiento á Cortés, lo zahumó en señal de reverencia, dióle la bienvenida, retirándose despues de haber sido abrazado por Don Hernando. Los castellanos como dioses fueron alojados en el teocalli y sus viviendas; el general dispuso poner la artillería á la puerta, que los soldados estuviesen á punto, prohibiendo pena de la vida ninguno se separase del átrio. Fueles servida una abundante comida, formando parte muchos cestos de ciruelas, que como todo pareció bien á los necesitados caminantes. (1)

Acabado el refrigerio, pidió licencia el cacique gordo para hablar á Cortés; otorgósele y vino acompañado de muchos nobles en sus trajes de gala, trayendo un presente de joyas de oro y mantas, el cual ofreció disculpando la pobreza, y diciendo diera mucho más si le tuviera. La conversacion tenía lugar por medio de los farautes, lo que importaba que los discursos pasaran sucesivamente por el castellano, maya, nahoa y totonaco. Agradeció Don Hernando el regalo, prometiendo pagarle en buenas obras, pues ellos eran vasallos de un gran señor, dueño de muchos reinos y señoríos, quien les enviaba "para deshacer agravios y castigar á los malos y mandar que no sacrificasen mas ánimas," prosiguiendo en declarar las cosas tocantes á la fé cristiana, con la inutilidad de los ídolos y horror que debía tenérseles. Al oir el cacique gordo lo de castigar á los malos arrojó profundos suspiros, quejándose amargamente de Motecuhzoma, de quien hace poco tiempo están sojuzgados, sufriendo tantás vejaciones que no puede sufrirlas sino á la fuerza, pues el emperador azteca es fuerte y poderoso. Respondióle Cortés, que por lo pronto no podía entender en ello, mas que el haría que dentro de pronto fuesen desagraviados; pero que teniendo por entónces que ir á ver á los navíos, se dirijía á Quiahuiztla, y hablarían despues más despacio. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XLV.—Gomara, Crón. cap. XXXII.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XIX,

(2) Bernal Díaz, cap, XLV. Seguimos en esto de preferencia la narracion del soldado cronista, quien contradice á Gomara.

Cempoalla, ó mejor Cenpohualla, era cabecera de uno de los señoríos en que á la sazon estaban divididos los totonaca; por el cálculo más bajo contaba 25,000 vecinos, quedando en su jurisdiccion más de treinta pueblos. Muchas de las casas eran de cal y canto, encaladas las paredes y bruñidas hasta aparecer de léjos como de plata; tenía espacioso teocalli con viviendas para los papas; tecpan ó palacio muy capaz; el resto de las casas de adobe ėstaban techadas de zacate. Con plaza principal y otra para el tianquiztli ó mercado, los edificios quedaban distribuidos en calles, entre huertos y jardines, dando al conjunto el aspecto de un verdadero verjel. Era la mayor ciudad vista hasta entónces por los castellanos en nuestro país, por lo cual, complacidos así del hermoso aspecto del lugar, como del agradable recibimiento recibido, le pusieron Sevilla por el tamaño y Villaviciosa por la abundancia de frutas y esplendor de la vegetacion. (1)

Solo un dia permanecieron los castellanos en la ciudad, saliendo al dia siguiente en direccion á Quiahuiztla. Al emprender la marcha fueron puestos á sus órdenes cuatrocientos *tamene*, que entre aquellos pueblos reemplazaban á las bestias de carga, dispuestos para llevar á cuestas el fardaje: impuestos los castellanos de ser es-

(1) Cenpoal, Cenipoal con sus demas variantes corresponden al nombre Cempoalla. Segun los mapas MSS. del alcalde Alvaro Patiño, estaba situado entre dos rios, que conforme á la relacion MS del mismo alcalde mayor se nombraban *Chachalaca* y *Cenpoal*; la puebla quedaba situada á legua ó legua y media de la mar, *dos tiros de ballesta* de la orilla izquierda del Chachalaca y cinco leguas de Chiahuiztla.—Lo mismo nos dice esta noticia: "La capital de Zempoala, de la cual solo ha quedado la "memoria consignada en los anales históricos, era una poblacion grande y de vista "muy hermosa, situada entre dos rios que fertilizaban la campaña, los cuales son "conocidos hoy con los nombres de Actopan y San Cárlos, cuyos desagües á la mar, "forman las barras de Juan Angel y Chachalacas." Estadística de Veracruz, pág. 57.—Así, el rio Chachalacas llámase ahora San Cárlos, miéntras el Cempoalla se denomina de Actopan ó de Juan Angel. En 1580 decía Patiño en su relacion MS.: "cempoalla un lugar famoso é de los primeros que acudieron á la amistad é buen "acogimiento de los españoles questá dos leguas de la Veracruz (Antigua) hácia la "banda del norte é fué segun es fama pueblo de veinte mil vecinos y ahora apénas "tiene treinta casas."—La ciudad siguió disminuyendo hasta quedar en sólo dos ó tres vecinos, que al verificarse la congregacion de los pueblos por el virey conde de Monterey fueron trasportados á un lugar de la doctrina de Jalápa, quedando abandonada y yerma la poblacion: el sitio fué repartido en estancias para labranzas. Torquemada, lib. IV, cap. XIX.—Poco tiempo hace quedaban vestigios de los edificios, con montones de tierra restos del teocalli. La punta al Sur de la desembocadura del Actopan, conserva todavía el nombre de punta de Cempoalla.

ta costumbre del país, cuidaron en lo de adelante de exigir el mismo servicio en todos los pueblos. (1) Aquella noche pernoctaron en un pueblo desamparado á donde los cempoalteca trajeron de cenar, llegando á las diez de la mañana del dia inmediato delante de Quiahuiztla. (2) Treparon á punto de guerra las agrias cuestas que al pueblo conducían, extrañando no ver á los habitantes; penetrando por las desiertas calles, al llegar cerca del teocalli salieron quince sacerdotes con braserillos en las manos, zahumaron á Cortés y soldados inmediatos, diciendo al capitan les perdonase de no haber salido á recibirle, porque los vecinos habían huido de miedo; más ahora que sabían de sus pacíficas intenciones reposasen, seguros de que los pobladores retornarían tranquilamente aquella misma noche. Cortés les mostró cariño, díjoles la relacion acostumbrada de las intenciones con que venía, del poder del emperador Don Cárlos, de la falsedad de los ídolos y excelencias del cristianismo, acabando por regalarles cuentas verdes y otras cosillas, pagadas por los papas con gallinas y pan de maiz.

Conversaba Cortés en la plaza con el señor de Quiahuiztlan, cuando vinieron ciertos mensajeros avisando se acercaba el señor de Cempoalla; en efecto, presentóse á poco conducido en unas andas á hombros de los principales de su pueblo. Los tres reunidos, comenzaron las quejas de los dos nobles contra Motecuhzoma, ponderando con lágrimas y suspiros cuantos males resentían; lo excesivo de los tributos y la crueldad con que eran exigidos; cómo les pedían á hijos é hijas ya para sacrificar, ya para trabajar en las sementeras, llevando á tanto la insolencia los recaudadores, que tomaban á las mujeres hermosas haciéndolas servir por fuerza á sus placeres: iguales desmanes acontecían por todos los pueblos totonaca. D. Hernando los consoló del mejor modo posible, prometiéndoles los favorecería en cuanto pudiese, quitándoles de aquellos robos y agravios," y con estaspalabras recibieron algun contento, más no se les aseguraba el co-

(1) Bernal Díaz, cap. XLV.

(2) Llámanle los autores Quiabuitlan, Quiauistlan, Chiauitztla, Chiauiztla &c. No consta en los planos MSS. de Patiño, lo cual, fuera de no ser omision, indica que para 1580 había desaparecido. Acerca de su posicion nos dice Bernal Díaz, cap. XLVI, que estaba, "entre grandes peñascos y muy altas cuestas,' y si hubiera resistencia era mala de tomar."—Distaba una legua de la mar.

zon con el gran temor que tenían á los mexicanos. (1) En la plática estaban, cuando se acercaron unos indios participando que estaban próximos los recaudadores de Motecuhzoma. Temblando y perdida la color, los señores dejaron intempestivamente á Cortés para salir al encuentro de aquellos terribles funcionarios, haciéndoles preparar inmediatamente aposentos decentes y suculenta comida. Los cinco altivos recaudadores traían el pelo atado con una cinta roja sobre la coronilla de la cabeza, en señal de caballeros; ricas y pintadas mantas á los hombros é iguales *maxtlatl*; olían desdeñosamente las rosas que en la mano llevaban, miéntras sus criados y sirvientes los cubrían con grandes mosqueadores de plumas: con reposado andar apoyados en los grandes bordones negros, signo de su autoridad, atravesaron las calles, pasaron altivamente delante de los castellanos como si ahí no estuvieran, metiéndose á comer al alojamiento preparado. Terminada la comida, mandaron llamar al señor del lugar y al de Cempoalla con los demás principales, reconviniéndoles agriamente por haber recibido y aposentado á los extranjeros sin permiso de Motecuhzoma; los amenazaron por aquel acto de desobediencia, exigiendo les diesen en el acto veinte personas entre hombres y mujeres para sacrificar á los dioses. (2) Sin duda que aquellos funcionarios obraban por órdenes del emperador, pues de otra manera no se hubieran atrevido á presentarse en donde estaban los extranjeros; trataron á éstos con desvío porque los méxica habían roto relaciones con ellos, y venían á hacer alarde de su poder sobre los pueblos vencidos, á fin de evitar relaciones peligrosas. Informados por los espías de la entrada de los castellanos á Cempoalla se dirijieron para aquella ciudad; al saberlo el cacique gordo vino á refugiarse á Quiahuiztla entre los extranjeros, y ahí le siguieron los recaudadores.

Extrañando Cortés que los indios no volvieran, fué informado por Marina de lo que pasaba. Al instante hizo llamar al cacique gordo y oyendo de su boca el relato de lo acontecido, le dijo, que pues el rey su señor le había mandado á castigar los malos y no consentir en sacrificios ni robos, puesto que los recaudadores pretendían robar y llevar hombres y mujeres para matar, no lo con-

(1) Bernal Díaz cap. XLVI.

(2) Bernal Diaz, cap. XLVI.—Herrera, déc. II, lib V, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXI.—Gomara, Crón., cap. XXXIV.

sintieran, y ántes bien los pusieran presos hasta que Motechuzoma fuera informado de ello. Espantáronse los caciques, pues les parecía tan inaudito atrevimiento que no se resolverían á ejecutarlo; Cortés insistió y porfió, hasta que perdido todo respeto se abalanzaron á los recaudadores poniéndoles colleras y en el cepo de piés; uno de ellos hizo valiente resistencia y hartarónle á palos. Roto el dique se desbordará la corriente. Cortés ordenó á los caciques no dieran en adelante tributo ni obediencia á Motecuhzoma, que esto mismo publicasen en todos los pueblos del Totonacapan, y que si algunos otros recaudadores existiesen le dieran aviso para mandar por ellos. Tan estupenda nueva se derramó rápidamente por toda la provincia, comunicada no sólo por los mensajeros despachados al intento por el cacique gordo, sino por los nobles y sirvientes de la compañía de los méxicas quienes huyeron asombrados de tan tremendo caso. Maravillados de accion tal, imposible de ser ejecutada por hombre humano contra el deífico emperador, sólo pudieron atribuirla á séres sobrenaturales, á los dioses blancos y barbados que esperaban, y desde entónces dieron en nombrar teules á los extranjeros. (1)

Los totonaca pretendieron matar á los presos, más Cortés se opuso, mandándoles mantener en prision con buena guarda, y á fin de que no se escapasen puso tambien algunos de sus soldados. Adelantada la noche, dió órden á los castellanos veladores, que sin ser sentidos de los indios le trajesen los dos prisioneros más inteligentes por la apariencia, ejecutado así, estando en su aposento, haciéndose el desentendido, les preguntó por medio de los intérpretes ¿quiénes eran y por qué estaban presos? Por bárbaros que se supongan á los méxica, no podían serlo hasta no atinar con lo visto con sus propios ojos, así respondieron, que los caciques de Cempoalla y de aquel pueblo los prendieron, con su favor y el de sus soldados, pues por ellos mismos no lo intentarían. Cortés replicó estar de to-

(1) Bernal Daz, cap. XLVII. "E viendo cosas tan maravillosas é de tanto peso pa- "ra ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino teules, que ",asi llaman á sus ídolcs en que adraban; é á esta causa desde allí adelante nos lla- "maron teules que es, como he dicho, ó dioses ó demonios: y cuando dijere en esta "relacion teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se di- "ce por nosotros "—*Teules*, palabra estropeada del singular *teotl* ó *teutl*, dios, en mexicano, puesta en plural segun la formacion castellana.

do ignorante y pesarle mucho lo acontecido. Dióles de cenar, hízoles muchos halagos, prometiéndoles iba á ponerlos en libertad para que fuesen á decir á Motecuhzoma, que los castellanos eran sus buenos y grandes amigos; si á tierras de los totonaca habían venido, culpa era del emperador quien les dejó sin víveres en la playa, haciendo retirar á Teuhtlilli y Ciutlalpitoc; desaprobada la conducta de los caciques totonaca, por la cual les había reñido, él de su voluntad les devolvía la libertad para evitar fuesen muertos, y cuidaría de los tres sus compañeros, á quiénes soltaría en tiempo oportuno: que huyan presto, no los vayan á prender de nuevo y los maten. Agradeciéronlo los recaudadores, observando que para huir habían de pasar por tierras de los totonaca: Cortés los hizo conducir á la playa, meter en un batel con seis hombres y conducirlos por la mar fuera de la jurisdiccion de Cempoalla. (1)

Llegado el dia y advertida por los caciques la evasion de los dos recaudadores, pretendieron sacrificar los otros tres. Impidiólo Cortés, riñendo á los totonaca por el descuido que habían tenido dejando escapar los presos; bajo pretesto de evitar la fuga de los demas hizo traer de las naves una cadena á la cual los amarró, haciéndolos conducir luego á los naos para mayor seguridad; pero llegados ahí les hizo quitar las prisiones, los halagó, echando la culpa de lo acaecido á los totonaca, ofreciéndoles ponerlos en libertad para regresar á México. Cortés se burlaba de los indios á más y mejor; pero en verdad, aquello no era política sino perfidia. (2) El desacato cometido por los totonaca era de aquella clase que nunca había quedado impune. Comprendiéndolo así, los señores de Cempoalla, Quiahuiztla y otros lugares vinieron á D. Hernando significándole el peligro en que se encontraban de ser castigados por el emperador; contestóles el capitan, que ántes de determinarse á dar un paso lo pensasen maduramente; debían tener en cuenta el gran poder de Motecuhzoma, quien podría destruirlos; más si á pesar de ello intentaban rebelarse, él sería su capitan, pues razon era defender á sus amigos y

(1) Bernal Díaz, cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XI.—Torquemada, lib. IV, cap. XX.—Gom. Cron. cap. XXXV.

(2) El comentario de Solís, cap. IX, dice: "grande artífice de medir lo que disponía con lo que recelaba, y prudente capitan el que sabe caminar en alcance de las contingencias, y madrugar con el discurso para quitar la fuerza ó la novedad á los sucesos."

amar á quienes le amaban. Pusiéronse á conferenciar los totonaca, dividiéndose en opiniones: pensaban los unos pedir perdon al emperador sujetándose rendidos; los otros, y fueron los más, prevalecieron opinando por sacudir el yugo con el auxilio de los teules. Tomada esta determinacion preguntóles cuántos hombres podrían levantar de pelea; respondieron que cien mil. D. Hernando les previno los tuviesen aparejados para la guerra, pues si bien él no los había menester para su ayuda, bastando con los suyos contra el poder de Culhua, ellos los debían tener á punto para su propia defensa, debiendo darle aviso cuando se presentasen los méxica. Descansando en aquellas promesas, los serranos totonaca se insurreccionaron, negando resueltamente tributo y obediencia á Motecuhzoma, arrojando de sus tierras á los recaudadores y empleados méxica; confederáronse con los castellanos, y á fin de hacer más firme la alianza se reconccieron por vasallos de los reyes de Castilla. De todo ello pidió testimonio D. Hernando el escribano Diego Gedoy. (1)

Por un acto impremeditado, siendo juguete de la astucia los montañeses y broncos totonaca se precipitaron á la insurreccion. No sabían lo que iban á ganar, calculando sólo en salir de un apuro. En

(1) Gomara, Crón., cap. XXXVI.—Bernal Díaz, cap. XLVII.—Herrera, déc., II lib. V, cap. XI.—Torquemada, lib. IV, cap. XXII.—Acerca de estos acontecimientos se explica D. Hernando de esta manera, en la pregunta 93 de su interrogatorio. "Item: si saben que de los naturales de Campual (Cempual) é de todos los de la tierra é costa, que llaman los *Tolons,* fué informado quellos estaban opresos é tiranizados por el dicho Montezuma, é que contra su voluntad é por fuerza le servían, porque los había conquistádo por guerrra; é sí saben quel dicho Don Hernando Cortés tobo ciertas formas é maneras para facer que toda esta xente, que es mucha cantidad, que á la sazon heran más de mil hombres de guerra, se desvengonzaso é rebelasen del servicio del dicho Monteznma, dándoles el dicho Don Hernando Cortés favor para ello, de secreto; é por otra parte, imbiando mensaxeros al dicho Montezuma, é disciéndole que le pesaba de lo que aquellos facían, pero quél iba á verle, é desque se víesen, darían hórden como todos les sirvíesen é obedesciesen muy mexor que ántes, porque ansí lo traya mandado por S. M. é no vernía á otra cosa; é si saben questa discordia é alzamiento desta xente, fué mucha parte para la siguridad del dicho Don Hernando Cortés é de los que con él pasaron; porque fué con él mucha xente dellos, la tierra adentro, ansí de guerra como para les llevar el fardaxe é dalles bastimentos; é que todo fué muy gran parte para lo que adelante sucedió."—(Doc. inéd, tom. XXVII, pág. 338.)—La palabra *tolons* nos parece una mala traduccion paleográfica de la palabra *totons,* compuesta de *toton,* radical de totonaca, añadida una *S* para darle la forma de plural castellano. El nombre *tolons* se encuentra repetido en otros lugares del proceso.

horror á la tiranía de los méxica, se ponían bajo la dependencia de desconocidos extrangeros. Para recobrar la libertad perdida, juraban obediencia á un monarca incógnito. Consejos fueron del ódio y no de la razon. En cuanto á Cortés no sólo era ya dueño de los secretos del imperio, sino que, adquirida la autoridad de dioses, contaba con la primera provincia rebelada.

Extendióse con suma celeridad por toda la tierra la noticia de aquella gente extraña, causando profunda alteracion en los ánimos; no era el miedo de perder sus haciendas, sino pensar iba á acabarse el mundo, debiendo perecer aquella generacion: los hombres más poderosos determinaban ir con sus familias á ocultarse en las montañas mientras pasaba la cólera de los dioses, anunciada por las profecías y los prodigios. Motecuhzoma, apocado y cobarde, hacía consultar á sus ídolos si los recien llegados eran por fin hombres ó dioses: los númenes ó más bien los sacerdotes no sabían responder. Hombres parecían por el aspecto y manera de vivir; en derribar los ídolos parecían gentes bestiales, sobre las cuales caería la cólera celeste; ademas, si dioses fueran, no maltratarían á sus hermanos. Pero teniendo en cuenta las profecías, no quedaba la menor duda en ser divinidades; blancos y barbados, venían en animales extraños nunca vistos ni conocidos; no traían mujeres, sino sólo una como diosa, la cual hablaba la lengua nahoa, lo cual no podía ser sino por milagro, pues Marina era extranjera; á presencia de una ballesta y de una espada llevada á Motecuhzoma, discurrió ser incapaces los simples mortales de manejar aquellas armas; cañones y arcabuces eran truenos y rayos del cielo; pocos eran, y su número no los espantaba; pero séres sobrenaturales debían de ser, ya que tenían la osadía de pretender venir á México; y se atrevían contra la majestad del imperio. (1) En estas niñerías se ocupaba Motecuhzuma, en lugar de arder en ira por el ultraje de los totonaca; en su orgullo se imaginaba seres divinos á quienes se atrevían á su alta majestad: inerte ó cuando más vacilante, sólo estaba atento en ganar unos cuatro dias más para su miserable reinado.

(1) Herrera, déc. II, lib. V, cap. XI.—Torquemada, lib. IV, cap. XXII.

CAPITULO VIII.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Segundo asiento de la Villa Rica.—Nueva embajada de los méxica.—Expedicion contra Tizapantzinco.—Cortés derroca los ídolos en Cempoalla.—Nombramiento de procuradores.—Cartas dirigidas al emperador.—Nuevo complot.—Castigo de los culpados.—Destruccion de la flota.—Partida de los procuradores.—Juan Ponce de Leon.—Francisco de Garay.—Las naves de Alonso Alvárez de Pineda.

Iacatl 1519. Terminados los conciertos con los totonaca, puso Cortés por obra irse al lugar en donde estaban las naos, para establecer la villa fundada, en la costa de San Juan. El lugar escogido fué á media legua de Quizhuiztla y media del puerto del nombre feo de Bernal, en unos llanos abundosos en agua, cerca de unas salinas. Trazóse iglesia, casa de regimiento, plaza, atarazanas, casa de municion; señaláronse solares para los vecinos, con una fortaleza de tápias para servir de defensa, caso de guerra. Púsose mano á la obra dando el ejemplo los capitanes y el general en acarrear los materiales, si bien los indios confederados tuvieron de su cuenta traer ramas, madera y piedra. Este fué el segundo asiento de la

Villa Rica de la Veracruz, y aunque pequeña, la fortaleza sirvió de base á las operaciones militares subsecuentes, de punto de retirada caso de un revés, de refugio por entónces para enfermos y poco listos, al mismo tiempo que de respeto á los totonaca y de atalaya para lo que pudiera presentarse por la mar. (1) Conforme á la costumbre adoptada por los conquistadores, al pueblo de Quiahuiztla llamaron Archidona. (2)

(1) El asiento de esta segunda Villa Rica ha dado motivo á varias discusiones. En el plano MS. de Patiño, 1580, no aparecen Quiahuiztla ni la Vera Cruz; más en la relacion se dice. "En quanto el segundo capítulo se rresponde que segun se collige de las historias deste rreyno y de la tradicion y fama pública que ay en él la primera entrada que en esta provincia hicieron los españoles fué cerca de los años del Señor de 1519, siendo su capitan general Hernando Cortés, el qual fué prosiguiendo el descubrimiento que avian hecho de la provincia de yucatan é tauasco corriendo la costa desta nueva españa más hácia el norte vino á tomar puerto en el sitio que agora se dize villarrica la vieja y allí salió en tierra con toda su gente y fundó un pueblo en la costa de la mar ménos de media legua del agua á quien llamó la villa rrica de la vera cruz, por aver dado fondo en aquel puerto é tomado tierra en biernes santo, el qual pueblo se fundó obra de diez leguas de donde agora está fundada la ciudad de la vera cruz, (Antigua) hácia la parte del norte é sirvió de puerto y escala para los nabios que á este rreyno benían durante el tiempo de su conquista y algunos dias más pero visto que hera pequeño puerto y poco seguro para los navios por la fuerza grande de los nortes á que estava descubierto los cuales vientos en esta costa son muy hordinarios y vehementísimos como se dirá en el capítulo tres, se dió hórden como los navios fuesen á surgir al puerto de san juan de ulúa por lo qual los vecinos de la villa rrica de la vera cruz se pasaron á bibir é poblar en el sitio questa aora esta ciudad (Antigua) por gozar de la comodidad queste rrio les ofrecía, para traer á él en barcas las mercaderías y carga de los naos," etc.—Como se advierte, la relacion confunde la primera con la segunda Veracruz, si bien la historia corresponde exactamente á la de Quiahuiztla.—En un mapa antiguo, formado el año 1527, dedicado á Cárlos V., y publicado en Weimar Geographisches Institut, 1860, se encuentra la Vera † en la situacion del puerto de Bernal, determinado por una pequeña isla, la cual se encuentra igualmente en los planos de Patiño. Partiendo de esta indicacion, el puerto de Bernal conserva todavía su nombre y es conocido.—"Desde Chachalacas continúa al mismo rumbo otras seis millas largas hasta la punta de Zempoala, formando entre las dos algun saco para el O.; en el cual y á distancia de tres millas desemboca el rio de Juan Angel. Desde Zempoala roba la costa al O., formando una regular ensenada con la punta de Bernal, que corre con la anterior al N. 21° O., y dista de ella como diez millas. Esta punta de Bernal demora desde Veracruz N. 29° 28′ O."—"A la parte del S. de la punta de Bernal, y á distancia como de una milla, hay un islote llamado Bernal chico, que demora igualmente de Veracruz al N. 31° 52′ O"—Derrotero de las islas Antillas, México, 1825, pág. 473.—La misma posicion le encuentro á la Villa Rica, en un plano MS. que me ha comunicado el Sr. D. Angel Nuñez.

(2) "Lo que sabe de la pregunta, es, que dende á pocos dias queste testigo llego

Estando en la construccion de la villa llegó nueva embajada de Motecuhzoma, compuesta de dos jóvenes sobrinos suyos, con cuatro ancianos que les servían de consejeros, más un buen número de tamene. A la noticia de la prision de los recaudadores y sublevacion de los totonaca, el emperador se había encendido al fin en ira, disponiendo numeroso ejército para castigar á los culpados; á la sazon llegaron los dos nobles puestos en libertad, con lo cual cambió de intento, enviando aquellos nuevos embajadores. Traían un presente en ropas, plumas, joyas y un casco lleno de oro en pepitas como en los rios se recoje, todo lo cual avaluaron en unos dos mil pesos: dijeron á Cortés, "que Motecuhzoma, su señor, le embiaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber de ella;" (1) dábale las gracias por haber puesto en libertad á los dos recaudadores, y le suplicaba saltara á los otros tres; con su proteccion y de los suyos se habían insolentado los totonaca, negando el tributo y la obediencia, lo cual merecía severo castigo; pero teniendo en cuenta, "á que "tiene por cierto que somos los que sus antepasados les habían di- "cho que habían de venir é que debemos de ser de sus linajes, y "porque estamos en casa de los traidores no los mandó luego des- "truir; mas que el tiempo andando no se alabaran de aquellas trai- "ciones" (2) Cortés recibió afablemente el regalo, contestando con quejas de Motecuhzoma, por haberle abandonado en la costa de San Juan, á cuya causa se vió precisado á venir entre los totonaca; en estos pueblos había recibido honra, por lo cual le manda suplicar les perdone el desacato cometido; en lo respectivo al tributo, no pueden entregarlo como ántes, pues habiendo reconocido al rey de Castilla, no deben reconocer al mismo tiempo dos señores: de todo ello le dará explicacion y harán arreglo, pues está determinado á ir á verle y ponerse á sus órdenes lo más pronto posible. Pagó el presente con cuentas y bujerías, entregó á los tres presos cuyo libertad se le pedía é hizo escaramucear la caballería: con estos despachos despidió á los embajadores. La nueva de aquella embajada se pro-

en la dicha villa de la Vera Cruz primeramente poblada, el dicho Don Hernando Cortés se aposentó en un pueblo alto ques cerca de la dicha villa, que los indios llaman *Quiabstlan* é los españoles por estar en alto posieron Archidona." Doc. inéd. tom. XXVIII, pág. 30.

(1) Gomara, Crón. cap. XXXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. XLVIII.

pagó rápidamente por el Totonacapan, comunicando gran seguridad á los rebeldes; en lugar de ser destruidos, los extranjeros eran tratados con todo miramiento: la conducta de Motecuhzoma no se podía interpretar sino por miedo, y con razon llamaban teules á los blancos, ya que el orgulloso emperador les tenía respeto y regalaba como á ninguno de los grandes soberanos de Anáhuac. (1)

Poco despues vino á la Villarica el señor de Cempoalla, quejándose de lós de Tezapantzinco, (2) porque entraban por tierras de sus súbditos haciendo daño; el pueblo era frontera de los totonaca, estaba en fortaleza sobre un cerro y abrigaba una guarnicion de los méxica. Siendo aquella la primera vez que los áliados le pedían socorro, Cortés resolvió dársele, aunque riendo dijo á los soldados: "Sabeis, señores, que me parece que en todas estas tierras ya tene- "mos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por "los recaudadores de Montezuma, nos tienen por dioses ó por cosas "como sus ídolos. He pensado que, para que crean que uno de nos- "otros basta para desbaratar aquellos indios guerreros que dicen que "están en el pueblo de la fortaleza de sus enemigos, enviemos á He- "redia el viejo." Este Heredia era un vizcaino viejo, mal agestado, con una cuchillada en la cara, tuerto y cojo; llamado por Don Hernando, dándole órden de lo que había de ejecutar, le dijo: "como sois tan mal agestado, creerán que sois ídolo." Los totonaca se maravillaban de que un solo teule bastara contra los enemigos, y entre asombrados y dudosos marcharon con Heredia, quien iba haciendo bravuras y disparando al aire la escopeta. Segun lo concertado, al llegar al rio, Cortés les mandó volver á la villa, diciéndoles que por la buena voluntad que les tiene quiere ir con ellos en persona, para lo cual dispongan tamene para llevar la artillería y fardaje. (3)

Yendo los cuadrilleros á apercibir la gente para la jornada, siete de los parciales de Velázqquez, acaudillados por un tal Moron, se negaron resueltamente al servicio, alegando estar cansados y enfer-

(1) Bernal Díaz, cap. XLVIII.—Gomara, Crón. cap. XXXVII.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXIII.

(2) Nombran á este lugar Cingapacinga, Tizapancinca y de otras maneras. El pueblo no existe actualmente; mas se le encuentra en los planos MSS. de Patiño bajo el nombre Tizapanecingo, y estaba situado unas ocho ó nueve leguas al NO. de Cempoalla. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. cap. 82, corrige Tizapantzinco.

(3) Bernal Diaz, cap. XLIX.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XII.

mos, queriendo retornar á la Fernandina en virtud de la licencia concedida en el arenal. Llamólos Cortés haciéndoles cargo por la desobediencia, mas ellos respondieron algo soberbios insistiendo en su determinacion; aparentando ceder Don Hernando les concedió la licencia, señalándoles nao en que se embarcasen, con bastimentos pocos. Dirijíanse muy contentos los amotinados á la mar, cuando el regimiento de la villa seguido de muchos soldados se presentó al general diciéndole, que por ninguna vía diese licencia á soldado alguno para salir de la tierra, por no ser conveniente al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; que quienes así se iban, conforme á la ley militar merecían pena de muerte, por abandonar en tiempo de guerra y peligro, su bandera y jefe. Cortés hizo como que pretendía sostener la licencia, hasta que vencido por los requerimientos del consejo revocó la órden. Moron y sus compañeros tornaron á la villa avergonzados por su cobardía. "Y todo fué maneado por Cortés." (1)

Con cuatrocientos infantes, catorce ginetes y una pieza de artillería salió Cortés de la Villarica; yendo á pernoctar en Cempoalla; con dos mil auxiliares totonaca, divididos en cuatro capitanías, se dirijió al dia siguiente sobre Tizapantzinco. Rindió la primera jornada en el campo, poniéndose durante la segunda á la vista del pueblo. Al comenzar á trepar la altura sobre que estaba situado, salieron ocho principales y papas, quienes llorando dijeron al general, que no les hiciera daño ni destruyera; verdad era haber existido ahí guarnicion méxica, mas ya llevaba dias de haberse retirado; la enemistad de los de Cempoalla provenía de las diferencias que traían por motivo de términos y linderos de tierras. Comprendió entónces Don Hernando haber sido aquella una astucia del cacique gordo, haciendo servir á los castellanos para su provecho personal, y enojado mandó contener á los cempoalteca que ya andaban robando por las estancias, les riñó por sus excesos é hizo devolver lo robado, ordenándoles acampar fuera del pueblo. Los moradores no recibieron daño alguno; agradecidos á la justicia recibida convocaron á las vecinas parcialidades, prestando todos obediencia al rey de Castilla y oyendo tranquilos cuanto se les dijo contra sus ídolos y en favor de la religion cristiana: Al dia siguiente hizo ajustar pa-

(1) Bernal Díaz, cap. L.

ces y amistad entre los amedrentados capitanes cempoalteca y los satisfechos moradores de Tizapantzinco. (1)

Sentada fama, no solo de valeroso, sino tambien de justiciero; Cortés volvió á Cempoalla por distinto camino del primero. En el tránsito, un tal Mora, natural de Ciudad Rodrigo, robó dos gallinas en una casa, contra las órdenes expresas comunicadas al ejército; Don Hernando le mandó ahorcar de las ramas de un árbol, y ahí pereciera á no haber cortado la soga con la espada el capitan Pedro de Alvarado. (2) Deduciendo de los hechos anteriores, creemos que aquel acto de severidad fuera ordenado por el general para enfrenar á los soldados, y no permitiera que Alvarado estando junto á él trozara la cuerda, á no ser por concierto entre ambos para librar la vida á quien no habia incurrido en pena de muerte.

El cacique gordo salió á recibir al ejército, dándole de comer en unas chozas preparadas al intento. Llegados á Cempoalla, el señor presentó á Cortés ocho indias perfectamente ataviadas á su usanza, con muchas mujeres de servicio, diciéndole: "Teule, estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y ésta, que es mi sobrina, es para tí, que es señora de pueblos y vasallos." En las costumbres de aquellos pueblos significaba la accion, distinguida señal de paz y aprecio, con deseo de emparentar formando una sola familia. Cortés admitió la dádiva con semblante alegre, tomando ocasion con esto para decir al cacique, que para admitir aquellas damas era indispensable se bautizaran y volvieran cristianas, (3) y si amigos y hermanos debian ser, abandonaran la religion de los ídolos, los sacrificios y todas las abominaciones de su culto. El cacique, sacerdotes y nobles respondieron á una voz, no debian abandonar los dioses de sus padres, tanto más, cuanto aquellas divinidades eran buenas, les daban salud, copiosas sementeras y cuanto habian menester. Aun cuando se suponga que los conquistados no estuvieran movidos de verdadera piedad, la vista de aquellas feas figuras, espantosas por su simbolismo, aquel horrible inmolar de víctimas huma-

(1) Bernal Díaz, cap. LI.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XII.

(2) Bernal Díaz, cap. LI.

(3) "Que de buena gana recibirían las doncellas, como fuesen cristianas, porque de otra manera no era permitido á hombres, hijos de la Iglesia de Dios, tener comercio con idólatras." Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIII.

nas y comer de la carne, (1) les debían tener atosigados, si nó por religion, por humanidad y repugnnacia. La resistencia de los totonaca puso espuela al deseo de Don Hernando, quien dirijiéndose á sus soldados les recordó sus deberes de cristianos, inflamó su celo religioso, haciéndoles entender que si no volvían por la honra de Dios, la Divinidad no les ayudaría en ninguna de sus empresas, por lo cual en aquel mismo punto debían derrocar los ídolos, aun cuando preciso fuera pelear y morir en la demanda. Entusiasmado el ejército ofreció cumplir lo ordenado por su general: Cortés, volviéndose á los totonaca les dijo perentoriamente, iba á proceder á derrocar los ídolos, á cuyo efecto se adelantaron cincuenta peones á subir por las gradas del Ku. En tumulto se interpusieron las mujeres, los nobles, el cacique; los sacerdotes con la especie de casullas negras, las capillas negras como de canónigos, el pelo pegado en mechones con la sangre de las víctimas, discurrían por la multitud apellidando á los fieles, miéntras los guerreros acudían en tropel blandiendo sus armas: la confusion era espantosa. Sereno como sabía serlo Don Hernando, repitió á los indios que amonestados comos estaban para quitar aquellas malas figuras, si ellos no las derribaban las derribarían sus soldados; si se resistían, en lugar de ser como hasta entónces amigos y hermanos, se tornarían en mortales enemigos, y en adelante les harían la guerra y destruirían. Marina por su parte les hizo entender, serían muertos por los teules ó por lo ménos, sin su amistad, caería Motecuhzoma sobre ellos con todo su poder, castigando la rebelion con destruir los pueblos y pasar á cuchillo á los habitantes. Extrechado el cacique entre aquellos extremos que salían á la ruina suya y de su pueblo, con esperanza tal vez de que los numenes obraran algun prodigio en su defensa, respondió que no siendo dignos de llegar á sus divinidades, contra su voluntad hiciesen los teules lo que quisiesen. Inmediatamente los cincuenta peones subieron por las gradas del teocalli, penetraron al santuario, arrancaron los ídolos del altar, y quebrados los arrojaron por la escalera abajo. A la vista de semejante profanacion, nobles y papas lloraban cubriéndose el rostro con las manos, disculpándose en alta voz

(1) "y cada dia sacrificaban delante de nosotros tres ó cuatro ó cinco indios y los corazones los ofrecían á sus idolos y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas y brazos y muslos, y los comían como vaca que se trae de las carnicerías de nuestra tierra." Bernal Diaz, cap. LI.

con los númenes de no tener parte en ello, ni haber dado su consentimiento; pero la muchedumbre alzó un inmenso alarido de coraje, adelantándose los guerreros dispuestos á trabar combate. Cortés, como siempre rápido en sus determinaciones, se apoderó del cacique, de seis de los principales sacerdotes, y de muchós nobles, intimándoles los mataría á la menor demostracion hostil: no quedó otro arbitrio al cacique gordo para salvar la vida, que apaciguar á los guerreros dándoles órden de retirarse, aquietando cuanto pudo á la muchedumbre. (1)

Sosegóse el tumulto. Los totonaca debieron pensar que aquel fué un combate de dioses contra dioses, quedando vencidos los de Cempoalla por más débiles, supuesto no haber obrado ningun prodigio en su defensa. Donde existe una supersticion absurda, no hay verdadera piedad. Ocho de los papas recogieron á los mutilados númenes, llevándolos á quemar á sus propios aposentos. El teocalli fué purificado de la sangre que lo manchaba; limpio y encalado de nuevo, cubierto de verdes ramas y olorosas flores, recibió sobre el altar ya cristiano la imágen de la Santa Vírgen: (2) sobre una peana quedó colocada una cruz de madera. Al estar todo terminado dijo misa Fr. Bartolomé de Olmedo, asistiendo los caciques de Cempoalla y comarcanos; recibieron el bautismo las ocho mujeres regaladas, llamándose Doña Catalina, la fea de la sobrina del cacique gordo, "aquella dieron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante; á la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre Doña Francisca; ésta era muy hermosa para ser india, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero;" las otras repartieron á soldados. Hízose al pueblo una larga plática acerca de los misterios de la religion cristiana, terminando con recordar que ya eran hermanos, no sólo en armas sino en creencias, por lo cual les defenderían en todo tiempo, de Motecuhzoma. Para cuidar de la imágen, quedóse ahí un soldado viejo, llamado Juan de Torres, natural de Córdoba, en calidad de ermitaño; cuatro de los sacerdotes, limpios, trocadas sus lúgubres vestiduras por otras blancas, debían tener barrido y compuesto el teocalli. Para alumbrar á la Santa

(1) Bernal Díaz, cap. LI.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIII.

(2) Los castellanos debían traer copia de imágenes. Una dejaron en Cozumel; pusieron otra en Tabasco; regalaron una tercera á los embajadores de Motecuhzoma, y dejaron una cuarta en Cempoalla.

Vírgen, enseñaron á los naturales á construir bujías con cera de abejas. (1)

Terminados aquellos arreglos, el ejército dió la vuelta á la Villa-rica. Aquel mismo dia en que llegó á la puebla, dió fondo en el puerto de Bernal, una nao mandada por Francisco de Salcedo, por sobrenombre el Pulido, conduciendo setenta soldados y diez caballos; entre los voluntarios se contaba al capitan Luis Marin. (2) Súpose por los recien venidos, los buenos despachos alcanzados por Diego Velázquez, quien quedaba nombrado Adelantado, con facultad de rescatar y poblar en las tierras recientemente por él descubiertas.

Con el aumento de esta fuerza, resolvióse unánimemente internarse en el país, en busca de Motecuhzoma. Antes de ponerlo por obra, Cortés, el regimiento de la villa y los vecinos, determinaron escribir al emperador Cárlos V, dándole cuenta de lo acaecido y pidiéndole la aprobacion de ello; á fin de hacer más eficaz la demanda, quisieron enviar de regalo los objetos adquiridos ya por rescate, ya por dádivas de los naturales, lo cual formaría en realidad un conjunto espléndido. Más como en el acervo se contenía, ademas del quinto real y el de Cortés, las porciones de los soldados, Diego de Ordaz y Francisco de Montejo, en calidad de comisionados, fueron solicitando á cada hombre en particular, para ceder lo que le correspondía, haciéndoles firmar en un papel la donacion: todos se conformaron por no parecer desafectos al soberano. (3)

Quedaron nombrados procuradores Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, "porque ya Cortés le había dado sobre dos mil pesos, por tenelle por amigo." La carta del regimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz, lleva la fecha de diez de Julio 1519. Narra sucintamente los acontecimientos, hace una breve descripcion de la pequeña parte del país hasta entónces visto, así como de las costumbres de los habitantes, lanzando sobre todos la acusacion de entregarse al pecado nefando. Dice los nombres de los pro-

(1) Bernal Díaz, cap. LII.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIV.

(2) Así Gomara, Crón. cap. XXXVIII.—Bernal Díaz, cap. LIII, llaman al capitan Francisco de Saucedo, haciendo consistir el refuerzo en diez soldados y dos caballos.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIV, escribe Francisco de Salcedo, siguiendo en el número de los soldados del refuerzo á Bernal Díaz.

(3) Bernal Díaz, cap. LIII.

curadores, "los cuales enviamos á V. M. con todo ello, y para que "de nuestra parte besen sus reales manos, y en nuestro nombre y "de esta villa y consejo supliquen á VV. RR. AA. nos hagan mer- "ced de algunas cosas cumplideras al servicio de Dios y de VV. "MM, y al bien comun de la villa, segun más largamente llevan "por las instrucciones que les dimos. A los cuales humildemente "suplicamos á VV. MM. con todo el acatamiento que debemos, re- "ciban y den sus reales manos para que de nuestra parte las besen, "y todas las mercedes que en nombre de este consejo y nuestro pi- "dieren y suplicaren, las concedan, porque demas de hacer V. M. "servicio en ello á nuestro Señor, esta villa y consejo recibirémos "muy señalada merced, como de cada dia esperamos que VV. RR. "AA. nos han de hacer." Lánzanse duras acusaciones contra los procedimientos de Diego Velázquez y su manera de gobernar en Cuba, terminando con decir: "Y siendo á todos los vecinos y morado- "res de esta Villa Rica de la Veracruz notorio lo susodicho, se "juntaron con el procurador de este consejo, y nos pidieron y requi- "rieron por su requerimiento firmado de sus nombres, que en su "nombre de todos, suplicásemos á VV. MM. que no proveyese de los "dichos cargos ni de alguno de ellos al dicho Diego Velázquez, án- "tes le mandase tomar residencia, y le quitase el cargo que en la "isla de la Fernandina tiene, pues que lo susodicho, tomándole re- "sidencia, se sabría que es verdad y muy notorio. Por lo cual á V. "M. suplicamos manden dar un pesquisidor para que haga la pes- "quisa de todo esto de que hemos hecho relacion á VV. RR. AA., "ansí para la isla de Cuba como para otras partes, porque le en- "tendemos probar cosas por donde VV. MM. vean si es justicia ni "conciencia que él tenga cargos reales en estas partes ni en las "otras donde al presente reside." La carta está escrita en alabanza de Cortés, refiriéndose al cual, escriben ademas: "Hannos ansí "mismo pedido al procurador y vecinos y moradores de esta villa "en el dicho pedimento, que en su nombre supliquemos á VV. MM. "que provean y manden dar su cédula y provision real para Fer- "nando Cortés, capitan y justicia mayor de VV. RR. AA., para "que él nos tenga en justicia y gobernacion hasta tanto que esta "tierra esté conquistada y pacífica, y por el tiempo que más á VV. "MM. pareciere y fuese servido, por conocer ser tal persona que

"conviene para ello." Acompañóse á la carta una lista de los objetos remitidos con los procuradores. (1)

Escribió tambien Cortés; (2) dió á los electos poder cumplido para entender en los negocios que en la córte mandaba solicitar, á cuyo efecto les entregó una suma de oro, con otra para su padre D. Martin. El ejército dió igualmente cuenta de los sucesos: "E la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de "Cortés, é fueron dos cartas duplicadas, é nos rogó que se la mostrásemos, y como vió la relacion tan verdadera y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer y dijo que nos lo tenía "en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo, empero no "quisiera que dijéramos en ella ni mentáramos del quinto del oro "que le prometimos, ni que declaráramos quien fueron los primeros descubridores, porque segun entendimos, no hacía en su carta "relacion de Francisco Hernandez de Córdoba, ni del Grijalva, sino "á él solo se atribuia el descubrimiento y la honra y honor de todo; "y dijo que agora al presente aquello estuviera mejor por escribir, "y no dar relacion dello á su majestad; y no faltó quien le dijo "que á nuestro rey y señor no se lo ha de dejar de decir todo lo que "pasa." (3)

Antes de darse los procuradores á la vela, algunos de los parciales de Velázquez murmuraban en el real diciendo, fuera mejor mandar todo aquello al gobernador de Cuba que no al rey, con otras cosas descomedidas; (4) llegó á tanto el atrevimiento que el clérigo Juan Díaz, Pedro Escudero, Diego Cermeño, piloto, Gonzalo de Ungría ó Umbría, tambien piloto, Bernaldino de Coria, Alonso Peñate y sus hermanos, marineros naturales de Gibraleon, con algunos otros, concertaron secretamente apoderarse de un bergantin, dar muerte al maestre, embarcar los pocos víveres que tenían preparados y huir para la Fernandina á dar parte á Diego Velázquez de la nao, tesoro que llevaba é instrucciones dadas á los procuradores, á

(1) Coleccion de Gayangos, pág. 1-34.—Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, tom. 1, pág. 410.—Alaman, Disertaciones, tom. 1, Apéndice II, pág. 31.—Biblioteca de autores españoles, tom. 22.—Robertson, en su Historia de América, se engaña asignando á la carta la fecha de seis de Julio.

(2) Gomara, cap. XL, da idea de la carta, hasta hoy no encontrada.

(3) Bernal Díaz, cap. LIV.

(4) Carta del Regimiento de la Villa Rica, apud Gayangos, pág. 27.

fin de que el gobernador enviára naos para apoderarse de todo. (1) A la media noche, al irse á verificar el complot, arrepentido Bernaldino de Coria vino á denunciarlo á Cortés, quien inmediatamente se apoderó de los culpados, haciendo desmantelar el bergantin. En su calidad de justicia mayor, instruyó sumariamente las averiguaciones, resultando de las declaraciones estar complicadas otras muchas personas, sobre las cuales se disimuló atendidas las circunstancias; pagando, como siempre, los más debiles, fueron ahorcados Pedro Escudero (2) y Diego Cermeño, cortáronle los piés á Gonzalo de Umbría y dieron doscientos azotes á cada uno de los Peñate; al Padre Juan Díaz le valió su carácter sacerdotal, contentándose el juez con meterle algun temor. (3) "Acuérdome que cuando Cortés, fir-"mó aquella sentencia dijo con grandes suspiros y sentimientos: "¡Oh, quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hom-"bres. Y paréceme que aqueste dicho es muy comun entre los jue-"ces que sentencian algunas personas á muerte, que lo tomaron de "aquel cruel Neron en el tiempo que dió muestras de buen empe-"rador." (4) Ejecutada la sentencia, Cortés se dirijió á matacaballo á Cempoalla, dando órden le siguieran doscientos infantes con todos los caballos, haciendo dirijirse al mismo lugar la fuerza que

(1) Este cargo dan á los culpados, Cortés, Cartas de relacion en Lorenzana, México, 1770, pág. 41, y Bernal Díaz, cap. LVII. Pero segun Andrés de Tapia, Relac. apud García Icazbalceta, pág. 563: "é ovo personas españoles en su compañía que pusieron en plática y por obra de hurtar un navio pequeño, é salir á robar lo que llevaban para el rey."

(2) Era el mismo alguacil que prendió á Cortés en la iglesia de Cuba.

(3) Bernal Díaz, cap. LVII, coloca estos sucesos, "desde á cuatro dias que partieron nuestros procuradores," lo cual no parece exacto en todos sus puntos. La carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 27; haciendo relacion al complot, dice: "por lo "cual los mandamos prender, y quedan presos para se hacer de ellos justicia, y des-"pues de hecha, se hará relacion á VV. MM." Poco más ó ménos dice lo mismo Cortés, Relaciones en Lorenzana. pág. 40, aumentando el castigo aplicado á los culpados. Resulta de estos testimonios, que el complot se fraguó, fué descubierto y quedaron en prision los criminales ántes del diez de Julio, fecha de la carta; el castigo impuesto á los culpados habrá sido cuatro dias despues de idos los procuradores. No puede ser de otra manera, pues si la huida se fraguaba cuatro dias despues de la marcha de los enviados, no podía tener el objeto que se le supone,

(4) Bernal Díaz, cap. LVII.—Se refiere á Suetonio, lib. VI, cap. X: Et cum de supplicio cujusdam capite damnati, ut ex more subscriberet, quam vellem, inquit, nescire literas."

al mando de Pedro de Alvarado había salido tres dias ántes, para proporcionar víveres, escasos en la puebla.

Preocupaba á D. Herdando lo acabado de suceder en la villa. Existían en su ejército numerosos amigos de Velázquez; mucha gente tenía poca fé en el resultado de aquella empresa, atendidas las grandes dificultades y los pocos medios de allanarlas; temía, pues, que alejándose de la Villa Rica la guarnicion la abandonara, perdiendo en ello de un golpe, así la guarnicion misma como el punto de apoyo y retirada. Para cortar de raíz todo intento posterior, determinó destruir las naves; privado así el ejército de todo medio de huir, le quedaba asegurado hasta en el caso de un reves, pues se veía colocado en la forzosa alternativa de morir ó vencer. D. Hernando no quiso asumir sólo la responsabilidad de semejante determinacion; fuera de necesitar del concurso de muchos para llevarla á cabo y sostenerla, no quería aparecer disponiendo de las naos puestas ya á disposicion del concejo de la Villa, ni hacerse responsable del valor de las mismas naves. Así, pues, comunicó el proyecto á sus parciales; y como entre aquellos voluntarios fuera el valor la mayor de sus virtudes, en ellos y aún entre los amigos de Velázquez encontró firme apoyo, pues calculaban no sólo alcanzar el objeto deseado de evitar la fuga de los tímidos, sino aumentar la fuerza efectiva con los ciento ó más marineros, ocupados hasta entónces en guarda de los navíos. Obtenido el consentimiento de los camaradas, Cortés quiso dar á la determinacion el barniz legal. Pidió informe á los pilotos y maestres, quienes estando ganados al intento, afirmaron con juramento, estar sólo tres naos en estado de navegar con mucha costa, quedando inútiles las demás, habiéndose dado el caso que alguna de ellas se hundiera por su estado de vejez. Armado con el informe, ordenó á Juan de Escalante, alguacil mayor de la villa, recogiese cables, anclas, velas y cuanto contenían las embarcaciones, dando al través con ellas, á escepcion de las tres en estado de servicio y de los bateles destinados para pescar. Ejecutólo puntualmente Escalante, dirijiéndose en seguida á Cempoalla con una compañía de marineros, de los cuales segun testimonio de Bernal Díaz, muchos salieron buenos soldados. (1)

(1) Prescott, tom. 1, pág. 269, nota 23, atribuye la gloria de esta accion exclusivamente á Cortés, siguiendo la autoridad de Gomara, desechando de plano la de

Calculadamente el ejército había sido llevado en su mayor parte á Cempoalla, sin duda para evitar una manifestacion desesperada de parte de los amigos de Velazquez; sin embargo, cuando los descontentos supieron la destruccion de las primeras naos prorumpieron en amargas quejas, asegurando que Cortés "los quería meter al matadero." (1) Para sosegarlos les dijo, que estando determinado á penetrar en la tierra, quien no quisiese seguirle quedaba en libertad de volverse á Cuba, á cuyo efecto estaban prestas las tres últimas naves; algunos, principalmente marineros, aceptaron desembozadamente el permiso, otros se recataron teniendo vergüenza de mostrar cobardía en público; más cuando D. Hernando se hubo certificado de quiénes eran los tímidos, mando varar las dos naos quedando á flote sólo la capitana. (2) Segun informaron á Casas, "al "cabo lo hobieron de sentir la gente, y aina se le amotinaron mu- "chos, y este fué uno de los peligros que pasaron por Cortés de mu- "chos que para matallo de los mismos españoles tuvo, pero súpolos "aplacar consolándolos con la esperanza que de hacellos ricos y bien- "aventurados les propuso." (3)

Bernal Díaz. Contradijo ya el aserto el Sr. D. José Fernando Ramírez, nota octava á la edic. de Cumplido, tom. 2°, pág. 92 de la última foliatura; más no estando conformes en todas sus deducciones, diremos algunas palabras en esta cuestion. Prescott, sigue á Gomara, Crón. cap. XLII, quien escribe: "cosa recia, y peligrosa y de "gran pérdida, á cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los na- "víos, sino porque no se lo estorvasen los compañeros, ca sin duda se lo estorva- "ran, y aun se amotinaran de veras, si lo entendieran."—Esta autoridad prueba en efecto la opinion de Prescott, quien para corroborarla añade: "Cortés expresamente declara en su carta al emperador, que ordenó la destruccion de las naves, sin conocimiento de sus tropas."—El texto á que se refiere el historiador se encuentra en Lorenzana, pág. 41, y dice: "Y porque demas de los que por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenían voluntad de salir de la tierra, había otros, que por verla tan grande. y de tanta gente y tal; y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito, creyendo que si allí los navios dejase, se me alzarían con ellos y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría casi solo; por donde se estorvara el gran servicio, que á Dios y á V. A. en esta tierra se ha hecho: tuve manera, como so color que los dichos navios no estaban para navegar, los eché á la costa: por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra; y yo hice mi camino mas seguro y sin sospecha, que vueltas las espaldas no había de faltarme la gente, que yo en la villa había de dejar."—Aun sin tener en cuenta que D. Hernan-

(1) Gomara, Crón. cap. XLII.
(2) Gomara, cap. XLII.—Relac. de Andres de Tapia, pág. 563.
(3) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. CXXIII.

La situacion de D. Hernando se destaca claramente de los acontecimientos. Volver á Cuba era imposible; había roto de una manera tan violenta con Diego Velazquez, que ninguna esperanza quedaba de reconciliacion ó perdon. Conocedor de los secretos del imperio, sabía la riqueza de la tierra, la cobardía del emperador, los disturbios en que el país se ardía. En vista de ello había formado una resolucion, de la cual hacía partícipe á Cárlos V.: "Y dixe así mes-
"mo que tenía noticia de un gran señor que se llamaba Mutezu-
"ma, que los naturales de esta tierra me habían dicho que en ella
"había, que estaba, segun ellos señalaban las jornadas, hasta no-
"venta ó cien leguas de la costa y puerto donde yo desembarqué. Y
"que confiado en la grandeza de Dios y con esfuerzo del real nom-
"bre de V. A., pensaba irle á ver do quiera que estuviese: y aún
"me acuerdo que me ofrecí, en cuanto á la demanda deste Se-
"ñor, á mucho más de lo á mí posible." (1) Para ir en demanda de aquel Motecuhzoma do quier que estuviere, no podía contar con nuevos socorros de la Fernandina, ni de las demas islas, en todas las cuales se le tenía por alzado contra su superior: juzgaba ser su-

do en sus relaciones sólo habla de sí, siendo avaro en recomendar á sus compañeros, nada encontramos en el párrafo, apoyando expresamente el intento de Prescott, aun cuando pueda prestarse á ciertas suposiciones.

Bernal Díaz contradice con particular insistencia la idea. En el cap. XVIII, escribe contra Gomara: "Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navios en que habíamos venido; ántes fué público, porque claramente por consejo de todos los demas soldados mandó dar con ellos al traves á ojos vistas, porque nos ayudase la gente de la mar que allí estaba."—En el cap. LVIII: "Estando en Cempoal como dicho tengo, platicando con Cortés, en las cosas de la guerra y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos, que no dejase navío en el puerto ninguno, sino que luego diese al travès con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos la tierra adentro no se alzasen otras personas como los pasados; y demas desto, que teníamos mucha ayuda de los maestres, pilotos y marineros, que serían al pié de cien personas, y que mejor nos ayudarían á pelear y guerrear que no estando en el puerto: y segun ví y entendí, esta plática de dar con los navios al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navios, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar."—En el mismo cap. LVIII, hacia el fin: "Aquí es donde dice el cronista Gomara, que mandó Cortés barrenar los navíos, y tambien dice el mismo que Cortés no osaba publicar á los soldados que quería ir á México busca del gran Montezuma. Pues ¿de qué condicion somos los españoles para no ir

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 39.

ficientes: á la empresa las fuerzas que á la mano tenía; pero estaban divididas, existiendo partidarios ardientes de Velázquez, mal hallados con el mando de Cortés, y personas desalentadas ó cobardes determinadas á no seguir los azares de la guerra, prefiriendo tornar salvos á sus casas; estos habían murmurado frecuentemente, arrojándose al motin algunas veces. De la manera natural, tranquila, con que hablan de la destruccion de las naves Cortés y sus compañeros, se desprende, que sólo consideraban la cuestion bajo el lado práctico; quitar toda ocasion de huida, hacer mayor la fuerza con el concurso de la marinería, obligar á los descontentos y desanimados á prestar su apoyo á la obra comun, ya que no por convencimiento, por la resignacion en lo imposible: en cuanto á las naos, sin tener en cuenta que la broma las inutilizaba en breve tiempo en los mares intertropicales, de lo cual tenían sobrada experiencia, contaban con el velámen, jarcia, clavazon y cuantos objetos no pedían proporcionarse en la tierra; las naves dadas al través podían ser de nuevo utilizadas, y si no, contaba el ejército con buenos carpinteros de ribera, abundaban maderas de construccion por el litoral entero.

adelante, y estamos en partes que no tengamos provecho é guerras?"—Cap, LIX. Despues de haber dado con los navios al través, y no como lo dice el cronista Gómora."—En el cap. CV, dando idea de la particion del oro por Cortés, asienta: "Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen á él otro quinto como á su magestad, pues se lo prometimos en el arenal cuando le alzamos por capitan general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba, que gastó en el armada, que lo sacasen del monton; y demas desto, que se apartase del mismo monton la costa que había hecho Diego Velazquez *en los,navios que dimos al través, pues todos fuimos en ello.*"—Preferimos los dichos del testigo presencial abonado de sincero, al testimonio del testigo de oidas, tachado como parcial por Cortés.

Podemos interrogar áun algunos otros testigos presenciales: oigamos á Francisco de Montejo, el procurador de la villa, respondiendo al interrogatorio que se le hizo en la Coruña, á 29 de Abril 1520. (Docum. inéditos para la Hist. de España, tom. I. pág. 489;) "Fúele preguntado, qué se hicieron los navios que llevaban en la dicha armada: dijo, que porque eran viejos tomaron informacion de maestres y pilotos, los cuales con juramento dijeron que no estaban mas de los tres de ellos para poder volver, y aun estos volverían con mucha costa, y que todos los echaron al través, escepto los tres, que el uno es en el que vinieron los dichos procuradores y los otros dos se quedaron aderezados, y algunos de ellos se hundieron antes, y que el dicho Hernando Cortés pagó ó quedó de pagarlos á sus dueños."—Alonso Hernandez Puerto Carrero, loco cit. pág. 494: "Fuéle preguntado, qué se hicieron los navios que llevaron: dijo, que desde que poblaron venían los maestres de los navios á decir al capitan que todos los navios se iban á fondo, que no los podían tener encima del

La determinacion en sí fué un rasgo de verdadera valentía. Las reflexiones de arriba en nada menoscaban el mérito indisputable de la accion, tan honrosa para el capitan que la ideó, como para los soldados que la secundaron. Se habían menester resolucion firme, voluntad inflexible, valor indomable, desprecio completo del peligro y de la muerte, para romper toda comunicacion con el mundo conocido, y quedarse aislados, en compañía de sus jurados enemigos, delante de lo probable ó desconocido: en esto nada puede caber de vulgar ó de mezquino. Quedan memoria de hechos semejantes á este, más todos corresponden á grandes hombres. Gomara menciona á Omich Barbaroja quemando siete galeotas y fustas para tomar á Bugia. (1) Solís habla de Agatocles quien quemó su flota en Sicilia para combatir á los cartagineses; de Timarco capitan de los etolos, y de las advertencias militares de Quinto Fábio Máximo. (2) Prescott trae á colacion la memoria de Juliano, quemando su flota al pasar el Tígris y presentarse como triunfador delante de Ctesiphon. (3) A nuestro entender, los castellanos ignoraban estas hazañas, y si las sabian no les sirvieron de pauta; las grandes ac-

agua, y el dicho capitan mandó á ciertos maestres y pilotos que entrasen en los navios y viesen los que estaban para poder navegar, é á ver si se podrían remediar, é los dichos maestres y pilotos dijeron que no había mas de tres navios que pudiesen navegar é remediarse, é que había de ser con mucha costa, é que los demas que no había medio ninguno en ellos, é que alguno dellos se hundió en la mar estando echada el ancla, é que con los demas que no estaban para poder navegar é remediarse los dejaron ir al través."—Los procuradores, como apoderados é informados por Cortés, van conformes con la relacion de su capitan, es decir, "como so color que los dichos navios no estaban para navegar," les había echado á la costa. Estas declaraciones esparcen buena luz en el órden de los sucesos. Montejo y Puertocarrero presenciaron la destruccion de las naves, y se sabe salieron del puerto de Bernal á diez y seis de Julio: la carta de los concejales de la villa, está fechada á diez del mismo Julio, constando en ella la prision de quienes pretendían huir, sin decirse una palabra de haber echado á pique las naves: se infiere claramente, que entre el diez y el diez y seis de Julio, fué el castigo de los culpados y la pérdida de la flota. Nada de esto contribuye en lo más mínimo á los intentos de Prescott.

Otro testigo presencial, Andres de Tapia, Relac. de la conq., apud García Icazbalceta, tom. II, pag. 563: "Visto el marques que entre los suyos habie algunas personas que no le tenian buena voluntad, é que destos é otros que mostraban voluntad de se tornar á la isla de Cuba donde habiamos salido, habie cierto número,

(1) Gomara, Crón. cap. XLII.
(2) Solis, Conq. lib, II, cap. XIII.
(3) Prescott, conq. de México, tom. I, pág. 269, nota 24.

ciones no se copian, y cuando álguien las repite, es por estar dotado de las relevantes prendas y virtudes del original.

En la capitana, única nao salvada, se embarcaron los procuradores Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, con todo el oro y correspondencia destinada á España; tripulábanla quince marineros, con el maestro Baptista y por pilotos Anton de Alaminos y su compañero Camacho. Llevaban órden de tomar el camino por el canal de Bahama, con absoluta prohibicion de tocar en la isla de Cuba, en donde Montejo tenía una estancia llamada Marien, por temor de que Velázquez se informara de lo contenido en el barco y pretendiera apoderarse de él. Dicha misa por Fr. Bartolomé de Olmedo y encomendados al Espíritu Santo para que los guiase, los procuradores se dieron á la vela el diez y seis de Julio. (1) Dejarémos decir para su tiempo el resultado de este negocio.

Llegadas las cosas á este punto, resultó el problema en el sentido dispuesto por Cortés, fué por él determinada la marcha á México en busca de Motecuhzoma. Para tomar sus últimas disposiciones tornó á la Villa Rica; nombró por capitan de la puebla á Juan de

habló con algunos de los que iban por maestros de los navios, é á algunos rogó que diesen barrenos á los navios, é á otros que le viniesen á decir que sus navios estaban mal acondicionados; é como lo hiciesen así, decíeles: "Pues no están para navegar, vengan á la costa, é rompedlos, porque se excuse el trabajo de sostenerlos;" é así dieron al través con seis ó siete navios, é en uno, que era la capitana, en que él habie ido á aquella tierra, hizo meter todo el oro que le habien dado y las cosas que en aquella tierra había habido, é envíolo al rey de Castilla."

Poco más nos resta por citar, Oviedo, lib. XXXIII, cap. II, sigue como siempre á Cortés.—Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. CXXIII, adopta la version de Gomara, si bien motejando agriamente á Cortés.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIV, se decide por Bernal Díaz.—En este conjunto de opiniones apoyamos la relacion que se encuentra en nuestro texto.

D. Hernando, en el interrogatorio que presentó en 1534, dice: 89 Item: si saben que luego los sobre dichos nombrados en la pregunta antes desta, cometieron el dicho delito; é visto el miedo que de entrar en la tierra muchos ternian, el dicho Don Hernando Cortés fizo dar é dió con los navios al través, diciendo á la xente é compañeros, que ya no les quedaba otro remedio sino sus manos é procurar de vencer e ganar la tierra, ó morir," Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 336—37.

(1) Esta fecha es la señalada por Cortés, Cartas en Lorenzana, pág. 38.—Gayangos, pág. 51—Gomara, Crón. cap. XL, escribe 26 de Julio.—Bernal, cap. LIV, pone igualmente veinte y seis de Julio, cambiando la fecha sólo en seis poco más adelante, cap. LVI. Ambas fechas parecen ser erratas de imprenta, no obstante que en las ediciones antiguas van escritas en letras y no con números.

Escalante, alguacil mayor del ejército dejándoles ciento cincuenta hombres de los ménos aptos para la guerra, como vecinos y guarnicion; convocados los señores de los totonaca, D. Hernando, teniendo por la mano á Juan de Escalante, les dijo: Este es mi hermano; lo que os mandare habeis de obedecer, y si los mexicanos os dieren guerra, acudid á él que os defenderá: así ofrecieron hacerlo, zahumando al nuevo comandante y haciéndole acatamiento en señal de recibirle por superior. Los vecinos y sus vasallos los indios deberían terminar los edificios de la puebla. Dadas estas disposiciones Cortés se dirigió á Cempoalla. (1)

Esta ciudad india había recibido ya el nombre de Nueva Sevilla. Un dia despues de misa, estando reunidos capitanes y soldados les habló diciéndoles: " Que ya habíamos entendido á la jornada " que íbamos, y mediante nuestro Señor Jesucristo habíamos de " vencer todas las batallas y rencuentros, y que habíamos de estar

Entrando en otro órden de ideas, encontramos, que los actores, los testigos presenciales y los autores bien informados, están todos unánimemente contestes, en que las naves fueron dadas al través. No obstante tan segura prueba, no faltan personas que, así en prosa como en verso, se hayan aventurado á decir, que los navios fueron quemados. Como ejemplo, nos ocurre copiar lo que dice Juan Suárez de Peralta, Noticias históricas de la Nueva España, pág. 76.—"Pareciéndole que se pusiése en escecusion lo pensado, determinó de tratallo con dos amigos suyos, sin que nayde lo entendiése, y que se pusiése fuego á las navios y se quemasen: y como lo trató con los amigos, acordaron que se hiciése y dieron su traça. Si Hernando Cortés tuviera mando, que no le tenía porque no venía por más de caudillo, él los mandara quemar luego como llegó, mas no osó hasta dar dello parte á quien le ayudase, como la dió; y fue que estando questuviesen todos muy descuydados, fuesen y pegasen fuego á los navios, y solo dejasen en que enviar aviso á Santiago de Cuba. Así lo hicieron, y quando no se cataron, vieron arder los navios y procuraron socorrellos, y no pudieron porque algunos holgaron dello, y el tiempo no les daba lugar, porque soplaba un ayrezito que los ayudó á quemar muy presto. Visto el fuego, y quemados sus navios, dieron en hazer pesquiza de quien lo había hecho para castigalle, y Hernando Cortés andaba muy solícito en la averihuacion, y no pudiéndose descubrir el que lo hizo, acordaron de encomendarse á Dios, y de tomar las armas y entrar la tierra adentro, con la noticia que tenían de Marina, y así lo hicieron."

El autor fué natural de México y vivía en el siglo XVI, no obstante lo cual, no parece bien informado en las cosas de la conquista. Se nos ocurre, que en todas materias, contra la más evidente se puede alegar siempre una autoridad en contrario: la contradiccion humana.

(1) Cartas de Cortés, pág. 40.—Bernal Díaz, cap. LVIII—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. I.—Gomara, Crón. cap. XLIII, se engaña al asentar, haber sido Pedro de Ircio quien quedó por capitan de la villa.

"tan prestos para ello como convenía; porque en cualquier parte "que fuésemos desbaratados (lo cual Dios no permitiese) no podría- "mos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teníamos otro so- "corro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos pa- "ra ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y so- "bre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de "los romanos." (1) Don Hernando supo impresionar á su auditorio, de manera que capitanes y soldados ofrecieron seguirle á donde llevarlos quisiese, mostrando gran entusiasmo por su jefe, pues ya en aquellas circunstancias los mas tibios tuvieron que hacer de la necesidad virtud. Al cacique gordo se le pidieron doscientos tamene para tirar de la artillería y cargar el fardaje, con mas cincuenta guerreros nobles, ya como rehenes ya para servir de guías; acompañaba al ejército, cierta cantidad de tropas totonaca, aunque no se expresa el número. (2)

Estando en estas disposiciones, ocho ó diez dias despues de la destruccion de las naos, llegó un correo de la Villa Rica con el que Escalante participaba á Cortés, andar por la costa cuatro navíos; que habiéndolos visto Juan de Escalante, salió en una barca y de ellos supo pertenecían á Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, por cuya órden venían á descubrir; díjoles el capitan estar ya la tierra poblada por Hernando Cortés, en señal de lo cual tenía fundada una villa una legua de donde estaban las naves, á cuyo lugar podían venir á dar cuenta de su venida; respondieron haber visto ya la villa y allá irían; mas hasta entónces no se habían presentado, ignorándose cuál fuera el intento de aquellos navegantes. Sobresaltado Cortés con el pensamiento de ser aquella gente de Diego Velazquez, dejó apresuradamente á Cempoalla acompañado de cuatro ginetes, dando órden de seguirle á los cincuenta mejores peones: el ejército quedó al mando de Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval, encargado por primera vez de un puerto importante. (3)

Para dar cuenta de la presencia de aquellas naves en la costa de México, se nos permitirá entrar en una pequeña digresion. Establecidos los españoles en las islas Santo Domingo, Cuba y Puertorico,

(1) Bernal Díaz, cap. LIX.

(2) Cartas de relacion, pág. 40.—Bernal Diaz, cap. LXIX.

(3) Cartas de relacion, pág. 42.—Bernal Diaz, cap. LXIX.

supieron de los habitantes haber tierras hácia la parte septentrional, donde entre otras cosas maravillosas había una fuente cuyas aguas remozaban á los viejos que en ellas se bañaban. En busca de la fuente milagrosa se movió Juan Ponce de Leon, gobernador que había sido de Puertorico, armando allí tres naves en las cuales se dió á la vela el 3 de Marzo de 1512: el domingo de Pascua 27 descubrió una tierra, imposible de ser reconocida por el mal tiempo, y obligado á seguir adelante surgió cerca de la costa el 2 de Abril, desembarcando y tomando posesion por el rey de Castilla: dióse á la tierra, creida entónces isla, el nombre de Florida, así por haber sido descubierta en la Pascua de flores, como por estar llena de verdor y frescas arboledas: los naturales la llamaban Cautío. Despues de correr un poco la costa, Ponce de Leon se dirijió en busca de la isla de Bimini á donde se decía estar la fuente prodigiosa; mas no dando con ella, envió en una nave á Juan Perez de Ortubia con el piloto Anton de Alaminos, entrando de vuelta á Puertorico el 21 de Setiembre. Si el descubrimiento no fué de provecho para Ponce, lo fué para la geografía, descubriéndose entónces el camino de regreso para España por el canal de Bahama. (1) Las capitulaciones con Juan Ponce de Leon para el descubrimiento de la isla de Bimini, pasaron en Burgos á 23 de Febrero 1512 y en Valladolid á 26 de Setiembre 1512. (2)

Francisco de Garay, á quien hay motivo para nombrar algunas veces, pasó á las Indias con el almirante Don Cristóbal Colon en el segundo viage, obtuvo el alguacilazgo mayor de Santo Domingo, y más tarde el almirante Don Diego, por recomendacion del rey Don Fernando, le nombró su teniente en Jamaica, pues ademas de su amigo estaba casado con parienta suya: hízose muy rico, pues llevaba parte en la administracion de la hacienda del rey. (3) Los descubrimientos de Hernandez de Córdoba y Juan de Grijalva, produjeron gran sensacion en las islas; Garay fué informado de la riqueza de la tierra por el piloto Anton de Alaminos, y como tenía posibles, con licencia de los religiosos gerónimos armó una expedicion de cua-

(1) Navarrete, Viages y descubrimientos, tom. III, pág.—50—53—Oviedo, part. 1ª, lib. XIX, cap. XV.—Herrera déc. I, lib. IX, cap, X, XI y XII.—Gomara, Hist, de las Indias, cap. XLV.

(2) Colec. de docum. inéditos, tom. XXII, pág. 26 y 33.

(3) Oviedo, lib. XVIII, cap. I.—Herrera, déc. III, lib. V, cap. VII.

tro navíos, buenos pilotos, 270 soldados, caballos y artillería, al mando del capitan Alonso Álvarez de Pineda. La flotilla se dió á la vela de Jamaica hácia los últimos meses de 1518, llevaba encargo de buscar un estrecho hácia la tierra descubierta por Ponce de Leon y reconocer el litoral de la Florida. Ocho ó nueve meses gastaron sin encontrar lo que buscaban: intentando costear la península de la Florida al E., fueron detenidos por bajos, arrecifes y vientos contrarios; entónces tomaron al O. siguiendo á lo largo de la costa, reconociéndola con cuidado, hasta encontrar con la Villa Rica fundada por Cortés. (1) Estas cuatro naves fueron las que preocuparon al comandante de la puebla; debían ser fines de Julio.

Llegado Don Hernando á la villa, sin aceptar el ofrecimiento de Juan de Escalante de ir en demanda de las naos, dando por razon "que cabra coja no tenga siesta," luego que llegaron los cincuenta peones, áun sin darles tiempo de comer, se puso en marcha al N. Cerca de una legua ántes de donde las naos estaban surtas, se vió á tres hombres venir por la playa; Guillen de la Loa, quien se titulaba escribano, Andrés Núñez, carpintero de ribera, y maese Pedro el de la arpa. Preguntados qué querían, Loa respondió, que en su calidad de escribano y con aquellos dos testigos, le requería en nombre de su capitan, puesto haber hecho el descubrimiento de la tierra, partiesen y amojonasen la costa, "porque su asiento quería hacer cinco leguas la costa abajo, despues de pasada Nautecal, que es una ciudad que es doce leguas de la dicha villa, que agora se llama Almería." (2) Respondió Cortés, que para semejante concierto viniera el capitan á tratarlo á la villa, en donde darían el socorro que necesitase la gente; Loa dijo que en manera alguna vendría el capitan ni gente ninguna: no insistió Don Hernando, aunque sin soltar su presa fué á emboscarse en la costa frente á las naves.

Esperaba que alguien bajara en busca del escribano y testigos; fué vana esperanza, pues trascurrió gran parte del dia sin presentarse ninguno, haciéndose desentendidos los de las naos á las seña-

(1) Navarrete, Viages y descubrimientos, tom. III, pág. 64. Véase en el mismo volúmen, Apéndice, núm. XLV, la relacion de esto viage y la real cédula facultando á Garay para nueva expedicion.

(2) Nautecal; Nauhtla, en el Estado de Veracruz: conserva el nombre antiguo. Los soldados de Pineda le pusieron Almería.

les de los de la tierra: comprendió Cortés haber sido vista la fuerza que le acompañaba; hizo quitar los vestidos á los tres cautivos, los hizo vestir á tres de sus soldados á quienes dejó en la playa, tomando él con la fuerza el camino al descubierto cual si se tornara á la villa; cuando no pudo ser visto por ser de noche, retrocedió de nuevo, emboscándose en lugar conveniente. Al amanecer los tres soldados hicieron señales; de una nao se desprendió una barca con diez ó doce hombres, de los cuales saltaron cuatro en tierra, miéntras los disfrazados se retiraban á unas matas volviendo las espaldas; los otros les gritaron: "Veníos á embarcar ¿qué haceis? ¿por qué no venís?" Respondió uno de los disfrazados: "Saltad en tierra y vereis aquí un poco." Desconocida la voz por los desembarcados quisieron huir, mas saliendo de improviso los de la celada se apoderaron de ellos, no sin que uno pretendiera dar fuego á su arcabuz; la barca se hizo al mar á fuerza de remos y el mismo barco soltó las velas y desapareció para no volver. (1)

Segun se observa, los de Pineda procedían con suma desconfianza: Cortés por su parte, segun nos informa Bernal Diaz, pretendía apoderarse de la nave, de la cual se quedó con siete hombres, entre ellos dos escopeteros y dos ballesteros. Para disculpar su accion escribe al emperador: "É creyendo, que habían de haber hecho algun "daño en la tierra, pues se recelaban de venir ante mí;...... y si "algun daño en la tierra hubiesen hecho, embiarselos á V. S. M., y "jamas salieron ellos ni otra persona." (2) Este proceder de Don Hernando, principio de las contradicciones constantes que hizo á Francisco de Garay, dimanaba de no consentir el asiento de persona alguna en las tierras que por conquista le pertenecían. Tan presente tuvo esto, que informado por los prisioneros de lo acontecido en la expedicion: "Lo cual todo despues supe mas por entero, de "aquel gran señor Muotezuma, y de ciertas lenguas de aquella tie- "rra que él tenía consigo, á los cuales y á un indio, que en los di- "chos navíos traían del dicho rio, que tambien yo les tomé, embié "con otros mensajeros del dicho Muctezuma, para que hablasen al "señor de aquel rio, que se dice Pánuco, para le atraer al servicio "de V. S. M. Y él me embió con ellos una persona principal; y

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 42—44.—Bernal Diaz, cap. LX.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág 43.

"aun segun decían, señor de un pueblo. El cual me dió de su par-
"te cierta ropa, y piedras, y plumajes. E me dijo, que él y toda su
"tierra eran muy contentos de ser vasallos de V. M. y mis amigos.
"E yo les dí otras cosas de las de España, con que fué muy con-
"tento, y tanto, que cuando los vieron otros navíos del dicho Fran-
"cisco de Garay (de quien adelante á V. A. faré relacion), me em-
"bió á decir el dicho Pánuco, como los dichos navíos estaban en otro
"rio léjos de allí hasta cinco ó seis jornadas. E que les hiciese sa-
"ber si eran de mi naturaleza los que en ellos venían, porque les
"darían lo que obiesen menester: é que les habían llevado ciertas
"mujeres, y gallinas, y otras cosas de comer." (1)

Francisco de Garay, en el informe que dió al rey, habla de distinta manera, pues aseguró que, "tanto andovieron hasta que toparon con Hernando Cortés é los españoles que con él estaban en la misma costa, é llegados allí amojonaron el término hasta donde habían descubierto." (2) La verdad es, que las naves de Alonso Álvarez de Pineda tomaron al N.: entraron en un rio muy caudaloso (el Pánuco) en cuya boca había un pueblo grande en donde permanecieron mas de cuarenta dias dando carena á los navíos, tratándolos aquella gente de una manera pacífica y regalándoles de lo que tenían: subieron unas seis leguas la corriente descubriendo hasta cuarenta pueblos sobre ámbas márgenes. Era la tierra apacible y fértil, acarreaban los rios pepitas de oro; los habitantes usaban joyas de oro en narices, orejas y otras partes del cuerpo; tenían condicion blanda y amorosa, y en cuanto á la talla los viajeros vieron gran diversidad, pues ya les pintan gigantes de diez á once palmos en alto, á otros de cuerpo regular, no faltando una tercera clase de pigmeos de cinco ó seis palmos. (3) Aquella provincia llamada por los descubridores *Amichel*, era el Huaxtecapan sujeto en parte al imperio de México, en parte independiente: imbuidos los moradores en las mismas ideas de los pueblos comarcanos, recibieron de paz á los castelllanos teniéndolos por dioses. Garay no sacó gran provecho de aquella expedicion, lográndose sólo algun rescate de oro; si tomaron repetidamente posesion de la tierra por el rey de Castilla,

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág.—44—45.

(2) Navarrete, Viages y descubrimientos, tom. III, pág. 147.

(3) Navarrete, tom. III, pág. 65 y Apéndice núm. XLV.

no formaron establecimiento permanente. Adelantó considerablemente la ciencia geográfica, pues con los reconocimientos de Juan Ponce de Leon al N., los de Córdova, Grijalva y Cortés al S. y el intermedio de Pineda, quedó visto el Golfo de México de la península de la Florida á la de Yucatan, en los años trascurridos de 1506 á 1519.

CAPITULO IX.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Sale el ejército de Cempoalla camino de México.—Xalapan.—Xicochimalco.—Ixhuacan.— Texutla.—Despoblado.—Xocotla ó Castilblanco.—Embajadores mexica.—Iztacmaxtitlan.—Tlaxcalla.—Determinacion de la señoría.—Muralla de la frontera. —El ejército penetra por tierras de la República.—Primera escaramuza.—Batalla del primero de Setiembre.—Tzompantzinco.—Cinco de Setiembre.

I acatl 1519. Tranquilizado Cortés sabiendo que aquella gente no pertenecía á Diego Velázquez, permaneció algunos dias en la Villarica esperando si los barcos volvían, y cuando estuvo satisfecho de que las naves habían desaparecido hácia el N., retornó á Cempoalla para dar la última mano á los preparativos de la marcha á México en busca de Motecuhzoma. Los consejales de la *Villa Rica* de la *Vera Cruz* del puerto de *Archidona*, (1) se reunieron en el pueblo de *Cempual*, llamado Sevilla, viérnes en la tarde, cinco

(1) Del nombre Archidona existen dos lugares en España; una villa en la provincia de Málaga, una aldea anexa al castillo de las Guardas, provincia de Sevilla.

de Agosto. Eran alcaldes los nobles y virtuosos señores Alonso de Ávila y Alonso de Grado, regidores Cristóbal de Olid, Bernardino Vázquez de Tápia y Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor Juan Gutiérez de Escalante: juntos en cabildo pareció el procurador del concejo Francisco Alvarez Chico pidiendo, que pues el el general pensaba ir á las provincias de *Culuacan*, se le demandase dejar en la villa gente suficiente para guardarla y con que acudir á la defensa de los pueblos comarcanos, ya sometidos á la obediencia real; pero que siendo este servicio de importancia, se diese á todos los que se quedasen las mismas porciones de lo que se ganase, cual si fuesen á la campaña. Para determinar suplicóse al señor capitan general viniese al cabildo, y hecho, fué leida la peticion, á la que accedió Don Hernando de buena voluntad por ser justa, ofreciendo, "que "las partes que oviesen de llevar, sean iguales con los que en la "dicha entrada van, como si con sus personas en ella fuesen." Retirado el general, los concejales con el procurador se quedaron discutiendo, acerca de lo notorios que eran los grandes gastos hechos por Don Hernando, asi en armas, bastimentos y socorros para venir á la tierra, como mantener ahora á tanta gente y regalar á los indios para atraerlos á la obediencia, en todo lo cual había consumido su hacienda sin llevar salario ni remuneracion alguna, por todo lo cual era razon gratificarle su trabajo. Nada quedó resuelto, determinando volver á reunirse el siguiente sábado seis de Agosto: entónces quedó acordado, "que su merced haya de haber por razon de todo "lo que arriba es dicho, que de todo lo que en estas partes se hu-"biere, así quo los indios lo den como que se haya de rescate èn las "entradas que su merced fuere ó enviare á hacer, así de oro é perlas "é piedras de valor, é joyas, é preseas é esclavos, como de otras "cualesquiera cosas de valor, que sacado de todo ello el quinto que "pertenece á SS. AA. haya é lleve é se le dé de todo lo demas que "quedare, el quinto de todo ello, porque les parecía que todo era "cosa justa é convenible." Consultada la voluntad de algunos de "los vecinos de la villa, se mostraron conformes, así como lo quedó "el general cuando le comunicaron la determinacion. (1)

Segun el testimonio de Bernal Diaz, el quinto lo prometió el ejercito en el arenal, mas no todos los soldados estaban conformes en

(1) Doc. inéd., tom. XXVI, pág. 5–16.

ello; para dar fuerza á la promesa vino el acuerdo del cabildo de la Villarica. Confirmaron la gracia, el año siguiente 1520, en concejo pleno, los alcaldes y regidores de la villa de Segura de la Frontera, y todavía el año 1521 lo otorgó el ejército en Amecamecan de la provincia de Chalco. (1) Los soldados no podían oponer excepcion alguna á la hora del reparto.

Dejó Cortés la Nueva Sevilla el diez y seis de Agosto. Componíase la expedicion de cuatrocientos peones, quince ó diez y seis jinetes y seis piezas de artillería; los acompañaban 1,300 totonaca, contados entre ellos los nobles llevados como en rehenes, y doscientos tamene para tirar la artillería y cargar el fardaje, el resto eran guerreros al mado de sus caudillos Teuch, Mamexi y Tamalli. (2) Por consejo del Cacique gordo la marcha se dirigía á Tlaxcalla, cuyos moradores enemigos constantes de los méxica y amigos de los totonaca, debían recibir de paz á los teules y á sus aliados. (3) Quedó en Cempoalla un paje de Don Hernando, de doce años de edad, para aprender la lengua: en cuanto á la fea de la sobrina del cacique, dada á Cortés y bautizada con el nombre de Francisca, no se vuelve á hacer la menor mencion.

La primera ciudad en que se aposentaron fué Xalapan; (4) el soldado cronista afirma haberse rendido ahí la primera jornada, lo cual nos parece imposible á causa de ser lo más recio de la estacion de las lluvias, siendo preciso vencer unas doce leguas de terreno fragoso y resbaladizo. Rindióse la cuarta jornada en Xicochimilco, situado en una ladera ágria, cuya subida era una especie de escalera angosta muy fácil de ser defendida; la llanura estaba cubierta de alquerías de doscientos á quinientos vecinos. El pueblo era de lengua mexicana; el señor hizo la mejor acojida al ejército, diciendo á Cortés, estar informado como iba á ver á su señor Motecuhzoma, quien le había encargado recibirle cumplidamente y proporcionarle bastimentos, pues era su amigo. "E yo le satisfice á

(1) Interrogatorio de Cortés, pregunta 183, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 373. Respuesta de los testigos, tom. XXVII, pág. 508; tom. XXVIII, pág. 169.

(2) Gomara, Crón. cap. XLIV. Herrera, déc. II, lib. VI, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVI.—Ixtlilxochil, Hist. Chichim. cap. 83. MS. Con frecuencia, los autores españoles callan ó disminuyen el número de los aliados indios.

(3) Bernal Díaz cap. LXI.

(4) Bernal Díaz, cap. XLI. Jalapa, situada en la falda del cerro Macuiltepec, Estado de Veracruz: entónces aquella ciudad correspondía al Totonacapan.

"su buen comedimiento, diciendo; que V. M. tenía noticia de él, "y me había mandado que le viese: y que yo no iba á más de ver- "le" (1) En todos los lugares del tránsito se daba á entender á los moradores, por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, la grandeza del rey de Castillas las excelencias de la religion cristiana, dejándoles cruces para ser adoradas.

El terreno á la sazon recorrido es la faja comprendida entre la costa y la barrera de montañas, cuyas principales cimas, el Nauhcampatepec ó Cofre de Perote se eleva 4081 m sobre el mar (Humboldt), mientras el Citlaltepec ó Pico de Orizaba se levanta á 5296m (Humboldt); este último había sido visto por los castellanos desde la playa, dudando si lo blanco de la cumbre fuera nieve, cual les habían informado los indígenas. Avanzaron primero en direccion del Cofre, cuyas faldas entónces muy más boscosas los obligaron á derivar hacía el S. O. en busca de Xicochimalco; todavía siguieron el rumbo S. O., franquearon el terreno fuertemente accidentado en cuya parte superior estaba el Puerto del Nombre de Dios; (2) á la bajada había algunas alquerías y la villa y fortaleza llamada Ixhuacan, (3) en la cual fueron aposentados y asistidos amigablemente, en cumplimiento de las órdenes comunicadas por Motechuzoma. Buscaron, pues, el paso de la cadena de montañas por entre el Cofre y el Orizaba.

En lo más alto de la subida encontraron hospitalidad en el pueblo llamado Texutla; (4) si el soldado cronista no aplica en sus reminiscencias este nombre á Ixhuacan, debe ser uno de los pueblos en la actualidad perdidos. Las tres jornadas siguientes fueron por

(1) Cartas de relac. pág. 45. Xicochimalco cinco leguas al S. O. de Xalapan, llamada hoy Xico, situado entre los rios Tepetlacalapa y Chapulapa en el Estado de Veracruz. Cortés llama á la provincia Siemchimalen; Bernal Díaz le nombra Socochima; en el plano MS. de Patiño tiene puesto Xicoximalco. Los comentadores de la obra de Lorenzana admiten que la provincia de Xienchimalen es Xicochimalco: pero identifican el pueblo fuerte con Naulinco, pág. II, lo cual no admitimos.

(2) Cartas de relac. pág. 46. Los comentadores de las Cartas de Cortés en Lorenzana identifican *Puerto de Nombre de Dios* con el *Paso del Obispo*.

(3) Ceyconacan de Cortés; Theuhixuacan de Gomara; Tenychoacan en el plano MS. de Patiño: hoy Ishuacan, Estado de Veracruz al S. O. de Xalapan diez leguas, colocado en el terreno quebrado surcado por los rios Huichilapa, Tenejapan y Grande.

(4) Bernal Díaz, cap. LXI.

un terreno despoblado, en el cual sufrieron mucho por falta de víveres y de agua potable; ademas, los helaba el viento frio que soplaba de la direccion del volcan. Sorprendidos por un fuerte turbion de agua y granizo, perecieron de frio algunos de los indios de Cuba, poco abrigados por el vestido; acosados por la sed, quienes bebieron de las aguas salobres que por allí había, enfermaron. (1) El paso de la cadena se hacía, pues, entre el Cofre y el Nevado, más cerca de la falda del primero; aquel terreno, segun la distancia de veinte leguas señalada por Andrés de Tápia, era en parte el *mal país* ó comarca cubierta por las lavas, entónces rodeada de espesos bosques de pinos, prolongándose en seguida por los contornos de la laguna de Atlachichica y la parte pantanosa y salitral hasta Xalapazco y Tepeyahualco. (2) Dejaban el territorio del actual Estado de Veracruz para avanzar sobre el de Puebla. Al fin del despoblado atravesaron otro puerto ó desfiladero, ménos ágrio que el anterior, en lo alto del cual había un teocalli pequeño con ídolos, consagrado sin duda á las divinidades de los montes, con una gran cantidad de cargas de leña muy compuestas alrededor, razon por la cual dieron al sitio el nombre de Puerto de la Leña. (3)

(1) Cartas de relacion, pág. 46.—Bernal Díaz, cap. XXI.—Gomara. Crón. cap. XLIV.—Andrés de Tapia, relacion, pág. 566, dice: "é despues de haber andado el "marques con toda su gente poco más de veinte leguas de despoblado, salido de la "tierra de éstos que se habían dado por nuestros amigos, las cuales veinte leguas "anduvo por cabe unos lagos de agua salada como de la mar é por tierra de salitra"les."—Herrera, dec. II, lib. VI, cap. II.

(2) "En estos llanos de Perote están las lagunas que llaman de Tlachac y Atlachichica y Quecholac; algunas gentes quieren decir que en otros tiempos fueron cerros y volcanes, que el tiempo los consumió, que se hundieron y que se hicieron estas lagunas que son cinco ó seis, y así parece, que por los bordes se reconoce una cosa que indica que lo de enmedio se hundió, y quedan como unas calderas, porque los bordes son altos y las lagunas estan hundidas y bajas en aquellos llanos que tenemos referido. El agua destas lagunas es salobre y muy clara que parecen ojos de agua ó respiraderos de la misma tierra. Crian pescadillos menudo y blanco de muy buen gusto, que nuestros españoles llaman peje rey. Estas dichas lagunas ú ojos de agua estan apartadas unas de otras á una ó á dos leguas, ó á tres, y á más ó ménos" Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Los autores del viaje de Cortés, colocado al frente de la edic. de Lorenzana, pág. III y sig, dicen, "cuyo paraje se conjetura con fundamento ser lo que hoy llaman *Sierra de la agua*." Sierra del agua es punto del camino de Jalapa á Perote, al S. O. de Cruz blanca; está situado sobre la falda boreal del Cofre, y por conse-

A la bajada, entre ágrias sierras, entraron en un fértil valle cubierto de labranzas, en el cual se distinguía un pueblo á cuyo señor fueron enviados dos cempoalteca para avisarle de la llegada de los castellanos: andadas dos leguas por entre las esparcidas casas, llegaron al palacio ó morada del cacique, de piedra de cantería labrada, muchos y bien formados aposentos, siendo el edificio más bello de los hasta entónces vistos en la tierra, razon por la cual se formaron grande idea del dueño; el pueblo tenía lindo aspecto, las casas y teocalli encalados y como algunos portugueses del ejército dijeron se parecía á Casteloblanco en Portugal, le pusieron Castilblanco. Nombrábase el valle Caltanmic, el lugar Xocotla; mandaba ahí un señor llamado Olintetl, hombre obeso á quien llevaban por los brazos dos de sus parientes y debía sufrir alguna enfermedad nerviosa pues los españoles le pusieron por apodo el Temblador. (1) Recibidos los extranjeros con benevolencia, cual por todas partes hasta entónces lo habían sido, entablóse conversacion etre el cacique y Cortés. Dióle este noticia del rey de España á quien servía, de su venida á la tierra y de como iba en busca de Motecuhzoma, terminando con preguntarle si él era vasallo del emperador azteca ó pertenecía á otro señorío. Asombrado Olintetl respondió ¿y quién no es vasallo de Motecuhzoma? "Yo le torné aquí á replicar "y decir, el gran poder y señorío de V. M.: y otros muy muchos y "muy mayores señores, que no Muctezuma, eran vasallos de V. A: "y aún que no lo tenían en pequeña merced: y que así lo había de "ser Muteczuma y todos los naturales de estas tierras: y que así lo "requería á el que lo fuese, porque siéndolo sería muy honrado y

cuencia no puede corresponder á este itinerario que corre por la falda austral. Mucho ménos puede admitirse que Caltanmi sea Teziuhtlan, pues á ello se oponen la geografía de los lugares y los datos históricos.

(1) Gomara, cap. XLIV, dice: "Llámase en su lengua Zacotlan aquel lugar, el valle Zacatamí, y el señor Olintlec." Los nombres del pueblo y del señor se encuentran ortografiados de muy distintas maneras, restableciéndolos nosotros en su verdadera forma Xocotla ó Xocatlan, y Olintetl. El pueblo estaba situado á dos leguas de Iztacmaxtitian; por consecuencia se hace imposible admitir el dicho de los autores del Viaje de Cortés, quienes pretenden identificar á *Caltanni* con *Tlatlauquitepec*; "en donde vivía entónces el cacique señor de toda aquella tierra ó valle, y en dicho pueblo en la parte inferior de él se conoce haber estado el palacio de Caltanni."

" favorecido, y por el contrario no queriendo obedecer, sería punido.
" E para que tuviese por bien de le mandar recibir á su real servi-
" cio, que le rogaba, que me diese algun oro que yo embiase á S. M.
" Y él me respondió, que oro que él lo tenía, pero que no me lo que-
" ría dar si Muteczuma no lo mandase: y que mandándolo él, que
" oro y su persona, y cuanto tuviese daría. Por no escandalizarle,
" ni dar algun desman á mi propósito y camino, disimulé con él lo
" mejor que pude: y le dije, que muy presto le embiaría á mandar
" Muteczuma, que diese el oro y lo demas que tuviese." (1)

Marina y los aliados totonaca satisfacían á su modo la curiosidad de los del pueblo. Preguntados qué clase de animal, si tigre ó leon, era un lebrel de Francisco de Lugo muy ladrador de noche, respondían: "Traenle para que cuando alguno los enoja los mate." Contaban de las lombardas, que con piedras que dentro les metían, daban muerte á quienes se les antojaba; de los caballos aseguraban correr más que venados, alcanzando á quien se les mandaba. "Luego desa manera, teules deben de ser," decían los atónitos indios. "Pues, ¡cómo! ¿ahora lo veis? Mirad que no hagais cosa con que los enojeis, que luego lo sabrán, que saben lo que teneis en el pensamiento." Contaban entónces cuanto les habían visto ejecutar, concluyendo con decir: "Y demas desto, ya habreis visto cómo el gran Montezuma, aunque tiene tantos poderes, los envía oro y mantas, y ahora han venido á este vuestro pueblo, y veo que no les dais nada; andad presto y traedles algun presente." (2) No obstante los dichos de aquellos *echacuervos*, como les dice Bernal Díaz, el cacique de Xocotla se mantuvo firme; sólo dos señores, el uno á cuatro, el otro á dos leguas de distancia, acudieron con ciertos collares y joyas, trayendo cada uno cuatro esclavos para hacer pan á los extranjeros. Cortés pretendía derrocar los ídolos dejando en su lugar una cruz, á lo cual se opuso Fr. Bartolomé de Olmedo; porque no estando bien convertidos los indios y siendo algo desvergonzados, no hicieran desacato al santo signo. Xocotla era lugar fuerte y poblado, recibía guarnicion mexicana, y como cercana á la frontera de Tlaxcalla, estaba siempre apercibida á la pelea. (3)

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 47.

(2) Bernal Díaz, cap. LXI.

(3) Cartas de relacion, loco cit.—Bernal Díaz, cap. LXI.—Gomara, Crón, cap. XLIV.—Herrera, déc, II, lib, VI,—Torquemada, cap, II, lib. IV, cap. XXVI.

Mientras los invasores penetraban en el imperio, Motecuhzoma proseguía en su desacordado sistema; en vez de prevenir armas y aparejar tropas para la guerra, permanecía en punible ociosidad. Por todos los caminos recibía diariamente numerosos mensajeros con noticia de los dioses, quedando satisfecho al saber no se apartaban de la costa. Envió nigromantes y hechiceros á Cempoalla para encantar á los blancos, y como ninguna cosa alcanzaron, al tornar á Tenochtitlan y darle cuenta de la inutilidad de sus conjuros, se consoló pensando, que metidos los castellanos en la capital, las artes mágicas surtirían el apetecido efecto. (1) Sabedor de haberse puesto los teules en camino, comunicó sus órdenes encargando á los suyos tuvieran gran diligencia en recibirlos benévolamente. Apenábale mucho saber que los españoles preguntaban por su persona, á lo cual daban por respuesta, ser "hombre de perfecta edad, y que "era hombre enjuto y de mediana estatura, y que en su cara representaba mucha gravedad y mucha prudencia y gran valor." (2)

Hizo tambien llamar al Huitznahuatl Motelchiuh, mandándole salir al encuentro de los blancos á fin de saludarles en su nombre y servirles de guia. El Huitznahuatl marchó apresuradamente acompañado de algunos nobles, hasta ponerse en la presencia de Cortés, en el lugar nombrado Chichiquila; presentó al general un ramillete de rosas, saludándole por medio de Marina. "¿De dónde eres? le preguntó el castellano." "Soy de la ciudad de México, respondió Motelchiuh, y soy enviado del poderoso Motecuhzoma, quien os da la bienvenida, deseando vayais poco á poco el camino, para que no padezcais en la salud; os está esperando y desea vuestra llegada á su ciudad y casa." Marina dijo entónces: "dice este dios, padre mio, que cómo te llamas"?—"Me llamo Huitznahuatl Motelchiuh."—"Este dios dice, prosiguió Marina, que agradece mucho á Motecuhzoma el cuidado y la visita que le envía; que ya va de camino y acercándose á México, para gozar de la presencia de quien tanto favor y bien le hace."—"Señora, dile á ese dios, replicó Motelchiuh, esté satisfecho del deseo que en servirle tiene Motecuhzoma, quien ha ordenado pena de la vida en todas las provincias, sea él bien recibido con todos los dioses sus compañeros, con agrado y sin faltarles

(1) P. Durán, cap. LXXII. MS.

(2) Sahagun, relac. de la conq. cap. IX.

nada: quisiera saber si así se ha cumplido."—"Marina le respondió, "Huitznahuatl, el dios que presente está, te agradece á ti y á tu "señor, todo ese cumplimiento y obras que se han tenido en que él "vaya poco á poco á verse con él; que te ruega que te vuelvas á México y le des las gracias á tu señor de su parte, y que no tome "trabajo de enviar quien le guie, que acá tenemos quien nos guie y "enseñe el camino." Motelchiuh tornó á dar la desabrida respuesta á Motecuhzoma, quien se consoló diciendo: "vengan cuando quisieren, que esperándolos estoy, ya quo no hemos tenido maña de hacerlos volver á su tierra como la vez primera." (1)

En Xocotla, recibió D. Hernando, por boca de Olintetl, cumplidas noticias acerca de Motecuhzoma, su poderío y riqueza, situacion de la ciudad de México, fuerza y opulencia. Consultando cuál sería camino mejor para ir á México, Olintetl ofreció llevarle por tierras del imperio, sin pasar por Tlaxcalla, señalando como tránsito la ciudad de Chalollan: los totonaca contradijeron la opinion, asegurando ser traidores los chololteca y amigos de Motecuhzoma, siendo más acertado atravesar por Tlaxcalla, cuyos moradores, amigos suyos, eran enemigos jurados de los méxica, contando ademas con multitud de fuertes guerreros, con los cuales tendría cuenta confederarse. Prevaleció esta segunda opinion, y en consecuencia Cortés escogió cuatro de los principales cempoalteca, á quienes entregó para servir de presente, para los señores de la república un sombrero vedijudo colorado de Flandes, acompañado de una carta, la cual bien entendía no sería comprendida por los indios, sin embargo de lo cual deberían tomarla como cosa de mensajería; las instrucciones dadas á los embajadores se reducían á ofrecer la amistad de los blancos y su proteccion para defenderlos de Motecuhzoma. Envió tambien una ballesta y una espada para poner admiracion en los tlaxcalteca á la vista de los armas manejadas por los extranjeros. (2)

Despues de permanecer cinco ó seis dias en Xocotla, así para esperar la vuelta de los mensageros, como para acercarse á la frontera de Tlaxcalla, el ejército se dirijió al pueblo de uno de los dos se-

(1) P, Durán, cap. LXXII. MS.—Tezozomoc, cap. ciento diez. MS,

(2) Bernal Díaz, cap. LXII.—Gomara, Crón. cap. XLIV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVII.

ñores que ántes habían venido á saludar á Cortés. La poblacion distaba dos leguas de Xocotlan, nombrábase Ixtacmaxtitlan, y se extendía tres ó cuatro leguas á lo largo de un pequeño rio, estando sobre un alto cerro la morada del cacique, "con la mejor fortaleza "que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro, y bar-"bacanas, y cavas; y en lo alto de este cerro terná una poblacion de "hasta cinco ó seis mil vecinos con muy buenas casas, y gente al-"go más rica, que no la del valle abajo." (1)

Para proseguir la narracion, refresquemos la memoria, repitiendo algunas cosas ya sabidas. La república de Tlaxcalla (2) estaba enclavada dentro del territorio del imperio tenochca, lindando al E., con el reino de Acolhuacan; dividíase en cuatro parcialidades ó cabeceras, mandada á la sazon, la de Ocotelolco por Maxixcatzin, general del ejército; la de Tizatlan por Xicotencatl, muy anciano y casi ciego; la de Tepeticpac por Tlehuexolotzin, y la de Quiahuiz-

(1) Cortés, Cartas de relac. pág 48, nombra al pueblo Iztacmartitan: Gomara, Crón. cap. XLIV le llama Iztacmixtlitan. Bernal Díaz, cap. LXII, dice al pueblo Xalacingo, siguiendo la opinion Torquemada, lib. IV, cap. XXVII, corrigiendo el nombre en Xacatzinco. Nosotros seguimos la autoridad de Cortés.—Ixtacamaxtitlan, como ahora se pronuncia, pertenece al Estado de Puebla, y en aquella época, "estaba en lo alto del cerro, y lo bajaron á este sitio el año de 1601 por la incomo-"didad que acarreaba al ministerio y comercio: el sitio en donde se hallaba cuando "Cortés estuvo en él, es un peñasco muy alto, cortado por el lado del Sur, que hace "respaldo y se llama *Colhua*, que quiere decir *redondo:* este peñasco tenía en su ci-"ma el palacio del señor del valle y provincia, sujeto á Muteczuma; se conservan "en el mismo sitio muchas piedras labradas y algunos cimientos que demuestran la "grandeza de aquel palacio, cuyo señor se llamaba *Tenamaxcuicuitl,* esto es, *piedra* "*pintada.*"—"El referido peñasco se une con lo demas del monte por medio de un "pequeño llano, y se llamaba esta union *Tenamictic,* que quiere decir, *piedra unida* "ó *casada,* y por esta union se comunicaba el palacio con el pueblo, que constaba "de cinco á seis mil vecinos y de sus casas apenas se perciben ya señales, así por "haberlas robado las aguas, como por las labores. Tiene el peñasco del palacio otro "cerro en frente tan alto como él, y uno y otro tendrán media legua de subida: es-"te cerro tiene al lado del Norte, que mira á el del palacio, un ribazo á modo de pa-"red, que en su idioma llaman los indios *Texcale,* á el cual lo señala por medio una "lista ó cendal blanco, que ellos llaman *Ixtacmaxtli,* de donde tomó nombre el va-"lle y pueblo de Ixtacmaxtitlan." Viaje de Hernan Cortés en Lorenzana, pág. V. —Supuesto que la significacion es cendal ó *maxtli* blanco, la verdadera ortografía es Iztacamaxtitlan.

(2) La llamada república de Tlaxcalla tomaba nombre de su capital igualmente denominada Tlaxcalla: el territorio de aquel señorío era casi el mismo de la provincia conservada con sus antiguos límites durante la dominacion española, y hoy conocido por el Estado de Tlaxcalla.

tlan por Citlalpopocatzin. No estar el gobierno en manos de un sólo monarca, determinó á los antiguos escritores á dar á aquel estado el nombre de república. Esta palabra no debe inducirnos en error, por el sentido que ahora le damos, sabiendo la significacion antigua. No era aquel un señorío regido por leyes votadas en una asamblea, determinando los derechos y las obligaciones de hombres libres; propiamente era una oligarquía, en la cual, si bien se deliberaban los negocios por los cuatro jefes, para adoptar las determinaciones de la mayoría, no se reconocía el dominio de constitucion alguna, estando sujetos los vasallos á la misma servidumbre de los súbditos de los reyes. (1) Por otra parte, la mayoría de los autores, Prescott entre ellos, creen la república tan poderosa y fiera, sus guerreros tan aguerridos y valientes, sus jefes tan fieros y briosos, que el imperio de Tenochtitlan nunca había logrado domeñarla, ni áun empleando la suma de su inmenso poder. La asercion es completamente falsa como en su lugar demostramos: Tlaxcalla existía merced al pacto religioso. Vamos á corroborarlo con nueva autoridad.—"Estos indios por todas partes de sus provincias partían términos con sus enemigos, vasallos de Moteczuma é de otros sus aliados, é cada que Moteczuma queria hacer alguna fiesta é sacrificio á sus ídolos, juntaba jente é enviaba sobre esta provincia á pelear con los de ella é á cativar jentes para sacrificar, puesto que muchas veces los de la provincia mataban mucha gente de los contrarios; pero muy averiguado parecia que si Muctezuma y sus vasallos y aliados quisieran poner su poder á dar cada cual por su parte en esta provincia, los desbarataran en breve y fenecieran la guerra con ellos; é asi yo que esto escribo pregunté á Muctezuma y á otros sus capitanes, que era la cabsa porque tiniendo aquellos en medio no los acababan en un dia, é me respondien: "Bien lo pudiéramos hacer; pero luego no quedara donde los mancebos ejercitaran sus personas, sino lejos de aquí: y tambien queriamos que siempre oviese gente para sacrificar á nuestros dioses." (2)

Los tlaxcalteca tenían sobradas noticias de los castellanos; participaban de las preocupaciones generales respecto de los hombres blancos y barbados; les traían confusos algunos agüeros, como cier-

(1) Véase Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(2) Relac. de Andrés de Tapia, apud. García Icazbalceta, pág. 572.

tos terremotos sufridos, la aparicion del cometa, el haberse derribado algunos de sus ídolos; pero si ésta era la creencia comun y vulgar, no faltaban desconfiados para inferir de la manera de vida de los extranjeros, de sus costumbres é instintos, la imposibilidad de su orígen divino ó al ménos no admitieran cuanto de su poderío se relataba. (1)

Los cuatro embajadores cempoalteca salieron de Xocotla, vistiéronse las insignias de su cargo y se dirijieron apresuradamente á la ciudad de Tlaxcalla; llegados á su destino fueron llevados á la sala del consejo, dándoles de comer miéntras se reunía la señoría, no senado como malamente se dice. Juntos los cuatro señores, hicieron entrar á los mensajeros, quienes haciendo las reverencias de estilo, presentaron la carta, (2) espada, ballesta y sombrero; despues tomando la palabra el más anciano dijo: "el señor de Cempoalla y los totonaca os hacen saber, han llegado á sus tierras, en grandes *acalli*, de la parte del Oriente, unos teules fuertes y animosos, quienes les han ayudado y puesto en libertad de Motecuhzoma; dicen ser vasallos de un poderoso rey y traer al verdadero Dios; quieren visitaros y ofrecen ayudaros contra vuestro capital enemigo; porque veais su fortaleza os traemos sus armas, y dicen los cempoalteca será bien les tengais por amigos, pues si pocos son, valen por muchos." Aquellos negociadores, como se advierte, tomaron los nombres de su señor y de su pueblo de preferencia al de los castellanos. Los de la señoría contestaron, "fuesen bien venidos; á los totonaca agradecían el consejo, y á los teules su regalo; más siendo el negocio árduo y necesitando tiempo para deliberar, se retirasen á descansar." Salidos de la sala se agolpó la gente preguntando mil cosas relativas á los extranjeros, á las cuales respondían los enviados ensalzando cuanto habían visto, contando prodigios, esparcidos bien pronto por el admirado vulgo. (3)

Habiendo quedado solos los cuatro señores, usó de la palabra Maxixcatzin; diciendo: los cempoalteca, enemigos de Motecuhzoma, nos aconsejan recibir á los extranjeros; éstos segun su valor y la

(1) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(2) El primer cuadrete de la manta de Tlaxcalla, representa á estos embajadores, presentando la carta sostenida en una vara pequeña.

(3) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. III.—Torquemada lib. IV, cap. XXVII.

fuerza de sus armas, dioses parecen y no hombres, y nos ofrecen ayuda contra el imperio; nuestros antepasados predijeron vendrían por el Oriente, en acalli grandes, ciertos hijos del sol, en traje y costumbres diferentes, valièntes hasta valer uno por mil, enviados por un gran señor, á quien un poderoso Dios favorecía; parecíale ser llegado el tiempo, bastando á probarlos los prodigios presenciados: opinaba, pues, fuesen recibidos de buena gana aquellos teules, pues de otra manera, fuera del daño de la república, decíale el corazon entrarían á la ciudad aunque les pesase y por mucha resistencia que se pusiese." El anciano Xicotencatl fué de parecer contrario: "hospedar á los extranjeros era precepto de los dioses, más no cuando venían para hacer daño; los pronósticos eran inciertos, y no debía dárseles crédito; si valientes aparecían los extranjeros, valientes tambien eran los tlaxcaltecas, y sería mengua dejar entrar á la ciudad un corto número de guerreros sin haber combatido; si resultaban mortales no habrían caido en engaño, si inmortales aparecían, tiempo habría para reconciliarse con ellos; segun las relaciones dadas, "no le parecían hombres, sino mónstruos, salidos de la espuma " de la mar, y más necesitados que ellos; pues como se decia iban " con ciervos grandes, comiendo la tierra, pidiendo oro, durmiendo " sobre ropa, y gustando de deleites, y que creía cierto, que la mar, " no los habiendo podido sufrir, los había echado de sí." (1) Si esto era verdad ningun mal fuera mayor al de recibir aquellos mónstruos por amigos, y una tierra que por defender su libertad en tanta pobreza había caido, cometería una torpeza en admitir voluutariamente á quien la metiera en servidumbre: debía defenderse la señoría combatiendo por la patria, la religion, la familia, la honra y el buen nombre de Tlaxcalla." Dividiéronse los señores entre aquellos encontrados pareceres, dividiendo tambien á nobles y pecheros; los mercaderes y los pusilánimes se decidieron por la paz, miéntras los patriotas y los esforzados se determinaron por la guerra.

Para conciliar los extremos, Tlehuexolotzin (2) propuso; "que los

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. III.

(2) Herrera y Torquemada le dan el nombre de Temilotecatl. Enfadoso y de suma proligidad sería ir señalando á cada paso las contradicciones y diferencias entre los autores, áun cuando sea de los que copiaron unos de otros. En este caso v. g., Solis atribuye á Xicotencatl hijo, el razonamiento del padre, y en otros lugares hace una misma persona del padre y del hijo.

embajadores dijeran al capitan de los extranjeros, estar dispuesta la señoría á recibirle de paz; más entre tanto, Xicotencatl con los otomies les saliera al paso y diera guerra; si los llamados dioses eran vencidos, la gloria quedaría á Tlaxcalla, más si triunfaban se pondría la culpa á cargo de los otomíes como bárbaros y atrevidos. Pareció bueno el consejo y fué admitido. Para ponerle en práctica díjose á los embajadores cempoalteca, "que la república quedaba dispuesta á recibir de paz á los teules;" y dióse órden á Xicotencatl, el jóven, para ponerse al frente de las guarniciones orientales y salir al frente de los extranjeros. Xicotencatl, hijo del anciano, señor de Tizatlan, era un capitan intrépido, enemigo de los hombres blancos, aficionado como mozo á la gloria militar; por todas estas circunstancias recibió con placer el encargo de la república. A fin de ganar tiempo, se detuvo mañosamente á los cempoalteca, bajo pretexto de un sacrificio solemne y áun se les puso en prision. (1)

Impaciente D. Hernando al no ver retornar á los mensajeros, preguntó á los cempoalteca cuál sería el motivo de la tardanza; ellos respondieron, provendría de la lentitud propia en aquellas negociaciones. Despues de permanecer tres dias en Iztacmaxtitlan, cansado de esperar, dejó el pueblo dirijiéndose á las tierras de la república; al terminar el valle, "fallé una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra á la otra, y tan ancha como veinte piés: y por toda ella un petril de pié y medio de ancho, para pelear desde encima: y no mas de una entrada tan ancha como diez pasos, y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra á menera de rebelin, tan estrecho como cuarenta pasos. De manera que la entrada fuese á vueltas, y no á derechas." (2) Paráronse los castellanos á contemplarla mara-

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVII,

(2) Cortés, Cartas de relac. pág. 49.—Bernal Díaz, cap. LXII, dice de la misma muralla: "y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto y otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar."—De las frases un tanto oscuras de Cortés, han inferido los autores, pertenecer la cerca á los de Iztacmaxtitlan y ser obra de los méxica contra los tlaxcalteca; afirma lo contrario Bernal Díaz, quien la atribuye á los tlaxcalteca contra los méxica. Esto segundo parece lo más cierto, segun los mejores testimonios antiguos, y así lo admite Clavijero, tom. 1, pág. 337; tom. 2, pág. 32.—La muralla, segun los autores del Viaje de Cortés, Lorenzana pág. VI, se extendía desde un cerro alto hasta otro llamado Atonilco. "El cerro de donde nace

villados de obra tan considerable, sacando de ella consecuencias del poder del pueblo constructor: en aquella sazon no había guarnicion alguna y ni sobre del muro se descubría atalaya ó espía, cosa sorprendente y que podía encerrar alguna celada. Aprovechando aquella perplejidad, el cacique de Iztacamaxtitlan rogó de nuevo á Cortés no entrara al territorio de la república, pues aquellos eran sus enemigos, y pues iba en busca de Motecuhzoma, le llevaría salvo por tierras del imperio; el cempoalteca Mamexi contradijo como ántes, afirmando ser los tlaxcalteca amigos suyos, miéntras los méxica eran malos y traidores, pretendiendo llevar á los blancos á donde hacerles daño. Cortés siguió el consejo de los cempoalteca, despidióse del cacique de Iztacamaxtitlan aunque pidiéndole trescientos guerreros, (1) y exclamando: "Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la Santa Cruz, que con ella venceremos," (2) penetró resueltamente por la puerta de la muralla seguido por su entusiasmado ejército, precedido por el estandarte, á cargo del alférez Corral.

Era el miércoles treinta y uno de Agosto: aquella la tierra de Tlaxcalla. Las tropas marchaban en órden completo, apercibido cual si el enemigo estuviera al frente. Cortés con otros seis jinetes precedía como una media legua; una partida de los peones más lijeros servía de descubierta, apoyada por una vanguardia de escopeteros y ballesteros; ocupaban el centro la artillería y el grueso de los de espada y rodela; iba en la rezaga el fardaje custodiado por

la cerca es muy áspero, y en partes tiene cortaduras, y encima de ellas se ve áun la cerca de que habla la carta y de la que en todo el distrito se conservan varios restos, y en partes hasta de una vara de alto: esta cerca se ve que era de piedra seca, puesta una sobre la otra sin mezcla alguna, y había en algunas partes de ella algunos peñascos tan grandes, que llenaban bastantemente el ancho de veinte piés, que tenía la dicha cerca, como áun se demuestra en las piedras enterradas en el suelo: entre estos peñascos está en el dia uno muy grande, que llaman la mitra, por tener su remate de esa figura, y habiéndole quitado las piedras de la cerca que tenía á su pié, le queda debajo una cueva, en que caben y se abrigan de noche, treinta ó cuarenta animales de cerda de un rancho que está allí inmediato."—Refiérense estas noticias á 1770; más se mencionan áun existentes las reliquias en el punto llamado Tenamascuicuitl, en el Boletin de la Soc. de Geog. tom. 1, pag. 6, núm, 3.

(1) Gomara, Crón. cap. XLV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. IV.—Los autores frecuentemente omiten ó disminuyen el número de los aliados.

(2) Bernal Díaz, cap. LXII.

los aliados en número de dos mil entre méxica y cempoalteca. Una legua más allá de la fortaleza entraron en un pinar espeso, en donde encontraron papeles é hilos enredados á los árboles y tendidos, obstruyendo el camino; era aquella una nueva imbecilidad de Motecuhzoma, quien había mandado á los sortílegos y hechiceros fueran de nuevo á encantar á los hombres blancos, haciendo sus conjuros para cerrarles el camino. El liviano obstáculo hubiera detenido el paso á los indios; los blancos cortaron los hilos con la espada, haciendo burla y donaire de los crédulos autores. (1)

Los cempoalteca encargados de pedir víveres y alojamiento para el ejército se adelantaron á Tecoac, pueblo ocupado por los otomíes; Tocpacxohiuili, señor del lugar, al oir tal demanda se puso en pié y con grande enojo les respondió: "Idos, no somos aquí vasallos ni de los dioses ni de Motecuhzoma; no quiero recibirlos, ni es mi voluntad darles nada." Apercibió en seguida á sus guerreros, saliendo al campo apresuradamente. (2) Andadas cuatro leguas, los dos de á caballo de la descubierta, al encumbrar una cuesta, vieron unos quince otomíes armados á su usanza, los cuales se pusieron á huir; llegaba á la sazon Cortés con otros tres jinetes, y mirando á los indios no hacer caso de las señales que para que parasen les hacian, los castellanos arremetieron á la carrera para tomar algun prisionero. Los guerreros otomíes mirándose alcanzados hicieron rostro, mataron de una cuchillada con el macuahuitl un caballo, cortándole á cercen el cuello, desjarretaron un segundo caballo que murió tambien, hirieron otros tres caballos y á dos caballeros: de ellos, cinco quedaron tendidos en el campo. Un jinete corrió á rienda suelta á dar órden á la infantería de apresurar el paso. Ya era tiempo. De una celada salieron como hasta tres mil guerreros combatiendo con sobrada bizarría; hízoles frente Cortes con ocho jinetes, poniendo en práctica la táctica adoptada para lances semejantes; no detenerse en alancear, sino llevar la lanza terciada á la altura del rostro de los indios y atropellar con todo el empuje del caballo. Los ji-

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XXVIII.

(2) P. Durán, cap. LXXII, MS.—Tezozomoc, cap. ciento diez, MS. P. Sahagun, cap. X, quien interpreta el nombre Tecoac: "lugar donde está la gente fiera y belicosa:" la traduccion literal es, en la culebra de piedra. Desapareció el pueblo y en su lugar queda la pequeña hacienda de Tecoac, situada á un cuarto de legua al O. de Huamantla, Estado de Tlaxcalla.

netes solos tal vez no hubieran resistido; pero sobreviniendo la infantería con la artillería y arcabucería, por los indios vista por primera vez, los hicieron apartar despues de un rato de pelea, retirándose al cabo en buen órden. Cuatro de los castellanos salieron heridos; de los otomíes quedaron muertos diez y siete, con gran número de lastimados. (1)

A poco de retirados los guerreros se presentaron al general ciertos emisarios de la república con dos de los embajadores cempoalteca, diciendo, "les pesaba el atrevimiento de aquellos bárbaros, quiénes habían combatido sin licencia ni noticia de la señoría; ésta deseaba su amistad y recibirle en Tlaxcala para servirle; si deseaba le pagasen los caballos muertos por ellos le mandarían oro y joyas." Respondióles Cortés agradeciéndodoles la amistad, y ofreciendo ir como le convidaban. (2) Esta conducta dolosa de los tlaxcalteca era consecuencia clara de la resolucion tomada; no los creyó Don Hernando, pues demasiado sabía cómo debían tomarse las palabras en guerra. Adelante una legua del lugar del combate pernoctó el ejército junto á un arroyo á fin de tener agua, no pasando de ahí por ser tarde é ir la gente cansada. Era un llano con labranzas de maiz y magueyales, mirándose cerca el abandonado pueblo de Tecoac. "Y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se "abrió, se curaron los heridos: que aceite no lo había; y tuvimos "bien de cenar de unos perrrillos que ellos crian, puesto que esta-"ban todas las casas despobladas, y alzado el hato, y aunque los "perrillos llevaban consigo, de noche se volvían á sus casas, y allí "los apañábamos, que son harto buen mantenimiento." El ejército pasó la noche en la mayor vigilancia con velas y escuchas, los caballos ensillados y enfrenados, todos listos para repeler una acometida. (3)

Al dia siguiente, primero de Setiembre, el ejército se puso en marcha á la madrugada, llevando buena ordenanza. A la salida del sol, al pasar una honda quebrada ladró un perro en la des-

(1) Bernal Díaz, cap. LXII.

(2) En lo relativo á los embajadores cempoalteca damos la preferencia á Cortés' contra lo asentado por Bernal Díaz.

(3) Cartas de relac. pág. 49 y sig.—Bernal Díaz, cap. LXII.—Gomara, Crón. cap. XLV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XXIX.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. III.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 83, MS.

cubierta, acudió Lares el buen jinete, quien descubriendo unos indios mató á dos, huyendo los otros dos: á este mismo lugar salieron los otros dos embajadores cempoalteca llorando y diciendo: "les habían preso los tlaxcalteca para sacrificarles á su dios, aunque aquella noche habían podido huir de la cárcel desatándose el uno al otro; habían oído decir pensaban sacrificar á todos los blancos." (1) Mentira debió ser, pues todos aquellos pueblos guardaban con estricta fidelidad las inmunidades de los embajadores; acaso impacientes porque no los dejaban volver, huyeron disculpándose con una falsedad.

Poco más adelante salieron dos escuadrones de guerreros arrojando sus gritos de combate, tocando sus instrumentos bélicos, lanzando una lluvia de piedras y flechas. Cortés hizo alto. Con tres prisioneros tomados el dia anterior mandó á decirles no diesen guerra, pues él quería su amistad y tenerlos por hermanos; al mismo tiempo mandó al escribano Diego de Godoy hiciera el requerimiento de estilo y de ello le diera testimonio, para que en ningun tiempo se le tomaran en cuenta los daños que se causaran. Quedando sin fruto ámbos procedimientos, el general dió la voz de Santiago y á ellos! trabándose una ruda pelea. (2) Aunque era mucho el estrago producido por la artillería, los arcabuces y las ballestas, y las arremetidas de la caballería desbarataban los pelotones de los guerreros otomíes, estos cerraban de nuevo sus filas, teniendo los castellanos de ir muy unidos; pues quienquiera separado de las filas perecía sin remedio sin poder valerle, teniendo muchos esfuerzos que hacer para no ser desbaratados. Tras algunas horas de pelea los tlaxcalteca comenzaron á retraerse en buen órden; perseguidos por los castellanos hicieron pié en un terreno quebrado sobre el cual no podía jugar fácilmente la caballería. Entónces notaron los invasores haber caido en una celada, pues se vieron rodeados por inmensa multitud, entre la cual se distinguían las divisas blancas y rojas de la capitanía de Xicotencatl, con el estandarte de aquel bravo mozo dominado por una garza blanca con las alas tendidas, sobre un peñasco. (3) Entónces fué el mayor peligro; envueltos los

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. XXX.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIII.

(3) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

castellanos, sin el uso desembarazado de los caballos y la artillería, mucho trabajo tuvieron en mantenerse unidos siendo éste el único medio de no ser destruidos. Un grupo de otomíes logró apoderarse de la lanza de Pedro de Moron, detuvo á fuerza de brazos la yegua en que montaba, la cortaron el pescuezo de un mandoble, hirieron malamente al jinete y de él se apoderaran á no ocurrir en su socorro el grueso de los peones, costando diez heridos rescatarle, aunque no la muerta cabalgadura. Haciendo un gran empuje alentado por el intrépido Don Hernando, el ejército pudo atravesar el terreno quebrado empujando al enemigo hácia la llanura, en donde volvieron á recobrar sus ventajas los jinetes y las armas de fuego; áun así conservaron el campo los tlaxcalteca hasta una hora ántes de ponerse el sol, dando muestras al retirarse más de cansados que de vencidos. (1)

Las pérdidas de los beligerantes no pueden ser apreciadas con exactitud. Los tlaxcalteca cuidaban de retirar sus muertos y heridos. En cuanto á los blancos, Cortés escribe: "les fice mucho da-"ño, sin recibir de ellos ninguno más del trabajo, y cansancio del "pelear, y la hambre." (2) Bernal Diaz nos informa: "y desque nos "vimos con vitoria dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de "tan grandes peligros; y desde allí nos retrujimos luego á unos cues "que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del "indio que ya he dicho otras veces se curaron nuestros heridos que "fueron quince, y murió uno de las heridas; y tambien se curaron "cuatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos y cenamos "muy bien aquella noche, porque teniamos muchas gallinas y pe-"rrillos que hubimos en aquellas casas, con muy buen recaudo de "escuchas y rondas, y los corredores del campo." (3)

Como observacion general para darse cuenta de las batallas en la conquista, se concibe ser los indígenas quienes sufrían el mayor y desastroso daño, atendiendo á sus flacas armas ofensivas y defensivas, su defectuosa táctica militar, su ignorancia absoluta en saber

(1) El número de tlaxcalteca salidos á la batalla varía en el cómputo de los autores: Cortés dice: más de cien mil; Bernal Díaz pone más de cuarenta mil; Gomara más de ochenta mil; Herrera más de treinta mil, &c. Estos números estimados á ojo, se abultan ó disminuyen á contento de los escritores.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 51.

(3) Bernal Díaz, cap. LXIII.

resistir la caballería. No debe perderse de vista la funesta costumbre contraida en sus guerras, de la cual hemos hablado repetidas veces en la historia antigua, expresada en estos términos por el historiador Prescott: "La pérdida de los españoles consistía principalmente en heridos, pues los indios de Anáhuac procuraban más bien que matar, coger prisioneros con que solemnizar sus triunfos y que sirviesen de víctimas en sus sacrificios; circunstancia á que no pocas veces debieron los cristianos la salvacion de su persona." (1)

Los fatigados castellanos no se quedaron en la llanura, sino escogieron una altura coronada por un teocalli y llamada Tzompantzinco. (2) Los aliados de quienes se callan así las proezas como las pérdidas, se portaron bizarramente en la pelea, recibiendo por ello las felicitaciones del general: estaban destinados á ser los proveedores del ejército, y entónces fueron empleados en construir chozas de ramas para abrigo de la tropa, y en los dias siguientes construyeron algunas fortificaciones para hacer fuerte el asiento. Celebraron la victoria los castellanos con gran gozo, así como los aliados dando rienda suelta á su alegría en bailes y regocijos. (3) Tambien los tlaxcalteca se dieron por vencedores, anunciándolo así á los pueblos de la república al repartirles los pedazos de carne de la yegua muerta, y en hacimiento de gracias á Camaxtle le ofrecieron el sombrero vedijudo y la carta misiva. (4)

Colocamos esta batalla en primero de Setiembre por la autoridad de Gomara, contra la de Bernal Diaz quien la fija en el dia dos, por conformarse más con la cronología seguida por Cortés. Es notable no existir en los documentos relativos á la república, noticias exten-

(1) Prescott, Conq. de México, tom. I, pág. 312.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIII, llama al lugar Tehuacingo ó Tehuacacingo, mientras en el cap. LXVIII le nombra Tecodcungapacingo, sujeto al pueblo de Zumpancingo á una legua de distancia. Gomara, pone Teocacingo; el P. Durán Tzopachtzinco; Ixtilxochitl, Tecoatzinco; Clavigero, Teoatzinco, lugar del agua divina. Segun Cortés, distaba el lugar seis leguas de Tlaxcalla; Bernal Díaz, cap. LXIV, le coloca á dos leguas del campamento de Xicotencatl situado en Tecuacinpacingo. Los autores del Viage de Cortés, Lorenzana, pág. VIII; aseguran corresponder al cerro de Tzompachtepec, una legua de Texcalac, de el cual se fundó el pueblo de San Salvador Tzompantzinco, conocido hoy por San Salvador de los Comales, por construirse ahí muchas de estas vasijas de barro.

(3) Gomara, Crón. cap. XLVI.

(4) Bernal Díaz, cap. LXIII.

sas acerca del período de esta guerra. La manta de Tlaxcalla no contiene ninguna batalla contra la señoría; el cuadrete segundo menciona á Yliyocan y el tercero á Tecoac ó Tecoatzinco, mas no como sitios de batalla, sino como de amistoso recibimiento. La informacion de la señoría pasa á la ligera sobre estos acontecimientos, contentándose con afirmar que tras corta resistencia se ajustó la paz. El cronista Muñoz Camargo tampoco toma despacio la relacion. Los tlaxcalteca pretendían hacer olvidar su brava y porfiada resistencia, recordando únicamente la constante y no interrumpida amistad pactada con los hombres blancos.

Transcurrió el dia siguiente en curar los heridos, descansar de las fatigas, adobar las ballestas y alistar almacen de saetas. Al otro dia, tres de aquel mes, así para imponer al enemigo como para proporcionarse víveres, Cortés dejó en el cerro á Pedro de Alvarado con doscientos peones y la artillería, saliendo él al campo con el resto de los infantes, la caballería, cuatrocientos cempoalteca y trescientos méxica de los de Iztacmaxtitlan; sin ser sentido de pronto cayó sobre cinco ó seis aldeas hasta de cien vecinos, tomó los mantenimientos, quemó las casas; y aunque los tlaxcalteca acudieron á la defensa, los castellanos se retrajeron al real peleando en buen órden ántes de que llegara el grueso de los contrarios, y trayendo ademas del botin cuatrocientos prisioneros entre hombres y mujeres. (1) D. Hernando trató bondadosamente á los cautivos, hizo darles de comer y por medio de los intérpretes Marina y Aguilar se les encargó dijesen á los suyos, no fuesen locos en proseguir la guerra, pues los españoles sólo querían su amistad y ser sus hermanos. A dos prisioneros principales de la batalla primera se les dió una carta con recado para los cuatro principales de la señoría diciéndoles no venían á hacerles mal ni enojo, sino sólo para pasar por su tierra é ir á México en busca de Motecuhzoma. Los emisarios fueron puestos en libertad. (2)

Al dia siguiente volvieron aquellos dos enviados. Se habían dirigido al campamento de Xicotencatl, situado á dos leguas del real, entregado á aquel jefe la misiva y dándole el mensaje; el valeroso jóven había contestado; vayan los blancos á Tlaxcalla, allá hare-

(1) Cortés, relaciones en Lorenzana, pág. 52.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIV.

mos las paces hartándonos con sus carnes y honrando á nuestros dióses con sus corazones y sangre; al siguiente dia llevaría la respuesta. Quedaron asombrados los castellanos con la arrogancia de la respuesta. Vista la amenaza, Cortés inquirió de los dos nobles cuanto le importaba saber, ya por medio de halagos, ya empleando el tormento. (1) Supo entónces que las tropas estaban compuestas de tlaxcalteca y otomies, si bien se ocultaba hacerse la guerra por consentimiento y á nombre de la señoría, para evitar cayese sobre ella la vergüenza de la derrota; aborrecían á los blancos por ser amigos de Motecuhzoma y tenían determinado combatirlos hasta exterminarlos, sacrificándolos á los dioses y haciendo con sus carnes un banquete celestial; preveniánse cincuenta mil hombres de pelea los más de ellos flecheros y honderos, diez mil de la parcialidad de Xicotencatl, diez mil de los de Maxixcatzin, el mismo número de Chichimecatecuhtli, otro tanto del señor de Topoyanco llamado Tecapaneca y los diez mil restantes de Huexotzinco; haciáse la guerra á instigacion de Xicotencatl el anciano, y por eso se presentaría á retaguardia del ejército el pendon de la república, que era una águila de oro con las alas extendidas, con muchos esmaltes y argentería; daríase la batalla al dia siguiente, confesaron recibir el mayor daño de las armas de fuego, de los caballos y las espadas. Semejantes noticias pusieron temor en los más animosos. "Y cuando " aquello vimos, como somos hombres y temiámos la muerte, mu- " chos de nosotros y aún todos los más nos confesamos con el padre " de la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estu- " vieron en oir de penitencia y encomendándonos á Dios nos libráse " no fuésemos vencidos" (2)

Por mucho que se desminuya el número atribuido á los ejércitos de los indígenas, queda siempre una cifra suficiente para esperar, bien el completo desbarato del pequeño escuadron de los vencedores, bien que á fuerza de sufrir pérdidas quedara reducido en pocos lances á la nulidad. Esas victorias de los blancos, al primer aspecto fabulosas, no se explican solamente por la superioridad de las armas, reconocen ademas otras muchas causas. Indicamos antes el

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VI.

(2) Bernal Díaz, cap. LXIV.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXI.

deseo de tomar vivos á los contrarios; aumentarémos ahora su manera de combatir. Aunque divididas en capitanías, acometían en una especie de columna en masa; los guerreros de las primeras filas podían usar sus armas; más los de las líneas á retaguardia, en confuso peloton, embarazaban los movimientos sin dar fuerza al empuje, eran hombres empleados inútilmente. Para las armas de fuego presentaban blanco seguro, profundidad sobrada para hacer estrago; espadas y picas tenían de continuo donde herir, sin que el frente de la columna fuera suficiente para compensar la resistencia. La muerte del jefe principal, la pérdida del estandarte, un pánico inmotivado, hacía huir sin vergüenza á los guerreros como una bandada de palomas, abandonando el campo casi al medio de una victoria segura: uno de estos motivos impidió la destruccion de los invasores en la batalla de Otompa. Aunque presentaba ventajas é inconvenientes al empleo de la fuerza unida del ejército, la táctica de los generales indios consistía en lanzar una division al combate; vencidos ó cansada entraba otra á remplazarla, de manera que no importaba cual fuese el efectivo de la tropa para hacerla valer en un punto determinado, pues sólo combatía á la vez una fraccion.

Por causa de su organizacion social hemos visto sucumbir uno tras otro los pueblos bajo el yugo del imperio, poderoso por la triple alianza, mientras los vencidos eran débiles cada uno de por sí, sin ocurrirles aumentar las propias fuerzas por medio de alianzas ó ligas. Aconteció lo mismo durante la conquista española. Cada pueblo, cada estado resistió con sus propios elementos, en tanto los vecinos, á quienes amenazaba el mismo peligro, permanecían impasibles: los esfuerzos fueron aislados, carecieron de unidad y por consecuencia de éxito. Por el contrario, cada tribu domada, acrecía el poder del vencedor; en su mano inteligente y diestra aquellos elementos dispersos se condensaban en un sólo cuerpo, para recibir una meditada direccion; la conquista de las monarquías de Anáhuac se verificó en gran parte por las naciones indígenas, con tanta mayor facilidad cuanto les allanaba el camino el imbécil y supersticioso emperador de México.

Muy temprano á la mañana del cinco de Setiembre se presentó Xicotencatl con su ejército, cual lo tenía ofrecido. Segun la costumbre caballerosa de los pueblos indios registrada con frecuencia en sus historias, envió al real trescientos pavos y doscientos cestos

de *tamalli* ó bollos de maíz con peso de doscientas arrobas, para que los blancos comiesen ántes de pelear y no dijesen habían sido vencidos por falta de fuerzas. (1) Cuando el tlaxcaltecatl calculó que los castellanos habían concluido de comer, destacó dos mil de sus más valientes guerreros diciéndoles: "Id á tomar esos hombres rebo-" sados por la mar; si se defienden, matadlos; mirad que hagais co-" mo valientes, pues sois la flor del ejército y vais á pelear por los " dioses y por la patria." Otomíes y tlaxcatleca, arrojando sus gritos de guerra y al són de sus lúgubres instrumentos, pasaron briosamente la barranca tendida casi al pié del cerro, abalanzándose sobre el real; á su encuentro salieron los jinetes castellanos, sosteni dos por algunos peones, los cuales lograron detener el ímpetu de los contrarios y despues rechazarlos tras un corto combate. Aunque los guerreros se retiraron, rehiciéronse de nuevo, tornando á combatir con mayor furor; mas aunque hicieron soberanos esfuerzos, vencidos todavía fueron arrojados, ya muy mermados, al lado opuesto del barranco.

Por una especie de inspiracion Xicotencatl dió órden de cargar á todas las capitanías. Por una circunstancia favorable á los españoles, el general de los tlaxcalteca había reconvenido al hijo de Chichimecatecuhtli por su mal comportamiento en la batalla anterior, resultado de lo cual fué un altercado y aún la propuesta de un duelo personal; resentido por esto aquel jóven aturdido, no sólo no obedeció con su capitanía á entrar á la batalla, sino que arrastró con su mal ejemplo á los guerreros de Huexotzinco, quienes tambien permanecieron quedos. (2) La confusa masa de guerreros de las tres capitanías restantes, lanzando atronadores gritos con una lluvia de flechas y pedrisco, empujó en retirada la caballería, trepó por las laderas del cerro llegó hasta las débiles trincheras del real y algunos guerreros saltando dentro de la defensa anduvieron á brazos y cuchilladas con la guarnicion. El descabellado empeño de tomar vivos á los extranjeros hizo inútil tanto denuedo, pues sin lograr el objeto, sólo se expusieron á recibir inmenso daño. Combatieron y porfiaron durante cuatro horas prodigando inútilmente su

(1) Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXI.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 83. MS.—Prescott no cree en esta cortesía, más no por eso deja de aparecer como cierta.

(2) Bernal Díaz, cap. LXV.

sangre; al fin miraron su estrago, se apartaron un tanto de la trinchera para ser blanco seguro á la artillería, retrayéndose por último á la llanura.

Tras ellos salió D. Hernando con la caballería, los infantes y aliados y bocas de fuego. Otomíes y tlaxcalteca hicieron rostro, volviendo á la carga guiados por Xicotencatl. "Yo ví entónces medio "desbaratado nuestro escuadron, que no aprovechaban voces de Cor"tés ni de otros capitanes para que tornásemos á cerrar; tanto nú"mero de indios cargó entónces sobre nosotros, sino que á puras es"tocadas les hicimos que nos diesen lugar; conque volvimos á po"nernos en concierto. Una cosa nos daba la vida, y era que, como "eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacian mucho "mal; y demas desto, no se sabían capitanear, porque no podían "allegar todos los capitanes con sus gentes." (1) Aquellos intrépidos guerreros sufrieron la matanza sin abandonar el campo, hasta ya tarde que se retiraron á su campamento cansados, hambrientos, desesperados por haber visto inútiles sus heróicos esfuerzos. (2) La jornada fué celebrada por los vencedoros con gran júbilo, y á fé les sobraba razon; se habían salvado de un gran peligro, habían adquirido la conciencia de sus propias fuerzas. En sus relaciones Cortés nunca cuenta las pérdidas; siempre, á su decir, se salía sin daño. Bernal Díaz confiesa un muerto y sesenta heridos, si bien á poco escribe: "enterramos los *muertos* en una de aquellas casas que te"nían hechas en los soterraños, porque no viesen los indios que éra"mos mortales, sino que creyesen que éramos teules, como ellos de"cían." (3)

(1) Bernal Díaz, cap. LXV.

(2) Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXII. Bernal Díaz no menciona lo del asalto al real, en lo cual le sigue Prescott: Cortés, en Lorenzana, pág. 52, dice: "Otro dia en amane"ciendo, dan sobre nuestro real más de ciento y cincuenta y nueve mil hombres, "que cubrían toda la tierra, tan determinadamente, que algunos de ellos entraron "dentro en él y anduvieron á cuchilladas con los españoles."

(3) Bernal Díaz, cap. LXV.

CAPITULO X.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Correrías.—Embajada á la Señoría.—Consulta á los papas y hechiceros.—Embajada tlaxcalteca.—Cortés hace cortar las manos á cincuenta espías.—Inutilidad del asalto nocturno.—Expedicion á Tzimpantzinco.—Otra embajada méxica.—La señoría de Tlaxcalla se decide por la paz.—Resistencia de Xicotencatl.—Xicotencatl.—Embajada de los tlaxcalteca.—Paz con la república.—Ovacion.—Entrada en Tlaxcalla.—Bautismo de los cuatro cabezas de la señoría.—Rumor en la tierra.—Regalo de Cortés.—Sumision de Huexotzinco y de Ixtlilxochitl.—El Popocatepec.—Ascencion de Diego de Ordáz.

Iacatl 1519. Siguiendo los cómputos de Cortés, al siguiente seis de Setiembre, salió del real ántes de amanecer con los caballos, cien peones y los indios aliados. Se comprende ser el intento amedrentar á los tlaxcalteca, esparcir el terror causando daño en la comarca. Dirigiéndose sin ser sentido á la llanura, quemó y destruyó hasta diez pueblos, alguno de ellos de más de tres mil casas, sin encontrar resistencia más de en una poblacion cuyos habitantes

recibieron grave daño. Cuando los guerreros se reunían para defenderse, con el botin recogido y los bastimentos se tornó al real, despues de medio dia, si bien los indígenas vinieron peleando por el camino. (1)

Antes de salir á esta correría, con tres principales tomados prisioneros en la batalla anterior y los dos primeros mensajeros, D. Hernando envió nueva embajada á los señores de Tlaxcalla, para repetir el razonamiento de costumbre; que concierten en la paz, pues los blancos no quieren hacerles daño, pretendiendo únicamente el paso por sus tierras para ir á verse con Motecuhzoma; si de aquella vez no consienten en ser amigos, todos ellos serán destruidos. Los enviados fueron á la capital, y dieron el mensaje á los señores. Los cuatro nobles de la señoría no habían caido en desaliento todavía, si bien se les veía confusos por la mala suerte alcanzada en los combates. Por otra parte estaban perplejos, pues los extranjeros aparecían invencibles, invulnerables, ya que no se sabía recibiesen el menor daño, la tradicion los proclamaba dioses y así lo aseguraban los cempoalteca; pero estaba en contradicion con no verles comer el corazon de las víctimas, el derrocar los teocalli de las divinidades, mirarlos vivian como los simples mortales, tener las debilidades comunes, codiciar el oro y los placeres.

Para salir de la incertidumbre recurrieron á la sabiduría de sus sacerdotes, hechiceros y adivinos. Reunidos, despues de levantar la figura, declararon ser los extranjeros hijos del sol, del cual recibian fuerza y virtud; por consecuencia, de dia, á la luz del astro radiante, eran esforzados é invencibles; mas dejaban de serlo en las tinieblas, durante las cuales se tornaban pusilánimes y débiles. Pareció bien la solucion y fué adoptada. El senado facultó á Xicotencatl para asaltar el real durante la noche al frente de diez mil soldados. (2) Por absurda que aparezca la solucion de papas y nigromantes, encerraba en el fondo algun poco de esperanza; presumimos no ser extraño el influjo de Xicotencatl en semejante medida. Pelear de noche era contra la costumbre militar, contra el derecho establecido; los tlaxcalteca habían combatido ardorosamente durante la luz; las órdenes solas del general no hubieran sido obedecidas para pe-

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 52.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVI.

lear en la oscuridad; para probar fortuna en los combates nocturnos era indispensable una autorizacion, un mandato civil y religioso al mismo tiempo, á fin de no encontrar resistencia en los guerreros. En las tinieblas los tiros de la artillería serían ménos certeros, ménos temible el movimiento de los caballos, se igualarían los golpes de las armas asestados al acaso.

El siete de Setiembre vinieron algunos mensajeros de Tlaxcalla á dar la respuesta pedida; presentaron al general algunos regalos y cinco esclavos, diciendo al general el más animoso: "Si eres dios de "los que comen sangre é carne, cómete estos indios, é traerte he- "mos más; é si eres dios bueno, ves aquí encienso é plumas; é si "eres hombre, ves aquí gallinas é pan é cerezas." El marques siempre les dice: "Yo é mis compañeros hombres somos como vosotros; "é yo mucho deseo tengo de que no me mintais, porque yo siem- "pre os dicie verdad, é de verdad, os digo que deseo mucho que no "seais locos ni peleeis, porque no recibais daño." (1) En estas relaciones presidía por ambas partes la mayor mala fé. Los señores de Tlaxcalla protestaban de su amistad, hechando la culpa de la guerra á los bárbaros otomies; Cortés apetecía ser ermano de los tlaxcalteca y el paso franco para ir á México, cargando la mano en la destruccion, cual si no hubiera otro camino para llegar á tierras del imperio.

Los dias anteriores, principalmente despues de algun combate, venían algunos indios con pan de maíz ó tortilla, gallinas y cerezas; (2) presentábanlo á Cortés y le decían, les pesaba mucho le hicieran enojo en la tierra lo cual no era por voluntad suya, sino que la gente que peleaba era de otra nacion bárbara, moradora de unas montañas que mostraban con el dedo: terminaban siempre preguntando ¿"Qué daño han hecho estos bellacos en vosotros?" Don Hernando respondía, no recibir ellos mal alguno, si bien le pesaba del mucho daño por los contrarios recibido. (3) Aquella tarde vieron pasar los centinelas gente de guerra por un cerro no distante, y po-

(1) Relacion de Andrés de Tápia, apud. García Icazbalceta, pág. 569.—Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXII.

(2) Las cerezas no eran fruta conocida entónces en México; traían capulines algo parecidos en la figura á la cereza.

(3) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 567.

co despues se presentaron en el real hasta cincuenta hombres, trayendo como de costumbre algunos comestibles. Si los espías anteriores se habían portado disimulados, estos se pusieron á discurrir por el real, examinándolo todo como entre bobos y admirados. No caían en la cuenta los castellanos, más el cempoaltecatl Teuch, conocedor de las prácticas de guerra en Anáhuac, lo hizo notar á D. Hernando, advirtiéndole ser aquellos espías, y como hablaban recatadamente con los de Iztacmaxtitlan. D. Hernando se apoderó disimuladamente de uno de ellos, y amedrentándole supo por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, como Xicotencatl estaba con gran cantidad de gente en unos cerros fronteros al real para dar aquella noche el asalto; porque decían no valerles nada pelear de dia, y querían probarse de noche á fin que los guerreros no temiesen los caballos, ni los tiros, ni las espadas; ellos habían venido á ver las entradas y salidas, con la manera de poner fuego á las chozas de ramas. Examinados uno tras otro, hasta seis, se conformaron en la respuesta, por lo cual reuniendo á todos les dijo: "Os " he ya avisado siempre que conmigo hablais, que no me mintais, " porque yo nunca os miento, é agora venis por espías y con menti- " ras" é hizo cortar las manos á los cincuenta, despidiéndolos con encargo de decir á Xicotencatl, viniese cuando quisiera, de dia ó de noche, pues siempre vería quienes los castellanos eran. (1)

Cortés tomó las disposiciones necesarias para rechazar el asalto; pero calculando acertadamente sería mejor salir al encuentro del enemigo alistó los jinetes, haciendo poner á los caballos pretales de cascabeles, más con objeto de reconocerse en la oscuridad, que de atemorizar á los indios. Listo estaba al ponerse el sol. Cerrando la noche, Xicotencatl con sus guerreros dejaron el escondite de los cerros, penetrando silenciosamente en la llanura, encubiertos por los maizales; creían no haber sido sentidos, y sin embargo las velas y escuchas habían ya comunicado la alarma en el real. Era una noche de luna, á cuya luz indecisa cargó la caballería con su acostumbrado denuedo; su vista inesperada llenó de terror á los tlaxcalteca

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 53.—Gomara, Crón. cap. XLVIII.—Relacion de Andrés de Tápia, pág. 570.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII, escribe, sin duda para minorar la impresion de esta crueldad: "mandó cortar las manos á " siete de ellos, y á algunos los dedos pulgares, muy contra su voluntad, pareciendo, que para lo de adelante así convenía"

resistieron poco, dándose prontamente á huir por entre los sembrados, no sin ser perseguidos y recibiendo algun daño. Pocos llegaron hasta el real, fácilmente rechazados y puestos en fuga. (1)

Semejante malaventura fué natural. No por una disposicion ni en una sóla vez se arranca una costumbre inveterada, una superticion arraigada. Ademas la prediccion de los papas y adivinos había salido absolutamente falsa, pues los blancos estaban dispuestos á pelear tambien de noche. Así, los guerreros quedaron asombrados, desmayaron conforme se vieron encima á los fuertes y vengativos dioses. Siguióse entónces mayor perjuicio de las creencias religiosas que de la derrota. Los hombres blancos crecieron mucho en la vulgar estimacion del populacho, y como por los errores públicos paga de continuo el más flaco, dos de los desdichados nigromantes fueron sacrificados á Camaxtle. Los castellanos sacaban ventajas de los desaciertos de los indígenas.

Como de costumbre, despues de aquella victoria despachó Cortés nuevos mensajeros á Tlaxcalla; más conformándose en cierta manera á los usos de los indios, al darles el constante recado de paz con protestas de amistad y amenazas, les entregó una carta y una saeta, dando á entender con ello á la señoría escogiera definitivamente entre la paz y la guerra. (2) Pasáronse ciertos dias sin hacer cosa notable, fuera de constantes correrías en los alrededores del cerro para perseguir y desbaratar las partidas de otomíes que se presentaban, ya para provocar gritando, ya para trabar alguna escaramuza. (3)

Don Hernando vivía en el teocalli, y de noche cuando no dormia registraba la campiña con la vista, para observar si había lumbres indicantes de alguna poblacion; así descubrió por el dia ciertos humos grandes, á unas cuatro leguas del real, junto á una sierra en la cual aparecía haber mucha gente. Una noche, despues de rondada la guarda de prima, dejó el real al frente la caballería, cien peones y los indios amigos, tomando el rumbo hácia los peñoles. Caminada una legua, subitamente se derribó un caballo al suelo sin poderse menear; avisado Cortés, dijo: "Pues vuélvase su dueño con él al

(1) Cartas de Relac. pág. 54.—Bernal Díaz, cap. LXVI.— AA. cit.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(3) Cortés, en Lorenzana, pág. 54. Como se advierte seguimos de preferencia la relacion de Cortés, teniendo en cuenta el órden de los sucesos omitidos por él.

real." Respondió la misma frase al caer de idéntica manera el segundo caballo; los soldados le observaron: "Señor, mira que es mal " pronóstico, é mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por " do vamos," El dicie: ¿Por qué mirais en agüeros? No dejaré la " jornada, porque se me figura que de ella se ha de seguir mucho " bien esta noche, é el diablo por lo estorbar pone estos inconvinien- " tes." Cayó tambien al suelo el caballo de D. Hernando; más aunque hicieron alto por un rato, siguieron adelante con las cabalgaduras del diestro. (1) Por fortuna los caballos quedaron buenos á poco tiempo; acometidos ligeramente de torozon por alguna yerba que comieron, segun creemos, lo atribuyeron los castellanos á hechicería, pues en aquella época, blancos é indios, en esta materia adolecian de las mismas supersticiones.

Perdido el tino en la oscuridad, dieron en un pedregal del cual con dificultad salieron; divisaron la lumbre en una choza, en la cual se apoderaron de dos mujeres, y como en seguida aprisionaran dos hombres, estos les sirvieron de guías. " Y ántes que amaneciese " dí sobre dos pueblos, en que maté mucha gente. É no quise " quemar las casas, por no ser sentido con los fuegos de las otras " poblaciones, que estaban muy juntas." (2) Al amanecer cayeron sin ser sentidos sobre Tzimpantzinco, lugar de hasta veinte mil casas; los castellanos penetraron por las calles haciendo estrago en los sorprendidos habitantes, quienes huían desnudos, así como las mujeres y los niños, lanzando lastimeros gritos: los principales y los ancianos se presentaron á pedir el fin de la matanza, arrojando las armas en señal de paz los pocos que las habían tomado. Dijeron, no haber ocurrido en amistad al real por impedirlo Xicotencatl; mas que ellos quieren ser amigos de los castellanos, en señal de lo cual les suministrarían víveres. En efecto, sacaron á los blancos cerca de una fuente en donde les dieron abundante comida, acompañando en seguida á los blancos conduciendo buena cantidad de vituallas. Don Hernando encargó á los papas y principales dijeran á los señores de las cuatro cabeceras cómo habían sido tratados, proponiéndoles dejaran una guerra para ellos tan costosa y concertaran la paz. (3)

(1) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 568.
(2) Cortés relaciones, pág 54.
(3) Bernal Díaz, cap. LXVIII.—Gomara, Crón. cap. L—Herrera, déc. II, lib VI, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIII.

Subido Cortés en una altura descubrió grandes caseríos y preguntando cuáles eran le respondieron, la ciudad de Tlaxcalla; llamó á los soldados y dijo tranquilamente: "Ved, qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí." Volviéndose entónces al alcalde mayor Alonso de Grado le preguntó: "Atenta la muchedumbre de gente ¿qué os parece se debe hacer?"—"Retirarnos á la costa, respondió Grado, y escribir á Diego Velázquez nos envie socorro, porque si sobreviene algun accidente ó enfermamos serémos comidos por los indios." Aquella respuesta, eco de los pensamientos de muchos en el real, no debió sonar bien á los oidos de Don Hernando, quien disimulando la flaqueza se contentó con replicar: "Advertid que retirándonos las mismas piedras serán contra nosotros, y si nuestra muerte es cierta, mejor es acabar llevando nuestro intento adelante, que no huyendo." (1) Los expedicionarios fueron recibidos en el real con gran júbilo, pues por haber visto volver los dos jinetes temían hubiera sucedido alguna desgracia.

Aunque la victoria coronaba los estandartes castellanos, costaba una parte del efectivo de las tropas lo ya ejecutado, poniendo espanto aun en los más briosos lo que de la empresa restaba por rematar. Habían sucumbido sobre cincuenta y cinco hombres; de quienes sobrevivían, la mayor parte estaban heridos; doce estaban dolientes de enfermedades, entre ellos Fr. Bartolomé de Olmedo y el mismo Cortés adolecía de calenturas: (2) sobraba la comida, es verdad, más faltaba sal para condimentarla y escaseaban los vestidos. El contínuo pelear, traer las armas siempre puestas, rondas y vigilias habían agotado las fuerzas de los más robustos. El disgusto y las murmuraciones se propagaron en el real. Muchos soldados en corrillos y pláticas se mostraban mústios y desalentados. Estando de vela Don Hernando oyó decir dentro de una choza: "Si el general es loco y se mete en donde nunca podrá salir, no lo seamos nosotros, volvámonos á la mar y si él quiere venir con nosotros, bien; mas si no, le dejarémos." Casi públicamente le llamaban Pedro Carbonero, que les había metido en donde nunca podrían salir. (3) Llegó

(1) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 568.—Gomara, Crón. cap. L.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVI.

(3) Cartas de Relac. pág. 55.—"Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de "moros, á hacer salto, se habia quedado allá muerto, con todos los que con él fue- "ron." Gomara, Crón. cap. LI.

el atrevimiento hasta meterse siete personas en la posada de Cortés, para hacerle presente la dificultad de la empresa, el corto número de los blancos, la inmensa muchedumbre de los contrarios, las pérdidas sufridas; parecía acertado tornarse á la Villa Rica á esperar refuerzos, pues con los elementos actuales la conquista era imposible Respondióles mansamente Cortés recordándoles la buena fortuna que hasta entónces los había acompañado, la confianza que en Dios debían tener, pues por su causa combatían; haciéndoles notar, que retrocediendo, en lugar de tenerlos por dioses les mirarían como cobardes y de pocas fuerzas, sus propios aliados se mostrarían contra ellos por temor de Motecuhzoma. Los quejosos insistieron en sus argumentaciones, hasta que Don Hernando algo enojado respondió, más valía vivir por buenos que morir deshonrados; é interviniendo los amigos del general le dijeron en altas voces no hiciera caso de corrillos ni pláticas, sino dispusiese lo que juzgara conveniente y todos ellos obedecerían. (1)

Los aliados acostumbrados á la obediencia ciega y pasiva no mostraban temor alguno. Consultado por Cortés el jefe cempoaltecatl Teuch le respondió: "Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fuí á México, y soy experimentado en las guerras, é conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres é no dioses, é que habeis hambre y sed y os cansais como hombres; é hágote saber que pasado de esta provincia hay tanta gente, que pelearan contigo cien mil hombres agora, y muertos ó vencidos estos vernán luego otros tantos, é así podrán remudarse ó morir por mucho tiempo de cient mill en cient mill hombres, é tú é los tuyos, ya que seais invencibles, morireis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, é yo no tengo más que decir de que mireis en esto que he dicho, é si determináredes de morir, yo iré con vos." (2) Verdadero valor es, reconocer la magnitud del peligro y querer arrostrarle.

Pide la justicia declarar, que en aquellas circunstancias Don Hernando se mostró muy grande. Evidentemente su resolucion no dimanaba de ciega tenacidad; dentro de él debía haber un impulso su-

(1) Bernal Díaz, cap. LXIX.
(2) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 571.

perior para empujarle adelante; una voz secreta le hacía cerrar los oídos á todo consejo. Para nosotros, impulso y voz venían de la fé en su causa, de la fé producidora de verdaderos milagros en la humanidad: veía en el cielo la estrella cintilante que condujo á Colon á lo largo del inmenso y tenebroso Océano.

Sin duda la situacion de los castellanos era apurada; permanecer indefinidamente en el cerro no hubiera sido acertado, y tampoco era cuerdo bajar á la llanura en busca de batallas en campo abierto. Una de las meltiplicadas inepcias de Motecuhzoma los sacó del embarazo. Aquel monarca, al ver penetrar á los blancos en el territorio de Tlaxcalla, se haría este cálculo sencillo; si los invasores vencían á los tlaxcalteca, ganaba el imperio en la destruccion de sus enemigos; si lo contrario acontecía, los importunos teules no tendrían ya ocasion de ir á México. Informado constantemente por sus espías, supo de las victorias de los españoles sin inquietarse por ello, más informado de los pensamientos de la señoría para hacer la paz, entró en gran cuidado, pues la alianza uniendo las fuerzas de sus contrarios los hacía mucho más temibles. A fin de evitarlo reunió en concejo á las personas principales del imperio; Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, opinó mandar embajadores á Cortés con un gran presente, pidiéndole su amistad y rogándole no pasase á México por haber en ello inconvenientes; Cacama fué del parecer de siempre, recibir con todo decoro en la ciudad á los extranjeros. Divididos los pareceres, Motecuhzoma adoptó el de el señor de Itztapalapan, á la verdad no muy acertado, si bien introduciendo una mala variante; en consecuencia se dispuso nueva embajada. (1)

No bien apaciguadas las murmuraciones en el real, llegaron seis principales nobles méxica con doscientas gentes de servicio; con las ceremonias á su usanza, saludaron á Cortés, presentándole un regalo de hasta mil pesos de oro en polvo, igual número de piezas de ropas de algodon, joyas de valor y plumas de valía. El más anciano tomó la palabra, diciendo le saludaba de parte de Motecuhzoma, quien le mandaba la enhorabuena por sus victorias contra los tlaxcalteca; quería el emperador ser amigo del bravo capitan y reconocerse por vasallo del gran rey á quien servía, á cuyo efecto le mandaba aquel presente y le mandaba preguntar con cuál cantidad

(1) Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

y en qué objetos debería pagar cada año el tributo; pero que le suplicaba no fuese á México, porque siendo la tierra estéril, el camino áspero y peligroso quería evitar le sucediese algun daño. Tomó el presente Don Hernando y agradeció el recado, haciendo muchos halagos y demostraciones de amistad á los embajadores, á quienes sin embargo no dió por entónces respuesta, reteniéndolos á su lado, miéntras se desenlazaban los tratos con la república. Los embajadores habían tomado por la vía de Huexotzinco, y sea que éstos los patrocinaran ó les fuera salvaguardia su respetado carácter, ellos no encontraron contradiccion por parte de los tlaxcalteca hasta penetrar en el real. Más segun lo mejor averiguado, aquel mismo dia, como en desafío á los méxica, Xicotencatl cargó denonadamente con tres escuadrones de guerreros sobre el real, haciendo prodigios de valor por salir airoso. Don Hernando, atacado de calenturas, habia tomado un purgante, no obstante lo cual dada la alarma montó á caballo, se puso al frente de los jinetes, y ayudado por los peones rechazó el asalto. (1) Xicotencatl se retiró á su campamento, ménos resentido de sus pérdidas, que despechado por haber sido vencido en presencia de los méxica.

Miéntras esto pasaba, los emisarios de D. Hernando, enviados con la carta y la saeta, se presentaron á Maxixcatzin y Xicotencatl, ante los cuales expusieron su encargo. Aquellos señores convocaron á los otros dos de la señoría, á los principales capitanes y áun á sus amigos de Huexotzinco. Reunida la junta, Maxixcatzin, desde el principio ardiente partidario de los extranjeros, se decidió por la alianza con los hombres blancos, tomando pié de las desgracias acontecidas para esforzar sus primitivas argumentaciones: de nada había servido combatir á los teules de dia ni de noche, por el contrario, aquellos séres eran poderosos á causar daño, mostrándose siempre invencibles é invulnerables; trataban con humanidad á los prisioneros, y en vez de matarlos los ponían libres; quitaron á los totonaca del yugo de Motecuhzoma, y ahora pretenden ser amigos de Tlaxcalla para defenderla de aquel su cruel y encarnizado enemigo: inmensas ventajas deberían seguirse de la amistad con los teules, miéntras de continuar combatiéndoles sólo se alcanzaría la

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 60.—Bernal Díaz, cap. LXXII.—Gomara, Crón. cap. XLIX.—Herrera, déc. II, lib. VI. cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

muerte de los ciudadanos y la destruccion de la señoría. (1) Estas razones pesaron tanto en el ánimo de los pusilánimes, que fue resuelta la paz,

En consecuencia, cuatro principales pasaron al campamento de Xicotencatl, el mozo, á ordenarle, de parte de la señoría, se abstuviese de proseguir la guerra. El intrépido general se negó abiertamente á acatar el mandato, y enojado, maltrató de palabra á los emisarios: ya he muerto, les dijo, un caballo (2) y á muchos teules: en otra batalla que de noche les dé, lograré vencerlo y matarlos. Los cuatro desairados nobles tornaron con aquella respuesta al consejo, la cual dió tanto enojo á los cuatro señores, principalmente á Maxixcatzin y á Xicotencatl el viejo, que mandaron intimar á todos los capitanes del ejército no obedeciesen á su general en cosas de pelear. Aquella segunda órden resistió como la primera, y áun retuvo en su campamento á los nobles enviados, evitándoles fuesen á demandar la paz. (3)

Verificóse entónces la expedicion á Tzimpantzinco, y los del pueblo, que habían traido bastimentos al real, con promesa de seguir suministrándolos, lo avisaron á Xicotencatl; quien los riñó fuertemente, afeándoles la accion. Los papas y principales se dirijieron entónces á la señoría; informados los cuatro principales de la conducta observada por los blancos, en lo relativo á no matar los prisioneros, y teniendo en cuenta la determinacion tomada para hacer paces, mandaron á los de Tzimpantzinco llevaran diariamente al real cuantos víveres se hubiésen menester. (4) Contrariando esta determinacion, dió Xicotencatl el asalto al real, en el cual tan mal despacho alcanzó.

" Era este Xicotenga, alto de cuerpo, y de grande espalda y bien " hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta, y era hasta " de treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona " gravedad." (5) Esta noble figura, maltratada en la pluma de algunos escritores, merece de toda justicia detenerse un poco en su

(1) Bernal Diaz, cap. LXVII.

(2) Los méxica llamaban al caballo *mazatl*, venado, y tambien *tlanxolotl*, danta ó anta. Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(4) Bernal Díaz, cap. LXVIII.

(5) Bernal Diaz, cap. LXXIII.—Cortés le llama Sicutengal.

presencia. Él sólo, en todo su pueblo, se mostró patriota, manteniéndose firme contra los invasores; logró con su valor detener por algunos dias la carrera victoriosa de los blancos, y cesó de combatir cuando no tuvo quien le acompañara al combate. Derrotado de contínuo, no conoció el desaliento, volviendo á la pelea con doblado entusiasmo. Heróicos eran los civilizados acometiendo la inmensa muchedumbre que los rodeaba; pero mayor y de mejor temple era la heroicidad del bárbaro, luchando contra la fortuna, la debilidad de sus compatriotas, contra los dioses invencibles y sus abrasadores rayos. Libre de las preocupaciones vulgares, leyó en el porvenir las desgracias que á su patria amagaban y quiso conjurarlas; loables y meritorios fueron sus inútiles esfuerzos; si la fama no les ha pregonado cual debiera, es que la complaciente deidad sólo alaba á los triunfadores.

La última derrota, y sobre todo la presencia de los embajadores méxica en el real de los castellanos, apresuraron á la señoría á concluir la proyectada paz, y vencieron la obstinada resistencia de Xicotencatl; temieron que los extranjeres estrecharan sus relaciones con Motecuhzoma, en lo cual debía empeorar la situacion de Tlaxcalla, y se adelantaban á evitarlas, negociando por su propia cuenta. A fin de dar mayor seguridad á los invasores, fué nombrado Xicotencatl como embajador principal; excusóse al principio, más aceptó al cabo, urgido por los señores del consejo. (1)

Cuando no se esperaba, presentóse en el real Xicotencatl, seguido de hasta cincuenta nobles principales, llevando las mantas por mitad blancas y rojas, divisa de la casa del general indio. Los méxica concibieron grande enojo al ver llegar á sus odiosos enemigos, y no fué menor el coraje en los tlaxcalteca. Atempanecatl, principal embajador de Motecuhzoma, se acercó al noble de Tlaxcalla, llamado Tolimpanecatl y le dijo: "¿A qué vienes aquí? ¿Qué em-
" bajada es la que traes? Quiero saber de ello, y ¿sabes á quién se
" la traes? ¿Es tu igual para que lo recibas con las armas acostum-
" bradas de la profanidad de la milicia?" y no respondiéndole pala-
" bra, prosiguió el embajador de Motecuhzoma diciendo: "Quién tie-
" ne la culpa de las desvergüenzas y contiendas que ha habido en Hui-
" tzilhuacan, Tepatlaxco, Tetxmolocan, Teotlalzinco, Tepetzinco,

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

" Ocotepec, Tlamacazquicac, Atlmoyahuacan, Cecalacoyan, y en to-
" do el contorno hasta Chalollan? Veamos lo que vas á tratar con
" Cortés, que quiero verlo y oirlo." A todo esto había estado presente Marina, y así el embajador de la señoría de Tlaxcalla, volviendo á ella los ojos le dijo: " Quiero en presencia de nuestro pa-
" dre y señor, el capitan Cortés, responder á mi deudo el embajador
" mexicano." Marina le respondió: " Proseguid en vuestras deman-
" das y respuestas," y así volviéndose al embajador mexicano le dijo: " ¿Teneis más que decir?" El cual respondió: " Harto he dicho,
" sólo quisiera ver vuestra demanda" El cual le respondió: "No
" tienes razon, sobrino, de tratar tan mal á tu patria y señorío de
" Tlaxcalla, y mira que nadie te da en rostro con las tiranías que
" has hecho en alzarte con los señorios ajenos, comenzando desde
" Cuitlahuac y prosiguiendo por la provincia de Chalco, Cuauhque-
" chollan, Itzocan, Cuauhtinchan, Tecamachalco, Tepeyacac y Cuex-
" tlan, hasta llegar á la costa de Cempoalla, haciendo mil agravios
" y vejaciones, y desde el un mar al otro; sin que nadie os lo dé en
" cara ni estorbe; y que por vuestra causa, por vuestras traiciones y
" dobleces, por tí haya aborrecido mi sangre el huexotzincatl, cau-
" sado todo del temor de vuestras tiranías y traiciones, sólo por go-
" zar espléndidamente el vestido y la comida. Ten vergüenza, no
" quieras vengar tus pasiones con mano ajena, y si quieres tener
" algun litigio, sal sólo al campo conmigo, que yo pondré la cabeza
" para que ejecutes tu venganza, sin valerme de nadie, que no me
" da miedo la muerte. Y en lo que dices, que recibí con las armas
" al capitan Cortés tu amigo, respondo, que los qne salieron de Za-
" caxochitlan, Teocalhueyocan, Cuahuacan y Mazahuacan, huyen-
" do de tí, vinieron á parar á mis tierras y fueron los que le hicie-
" ron guerra al capitan Cortés, y ahora le llevaré sobre mis espaldas
" y le serviré." (1) Así se desataban los ódios de aquellos pueblos rivales, en perjuicio de la causa comun.

Xicotencatl venía en su traje guerrero, más dispuesto en apariencia á lanzar un reto, que á proponer la sumision. Recibido con agasajo por Cortés, le llevó á su aposento, en donde estando ambos sentados y los demas en pié, el embajador entregó un pobre presente en joyas y mantas, algunos mancebos que debían servir de rehenes,

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 83. MS,

y tomando la palabra con voz reposada dijo: ser general de las tropas de la república y quien había hecho la guerra en defensa de la patria, pensando que los castellanos eran amigos de Motecuhzoma, de quien ellos habían recibido continuados daños, pues si carecían de oro y piedras ricas, de algodon y áun de sal para sus alimentos, provenía de estar cercados por los méxica; en nombre de Maxixcatzin y de la señoría, se presentaba á ajustar una paz segura y duradera, garantes de la cual son los rehenes que presenta: para mortificar á los méxica que le escuchaban, se difundió en cargos contra el emperador Motecuhzoma y los culhua, gente que no descansaba, ni á nadie dejaba en sosiego, y pues la república nunca sufrió el yugo de México, ni otro alguno extraño, ahora que venía á poner sus libertades en manos de D. Hernando, las mantuviera, y defendiera las familias de los ultrajes de los azteca. Cortés respondió, que ellos tenían la culpa del daño recibido; él se había entrado por su tierra pensando eran sus amigos, como los cempoalteca se lo habían certificado, y no obstante haberles enviado mensajeros para pedirles su amistad, ellos le habían hecho la guerra, y habiendo venido sobre seguro; le saltearon en el camino matándole dos caballos é hiriéndole otros. (1) Rogóle Xicotencatl fuera á aposentarse á la ciudad, " y tornó Cortés á decir algo más áspero de las guerras que " nos habían dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren qne las paces que ahora les damos que sean firmes y que no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá á " su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de " guerra." (2) En suma, D. Hernando se dió por agraviado; dando á entender al admitir la sumision de Tlaxcalla, que más era magnanimidad suya, que cosa por él ansiada y pretendida.

Ajustada la paz, mejor dicho, la sujecion de la república, Xicotencatl se retiró, llevando para sí y los de la señoría, cuentas de vidrio verdes y azules, regalo del vencedor. Los embajadores de Motecuhzoma dijeron entónces á Cortés, no creyese en los ofrecimientos de los tlaxcalteca, pues todo era burla, mentiras y traiciones;

(1) Cartas de Relac. pág. 56---57.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXIII.—Oviedo, lib. 33, cap III.—Gomara, Crón. cap. LIII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

que estando resentidos de no haber podido matar á los blancos en las batallas pasadas, fingían la paz para llevarlos á la ciudad ó á parte donde pudieran darles cómodamente la muerte. Por su parte decian los tlaxcalteca á Cortés, que no se fiase en lo absoluto de los méxica, pues sus cosas las hacían con traicion y maña, de cuya manera habían sojuzgado toda la tierra; se lo avisaban por ser sus verdaderos amigos y conocer á los azteca mucho tiempo había. " Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, di-" ce D. Hernando, no tuve poco placer, porque me pareció hacer " mucho á mi propósito, y que podría tener manera de mas aina, " sojuzgarlos, y que se dijese aquel comun decir *de monte* &c. é " aun acordeme de una autoridad evangélica, que dice, *Omne Re-" gnum in seipsum divisum desolabitur:* y con los unos y con los ' otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecía el aviso que " me dada, y le daba crédito de más amistad que al otro." (1)

Xicotencatl, al tornar de Tlaxcalla, fué recibido por la señoría, la cual, satisfecha de haber sido concertada la paz, la hizo publicar solemnemente en la provincia. Grande fué el regocijo público, expresado con enramadas y flores, un suntuoso baile con más de veinte mil hombres de la nobleza, solemnes fiestas á los dioses, con sacrificio de esclavos. La muchedumbre iba y venía al real trayendo copia de mantenimientos sin recibir paga alguna, comunicándose con los blancos en toda confianza. Los cuatro señores de las cabeceras, celosos por la permanencia de los méxica, insistían diaria y porfiadamente en llamar á Cortés, á fin de apartarle de la comunicacion con sus enemigos y tenerle libremente en su poder. (2)

D. Hernando difería la marcha con buenos pretextos, ya para darse á deseo, ya para observar si los tlaxcalteca obraban de buena fé, parte por estar todavía con los restos de las calenturas, y principalmente porque los embajadores méxica le habían pedido seis dias de plazo, á fin de mandar dos de ellos á dar cuenta de lo ocurrido á Motecuhzoma, recibir instrucciones y tornar con la respuesta. En tanto Cortés escribió á Juan de Escalante su teniente, en la Villa Rica, participándole su buena ventura y rogándole le mandara ciertos encargos de vino y hostias para el culto. Con los indios

(1) Cartas de Relac. pág. 61.—Bernal Díaz, cap. LXXIII.

(2) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XI.—Torquemada, lib. IV cap. XXXVI.

de los contornos y de Tzimpancinco fué levantada una gran cruz en el real, se limpió y aderezó el teocalli de la cumbre del cerro; reformáronse ademas las viviendas de la tropa, mejorando cuanto pudo cada uno en comodidades. Al tiempo estipulado llegaron al real seis nobles muy principales, con un rico regalo consistente en más de tres mil pesos de oro, en joyas de diversas hechuras, y doscientas cargas de mantas de algodon y pluma; el más anciano dijo á Cortés, que Motecuhzoma le daba el pláceme por su buena andanza, y le ruega ahincadamente en bueno ni en malo se fíe de los de Tlaxcalla ni á su ciudad vaya, pues siendo pobres lo único que intentan es sacarlos de ahí para robarlos y matarlos. Cortés con semblante alegre recibió el regalo, dando por respuesta agradecer el presente, "y que él lo pagaría al señor Montezuma en buenas obras;" si faltaran los tlaxcalteca á su palabra lo pagarían con la vida; pero que estando seguro no harán una villanía, ha determinado definitivamente ir á Tlaxcalla. (1)

Luego que los cuatro señores de la república supieron del regreso de los embajadores méxica, en su empeño por disputarse á los extranjeros vinieron en persona al real, en andas los unos, en hamacas los otros, acompañados con gran séquito de nobles; en presencia de Cortés tomaron polvo del suelo con el dedo mayor de la mano derecha, el cual llevaron á la boca en señal de reverencia, incensaron al general, y tomando la palabra el anciano Xicotencatl le dijo amorosamente: Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar nos perdones por haberte dado guerra, dándote las razones por qué lo hicimos, y pues ya nos perdonaste, sólo falta te vayas con nosotros á nuestra ciudad á donde te atenderémos y regalarémos; mira Malinche, vámonos luego, y no hagas caso de los dichos de los méxica contra nosotros, pues son falsos y mentirosos, y tal vez por su causa no quieres venir á nuestra casa. Con alegre semblante respondió Cortés, "que bien sabía desde muchos años ántes "que á estas sus tierras viniésemos cómo eran buenos, y que deso "se maravilló cuando le salieron de guerra;" aquellos méxica esperaban respuesta para Motecuhzoma; agradecía el convite para ir á la ciudad "y lo pagaría en buenas obras;" mas no lo había ejecuta-

(1) Bernal Díaz, cap. LXXIII.

do por no tener quien llevase la artillería. (1) "Pues cómo, le replicaron, ¿por esto has estado y no lo has dicho? y en ménos de media hora presentaron quinientos indios de carga. Los embajadores méxica no llevaron á bien la determinacion; más sin duda para estar presentes y saber cuanto pasaba se dejaron persuadir para ir á Tlaxcalla, bajo la promesa de Cortés de no consentir les hicieran daño. (2)

Al dia siguiente de mañana dijo misa el presbítero Juan Díaz, y despues de una exhortacion, los castellanos abandonaron el cerro de Tzompantzinco, al cual en memoria de los sucesos ahí pasados pusieron por nombre Torre de la Victoria. Púsose el ejército en marcha con todas las precauciones de ordenanza, cada soldado en su puesto, listas las armas, encendidas las cuerdas para arcabuces y bombardas. "Era cosa notable ver la gente que de la comarca sa- "lía á mirar á los castellanos, y todos espantados de ver á tales "hombres, con la experiencia de las batallas que habían vencido; "mudos y atónitos los miraban, no sabiendo que creer, ni en que "había de parar la venida de aquella gente. Y era tambien de no- "tar lo que los cempoalas, y los otros indios que seguían á los cas- "tellanos, muy ufanos y hablando con los otros decían, porque unos "contaban su fortaleza, su bondad y sus hazañas, que todos lo oían, "alabando su Dios en cuya virtud vencían: otros decían, ¿qué os "parece? veis aquí los escogidos, enviados de su Dios, á quien tan- "tos de vosotros no bastaron á vencer, y os los traemos por amigos." (3)

El camino entero fué una verdadera ovacion, concurriendo á la solemnidad mas de cien mil personas. En el campamento de Xicotencal los recibió el principal del lugar; en Atlihuetza (4) salió á regalarles Piltecuhtli con nobles y pecheros; acatamiento igual les hicieron en Tizutla, (5) dirigiéndose en seguida á Tlaxcalla. Al entrar en la ciudad las calles estaban obstruidas por la muchedumbre, las azoteas llenas de curiosos; los cuatro cabezas de la señoría, que al intento se adelantaron, vinieron á Cortés con los nobles de

(1) Los indios llamaban á los cañones *tepuztli*, es decir, cobre; Bernal Díaz, estropeando la palabra escribe *tepuzque*.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXIV.

(3) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XI.

(4) Hoy Santa María, cerca del rio Zahuapan.

(5) Cabecera del señorío de Xicotencatl, hoy San Estéban.

cada parcialidad, con sus vestidos de nequen del color respectivo á su demarcacion; y los sacerdotes con sus lúgubres vestiduras, mostrando la reciente sangre de sus orejas acabadas de sacrificar, trayendo en las manos los braserillos con incienso para zahumar á los extranjeros. Don Hernando se apeó del caballo, saludó cortesmente, y como Xicotencatl y los demas se acercaran á abrazarle, les tomaba y aseguraba por la muñeca de la mano derecha, dejándose oprimir el cuerpo por solo el brazo izquierdo de sus amigos. Siguieron protestas de seguridades y amistad; en seguida tomándole en medio los cuatro señores le llevaron á aposentar al palacio de Xicotencatl: tuvieron alojamiento los soldados en lugar próximo al de el general, los cempoalteca con los de Ixtacmaxtitlan en las cuadras del teocalli principal, miéntras á los embajadores méxica se dió posada en la cámara de Don Hernando. (1) Aquel dia memorable fué viérnes veintitres de Setiembre. (2)

No obstante tantas pruebas de amistad, Cortés previno á la tropa no tomara nada á no ser que se les regalara y no se separara un paso de los cuarteles sin prévia licencia; en cuanto á la guardia la hizo montar con las mismas precauciones cual si el enemigo estuviera al frente. A los castellanos pareció aquello excesiva rigidez y así lo representaron; mas el general les respondió ser así indispensable, pues siendo tan pocos debían estar siempre alerta para no ser desbaratados. En esto mostraba verdadera prudencia. Notáronlo igualmente los de la señoría y quejáronse, diciendo les parecía desconfianza en sus palabras y ofrecimientos tan cauta vigilancia; sosególes Cortés respondiéndoles, ser aquellas leyes y costumbres de la milicia, las cuales no se abandonaban en paz ni en guerra. (3)

(1) Muñoz Camargo. MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim., cap. 83. MS. Asegura este escritor, que en lo relativo á Tlaxcalla sigue la autoridad de Tadeo de Niza de Santa María, natural de la cabecera de Teticpac, quien por mandato de la señoría, siendo gobernador Don Alonso Gómez, escribió el año 1548 una Historia de Tlaxcalla y la dió á Fr. Pedro de Osorio para ser llevada á España.—Las pinturas de la manta hacen relacion á los lugares en que los castellanos fueron recibidos y agasajados.

(2) Dos diversas versiones encontramos. Gomara, Crón. LIV, pone diez y ocho, y le siguen Andrés de Tápia, Herrera, Torquemada, &c. Seguimos como más conforme con la cronología de los sucesos á Bernal Díaz, cap. LXXIV, quien dice: "como "entramos en tierra de Tlaxcala hasta que fuimos á su ciudad se pasaron veinte "y cuatro dias, y entramos en ella á 23 de Setiembre de 1519 años."

(3) Bernal Díaz, cap. LXXV.

El dia siguiente, sábado 24 de Setiembre, dijo misa el P. Juan Díaz, asistiendo á la ceremonia Xicotencatl y Maxixcatzin con otros muchos nobles. Acabada la ceremonia, los dos señores presentaron un pobre regalo en pocas joyas de oro y ropas de nequen, aunque bien labradas, disculpando la pobreza de la dádiva con las vejaciones y robos de los méxica, sobre quienes cargaron la mano pintándolos con negros colores: agradeciólo de buena manera el general, encareciendo en cuánto estimaba el don, no por su riqueza sino por venir de sus buenos amigos. Ofreciéronle igualmente mujeres mozas y por casar para él y los suyos, lo cual tambien agradeció aceptando. Ya hemos dicho la significacion de estos regalos de mujeres, los cuales eran señales de paz y alianza, de relaciones de parentesco estrechados por los vínculos de la familia; en el presente caso había ademas el intento de obtener generacion de séres tan prodigiosos y valientes. Xicotencatl destinaba su propia hija para Cortés, y como en aquel dia no se separara de su presunto hijo, como ciego que era le palpaba rostro, barba y cuerpo, á fin de formarse aproximada idea de la persona. (1)

Conforme al ofrecimiento hecho trajeron hasta trescientas jóvenes de buen parecer, de ellas esclavas, muchas de las principales familias y las hijas y parientas de los complacientes nobles. Tecuiloatzin y Tolquequetzaltzin eran hijas de Xicotencatl; Maxixcatzin presentó á Cicuentzin, hija de Atlapaltzin; el señor de Quiahuiztlan trajo á Zacuancozcatl, hija de Axoquentzin y á Huitznahuauhuatzin hija de Tecuanitzin. (2) Xicotencatl tomando á una de sus hijas por la mano la presentó á Cortés diciéndole: "Malin- " che, (3) esta es mi hija y no ha sido casada; tomadla paro vos;" rogándole diese las demas principales á los capitanes. Cortés las recibió con rostro alegre, diciendo las aceptaba, mas que por entónces las dejaba en poder de sus padres y parientes. Preguntado por cual causa hacía el desaire, no aceptándolas de luego á luego, replicó: "Porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro Se- " ñor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que envió el rey

(1) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.—Muñoz Camargo. MS.

(3) Segun aparece, el nombre de Malinche pusieron á Cortés en Tlaxcalla durante la guerra y tal vez como apodo; segun Muñoz Camargo, despues de entrado en la ciudad le dijeron el capitan Chalchiuh, *chalchihuitl.*

"nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni "maten más hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen "hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es un sólo Dios "verdadero." Por boca de Marina y de Aguilar siguió ensalzando las excelencias de la fé cristiana, dando á entender sus misterios y esperanzas de la otra vida: concluyó con que para tomar aquellas mujeres por esposas y hacer más sólida y duradera su amistad, destruyeran los ídolos, convirtiéndose á la verdadera fé. Respondieron los señores, ser su religion para ellos antigua, y no poderla dejar sin examinar ántes si sería bueno el cambio; sus dioses eran buenos y dábanles cuanto necesitaban; aunque ellos no quisieran se opondrían los papas y la multitud: terminaron con la declaracion firme de no abandonar su culto, aunque por ello hubieran de morir. (1)

Aparece que los cuatro nobles no se mostraban tan renuentes acerca de admitir las divinidades extranjeras; pero consultado el pueblo, se negó resueltamente á abandonar su culto y sacrificios. Siguiendo las inspiraciones tolerantes de sus dogmas, que admitían entre sus númenes las deidades de los demas pueblos, á la par de las suyos y con la misma reverencia y acatamiento, resolvieron dejar poner en sus teocalli las imágenes cristianas, sin abandonar por ello las nacionales. (2) No contento con aquella transaccion, Cortés hubiera tal vez procedido de la manera imprudente que en Cempoalla, á no haberle contenido los consejos de los capitanes Alvarado, Velazquez de Leon y Lugo, junto con las amonestaciones de Fr. Bartolomé de Olmedo, quienes le patentizaron no sólo lo peligroso del paso, sino la inutilidad de una conversion basada en medios violentos sin haber penetrado el corazon. ¿"Qué aprovecha, decía el "religioso, quitalles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los "pasan luego á otros"? (3) Transigiendo con las circunstancias, una sala del palacio de Xicotencatl fué transformada en oratorio para los castellanos; con gran fiesta fué colocada una cruz en el sitio donde los señores recibieron al conquistador, y en un teocalli recien construido, limpío y de nuevo encalado, quedó colocada una imágen de la Santa Vírgen, con una gran cruz: "de que estaban muy

(1) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

(2) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

"admirados los tlaxcaltecas, viendo que los cristianos adoraban al "dios que ellos llamaban Tonacacuahuitl, que significa, Arbol del "sustento, que así lo llamaban los antiguos." (1) En este teocalli se dijo misa, y fueron bautizadas las cinco doncellas principales, tras cuya ceremonia, la hija de Xicotencatl, llamada ya Doña Luisa, fué entregada á Pedro de Alvarado, la traida por Maxixcatzin nombrada Doña Elvira, cayó en poder de Juan Velazquez de Leon, tocando las demas á Cristobal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila: (2) el resto se dió por pasto á los soldados. Proceder extraño, que facultaba á concubinatos pasajeros sin responsabilidad reconocida.

Los escritores de la república aseguran, que el presbítero Juan Díaz bautizó á los cuatro señores cabezas, sirviéndole de padrino D. Hernando Cortés, recibiendo estos nombres cristianos Bartolomé Xicotencatl, Baltasar Citlalpopocatzin, Gonzalo Tlihuexolotzin y Juan Maxixcatzin; fundándose para ello, así en las relaciones como en una pintura conservada en el cabildo de Tlaxcalla. (3) Lo mismo admite Fr. Juan de Torquemada, bajo la autoridad de Muñoz Camargo, si bien en parte distinta acepta otra relacion en la cual se dice, que habiendo enfermado de viruelas Maxixcatzin, año 1520, y deseando morir cristiano, D. Hernando envió para bautizarle á Fr. Bartolomé de Olmedo. "Y yo tengo aquel hecho por más verdadero que éste, porque en todas las pinturas que hay de esta historia y bautismo, están todos cuatro juntos bautizándose, y señalado el ministro que fué el clérigo Juan Díaz, y no fraile. Y esta "pintura está en la portería del convento de Tlaxcalla, y ellos con "sus nombres cristianos y gentiles sobre sus cabezas. Y pues desde los principios de esta conversion indiana está hecha esta pintura, y pasa sin contradicion de indios ni españoles, es cosa cierta "que aquello pasó así, y no como esta relacion dice." (4) En la manta de Tlaxcalla, el cuadrete octavo representa el bautismo de los cuatro señores. No obstante estos testimonios la aseveracion nos parece falsa. No negamos que los cuatro cabezas de la señoría hayan sido bautizados; negamos lo fueran durante la permanencia de los

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.
(2) Bernal Díaz cap. LXXVII.
(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.—Muñoz Camargo, MS.
(4) Monarq. Indiana, lib. IV, cap. LXXX.

castellanos en la ciudad, el mes de Setiembre 1519. Cortés calla por completo el hecho; hacen lo mismo Andrés de Tapia, Gomara y Herrera; no dice una palabra la informacion hecha en México y Puebla, año 1565, á solicitud del gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla: á ser cierto lo pregonaran como uno de sus mayores triunfos. Tenemos en contrario la autoridad de Bernal Díaz, quien, como ya vimos, escribe á este propósito: "dijeron y dieron " por respuesta que no curásemos más de les hablar en aquella co- " sa, porque no los habían de dejar de sacrificar aunque los mata- " sen" (1) Otra relacion contraria, y parece ser la verdadera respecto de Maxixcatzin, es la mencionada por Torquemada. A nuestro entender, es invencion de los vencidos, perpetuada por los escritores de orígen tlaxcalteca, haciendo alarde, en los tiempos de la dominacion española, del gran mérito contraido por sus compatriotas en los dias de la conquista, ya por su lealtad con los invasores, ya en haber admitido docilmente los misterios de la fé.

El rumor de la entrada de los hombres blancos y barbudos en Tlaxcalla, se derramó con increible velocidad por la tierra, causando gran admiracion, pues la república gozaba fama de poderosa y valiente. De todas partes acudía la gente en secreto á ver los maravillosos extranjeros, "y de Tlaxcalla les decían más de lo que era " por espantar toda la tierra, afirmando que eran dioses, y que no " había poder humano que los pudiese ofender, ni enojar." (2) Bajo estas impresiones, los castellanos pasaban hermosa vida, respetados, atendidos, agasajados, con gran abundancia de manjares y placeres. D. Hernando y los suyos, visitaron minuciosamente los palacios, templos y lugares públicos, así para satisfacer la curiosidad, como

(1) Bernal Díaz, cap. LXXVII.

(2) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XI.—Muñoz Camargo. MS.—Curiosas son las consejas acreditadas entre aquellos pueblos respecto del caballo. Creían al principio como creyeron en Tabasco, que animal y hombre eran una sola pieza como el fabuloso centauro, y por este engaño daban para el bruto raciones de gallinas, pan y comida. Tuviéronlos despues por béstias fieras comedoras de gente, á cuya causa los hombres blancos les ponían frenos en las bocas y los traían atraillados con cadenas de hierro; así, cuando algun caballo traía el hocico ensangrentado, decían se había comido algun hombre: eran inteligentes para ejecutar las órdenes recibidas de los blancos, y cuando relinchaban creían era de hambre, acudiendo luego á darles de comer y beber cumplidamente, porque no se enojasen. Despues con el trato frecuente, se desvanecieron estas maravillas, quedando en darles yerba por alimento.

para hacerse cargo de los pormenores del lugar: el conquistador asegura ser la ciudad muy mayor que Granada; acudían cuotidianamente treinta mil personas al mercado principal, ámpliamente provisto de mantenimiento, loza y objetos de tráfico, las campiñas estaban labradas y sembradas, tenían policía y buena administracion de justicia, como lo comprueba el hecho de que, habiendo robado un indio cierto oro á un español, el delincuente fué perseguido hasta Cholollan, y traido fué ajusticiado en la plaza del mercado; por visitacion ó empadronamiento se encontraron 500,000 vecinos en la provincia, (1) la cual, á su juicio, medía noventa leguas en contorno, sin haber cosa vacía. Parecióle semejante el gobierno al de las señorías de Venecia, Génova ó Pisa, "y entre ellos hay toda manera de buen órden y policía, y es gente de toda razon y concierto, y tal que lo mejor de Africa no se le iguala." Asegura de la loza ser, "de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España." Respecto de la comparacion con Granada, entendemos referirse al tamaño de la ciudad y en manera alguna á los edificios, pues en Tlaxcalla ni remotamente había una construccion comparable con la primorosa Alhambra; pero en el fondo queda por verdadero, que los tlaxcalteca habían logrado cierta civilizacion no demasiadamente inferior á la de los moros tunecinos.

Para pagar aquella galante hospitalidad, Cortés envió á Cempoalla por ropas, plumas y mantenimientos, de lo que allí tenía guardado, ya de los regalos de los méxica, ya del tributo pagado por los totonaca, y á cuyos objetos como hemos visto no daba gran valor. Fueron por ello ciento cincuenta nobles, entre ellos, algunos representando la señoría, con doscientos tamene: traido que aquello fué, lo repartió el general entre los cabezas de la república y demas señores principales, lo cual le hizo aparecer como liberal y dadivoso. (2)

En diversas ocasiones se informó Cortés, de Xicotencatl y Maxixcatzin, de cuanto apetecía acerca de la situacion de México, su fortaleza, número de habitantes, armas y manera de combatir, poderío y riqueza de Motecuhzoma, número de guerreros que podría poner en campaña. Aquellos nobles relataron tambien la historia

(1) Cortés, Cartas de Relac. pág. 58--60.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim., cap. 84. MS.

de su patria, comenzando por los célebres gigantes destruidos por sus antecesores, enseñando para comprobarlo, grandes huesos; (1) uno de los cuales puso asombro en los castellanos, pues siendo de la rodilla á la cadera era del tamaño de Bernal Díaz, de talla regular: tan sorprendente les pareció, que le mandaron á Castilla con los primeros procuradores que fueron. "Tambien dijeron aquellos "mismos caciques, que sabían de aquellos sus antecesores, que les "había dicho un su ídolo en quien ellos tenían mucha devocion, "que vendrían hombres de las partes de hácia donde sale el sol y "de lejas tierras á los sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, "holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos"...... "Cortés les replicó, y dijo, que ciertamente veniamos de hácia don-"de sale el sol, y que por esta causa nos envió el rey nuestro señor "á tenellos por hermanos, y que plegue á Dios nos dé gracia para "que por nuestras manos é intercesion se salven; y dijimos todos: "Amén." (2)

Los señoríos en guerra con México, se apresuraron á aliarse con los extranjeros, creyendo ser en perjuicio del enemigo comun, sin presentir el propio daño. La señoría de Huexotzinco, regida tambien por una oligarquía de cuatro nobles, única que con sus tropas acudió á Tlaxcalla, si bien éstas permanecieron quedas á la hora de la batalla, se sometió á los blancos bajo las mismas condiciones de la república. (3) Huexotzinco era un pequeño estado que, como ya sabemos, debía su existencia al *xochiyaoyotl* ó guerra religiosa, estando por entónces unido con los tlaxcalteca. El rebelde Ixtlilxochitl, miéntras los extranjeros penetraban en el país, reunía poderoso ejército en Otompa; informado de las victorias de los castellanos, les envió nueva embajada, ofreciéndoles su amistad, proponiéndoles que al hacer su jornada á México, pasasen por Calpulalpan, en donde saldría á recibirlos con su gente, acompañándolos á destruir á Tenochtitlan. Holgó Cortés de la embajada, aceptó la alianza y despachó con halagos á los embajadores, diciéndoles asegurasen á Ixtlilxochitl, le agradecía su honrado ofrecimiento, y le

(1) Los huesos fósiles comunes en la cuenca de Tlaxcalla.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXVIII.

(3) Cartas de Relacion, pág. 60.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.

sería en ayuda contra sus contrarios, pues sabía estar de su lado la justicia. (1)

Estando en Tlaxcalla, llamaban la atencion de los castellanos dos grandes montañas que á lo lejos descubrían, cubiertas al parecer de nieve. "Y de la una, que es la más alta, sale muchas veces así de "dia como de noche, tan grande bulto de humo, como una gran ca-"sa, y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como "una vira, que segun parece, es tanta la fuerza con que sale, que "aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio viento, no lo "puede torcer." (2) Para descubrir el secreto de aquellas monta-

(1) Torquemada, lib. IV. cap. XXXVI.

(2) Cartas de Relac. pág. 70. Cortés se refiere á las dos grandes alturas en el cinturon montañoso que cierra el Valle de México. El Iztacihuac, de *iztac*, blanco; *cihuatl*, mujer, y el afijo *c*, mujer blanca, está en 19° 10′ lat, y 0° 31′ 55″ long. E., midiendo 4786^{m} de altura. (Humboldt) Dícesele tambien Sierra Nevada, y pervirtiendo las ideas, el vulgo le nombra Volcan de Nieve, y Volcan del Muerto, porque los perfiles de la cresta superior remedan una persona tendida boca arriba, cubierta con un sudario blanco. El Popocatepec, del verbo *popoca*, humear, arrojar humo; de *tepetl*, cerro ó montaña, y de la proposicion *c*, montaña que arroja humo ó humea, queda en 18° 59′ 47″ lat. N. y 0° 29′ 12″, 8 long. E. de México, (Alm. amer. 1853,) midiendo 5400^{m} segun Humboldt, 5463^{m} segun Gleme. Este es el verdadero volcan. La erupcion más antigua que hayamos encontrado en las crónicas, se refiere al año IV calli 1353. El símbolo gráfico, unido al IV calli, 1509, en los Códices Vaticano y Telleriano Remense, tomado en las tradiciones antiguas como uno de los prodigios de la destruccion de México, marca á nuestro parecer otra nueva erupcion. Ignoramos si el periodo de activad comenzó entónces y se prolongó hasta 1519; lo cierto es que los castellanos le vieron en 1519 arrojando humo, llamas y piedras incandescentes, y que en esta forma activa se prolongó hasta 1528, conforme á esta autoridad: "A la una de estas sierras, llaman los indios sierra blanca, porque siempre tiene "nieve, á la otra llaman sierra que echa humo; y aunque ambas son bien altas, la "del humo me parece ser más alta, y es redonda desde lo bajo, aunque el pié baja "y se estiende mucho más. La tierra que esta sierra tiene de todas partes es muy "hermosa y muy templada, en especial la que tiene al Mediodía. Este volcan tiene "arriba en lo alto de la sierra una gran boca, por la cual solía salir un gran golpe de "humo, el cual algunos dias salía tres y cuatro veces. Habría de México á lo alto "de esta sierra ó boca, doce leguas, y cuando aquel humo salía parecía ser tan cla-"ro como si estuviera muy cerca, porque salía con grande ímpetu muy espeso, y "despues que subía en tanta altura y gordor como la torre de la iglesia mayor de "Sevilla, aflojaba la furia y declinaba á la parte que el viento le quería llevar. Este "salir de humo cesó desde el año 1528, no sin grande nota de los españoles y de los "indios. Algunos querían decir que era boca del infierno." (Motolinia, trat. III, cap. VI.)—En 1530 tornó á arrojar humo y dejó de hacerlo, conforme á esta cita: "En este mismo año de 1530, el Bolcan que está á vista de México, cesó de hechar "humo y estuvo assí hasta el año 1540." (Enrico Martínez, Reportorio de los tiem-

ñas, Cortés dejó ir al capitan Diego de Ordaz, con nueve españoles, guias y cargadores indios con bastimentos. Encontraron la subida áspera y embarazosa, resbaladiza la nieve, dificultoso el paso por la ceniza, temblor del piso, el humo y lluvia de piedras candentes. Los

pos, pág. 243.)—"Y despues acá desque estamos en esta tierra no le hemos visto "echar tanto fuego ni con tanto ruido como al principio, y áun estuvo ciertos años "que no echaba fuego, hasta el año de 1539 que echó muy grandes llamas y piedras "y cenizas." (Bernal Díaz, cap. LXXVIII).—"Esta sierra que llaman Bulcany, por "la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda y que jamas le falta "nieve; parece muy lejos las noches que echa llama: hay cerca de él muchas ciuda- "des, pero la más cercana es Guexocinco. Estuvo diez años y más que no echó hu- "mo, y el año de mil y quinientos y cuarenta, tornó como primero, y antes trajo "tanto ruido, que puso espanto á los vecinos que estaban á cuatro leguas y más "aparte. Salió mucho humo y tan espeso, que no se acordaban su igual. Lanzó tan- "to y tan recio fuego, que llegó la ceniza á Guéxocinco, Quetlaxcoapac, Tepeiacac, "Quauhquechollan, Cholollan y Tlaxcallan, que está diez leguas y aun dicen que llegó "á quince; cubrió el campo y quemó la ortaliza y los árboles, y aun los vestidos." (Gomara, Crón. cap. LXII).—"Tiene una gran boca en la cima, echa por ella un "penacho de humo grueso, y tan espeso que se ve de muchas leguas subir á la re- "gion del aire, á veces arroja ceniza, y la esparce á los comarcanos pueblos, y ha "llegado hasta la Puebla y Tlaxcalla, y hasta Chalco, ocho leguas de distancia, no "es contínuo el humo visible que cesa por muchos años. El año de 1594 cesó por "Octubre; el año de 1663, á trece de Octubre, á las dos de la tarde, levantó con es- "trépito, un plumaje de humo tan denso, que oscurecía la region del aire; luego el "año siguiente, continuando el humo, víspera de San Sebastian, (Febrero 24 de "1664) á las once de la noche, por la parte que mira á la Puebla cayó de la boca un "gran pedazo, con tanto ruido, que se estremeció toda la ciudad, y las ventanas y "puertas se abrieron al golpe, y el techo de la escalera de nuestro convento se vino "abajo; hiciéronse rogativas y procesiones de sangre, pidiendo á Dios misericordia, "porque la ceniza era en cantidad, y con ella piedras que se hallaban menudas, li- "vianas como la piedra pomez, fué cesando el humo, y ahora es poco lo que despi- "de que apenas se divisa." (Vetancourt, P. I, T. 2. cap. IV).—Debió repetirse el fenómeno aquel mismo año, pues encontramos. "El dia 24 de Junio de 1664, arro- "jó gran cantidad de humo el volcan de Popocatepetl, lo que no había sucedido "desde 1530." (Disertaciones de Alaman, tom. 3, Apéndice, pág. 34). Lo de que el humo no se hubiera presentado desde 1530, aparece absolutamente falso en esta noticia.—El año 1665 fué señalado, "porque en él reventó el volcan de México, y estuvo arrojando cenizas cuatro dias." (Cartas de Relac. en Lorenzana, pág. 25).— "El 20 de Octubre de 1697, hizo una erupcion de fuego el volcan de Popocatepetl." (Alaman, Disertaciones, Apéndice, pág. 44). No caen todavía en nuestro poder otras noticias.—Segun Muñoz Camargo, las dos montañas eran dioses para los indios, y de diferente sexo, supuesto que eran marido y mujer.—"Piensan aquellos simples "que es una boca de infierno, á donde los señores que mal gobiernan ó tiranizan, "van despues de muertos á purgar sus pecados, y de allí al descanso." (Gomara, cap. LXII). En un tiempo tambien los europeos pensaron en que los volcanes eran bocas del infierno.

naturales se detuvieron á la mitad de la falda, diciendo que aquello nunca lo habían hollado piés, ni visto ojos humanos; de los castellanos se fueron deteniendo segun les alcanzaban las fuerzas, logrando llegar á la parte superior el capitan Diego de Ordaz. Sentía estremecerse la tierra; calculó la circunferencia de la boca en media legua, descubriendo una concavidad poco honda, en la cual hervía un licor como en horno de vidrio. Vieron desde lo alto desarrollarse á sus piés el valle de México, con sus lagos y ciudades. Apénas desviados un tanto para bajar, recreció la erupcion y la ceniza, arenas y piedras candentes los hubieran destruido, si no se hubieran abrigado bajo una roca. Para no extraviarse, siguieron á la bajada las huellas impresas en la ceniza; reuniéronse con los indios, y trayendo nieve y carámbanos como trofeos, regresaron á Tlaxcalla. Esta aseencion puso el colmo á la admiracion por los blancos; sólo ellos pudieron haber rematado tan temerosa hazaña; los indios venían, besaban las ropas á Ordaz, le traían presentes como á dioses, y no podían atribuir el hecho sino á milagro. Esta es la primera ascension conocida al Popocatepec: cuando Diego de Ordaz fué á Castilla, le concedieron por armas el volcan, y así le conservaron sus descendientes, vecinos de Puebla. (1)

(1) Cortés, Cartas de Relac. pág. 70.—Bernal Díaz, cap. LXXVIII.—Gomara, Crón, cap. LXII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap, XVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXVIII.

LIBRO II.

CAPITULO I.

Motecuhzoma Xocoyotzin.—Cacama.

Chololan.—Nueva embajada de los méxica.—Encono entre las tribus.—Cortés resuelve pasar á Chololan.—Oposicion de los tlaxcalteca.—Marcha para la ciudad.—Entrada en Chololan.—Matanza.—Nuevas embajadas de los méxica.—Motecuhzoma concede permiso á los blancos para ir á México.—Despedida de los principales cempoalteca.

I acatl 1519. Sabemos ya que Chololan era la ciudad santa de Anáhuac. No le venía la fama de ser antiquísima, sino de su gran pirámide, la mayor en esta tierra, obra de un pueblo desconocido. De las provincias más remotas, venían muchedumbres de peregrinos á traer ofrendas á los dioses, haciendo sacrificios á númenes pertenecientes á cultos antiguos y modernos. Quetzalcoatl, la deidad principal, era reverenciada en la grande y suntuosa teocalli, capilla

construida en la cara superior de la gran pirámide truncada. Quetzalcoatl, el dios de la última civilizacion, el predicador del culto semejante al cristiano, el introductor del símbolo de la cruz, el profeta vaticinador de la venida de los hombres blancos y barbudos. Miedo y respeto infundía á los fieles la gran mole artificial. Segun las tradiciones de los papas, si algun ejército impío quisiera atacar la ciudad, la defendería el númen protector con truenos y rayos; si esto no fuera suficiente, arrancando el revestimento que cubría las paredes de la pirámide, brotarían torrentes de agua para anegar á los sacrílegos. Por eso al desprenderse algun trozo del rebocado, los ministros, fingiendo atajar el líquido, reponían el desconchado con un compuesto de cal y sangre de niños sacrificados, con misteriosas ceremonias. (*)

Cholollan estaba asentada en una llanura. (1) Segun el cronista conquistador, de lejos se parecía á Valladolid de Castilla la Vieja. (2) A la cuenta de Cortés, había veinte mil casas en el cuerpo de la ciudad y otras veinte mil en los arrabales, los habitantes mejor vestidos, muy más civilizados que los tlaxcalteca. "Esta ciudad es "muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra, y se riega la "más parte della; y áun es la ciudad más hermosa de fuera, que "hay en España, porque es muy torreada. E certifico á V. A., que "yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la "dicha ciudad, y todas son de mezquitas." (3) Casas le pone más de treinta mil vecinos, lo cual admitido, haría subir la poblacion á más de 150,000 almas, (4) Descollaban entre los edificios las capillas terminales de los teocalli, al decir de los autores, tantos como el año tenía dias. Eran los moradores grandes mercaderes, buenos hilanderos y tejedores, plateros y fabricantes de loza de la mejor calidad: cultivaban con esmero la tierra, "porque es tanta la multi-"tud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tie-"rra hay, que no esté labrada: y áun con todo, en muchas partes

(*) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(1) Cholula actualmente ocupa su lugar antiguo y pertenece al Estado de Puebla. Es el Churultecal de Cortés; el nombre se encuentra de otros modos estropeado.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXIX.

(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 67.

(4) Brevísima relacion de la destruccion de las Indias: colegida por el Obispo don Fray Bartolomé de las Casas, ó Casaus, de la Órden de Santo Domingo. Año 1552. Foja 17.

"padecen necesidad por falta de pan: y áun hay mucha gente pobre "que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, "como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente "de razon." (1)

El gobierno era teocrático; nada se disponía ni ejecutaba sin consulta de los papas. Los dos principales de esta clase privilegiada se nombraban Tlaquiach, el principal ó mayor de lo alto, y Tlachiach, el mayor de lo bajo. Para la guerra se nombraba un capitan general, entendiendo en los negocios civiles un consejo compuesto de seis nobles. (2) Chalollan debía su libertad al pacto de la guerra sagrada, en la cual combatían por una parte Tlaxcalla, Huexotzinco y Chalollan, contra la triple alianza, Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan; por esta causa los chololteca debían ser aliados naturales de los tlaxcalteca; pero encendida entre ellos la guerra, se tornaron irreconciliables enemigos. Recordarémos que en los años anteriores, para defenderse de sus contrarios, Chalollan buscó el apoyo de México y áun se le sometió, no obstante lo cual, quebrantó la fé dada para tornar á su antigua libertad. Los cambios por los cuales habían pasado y la falta de cumplimiento en las promesas, hacían pasar á los chololteca como pérfidos y tornadizos.

Era pasado el primer tercio del mes de Octubre, cuando Cortés determinó proseguir su viaje en busca de Motecuhzoma; mas como de contínuo, los ménos animosos se opusieron al intento abultando los peligros, diciendo cuánto era temerosa la empresa de irse á meter á México, teniendo de combatir contra los grandes poderes del emperador: la intrepidez de D. Hernando logró vencer aquellos ánimos indecisos, si bien ayudado por el ejemplo de los capitanes y soldados más resueltos. (3) Esta determinacion vino de nuevo á remover los encontrados intereses de aquellos pueblos. Los embajadores méxica urgían á Cortés se pasase á Chalollan, en donde estaría mejor alojado y servido, pudiendo ahí esperar cómodamente la respuesta de Motecuhzoma dando ó nó licencia para ir á Tenochtitlan. El intento principal de los méxica era apartar á los blancos de la amistad de los tlaxcalteca, á los cuales pintaban con los más negros

(1) Cartas de Relac. pág. 67.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XL.

(2) Muñoz Camargo. MS.—Herrera, dec. II, lib. VII, cap. II.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXIX.

colores de perfidia é ingratitud. Por su parte Xicotencatl y Maxixcatzin se oponían á la marcha de los extranjeros, repitiendo cuantos oprobios podían contra el emperador y sus súbditos, notándolos siempre de traidores, dándoles por consejo que cuando contra ellos combatieran, "que los que pudiésemos matar, que no quedasen con " las vidas, al mancebo porque no tome armas, al viejo porque no dé " consejo, y le dieron otros muchos avisos." Para sondear el ánimo de aquellos señores, D. Hernando les propuso ajustasen paces con los méxica; Xicotencatl contestó ser por demas las paces, la enemistad la tienen arraigada en el corazon y no quieren oir hablar de aquella alianza; terminaron rogándole de nuevo no se pusiera en manos de tan malas gentes. (1) Con este encarnizamiento se disputaban á los hombres blancos y barbados.

En aquella sazon llegaron á Tlaxcalla cuatro nuevos embajadores de Motecuhzoma trayendo en buenas joyas hasta diez mil pesos, con diez cargas de mantas de primas labores de pluma; entregado el presente dijeron á Cortés, se maravillaban cómo los blancos habían vivido tantos dias entre aquellas pobres y rústicas gentes, no buenas ni áun para esclavos, por malas y traidoras, pues cuando más descuidados estuviesen los matarían por robarlos; que se fuesen luego á la ciudad de Chalollan en donde serían bien atendidos, aunque no como se merecían. "Aquesto hacía Montezuma por sacarnos de Tlax-" cala, porque supo que habíamos hecho las amistades que dicho " tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habían " dado sus hijas á Malinche; porque bien tuvieron entendido que no " les podía venir bien ninguna de nuestras confederaciones, y á es-" ta causa nos cebaba con oro y presentes para que fuésemos á sus " tierras, á lo ménos porque saliésemos de Tlaxcala." (2) D. Hernando dió las gracias por el regalo y como en calidad de embajadores, en realidad espías, mandaba á México los capitanes Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tápia; pero ya por haber enfermado Tápia, ya por las representaciones de los castellanos, se mandó regresar á los enviados para evitar su pérdida, tenida en el ejército como segura.

Con beneplácito de sus camaradas Cortés resolvió pasarse á Chalollan, señalando dia para el viaje. Sabido por los de la señoría, vi-

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 61.—Bernal Díaz, cap. LXXIX.
(2) Bernal Díaz, cap. LXXX.

nieron luego con mucha pena á decir al general, no fuese por aquella ciudad, pues sabían le tenían preparada una traicion para matarlos; al efecto había cincuenta mil méxica á dos leguas de la puebla; habían cerrado el camino principal, abriendo otro con hoyos á trechos con agudos maderos hincados en el fondo, para en que los caballos cayesen; muchas calles estaban tapiadas, había piedras en las azoteas de las casas, todo para hacer daño: como la mejor prueba al intento, hicieron notar no haberse presentado los chololteca á dar la obediencia, mientras ya lo habían ejecutado los huexotzinca á mayor distancia. Hizo fuerza esta última observacion en Don Hernando, quien les pidió le proporcionasen mensajeros que fuesen á decir á los chololteca viniesen á verle, pues quería hablarles de cosas de importancia. (1)

Si hubiéramos de dar crédito á Muñoz Camargo, cronista de la república, los señores de Chololian por guardianes de Quetzalcoatl, ó por causa no conocida, no creían en los hombres blancos y barbudos: los tenían por unos advenedizos traidos para hacerles la guerra, mirándolos en poco y menospreciándolos. Segun lo había ordenado Cortés, los tlaxcalteca enviaron embajadores á la ciudad santa, siendo el principal Patlahuactzin, persona noble muy estimada en la república: llegados á Chololian dijeron á los sacerdotes, fuesen y se diesen de paz, pues los dioses blancos y barbudos eran buenos y no les harían daño; de lo contrario serían destruidos y aniquilados. Oido por los señores, se apoderaron de Patlahuactzin, le desollaron la cara, los brazos hasta el codo, cortáronle las manos por la muñeca dejándolas pendientes, despidiendo á los mensajeros diciéndoles: "Andad, y volved á decir á los de Tlaxcalla y á esotros "andrajosos, hombres dioses ó lo que fueren que decis que vienen, "que eso les damos por respuesta." Patlahuactzin murió, quedando su memoria en los cantares nacionales. No guardar las inmunidades concedidas á los embajadores era un acto salvaje entre aquellos pueblos, el cual era castigado con la mayor severidad, así los tlaxcalteca al avisarlo á Cortés le pidieron venganza, respondiéndoles el general, "no tuviesen pena, que les prometía la venganza de ello, como en efecto lo hizo." (2)

(1) Cortés Relac. pág 61.—62.—Bernal Díaz, cap. LXXIX.
(2) Muñoz Camargo, MS.—La copia Herrera, déc. II, lib. VI cap. XVIII.

Nada de esto encontramos confirmado por los testigos presenciales. Conforme á su autoridad, con los mensajeros tlaxcalteca vinieron dos ó tres personas de Cholollan, quienes dijeron estar enfermos los señores, razon por la cual no podían presentarse, viniendo ellos en su lugar á ver lo que les querían. Los tlaxcalteca hicieron observar á Cortés ser aquella una burla, pues los enviados eran macehuales, muy inferiores en calidad á las personas encargadas de embajadas, por lo cual no debía admitirlos, sino exigir viniesen los señores en persona. Entónces D. Hernando dijo á los chololteca, que ellos eran muy poco, y aún sus mismos señores, para traer embajada á tan alto príncipe como el rey de España; que dentro de tres dias vinieran los principales á dar la obediencia y declararse vasallos de S. M., "con apercibimiento que pasado el término que les "daba, si no viniesen, iría sobre ellos y los destruiría, y procedería "contra ellos, como contra personas rebeldes, y que no se querían "someter debajo de el dominio de V. A." Para dar fuerza á la amenaza, les entregó un mandamiento firmado de su nombre, autorizado por escribano, "con relacion larga de la real persona de V. S. M. "y de mi venida, diciéndoles, como todas estas partes, y otras muy "mayores tierras y señoríos eran de V. A., y que los que quisiesen "ser sus vasallos, serían honrados y favorecidos; y por el contrario, "los que fuesen rebeldes, serían castigados conforme á justicia." (1)

Los mensajeros se tornaron á Chololan. Reunidos los del consejo, letra muerta fué para ellos el exijente documento, aunque bien comprendieron las amenazas pronunciadas de viva voz: divididos los pareceres, sólo tres de los principales vinieron á Tlaxcalla. Dijeron no haberse presentado ántes, porque los de la provincia eran sus enemigos y no creian venir seguros; los tlaxcalteca debían haber hablado mal contra ellos; no les diera crédito, pues lo aseguraban por contrarios y no por pasar así; que se fuese á su ciudad y ahí conocería la falsedad de aquellos dichos; por último se daban por vasallos del rey de Castilla. "E así lo asentó un escribano, por "las lenguas que yo tenía: y todavía determiné de me ir con ellos, "assi por no mostrar flaqueza, como porque desde allí pensaba hacer "mis negocios con Muteczuma, porque confina con su tierra, como "ya he dicho, y allí usaban venir, y los de allí ir allá, porque en el

(1) Cartas de relac. pág. 62—63.—Bernal Díaz, cap. LXXXI.

"camino no tenían respuesta alguna." (1) Conocida esta resolucion por los tlaxcalteca, se opusieron de nuevo con todo empeño, insistiendo en las traiciones de méxica y chololteca; mas no pudiendo vencer el ánimo de D. Hernando, le ofrecieron ayudarle con las fuerzas de la república.

En efecto reunieron hasta cien mil hombres curiosamente aderezados. De la parcialidad de Ocotelolco salieron nueve capitanes nobles con la enseña de la cabeceara que era un pájaro verde sobre un peñasco; pertenecientes á los otras divisiones se formaron trece capitanías, con sus estandartes; siendo el de Quiahuiztlan un plumaje verde á manera de mosqueador, el de Tizatla una garza blanca sobre un peñasco, el de Tepeticpac un lobo sobre peñas con arco y flechas en la mano: todos los guerreros vestían vistosas armas é iban confiados en los castellanos para destruir á sus enemigos. (2)

Parece lo mejor averiguado que los castellanos permanecieron veinte dias en Tlaxcalla; en este concepto, el ejército salió de la ciudad el trece de Octubre. Marchando á punto de guerra como si fuera en país enemigo, "dormí en un arroyo que allí estaba á las "dos leguas, por despedir la gente, porque no hiciesen algun escán- "dalo en la ciudad, y tambien porque era ya tarde, y no quise en- "trar en la ciudad sobre tarde." (3) Hicieron ahí los aliados algunas chozas de ramas para pernoctar; se presentaron ciertos mensajeros chololteca á dar á Cortés la bienvenida, trayendo bastimentos de gallinas y pan de maíz, ofreciendo que los de la señoría se presentarían al siguiente dia; rogáronle tambien no consintiese á los de Tlaxcalla les hiciesen daño en sus tierras ni personas. Agradeció la visita el general, y siguiendo las indicaciones hechas, despidió la

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 63.—Bernal Díaz, cap. LXXXI, afirma que los señores de Chololłan se mandaron excusar con que los de Tlaxcalla eran sus enemigos, y teniéndose la excusa por justa se determinó pasar á la ciudad.

(2) Cartas de relac., pág. 64.—Muñoz Camargo. MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84. MS.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XVIII.—Torquemada, lib. IV cap. XXXVIII.

(3) Cartas de Relac. pág. 64.—Segun Bernal Díaz, cap. LXXXII, durmieron aquella noche junto "un rio que pasa obra de una legua chica de Cholula, á donde está he- "cha ahora una puente de piedra. "El arroyo de Cortés, rio de Bernal Díaz, es el Atoyac, indispensable de pasar para ir de Tlaxcalla á Chololłan; la puente á que el soldado cronista se refiere es la construida de piedra poco despues de fundada la ciudad de Puebla, y que reedificada se conoce hoy por Puente de México.

mayor parte de los guerreros de la república, quedándose con sólo unos cinco ó seis mil. (1)

Al siguiente dia, catorce de Octubre, al acercarse los castellanos á Chololla, salieron de la ciudad hasta diez ó doce mil personas con flores, pan, aves y frutas; divididos en grupos, cada uno llegaba á los blancos dándoles sus regalos y cediendo el lugar al grupo inmediato; salieron tambien los señores principales, obsequiaron á Cortés, y como advirtiesen los guerreros tlaxcalteca, le rogaron no les permitiese entrar armados en la ciudad, cosa que les fué otorgada mandando á aquellos tercios acamparan fuera en el campo. "E "entrando por la cibdad, salió la demas gente que en ella habie, por "sus escuadrones, saludando á los españoles que topaban, los cua-"les íbamos en nuestra órden; é luego tras esta gente salió toda la "gente, ministros de los que sirvien los ídolos, vestidos con ciertas "vestimentas, algunas cerradas por delante como capuces, é los bra-"zos fuera de las vestiduras, é muchas madejas de algodon hilado "por orla de las dichas vestiduras, é otros vestidos de otras mane-"ras; muchos dellos llevaban cornetas é flautas tañendo, é ciertos "ídolos cubiertos é muchos encensarios, é así llégaron al marques é "despues á los demas echando de aquella resina en los encensa-"rios." (2) En calles y azoteas la apiñada muchedumbre veía con asombro á los extranjeros, formando curiosos comentarios acerca de su porte, armas, aspecto y andar de los caballos nunca vistos por ellos, aterrándose con lebreles y alanos á los cuales comparaban con tigres y leones. En medio de aquel, más estupor que regocijo, los blancos fueron llevados con gran solemnidad hasta aposentarlos en espaciosas cuadras, en donde quedaron cómodamente alojados con sus amigos los cempoalteca y los de Iztacmaxtitlan: trajéronles en seguida de comer. (3)

Realidad ó preocupacion, D. Hernando halló confirmadas algunas de las noticias dadas por los tlaxcalteca; vió cerrado el camino real y abierto otro nuevo, algunos hoyos, aunque no muchos, tapiadas algunas calles de la ciudad, y piedras en las azoteas. En Cho-

(1) Cortés, Cartas de Relac., pág. 64.—Bernal Díaz, cap. LXXXII.—Gomara, Crón. cap. LVIII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.

(2) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 573.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXXII.—Gomara, Crón. cap. LVIII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.

lollan encontró nuevos mensajeros de Motecuhzoma, quienes sólo le dijeron venían á informarse de los embajadores que le acompañaban, si con él habían tenido concierto y cuál era para irlo á decir á su señor; hecho lo cual se tornaron á México llevándose consigo al principal de los embajadores antiguos. (1) En los tres dias siguientes proveyeron los indios cada vez peor de comer; principales ni sacerdotes venían al alojamiento de los blancos y si algun natural venía era como burlando: algunos ancianos traían agua y leña, excusándose de dar víveres por faltar el maíz. (2)

Los embajadores méxica disuadían de continuo á D. Hernando de pasar á México, diciéndole unas veces, no fuese porque el emperador se moriría de susto al verle; otras ocasiones que no había camino para ir; ya que allá no había provisiones con que mantenerle ahora que había lagartos, tigres, leones y muy bravas fieras las cuales podrían dar muerte á él y á los suyos. (3) Conócese á primera inspeccion el torpe manejo de Motecuhzoma; por todos los medios posibles quiso arrancar á los blancos de Tlaxcalla, á fin de apartarlos de la alianza concertada con la señoría; logrado á su parecer el objeto con hacerlos venir á Cholollan, cual si tratara con imbéciles ó niños, proseguía su desacertado plan de apartarlos de México por medio de obstáculos conocidamente ridículos y mentirosos. Suponemos tambien, que la supersticion jugaba gran papel en traer á los hombres blancos y barbudos á la ciudad de Quetzalcoatl; el desatinado emperador esperaba ver cómo el antiguo profeta reconocía á sus descendientes, cómo se comportaban entre sí los dioses venidos por Oriente. La verdad es, que D. Hernando se burlaba de las palabras de los embajadores.

Aquella falta de atenciones puso perplejo á D. Hernando. Llamado el cacique principal ú otros principales en su lugar, se excusaron con pretexto de estar muy enfermo él y ellos. Con sus solda-

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII, dice que llegaron nuevos embajadores méxica y reunidos con los antiguos hicieron entender desabridamente á Cortés, de parte de Motecuhzoma, no fuese en manera alguna á México, pues no tenía que darles de comer, el general les respondió con palabras blandas, se maravillaba que tan poderoso señor tuviese tantos pareceres, que no se marchasen como querían, pues al dia siguiente emprendería con ellos el camino de la capital: ellos prometieron esperar.

(2) Cartas de Relac. pág. 65.—Bernal Diaz, cap. LXXXVIII.

(3) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 574.—Gomara, Crón. cap. LIX.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.

dos hizo llevar del vecino templo dos papas, quienes resultaron ser de los principales, y preguntándoles la causa de andar amedrentados y que el señor no quería venir, respondió el más caracterizado, que los sacerdotes no tenían temor ninguno, é iría á llamar al cacique. En efecto, vino el principal con algunos nobles, á quienes por medio de los intérpretes se preguntó por cuál razon faltaban los bastimentos; si era porque los blancos estaban ahí, depusieran la pena, pues al siguiente dia pensaban tomar el camino de México, á cuyo efecto sólo pedían los tamene necesarios para conducir el fardaje y víveres por aquella noche. Tan turbado estaba el señor que no acertaba á responder; mas al cabo dijo, buscaría la comida, aunque Motecuhzoma había mandado no se diera, ni quería que los blancos pasasen adelante. En esta sazon se presentaron tres cempoalteca avisando haber ciertos reparos en algunas calles, se veían hoyos disimulados con madera y tierra y estacas agudas en el fondo, destinados á matar los caballos, en las azoteas había piedras y reparos de adobes. Vinieron en seguida ocho de los tlaxcalteca del campo avisando haber tenido lugar un sacrificio al dios de la guerra con dos hombres y cinco niños; mujeres y niños abandonaban la ciudad llevando sus haciendas. Por último, Doña Marina dijo á Aguilar, que una vieja, esposa de uno de los principales capitanes de la ciudad, dolida de su hermosura y queriéndola casar con un hijo suyo, pues la veía rica, le había propuesto abandonara á los blancos porque iban á ser destruidos; ella, la lengua, había aparentado admitir el partido á fin de informarse de los pormenores de la conjuracion, y una vez logrado, con pretexto de recojer su hato para volverse á la vieja, se había ido para el alojamiento. Por medio de Doña Marina fueron traidos los dos sacerdotes del principio y la anciana solicitadora, confesando todos la verdad de la conspiracion. (1)

De los diversos testimonios recojidos por medio de los intérpretes resultó que Motecuhzoma había dado órdenes contradictorias, ya previniendo se hiciera en la ciudad toda honra á los blancos, encaminándolos despues á México, ya enviando á decir no era de su volun-

(1) Cartas de relac. pág. 65.—Bernal Díaz, cap. LXXXIII.—Gomara, Crón, cap. LIX.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

tad aquel viaje: mirando la resolucion de los extranjeros de pasar á la córte, no obstante los obstáculos que se les habían puesto, aconsejado por Huitzilopochtli y Tezcatlipoca había resuelto apoderarse de los castellanos, haciéndolos llevar atados á Tenochtitlan. Para ejecutar aquel concierto, en señal de mando había enviado un tambor de oro al marido de la vieja: parte en unas barrancas vecinas, parte ya dentro de la ciudad, había veinte mil guerreros méxica: en cuanto al modo, los chololteca traerían al dia siguiente los tamene que para el viaje se les habían pedido, que serían guerreros escogidos, armados y en mayor número del demandado; cuando los hombres barbudos se pusieran en marcha, dentro de la ciudad si la ocasion era propicia, ó en las barrancas de las cercanías, chololteca y méxica caerían sobre los extranjeros y sus aliados; tomarían vivos cuantos se pudieran, de los cuales veinte quedarían en Cholollan para ser sacrificados á Quetzacoatl, siendo conducido el resto á Tenochtitlan: prevenidas estaban las colleras, pértigos y correas para asegurar los cautivos. (1)

En semejante situacion D. Hernando reunió un consejo de capitanes; opinaron unos torcer el camino por Huexotzingo; ocurrió á otros concertar cual se pudiera la paz, retirándose en seguida á Tlaxcalla; "otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejába-
" mos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían
" otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é
" había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la
" sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego apercibié-
" semos á los tlaxcaltecas que se hallasen en ello." (2) Este acuerdo prevaleció con gusto del general, quien determinó "prevenir ántes de ser prevenido," es decir, tomar la ofensiva ántes de ser combatidos. En consecuencia se mandó decir á los seis mil tlaxcalteca del campo, que luego que oyesen un escopetazo cargasen sobre la ciudad y á fin de ser reconocidos durante la pelea se pusiesen torzales de esparto ceñidos á la cabeza. Aquella noche transcurrió para los blancos en la mayor ansiedad, los hombres con sus armas, caballos y artillería á punto, guardando el alojamiento con la mayor vigilancia: ninguno se movió en Cholollan.

(1) Bernal Díaz, loco cit.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

Al sonreir el alba del dia que á nuestra cuenta fué mártes diez y ocho de Octubre, D. Hernando estaba á caballo rodeado de los soldados de su guardia; los castellanos y aliados en sus puestos. Llegaron los chololteca en gran multitud, é inmediatamente fueron introducidos en el patio del alojamiento; mas eran tantos, que á pesar de haber quedado apiñados dentro, muchos quedaron fuera. El patio cercado de tapias tenía tres puertas cada una al occidente, mediodía y norte. (1) Los hombres podían dificultosamente moverse en aquel espacio; las puertas fueron ocupadas por soldados: Cortés al ver el apresuramiento con que los chololteca venían, exclamó: "Qué "voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para "se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro Señor." (2)

Aparentando estar listo para emprender la marcha, hizo llamar á los señores principales con pretexto de despedirse de ellos; no acudieron los cabezas, sino vinieron hasta treinta capitanes, á los cuales metió en un patio pequeño y les dijo: "Dicho os he la verdad "en todo lo que con vosotros he hablado, y mandado he á todos los "cristianos de mi compañía que no os hagan mal, ni se os ha hecho: "con la mala intincion que teniedes me dijistes que los de Tlaxcala "no entrasen en vuestra tierra; y magüer no me habeis dado de co- "mer, como fuera razon, no he consentido que se os tome una galli- "na, y héos avisado que no me mintais; y en pago de estas buenas "obras teneis concertado de matarme y á mis compañeros, y habeis "traido gentes para que peleen conmigo, desque esté en el mal ca- "mino por do me pensais llevar; é por esta maldad que teníades con- "certada, morireis todos, é en señal de que sois traidores destruiré "vuestra cibdad, sin que mas quede memoria della: é no hay para que "negarme esto, pues lo sé como os lo digo." Ellos se maravillaron, é se miraban unos á otros, é habie guardas porque no pudiesen huir, é tambien habie guarda en la otra gente que estaba fuera en los patios grandes de los ídolos para nos llevar las cargas. El marqués les dijo á estos señores: "Yo quiero que vosotros me digais la verdad puesto que "yo la sé, para que estos mensajeros y todos los demas la oigan de "vuestra boca y no digan que os lo levanté:" é apartados cinco ó seis dellos, cada uno á su parte, confesaron cada uno por sí, sin tor-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XI.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

mento alguno, que así era verdad como el marqués se lo había dicho; é viendo que conformaban unos con otros, los mandó volver á juntar, é todo lo confesaron así, é decían unos á otros: "Este es co-"mo nuestros dioses que todo lo saben; no hay para que negárselo." El marqués hizo llamar allí los mensajeros de Muteczuma, é les dijo: "Estos me quieren matar, y dicen que Muteczuma era en "ello, y yo no lo creo porque lo tengo por amigo, y sé que es gran se-"ñor, y que los señores no mienten; y creo que estos me querían "hacer este daño á traicion, é como bellacos y gente sin señor que "son, é por eso morirán, é vosotros no hayais miedo, que demas "de ser mensajeros soislo de ese señor á quien tengo por amigo, é "tengo creido que es muy bueno, é no bastará cosa que en contra-"rio se me diga." (1) Atados los capitanes y sueltos los embajadores fueron metidos en unos aposentos con guardas: los dos sacerdotes denunciantes quedaron en libertad.

Tomadas estas disposiciones, fué disparado el fatal arcabuzazo. Al escuchar la señal, castellanos y cempoalteca arremetieron espada en mano contra los guerreros ó tamene del patio, en balde quisieron los infelices resistir, pues sorprendidos y agrupados, apénas pudieron valerse, intentaron trepar por las paredes, mas eran muy altas y sólo les servía para hacerse blanco de los arcos y de las ballestas, quisieron huir por las puertas y ahí los esperaban las picas y las espadas de los guardias: todos fueron pasados á cuchillo, quedando los patios cubiertos de cadáveres, encharcados en sangre y muchas entrañas desparramadas. Aunque sorprendidos y casi desarmados, acudieron al socorro los guerreros de la ciudad; pero aunque se adelantaron con denuedo, estrechados en las calles, fueron barridos por la artillería y los arcabuces. Escuchóse entónces á retaguardia el grito de guerra de los tlaxcalteca; la caballería, seguida de los peones, cargó réciamente cual sabía, desbaratando y mermando las filas contrarias; caidos la flor de los guerreros, privados de la direccion de sus jefes prisioneros, los esfuerzos tumultuosos de los chololteca fueron sin fruto, comenzaron á ciar, se subdividieron por las encrucijadas, y por fin, rotos y cubiertos de la sangre y del polvo de la pelea, fueron lanzados fuera de la ciudad. "Y dímosles tal mano,

(1) Relac. de Andrés Tapia, pág. 575.

"dice tranquilamente Cortés, que en dos horas murieron más de "tres mil hombres." (1)

Algunas partidas de guerreros se hicieron fuertes en algunos edificios y teocalli. Combatidos sin descanso, pegando fuego en todo lo que prendía la llama; de los defensores, quien no caía al golpe de las armas, perecía abrasado por la lumbre. A la hora del conflicto, acudieron presurosos los sacerdotes á romper el revestimiento de la pirámide, pero en lugar de los torrentes que debieran brotar, no salió una sola gota de agua. Tarde conocieron no debieron fiar en la mentirosa promesa del fementido Quetzalcoatl; preciso era acudir á las manos y menear con brío las armas. Papas y nobles se encastillaron en el templo de la pirámide, aquel era el relicario de los dioses, la joya reverenciada de los creyentes de Anáhuac; los dioses, siquiera por su honra, debieran hacer allí algun milagro. Atacados por blanco y tlaxcalteca, ofreciéronles la vida si se daban; uno sólo aceptó y fué bien recibido, los demas se negaron con desprecio y se defendieron bravamente. Ballesteros y arcabuceros tiraban á los hombres subidos en los árboles del atrio; pusieron fuego á las capillas del teocalli, y guerreros y papas que no prefirieron morir quemados, se precipitaron cabeza abajo desde la plataforma por no aceptar la compasion de sus enemigos. "Y era de notar, cómo los "sacerdotes se quejaban de sus dioses; lamentando lo mal que los "defendían; y uno en particular, en lo más alto del templo, decía: "*Tlaxcalla, Tlaxcalla, ahora vengas tu corazon, y Motecuhzoma* "*otro dia vengará el suyo.*" (2)

Los combates cesaron con el dia, renovándose el siguiente, en los cuales tomó parte un refuerzo de veinte mil guerreros llegados de Tlaxcalla, al mando de Xicotencatl el mozo. (3) Vencidos los indios, quemados muchos edificios, castellanos y tlaxcalteca se entregaron al saqueo, pudiendo entenderse en el reparto con el mayor acuerdo; los primeros tomaron el oro, joyas y plumas preciosas; se apoderaron los segundos de mantas, bastimentos, sal de la cual habían mucho menester, con más cuantioso número de cautivos. El despojo alcanzado debió ser muy considerable, pues existían ahí

(1) Cartas de Relac. pág. 66.

(2) Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.—Muñoz Camargo. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXXIII—Relac. de Andrés de Tapía, pág. 576.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.

muy ricos mercaderes y lá ciudad era poderosa: la puebla un tiempo santa y pacífica, quedó casi destruida y yerma, así á causa de la matanza, como por haber huido los moradores á guarecerse en los montes y pueblos de la comarca.

Continuaba el estrago cuando se presentaron á pedir misericordia algunos nobles y sacerdotes, asegurando no haber ellos tomado parte en la rebelion, y diciendo: que pues los culpados habían llevado el merecido castigo, cesaran ya aquellos desmanes. Cortés aparentó grande enojo, hizo venir á los embajadores méxica detenidos hasta entónces como presos, y en su presencia respondió á los suplicantes, que la ciudad merecía ser asolada por rebelde, mas por respeto á Motecuhzoma cuyos vasallos son, la perdona, que de ahí en adelante sean buenos, pues si lo pasado se repite morirán por ello. Diéronse en consecuencia órdenes para volver al alojamiento á castellanos y cempoalteca; los tlaxcalteca fueron mandados al campo, y si bien se les mandó dejar libres á los cautivos, sólo dejaron unos pocos. El refuerzo se retiró á Tlaxcalla harto de botin y de venganza, celebrando allá su victoria con extremados regocijos de bailes y cantos, sin faltar el sacrificio á los dioses, de los prisioneros chololteca. De los jefes chololteca, algunos fueron muertos en la prision; de los sobrevivientes, Don Hernando soltó á dos, despues de reprenderlos agriamente, con encargo de ir á traer la gente huida: hiciéronlo cual lo ofrecieron. "En obra de quince ó veinte dias que allí estuve, "quedó la ciudad y tierra, tan pacífica y tan poblada, que parecía "que nadie faltaba de ella, y sus mercados y tratos por la ciudad, "como ántes los solían tener. (1)

No es fácil determinar el número de los chololteca matados, si bien debe admitirse uno considerable. (2) La razon para aquella

(1) Cortés, Cartas de relac. pag. 67.—Bernal Díaz, cap. LXXXIII.—Relac. de Andrés de Tápia, pág. 576.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. IV.—Gomara, Crón. cap. LX. —Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.--Torquemada, lib. IV, cap. XL.—Diego Muñoz Camargo. MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84, MS.—Sahagun, lib. XII, cap. XI.—Códice Ramírez, MS.—Informacion recibida en México y Puebla, el año de 1565, á solicitud del gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla. México, 1875. Preguntas quinta, sexta y sétima, y págs. 53–81–114–152–159.

(2) Conforme al testimonio de Cortés, en las primeras dos horas murieron más de tres mil.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84, avalúa la pérdida total en 5,000—Gomara, Crón. cap. LX y Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II, la elevan á seis mil.—

matanza fué la rebelion de la ciudad. Los escritores españoles y de orígen tlaxcales, están conformes en la existencia de la rebelion, determinada por concierto entre los embajadores de Motecuhzoma y los señores de Chalollan. Los religiosos franciscanos, recien llegados á la tierra, hicieron una pesquisa en la ciudad entre los ancianos y sacerdotes, quedando plenamente confirmada la verdad del hecho. (1) Ocurre observar, que la revuelta no se hizo patente por ninguna demostracion hostil. Los síntomas de insurreccion señaladas por los tlaxcalteca, eran precauciones naturales en una ciudad que iba á ser invadida, no por los blancos, sino por sus mortales enemigos los indios. La conducta anterior y posterior de Motecuhzoma no autoriza á creerle autor del pensamiento; procedía de una manera torpe, poco leal; mas nunca se aventuró á entrar en combate con los teules, consistiendo todos sus amaños en tenerles léjos de la capital. El ejército méxica, auxiliar del complot, no llegó á parecer mucho ni poco.

Por otra parte, se nos presentan las enconadas rivalidades entre méxica, chololteca y tlaxcalteca; éstos últimos se habían resistido á la ida de los blancos á Chalollan, acusando á los de la ciudad de pérfidos y traidores; en sus intereses estaba aparecieran así, ya para demostrar la verdad de sus palabras y lo acendrado de su cariño á los teules, ya para obtener buena venganza y el provecho cuantioso del saqueo. La manera eficaz para lograr el intento, fueron los cempoalteca, enemigos irreconciliables de los méxica, y principalmente la intérprete Doña Marina. Esta faraute nos parece estar ganada á las intereses tlaxcalteca. Muy sospechoso creemos que principales, nobles, capitanes, papas y mujeres, confiesen de plano la conspiracion á las primeras preguntas: semejante proceder es inadmisible, atendido el disimulo de los indios, su adhesion á los superiores, el desprecio con que recibían la muerte en cumplimiento del deber. Para nosotros parece indudable que los tlaxcalteca desfiguraron los hechos patentes á la vista, abultaron los síntomas, azuzaron á los castellanos; ayudó en ello Doña Marina, no sólo ha-

En el proceso de Cortés, tom. I, pág. 59, declarando el testigo de vista Bernaldino Vázquez de Tapia, dijo: "cree este testigo que entre muertos é catyvos, fueron más "de veynte mil personas."

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

ciendo decir á los indios cuanto le placía, sino inventando la historia de la vieja que la quería dar á su hijo por esposa, historia encaminada tal vez á encender los celos de D. Hernando. En este supuésto, los castellanos aparecen simple instrumento de los tlaxcalteca; el hecho no era nuevo, pues los cempoalteca los habían utilizado en la misma forma en la guerra de Tzimpantzinco. Los blancos no fueron culpables al dar entero crédito á los dichos de la intérprete y de los aliados; estos dichos los convencieron de la realidad de la conspiracion; atentos los bárbaros derechos de la guerra, en defensa propia debieron reprimir la agresion: resultan criminales en la manera sobrada y cruel de imponer el castigo, y bajo este aspecto la justicia se pronuncia contra ellos inexorable y severa.

El de santa memoria, Fr. Bartolomé de las Casas, refiriéndose á este acontecimiento, escribe: "Acordaron los españoles de hazer allí " una matanza ó castigo, (como ellos dizen), para poner, y sembrar " su temor, é braveza en todos los rincones de aquellas tierras. " Porque siempre fué esta su determinacion en todas las tierras que " los españoles han entrado (conviene á saber) hazer una cruel, é " señalada matanza; porque tiemblen dellos aquellas ovejas man- " sas." (1) Agrega, que de los señores, ciento fueron quemados, y que miéntras ardía el templo mayor, cantaba el capitan esta estrofa de un antiguo romance:

Mira Nero de Tarpeya
A Roma como se ardía:
Gritos dan niños, y viejos
Y él de nada se dolía.

El heróico y filantrópico defensor de los indios puede tener razon en la primera de sus observaciones, pero en lo demas, hay conocida exageracion, dimanada sin duda de los informes recibidos, pues en esto no fué testigo presencial. De todas maneras, Cortés se mostró duro en demasía; los soldados y los aliados despiadados y rapaces. Sea cual fuere la version admitida, la matanza de Chololtan fué más inhumanidad que valentía. (2)

(1) Brevísima relacion de la destruccion de las Indias, fol. 17, vta.

(2) Usamos con frecuencia de la autoridad del interrogatorio de 1534, por parecernos un documenfo tan curioso como auténtico. Contiene una sinópsis bien completa de la conquista y de otros hechos posteriores; firmada por D. Hernando ó re-

La noticia del estrago, se difundió por toda la tierra, causando grande terror: Motecuhzoma se puso á temblar, no sabiendo de miedo lo que debería hacerse. (1) "Y digamos como esta cosa ó cas-" tigo de Cholula fué sabido en todas las provincias de la Nueva-" España. Y si de ántes teniamos fama de esforzados, y habían sa-" bido de las guerras de Potonchan y Tabasco y Cingapacinga y lo " de Tlaxcalla, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dio-" ses ó cosas malas, desde allí adelante nos tenían por adivinos, y " decían que no se nos podía encubrir cosa ninguna mala que con-

dactado á su vista y cubierto con su firma, debe contener la verdad, si bien puesta á tal luz que pueda servirle de defensa: verdad es que alguna ocasion se contradice con lo que en sus Cartas de relacion escribió, mas pasados quince años de los sucesos, el trascurso del tiempo debe haber traido mayor franqueza en el relato.

La matanza de Chalollan llamó la atencion desde los primeros tiempos. En la Residencia encontramos:—"Otro sí: se le faze cargo al susodicho Don Hernando Cortés, que al tiempo quel dicho D. Hernando Cortés vino sobre la cibdad de *Chilua*, (*Chilula*, Cholollan), de guerra, los indios della le salieron de paz, é le dieron de comer, é todo lo necesario para él é para su xente; é al tiempo que se quiso partir de la dicha cibdad, mandó á los dichos señores de la dicha cibdad, que le truxesen indios para llevar su fardaxe é de los españoles, que se querian ir á otras partes; los quales le truxeron quatro mil indios, poco más ó ménos, é ansi traydos los mandó meter en un patio; é ansi metidos, sin haber cabsa alguna, mandó á los españoles que matasen los dichos indios que ansí habia traydo; los cuales los mataron á todos." (Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 26).

A lo cual respondió D. Hernando.—"209 Item: si saben questando el dicho D. Hernando Cortés en la provincia de Tlaxcalla, antes que obiese entrado en esta cibdad, los indios é prencipales de la provincia de Chilula, le imbiaron á rogar que se fuese á la cibdad de Chilula, porquellos querian dar la obidiencia al rey, é ser sus vasallos, como lo abian fecho los de Tlaxcalla; é si saben que á esta cabsa, el dicho D. Hernando Cortés fue á la cibdad de Chilula, y estando en ella, de aqui á dos ó tres dias, fue avisado por los dichos yndios de la dicha cibdad de Chilula, se abian concertado con los de *Cuba* (*sic:* debe decir *Culua*), de matar todos los cristhianos dentro de la dicha cibdad, e para ello habian llamado mucha de la dicha xente de Cuba (Culua), é la tenian á trecho y en celada para dar sobrella, é tenian todas las casas de azotea llenas de piedras; é si saben que á esta cabsa se fizo el castigo en ellos, é mataron algunos."

"210 Item: si saben que convino facerse el dicho castigo, para poner miedo en la tierra por ser el prencipio de la entrada della, y en lo mas grueso é recio de la tierra." (Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 386–87).

Ya había contestado poco más ó ménos lo mismo desde 1529, el apoderado de D. Hernando para el caso, García de Llererca. (Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 244–45). En idéntica manera se explica el testigo Martín Vázquez. (Doc. inéd. tom. XXVIII, pág. 184–85).

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XI.

"tra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y á esta causa nos "mostraban buena voluntad." (1)

Pacificada la ciudad de aquella extraña manera, Cortés procedió como en tierra conquistada. Puso órden en tratos y mercados; nombró por jefe principal al hermano de quien lo era y había sido muerto en los patíos; ajustó amistades entre los de Chelollan y Tlaxcalla, asegurándose así la firme cooperacion de ambos señoríos. Congregados nobles y papas, fueron amonestados abandonaran sus ídolos por inútiles y mentirosos, supuesto lo mal que hasta entónces los habían defendido; respondieron así lo harían, mas lo dilataron de contínuo y no llegaron á verificarlo. Cortés hubiera acudido á la violencia si Fr. Bartolomé de Olmedo no le disuade, manifestándole sería mejor dejarlo hasta ver el resultado de la ida á México, pues bastaba por entónces con las amonestaciones hechas. Cuanto pudo lograrse en esta materia fué, colocar una cruz sobre un teocalli limpio y aderezado al objeto. (2) Este objeto venerado no era extraño al culto; sin embargo, los blancos habían salido vencedores de Quetzacoatl.

D. Hernando habló á los embajadores méxica que estaban en su compañía, diciéndoles con ásperas razones, que los cholelteca le habían confesado estar Motecuhzoma de acuerdo en el concierto de la traicion, siendo muy extraño en tan gran persona como él, mandar embajadores ofreciéndole amistad y ocurrir al mismo tiempo á medios solapados para hacerle daño: por esta causa, si ántes pensaba entrar por su tierra de paz y en amistad, mudado ahora el intento iría como enemigo haciendo cuanto estrago pudiera, aunque esto le pesaba, pues más bien quería tenerle como amigo. Respondieron los embajadores no saber ellos nada de la rebelion hasta que presenciaron el castigo; tampoco creían se hubiese hecho por consejo ni por mandato de Motecuhzoma, y le pedían ántes de que tomara la última resolucion, diera á uno de ellos licencia para ir á hablar al emperador y pronto estaría de vuelta con la respuesta. Otorgado el pedido, el mensajero regresó á los seis dias en compañía de aquel principal que ántes era ido. Segun la costumbre admitida de no presentarse sin regalos, trajeron cierta cantidad en tejos de oro, mil quinientas piezas de manta de muy primas labores, con muchas

(1) Bernal Diaz, cap. LXXXIII.

(2) Bernal Díaz, loco cit.

provisiones de gallinas, pan y cacao: (1) dijeron de parte de su señor, le pesaba del atentado de Chelollan, el cual había sido sin su consentimiento; las tropas de la inmediata guarnicion méxica á que se aludía, aunque de su imperio, correspondía á Acatzingo é Itzocan, (2) los cuales tenían amistad con los chololteca; siempre sería su amigo y le guardaría amistad; pero que no pensase en ir á México por ser muy estéril, que eligiese un lugar en donde permanecer y allí le daría cuanto hubiese menester. Replicó resueltamente Cortés que para cumplir las órdenes de su monarca tenía de precicion que pasar á verle, y supuesto deber ser así sin excusa alguna, tuviese á bien permitirlo, en inteligencia de que si algun daño se siguiese por la resistencia él mucho lo sentiría. (3)

Vista aquella irrevocable determinacion, los embajadores volvieron á consultar á su amo, regresando á pocos dias seis principales, trayendo un presente de valor de dos mil pesos en oro, fuera de las mantas y joyas: hecha la reverencia acostumbrada, Motecuhzoma, dijeron, insistía aún en la falta de mantenimientos en México, pues aquella ciudad tenía que vivir con lo llevado de fuera, mas si esto no empecía al general le convidaba á pasar á la capital, entendido en haberse comunicado las órdenes á las poblaciones del tránsito para aposentarle y regalarle cumplidamente. Tres de los mensajeros se quedaron para servir de guías, los otros tres partieron á dar la noticia de que los castellanos se disponían al viaje. Determinada ya la marcha insistieron los tlaxcaltecas en sus acostumbradas porfías, representando los peligros del viaje, la falsía de los méxica y lo poco que en sus palabras debía fiarse, con todo cuanto sabían decir de sus contrarios: como D. Hernando se mantuviera inflexible, se conformaron con ofrecerle víveres para el camino y diez mil guerreros para acompañarle; de éstos sólo aceptó el general un millar para llevar los *tepuzques* y el fardaje, pensando atinadamente en no llevar gran cantidad de los enemigos jurados del imperio. De los jefes y guerreros cempoalteca los principales se excusaron de ir á

(1) En el texto de Cortés se lee "Panicap, que es cierto brevaje." La palabra nos parece debe ser leida pan y cacao; por haberse estropeado la copia. Del cacao se hacía cierta bebida.

(2) Acacingo é Izúcar, hoy pertenecientes al Estado de Puebla: son el Acacigo é Izcucan de la relacion de Cortés.

(3) Cartas del Reac. pág. 68-69.—Bernal Díaz, cap. LXXXIV.

México temiendo ser muertos por Motecuhzoma; en balde les aseguró D. Hernando del ningun riesgo que corrían yendo bajo su proteccion; insistieron tenazmente, otorgándoseles al cabo la licencia de retirarse, dándoles presentes de mantas así para ellos como para el Señor de Cempoalla. Llevaron cartas á Juan de Escalante en la Veracruz, con noticias de los sucesos pasados y órdenes para la Villa. (1)

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXV.—Gomara, Crón. cap. LXIII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. III.

CAPITULO II.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Marcha sobre México.—Calpan.—Ithualco.—Otra embajada de los méxica.—Amaquemecan.—Tecamachalco.—Ayotzingo.—Todavía otra embajada.—Conjuros de los nigromantes.—Cuitlahuac.—Iztapalapan.—Entrada en México.—Alojamiento de los castellanos.—Discurso de Motecuhzoma.

I acatl 1519. La matanza de ChololIan difundió el terror por todo Anáhuac, la excursion al Popocatepec verificada inmediatamente despues, vino á poner el colmo en el asombro de la muchedumbre; la ineficacia del socorro de Quetzacoatl desalentó á los fanáticos creyentes: nada se creía ya imposible para los teules, nadie podía resistirles, y aquella gente supersticiosa estaba vencida con lo contado por la fama acerca de los hombres blancos y barbudos. Durante aquel tiempo la conducta de Motecuhzoma fué la del más imbécil idiota. Informado diaria y constantemente por sus espías de las acciones de los castellanos, pasaba la vida en estúpido aturdimiento; se encerraba en su palacio, triste y abatido á dar rienda suelta á sus mujeriles lágrimas; oraba continuamente, macerábase el cuerpo

con duras penitencias, menudeaba sacrificios á los ídolos; consultaba á los sacerdotes, cortesanos y astrólogos, y segun la respuesta, el consejo ó el augurio, mudaba de aviso y de propósito, vacilando y en contradiccion consigo propio. Le ocurría como medio apropiado para detener la marcha de los victoriosos dioses, regalarles con magnificencia y suplicarles con abatimiento, esto es, enseñar sus riquezas y descubrir su cobardía, arrojar aceite en la ardiente codicia de los extranjeros, mostrándose pusilánime y torpe. (1)

Bajo estas condiciones, los castellanos salieron de Chalollan el primero de Noviembre, rindiendo la jornada en Calpan, aldea de la jurisdiccion de Huexotzinco. (2) Amistad ó cumplimiento de las órdenes de Motecuhzoma, los blancos fueron recibidos con atenta hospitalidad; diéronles alojamiento cómodo, provisiones abundantes, un regalo en oro y mantas, y algunas esclavas para que los teules dejaran sucesion: el oro fué poco en verdad, porque los de Calpan no eran ricos. Acudieron gentes de los pueblos comarcanos, de las haldas del volcan y los señores y papas de Huexotzinco trayendo sus presentes; todos ellos á porfía hablaron contra las traiciones de Motecuhzoma, dando por fundamento haber poco más adelante dos caminos, el uno cerrado con tala de árboles y magueyes, el otro limpio y barrido; el primero era el mejor y más llano; el segundo, por el cual debían ser conducidos los blancos, iba á unas cortaduras en donde los esperaban cantidad de guerreros méxica dispuestos á atajarlos y destruirlos. (3)

Al siguiente dos de Noviembre el ejército se puso en movimiento preparado al combate y á punto las armas, no sólo por ser aquella una constante precaucion del general, sino porque todos marchaban bajo las malas impresiones de lo que tlaxcalteca, chololteca y huexotzinca les dijeran acerca de la deslealtad de los méxica. Seguían el camino andando ántes por Ordas, el cual guía por enmedio de las dos grandes montañas el Iztacihuac y el Popocatepec; pintoresco y sombroso, es un tanto cómodo y tendido por aquel lado de la subida, miéntras desciende al Valle pendiente y dificultoso. Llegados los

(1) Torquemada, lib. IV, cap. XLI.

(2) Hoy Huejocingo en el Estado de Puebla; es el Guasucingo de Cortés, y en otros autores Guacicango &c. Bernal Díaz llama á la aldea Iscalpan, palabra corregida en Izcalpan por Clavijero: Calpan en el Estado de Puebla.

(3) Cartas de relac. pág. 72.—Bernal Díaz, cap. LXXXVI.

blancos al lugar en que los caminos se separaban, vieron ser cierto cuanto les habían dicho, limpio estaba el uno, obstruido el otro. Interrogados los embajadores méxica que acompañaban á Cortés por guías, respondieron debían ir por el camino desembarazado el cual conducía á Chalco, habiendo cegado el otro por contener malos pasos y rodear para ir á México. (1) El hecho y la explicacion parecieron á los blancos pruebas evidentes de la traicion de Motecuhzoma; la conviccion, sin embargo, era errónea. Conocemos la práctica de aquellos pueblos; cuando querían cortar relaciones con sus vecinos, de cortar los senderos con talas y obstáculos. "De todos los " remedios que antiguamente usaban los indios en sus guerras, se " pertrechó Moctheuzoma para que los españoles no llegasen á Mé- " xico (excepto el perentorio que era el de venir á las manos con los " españoles), por haber sabido lo que en este caso había acontecido " á los tlaxcaltecas y tambien á los chololtecas; el postrero pertre- " cho que quedaba por inventar, era cercar los caminos que iban há- " cia México, habiendo pasado de esta parte de las sierras, para lo " cual mandó Moctheuzoma que hicieran vallados en las bocas de " los caminos, y pusiesen muchos magueyes espesos y plantados " en los caminos, para que los españoles, llegados allí, no pasasen " más adelante, so pena de muerte, porque tenían este uso antigua- " mente. Como los españoles hubiesen llegado á los caminos que " estaban cerrados, desbarataron todos aquellos vallados, y arranca- " ron los magueyes, y echáronlos por ahí adelante con gran risa y " mofa." (2) No había traicion, era el intento cándido de desviar á los castellanos para Chalco.

Con aquella desconfianza, vigilando los soldados, desembarazando el paso los aliados, el ejército encumbró la serranía, hasta hacer alto en una especie de meseta en lo más alto, llamada por los naturales el patio. (3) Había ahí edificios espaciosos destinados para descanso de los mercaderes, capaces de alojar á los castellanos y á más de cuatro mil tlaxcalteca, chololteca, cempoalteca y huexotzinca, con víveres abundantes y cantidad de leña, pues hacía muy

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVI.

(2) P. Sahagun, libro XII, cap. XIV.

(3) Sahagun, libro XII, cap. XII.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap 85. MS., le nombra Cuauhtechcatl, y Torquemada, lib. IV, cap. XLIII, le llama Ithualco. Es una meseta colocada entre las dos montañas nevadas.

gran frio. Aquí se presentó nueva embajada méxica; entregaron un regalo, avaluado por Cortés en tres mil pesos de oro, diciendo de parte de su señor, que le rogaba se volviese y no se curase de entrar en México, porque la ciudad era pobre en mantenimientos y fragoso el camino; si desistía de su intento, no sólo le daría cuanto quisiese, sino consertaría en darle cada año "*certum quid*," el cual le haría llevar hasta la mar ó el lugar que le señalase. D. Hernando los recibió con agrado, dióles de las cuentas de vidrio, en especial á uno á quien llamaban hermano de Motecuhzoma, respondiéndoles, que si en su mano fuera volverse, lo haría por dar gusto á su amigo; pero que ha venido á la tierra por mandato de su rey, con el encargo principal de dar cuenta de Motecuhzoma y de su ciudad, de los cuales mucho tiempo hace tenía noticia el monarca castellano; le mandaba rogar, tuviese á bien su ida, pues de ella en lugar de daño se seguiría provecho á su persona y tierra; si despues de verle no le quisiese tener en su compañía, se volvería, mas nó ántes de haberse entendido de viva voz y no por terceras personas. Con esta perentoria respuesta se volvieron los embajadores. (1)

De esta misma embajada, dice la version mexicana, que temeroso Motecuhzoma de que los blancos quisieran aprisionarle ó matarle, ideó una manera de salir de la duda: aconsejado por los palaciegos, fué escogido un hombre muy parecido al emperador, el cual, bien industriado en su papel, con un rico presente en oro, pedrería y plumajes, marchó con los embajadores. "Este negocio paliado se exten-
" dió ántes que llegasen á la presencia del capitan D. Hernando Cor-
" tés, y desque llegaron en presencia (que fué en el medio de las dos
" sierras volcan y nevada, en un llano que ellos llaman el patio) he-
" cho su acatamiento segun costumbre, presentaron su presente al
" capitan ordenándolo á sus piés, lo cual él y todos recibieron con
" gran gozo. Despues desto, el capitan preguntó por su intérprete al
" principal que representaba á Moctheuzuma, si era él. El respondió
" que sí, que él era su vasallo Moctheuzoma: el capitan volvió á
" los tlaxcaltecas y cempoaltecas y preguntóles: ¿es este Mote-
" cuhzoma vuestro rey? Respondieron: no señor, no es ese, que
" bien conocemos á Mothecuzoma, y tambien conocemos á este

(1) Cartas de Relacion, pág. 72.—Bernal Díaz, cap. LXXXVII, dice que Motecuhzoma ofreció, cuatro cargas de oro para el general y una carga para cada soldado.

" que está aquí, que es un principal suyo que se llama Tzioac-" pupuca. Luego el capitan le habló por sus intérpretes, repren-" diéndole por la ficcion que había hecho por mandato de su" señor, y él se volvió avergonzado y confuso á Moctheuzoma," y ellos gozaron del presente que llevaba y prosiguieron su ca-" mino." (1)

Creyendo Cortés á los auxiliares, quienes le decían en aquel punto iban á asaltarle los guerreros méxica ocultos en el bosque inmediato, llamó á los embajadores que en su compañía llevaba, y les dijo: "Sabed que estos que conmigo vienen no duermen de no-" che, é si duermen es un poco cuando es de dia, é de noche están con" sus armas, é cualquiera que ven que anda en pié ó entra do ellos es-" tán, luego lo matan; é yo no basto á lo resistir; por tanto, hacedlo así" saber á toda vuestra gente, é decidles que despues de puesto el" sol ninguno venga do estamos, porque morirá, é á mi me pesará de" los que murieren." (2) No obstante la prevencion, curiosos ó espias, quince amanecieron muertos alrededor del campo. Este proceder, ajustado á la ordenanza militar, iba á costar la vida á D. Hernando; salió á rondar fuera del campo, y al volverse fué descubierto en la oscuridad por Martin López estando de guardia; mirando éste el bulto, encaró la ballesta, mas al apretar la llave oyó la voz del general quien gritó ¡Ah de la vela! á ser más tardía la interpelacion aquella noche muriera Cortés. (3)

El tres de Noviembre penetró definivamente el ejército dentro del Valle de Méxicc y fué á pernoctar en Amaquemecan, (4) pobla

(1) Sahagun, lib, XII, cap. XII.—Códice Ramírez. MS.—Torquemada, lib. IV, cap. XLIII.

(2) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 577.

(3) Herrera, déc. II, lib. VII, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XLI.

(4) Cortés, cartas de relac. pág. 74. En esta parte del itinerario nos ajustamos estrictamente á la autoridad de D. Hernando, prefiriéndola á la de Bernal Díaz, algo diferente de ella. Herrera, déc. II, lib. VII, cap. IV, hace pasar á los castellanos por Texcoco. Torquemada, quien sigue á Herrera en lo relativo á la conquista, lib. IV, cap. XLII, da los pormenores de la entrada de Cortés en Texcoco, en donde fué recibido por el rebelde Ixtlilxochitl en compañía de su hermano Coanacochtzin, en ausencia de Cacama á la sazon en México. Clavigero, tom 2, pág. 58, siguiendo á su principal guía Torquemada, adopta la misma version en todos sus puntos. Con mucho temor decimos que semejante relacion no encuentra fundamento en ninguna, originales de las fuentes españolas ó indígenas—Amaquemecan, hoy Ameca ó Amecameca, en el Estado de Méxfco, es el Amaqueruca de Cortés.

cion de la provincia de Chalco, casi al pié de las montañas: contaba unos veinte mil vecinos. El señor del lugar, llamado Cacamatzin, (1) aposentó á los castellanos en las casas reales, les hizo un magnífico regalo en oro y joyas, plumajes y mantas, y segun la costumbre admitida entónces de dar buenas mozas á los blancos para tener sucesion, les entregó cuarenta, "todas muy galanas y bien ves-" tidas y aderezadas, atados á las espaldas muy ricos plumajes y en "las cabezas, todas el cabello tendido y en los carrillos puesto su "color que las hermoseaba mucho; los soldados las recibieron con "agimiento de gracias y les agradecieron el presente. (2)

La provincia Chalca, sometida por los emperadores de México despues de sangrientas guerras, llevó siempre de mala gana el yugo de los vencedores; aparecían sumisa y obediente por estar cercana Tenoxtitlan; mas sus moradores guardaban vivo rencor contra sus tiranos. Luego que los de Amaquemecan pudieron explayarse con los blancos, juntos con los de Tlamanalco y de Chalco, quejáronse amargamente de las exacciones de los recaudadores méxica, de lo excesivo de los tributos, de lo muy pesado del gobierno de Motecuhzoma; Cortés les ofreció remediar sus males, diciéndoles "como " veniamos á deshacer agravios y robos," en virtud de lo cual aquellos señores prometieron obediencia, recibiendo en cambio la proteccion de los teules cuando la ocasion se presentara. (3) Así, el despotismo mexicano y la falta de vínculos entre los elementos de la monarquía, hacían de cada pueblo pisado por los invasores un firme aliado y un enemigo enconoso de México; aumentaba el poder de los teules en razon inversa de como disminuía el de Motecuhzoma. En los dos dias que los castellanos permanecieron en Amaquemecan fueron abundantemente asistidos y regalados, no sólo por el señor del lugar, sino tambien por los de los pueblos comarcanos, todos en el mismo sentido de enemistad contra los tenochca. Ahí mismo había encontrado Cortés algunos principales méxica, encargados por su señor, segun le dijeron, de cumplimentarle, proveyéndole ademas de cuanto hubiera menester. (4)

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85. MS.

(2) P. Duran, Segunda parte. cap. LXXIII. MS.

(3) P. Duran, cap. LXXIII. MS.—Bernal Díaz, cap. LXXXVI.—Herrera, dec. II. lib. VII, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. XLV.

(4) Cartas de Relac. pág. 75.

En balde habían sido los esfuerzos para detener á los extranjeros; habían ya penetrado en el Valle, y á medida que á México se acercaba recrecían los temores de Motecuhzoma, sin acertar en una determinacion salvadora. Siendo ya muy apremiante el conflicto, reunió de nuevo en consejo á los dos reyes aliados, con muchos de la principal nobleza. Como siempre, los pareceres fueron encontrados: Cacama opinó porque fueran recibidos de paz los blancos, pues los embajadores gozaban de un carácter sagrado y éstos lo eran de un grande y poderoso monarca: Cuitlahuac persistió en su aviso: "Quie-"ran los dioses, dijo, no metais en vuestra casa quien os eche de ella "y os quite el reino; y cuando querais remediarlo, no halleis tiem-"po, ni medio para ello" (1) Sin aceptar francamente determinacion alguna, Motecuhzoma resolvió enviar nueva embajada y emplear áun las infructuosas artes de los hechiceros.

El seis de Noviembre dejaron los castellanos Amaquemecan dirigiéndose por Tlalmanalco, adonde entraron hacia la mitad de la mañana. (2) el pueblo correspondía á la provincia chalca. Agasajados por el señor del lugar pasaron adelante, rindiendo la jornada en Ayotzinco, pueblo pequeño situado junto á las márgenes meridionales del lago de Chalco, teniendo á la parte de tierra un montecillo áspero: (3) era entónces una especie de fuerte á donde venían á recalar muchas canoas. Pasóse la noche con grande vigilancia, como que adelantaban siempre con suma desconfianza, pagando con la vida quince ó veinte indios muertos por las velas, quienes sin duda se acercaron como espías ó como curiosos.

A la mañana siguiente, siete de Noviembre, al ponerse en camino los blancos, se presentaron doce muy principales nobles con gran séquito de sirvientes, acompañando á Cacamatzin, sobrino de Moteuhzoma y rey de Texcoco, jóven de hasta veinte y cinco años, ricamente vestido á su usanza, llevado en unas andas en hombros de la nobleza; llegados delante del general, bajó Cacamatzin de las andas, apresurándose los demas á apartar las piedras y pajas del camino. Recibidos los embajadores en el aposento del general, tomó la palabra Cacama diciéndole venían de parte de Motecuhzoma á ser-

(1) Torquemada, lib. IV, cap. XLII.—P. Durán. cap. LXXIII. MS.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXVI.

(3) Cartas de relac. pág. 74—75.

virle y acompañarle, no viniendo el emperador en persona por estar indispuesto; mas le espera en la ciudad á donde le dará á conocer cuánto cariño le profesa; pero que si puede evitar la entrada en México lo haga, pues pasará trabajos y dificultades; "y en esto ahinca-"ron y porfiaron mucho aquellos señores, y tanto, que no les queda-"ba sino decir, que me defenderían el camino si todavia porfiase "ir." (1) A pesar de esta tímida y vergonzante amenaza, Cortés, quien ya había formado cabal juicio del mísero monarca, respondió con su entereza acostumbrada, aunque con blandas palabras, no podía retroceder en su camino, marchando en consecuencia sobre la capital. Tal fué el resultado de aquella embajada, innecesaria, absurda, despues de tantas de su especie.

En cuanto á los encantadores, oigamos la leyenda azteca. "Par-"tiéronse todos camino de Tlalmanalco para verse con los españo-"les donde los topasen, y subiendo por la cuesta arriba por el ca-"mino por donde venían los españoles, topáronse con Tezcatlipuca, "que venía de hácia donde venían los españoles y delante dellos al-"gun trecho, el cual les apareció en hábito de un hombre de aque-"lla provincia de Chalco, que venía muy borracho y fuera de sí; no "por el vino que había bebido, más por el furor y rabia que dentro "de sí tenía; y como hubo llegado junto aquel escuadron de nigro-"mánticos y hechiceros, paróse y comenzó con grandes voces á reñir-"les. Traía ceñidos los pechos desde la cintura arriba con ocho "vueltas de una soga de esparto, y díjoles: ¿para qué volveis de nue-"vo á acá? ¿Qué es lo que Moctheuzoma pretende hacer para vues-"tro remedio contra los españoles? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya "está determinado de quitarle su reino y todo cuanto tiene y toda "su honra, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus va-"sallos: no ha regido como señor, sino como tirano y traidor. Como "oyeron aquellas palabras los nigrománticos y encantadores, humi-"lláronse hácia él (conociendo ya quien era), y comenzáronle á rogar "con palabras humildes, y otros de ellos comenzaron á hacer un al-"tar de piedras y tierra, y cubriéronle con yerbas y flores de las que "allí hallaron; pero él curó nada de este regalo, sino procuró de pro-"ceder con más furia en reñirlos y injuriarlos con más altas voces, "y con más conato les dijo: ¿A qué habeis venido aquí, traidores?

(1) Cartas de relac. pág. 75.—Torquemada, lib, IV, cap. XLV.

"No teneis remedio. Volveos y mirad hácia México, y vereis lo que "ha de venir sobre ella ántes de muchos dias. Luego se volvieron "á mirar hácia México, y lo vieron arder en vivas llamas así los "templos como las demas iglesias, y todos los colegios, y las casas "principales y de gente baja, y allí se les representó la guerra de la "destruccion de México. Como hubieron visto esto los nigrománti- "cos y encantadores, se les derritió el corazon como si fuera de ce- "ra y se les hizo un ñudo en la garganta que no podían hablar; y "habiendo pasado algun poco espacio, el principal dellos comenzó á "hablar diciendo: Nosotros no somos dignos de ver este prodigio: "más convenía que lo viera Moctheuzoma, porque esto que se nos "ha parecido es el dios Tezcatlipuca; y luego se desapareció, y los "nigrománticos y encantadores no osaron ir más adelante, dejaron "de hacer á lo que iban, y volvieron luego á México." (1)

Sea que en realidad algun ébrio prorumpiera en aquellas descomedidas palabras, ó más bien que fuera una invencion de los encantadores para disculpar la ineficacia de sus conjuros, lo cierto es que tornaron á México á dar cuenta de la malaventura. Oido por Motecuhzoma, se quedó cabizbajo, enmudeció, púsose á temblar; pasado el accidente dijo: "¿Pues qué hemos de hacer, pues que los "dioses y sus amigos nos desfavorecen y nuestros enemigos vienen "prósperos? Yo ya estoy determinado, y determinémonos todos de "poner el pecho á todo lo que se ofreciere, no nos habemos de escon- "der, ni habemos de huir, ni habemos de mostrar cobardía: no pen- "semos que la gloria mexicana ha de perecer aquí. Compadézcome "de los viejos y viejas, y de los niños y niñas que no tienen piés ni "manos para defenderse, que de los demas ya tenemos determinado "de morir por la defensa de nuestra patria." (2)

Casi tras los embajadores salieron los castellanos de Ayotzinco. Costeando las orillas del lago vieron dentro del agua á Mizquic, lugar á su cuenta de unos dos mil vecinos, pequeña y muy torreada ó llena de teocalli. Entraron luego por una calzada "tan ancha como una lanza jineta," la cual formaba como un dique entre los lagos de

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XIII.—Códice Ramirez. MS.—Torquemada, lib. IV, cap. XLIV.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XIII.

Chalco y de Xochimilco, la cual daba paso á la poblacion de Cuitlahuac (hoy Tlahua.) La ciudad, asentada sobre el agua, les pareció la más hermosa de las hasta entónces vista, así por sus edificios y templos, como por el órden y compostura; el señor del lugar dió abundantemente de comer á los blancos, los obsequió con los regalos de costumbre, y áun les suplicó se quedasen ahí á dormir aquella noche; mas los nobles méxica no consintieron esto último, pues ya estaba prevenido alojamiento en Itztapalapan, tres leguas adelante.

De Cuitlahuac salieron por otra calzada hasta tomar la tierra firme, siguieron por la orilla oriental del lago de Texcoco, hasta dar vista á la ciudad de Itztapalapan, situada entónces á la orilla del lago, mitad en la tierra, mitad en el agua, de doce á quince mil vecinos, con hermosos y buenos edificios labrados con gusto y simetría.

Al aproximarse los extranjeros salieron á su encuentro Cuitlahuac, señor del lugar con el señor de Coyohuacan tambien de la casa real de México, seguidos de la nobleza y de la muchedumbre atónita; Cuitlahuac dió la bienvenida á Cortés de parte de Motecuhzoma, le llevó á aposentar cómodamente con sus tropas, les acudió con abundantes mantenimientos, é hizo al general un regalo de esclavas, plumajes, ropas y hasta cuatro mil pesos de oro. La ciudad llamó la atencion de Cortés; las casas nuevas del señor, entónces en construccion, le parecieron "como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas:" respecto de otros edificios, describiendo lo "más notable dice: "Tiene en muchos cuartos altos y bajos jardines "muy frescos, de muchos árboles y flores olorosas: asimismo alber- "cas de agua dulce, muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo "fondo. Trine una muy grande huerta junto á la casa, y sobre ella "un mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la "huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y "las paredes de ella de gentil cantería: é alrededor de ella un an- "dén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él "cuatro personas paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos "que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del andén, "hácia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas ver- "gas, y detras de ellas todo de arboledas y yerbas olorosas; y dentro "del alberca hay mucho pescado, y muchas aves así como lavan- "cos, y cercetas, y otros géneros de aves de agua, y tantas, que mu-

"chas veces casi cubren el agua." (1) Bernal Díaz prodiga elegios á estas construcciones, de las cuales no queda el menor rastro.

Los conquistadores estaban á las puertas de México; Motecuhzoma no había sabido evitarlo. Los habitantes del valle salían en inmensas muchedumbres por los caminos á considerar extasiados á los barbudos teules, de quienes tanto miedo mostraba su déspota señor, y de los cuales tantos prodigios contaba la fama, como de valientes é invencibles. Llamábales la atencion el aspecto de los blancos, los vestidos, las armas, los tremendos rayos de su uso, los veloces y enigmáticos caballos, los terribles lebreles; todo ello era nuevo, nunca visto, sobrenatural, inclusives el diverso lenguaje, otras costumbres, el orígen misterioso, la aparicion de aquellos seres cual si hubieran sido arrojados por las ondas del ignoto océano. Los castellanos por su parte encontrábanlo tambien todo nuevo; las razas, los usos, la tierra, la vegetacion, el cielo, el clima. Iban maravillados y no atreviéndose á dar crédito á sus propios sentidos, como si fuera un sueño agradable. Segun sus recuerdos de los libros de caballería, se figuraban ser los paladines de los romances de Amadís de Gaula ó de Belianís, estar metidos en un país encantado, donde tenían que habérselas con malandrines y nigromantes, de quienes saldrían vencedores con ayuda de la voluntad de Dios y su cortadora espada. Verdad es que no pocos de aquellos terribles soldados habían sentido flaquear el corazon al verse metidos entre tantos pueblos; pero iban sostenidos por la inquebrantable fuerza de alma del general y proseguían adelante. La justicia nos hace preguntar con el cronista conquistador: "¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?" (2) Al ponerse en presencia, se asombraban una de otra las civilizaciones del Antiguo y Nuevo Mundo.

Amaneció el mártes ocho de Noviembre, dia memorable porque en él pusieron los castellanos por primera vez la planta en la ciu-

(1) Cartas de relac. pág. 77.—Bernal Díaz, cap. LXXXVII.—Gomara, Crón. cap. LXIV.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. IV. Torquemada, lib. IV, cap, XLV.—Itztapalapan, el Iztapalapa de Cortés, subsiste todavía; mas ya no á la orilla del lago, sino á seco, pues las aguas del lago se han recogido extraordinariamente: se verificaba el fenómeno desde los tiempos de Bernal Díaz, quien dice en el capítulo LXXXVII; "agora en esta sazon está todo seco y siembran donde solía ser laguna." —El Canaalcan de Cortés debe leerse Culhuacan.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

dad de México. (1) En la noche anterior todavía habían venido emisarios de Motecuhzoma á ponderar las dificultades de la entrada á la ciudad, lo cual oido por el capitan cempoaltecatl Teutl dijo á Cortés no ser verdad, pues él conocía la ciudad y se comprometía á llevarle con facilidad. (2) Aunque los blancos eran unos cuatrocientos, el ejército ascendía á unos siete mil hombres, contando los aliados. Quejáronse á Cortés los señores méxica de meter en Tenochtitlan aquellos encarnizados enemigos del imperio; respondióles el general no traerles en calidad de guerreros, sino como simples tameme destinados á conducir la artillería, bagajes y regalos. (3) Salieron de Itztapalapan en son de guerra, tocando los atambores, desplegadas las banderas; la caballería en la descubierta, los peones en capitanías de escopeteros y ballesteros á la vanguardia, el bagaje en el centro de la batalla con algunos aliados, y en la retaguardia el resto de la infantería de espada y rodela con los demas aliados. (4) Un indio iba delante pregonando en lengua nahoa, ninguno se atreviera á atravesar el camino, pena de ser muerto. (5)

A una media legua andada entraron por una calzada "tan ancha "como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella "ocho de caballo á la par," construida entre las aguas del lago, la cual fuera de una sola quiebra, se prolongaba en línea recta hasta México, por espacio de unas dos leguas. La calzada estaba llena de curiosos aunque dejando en medio franco, miéntras á uno y otro lado se acercaban multitud de canoas llenas de gente, atraidos todos por espectáculo tan nunca visto. Dentro del lago se descubrían las tres ciudades, Mexicatzinco de tres mil vecinos, Huitzilopochco de seis mil y Coyohuacan de cinco, de linda vista, retratándose en el agua las limpias casas de los señores y las pirámides truncadas

(1) La fecha cristiana está señalada por Cortés, relaciones pág. 115; Bernal Díaz, cap. LXXXVIII, &c.—Segun unos Anales tepaneca, MS., núm. 6 en la Coleccion del Sr. D. Fernando Ramírez: "La llegada del marques fué en el mes de los ancianos ó de los indios Quecholli, y en el de los cristianos, Noviembre, siendo Malintzin la intérprete."—Confirman lo mismo alguna otra de las relaciones antiguas.—A nuestra cuenta el mártes ocho de Noviembre coincidió con el dia ocho Ehecatl, segundo del mes décimo quinto Quecholli.

(2) Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

(3) P. Duran, cap. LXXIII. MS.

(4) P. Sahagun, lib. XII, cap. XV.

(5) Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

de los teocalli, encaladas de blanco hasta parecer de plata, heridas por los rayos del sol. (1) Antes de llegar al cuerpo de la ciudad, con esta calzada se juntaba la que arrancaba en Coyohuacan; en la union de ambas había un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos estados, con su pretil "almenado por toda la " cerca, que toma con ambas calzadas, y no tiene mas de dos puer-" tas; una por do entran y otra por do salen:" este fuerte era llamado por los méxica, Xoloc. (2) En aquel lugar salieron hasta mil nobles y personas principales, con mantas muy galanas de distintos colores, los cuales al llegar daban uno por uno la bienvenida en su lengua, haciendo el acatamiento acostumbrado de inclinarse, tomar tierra con el dedo mayor de la mano derecha y llevársele á la boca: duró aquella ceremonia más de una hora. (3)

Idos aquellos señores y prosiguiendo adelante los castellanos, encontraron junto á la ciudad una cortadura, de diez pasos de ancho, destinada á dar paso á las aguas del uno al otro lado, con vigas fuertes y labradas encima, que de puente servían. (4) Pasada la puente comenzaba la calle en la ciudad, recta, ancha y hermosa, formada á ambos lados por grandes y hermosos edificios mezclados con los teocalli. Arrimados á las paredes, en órden procesional, venían hasta doscientos señores muy principales, con ricos y galanos trajes, si bien ellos descalzos por estar en presencia del emperador. Los seguía por medio de la calle Motecuhzoma, cargado en riquísimas andas en hombros de sus nobles; cuando le pareció, apeóse de las andas; cuatro señores le cubrieron con un palio "muy riquí-" simo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labo-" res de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuis, " que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mi-" rar en ello." (5) Vestía lujosamente, llevando á los piés un calza-

(1) Cartas de Relac., pág. 78.—Cortés, quien mejor sabía conquistar las ciudades que escribir sus nombres, llama á Huitzilopochco (hoy Churubusco) Huichilohuchico; á Coyohuacan (hoy Coyoacan) Nyciaca, y á Mexicatzinco, Mesicalsingo.

(2) El fuerte de Xoloc estaba en donde hoy la garita de San Antonio Abad.

(3) Cartas de relac, pág. 78.—Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

(4) Esta cortadura estaba delante de la capilla de San Antonio Abad: en lo antiguo el lugar se nombraba Xoluco. Segun Torquemada, lib. IV, cap. XLVI, "aquella " puente es ahora de piedra, y está cerca de las casas que labró Pedro de Alvarado, " que son las que llaman de Salcedo, junto á la ermita de San Anton."

(5) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

do con suelas de oro; precedíanle tres personas como heraldos, una en pos de otra, con una vara de oro á manera de cetro, levantada en señal de acercarse la majestad; sosteníanle para andar, por el brazo derecho Cacama, señor de Texcoco, por el izquierdo Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, sigiéndoles los señores de Tlacopan y Coyohuacan; por delante, criados y pajes de dos en dos limpiaban el suelo de piedras y pajas y tendían mantas ricas al paso, pues el monarca desdeñaba tocar la tierra con los piés. Sólo los cuatro reyes ó parientes que le llevaban de cerca le veían el rostro, todos los demas iban con la cabeza baja, con mucho acato y compostura.

Al descubrir D. Hernando al monarca, se apeó del caballo, y con la inseparable Marina al lado, se adelantó, quitóse la gorra y saludó á la usanza española; Motecuhzoma y los dos príncipes acompañantes se inclinaron reverentes hasta tocar la tierra con las manos. Por fin estaban en presencia el sacrificador y la víctima. Un mundo de pensamientos debieron cruzar por la mente de aquellos cuatro hombres, á quienes unido Cuauhtemoc observando algo distante, formaban el compendio del gran drama de la conquista; miradas de distinto género debieron chocarse entre el altivo D. Hernando, el cuitado Motecuhzoma, el débil Cacamatzin y Cuitlahuac el intrépido y enconado enemigo de los blancos. Cortés y Motecuhzoma se saludaron cortesmente, dándose mútuos parabienes por haberse encontrado; la pretensiosa Marina tendió su mano derecha para saludar á su vez, mas el monarca la rechazó ofreciendo su mano á Cortés; éste se quitó entónces un collar que al intento traía prevenido, "de unas "piedras de vidrio que ya he dicho se llaman margajitas, (1) que "tienen dentro muchos colores é diversidad de labores, y venía ensar-"tado en unos cordones de oro con almizque porque diesen buen "olor, y se lo hechó al cuello al gran Montezuma; y cuando se lo "puso le iba á abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el "Montezuma detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase; por-"que lo tenían por menosprecio." (2) Terminados aquellos cumplidos, Cuitlahuac se quedó para acompañar á D. Hernando, miéntras Motecuhzoma con Cacama dió la vuelta á volverse por donde había venido; los nobles del cortejo se accrcaron entónces para hacer su

(1) Margaritas y diamantes de vidrio les llama Cortés.
(2) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

acatamiento á Cortés. Poco adelante un servidor trajo al emperador dos collares; detúvose éste hasta que le alcanzó el general, el cual los puso al cuello. "Eran hechos de huesos de caracoles colorados, " que ellos tienen en mucho, y de cada collar colgaban ocho camaro- " nes de oro, de mucha perfeccion, tan largos casi como un je- " me. (1)

Jamas había sido recibido en México con tanta distincion príncipe ni rey; el pueblo estaba espantado con tanta ceremonia; nunca el orgulloso monarca había sido tan reverente, ni áun con los mismos dioses. No aparecía la muchedumbre por la calle en que iba el emperador, más pasado éste salía á considerar á los blancos, y las azoteas y todo estaba cubierto de curiosos, ávidos de gozar de tan nuevo espetáculo. Maravillados decían los unos: "Dioses deben de ser és- " tos, porque vienen de donde el sol nace;" otros observaban: "Estos " son los que han de mandar y señorear nuestras personas y tierras, " pues siendo tan pocos, son tan fuertes que han vencido tantas " gentes." (2)

Precediendo algun trecho Motecuhzoma, siguiéndole Cortés con sus tropas, anduvieron la calle adelante, penetraron en la plaza mayor de la ciudad, pasaron al frente de las casas de Motecuhzoma y del templo mayor, hasta llegar al palacio de Axayacatl, lugar destinado al alojamiento de los castellanos. (3) Era entónces un gran

(1) Cartas de Relac. pág. 80. "Cortés hizo su entrada por la calle del *Rastro*, lla- " mada en la antigüedad, de *Iztapalapa*, y una tradiccion conservada en el Hospital " de Jesus, dice, que al frente de éste fué el encuentro de Moteuczoma y Cortés, y " que en conmemoracion del suceso, se prefirió aquella localidad para fundar dicho " hospital." J. F. Ramírez, notas, pág. 103.—Poco más afuera de la ciudad colocan el lugar, Bernal Díaz y el P. Sahagun, lib. XII, cap. XVI, quien á este propósito escribe: "..... en quel trecho que está desde la iglesia de S. Antonio (que ellos llaman " de Xoluco), que va por cabe las casas de Alvarado, hácia el hospital de la Concep- " cion, salió Moctheuzoma á recibir de paz á D. Hernando Cortés."

(2) Herrera, déc. II, lib VIII, cap, V.—Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.

(3) Para podernos dar cuenta destos y de los acontecimientos posteriores, debemos ir fijando la topografía de la ciudad azteca. El palacio donde vivía Motecuhzoma á la llegada de los castellanos, ocupaba el lugar del actual palacio nacional, con la manzana de la Universidad y casas contiguas, más la plaza denominada del *Volador*; le atravesaba de E. á N., por donde hoy se encuentra la calle de *Meleros*, la antigua acequia que en esta direccion corría por la ciudad. En la ciudad moderna llamáronse, *Casas nuevas de Motecuhzoma*; pertenecieron á D. Hernando Cortés, y éste las vendió al rey de España, en cantidad de 34,000 castellanos, por escritura fechada en Madrid, á 29 de Enero de 1562. (Ramírez, notas y aclaraciones, pág. 103.

edificio, destinado al culto de los dioses, vivienda de las sacerdotisas y tesoro imperial, tan capaz y cómodo, que dió ámplio alojamiento á los blancos con todos sus aliados: sin duda lo escogió Motecuhzoma para tener juntos con los dioses antiguos á los recienvenidos teules. Cuando llegaron ahí, el emperador tomó por la mano á Cortés, le introdujo á un extenso patio y luego á unas habitaciones curiosamente aderezadas, le sentó sobre un rico estrado diciéndole: "En " vuestra casa estais, comed, descansad, y haced placer que luego " vuelvo:" se retiró en seguida, dejando tiempo á los nuevos huéspedes para comer y acomodarse en la casa, limpia, decorada, con cuantas comodidades permitían aquellas costumbres. (1)

Cuando calculó que los castellanos habrían terminado de comer y estaban sosegados, tornó Motecuhzoma acompañado de muchos de los principales nobles, dió á Cortés cantidad de joyas de oro, plata, plumajes y mantas ricas; regaló á los capitanes de lo mismo, y á cada soldado hizo alguna manifestacion. Invitó á Cortés á sentarse en el estrado, junto tomó él tambien asiento en ricas sillas traidas al intento, y por medio de los intérpretes dijo: "Muchos dias ha, que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo ni todos los que esta tierra habitamos, no somos naturales de ella, sino extranjeros y venidos á ella de partes muy extrañas, é tenemos asimismo, que á estas partes trajo nuestra generacion un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió á

—García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 182).—En cuanto á las casas viejas de Motecuhzoma ó palacio de Motecuhzoma I, ocupaban las manzanas terminadas por las calles del Empedradillo, Tacuba, San José el Real, primera y segunda de Plateros. Pertenecieron igualmente á D. Hernando Cortés, las ocuparon las audiencias y los primeros virreyes, y aunque pretendió comprarlas el rey de España, abandonó el intento prefiriendo las casas nuevas: Se distingue el sitio por el Montepío y la Alcaicería. (Ramirez y García Icazbalceta, loco cit. Alaman, Disertaciones, tom. II, pág. 203).—En cuanto al tercero de los lugares nombrados: "El palacio de Axayacatl que sirvió de alojamiento ó cuartel á los españoles, estaba en la calle de Santa Teresa y daba vuelta á la Segunda *del Indio Triste.*" (Ramirez, notas, pág. 103.—García Icazbalceta, Diálogos, pág. 185). Delante, como verémos, había un teocalli.

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XLVI.—"95 Item: si saben quel dicho D. Hernando Cortés entró en la cibdad de México pacíficamente é fué muy bien rescebido del dicho Señor Montezuma, é de toda la xente della, é fué aposentado en la más principal casa de la cibdad, que hera donde estaban los thesoros de los ídolos." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 339.

su naturaleza y despues tornó á venir, dende en mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado, con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generacion, y fechos pueblos donde vivían: é queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni ménos recibirle por señor: y así se volvió. E siempre hemos tenido que de los que de él descendiesen habían de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como sus vasallos. E segun de la parte que vos decis que venis, que es á do sale el sol, y las cosas que decis de este gran señor ó rey que acá os envió: creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural: en especial que nos decis, que él ha muchos dias que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto, que os obedecerémos é ternémos por señor en lugar de ese gran señor que decis, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno: é bién podeis en toda la tierra, digo, que en la que yo en mi señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer. E pues estais en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino, y guerras que habeis tenido, que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Putunchan acá, é bien sé que los de Cempoal y Tlaxcalteca los han dicho muchos males de mí: no creais más de lo que por vuestros ojos veredes, en especial de aquellos que son mis enemigos, y algunos de ellos eran mis vasallos, y hánseme revelado con vuestra venida, por se favorecer con vos lo dicen; los cuales sé que tambien os han dicho, que yo tenía las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados, y otras cosas de mi servicio, eran asimismo de oro, y que yo que era y me facía dios, y otras muchas cosas. Las casas ya las veis que son de piedra y cal y tierra. (Y entónces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo diciendo á mí) Veisme aquí, que yo so de carne y hueso como vos, y cada uno, y que soy mortal y palpable (asiéndose él con sus manos de los brazos, y del cuerpo); ved como os han mentido. Verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviese teneis cada vez que vos lo quisiéredes: yo me voy á otras casas donde vivo: aquí sereis proveido de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente, é no recibais pena alguna, pues estais en vuestra casa y naturaleza." Yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo á aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que á V. M. era

á quien ellos esperaban, é con ésto se despidió, y ido fuimos muy bien proveidos de gallinas, y pan, y frutas y otras cosas necesarias, especialmente para el servicio del aposento. (1)

No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores; el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzacoatl; la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbécil monarca á los piés del invasor, y pusieron el imperio sin combatir bajo el yugo castellano. Capitanes y soldados quedaron alojados segun su grado; Cortés, siempre desconfiado y vigilante, distribuyó militarmente las tropas por el edificio, abocando la artillería en las puertas de entrada, quedando todo á punto para en caso de ataque. (2) Aquella tarde y en la noche hicieron los castellanos salva de artillería, en solemnidad de haber llegado salvos á donde deseaban: ellos lo hacían de regocijo, mas los indios al oir el ronco estampido de los cañones, al ver en la oscuridad los fugaces relámpagos de los rayos disparados por los teules, al percibir el olor azufroso de la pólvora recibieron gran confusion y miedo, pasando la noche en la mayor zozobra. (3) Sí, hondo pavor debieron tener los habitantes; la ciudad señora de Anáhuac, la vencedora de cien pueblos, había caido sin resistencia en poder de los extranjeros.

(1) Cartas de relac. pág. 81-82.—Bernal Díaz, cap. LXXXIX.

(2) Cartas de relac. pág 77--82.—Bernal Díaz, cap. LXXXVIII y LXXXIX.—Gomára crón. cap. XVI y XVII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. V.—Relacion de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 579.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. V. —Torquemada, lib. IV cap. XLVI.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85. MS.—Chimalpain, Historia de la conquista, MS.—P. Durán, cap. LXXIV, MS.—Códice Ramirez, MS.—Sahagun, lib. XII. cap. XVII.

(3) Sahagun, lib. XII, cap. XVI

CAPITULO III.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

El lago antiguo.—México Tenuchtitlan.—Calzadas.—Acueducto.—Calles.—Casas.—Palacio de Motecuhzoma.—Templo de Tezcatlipoca.—Casa de las aves.—Teocalli mayor.—Tianquiztli ó mercados.—Templos menores.—Edificios.—Casa de las fieras.—Los cuatro principales barrios de México.—Barrios menores.—Tlatelolco.—Teocalli mayor.—Tianquiztli ó plaza del mercado.—Barrios y templos menores.—La calzada boreal.—Poblacion.—Importancia de la ciudad azteca.

Iacatl 1519. En los trescientos y más años transcurridos de la conquista hasta nuestros dias, mucho ha cambiado la fisonomía de la isla de la ciudad de México y del lago que la contenía. Segun podemos deducir de diferentes datos confrontados entre sí y tomados de las relaciones antiguas de conquistadores y de misioneros, el lago se ensanchaba hácia el Norte; estrechábase despues en la parte Sur, para tomar nueva extension hácia este rumbo con los actuales lagos de Xochimilco y de Chalco. Segun las indicaciones, geológicas las unas, históricas las otras, el gran depósito de aquellas aguas, se extendía, al Norte, comenzando en Totolcingo y las

faldas australes del cerro de Chiconauhtla, por junto á Tulpetlac, el pié del Cerro Gordo, Santa Clara Coatitla y San Pedro Xalostoc, que quedarían á la orilla, luego hasta besar el pié de la serrezuela de Guadalupe, tornando á subir al N. O., para terminar en las tierras bajas á alguna distancia de Tlalnepantla. Al E. serían límites Totolcingo, Iztapa, Nexquipayac, Atenco, Tomilla, Texcoco retirado un poco de la orilla, Chimalhuacan y el cerro del mismo nombre; haciendo un recodo al estrecharse, tomaría luego la direccion E. O. hasta Itztapalapan en la márgen misma, dejaría fuera el Huixachtitlan ó Cerro de la Estrella, para ir á terminar en Culhuacan. Por el O. las aguas dejaban á Azcapotzalco en la tierra firme, tenían á Popotla en la misma orilla, limitábanlas luego el cerro de Chapultepec, las faldas del lomerío de Atlacuihuayan, (Tacubaya), se dirijirían al Sur dejando en la márgen á Coyohucan, (Cuyoacan), reuniéndose al fin con el lago de Xochimilco. Al S. vendrían á ser los límites, los lagos de Xochimilco y de Chalco; éste debía tener una poca de mayor extension, supuesto que Ayotzinco estaba sobre la márgen austral. Dentro de aquel perímetro se alzaban las cimas aisladas del pequeño Peñon de los Baños (Tepetzinco, con las aguas termales de Acopilco), y del mayor, Peñon grande ó de el Marqués (Tepepolco). (1)

México Tenochtitlan, quedaba hacia el N. O. del gran lago, en la parte salada. Las dos islas de México y de Tlaltelolco, reunidas entónces, conteniendo una ciudad bajo un sólo señor, en el mismo asiento de la ciudad moderna, distaba una legua poco más de las orillas boreal y occidental del lago, miéntras las aguas se extendían á mucha mayor distancia por los otros rumbos. Tlatelolco y Tenochtitlan estaban divididos por una acequia ancha, en direccion próximamente de E. á O. y era la que pasaba detras del panteon de Santa Paula, como se distingue todavía en los planos antiguos. Comunicábase la isla con la tierra firme por medio de tres calzadas construidas sobre el fondo del lago, estacadas de piedra y tierra, de treinta pasos ó más de anchura. (2) La de Tlatelolco ó del N.

(1) Véase Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México, págs. 111–113.

(2) Así el conquistador anónimo, apud García Icazbalceta, pág. 391; Cortés, Cartas de relac. pág. 102, dice que eran tan anchas, "como dos lanzas jinetas;" Bernal Díaz, cap. LXXXVIII, les asigna ocho pasos, aunque añade, "puesto que es bien ancha."

arrancaba del lugar en que hoy existe Nuestra Señora de Guadalupe; la segunda ú occidental, llamada de Tlacopan, seguía la direccion de una de las calles principales de la ciudad, denominada en los tiempos modernos, de Tlacopan (Tacuba), prosiguiendo en la direccion del costado de la actual alameda, é iba á terminar en Popotlan, situada en la orilla, no sin hacer algunas inflexiones; la tercera ó austral, partía de Itztapalapan, prolongándose en línea recta hasta el fuerte de Xoloc, penetrando en la ciudad por la calle derecha de Itztapalapan. Contra lo asentado por los autores, afirma Cortés, (1) que "eran cuatro entradas todas de calzada hecha á mano:" no hay entre ambos asertos la menor contradiccion. Había en efecto, una cuarta calzada, tendida de Coyohuacan al fuerte de Xoloc, en donde se unía con la de Itztapalapan, adelantándose al interior de la ciudad ya reunidas. Veíase ademas otra construccion hidráulica destinada á meter el agua potable de Chapultepec en la isla; comenzaba en la fuente, corría en direccion de la actual calzada de la Verónica y se unía á la calzada de Tlacopan en la Tlaxpana. " Por la una calzada, que á esta gran ciudad entran, vienen dos ca-" ños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos " casi como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua " dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va á " dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El " otro que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, " porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el " agua ha de pasar por las puentes, á causa de las quebradas por do " atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales, tan " gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puen-" tes, y así se sirve toda la ciudad. Traen á vender el agua por ca-" noas por todas las calles: y la manera como la toman del caño es, " que llegan las canoas debajo de las puentes, por do están las ca-" nales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchen las canoas, y " les pagan por ello su trabajo." (2)

La ciudad era más larga de N. á S. que de E. á O.—"Puede tener esta ciudad de Temixtitan, más de dos leguas y media, ó acaso tres, de circunferencia, poco más ó ménos." (3)—"Es tan grande la

(1) Cartas de Relac. pág. 102.
(2) Cartas de relac. pág. 108.—Conq. anónimo, pág. 391.
(3) El Conq. anónimo, apud García Icazbalceta, pág. 390.

"ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las "principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y to- "das las demas, son la mitad de tierra y por la otra mitad de agua, "por la cual andan en sus canoas; y todas las calles de trecho á "trecho estan abiertas, por do atraviesa el agua de las unas á las "otras; é en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, "hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas, y "recias y bien labradas: y tales que por muchas de ellas pueden "pasar diez de caballo juntos á la par." (1) De estas calles principales, anchas y muy derechas, podemos precisar pocas, aunque las más importantes. Al O., la calle de Tlacopan, por la cual salieron los castellanos la Noche triste. Al S., la calle de Itztapalapan, por donde los blancos penetraron la primera vez en la ciudad. Al E., una calle que partía de la puerta del templo mayor, é iba á terminar en la orilla del lago: debía correr, cortando las manzanas actuales, paralela á la calle de Santa Inés, el Amor de Dios, &c., derecha hasta San Lázaro. Al N., las calles de Santo Domingo, y sin torcer hasta la garita de Peralvillo. (2) Aparece otra calle recta entre México y Tlatelolco, y sería la demarcada por las actuales, del Factor; derecha hasta Santiago, conduciendo de Tenuchtitlan al mercado y templo de Tlatelolco.

"La gran ciudad de Temiztitan México, tenía y tiene muchas "calles hermosas y anchas; bien que entre ellas hay dos ó tres prin- "cipales. Todas las demas eran la mitad de tierra dura como enla- "drillado, y la otra mitad de agua, de manera que salen por la par- "te de tierra y por la parte de agua en sus barquetas y canoas, que "son de un madero socavado, aunque hay algunas tan grandes que "caben dentro cómodamente hasta cinco personas. Los habitantes "salen á pasear, unos por agua en estas barcas y otros por tierra, y

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 102.

(2) Estas demarcaciones, compulsadas en diversas fuentes, se corroboraran con el dicho del P. Durán, cap. XLIV, al hablar de la dedicacion del templo mayor: "sa- "caron los presos que auían de ser sacrificados y hicieron dellos quatro rengleras, "la una renglera estaua desde el pie de las gradas del templo y seguiase hacia la cal- "çada que va á Cuyuacan y Xuchimilco, y era tan larga que casi tomaba una legua "de renglera: otra iba hacia la calçada de nuestra Señora de Guadalupe, no ménos "larga que esotra: la otra iba derecha por la calle de Tacuba, á la misma manera: "otra iba hacia O riente asta que la laguna los impidía."—Por este rumbo no había calzada.

" van en conversacion. Hay ademas otras calles principales todas " de agua, que no sirven más que para transitar en barcas y canoas, " segun es usanza como queda dicho, pues sin estas embarcaciones " no podrían entrar á sus casas ni salir de ellas." (1) Las casas tenían salida á estas tres diferentes especies de calles, de agua, de tierra, y de agua y tierra, teniendo ademas otras puertas á ciertas callejuelas muy angostas, de sólo tierra y por las cuales sólo cabían dos personas juntas. (2)

Las calles de agua, determinadas por los canales ó acequias, no nos pueden ser ahora completamente conocidas; fueron cegadas algunas durante el asedio de la ciudad, desaparecieron otras en tiempos posteriores. Para reconstruir en cuanto posible la antigua poblacion, hemos tomado de los planos más viejos las acequias existentes en su tiempo, las cuales corresponden sin duda á la traza primitiva. Las calles rectas y principales, con las de agua, determinaron los alineamienios de las construcciones; resulta de aquí, no ser posible en todas partes que los edificios formaran manzanas regulares; á veces los macizos de las casas asumían formas irregulares, separadas por los callejones angostos de tránsito, irregulares tambien, supuesto seguir por las espaldas de las construcciones.

" Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy " grandes: y la causa de haber tantas casas principales es, que to- " dos los señores de la tierra, vasallos del dicho Muteczuma, tienen " sus casas en la dicha ciudad, y residen en ella cierto tiempo del " año: é demas desto, hay en ella muchos ciudadanos ricos, que tie- " nen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demas de tener " muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles ver- " jeles de flores, de diversas maneras, así en los aposentamientos " altos como bajos." (3) " Era costumbre que á la entrada de todas " las casas de los señores, hubiese grandísimas salas y estancias al- " rededor de un gran patio; pero allí había una gran sala tan gran- " de, que cabían en ella con toda comodidad más de tres mil perso- " nas. Y era tanta su extension, que en el piso de arriba había un " terrado donde treinta hombres á caballo pudieran correr cañas co-

(1) Conq. anónimo, pág. 391–92.

(2) Torquemada, lib. III, cap. XXIII.

(3) Cartas de relac. pág. 108.

"mo en una plaza." (1) Las leyes suntuarias disponían de las costumbres de los ciudadanos; y no debe extrañarse fuesen aplicadas tambien á las construcciones. "Ahora tratarémos, la manera y di-
"ferencia de tener y labrar casas los dichos principales, que otro
"ninguno del rey para abajo podía tener en su casa, como si dijé
"ramos un hidalgo, almena i torre dorada en su casa, sin gran me-
"recimiento de su persona y valentía, como son los arriba conteni-
"dos, tener sus casas con sobrados altos, y en los patios de sus casas
"tener un buhío como sombrero, con un remate en la punta del
"xacal puntiagudo, y pasado el jacal ó buhío con flechas grandes
"largas, como decir casa de chichimecos, y tener un mirador muy
"alto; y si no era muy señalada persona como hemos dicho, no lo
"podían tener, que era como decir escudo de sus armas y valor de
"su valentía, so graves penas, que era apedreado y muerto el que
"se atrevía á hacer en su casa, sin la preeminencia de su valor."
(2) Las casas principales eran de dos pisos, aunque la generalidad contaba sólo uno. Los materiales, segun la importancia de los edificios, eran tezontli y cal, adobes formando las paredes revocadas con cal, y en los suburbios y costas de la isla, de carrizos y paja, propios de pescadores y gente menuda.

Demarcamos ya la situacion del palacio habitado á la sazon por Motecuhzoma. "Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecía casi imposible po-
"der decir la bondad y grandeza de ellas. E por tanto, no me por-
"né en expresar cosa de ellas, mas de que en España no hay su
"semejable." (3) El conquistador anónimo (4) asegura haber entrado más de cuatro veces en aquel edificio para verle todo, cansándose primero que lograr el intento. Al decir de otro autor, tenía el palacio veinte puertas de salida á calles y plaza; tres patios grandes, en uno de ellos una gran fuente para repartir el agua por el resto del edificio, muchas salas de grandes dimensiones y cien baños; las paredes de mármol, jaspe, pórfido, piedra negra; otras veteadas de rojo y una trasluciente; los techos de madera de cedro, pino, palma y ciprés, ricamente entalladas con figuras y labores: es-

(1) Conq. anónimo, apud García Icazbalceta, pág. 396.
(2) Tezozomoc, Crón. Mexicana, cap. 36. MS.
(3) Cortés, Cartas de Relac., pág. 111.
(4) Apud. García Icazbalceta, pág. 395.

taban las cámaras pintadas, esteradas muchas, entapizadas las mejores con finas y ricas telas de algodon, pelo de conejo y pluma. A la puerta principal estaba el escudo de armas y era el mismo de las banderas de Motecuhzoma; consistía en una águila haciendo presa con las uñas en un tigre: "algunos dicen, que es grifo y no águila, "afirmando que en las sierras de Teuacan hay grifos, y que despo-"blaron el valle de Auacatlan, porque comían á los moradores de "él. En confirmacion de ello dicen, que aquellas siervas se llaman "Ciutlachtepec, de Ciutlochtli; que es grifo como leon." (1) La cámara más notable era el oratorio de Motecuhzoma, de 150 piés en largo por 50 de ancho, chapado de planchas de oro y plata, incrustadas muchas piedras preciosas. (2)

Al Norte de este edificio é inmediato á él, seguía un teocalli, dedicado á Tezcatlipoca. (3) Al mismo rumbo, la calle enmedio, seguía la casa de las aves (4) "Tenía una casa poco ménos buena "que ésta, donde tenía un hermoso jardin, con ciertos miradores "que salían sobre él, y los mármoles y losas de ellos eran de jaspe; "muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos, para se "aposentar dos muy grandes príncipes, con todo su servicio. En es-

(1) Herrera, déc. II, lib. VII, cap. IX.--"En esta tierra he tenido noticia de grifos, los cuales dicen que hay en unas sierras grandes, que están cuatro ó cinco leguas de un pueblo que se dice Tehuacan, que es hacia el Norte, (sic. al Sur respecto de México), y de allí bajaban á un valle llamado Ahuacatlan, que es un valle que se hace entre dos sierras de muchos árboles, los cuales bajaban y se llevaban en las uñas los hombres hasta las sierras adonde se los comían, y fué de tal manera, que el valle se vino á despoblar por el temor que de los grifos tenían. Dicen los indios que tenían las uñas como de hierro fortísimas......de los grifos hay más de ochenta años que no parecen ni hay memoria de ellos." Motolinia, trat. III, cap. VII.—Estos grifos en figura de grandes águilas que á los hombres se llevaban en las garras, nos parece referirse al Condor, confinado hoy á ciertas comarcas montañosas de la América del Sur.

(2) Torquemada, lib. III, cap. XXV.

(3) "Este templo en México estrua hedificado en el mismo lugar questá hedificada la casa arçobispal, donde si bien ha notado el que en ellas ha entrado verá ser toda hedificada sobre terrapleno, sin tener aposentos bajos sino todo maciço el primer suelo." P. Durán, Segunda parte, cap. V. MS.

(4) Cortés, Cartas de Relac. pág. 254, nos da una indicacion precisa del lugar ocupado por esta gran pajarera, diciendo estaba junto al edificio en que fueron alojados los castellanos ó sea el palacio de Axayacatl. Aunque los planos primitivos de la ciudad azteca nos parezcan destituidos de valor científico, como croquis hechos de memoria, confirman ámpliamente la determinacion. No debe olvidarse ser distintas la casa de las aves y la de las fieras.

"ta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos los lina-
"jes de aves de agua, que en estas partes se hallan, que son mu-
"chas y diversas, todas domésticas, y para las aves que se crían en
"la mar eran los estanques de agua salada: y para las de rios, lagu-
"nas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto á cierto tiem-
"po por limpieza, y la tornaban á henchir por sus caños: y á cada
"género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio á su
"natural, y con que ellas en el campo se mantenían. De forma, que
"á las que comían pescado se lo daban, y las que gusanos, gusanos,
"y las que maíz, maíz, y las que otras semillas mas menudas, por
"consiguiente se las daban. E certifico á V. A., que á las aves que
"solamente comían pescado, se les daba cada dia diez arrobas de él,
"que se toma en la laguna salada. Habia para tener cargo de estas
"aves, trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían.
"Habia otros hombres, que solamente entendían en curar las aves
"que adolecían. Sobre cada alberca y estanque de estas aves, había
"sus corredores y miradores, muy gentilmente labradas, donde el
"dicho Moteczuma se venía á recrear y á las ver. Tenía en esta
"casa un cuarto, en que tenía hombres, y mujeres y niños, blancos
"de su nacimiento en el rostro, y cuerpo y cabellos, y cejas y pes-
"tañas." (1)

Siempre al N. de la casa de las aves estaba el palacio de Axayacatl, (2) cuya ubicacion pusimos en el capítulo anterior: fué el cuartel de los españoles, el lugar en donde vivió Motecuhzoma preso y murió. El edificio no era ménos suntuoso que el palacio; segun el dicho de Cortés eran tan grandes, que podían contener cómodamente á un príncipe con seiscientas personas de su servicio; de mayor amplitud debe suponerse, supuesto haber dado albergue á los castellanos, á sus aliados y gente de servicio, con más despues de la prision, al emperador, su familia, séquito y servidumbre. (3)

Por entre la casa de las aves y el Teocalli de Tezcatlipoca, venía de O. á E. la calle recta y ancha, que comenzando en la puerta del templo mayor, iba á terminar en la costa de la isla, en un lugar

(1) Cartas de relac. pág. 111-12.—Bernal Díaz, cap. XCI.—Relac. de Andrés de Tápia, pág. 581.—Gomara, Crón. cap. LXXII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. IX y X.—Torquemada, lib. III, cap. XXV.

(2) Téngase presente que Prescott ha confundido algunas de estas localidades.

(3) Cartas de Relac. pág. 254.—Torquemada, lib. III, cap. XXV.

destinado á desembarcadero de los canoas del lado del lago abierto.

Frente á los anteriores edificios quedaba el teocalli de Huitzilopochtli, cuya área se estendía desde la prolongacion de la calle de Plateros al S.; al E. el Palacio, y las calles del Seminario y primera del Relox; Cordobanes al N. y al E. la calle primera de Santo Domingo. (1) De este teocalli asegura Cortés, "que no hay lengua "humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella: "porque es tan grande, que dentro del circuito de ella, que es todo "cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de "quinientos vecinos." (2) Este muro alto era "de unas piedras gran-"des labradas como culebras, asidas las unas de las otras, las cuales "piedras el que las quiera ver vaya á la iglesia mayor de México, "y allí las verá servir de pedestales y asientos de los pilares della." (3) La cerca, segun en su lugar dijimos, se llamaba *coatepantli*, ofreciendo una entrada á cada uno de los puntos cardinales: sobre cada una de estas puertas había grandes depósitos de armas destinadas á la guerra. En la parte interior se alzaba la gran pirámide del teocalli, y por la periferia se veían distribuidos distintos edificios, como teocalli más pequeños, capillas, salas de penitencia, estanques para las abluciones, casas de retiro y habitacion, cámaras para los sacerdotes, mozos y mozas en servicio del culto: Sahagun enumera hasta 78 diversas construcciones. (4) El piso libre en el patio interior era de piedras labradas, bruñidas y juntas.

Como sabemos, la gran pirámide era truncada, miraba la cara principal al Sur y por aquí quedaba la subida. (5) Sobre la cara su-

(1) Ramírez, en Prescott, tom. 2, pág. 103.

(2) Cartas de relac. pág. 105.

(3) Durán, segunda parte, cap. II, MS.—Se refiere á la primitiva catedral.

(4) Hist. de las cosas de Nueva España, tom. 1. pág. 197.

(5) En las pinturas y en los ejemplares de barro ó piedra, que de los teocalli han llegado hasta nosotros, la escalera es una sola. Andres de Tapia, relac. pág. 582, dice que la del templo mayor contaba "ciento y trece gradas de á más de palmo cada una." Bernal Díaz, cap. XCII, contó en el gran templo de Tlaltelolco ciento catorce escalones; le pone al de Texcoco ciento diez y siete y le asigna al de Chollollan ciento veinte; así el teocalli de México, si era el más suntuoso, en realidad no aparece el más alto. Segun diversas tradiciones, si las piedras de la cerca sirvieron de base á los pilares de la catedral primitiva los ídolos, quebrados unos, enteros otros, fueron puestos en los cimientos de la iglesia cristiana; las piedras labradas de la escalera sirvieron para las bóbedas de la iglesia de San Francisco, miéntras las mayores quedaron en-

perior se elevaban las dos capillas dedicadas á Huitzipohctli, apellidado tambien Tlacahuepancuexccotzin, y á Tlaloc: cada una tenía "más altor que pica y media."—"Tiene dentro de este circuito "(el de la cerca), todo á la redonda, muy gentiles aposentos, en "que hay muy grandes salas y corredores donde se aposentan los "religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien "obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al "cuerpo de la torre: la más principal es más alta que la torre de la "iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas así de cantería, co"mo de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ningu"na parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas, donde "tienen los ídolos, es de imaginería y zaquizamíes; y el madera"miento es todo de masonería, y muy pintado de cosas de mons"truos, y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterra"miento de señores; y las capillas, que en ellas tienen, son dedica"das cada una á su ídolo, á que tienen devocion." (1)

Aquella inmensa mole, modesta y pequeña al principio, comenzó á crecer en los tiempos del rey Chimalpopoca; ensanchóla Motecuhzoma Ilhuicamina dándole tres subidas, la principal al Sur; las otras dos al E. y O.; los escalones eran 360, ó sean 120 en cada escalera: la cara principal miraba al S. Esta reconstruccion se comenzó el dia *ce tecpatl*, disponiendo, "que cuadra del templo tuviese 125 brazas, y la cara lo largo de él 90, y de lo alto 20 brazas." Axayacatl hizo reparaciones en el teocalli; y cuando durante su reinado se mandó poner en lo más alto la piedra labrada del Cuauhxicalli, se ejecutó la empresa, "con ser que tenía de altura el templo más de "ciento y sesenta estados." Electo rey Tizoc puso de nuevo manos "á la obra, "é hizo promesa de que por él se había de acabar de la"brar y ensanchar de todo punto el templo de Huitzilopochco, que "comenzó su padre el viejo Moctezuma Ilhuicamina:" no cumplió el propósito por haberle atajado los pasos la muerte, cabiendo esta

terradas en el suelo adyacente. "La capilla de San Francisco en México, decía Motolinia en 1540, que es de bóveda y razonable de alta, subiendo encima y mirando á "México, hacíale mucha ventaja el templo del demonio en altura," &c. Trat. 1, cap. XII.

(1) Cortés, relac. pág. 107.—Conq. anónimo, pág. 183—84.

honra al rey Ahuitzotl, quien puso el teocalli en la forma en que los castellanos le vieron. (1)

Teniendo al Norte el cercado del gran teocalli; al E. el palacio de Motecuhzoma, al Sur la calle del agua, y al O. los edificios de la ciudad, quedaba una gran plaza, parte ahora de la principal ó de armas: al principio sirvió de tianquiztli ó mercado, mas despues de conquistado Tlaltelolco por Axayacatl, la contratacion se hacía principalmente en aquella parte de la ciudad. Este mercado, mencionado en lugar anterior, fué el visto y descrito por los conquistadores castellanos. Había por los barrios de la ciudad diversos mercados pequeños en donde se compraba y vendía diariamente, aunque la verdadera y general afluencia de mercaderes era de cinco en cinco dias. Al mercado de Tlaltelolco parecía seguir en importancia, el situado en donde hoy existe la plazuela de San Juan.

Encontramos finalmente sobre la plaza primitiva el palacio de Tlilancalqui situado donde al presente las casas consistoriales. (2)

"Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas ó casas de sus ídolos, " de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios de ella, y en " las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que re" siden continuamente en ellas: para los cuales, demas de las casas " donde tienen sus ídolos, hay muy buenos aposentos." (3) En efecto, había por los barrios de la ciudad cantidad de templos, mayores ó menores, dedicados á los dioses particulares del *calpulli* ó á los generales de la nacion. A la coronacion de Ahuitzotl concurrieron los sacerdotes de los teocalli denominados Calmecac, Tlilancalco, Yzpico, Huitznahuac, Tlacatecpan, Tlamatzinco, Atempan, Coatlan, Mauhyoco, Tzonmulco, Yzquitlan y Tezcacoac; (4) debiéndose aumentar Apanteuhtlan, Chililico, Xochicalco, Natempan, Tepantzinco, Cuauhquiahuac y Acatlicapan, enumerados ademas cuando el

(1) Tezozomoc, crón. cap. 30, 37, 50, 59, 70. En este último cap. dice: "Este ce" rro y templo estaba puesto á donde fueron las casas de Alonso de Avila y D. Luis " de Castilla, hasta las casas de Antonio de la Mota, en cuadra."

(2) Tezozomoc, cap. 56, dice: "la cual fué la propia casa de la moneda ahora treinta años, que la tenía en guarda, y como suya Cihuacoatl Tlacaeliltzin." Escribía Tezozomoc en 1598, y la fundicion primitiva existió en la esquina de la primera calle de la Monterilla, hasta que á 7 de Febrero 1562 tomó posesion del local el Ayuntamiento. Alaman, Disertaciones, tom. 2, pág. 228.

(3) Cartas de relac. pág. 105.

(4) Tezozomoc, Crón, cap. 61.

estreno del templo mayor: consta ser mucho mayor el número de los teocalli esparcidos por los barrios de la ciudad. Se puede precisar la antigua ubicacion del Tezontlalamacoyan, (1) Mazatzintamalco, (2) Acachinanco, (3) Huitznahuac Ayauhcultitlan, (4) Acachinanco, (5) Huitzilan (6) y Ayauhcalco. (7)

Describiendo la guerra de Axayacatl contra Tlaltelolco, dice el repetido autor: (8) "y yendo discurriendo por los suyos, por otra "calle que iban el capitan Cuauhnochtli y Ticocyahuacatl se topa-"ron unos con otros, y desde un tiro que hay desde la puente que "está en Atzamalco, que es ahora la de San Sebastian, hasta de-"tras de Santo Domingo llevaron á los tlatilulcas hiriéndolos y ma-"tándolos, hasta el barrio que se llama Yacalco, que es donde está "ahora la iglesia de Santa Ana." De aquí se desprende la situacion del templo de Atzacualco, nombrado repetidas veces en otros lugares; se cree haber existido una calle recta, siguiendo las actuales del Puente de San Sebastian, Arcinas y las Moras, hasta unirse con la calle principal de Tlaltelolco, infiérese tambien la situacion del bario y templo de Yalalco en Tlaltelolco, sacándose ademas, estar cercano el tianquiztli de este último lugar.

Fuera de los palacios de justicia, de las casas de los señores de los barrios y de otros establecimientos públicos, se nombra el Cihuateocalli ó templo de las monjas, conocidas por tlamaceuhque cihuapipiltin; el Telpochcalli, casa ó escuela militar, el Cuicoyan, casa del canto y alegría, y los diversos Calmecac, colegios ó seminarios para educar á los jóvenes. (9)

(1) "Que ahora és Santa Catarina Mártir." Tezozomoc, Crón. cap. 57.

(2) "Huerta que despues fué del marques del Valle." Tezozomoc, cap. 39: repite la misma relacion en el cap. 69. El lugar quedaba en la calzada de Tlacopan.

(3) "Donde se puso la primera cruz, que ahora está por Cuyuacan, camino real "que ahora entra en México." Tezozomoc, cap. 69.

(4) "Que ahora es el tianguillo de San Pablo en México." Tezozomoc, cap. 69.

(5) "Que agora es y está allí una albarrada y allí una ermita de San Estéban." Tezozomoc, Crón. cap. 80. MS. La ermita de San Estéban estaba situada fuera de la ciudad, en el camino de México á Churubusco.

(6) "Que ahora es el hospital de Nuestra Señora." Tezozomoc, cap. 80. Jesus Nazareno.

(7) Lugar en que había un manantial. "que está allí el repartidero del zacate, labrado encima y cegado, está la ermita de Santo Tomás Apóstol, que en estas y otras "partes hacen su penitencia y sacrificio los sacerdotes." Tezozomoc, cap. 82.

(8) Tezozomoc, Crón. cap. 45.

(9) Tezozomoc, crón. cap. 69 MS.

La casa de las fieras ocupaba parte del sitio del extinguido convento de San Francisco, entre San Juan de Letran, calle de San Francisco, la calle de Gante, con una prolongacion hácia Zuleta. "Tenía otra casa muy hermosa, donde tenía un gran patio, losado de muy gentíles losas, todo él hecho á manera de un juego de ajedrez. E las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra: é la mitad de cada una de estas casas era cubierta el soterrado de losas, y la mitad que quedada por cubrir, tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una de estas casas había un ave de rapiña, comenzando de cernícalo hasta águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más raleas, que allá no se han visto. E de cada una de estas raleas había mucha cantidad: y en lo cubierto de cada una de estas casas había un palo, como alcándara, y otro fuera debajo de la red, que en el uno estaban de noche y cuando llovía: y en el otro se podían salir al sol y al aire á curarse. A todas estas aves daban todos los dias de comer gallinas, y no otro mantenimiento. Había en esta casa ciertas salas grandes, bajas: todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos muy bien labrados y encajados: y en todas ó en las más leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras: y de todos en cantidad, á los cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves había otros trescientos hombres, que tenían cargo de ellos. Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y mujeres mónstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de mónstruos en su cuarto por sí. E tambien había para éstos personas dedicadas para tener cargo de ellos. E las otras casas de placer que tenía, dejo de decir por ser muchas y de muchas calidades." (1) Fuera de aquellas alimañas grandes y chicas, había en tinajas y cántaros con plumas por dentro, cantidad de culebras y víboras de las más ponzoñosas, con sus crías y viboreznos: daban á todos de comer gallinas, venados, perrillos y animales de caza, con más las sobras de los cuerpos de las víctimas, no comidos por los sacerdotes y particulares. Hace notar Bernal Díaz que de los cadáveres de los castellanos muertos en la Noche triste, mantuvieron varios dias aquellas fieras. "Digamos ahora las cosas infernales que hacían

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 112.

"cuando bramaban los tigres, leones y ahullaban los adibes y zorros "y silvaban las sierpes; era grima oirlo y parecían infierno." (1) Ignoramos si en alguna capital europea había entónces casas á éstas semejantes, para recreo ó estudio.

En donde quiera que las construcciones lo permitían había jardines, árboles ó flores, á las cuales eran muy aficionados no sólo magnates y señores, sino tambien el pueblo. Sustentaba el lago infinidad de huertos flotantes de los denominados chinampas, con su verdura, rosas, sembrados, y moradores, formando el conjunto una vista deleitosa y sorprendente. No era ésta una ciudad de bárbaros, semejante, segun quieren imaginarse algunos autores, á los desaliñados y sucios villorrios de las pieles rojas de nuestros dias: juicio diverso formaron los conquistadores, testigos presenciales; Cortés escribe: "Y por no ser más prolijo en la relacion de las cosas de es-" ta gran ciudad (aunque no acabaría tan aina), no quiero decir más " sino que en su servicio y trato de la gente de ella, no hay la " manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y órden " como allá: y que considerando esta gente ser bárbara y tan apar-" tada del conocimiento de Dios, y de la comunicacion de otras na-" ciones de razon, es cosa admirable ver la que tienen en todas las " cosas." (2)

Las calzadas ó caminos que unían la ciudad con la tierra firme estaban cortados á trechos, ya para servir de fortaleza á la plaza, ya para paso de las canoas y comunicacion de las aguas; esas cortaduras tenían puentes de grandes vigas, las cuales á voluntad podían ser retiradas, pues no estaban colocadas de fijo. Tornando á la calzada de Itztapalapan, hemos visto haber en el punto de reunion de las calzadas de Itztapalapan y de Coyohuacan, el fuerte de Xoloc: (3) en direccion á la isla se veía una cortadura, "tan ancha como una lanza," siguiendo el camino recto hasta la entrada de las casas. Ya junto á la ciudad, "estaba una torre de sus ídolos, y al pié de ella una puente muy grande:" (4) la calle era la principal y

(1) Bernal Díaz, cap. XCI.—Relacion de Andrés de Tápia, pág. 581.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 109.

(3) Cortés, Cartas de relac. pág. 78.

(4) Cartas de relac. pág. 248. Este lugar es el ocupado despues por la iglesia de San Antonio Abad. Cuando la isla no estaba poblada fué éste el primer punto ocupado por los azteca, llamándole Nexticpac. El templo encontrado ahí mismo por los

más ancha de toda la ciudad, y estaba cortada por dos calles de agua, en las cuales había puentes, tercera calle de agua quedaba frente al palacio de Motecuhzoma, con un puente que daba paso á la plaza frente al gran teocalli. Paralela á ésta quedaba una calle de tierra hácia la izquierda ú Oeste.

De la calle oriental no sabemos mas de prolongarse en línea recta hasta la orilla del agua, habiendo en aquel término un desembarcadero para las canoas traficantes con la costa de Texcoco. Estas dos calles, correspondiendo próximamente al cuadrante S. E. de la ciudad, encerraban el *calpulli* ó barrio denominado Teopan ó Zoquipan, conocido en nuestros tiempos por de San Pablo.

La calle oriental y la que de la plaza arrancaba, hácia al N. terminando en la calzada de Tepeyac, determinaban el cuadrante N. E. de Tenochtitlan, en el cual se incluía el *calpulli* Atzacualco, hoy de San Sebastian. Si por el S. el límite de la ciudad era San Antonio Abad, qeudando dentro de la isla el canal existente todavía por ahí, hácia el Sur no se extendía más allá de San Lázaro, como todavía lo comprueban los terrenos pantanosos y anegadizos que por aquel rumbo se extienden.

Las calles boreal y occidental demarcaban el cuadrente N. O., *calpulli* Cuepopan, modernamente de Santa María la Redonda. La calzada de Tlacopan comenzaba en el templo mayor, tomaba al O. por la actual calle de Tacuba, prolongándose hasta Popotla, pueblo situado en la márgen del lago. La calle de Tlacopan era de tierra y de ella partían tres calles tambien de tierra para Tlatelolco, (1) las cuales debían dirigirse de N. á S. La calzada entera contaba ocho cortaduras: (2) de ellas notamos tres en las calles de agua paralelas á las firmes: la cuarta se encontraba sobre la acequia principal de circunvalacion, teniendo á un lado la actual ca-

conquistadores, se decía Xoluco. En cabildo de 19 de Enero 1530 se dió un solar á Alonso Sanchez, "porque dixo que á su costa quería hacer una ermita de señor san "anton los dichos le señaloron un sytio donde pueda hazer la dicha hermita ques en "la calzada que ba desta cibdad á estapalapa hasta cantidad de un solar en largo so-"bre la mano yzquierda á la punta de una ysleta que allí está." Como se advierte, todavía en 1530 las aguas del lago llegaban hasta aquel lugar, siendo éste el término de la ciudad y de la isla por este rumbo.

(1) Cortés, Cartas de relac. pag. 263. y 266.

(2) Ibid, pág. 140.

lle del Puente de la Mariscala y al otro lado la calle de Santa Isabel; llamábase Tecpantzinco aquel lugar, en el cual pusieron la puente los castellanos al salir de la ciudad la Noche triste, comenzando aquí su derrota, si bien el combate comenzó ántes en el sitio apellidado Mictlantonco macuilcuitlapilco. (1) La quinta cortadura, quedaba delante de la actual iglesia de San Hipólito, y se denominaba Tolteacalli ó Tlantecayocan; (2) aquí tuvo lugar el desbarato y principal matanza de los españoles, en cuya conmemoracion levantó Juan Garrrido una ermita bajo la advocacion de los mártires, la cual dejó su sitio á la iglesia que tenía por patron á San Hipólito, en memoria del 13 de Agosto, dia de la rendicion de Tenochtitlan. La sexta cortadura se decía Toltecaacalopan, sobre la acequia de Petlacalco, en el barrio de Matzatzintamalco: (3) aquí se coloca el supuesto y famoso salto de Alvarado. (4) Las dos cortaduras no mencionadas por nosotros, fueron sin duda improvisadas por los méxica para multiplicar los obstáculos á sus enemigos.

Las calzadas de Tlacopan y de Itztapalapan determinaban el cuadrante S. O. de Tenochtitlan, ocupado por el *calpulli* de Moyotlan, hoy de San Juan. Sobre esta fraccion se prolongaban las calles de tierra y de agua que iban hasta Tlatelolco. Fuera de las canales colocados por la autoridad de los antiguos mapas, encontramos esta otra noticia. "Pasaba tambien otra acequia por las calles

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXIV, en ambas ediciones.

(2) Sahagun, loco cit.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS.

(4) Precisando este lugar el Sr. García Icazbalceta, dice: Diálogos de Cervantes, pág. 81: "No hay quien ignore, por ejemplo, la famosa historia del salto de Alvarado, de cuyo capitan se cuenta que habiendo llegado en la terrible retirada de la *Noche Triste* á la tercera cortadura de la calzada, y no hallando otro medio de salvar la vida, apoyó su lanza en el fondo, y con un desmedido salto logró pasar al otro lado del foso. Aunque el hecho es más que dudoso, y parece inventado posteriormente, dió, sin embargo, nombre á la calle que todavía se llama del *Puente de Alvarado*. Allí se veía, no ha mucho, una zanja que indicaba el lugar del suceso. Atravesaba la calle precisamente por el zaguan del *Tivoli del Eliseo* y por el jardincito enverjado que queda enfrente y dá entrada á la casa número 5: el puente se hallaba tras de los arcos del acueducto, es decir, contiguo á la acera que mira al norte; la parte de afuera, al norte de los arcos, estaba empedrada y á nivel. Hoy no existen arcos, ni cortadura, ni puente: toda señal ha desaparecido, y cuando hayamos desaparecido tambien los que hemos sido testigos de tal mudanza, perecerá la memoria del lugar donde se hallaba el famoso *Salto de Alvarado*."

de Jesus, Arco de San Agustin, San Felipe Neri y Puente Quebrado, hasta juntarse con la anterior." (1)

Ademas de estos principales, enumeran los autores otros barrios menores como Tlacatecontiacauh, Yopico, Tiachicauh, Cihuatecpan, Tiacauh, Huitznahuac y Tetzcocoactiacauh. (2) Sabemos tambien, que alrededor de la ciudad había canales, bastante profundos para dar paso á los bergantines, y los cuales comunicaban con las acequias centrales, de manera que por los arrabales podía penetrarse hasta el cuerpo principal de la puebla. (3) Por último, sobre las costas de la islas y avanzadas sobre las aguas del lago, había casas de madera y paja, sostenidas por puntales, para abrigo de la poblacion que no cabía sobre la tierra firme.

A la llegada de los castellanos á Tenochtitlan y dos años despues cuando el acedio de la ciudad, la calzada de Tlacopan iba por enmedio de las aguas; mas éstas debían ser ya poco profundas, dejando á descubierto una parte de la actual Alameda y hasta lo llamado ahora la Candelarita. La diminucion de las aguas entre las calzadas de Tepeyacac y de Tlacopan, se efectuó de una manera rápida notándolo así uno de nuestros antiguos cronistas: "México en el "tiempo de Moteuczoma, dice, y cuando los españoles vinieron á "ella, estaba toda muy cercada de agua, y desde el año de 1524 "siempre ha ido menguando." (4) Pocos años despues acordaba el ayuntamiento, "que para fortificacion de esta cibdad, se den sola-"res para hacer casas que vayan á casamuro por delante é por las "espaldas, para se poder salir de esta cibdad, hasta la tierra firme, "é que sea una acera de casas de una parte é de otra de la calzada, "hasta la alcantarilla que llega á la dicha tierra firme. (*a*) Este fué "el orígen de la larga calle que corre desde la esquina de la Puente "de la Mariscala hasta la *Tlaspana*, saliéndose de la traza, y que "hasta el dia forma en su mayor parte una prolongacion aislada há-"cia poniente. Desde S. Hipólito no tenía salida alguna para el la-

(1) García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 79.—Sigüenza, *Piedad Heróica*, cap. 3. núm. 22.

(2) Tezozomoc, Crón. cap. 69. MS.

(3) Cortés, Cartas de relac. pág. 146.

(4) Motolinia, trat. III, cap. VIII.—Torquemada, lib. III, cap. XXVIII

(*a*) "No consta la fecha de este acuerdo: se habla de él como de cosa pasada, en el cabildo de 3 de Agosto de 1528."

"do norte, pues las que existen han sido abiertas en estos últimos "tiempos." (1) Así fué, en efecto; mas debe advertirse, que las construcciones del lado boreal de las calzadas, fueron las primeras construidas y prolongadas á mayor distancia, sin duda por prestarse á ello los terrenos ya para entónces fuera del agua, miéntras al lado austral las tierras permanecían fangosas y anegadizas.

Repetido hemos haberse fundado Tlatelolco en isla separada hácia el N. de la de Tenochtitlan; ciudad libre al principio, Axayacatl se apoderó de ella dando muerte á su rey Moquihuix; desde esta fecha ambas islas, unidas por terrenos ganados sobre las aguas, no formaron mas de una sola, contándose Tlatelolco como quinto barrio de México. Entónces el mercado principal se trasladó á la plaza de la ciudad vencida, situada junto al gran templo de los tlatelolca: mercado y cu fueron estrenados por Axayacatl, sirviendo para la solemnidad los prisioneros de Matlatzinco tomados en la guerra en que el rey tenochcatl fué herido por Tlilcuezpallin. (2)

El teocalli principal, dedicado á Huitzilopochtli y á Tezcatlipoca era el mayor de la ciudad, contando de altura ciento catorce gradas; "y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, é "allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto Cu hasta lo más alto del, van cinco concavidades á manera de barbacanas "y descubiertas sin mamparos." (3) Los patios alrededor de la pirámide, mayores que la plaza de Salamanca, estaban circundados con dos cercas de cal y canto, el piso empedrado con losas blancas muy lisas, y donde éstas faltaban el piso estaba muy encalado y bruñido, todo aseado y limpio sin una sola paja. Ocupaban aquel espacio diversos templos menores, como el de Quetzalcoatl, cuya puerta semejaba la boca de un espantable dragon, el destinado para enterramiento de los principales señores, y así otros de diferentes divinidades: encontrábanse grandes rimeros de leña para los sacrificios, y una gran alberca alimentada por el agua que en caño cerrado iba desde Chapultepec: veiáse el pavoroso y horrible *tzompantli*, y luego las piedras para la matanza de los prisioneros. Había arrimadas á las cercas viviendas bajas en donde moraban los papas y sirvientes; el edificio destinado á monasterio ó recogimiento de las vesta-

(1) García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 78.
(2) Tezozomoc, Crón. cap. 49. MS.
(3) Bernal Díaz, cap. XCII.

les, las cuales perseveraban ahí para ser educadas hasta que salían para casarse, ocupadas en servir á los ídolos y principalmente á las diosas protectoras del matrimonio. (1)

La plaza del mercado ó tianquiztli quedaba junto al teocalli por el lado oriental. Era tan grande que en un sólo dia no podía ser vista toda; alrededor estaba cercada de portales y tiendas, habiendo ademas unas casas en las cuales asistían tres jueces para sentenciar las diferencias, ayudados por alguaciles ejecutores ocupados en examinar las mercancías. Vendíanse todo género de objetos producidos por las industrias americanas, desde el oro, la plata y ciertos metales, ropas finas y groseras, loza y utensilios, plumas finas, pieles adobadas con primor, todo linaje de mantenimientos en carnes ó legumbres, &c., hásta hienda de hombre preparada para el abono de los campos. Tanta gente acudía á comprar y vender, "que sola- "mente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había, "sonaban más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados "que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constanti- "nopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien com- "parada y con tanto concierto, y tamaño, y llena de tanta gente, "no la habían visto." (2) Segun uno de nuestros más distinguidos cronistas: "en la plaza ó tianguez deste Tlatilulco (lugar muy es- "pacioso mucho más de lo que ahora es), el cual se podía llamar "emporio de toda esta Nueva-España, al cual venían á tratar gen- "tes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella conti- "guos, y donde se vendían y compraban todas cuantas cosas hay "en esta tierra, y en los reinos de Quauhtemalla y Xalixco (cosa "cierto mucho de ver). Yo lo ví por muchos años morando en esta "casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como en el tiem- "po de la conquista." (3)

(1) Bernal Díaz, cap. XCII. Respecto de la ubicacion del teocalli, nos informa el mismo Bernal Díaz· "A esto doy por respuesta, que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran Cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patron é guiador señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto Cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrían los cimientos para hacerlos más fijos, hallaron mucho oro y plata y chalchihuis, y perlas é aljofar y otras piedras" Véase García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 201.

(2) Bernal Díaz, cap. XXII.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

Estaba en el medio de este tianguez un gran Cu, edificado á honra de "Vitzilupuchtli, dios de los mexicanos." (1) Esta noticia del sábio franciscano parece referirse al teocalli exterior, pues segun uno de los testigos presenciales, lo que existía "era uno como " teatro, que está en medio de ella, (la plaza del mercado), fecho " de cal y canto cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de " esquina á esquina habrá treinta pasos: el cual tenían ellos para " cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representadores " de ellos se ponían allí, porque toda la gente del mercado y los que " estaban en bajo, y encima de los portales pudiesen ver lo que se " hacía." (2) Cortés examinó detenidamente aquella construccion, supuesto haberse colocado sobre ella el célebre trabuco, inútil tras tan costosos preparativos. Consta que del mercado salía una calle de agua; (3) había una calle derecha que iba á dar al real de Sandoval, teniendo á la izquierda otras calles de tierra; (4) pasaba una calle de agua cerca y por delante del tianguez, y de aquí partían calles para el espacio en donde sucumbieron los méxica. (5)

Como templos ó edificios de Tlaltelolco encontramos el Xacaculco ("que ahora se llama Santa Ana"), situado en el barrio de Zacoalco ("que es donde agora está la iglesia de Santa Ana"), en cuyo palacio permanecieron Cuauhtemoc y Mazehuatzin, señor de Cuitlahuac, durante el principio del asedio de Tlaltelolco. (6) El Tlacuchcalco ("en que estaba una casa que era como casa de audiencia, cerca de donde agora es la iglesia de Santa Ana"); el barrio se llamaba igualmente Tlacuchcalco. (7) El templo y barrio de Xocotitla, por otro nombre Cihuatecpa ("que es agora San Francisco"). (8) Coyonacazco, ("cerca del hermita de Santa Lucía, ("que por otro nombre se llama Amaxac") (9) "Prosiguiéndose la guerra entre los mexi-

(1) Sahagun, loco, cit.
(2) Cortés, cartas de relac. pág. 289 y sig.
(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 280.
(4) Cartas de relac. pág. 287.
(5) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.
(6) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIV y XXXVII.
(7) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV.
(8) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV. Este barrio de Tlatelolco corresponde á la glesia actual de San Antonio Tepito, llamado San Francisco en los antiguos planos de la ciudad de México.
(9) Sahagun, lib. XXII, cap. XXXV. La ermita de Santa Lucía ha desaparecido;

"canos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españo-
"les á los mexicanos, y los iban arrinconando hacia el lugar don-
"de finalmente les dieron mate, en un rincon deste Tlatilulco, que
"se llama Tetenantitech, donde ahora está edificada la iglesia de la
"Concepcion de la Madre de Dios Nuestra Señora Santa María."
(1) Menciónase un templo llamado Momozco, que nos parece ser diverso del Momoztli colocado en el centro del tianquiztli. El templo y barrio de Apahuaztlan, hasta donde fué metida el agua en tiempo de Ahuitzctl, "que ahora es barrio de Tlatilulco Santiago,
"en la albarrada que ahora está allí detras de la ermita de la
"Asumpcion de Nuestra Señora." (2)

La calzada boreal remataba en el Tlatelolco, en el barrio nombrado Coyonacazco; (3) es la misma nombrada ahora calzada de Nuestra Señora de Guadalupe, y comenzaba al pié de la serrezuela nombrada Tepeyacae, dicha por los españoles Tepeaquilla. Al principio, en la tierra firme, estaba el templo de la Toci, sirviendo el fuego encendido ahí por las noches de fanal para nautas y caminantes.

Segun los cómputos más probables la ciudad contaba unos 60,000

para identificar el lugar nos hemos valido del mapa antiguo que se encuentra en la obra intitulada: Voyage en Californie pour l'observation du passage de Vénus sur le disque du soeil, &c. Paris, M. DCCLXXII.

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII. El mismo autor, cap. XXXIX, afirma que los españoles arrinconaron á los méxica en el barrio de *Tetenamitl*, "cabe la Concep-
"cion." Inferimos de aquí, llamarse el teocalli del calpulli Tetenantitech, y el barrio Tetenamitl, á no ser que una de las dos palabras esté estropeada. La iglesia de la Concepcion, no es la existente aún en el barrio de Santa María; la de Tlatelolco desapareció, habiendo podido rectificar su ubicacion por el plano antiguo, citado en la nota anterior. Hoy todavía lleva aquel rumbo el nombre de Barrio de la Concepcion Tequizpeca. En esta demarcacion, pues, vinieron á quedar acorralados los mexi ántes de rendirse; se confirma lo dicho, con que el trabuco para combatirles fué colocado sobre el Mumuztli del centro de la plaza del mercado (Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX), lo cual supone no estar muy distantes del tianquiztli. El Sr. Ramírez, apud Prescott, tom. 2, pág. 104 del apéndice, dice: "El terreno en que se vieron encerrados los mexicanos durante los últimos dias del asedio, era el estrecho que se estiende del Cármen á Santa Ana."

(2) Tezozomoc, Crón. mexicana, cap. 80 MS. La localidad está todavía marcada en el antiguo plano que consultamos, distinguida con el nombre de Santa María Acaguaztla.

(3) Tezozomoc, Crón. mexicana, cap. 69. MS.

hogares ó 300,000 habitantes. (1) Siendo esto verdad, la poblacion debía estar aglomerada en las habitaciones, pues faltaba espacio, ya que la isla estaba en buena parte ocupada por los teocalli, palacios, viviendas de los sacerdotes, casas de educacion y jardines. Si resultaba de aquí la poca comodidad doméstica de la gente menuda, en cambio la ciudad presentaba un grandioso aspecto, vistas magníficas, y extraordinaria animacion en los mercados y por las calzadas de tierra, así como en los lagos surcados constantemente por muchos millares de canoas. (2)

Hemos querido en este capítulo reconstruir hasta donde es posible la topografía de la ciudad azteca; la belleza de sus edificios, las impresiones recibidas por quienes todo el conjunto vieron, dejamos algunas de ellas consignadas en sus respectivos lugares. Antes de alzar la mano de este diseño, entrarémos en una breve discusion. "Por mucho que nuestra imaginacion se esfuerce, dice un distin-

(1) Cortés nada dice acerca de la poblacion de la ciudad india.—El Conquistador anónimo, apud García Icazbalceta, Documentos, tom. 1, pág. 390, escribe: "La ma-" yor parte de los que la han visto juzgan que tiene sesenta mil habitantes, ántes más que ménos." Segun la nota del traductor, Sr. García Icazbalceta puesta á este pasaje, debe haber un error: así lo había notado ya Clavigero, tom. 2, pág. 67, nota, escribiendo: "Es cierto que en la traduccion italiana del conquistador anónimo " se traduce 60,000 habitantes por 60,000 vecinos, debiendo decir *fuegos*, pues de " otro modo se diría que Cholula, Xochimilco, Itztapalapan, y otras ciudades eran " más populares que México." En la carta de Alonso Zuazo al P. Fr. Luis de Figueroa, prior de la Mejorada, apud García Icazbalceta, Doc. tom. 1, pág. 366, se encuentra: "Está la cibdad de México ó Tenestutan, que será de sesenta mil vecinos." —"Tenustitanam ipsam inquiunt sexaginti circiter esse millia domorum." Pedro Mártir, dec. 5, cap. 3.—"Los moradores y gente era innumerable." Motolinia, trat. III, cap. VIII.—"Era México, cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas, " las del rey, de los señores y cortesanos, son grandes y buenas; las de los otros, " chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas, mas por pequeñas que son, pocas veces " dejan de tener dos, y tres, y diez moradores; y así hay en ella infinitísima gente." Gomara, Crón. cap. LXXVIII:—Tenía sesenta mil casas, las cuales no tiene ahora." Herrera, dec: II, lib; VII, cap: XIII:—"Dícese de esta ciudad que cuando entraron " los españoles en ella, tenía ciento y veinte mil casas, y en cada una, tres y cuatro, " y hasta diez vecinos, por manera que á esta cuenta eran sus vecinos, más de tres-" cientos mil:" Torquemada, lib. III, cap. XXIII.—"El circuito de la ciudad, no " comprendidos los arrabales, era de más de nueve millas, y el número de las casas, " sesenta mil, á lo ménos." Clavigero, tom. 2, pág. 67.—El número de los habitantes de la antigua México se hace subir á trescientos mil. García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 73.

(2) Carta de Zuazo, loco cit.

guido escritor, (1) en figurarse la antigua México como una ciudad magnífica; todos los hechos históricos positivos lo contradicen. Aun cuando no pueda alegarse como una razon admisible la brevedad con que se redujo á ruinas, casi en totalidad, durante el sitio, no habiendo quedado en pié de toda ella más que una octava parte, segun el testimonio de Cortés y de Bernal Díaz, porque ciento y cincuenta mil hombres ocupados en destruir durante dos meses derriban mucho, aunque no tengan los medios de desolacion que ahora conocemos; pero habrían quedado fragmentos, y los mismos escombros atestiguarían esta magnificencia, si la hubiera habido. Roma ha sido destruida tantas veces, que su antiguo pavimento está diez ó doce varas más bajo que el piso actual; pero por todas partes se ven restos de las paredes de los templos, trozos de mármoles, pedazos de columnas y de estátuas que forman los postes de las calles, y grandes espacios de empedrados hechos con fragmentos de pórfido y granito: casi toda la magnificencia de los edificios modernos de aquella gran ciudad es debida á las columnas, á las estátuas, en una palabra, á los despojos de los monumentos antiguos. Nada de ésto se ve en México, y si hubiera habido esas columnas, esos suntuosos edificios de que se nos habla, no habrían perecido hasta sus ruinas, y éstas habrían servido para los edificios que de nuevo se hicieron, áun cuando no hubiera sido mas que por excusar el trabajo de traer nuevos materiales de las canteras. Recogiendo por otra parte algunos hechos esparcidos en las relaciones de los combates que se dieron dentro de las calles de la ciudad, vemos entre otras cosas, que Cortés construyó su célebre máquina llamada *manta*, para explorar ántes de su salida de la capital, la calle de Tacuba que era una de las principales, y esta *manta*, que se reducía á una torre portátil que rodaba sobre cuatro ruedas, dominaba sobre todas las casas de una de las mejores partes de la poblacion. De este hecho incontestable, y de la falta de fragmentos y ruinas de los edificios antiguos que prueban su pretendida magnificencia, debemos en buena crítica concluir, que la antigua México, á excepcion de los palacios reales, que Moctezuma dijo á Cortés que eran de piedra comun y algunos edificios principales, se componía casi en su totalidad de casas bajas de adobe, como las de los pueblos,

(1) Alaman, Disertaciones sobre la Hist. de la República Mexicana, tom. I, pág 184.

que en vez de puerta tenían un petate colgado y enrollado á la entrada, sobre las cuales sobresalían en gran número las pirámides truncadas de los templos, masas pesadas y sin ninguna elegancia arquitectónica, rodeadas por unas plazas circundadas por un muro adornado con culebras enroscadas y otras figuras horribles, sobre el cual se veían en largas hileras, ensartadas por las sienes, las cabezas de las víctimas que habían sido sacrificadas, y de las cuales un español que se entretuvo en averiguar el número de las que había al rededor del templo mayor, segun refiere Bernal Díaz, contó ciento y treinta mil."

Hasta aquí el Sr. Alaman. Duélenos verdaderamente el alma al encontrar tan absurdas argumentaciones en tan hábil escritor; y tanto más, cuanto sus reflexiones van enderezadas á sacar dos consecuencias: la una tácita, que nada se perdió en la destruccion de la ciudad india; la otra expresa: "La nueva ciudad fundada por Cor-" tés excedió en breve sin dificultad en hermosura á la antigua, y " aunque por largos años distase mucho de ser lo que ahora es, segun " verémos en el curso de esta obra, mereció con razon llamarse una de " las más hermosas del mundo." El autor reconoce la verdadera causa de no haber quedado piedra sobre piedra en ninguno de los edificios de la ciudad; ciento cincuenta mil zapadores, ocupados diariamente por espacio de dos meses en quemar y destruír las construcciones, aprovechando los escombros para cegar acequias y canales hasta allanar el suelo al paso franco de la caballería, debieron no dejar un sólo muro enhiesto, quedando la isla como campo arable: únicamente resistieron á semejante destruccion las sólidas pirámides de los grandes teocalli. Comparar Roma, emporio del mundo civilizado, con Tenoxtitlan, capital de un imperio semicivilizado en América, se nos antoja ciega injusticia y notoria parcialidad. Tampoco cabe comparacion entre las destrucciones de ambas ciudades; Roma sufrió los males consiguientes á la guerra de los pueblos bárbaros, males inmediatamente despues reparados; México pereció bajo una devastacion sistemática, constante, sin misericordia. En Roma, la civilizacion de los vencidos se comunicó á los vencedores; los fragmentos sacados de las ruinas, mármoles y trozos de columnas y estátuas, fueron recogidos y conservados por todos, como muestras de un arte adelantado, igualmente querido para el mundo. En México se pusieron en presencia dos razas sin afinidad alguna: los ven-

cedores eran superiores por el saber, la religion y las costumbres, despreciables para ellos los conocimientos indios por pertenecer á salvajes, horrorizados de aquel culto sangriento, atentos únicamente á extirpar lo antiguo para implantar lo nuevo, natural fué que, midiéndolo todo con el mismo rasero, se apresurara á aniquilarlo todo, por inútil y repugnante. Trozos de mármoles, pedazos de columnas y de estátuas, en el sentido que tienen estas palabras en las artes griegas y romanas, no las podía haber en las artes aztecas. El suelo ha dejado escapar en escavaciones hechas por motivos casuales, inmensos trozos de pórfido y de traquita esculpidos con primor, representando monstruosos simbolismos, piedras votivas, conmemoraciones históricas, dioses, cómputos astronómicos; ello revela una civilizacion adelantada, si bien no de la especie misma de la europea; una ciudad de grandes edificios, en los cuales semejantes monolitos pudieran tener cabida; fábricas sólidas para sustentar aquellas masas; cierta grandiosidad en las construcciones; adelantos muchos en la arquitectura, en la mecánica, en la decorativa, etc., ya que carecían del auxilio del hierro y de las máquinas. México ha visto salir de sus escombros fragmentos suficientes para acreditarse como gran ciudad india; y casi todos fueron siempre aniquilados por los blancos.

No se pretenda, por lo dicho, sea nuestro intento pintar á Tenoxtitlan como magnífica poblacion; exclusivamente queremos formarnos acertado juicio acerca de lo que fué, sin exajeracion ni mentira. Para ello son suficientes *los hechos históricos positivos*; el testimonio de los testigos presenciales, los dichos de las relaciones contemporáneas, los fragmentos recogidos en épocas diversas, la tradicion histórica, todo lo cual viene confirmando que en la destruccion de la capital azteca se perdió mucho para la ciencia. Por otra parte, al reconstruirse la puebla para otras gentes y otras costumbres, cuanto pudiera haber quedado en pié fué demolido para aprovechar los materiales; las grandes piedras fueron quebradas para meterlas en las construcciones, y durante tres siglos, casas, templos y palacios, han sido varias veces renovados; y el piso de la ciudad cambia y sube año por año; y las grandes esculturas que había en calles y casas fueron mandadas picar por un arzobispo; y particulares y gobiernos aniquilaron cuantos objetos antiguos les vinieron á las manos; y la destruccion ha durado por tres siglos

y dura todavía: lo poco escapado es demasiado, supuesta la furia con que se le persiguió en tiempos antiguos y modernos.

Terminamos. Tampoco es cierto que la ciudad fundada por Cortés fuera mejor que la antigua. Consta por el testimonio de Rodrigo de Albornoz, en carta dirigida al emperador, de Temixtitlan á 15 de Diciembre de 1525, haber entónces "casi ciento cincuenta casas de españoles," (1) de las cuales sólo eran de mediana importancia las de Cortés, Alvarado y pocos capitanes más, estando todas derramadas y dispersas entre acequias sucias, y manzanas incompletas por los solares no concedidos, ó bien llenas de tápias de adobe: arquitectos y albañiles habían sido los mismos indios. Sabemos la importancia de la ciudad en 1554, por Cervantes. (2) Es absolutamente falso que las *mantas* dominaban los edificios de la ciudad. Cortés escribe: "y llegados á una puente, pusimos los ingénios (*las " mantas*), arrimados á las paredes de unas azoteas, y *ciertas escalas " que llevábamos para subir*; y era tanta la gente que estaba en " defensa de la dicha puente y azoteas, y tantas las piedras *que " de arriba tiraban*, y tan grandes, que nos desconcertaron los " ingenios. (3)

(1) García Icazbalceta, apud Documentos, tom I, pág. 506.
(2) García Icazbalceta, Diálogos, pág. 71 y sig.
(3) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 137.

CAPITULO IV.

Motecuhzoma Xocoyotzin.—Cacama.

Visita de Cortés á Mutecuhzoma.—Fisonomía del emperador azteca.—Visita al tianquiztli y teocalli de Tlatelolco.—Oratorio.—Descubrimiento del tesoro de Axayacatl.—Proyecto de apoderarse de Motecuhzoma.—Muerte de Juan de Escalante.—Prision de Motecuhzoma.—Cuauhpopoca, su hijo y quince nobles quemados vivos.—Gonzalo de Sandoval en la Villa Rica.—Muerte del príncipe acolhuatl Nezahualquentzin.—Cacama huye á Texcoco.

Iacatl 1519. Tornamos á nuestra antigua relacion. Al dia siguiente, miércoles 9 de Noviembre, prévia la correspondiente vénia, Cortés fué á pagar la visita á Motecuhzoma; al efecto, se dirijió al palacio real, acompañado de los capitanes Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de Leon, Diego de Ordaz y Gonzalo de Saldoval, más, de cinco soldados, entre los cuales iba Bernal Díaz. Llegados á la sala de audiencia, el monarca azteca, acompañado de sus deudos más próximos, los salió á recibir hasta la mitad de la sala, hízoles el acatamiento cortesano, y llevado Cortés por la mano le sentaron en el estrado á la derecha del rey; dandnoasieto á los de-

mas castellanos en icpalli, mandados traer al intento: el altivo monarca no recibía de esta manera ni á los príncipes sus colegas en la triple alianza.

"Sería el gran Montezuma, de edad de hasta cuarenta años, y de "buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes, é "la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía "los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, é "pocas barbas, prietas é bien puestas é ralas, y el rostro algo largo "y alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona, "en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad, "Era muy pulido y limpio, bañábase cada dia una vez á la tarde." (1) Segun otra noticia: "Era Moteczuma hombre mediano, de po- "cas carnes, de color muy bazo, como loro, segun son todos los in- "dios: traía cabello largo: tenía hasta seis pelillos de barba, negros, "largos de un geme, era bien acondicionado, aunque justiciero, afa- "ble, bien hablado, gracioso; pero cuerdo y grave, y que se hacía "temer y acatar." (2)

Colocados los visitantes en sus lugares, entablóse la conversacion por medio de los intérpretes. Como era costambre, despues de ponderar Cortés el poderío del rey de Castilla, siguió sobre el tema religioso, declarando los misterios de la fé cristiana y la historia sagrada desde el primer hombre, terminando con decir la inutilidad de los ídolos, su falsedad, y lo indispensable de abandonar tan odioso culto. Parece que la exhortacion fué difusa, y no sabemos la fidelidad con la cual fué trasmitida; mas al acabar, volviéndose D. Hernando á sus compañeros, dijo: "Con esto cumplimos, por ser el "primer toque." Contestó Motecuhzoma, no le hablasen de sus dioses, los cuales eran buenos, lo mismo que serían los de los blancos; repitió lo del dia anterior, acerca de las personas esperadas por el Oriente; volvió á insistir en ser él hombre mortal y no dios, disculpándose tambien de lo malo contra él dicho por sus enemigos. Al terminar la plática, el monarca repartió entre los capitanes hasta por valor de mil pesos de oro en joyas, y diez cargas de ropa fina, dando á cada soldado dos collares de oro y dos cargas de mantas. Siendo la hora de medio dia, Cortés se despidió, diciendo: "El se- "ñor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un car-

(1) Bernal Díaz, cap. XCI.
(2) Gomara, Crón, cap. LXVII.

"go sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que V "M. coma:" y el Montezuma dijo, que ántes por haberle ido á visi-"tar le hicimos merced; é así, nos despedimos con grandes cortesías " dél y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la "buena manera é crianza que en todo tenía, é que nosotros en todo "le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas "quitadas cuando delante del pasásemos: é así lo haciamos. (1) Motecuhzoma se mostró constantemente dadivoso y espléndido, llamando por esto la atencion de los conquistadores, así como por el lujo de su vida, el esplendor de sus palacios y la hermosura de la ciudad. (2)

Cortés, aunque retirado en su alojamiento, procuraba informarse de lo relativo á la ciudad, á fin de darse cuenta de su propia situacion; no le faltaban noticias alarmantes, traidas por los aliados, acerca de ciertas intenciones pérfidas abrigadas por el emperador azteca y por los nobles. A fin de examinar las cosas por sus propios ojos, á los cuatro dias de estar en México, pidió licencia á Motecuhzoma para visitar la gran plaza del mercado y el teocalli principal, solicitándola por medio de los farautes Marina y Aguilar, y Orteguilla, pajecillo del general, quien se estaba haciendo práctico en la lengua nahoa. Otorgado el permiso, Motecuhzoma se dirijió por su lado al teocalli, llevado en andas por sus nobles, adelantándose sin duda para precaver algun atentado contra los númenes, mas envió algunos señores para conducir á los blancos. A caballo D. Hernando, con todos sus jinetes y la mayor parte de los peones, dejó el alojamiento, dirijiéndose por las calles de comunicacion hacia Tlatelolco. Como sabemos, el gran mercado de la ciudad estaba entónces colocado en aquel barrio, y su vista puso asombro en los castellanos, así por sus grandes dimensiones, como por la calidad y cantidad de las mercancías, é inmenso número de los traficantes. (3) Considerada la plaza, que segun algunos de los circunstantes no habían visto otra mayor, más poblada, ni en concierto en Constantinopla, Roma, ni otra ciudad de Italia, se dirijieron al inmediato

(1) Bernal Díaz, cap. XC.

(2) Consúltese para estos diversos puntos, Bernal Díaz, cap. XCI.—Cortés Cartas de Relac. págs. 101 y sig.—Gomara, Crón. cap. LXVII al LXXXII.—Herrera, déc II, lib. VII, cap. VII al XVIII.

(3) Bernal Diaz, cap. XCII.—Cortés, Cartas de Relac. pág. 102.

teocalli. Construido en los tiempos de la monarquía tlatelolcatl, para rivalizar con el de México, á la sazon estaba reparado, siendo el más suntuoso y grande del calpulli. Ántes de comenzar la subida de la grande escalera, vinieron seis papas y dos principales mandados por Motecuhzoma, para tomar de los brazos al general y sustentarle para que no se cansase; éste no admitió el apoyo, subió resueltamente seguido de los soldados, y cuando estuvieron en la plataforma superior de la pirámide, salió el monarca de una de las capillas acompañado de dos papas, fué á encontrarlos, les saludó cortesmente, y dirijiéndose á D. Hernando le dijo: "Cansado estarás, señor Malinche, de subir á éste nuestro gran templo:" á lo cual respondió el general enfáticamente: "Ni yo ni mis compañeros, nos cansamos en cosa ninguna." (1)

Desde aquella altura pudieron contemplar el grandioso panorama del Valle entero. A sus piés el hervidero humano del tianquiztli; la isla con la ciudad, sus calles, edificios, teocalli, canales y canoas; las calzadas con sus puentes prolongadas hasta la tierra firme; los lagos en cuyas aguas se alzaban algunas ciudades, ofreciendo las lejanas orillas multitud de poblaciones, encuadrando el conjunto el cinturon de montañas azules en los términos del horizonte. Cortés debió estasiarse ante aquel bello espectáculo, si bien de improviso debieron asaltarle tétricos pensamientos. Metido en ciudad tan populosa; con pequeño ejército para combatir naciones poderosas;léjos de todo auxilio; bastaría romper las puentes de las calzadas, quitar la comunicacion entre las calles, privarle de víveres, para quedar completamente destruido ó correr fuertes peligros ántes de poder escapar.

Cuando terminaron la contemplacion de los sitios que á la vista tenían, dijo Cortés á Fr. Bartolomé de Olmedo, sería bueno hablar al Motecuhzoma, rogándole les dejase hacer ahí su iglesia, á lo cual contestó el religioso, parecerle muy bueno, mas por entónces no era oportuno, pues no había traza en el monarca, quisiera concederlo. Volviéndose D. Hernando á Motecuhzoma, le dijo por los intérpretes: "Muy gran señor es V. M., y de mucho más es merecedor: he-
"mos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced
"es, que pues estamos aquí en este vuestro templo, que nos mos-

(1) Bernal Díaz, cap. XCII.

"treis vuestros dioses y teules." Ántes de responder, pidió licencia el monarca para hablar con los papas principales; hízolo así, volviendo á breve rato para dejar libre entrada á los castellanos en las capillas. En el santuario se veían dos bultos colosales, uno de Huitzilopochtli, el otro de Tezcatlipoca, ostentando ambos sus atributos simbólicos, y cubiertos de oro y piedras preciosas; los númenes, altares, suelo y paredes, estaban renegridos con las costras de la sangre, arrojando todo repugnante y nauseabundo hedor; á través del humo del copalli desprendido de los braserillos y perfumadores, se distinguían los corazones sangrientos de un reciente sacrificio. De semejante vista quedaron disgustados con razon los castellanos. Cortés, como medio riendo, dijo por Marina: "Señor Montezuma, no "sé yo cómo un tan gran señor é sabio varon como V. M. es, no ha"ya coligido en su pensamiento, como no son estos vuestros ídolos "dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que V. "M. lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una mer"ced, que hayais por bien que en lo alto de esta torre pongamos "una cruz, y en una parte destos adoratorios, donde están vuestro "Huichilobos y Tezcatepuca, haremos un apartado donde pongamos "una imágen de Nuestra Señora (la cual imágen ya el Montezuma "la había visto), y vereis el temor que dello tienen esos ídolos que "os tienen engañados." A semejantes palabras, dos sacerdotes presentes se mostraron indignados, y el monarca mismo medio enojado contestó: "Señor Malinche, si tal deshonor como has dicho creyera "que habíais de decir, no te mostrara mis dioses; aquestos tenemos "por muy buenos, y ellos dan salud y aguas y buenas sementeras, "é temporales é vitorias, y cuanto queremos, é tenémoslos de ado"rar y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras pala"bras en su deshonor." Mirando el sesgo tomado por la conversacion, el general saludó, diciendo con alegre cara. "Hora es que V. "M. y nosotros nos vamos." Motecuhzoma replicó, se quedaba aún para aplacar á los dioses por el gran pecado cometido en enseñar sus númenes á los extranjeros: "Pues que así es, dijo entónces D. "Hernando, perdone señor;" y miéntras los blancos descendían del teocalli para dirijirse á su cuartel, el monarca se metía al santuario á desagraviar á sus dioses. (1)

(1) Bernal Díaz, cap. XCII.—Herrera, déc. II, lib VIII, cap, I.—Torquemada

Para la práctica de su culto, los castellanos, dentro del alojamiento, formaron con mesas un altar en el cual se decía la misa. Cortés envió á rogar á Motecuhzoma, con Marina y el paje Orteguilla, le diese licencia para poner capilla en una sala, y albañiles y artífices al intento; consintió en ambas cosas, de manera que á cabo de tres dias estaba terminado el oratorio con su altar y puesta una gran cruz delante del edificio. En aquel altar tuvo lugar en lo de adelante el sacrificío, " hasta que se acabó el vino; que como Cortés y " otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de " Tlaxcalla, dieron priesa al vino que teniamos para misas." (1) Los soldados hacían oracion delante de las imágenes, ó bien se arrodillaban delante de la cruz, sobre todo al Ave María. La cruz no hería la susceptibilidad religiosa de los méxica, pues era la insignia de Quetzalcoatl.

Buscando el lugar más á propósito para levantar el altar, el carpintero Alonso Yañez, vió sobre una pared la señal de una puerta tapiada y bien disimulada; como era sabido entre los castellanos que en aquel palacio estaba encerrado el tesoro de Axayacatl, Yañez comunicó sus sospechas á los capitanes Juan Velázquez de Leon y Diego Francisco de Lugo, quienes á su vez lo comunicaron á Cortés. Destrozada aquella parte del muro, encontraron una puerta estrecha, la cual daba entrada á una espaciosa sala: en el centro había un gran monton de oro y piedras preciosas, de tanto tamaño, que un hombre bien alto no se distinguía al otro lado, colgaban de las paredes rodelas y armaduras de rica y fina hechura; arrimados á los muros había fardos sin cuento de ricas mantas, rimeros de platos de oro, vasijas de diferentes hechuras y cuatro platones tamaños de una rodela de preciadas labores, todo cubierto de polvo cual si hubiera muchos años que en ello no se pusiése mano (2) Era un inmenso tesoro cual nunca la imaginacion soñó ni en los li-

lib. IV, cap. XLVIII.—La mayor parte de los autores, Prescott inclusive, admiten haber sido esta visita al templo mayor de México. El teocalli, visto entónces por los castellanos, fué el de Tlatelolco; así expresamente lo afirma Bernal Díaz, en los capítulos XCI, XCII y CLXXXV. Confírmalo, que la plaza del gran mercado no estaba junto al teocalli de Tenochtitlan, sino del de Tlatelolco; el haber salido Cortés á caballo, etc. Véase García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, pág. 201.

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) P. Duran, Segunda parte, cap. LXXIII. MS.

bros de caballería: aquello, con lo adquirido en los pueblos del tránsito y las copiosas dádivas de Motecuhzoma, habría sobrado para enriquecer al ejército. "É como yo lo ví, digo que me admiré, é "como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida "riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no de- "biera haber otras tantas." (1) Cortés mandó poner la puerta como estaba, ordenando ninguno se atreviera á tocarla.

Segun otra version, el mismo D. Hernando descubrió la puerta tapiada, la mandó abrir y dió con varios aposentos, en los cuales estaba guardado el tesoro de Axayacatl y de otros reyes azteca, perteneciente el todo, ya al estado, ya á los dioses. Algunos dias despues, ya cuando Motecuhzoma estaba preso en el cuartel de los castellanos, se le acercó Cortés y le dijo: "Estos cristianos son traviesos, é andado por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, é la han tomado; no recibais de ello pena:" é él dijo liberalmente: "Eso es de los dioses deste pueblo: dejad las plumas é cosas que no sean de oro, y el oro tomaóslo, é yo os daré todo lo que yo tenga; porque habeis de saber que de tiempo inmemorial á esta parte, tienen mis antecesores por cierto, é así se platicaba é platica entre ellos de los que hoy vivimos, que cierta generacion de donde nosotros descendimos, vino á esta tierra muy lejos de aquí, é vinieron en navíos, é estos se fueron desde á cierto tiempo, é nos dejaron poblados, y dijeron que volvierien, é siempre hemos creido que en algun tiempo habían de venir á nos mandar y señorear; é esto han siempre afirmado nuestros dioses é nuestros adevinos, é yo creo que agora se cumple: quiero os tener por señor, é ansí haré que os tengan todos mis vasallos é súbditos á mi poder." (2)

Aunque de distinto género, hicieron despues otro hallazgo. Engolosinados con lo del tesoro, no dejaron rincon en que no buscaran y trastornaran, hasta descubrir una entrada secreta de la vivienda en que estaban recogidas las mozas consagradas al templo, con cargo de cuidar el fuego perpétuo: fueran estas doncellas, especie de vestales, ó las mujeres de Motecuhzoma recogidas á la sazon ahí, la comunicacion así entablada fué contra la continencia. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Relac. de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, tom. 2, pág, 580.

(3) P. Durán, cap. LXXIII. MS.

Todos los dias trascurridos desde la entrada de los blancos, fueron de visitas hechas por los nobles, mútuas cortesías con Motecuhzoma, y una vida satisfecha, pues nada les faltaba para las comodidades de la vida. (1) Al dia siguiente al de la ida al templo de Tlatelolco, Cortés reunió en consejo á los cuatro capitanes de su mayor confianza, Juan Velázquez de Leon, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, con más doce de los soldados distinguidos, entre ellos Bernal Díaz: el general tenía formado su proyecto, mas como siempre, aparentaba acomodarse á la opinion ajena, á fin de no ser sólo en la responsabilidad, caso de haberla. En la junta se adoptó calorosamente la resolucion de apoderarse de la persona de Motecuhzoma. Las razones determinantes eran los dichos repetidos de los aliados, principalmente de los tlaxcalteca, acusando de perfidia á los méxica, quienes aconsejados por su dios Huitzilopochtli, habían permitido la entrada de los blancos en la ciudad, para poderlos aquí destruir más fácilmente; no había seguridad alguna acerca de las intenciones de Motecuhzoma, pues si hasta entónces se había mostrado como amigo, podría variar de sentimientos tornándose en poderoso enemigo; la ciudad era fuerte, cercada por todas partes de agua, sobraría con alzar las puentes, quitar las comunicaciones, para quedar completamente aislados, sin poder recibir auxilios de Tlaxcalla, ni de ninguna parte; inmenso era el número de los contrarios y ellos pocos, de manera que en caso de guerra no se podrían valer fácilmente, ademas, teniendo en su poder al emperador azteca, adquirían la completa seguridad personal que al presente les faltaba, salvaban de esta manera sus vidas y los tesoros hasta entónces reunidos, aumentarían éstos, pues los países sujetos á México, obedecerían de buen grado y acudirían con el tributo, y finalmente, caso de guerra, tenían en su poder rehenes sagrados para librarlos de un conflicto. (2) Estas y otras más razones ocurrieron á los de la junta, si muy valederas tratándose de la conveniencia, insuficientes en demasía, vistas por el lado de la gratitud y de la justicia.

La dificultad del caso consistía en tomar la persona del emperador en su propio palacio y en medio de su corte, sin que aquel apo-

(1) Cartas de relac. pág. 84.

(2) Cartas de relac. pág. 84.—Bernal Díaz, cap. XCIII.

llidara á sus guerreros, y tomando los ciudadanos las armas, comenzara la guerra que á todo trance se pretendía evitar. Sabían, es verdad, que la etiqueta retenía casi aislado al monarca en sus retirados aposentos; pero al salir á los patios ó en las calles podía traslucirse la verdad y comenzar el alboroto. Quedó concertado definitivamente, "con buenas palabras sacalle de su sala y traello á "nuestros aposentos y decille que ha de estar preso; que si se alte-"rase ó diese voces, que lo pagará su persona." (1) El plan era arriesgado, aunque expeditivo.

Tan sin fundamento justificado se emprendía el paso, que para engañar la propia conciencia, ó para darle visos de un hecho motivado, D. Hernando buscó un pretexto, siquiera especioso y traido de lejos. Este le suministró la muerte de Juan de Escalante. (2) Como recordaremos, este capitan había quedado en la Villa Rica, con ciento cincuenta de los soldados ménos útiles, entendiendo en la construccion de la fortaleza y á la mira de cuanto por el mar se presentara. Poco despues de internados los castellanos rumbo á México, Cuauhpopoca, señor mexicano, jefe de la guarnicion imperial de Nauhtlan, envió mensajeros á Escalante, diciéndole, deseaba darle la obediencia; pero teniendo que atravesar tierras de enemigos y no queriendo de ellos ser ofendido, le enviara cuatro españoles para servirle de salvaguardia en el camino. Envíole el capitan los cuatro hombres, mas cuando Cuauhpopoca les tuvo en las manos, fingiendo no ser él autor, mandó darles muerte, pereciendo solamente dos, pues los otros dos huyeron heridos á las montañas. Sabedor de aquella perfidia, Escalante salió de la Villa Rica con cincuenta castellanos, dos de á caballo, dos tirillos de artillería y ocho ó diez mil aliados; se dirigió á Nauhtla, derrotó á los enemigos, quemó y destruyó la poblacion, en tanto Cuauhpopoca y los señores sus parciales se salvaron por medio de la fuga. De los prisioneros tomados en Nauhtla, supo Escalante, como Motecuhzoma había dado órden á Cuauhpopoca y á los demas señores, para que luego que los castellanos dejaran la Villa Rica, fuesen sobre los pueblos rebelados para reducirlos á la obediencia, poniendo todos los medios para ma-

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Cartas de relac. pág. 84.—Gomara, Crón. cap. LXXXIII, dice acerca de esto; "la ocasion y achaque que para ello tuvo fué la muerte" &c.

tar á los castellanos. Tal es la relacion del hecho por D. Hernando, quien dice haber recibido la noticia por carta del capitan, estando áun en la ciudad de Chololla̅n. (1) No sabemos atinar en la manera puesta en práctica por Escalante para darse cuenta de la verdad de los acontecimientos, careciendo, como carecía, de intérpretes totonacas y nahoas.

Encontramos otra version distinta. (2) Cuauhpopoca, jefe de la guarnicion méxica de Nauhtla y Tochpan, (3) exijió bastimentos y pidió el tributo á los pueblos comarcanos; ambas cosas rehusaron los rebeldes totonaca, diciendo estar ya sujetos á los castellanos, y como tales quedar exentos de pagar pecho á México; insistió en su demanda el jefe imperial, añadiendo la amenaza, caso de resistencia, de venir á destruir las poblaciones. Intimidados los totonaca, ocurrieron con su queja á Juan de Escalante, quien envió mensajeros á los méxica para intimarles, no hicieran ofensa á los pueblos sus aliados. Cuauhpopoca despreció el mandamiento, retando á los castellanos para el campo de batalla. Escalante salió á campaña con dos tiros pequeños, tres ballesteros, dos escopeteros, cuarenta peones de los más sanos y unos dos mil totonaca; al cuarto del alba dió con los méxica en un pueblo que á la sazon estaban robando, trabándose una récia pelea; al primer encuentro, los aliados se pusieron en fuga dejando solos á los castellanos, mas éstos pelearon muy bravamente hasta desbaratar á los méxica, tomar á Nauhtla, quemarla y destruirla. La victoria costó cara; Escalante salió mal herido, le mataron su caballo, y otros seis castellanos fueron igualmente lastimados. El capitan permaneció poco tiempo en Nauhtla, retornando en seguida á la Villa Rica.

En la batalla, los méxica cogieron vivo á un Argüello, natural de Leon, quien traido para México, murió en el camino, de las heridas; cortáronle la cabeza, y ésta trajeron á enseñar al emperador. El castellano tenía la cabeza grande, el pelo y las barbas negras y crespas, el gesto sañudo, y con la palidez y contraccion de la muerte y las manchas de sangre, el despojo era feo é infundía miedo.

(1) Cartas de relac. pág. 82-84.

(2) Bernal Díaz, cap. XCIV.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. 1.—Torquemada, lib, IV, cap. XLVIII.

(3) Nautla, hoy llamada por los castellanos Almería. Tuzapan de Bernal Díaz, Tochpan, ahora Tuzpan: ambos en el actual Estado de Veracruz.

Miróle Motecuhzoma con espanto; era el primer castellano muerto visto por sus ojos, y en aquellas rígidas facciones reconoció á los hombres blancos y barbudos, ofrecidos en las antiguas profecías: quedaba convencido de no ser inmortales los extranjeros, mas teníalos todavía por divinos, por su naturaleza y valentía, supuesto no haber podido ser vencidos en tan corto número. Horrorizado hizo le quitaran de la vista aquella reliquia, mandando no se pusiera en templo alguno de la ciudad, sino en otro distante. (1) Todo esto había acontecido ántes de la entrada de los castellanos en México.

Encontrado el pretexto, tomada la resolucion, pareció á todos tan peligroso llevarlo á cabo, que "toda la noche estuvimos con el pa-"dre de la Merced, rogando á Dios que lo encaminase para su santo "servicio." (2) Al dia siguiente, señalado para la empresa, lúnes catorce de Noviembre, á la cuenta de Cortés, ó sean seis dias despues de aposentados los castellanos en la capital, algunos tlaxcaltecas y españoles informaron al general, estar disponiéndose Motecuhzoma para la guerra, á cuyo intento pensaba poner por obra quebrar las puentes de las calles. (3) Iba esto conforme con las aseveraciones de los soldados, asegurando se desvergonzaban los mayordomos no trayendo tan cumplidos mantenimientos como ántes, y con las de los tlaxcalteca haciendo entender notaban ciertos aprestos hostiles. Muy temprano, ademas, llegaron secretamente dos indios de Tlaxcalla, trayendo una carta, en la cual el comandante de la Villa Rica participaba, haber muerto Juan de Escalante y otros seis soldados de resulta de sus heridas, á consecuencia de lo cual, si ántes los tenían por dioses, ahora conocen ser mortales y poder ser vencidos, por cuya causa se les descomiden así méxica como totonaca, les pierden el respeto, y no saben cual remedio tomar. La noticia en realidad era alarmante; indispensable se hacía tomar pronto remedio.

(1) Bernal Díaz, cap. XCIV.

(2) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85 MS.—A este propósito escribe: "Y hablando segun una carta original, que tengo en mi poder, firmada de los tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben á la magestad del emperador nuestro señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mexicanos de esto y de lo demas que se les arguyó, que lo cierto era, que fué invencion de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse, de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido á sus manos."

"En fin de más razones fué acordado que aquel mismo dia de una manera y de otra se prendiese al Montezuma, ó morir todos sobre ello." (1)

Al efecto, el ejército entero se puso sobre las armas, quedaron ensillados y enfrenados los caballos, la artillería á punto. Pedida licencia á Motecuhzoma para visitarle, y obtenida, Cortés se dirigió al palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval Juan Velázquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso de Avila, todos cubiertos con sus armas; en las encrucijados de las calles colocáronse disimuladamente pelotones de peones, miéntras otros, de dos en dos, ó de tres en tres, como paseantes curiosos se dirigían al palacio mismo, apostándose en las puertas y patios, procurando no causar sospecha alguna.

Como de costumbre, el emperador se adelantó en su sala á recibir á Cortés y á sus capitanes, conduciéndolos al estrado para darles asiento. Por medio de los intérpretes Aguilar y Marina se empeñó la conversacion hablando de cosas indiferentes, risa y placer; el dadivoso monarca obsequió á sus huéspedes con joyas de oro, como siempre hacía, y para estrechar sus relaciones con los blancos, á ejemplo de lo ejecutado por los totonaca y de Tlaxcalla, dió una de sus hijas por esposa a Cortés, y otras hijas de señores á los capitanes presentes. (2) Admitidos los dones, cuando el general calculó estar cumplidas sus órdenes y en sus puestos los soldados, tomando un aire severo se dirijió al emperador diciéndole, "ya estoy informado de lo acontecido en Nautla y de los españoles que allá han sido muertos; Cuahpopoca, autor del daño, ha dicho no haberlo podido excusar, pues fué por mandato vuestro, yo no lo creo así, y sin duda lo dice Cuahpopoca para disculparse; paréceme que debeis enviar por él y por todos los señores culpados en aquellas muer-

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Cortés, cartas de relac, pág. 85. D. Hernando no dice una palabra acerca de si aceptó ó nó la dádiva de la hija del emperador: juzgamos haber aceptado, así porque en aquellos momentos procuraba captarse la voluntad del monarca, como por su conducta posterior. Gomara Crón., cap. LXXXIII, dice que la tomó porque no fuera afrenta á Motecuhzoma, "mas díjole que era casado y que no la podía tomar "por mujer, ca su ley de cristianos no permitía que nadie tuviese más de una mujer, "so pena de infámia y señal en la frente por ello."—Adelante volveremos sobre este punto, cuando de ello haga mencion Bernal Díaz.

tes, para saber la verdad y castigarlos, á fin de que mi rey sepa vuestra buena voluntad, y no sea que por el dicho de estos malos en lugar de las mercedes que os mandaría hacer, le provoquen á ira y os mande hacer daño. (1) Al oir semejante acusacion, Motecuhzoma quedó aterrado, respondiendo no haber mandado tal cosa, ni haber nunca dispuesto tomasen armas contra los blancos, en prueba de lo cual inmediatamente iba á mandar traer á los guerreros acusados, inquiriría la verdad y castigaría á quien resultara con culpa. Uniendo á la promesa el efecto, llamó á ciertos nobles de su servidumbre, á quienes entregó el sello real que al brazo tenía atado, mandándoles fuesen luego á Nauhtla, trajesen á Cuahpopoca y á cuantos hubiesen sido en la muerte de los castellanos, y si resistiesen los tomasen por fuerza, acudiendo á las guarniciones de las provincias cercanas. (2)

Dada satisfaccion tan cumplida y pronta, parecía no quedar motivo alguno para pasar adelante; pero salidos apénas los mensajeros, D. Hernando se encaró de nuevo al monarca, diciéndole: os agradezco la diligencia que poneis en la prision de esos malos, porque yo tengo de dar cuenta á mi rey de los castellanos; mas para darla, es preciso que os vayais conmigo á mi posada, hasta tanto la verdad se aclare y se sepa ser sin culpa vuestra; os ruego no recibais por ello pena, porque no vais como preso, sino con toda vuestra libertad, sin poneros impedimento en vuestro mando y señorío; escoged cuarto en mi aposento, pues ahí estareis á vuestro placer, y ninguno os dará pena ni enojo, y ántes bien, los de mi compañía os servirán en cuanto mandáreis." (3) Indignado Motecuhzoma á semejantes palabras, respondió con entereza: "No es persona la mia para estar presa, y ya que yo lo quisiese, los mios no lo sufrirían." (4) Siguió la porfía, rogando ahincadamente los blancos, resistiendo con obstinacion el monarca. La conferencia se había prolongado

(1) Cartas de Relac. en Lorenzano, pág. 85.

(2) Acerca del sello real, Cortés, pág. 85, dice: "una figura de piedra pequeña, á manera de sello, que él tenía atado en el brazo."—Bernal Díaz, cap. XCV: "y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave é de peso para que se cumpliese." —Ixtlilxochitl, cap. 85: "y se quitó del brazo una rica piedra donde estaba esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real)"

(3) Cortés, cartas de relac., pág. 86.

(4) Relac. de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 579.

por cuatro horas, é impaciente al cabo Velázquez de Leon, con rostro fiero se volvió á D. Hernando diciéndole: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso, ó le darémos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le matareis: porque más vale que desta vez asegurémos nuestras vidas ó las perdamos." Motecuhzoma no entendió aquellas frases, mas en el tono de la voz y en los gestos comprendió la amenaza, y preguntó á Marina cuál cosa había dicho el enojado capitan: la india le tradujo el discurso, añadiendo de propia cosecha: "Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo se que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedareis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad." Motecuhzoma tuvo miedo, conocía capaces á los blancos de cumplir cuanto en aquella línea ofrecían; sin defensa alguna estaba en manos de sus huéspedes; inútil sería el socorro que pidiera, pues más cerca estaban los aceros castellanos; preciso era resignarse queriendo salvar la vida. Bajo la impresion del miedo insistió, diciendo á Cortés: "Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas lejítimas; tomadlas en rehenes, y á mí no me hagais esta afrenta; ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?" A lo cual respondió el general: "Vuestra persona ha de ir con nosotros y no ha de hacerse otra cosa" (1) A tan perentoria réplica el monarca inclinó la cabeza agobiado por su fatal destino, ofreciendo ir al cuartel. Entonces le colmaron de caricias los blancos, reiterándole los ofrecimientos de consideracion y buen trato; previniéronle sí, dijese á los suyos tomaba esta resolucion por mandato de Huitzilopochtli y consejo de los papas, que aquietase á los capitanes y soldados de su guardia y sosegase el alboroto del pueblo, siempre con la indicacion de irle en todo ello la vida. A cosa de las tres de la tarde pidió el monarca sus andas, trajéronlas los nobles silenciosos y llorando, pusieron en ellas á su amo, y custodiados por los blancos siguieron tristemente por las calles, entrando al fin en el palacio de Axayacatl. Dió el pueblo síntomas de alarma, sosegada pronto por órden del emperador. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

(2) Cartas de relac. pág. 85--86.—Bernal Díaz, cap. XCV.—Oviedo, Hist. de las Ind. lib. XXXIII, cap. VI.—Relacion de Andrés de Tápia, pág. 579.—Gomara,

Motecuhzoma había dejado de ser rey, salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidios, se había trasformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningun rey de los victoriosos de México se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias, preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecuhzoma es una figura innoble. Repetidas veces por medio de los embajadores prometióle Cortés pagarle sus favores "con buenas obras;" con creces le cumplió la palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta supercheria la aceptaba como agudezas del ingenio. La prision de Motecuhzoma como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita. (1)

La ciudad dió síntomas de amotinarse, mas como el monarca mandara sus emisarios con órdenes á todos de permanecer tranquilos, reapareció aparentemente la calma, si bien desde entónces quedaron perturbados los ánimos. Motecuhzoma fué aposentado en el cuartel en una vivienda cercana á la de Cortés, la cual fué decorada como el palacio estaba, siguiéronle sus mujeres y servidores, trayéndole ademas cuanto podía hacerle falta por estar á ello acostumbrado. Cortés y los Castellanos le hacían comedimientos, tratándole en manera de darle placer; le acompañaban sus palaciegos, y le veían cuantos querían, pues las puertas de la prision estaban francas. Muchas veces sus parientes y principales nobles le consultaron para sacarle de ahí, á lo cual respondía, haber determinado por su volun-

Crón. cap. LXXXIII.—Herrera, Hist. General, déc. II, lib. VIII, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. L.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85 MS.—Clavijero, Hist. antigua, tom. 2, pág. 71 y sig.

(1) "Puesto que otras veces hablando con él en México en conversacion, diciéndole yo con qué justicia y conciencia había preso aquel tan gran rey Moteczuma y usurpádole sus reinos, me concedió al cabo de todo y dijo: *Qui non intrat per ostium fur est et latro.* Entónces le dije á la clara, con palabras formales: "Oigan "vuestros oídos lo que dice vuestra boca," y despues todo se pasó en risa, aunque yo lo lloraba dentro de mí, viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado." Casas, Hist. de las Ind. lib. III, cap. XCVI.—Las palabras latinas pronunciadas desenfadadamente por Cortés quieren decir.

tad permanecer algunos dias con los blancos, que por ello no se enojasen ni insurreccionasen, pues aquella era la voluntad de Huitzilopochtli, á él comunicada por los papas que con el dios lo habían hablado. Poco se resintieron la etiqueta de la córte y el servicio personal del monarca. Recibía á los embajadores de las provincias, dirimía los casos de justicia, daba consultas á los sacerdotes y magistrados, obrando en todo cual si estuviera en el libre ejercicio de su autoridad. Sólo que guardias vigilantes le acechaban de contínuo haciendo imposible su evasion; velaba delante del palacio Andrés de Monjaraz con sesenta peones, miéntras Rodrigo Alvarez Chico cuidaba el lado opuesto con igual número de soldados, los cuales se mudaban haciendo sus cuartos de veinte en veinte. Los indios procuraban poner en salvo á su señor horadando las paredes y poniendo en práctica algunas estratajemas. (1)

Quince ó veinte dias despues de la prision del emperador, es decir, hácia principios de Diciembre, llegaron á México los comisarios de Motecuhzoma, trayendo á Cuauhpopoca, al hijo de éste y quince nobles más: aquel jefe, señor de Coyohuacan, entró en la ciudad sobre unas andas llevadas á hombros de sus vasallos, y acompañado de muchos nobles: llegado á la puerta del cuartel se bajó del vehículo, se descalzó, cubrió sus vestidos con una manta burda de nequen, y esperó á ser llamado; introducido á la presencia del monarca le dijo: "Muy grande y muy poderoso señor mio, " aquí está tu esclavo Cuauhpopoca que has mandado venir, mira " lo que ordenas, porque tu esclavo soy y no podré hacer otra cosa " que obedecerte." Motecuhzoma respondió con serenidad: "que lo " había hecho mal en matar sobre seguro á los castellanos y decir " que él lo había mandado, y que así sería castigado como traidor " á los hombres extraños y á su rey." Quiso el reo disculparse, mas sin ser escuchado fué puesto con sus compañeros en manos de Cortés. (2)

D. Hernando mandó poner en prisiones á los culpados, y procediendo en su pesquisa preguntó á Cuauhpopoca si era vasallo de Motecuhzoma; el guerrero contestó tranquilo: "¿Pues hay otro se" ñor en el mundo de quien poderlo ser?" Aquella franca respuesta

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.—Cartas de relacion, pág. 86.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. III.

(2) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap, IX.

debió llamar la atencion del juez. Interrogados todos acerca de si habían dado muerte á los españoles, respondieron que sí; preguntado si ello había sido por mandato de Motecuhzoma, contestaron que no. (1) No obstante, Cuauhpopoca, su hijo y los quince nobles fueron sentenciados á ser quemados vivos.

El dia de la ejecucion entró Cortés en la cámara de Motecuhzoma y dijo á éste: "Ya sabes que me has negado no haber mandado "á Cuauhpopoca, que matase á mis compañeros, no lo has hecho, "como tan gran señor que eres: y habiendo tú sido causa que los "mios hayan muerto, y Cuauhpopoca tambien, con su hijo y tantos "de los suyos, si yo no tuviera consideracion al amor que has mos-"trado á mi rey, y á mí en su nombre que de su parte he venido á "visitarte, merecías pagar con la vida, porque la ley divina y huma-"na quiere, que el homicida, como tú eres, muera. Pero porque no "quedes sin algun castigo, y tú y los tuyos sepais cuánto vale el tra-"tar verdad, te mandaré echar prisiones." Al escuchar semejantes palabras, el emperador quedó muy turbado sin acertar á decir cosa; disculpóse de nuevo, y dejóse poner unos grillos á los piés miéntras D. Hernando le volvía la espalda. El abatido monarca, en su estéril dolor no sabía más de llorar; atónitos los nobles que le acompañaban lloraban tambien silenciosas lágrimas, puestos de hinojos sostenían con sus manos las prisiones y metían por los anillos mantas delgadas para evitar tocasen á las carnes: no atinaban á tomar ningun partido, de miedo de ver perecer á su señor. (2)

(1) Cartas de relac. pág. 87. D. Hernando escribe: "E assi mismo les pregunté, si "lo que allí se había hecho si había sido por su mandado (del emperador), y dije-"ron que no, aunque despues, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia, que "fuesen quemados, todos á una voz dijeron, que era verdad que el dicho Muteczu-"ma se lo había enviado á mandar, y que por su mandado lo habían hecho."—Nos permitimos dudar de la palabra del terrible pesquisidor. El temor de la muerte no era parte en aquellos guerreros para hacerles cambiar de dicho, sobre todo cuando iban irremisiblemente á morir, y cuando ni la misma promesa de la vida les habían hecho faltar al respeto ni á la obediencia de su señor. Cortés había puesto los ojos en este pretextó para paliar su conducta, y no era fácil le dejara ir de la mano; el procedimiento dependía de su voluntad, y los reos dirían cuanto á él conviniese, supuesto el ciego obedecimiento de la intérprete Marina.—"Segun la carta referida, "(dice Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 86. MS.) y las relaciones mexicanas, no tu-"vo culpa, sino que por ciertos agravios y demasías que los cuatro españoles hicie-"ron, fueron muertos por los naturales de aquellas partes."

(2) Herrera, dec. II, lib. VIII, cap. IX.

La ejecucion tuvo lugar delante del palacio de Motecuhzoma, en la plaza ante el atrio del templo. Las hogueras estaban compuestas de las armas sacadas de los almacenes del teocalli y del Tlacochcalco, escudos, saetas, lanzas, varas arrojadizas, espadas, quebrado todo préviamente, siendo en todo cuarenta carretadas: de esta manera se privaba de defensa á los guerreros de la ciudad. Los castellanos á punto de guerra cuidaban del órden. Cuauhpopoca, su hijo y los quince nobles fueron sujetados de pies y manos á firmes postes; aplicóse la llama al combustible y los guerreros desaparecieron entre las llamas y los remolinos del humo, dejando sus cenizas entre los carbones. (1) El pueblo presenció mudo y asombrado la catástrofe, no tanto por la novedad del espectáculo, cuanto por el atrevimiento de los blancos al hacer aquella justicia, tolerada y permitida por el aprisionado emperador.

Despues de aquel acto, bárbaro como todo sacrificio humano, D. Hernando tornó á la cámara de Motecuhzoma con cinco capitanes, por sus manos quitó los grillos al monarca y díjole: "Que no sola-
" mente lo tenía por hermano, sino en mucho más, é que como es
" señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el
" tiempo andando lo haría que fuese señor de más tierras de las
" que no había podido conquistar ni le obedecían; y que si quiere ir
" á sus palacios, que le da licencia para ello; y decíaselo Cortés con
" nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecía
" se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma; y respon-
" dió con gran cortesía que se lo tenía en merced, porque bien en-
" tendió Montezuma que todo era palabras las de Cortés; é que
" ahora al presente que convenía estar allí preso, porque por ventu-
" ra, como sus principales son muchos, y sus sobrinos é parientes
" le vienen cada dia á decir que será bien darnos guerra y sacallo
" de prision, que cuando le vean fuera le traerán á ello, é que no
" quería ver en su ciudad revueltas, é que si no hace su voluntad,
" por ventura querrán alzar otro señor: y que él les quitaba de
" aquellos pensamientos con decilles que su dios Huichilobos se lo
" ha enviado á decir que esté preso. E á lo que entendimos é lo
" más cierto, Cortés había dicho á Aguilar, la lengua, que le dijese
" de secreto que aunque Malinche le mande salir de la prision, que

(1) Herrera, loco cit.—Relacion de Andres de Tapia, pág. 584.

"los capitanes nuestos é soldados no querríamos. Y como aquello "le oyó el Cortés, le echó los brazos encima, y le abrazó y dijo: "No "en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo. (1)

Logrado por Cortés imponerse á la ciudad con un acto de aterrador atrevimiento, como el castigo de los nobles que á los castellanos mataron, volvió la atencion á la naciente Villa Rica. Para llenar la vacante dejada por Juan de Escalante nombró á un hidalgo llamado Alonso de Grado, hombre más dispuesto á negocios que á cosas de guerra y partidario ademas de Velázquez; dióle sólo el cargo de capitan de la guarnicion de la villa, á fin de entender en la conclusion de la fortaleza; y aunque el agraciado pretendió la vara de alguacil mayor, ya D. Hernando la había confiado á su amigo Gonzalo de Sandoval. El nuevo comandante llegó á la pequeña colonia, y en lugar de cumplir con sus obligaciones, se entretenía en darse buena vida y jugar, mostraba mucha gravedad con los vecinos, hacíase servir como gran señor, demandando por los pueblos de los vecinos le diesen joyas de oro é indias hermosas; ademas entraba en pláticas con los soldados diciéndoles: que si se presentaba Diego Velázquez ó alguno de sus capitanes, les diesen la tierra uniéndose á ellos. Por la posta fué informado D. Hernando de aquellos procedimientos, y para poner remedio, sobre todo en que la guarnicion se pasara á Velázquez, dió órden de marchar á Gonzalo de Sandoval, acompañado de Pedro de Ircio: fuera del encargo de sus obligaciones, llevaba órden de prender á Alonso de Grado y remitirle á México, debiendo tambien enviar dos herreros con sus fuelles y herramientas, las dos cadenas gruesas ya fabricadas, fierro, velas, jarcias, pez, estopa y una aguja de marear, pues pensaba labrar dos bergantines, á fin de enseñorearse del lago. Sandoval llegó á la Villa Rica, tomando posesion de sus empleos sin dificultad ninguna; salió útil administrador, valiente soldado, partidario fiel de su general; se dió á querer y á estimar entre la guarnicion, se hizo amar y respetar de los totonaca, adelantando mucho en la construccion de la fortaleza. Cumpliendo lo ordenado remitió á México las personas y los útiles pedidos, bajo la custodia de los indios. Alonso de Grado fué puesto en el cepo; mas tales mañas supo dar-

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

se y tales ofrecimientos hizo, que á los dos dias quedó en libertad y con la amistad de Cortés. (1)

Cuarenta y seis dias despues de la entrada de los castellanos en México, lo cual determina la fecha 24 de Diciembre, habiendo rogado D. Hernando al rey Cacama le diese algunos de sus criados para acompañar á los españoles que enviaba á visitar á Texcoco, salían de México los dos príncipes acolhua Nezahualquentzin y Tetlahuehüezquititzin con veinte peones españoles; al llegar á la orilla de la isla á fin de embarcarse, en las casas que ahí tenía Nezahualcoyotl, los alcanzó un mensajero de Motecuhzoma, quien tomando aparte á Nezahualquentzin le dijo de órden de su señor, tratasen bien á los blancos y les diesen cuanto oro quisiesen, pues tal vez de aquella manera lograrían se contentase el capitan y los dejase libres. El jefe de los peones, mirando lo que pasaba y sin entender la plática, desconfió no fuera aquello una felonía, y sin más averiguacion dió de palos á Nezahualquentzin, llevándole en seguida á presencia de Cortés como culpado de traicion. Con experiencia de cuanto le habían sufrido, D. Hernando no tenía temor en desmandarse; así, inmediatamente procesó á su modo al príncipe, mandando ahorcarle en el acto. Aunque resentido Cacama de la injusta muerte de su hermano, mandó á un tercer hermano Tecpacxochitzin para acompañar á Tetlahuehuezquilitzin y veinte castellanos. Fuéronse á Texcoco, escudriñaron la ciudad muy á su sabor, "recogieron todo el oro del tesoro de Nezahualcoyotzin y una arca "muy grande de dos brazos en largo, una en ancho y un estado en "alto, la hincheron hasta arriba de oro, y no contentos los españo-"les mandaron á Tetlahuehuezquilitzin y á los demas señores de la "ciudad que juntasen más oro, porque el que habían sacado del te-"soro del rey era poco, y así cada uno de aquellos señores sacó de "su tesoro cierta cantidad de oro, con que tornaron á henchir otra "tanta cantidad como la primera." (2) Quedó satisfecho Cortés del rico metal, le agradó la relacion de la ciudad acerca de su riqueza y poblacion, no siendo de menor importancia las promesas del rebelado príncipe Ixtlilxochitl, por entónces la persona más poderosa en Acolhuacan.

(1) Bernal Díaz, cap. XCVI.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 86. MS.—Relac. XIII. pág. 4.

Cacama opinó siempre por recibir de paz á los hombres blancos y barbudos. Cuando éstos se aposentaron en Tenochtitlan, quiso se les guardasen los fueros debidos á los embajadores de un gran rey; á la vista despues de la prision de Motecuhzoma, del suplicio de Cuauhpopoca, de los excesos cometidos por los extranjeros y muerte injusta de su hermano, comenzó á solicitar á los nobles méxica á fin de hacer la guerra á los invasores, arrojarlos de la ciudad y poner libre al emperador. Sus indicaciones no obtuvieron resultado alguno: Motecuhzoma cegado primero por la supersticion, estaba para entónces completamente subyugado por el miedo; los méxica, acostumbrados al despotismo más absurdo, carecían de propia voluntad obedeciendo ciegamente los mandatos de su señor. Despechado Cacama de no encontrar quien respondiera á su tardío desengaño, huyó de México á Texcoco resuelto á levantar á sus vasallos y ponerlos en campaña. (1)

(1) Ixtlilxochil, Hist. Chichim. cap. 86. MS.

CAPITULO V.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Motecuzohma en la prision.—Aparente respeto de los castellanos.—Liberalidad del emperador.—Anécdotas.—Paseos.—Construccion de dos bergantines.—Exploraciones en busca de los rios auríferos.—Reconocimiento del Coatzacoalco.—Prision de los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, de Cuitlahuac y otros nobles.—Motecuhzoma se reconoce súbdito del rey de Castilla.—Colecta de oro.—Monto y reparticion del tesoro.—Descontento entre los soldados.—Apacígualos D. Hernando.—Suceso desgraciado.

II tecpatl 1520. Con la facilidad demostrada por el monarca, para pasar pronto de un estado mortal de congoja á la más absurda tranquilidad, Motecuhzoma olvidando estar en prision y la afrenta recibida al ponerle grillos, vivía resignado y áun contento en el cuartel de los españoles. Dejábanle la vida y el ejercicio del poderío absoluto, si bien subordinado al antojo de los blancos, y con ello se daba por satisfecho. Verdad es que las guardias le cerraban la salida á la ciudad, que las vigilantes miradas de los castellanos le perseguían hasta en las acciones más íntimas; pero en cam-

bio, sus vasallos eran sumisos como ántes y los mismos teules le prodigaban atenciones. En efecto, el sagaz D. Hernando acariciaba el orgullo de su cautivo, guardándole y haciéndole guardar exteriores muestras de respeto: "en aquel tiempo todos nosotros, y "áun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Mon-"tezuma le hacíamos reverencia con los bonetes de armas, que "siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, "que á todos nos hacía mucha honra: que demas de ser rey desta "Nueva España, su persona y condicion lo merecía. Y demas de "todo ésto, si bien se considera la cosa en que estaban nuestras vi-"das, sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la pri-"sion y darnos luego guerra, que en ver su presencia y real franque-"za lo hicieran." (1)

Todos los dias despues de haber dicho sus oraciones iba Cortés á visitarle en compañía de cuatro capitanes, principalmente de Alvarado, Velázquez de Leon y Ordaz; en las pláticas le pedían órdenes acerca de lo que debiera hacerse, consolándole ademas por su estado presente, á lo cual respondía holgarse de estar preso, pues los dioses de los blancos les daban poder para ello y así lo permitía Huitzilopochtli. Alguna vez asistía á la conversacion el padre Olmedo, y entónces, ademas de ensalzar el poderío del rey de España, sobrevenían las indicaciones religiosas, con las amonestaciones acostumbradas acerca de la inutilidad de los ídolos: en este capítulo, el único en el cual Motecuhzoma supo mostrarse intransigente, llegaron á lograr los predicadores escuchase con cierta atencion, sin dar empero claras señales de convencimiento. Dióle Cortés como ser-

(1) Bernal Díaz, cap. XCVII.—"97. Item. si saben que con muchas cosas quel dicho Don Hernando Cortés dixo al dicho Montezuma, ansí de las devinas como de las humanas, é con muchos buenos tratamientos que le fizo, é cosas que le dió, é con mostrar que abía de ser el mayor Señor que nunca fué, é quel dicho Don Hernando Cortes é todos los españoles le abían de servir, é ansi lo fazian diciéndole que S. M. lo mandaba, se truxo al dicho Montezuma á mucha amistad é concordia con el dicho Don Hernando Cortés, é tanto que le daba aviso de todas las cosas de la tierra, é de la manera que abía de tener para que todos fuesen suxetos, é nadie se osase levantar; é tanto que queriendo el dicho Don Hernando Cortés descir que se volviese á su casa para ver la voluntad que ternía, é no para fazerlo, el dicho Montesuma dixo que no convernía sino que estubiesen xuntos, porque con estar allí, no le osasen decir que fiziese nengun desconcierto, é que ya que se lo dixesen, ternía cabsa para escusarse, disciendo, questaba como preso, é que si algo se moviese, que le matarían." (Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 340—41.)

vidor á un pajecillo nombrado Orteguilla, suelto ya en el idioma nahoa, la cual le pareció grande distincion; "y fué harto provechoso "así para el Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje "inquería y sabía muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y "nosotros de lo que decían sus capitanes; y verdaderamente le era "tan buen servicial, que lo quería mucho el Montezuma." (1)

Cierto marinero nombrado Trujillo, estando de vela, cometió una descortesía, escuchada por el emperador, llamóle al dia siguiente, le reconvino con blandura encargándole no repitiera el descomedimiento y le regaló una joya de oro: el grosero soldado, creyendo ser éste el medio de encontrar provecho, repitió en noche inmediata su insolencia con mayor rumor; mas enfadado Motecuhzoma se quejó al capitan de la guardia Juan Velázquez, quien no volvió á poner de centinela al poco mirado, despues de darle severa reprimenda. El buen ballestero, Pedro López, al ser colocado de faccion en una vez prorumpió de despecho: "Oh pesia á tal con este perro, que "por velalle á la continua, estoy muy malo del estómago, para me "morir." Motecuhzoma recibió de ello pesar, se quejó á Cortés y el Pedro López fué azotado dentro del cuartel: la guardia tuvo en adelante mayor compostura. (2)

La desgracia, gran enseñadora de cosas desconocidas, parece haber modificado el carácter orgulloso del emperador. Como para buscarse simpatías y querencias, era dadivoso con los blancos, no dejando pasar ocasion de hacerles algun regalo, principalmente en oro por el cual mostraban tanta aficion. Informado por Orteguilla de la calidad de cada uno, así los distinguía y apreciaba. Daba de su voluntad por el servicio más ligero, y contentaba á cuantos se acercaban á pedirle, que eran los más. Bernal Díaz, entónces mancebo, le demandó una india hermosa; recibió tres tejuelos de oro, dos cargas de mantas, con una señora principal, concubina que había sido del monarca, con la cual pensaba honrar al futuro cronista: aquella mujer se llamó despues de bautizada Doña Francisca. Otros varios soldados alcanzaron tambien del regalo de concubinas del emperador. (3) Tomó muy gran cariño á un Peña y se entretenía en

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

(2) Bernal Díaz, cap. XCVII.

(3) Bernal Díaz. cap. XCVII,

tirarle el bonete de una azotea abajo para hacerle ir por él; cuando regresaba recibía siempre un joyel de valor: tomóle gran aficion, le tenía siempre consigo y no salía sin llevarle al lado; sin la muerte del príncipe, Peña hubiera quedado rico, y parece lo merecía pues era gracioso, de buen aire, avisado en lo que decía y hacía. (1) Si la ocasion no se presentaba, él la buscaba para hacer mercedes. Alonso de Ojeda traía una bolsa de seda de las llamadas burjaca, vióla Motecuhzoma y la pidió; mas inmediatamente hizo entregar á Ojeda dos indias hermosas, muchas mantas ricas, una hanega de cacao y algunas joyas: "y como ninguna cosa adquiere tantos amigos como la liberalidad y afabilidad, aliende de ser tan gran señor, le respetaban y amaban los castellanos, como si de cada uno fuera padre y hermano." (2) Jugaba muchas veces con Cortés al juego llamado por Bernal Díaz *totoloque*, el cual consistía en arrojar unas bolitas de oro sobre unos tejos del mismo metal, ganándose la partida á cinco puntos; Alvarado tanteaba y siempre contaba una raya de más á favor de Cortés, de lo cual fué motejado por el emperador como mentiroso, con gran risa de los mismos castellanos: las apuestas eran siempre cosas de valor. Ganando el general repartía la ganancia entre los parientes del emperador, y si éste obtenía lo daba á los castellanos de la guardia. (3) Tambien apostaba con el capitan Tonatiuh, el cual si perdía pagaba en piedras de chalchihuitl estimadas por los indios y menospreciadas por los blancos, mas si ganaba recibía joyas de oro, metal buscado por éstos y desestimado por aquellos. Motecuhzoma solía perder en una sola tarde cuarenta ó cincuenta tejuelos de oro, del valor cada uno de lo ménos cincuenta ducados, "y holgábase las más veces de perder; por tener ocasion de dar." (4)

Los castellanos daban el nombre de la Joyería, al aposento en que tenían guardado el tesoro; de ahí sacaron al patio como mil cargas de ropa, la cual como no les servía, intentaron volverla á Motecuhzoma, mas éste no lo consintió, diciendo no estar acostumbrado á recibir lo regalado ya por él: Cortés la repartió entre los soldados

(1) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. L.

(2) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.

(3) Bernal Díaz, cap. XCII.

(4) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.

como mejor le plugo. Durante el dia multitud de personas estaban ocupadas en aderezar y limpiar las calles; por la noche ponían braseros con fuego de trecho en trecho, para alumbrar durante la oscuridad. Los castellanos tomaban á su servicio cuantas personas querían, manteniéndolas de la munificencia real; para atajar aquel vicio, ordenó Cortés no conservaran los soldados mas de una mujer para guisarle de comer; entendida la disposicion por Motecuhzoma, díjole á Cortés, con palabras blandas, no le tuviera en tan poco de no poder hacer el gasto de los naborias, y si aquello permitiese sería en contra de su grandeza; en consecuencia, hizo volver á los sirvientes, mandando aposentarlos bien y darles racion doblada. Para las necesidades naturales de los blancos se dispusieron las casas llamadas *maxixato*, con sirvientes que las tuvieran limpias y exentas de mal olor. (1) Todo esto prueba la bondad del emperador para tratar á sus huéspedes.

Una vez pidió Motecuhzoma ir al templo, alegando como razones, cumplir sus obligaciones religiosas y mostrarse á sus capitanes, y principalmente á sus sobrinos, quienes teniéndole por preso le solicitaban de contínuo para ponerle en libertad; quería satisfacer á todos, dando á entender estaba libre y si permanecía en el cuartel de los españoles era á causa de habérselo mandado así el dios Huitzilopochtli. Dióle Cortés la licencia, haciéndole comprender que cualquier desman lo pagaría con la vida, á cuyo efecto mandaba capitanes y soldados para acompañarle, los cuales luego que notaran alguna señal de querer ponerle en libertad, ó dar guerra á los castellanos, llevaban la órden de matarle á estocadas; recomendóle igualmente se abstuviese de sacrificar víctimas humanas. Salió el emperador del cuartel con su pompa acostumbrada, llevado en unas ricas andas sostenidas en hombros de los nobles, con su heraldo delante con las varillas de oro alzadas en la mano para advertir de la presencia del soberano; servíanle de cortejo los capitanes Juan Velázquez de Leon, Pedro de Alvarado, Alonso de Avila y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta peones, y ademas iba Fr. Bartolomé de Olmedo para vigilar en lo respectivo al sacrificio. Llegado cerca del teocalli, se bajó de las andas, y al estar abajo de las gradas le tomaron los papas de los brazos para subirle hasta las capi-

(1) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. LI.

llas superiores; aquí vieron sacrificados los españoles cuatro víctimas y se hicieron disimulados todavía, pues la ciudad no estaba muy tranquila, como ni tampoco los ciudades comarcanas. Tardó poco Motecuhzoma en el teocalli, dando la vuelta al cuartel, en donde distribuyó joyas de oro á los soldados. (1)

Habiendo llegado á México la jarcia, el velámen y demas artículos pedidos por Cortés y enviados de la Villa Rica por Sandoval, los carpinteros de ribera, Martin López y Alonso Núñez, procedieron á la construccion de dos bergantines, los cuales salieron muy ligeros, provistos de velas y remos con una tolda encima; ayudaron en cortar y acarrear las maderas, así como en lo demas de la obra, los carpinteros méxica. Se comprende no haber puesto la mano D. Hernando en aquella labor por puro pasatiempo, su intento era abrirse paso franco por el lago, para salir libremente con su ejército sin los peligros y dificultades de las calzadas. Luego que el real cautivo supo de aquella novedad, mostró deseo de ir á solazarse al peñon de Tepepolco (Peñon grande ó del marques), en donde tenía una estancia cuyo acceso estaba prohibido áun á los mismos nobles. Concedido el permiso, aunque precedido de las indicaciones de que no intentara huir pues sería muerto, fué embarcado en el bergantin más velero, con algunos de su séquito, ocupaban el otro bergantin muchos nobles con un hijo de Motecuhzoma, debiendo seguirles las canoas del emperador con los monteros y sirvientes: iban de acompañamiento Juan Velázquez de Leon, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso de Avila, con doscientos soldados, más cuatro tirillos de bronce, con los artilleros Meza y Arvenga. Aquellas naves, manejadas á vela y remo, eran muy superiores á cuanto los méxica conocían en el arte naval y en ellos ponían admiracion; soltado el trapo, las naves se deslizaron sobre las aguas remedando grandes aves con las alas tendidas, dejaron muy atras las canoas aunque movidas por gran número de remeros, gozándose el monarca en la velocidad de la marcha y en la precision de los movimientos. Fué al peñol, cazó á su sabor y se entretuvo, retornando á la ciudad al caer de la tarde; cuando la flotilla estuvo cerca de la isla disparó la artillería como haciendo salva al cautivo, de lo cual quedó prendado, en señal de lo cual repartió joyas de oro á los soldados. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XCVIII.
(2) Bernal Díaz, cap. XCIX.

Muchas veces despues pidió licencia para salir á cazar ó recrearse en las estancias ó palacios de dentro ó fuera de la ciudad: se le otorgaba, (1) y los nobles le acompañaban, le cargaban en andas y el pueblo apartaba los ojos sumiso y reverente; pero siempre en el cortejo, cercanos á las andas, iban algunos castellanos con sus armas relucientes y en el séquito se mezclaban algunos de aquellos aborrecidos tlaxcalteca, quienes no le apartaban los ojos, espiando hasta el menor de sus movimientos. Los ignorantes podían confundirles con una guardia de honor, mas el monarca no podía equivocarse en el significado, sabiendo que al menor síntoma de evasion ó de tumulto sería irremisiblemente muerto á estocadas ó flechazos. Despues de cada paseo repartía joyas entre los soldados de su custodia.

Hacia este tiempo preocupaban dos ideas á D. Hernando; saber de las minas y lugares en donde se cogía oro, buscar un puerto más abrigado y capaz que el de la Villa Rica. De ambos objetos habló con Motecuhzoma, quien respecto de lo primero, le dió los necesarios informes, ofreciéndole personas para acompañar á los exploradores blancos; aceptado el ofrecimiento, Cortés nombró diversas comisiones, encargadas de reconocer é informarse en los lugares mismos, debiendo estar de regreso cuarenta dias despues de su salida. Gonzalo de Umbría, el piloto, en compañía de dos soldados y de los emisarios del emperador, marchó á la provincia de Zozolla en el Mictecapan, (2) fueron por tres grandes provincias con buenas poblaciones, mirando un aposento y fortaleza, "mayor y más fuerte y más bien edificado que el castillo de Burgos" (tal vez las ruinas de Mictlan); recorrieron igualmente la provincia de Tamazolapan, estudiando cómo sacaban por medio de un lavado imperfecto los granos de oro de las arenas de tres diferentes rios. Umbría y los suyos

(1) Cartas de relac. pág. 88.

(2) Cortés, Cartas de relac. pág. 89, escribe Cuzula, palabra que escrita con cedilla, como lo debía estar en su orígen, se convierte en Çuzula y Zuzula, la misma que Zazolla ó Zuzula. Esta poblacion corresponde á la Mixteca, en el Estado actual de Oaxaca, confirmándose haber sido la visita á aquella region con que se nombra la provincia de Tamazulapa (Tamazolapan), correspondiente tambien á la demarcacion. Bernal Díaz, cap. CIII, escribe Cacatula, cuando ya había puesto Zacatula en el cap. CII: Zozotla y Zacatula son dos lugares diversos y muy distantes, por lo cual nos figuramos que Bernal Díaz cometió un error de pluma, á no ser el supuesto de dos diversas expediciones, la una á Zozolla, la otra á Zacatula.

fueron los primeros en tornar á México, trayendo ricas muestras de las pepitas de oro, no todas las alcanzadas, pues aquellos descubridores vieron tambien por su particular provecho: con los blancos vinieron algunos nobles de las provincias, quienes no obstante estar sujetos á México, trajeron algunos regalos y se pusieron á disposicion de los hombres blancos y barbudos. (1)

Pizarro, jóven de veinticinco años, á quien Cortés trataba como pariente, fué nombrado jefe de la expedicion á Malinaltepec, algo más cercana á la costa de la mar del Sur que la provincia anterior. Reconocida la tierra y caminando en direccion del nacimiento de los rios dieron con la provincia de Chinantla, (2) de diversa lengua de la culhua, no sujeta al imperio, con habitantes bárbaros y guerreros, los cuales peleaban con lanzas de veinticinco á treinta palmos de largo. El señor de la tierra, Coatlicamatl, concedió entrada franca á los teules, mas se opuso abiertamente al pase de los méxica; dudaron los castellanos si pasarían sólos, y una vez resueltos, fueron admitidos amigablemente. Reconocidos los rios auríferos, tornaron á Tenochtitlan con muestras de las pepitas, trayendo consigo dos embajadores de Coatlicamatl, con presentes en joyas y ropas, quienes ofrecieron á D. Hernando la amistad de su señor; aquellos bárbaros pedían proteccion á los extranjeros contra las invasiones de los méxica. Pizarro tornó sólo de su exploracion, pues sus compañeros, Barrientos, Escalona el mozo, Heredia el viejo y Cervantes el Chocarrero, agradados del trato de los indios y de la tierra por ser rica y fértil, se quedaron para formar una estancia. (3)

Tercera comision fué á Tochtepec, doce leguas de Malinaltepec, reconociendo los dos rios de arenas de oro. Segun informaron, la tierra ademas de rica era abundosa; por esta causa D. Hernando rogó á Motecuhzoma, mandase labrar una estancia en términos del mismo Malinaltepec, la cual debiera ser para propiedad del rey de España. Consintió en ello el emperador, y dos meses despues estaban construidas cuatro buenas casas y un estanque con cria de patos, había reunidas cantidad de gallinas y aves de corral, con gran-

(1) Cartas de relac. pág. 89.—Bernal Díaz, cap. CII y CIII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. I.

(2) Los chinanteca quedan hoy dentro del Estado de Oaxaca; Cortés, pág. 90, les llama *tenis*, estropeando la palabra nahoa *tenex*.

(3) Bernal Díaz, cap. CII y CIII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. I.

des sembrados de maíz, frijoles y cacao, "sin otros aderezos de granjerías, que muchas veces juzgadas por los españoles que las vieron, la apreciaban en veinte mil pesos de oro." (1)

En cuanto á la existencia de un puerto capaz en la costa, Motecuhzoma contestó no saberlo; mas al dia siguiente, presentó á Cortés, pintado en un paño, el plano de una parte de la costa del Golfo, señalados los ancones y rios. Llamó la atencion de D. Hernando una caudalosa corriente, situada hacia las sierras de San Martin, en la provincia de Coatzacoalco, (2) y para reconocerla envió al capitan Diego de Ordaz con diez castellanos, entre pilotos y marineros, reunidos á los mensajeros imperiales. Recorrieron desde el puerto de San Juan (hoy Veracruz), en la costa de Chalchiuhcuecan, (3) hasta el Coatzacoalco, sondeando en canoas las desembocaduras de los rios: llegados al Coatzocoalco, como aquella provincia no estaba sujeta á Motecuhzoma, y pocos dias ántes habían tenido un combate con los méxica, el señor Tochintecuhtli (4) resistió dejar penetrar en sus estados á los imperiales; si bien recibió y admitió benévolamente á los blancos, dándoles canoas y su cooperacion personal y la de sus súbditos para efectuar el reconocimiénto del rio: encontráronse en la barra más de dos brazas y media de fondo en la baja mar, y navegando doce leguas por la corriente arriba la menor profundidad entre cinco y seis brazas. La tierra era abundante y bien poblada, y cuando la vista estuvo concluida, Tochintecuhtli dió á Ordaz un regalo en oro acompañado de una india hermosa, enviando á Cortés ciertos mensajeros con joyas de oro, pieles de tigre, plumajes, piedras finas y ropa, para ofrecerle su amistad y que se le sujetaría pagando cada año el tributo, á condicion de no permitir la entrada de los culhua por sus tierras. (5) Así por todas partes, se quejaban los pueblos de las extorsiones de los méxica, apresurándose á ponerse bajo la proteccion de los poderosos teules.

Agrádado Cortés de las noticias recibidas, mandó nuevos explora-

(1) Cartas de relac. pág. 91.

(2) En la edicion de las cartas en Lorenzana, se lee Sanmyn, palabra que debiera estar escrita San Min., abreviatura de San Martin. Cortés pone en lugar de Coatzacoalco, las palabras Mazamalco, Quacalco.

(3) Es el Chalchilmeca de Cortés, pág. 92.

(4) Así nos atrevemos á restaurar la palabra Tuchintecla, escrita por Cortés, pág. 92. Bernal Díaz, cap. CIII, le llama Tochel.

(5) Cartas de relac. pág. 92 y sig.—Bernal Díaz, cap. CIII.

dores con los mensajeros de Tochintecuhtli, á quien enviaba en respuesta muy buenas palabras y algunas cuentas de vidrio: tornaron á sondear y reconocer el rio, buscando lugar propio para fundar pueblo, y como el señor fuera contento, y áun hiciera construir seis casas en el asiento escogido, los castellanos dieron la vuelta á México. Entónces Cortés mandó á Juan Velázquez de Leon con ciento cincuenta castellanos, á fin de poblar en la orilla del Coatzacoalco, labrando al mismo tiempo una fortaleza. (1) Aunque esto tenía lugar hácia el mes de Abril, separar la tercera parte de la fuerza para una colonia muchas leguas distante de México, arguye en D. Hernando excesiva confianza en su posicion.

No olvidó Cortés informarse de la provincia de Pánuco, de la cual recibió las primeras noticias por los soldados y el indio de la nave de Garay aprisionados en la costa de la Villa Rica. Hablado al intento Motecuhzoma proporcionó unos intérpretes huaxteca que tenía, los cuales con el indio prisionero fueron á decir al señor de Pánuco, de parte de Cortés, tuviese á bien sujetarse al rey de Castilla. Aquellos mensajeros tornaron con un embajador del Huaxtecapan, trayendo piedras finas, ropas y plumajes, diciendo de parte de su señor como era contento en reconocerse por vasallo y amigo de los blancos; recibieron en respuesta algunas de las cosillas de Castilla, regresándose para su tierrra muy contentos, y tanto, que despues dieron noticia á Cortés de la presencia de las nuevas naves de Francisco de Garay. (2)

Miéntras pasaban estos sucesos, el disgusto contra los invasores comenzaba á fermentar, una vez pasada la primera impresion, y á medida que los blancos iban dando rienda suelta á sus excesos. Por entónces quien se puso al frente de aquella reaccion fué Cacamatzin, señor de Acolhuacan, el mismo sobrino de Motecuhzoma que había opinado en el consejo por recibir de paz á los teules, como embajadores de un gran rey. Las causas que le arrojaban por aquel camino eran públicas y privadas: la prision del emperador; la toma del tesoro de Axayacatl, la muerte de Cuauhpopoca y de sus nobles compañeros, los desmanes cometidos diariamente por los castellanos; á lo cual se unía la reciente muerte de su hermano Nezahualquen-

(1) Cortés, Cartas de relac. pag. 93.—Gomara, Crón, cap. XC.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 44–45.

tzin. En México había comunicado sus proyectos á los guerreros, quienes se habían negado á seguirle, pues acostumbrados como estaban á la obediencia ciega y pasiva de su señor, nada se atreverían á hacer sin su expreso mandato; por esta causa y temiendo ser preso, había huido secretamente á Texcoco, capital de sus estados. Aquí trató del asunto con sus hermanos Coanacochtzin é Ixtlilxochitl; Coanacoch era enemigo suyo, aunque solapado, porque pretendía ser rey; Ixtlilxochitl era el príncipe rebelde, causa de la guerra civil en Acolhuacan, el primero que había solicitado la amistad de los extranjeros para apoderarse á su salvo del trono de su hermano: ambos no obstante aparentaron adoptar los planes de Cacamatzin. Consultados los guerreros acolhua, algunos le representaron los peligros de la empresa, principalmente fundados en la valentía de los teules; la mayoría opinó por la guerra, en cuya consecuencia se procedió á reunir el ejército. Cacamatzin invitó á los señores de Coyohuacan y de Matlatzinco, parientes inmediatos de Motecuhzoma, á Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, y á Cuitlahuac hermano del emperador y señor de Iztapalapan. Como sucede siempre al tratarse de derrocar una autoridad legítima, los conjurados, ántes de alcanzar victoria, se enconan por motivo de dividir los despojos: aquellos señores no pudieron entrar en acuerdo. El de Matlatzinco pretendía para sí la corona de México, no obstante ser en menoscabo de los herederos lejítimos: Cacama no podía consentirlo, siquiera por conservar su lugar correspondiente en la triple alianza; los jefes méxica, dispuestos á no combatir sin licencia de su soberano, tampoco ayudarían á la preponderancia del rey alcohua: imposible de hermanar tan encontrados intereses. Cacamatzin en vista de semejantes dificultades determinó obrar por su propia cuenta. (1)

El rumor de los aprestos militares llegó prontamente á México; Motecuhzoma lo comunicó á Cortés, quien era ya sabedor de ello. El emperador envió prevenir á Cacamatzin cesara en sus aprestos y fuera amigo de los blancos; mas el acolhua respondió con desprecio: una y dos veces le mandó mensajeros D. Hernando para disuadirle, recordándole la obligacion que debía al rey de Castilla, á lo cual contestó: "que ni conocía á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tio." (2) Agotados los me-

(1) Bernal Díaz, cap. C.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim., cap. 86. MS.
(2) Bernal Diaz, cap. C.

dios pacíficos, D. Hernando, para castigar al *rebelde* contra el rey de Castilla y contra Motecuhzoma, intentó llevar sus soldados, ayudados de los guerreros méxica para combatir á Texcoco; opúsose el emperador, haciendo observar ser el reino alcohua de mucho poderío, y no poderle rendir sino á fuerza de gran efusion de sangre y con mucho peligro. Deshechado el medio, Cortés pidió remedio para el caso, ofreciendo á Motecuhzoma le daría la libertad, tal vez para explorar mañosamente si tenía parte en el complot; la oferta conocidamente falsa fué rehusada como siempre, mas para dar pruebas el monarca de su adhesion á los blancos, puso por obra la falsía. Al efecto, mandó llamar á su sobrino, previniéndole viniera á su presencia: Cacamatzin no cayó en el lazo, prévio un consejo de sus capitanes, ni acudió al llamado y con palabras duras repugnó la alianza de los blancos. (1)

Semejante resistencia enojó á Motecuhzoma teniéndola por desprecio á su soberana voluntad; así, dió su sello real á seis capitanes de su mayor confianza, los proveeyó de joyas y les ordenó fuesen á Texcoco, se pusiesen de acuerdo con los descontentos, se apoderasen de Cacamatzin y preso le trajeran á México. Los emisarios méxica encontraron eficaz apoyo no sólo en los partidarios de la paz, sino en los mismos príncipes Coanacoch é Ixtlilxochitl; con pretexto de llevar las fuerzas reunidas en Oztoticpac á lugar más ventajoso, Cacamatzin fué conducido al palacio de Tepetzinco para celebrar un consejo. Aquel palacio, construido á la orilla del lago, tenía un canal que penetraba debajo de las piezas; reunidos los conjurados se apoderaron del rey acolhua y de cinco de sus principales nobles, los pusieron ocultos bajo el toldo de una canoa y haciendo fuerza de remos llegaron bien pronto al desembarcadero en la parte oriental de la isla. Tomada tierra, Cacamatzin fué puesto en unas ricas andas, como rey que era, y conducido en hombros de los nobles fué llevado á la presencia de Motecuhzoma; reconvínole éste por su proceder, mas él no perdió la entereza y con palabras desabridas le echó en cara su afeminada cobardía: furioso el emperador entregó su sobrino en manos de D. Hernando. Dióle éste las gracias por tamaña merced, gracias que tuvo motivo para repetirle muchas veces, pues dentro de ocho dias, tambien por traiciones es-

(1) Cortés, Cartas de Relac. pág. 95.—Bernal Díaz, cap. C.

tuvieron en poder de Cortés el rey Totoquihuatzin de Tlacopan, Cuitlahuac, hermano del emperador, el señor de Coyohuacan y otros nobles, todos los cuales fueron puestos "*en la cadena gorda*," es decir, en aquella cadena gruesa mandada construir en la Villa Rica y traida despues á México. (1) Así, aquel miserable emperador se tornaba en vil instrumento de sus carceleros, y por medios reprobados entregaba á cuantos sentían arder en el corazon el amor de la patria.

Entre Motecuhzoma y Cortés dieron por depuesto del trono á Cacamatzin, nombrando rey de Acolhuacan á Cuicuitzcatzin, (2) hermano menor del desposeido, jóven refugiado en México al lado de su tio el emperador, muy á propósito para cumplir los mandatos de sus electores. Motecuhzoma envió dos embajadores á Texcoco para participar la eleccion; fué en seguida Cuicuitzcatzin, acompañado de algunos principales méxica y de ciertos soldados castellanos, quedando recibido como tal rey enmedio del aplauso de los amigos de los blancos. El Mapa Tlotzin no enumera á Cuicuitzcatl entre los soberanos de Acolhuacan, ya por no ser legítimo en la manera de suceder y ser elevado al trono, ya por estar vivo todavía el verdadero rey; ya por haberle repugnado el sentimiento nacional: este primer monarca de burlas nombrado por los blancos, recibió el bautismo, llamándose D. Cárlos. Gráfico es el retrato de esta persona hecho por el conquistador en estas breves palabras: "y él fué obediente en todo lo que yo de parte de V. M. le mandaba." (3)

Por un concurso de circunstancias, aprovechadas con la gran sagacidad peculiar á D. Hernando, éste era dueño en aquel momento de las monarquías de Anahuac. Motecuhzoma, impulsado por la supersticion se le había entregado sin resistencia; retenido ahora por el miedo le pertenecía en cuerpo y alma con su persona, familia y tesoros. La cadena gorda retenía presos á los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, juntamente con los señores principales de algunos de los señoríos del Valle. Contaba con la firme amistad de los tlaxcalteca y de los totonaca, recibiendo ademas de muchas pro-

(1) Cartas de relac. pág. 94 y sig.—Bernal Díaz, cap. C.—Gomara, Crón. cap. XCI.—Herrera déc. II, lib. IX, cap. II y III—Torquemada, lib. IV, cap. LVI y LVII. Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 86. MS.

(2) De *cuicuitzcatl,* golondrina.

(3) Cartas de relac. pág. 96.

vincias, promesas de sujecion y de reconocimiento. Así, el poder de la triple alianza estaba vencido, sus instituciones despedazadas, echadas por tierra; rotos los lazos que retenían á los pueblos y quebrantada la unidad del imperio; avasallados los ánimos por el influjo religioso y el miedo á los poderosos teules: todavía debemos contar con la rebelion de Ixtlilxochitl, y con la cooperacion de cuantos no amaban á la patria y pensaban sacar provechos á la sombra del extranjero.

El momento no podía ser más propicio, y aprovechándole Cortés exigió de Motecuhzoma se reconociese vasallo del rey de Castilla; las razones aducidas por el conquistador consistían, en que dos veces por medio de sus embajadores le había ofrecido pagar tributo al rey de Castilla, á quien ya conocía como un gran señor á quien daban parias muchos y grandes príncipes; aquel tributo prometido estaba aceptado, mas para poder recibirle, preciso era rendir la obediencia á quien debía entregarse. (1) Semejante singular pretension no debía coger de nuevo á Motecuhzoma; pero al escucharla debió sentir todo el peso de la fatalidad cumplida. No pudiendo resistir á lo determinado por las profecías, convocó á todos los nobles de los tres reinos, y cuando estuvieron reunidos, á cabo de diez dias, les tuvo en una larga conferencia, á la cual no asistieron los castellanos, fuera del espía Orteguilla; y en ella les persuadió cuanto mejor pudo la necesidad de someterse á los blancos; todos aceptaron la resolucion, más que por ser sentimiento religioso, por ser mandato del emperador.

Al dia siguiente reunidos en una gran sala del cuartel, sentados en sus solios, en medio Motecuhzoma y á los lados Cacamatzin y Totoquihuatzin, á quienes se hacía asistir aunque presos; puesto en lugar preferente D. Hernando y siguiendo por sus categorías, la nobleza india y los castellanos, en medio del mayor silencio tomó la palabra el emperador y dijo pausadamente: "Hermanos y amigos mios, ya sabeis que de mucho tiempo acá, vosotros y vuestros padres y abuelos, habeis sido y sois súbditos y vasallos de mis antecesores y mios; é siempre de ellos y de mí habeis sido muy bien tratados y honrados; é vosotros asimismo habeis hecho lo que buenos y leales vasallos son obligados á sus naturales señores; y tam-

(1) Bernal Díaz, cap. CI.

bien creo, que de vuestros antecesores terneis memoria, como nosotros no somos naturales de esta tierra, é que vinieron á élla de otra muy léjos, y los trajo un señor que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran; el cual volvió dende á mucho tiempo, y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en esta tierra, y casados con las mujeres de esta tierra y tenían mucha multiplicacion de fijos, por manera que no quisieron volverse con él, ni ménos lo quisieron recibir por señor de la tierra: y él se volvió y dejó dicho, que tornaría é embiaría con tal poder que los pudiese constrenir y traer á su servicio. E bien sabeis que siempre lo hemos esperado, y segun las cosas que el capitan nos ha dicho de aquel rey y señor que le embió acá: y segun la parte de dó él dice que viene, tengo por cierto y así lo debeis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos: en especial que nos dice que allá tenía noticia de nosotros. E pues nuestros predecesores no hicieron lo que á su señor eran obligados, hagámoslo nosotros y demos gracias á nuestros dioses, porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquellos esperaban. Y mucho os ruego, pues á todos es notorio todo esto, que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitan: y todos los tributos y servicios que fasta aquí á mí me haciades, los haced y dad á él, porque yo así mismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare: y demas de facer lo que debeis y sois obligados, á mí me hareis en ello mucho placer." (1)

En aquel punto abundantes lágrimas y sollozos le embargaron la voz; de dolor y de vergüenza lloraba desconsoladamente, y reyes y señores lloraban tambien, causando su pena gran compasion á los mismos castellanos, muchos de los cuales sintieron humedecérseles los ojos. Duró gran rato el llanto, y una vez sosegado, cada uno fué prometiendo la obediencia al monarca español, sujetándose á las órdenes que á nombre de éste les fueran comunicadas y prometiendo pagar el tributo. Presente al acto como escribano estuvo Pedro Fernández, á quien Cortés pidió por testimonio la relacion de lo acaecido, recogiendo el documento en guarda de su derecho. Los nobles

(1) Cartas de relac. pág. 96 y 97.—Hemos preferido el texto de Cortés, si bien un tanto difuso, por ser en nuestro concepto el más autorizado.

repetían desoladamente: "Parece que nuestros hados quisieron en nuestro tiempo que se cumpliese lo que tanto ha estaba pronosticado;" é así el marques les respondió é consoló é prometió á Muteczuma que siempre mandaría en su tierra como ántes, é sería tan señor ó más, porque se ganarien otras tierras de que tambien fuese señor como desta suya." (1) Por fin, despues de tantos años trascurridos, los blancos recibían la herencia de Quetzalcoatl.

Una vez el documento jurídico en manos de Cortés, todo quedaba conforme á derecho. Los hechos consumados, por muy irregulares que hubieran sido, se tornaban legítimos: dada la obediencia por los señores de Anáhuac, de aquí en adelante todo acto de desobedecimiento debía ser castigado como rebeldía, y el juez natural era el representante del monarca de Castilla, nombrado por los consejales de la Villa Rica. Así se lo figuraba D. Hernando. Muchas veces el hombre entra en argumentaciones especiosas consigo mismo, para engañarse así propio. Lo verdaderamente lógico era, que aceptado el reconocimiento debía seguir el tributo. Cortés se dirigió á Motecuhzoma diciéndole, que el rey de Castilla necesitaba oro para ciertas obras que mandaba hacer, por lo mismo que nombrase personas que fueran con los castellanos á ver á todos los señores

(1) Relacion de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 581.—Véase Cortés, Cartas de relac. pág. 96 y 97.—Bernal Díaz, cap. CI.—Gomara, Crón. cap. XCII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. IV.—Ixtlilxochitl, His. Chichim. cap. 86. MS.—"98. Item: si saben que un dia, el dicho Montesuma fizo auntar todos ó los más señores prencipales de la tierra, y en presencia del dicho Pero Fernández, escribano é del dicho Don Hernando Cortés, é de muchos españoles, fizo un razonamiento muy largo á todos aquellos señores en que les truxo á la memoria sus coronadas (*sic*) escrituras pasadas, é como por ellas parescia que abian de ser soxuzgados de un alto señor; é que segun las señales é parte dondel dicho Don Hernando Cortés descía que abia venido é donde quedaba aquel gran señor, que le abia imbiado, creian é ternian por cierto, que hera ya complida aquella profesia, é quellos verian quantos buenos tratamientos rescebirian del dicho Don Hernando Cortés, é como les abia dicho verdad en todo lo que les descia, é otras cosas muy largas que les dixo, en que al fin dixo, quel estaba determinado de ser vasallo é súbdito de aquel gran rey é señor, é de le dar é traspasar su estado é señorio, é al dicho Don Hernando Cortés en su nombre; é que les rogaba é mandaba, quellos asi mesmo lo fiziesen, é ansi mesmo sus abuelos é padres abian sido leales á los suyos, que ansi él y ellos lo fuesen al emperador nuestro señor, é obedesciesen é fiziesen lo quel dicho Don Hernando Cortes, en su nombre, les mandare: é si saben que ansi fué fecho é otorgado por el dicho Montesuma, é por todos; é se asentó el abto en forma, antel dicho escribano." Interrogatorio, Doc. inédit. tom. XXVII, pág. 341-42.

sometidos, para pedirles lo que quisiesen contribuir para ello, teniendo entendido sería servicio al soberano de Castilla, y señal de la voluntad que le tenían; que el mismo emperador diese de lo que tenía, pues todo lo quería enviar á su señor. En consecuencia se repartieron por la tierra comisiones de Tenochca y castellanos de dos en dos y de cinco en cinco, extendiéndose hasta provincias distantes de la capital hasta ochenta y cien leguas: cada señor estaba obligado á dar cierta medida de oro. (1) "E llegados á los pueblos, " dicien al señor del pueblo: "Muteczuma y el capitan de los cris- " tianos os ruegan que para enviar á su tierra del capitan, les deis " del oro que tuvieredes, é así lo daban liberalmente, cada cual lo " que quirie." (2) Aquellos mensajeros recogían demas del preciado metal, joyas, plumas y ropas, con los demas objetos curiosos y de precio que podían haber á las manos: "las cuales, demas de su " valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su no- " vedad y extrañeza no tenían precio, ni es de creer que alguno de " todos los príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pu- " diese tener tales y de tal calidad." (3)

Fuera de los regalos en las repetidas embajadas y del tesoro de Axayacatl tomado por los españoles en el cuartel, dió para entónces Motecuhzoma un espléndido regalo para Cárlos V, de suma riqueza en joyas, oro, piedras finas, mantas y ropas de esquisito primor y para diferentes usos, siendo muy notables una docena de cervatanas, "en que había figuradas muchas maneras de avecicas y animales, y árboles y flores, y otras diversas cosas, y tenían los brocales y puntería tan grande como un geme, de oro, y en el medio otro tanto, muy labrado. Dióme para con ellas un garmiel de red de oro, para los bodoques, que tambien me dijo que me había de dar de oro: é dióme unas turquesas de oro y otras muchas cosas, cuyo número es casi infinito." (4) Los castellanos quedaron espantados de la liberalidad del imperial cautivo, apresurándose á darle las gracias quitándose las gorras de armas. No fué ésta toda la dádiva, Motecuhzoma dijo á Cortés: "Váyanse con estos mios algunos vuestros, é mostrarles han una casa de joyas de oro é aderezos de mi

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 98.
(2) Relacion de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 584.
(3) Cartas de relac. pág. 99.
(4) Cartas de relac. pág. 100.—Bernal Díaz, cap. CIV.

persona;" é quien esto escribe é otro gentil hombre fueron por mandado del marqués con dos criados de Muteczuma, é en la casa de las aves, que así la llamaban, les mostraron una sala é otras dos cámaras donde había asaz de oro é plata é piedras verdes, no de las muy finas, é yo hice llamar al marqués, é fué á verlo, é lo hizo llevar á su aposento." (1) Todavía encontraba modo D. Hernando para sacar más oro, rogando á Motecuhzoma le mandase labrar con sus plateros cosas que le daba figuradas como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares. (2)

La colecta debió ser en realidad muy cuantiosa: por este medio y en corto tiempo, la totalidad de los tributos acumulados en México, arrancados con extorciones y violencias á los pueblos vencidos, pasaron á poder de los españoles. (*) Mas no contentos con lo adquirido por aquellas vías, que por complacencia podremos llamar legales, se entregaron tambien á actos reprobados. Descubiertas las cámaras en donde estaba encerrado el cacao de Motecuhzoma, el cual grano, ademas de ser empleado en ciertas bebidas del gusto de los méxica, servía de moneda, durante la noche se introdujeron hasta trescientos indios é indias de la servidumbre de Cortés, acarreando cuanta semilla pudieron, sin hacer mucha brecha en el depósito que era de cuarenta mil cargas. Súpolo Pedro de Alvarado, y cuando acabó su cuarto de vela cerca del real prisionero, ocurrió con cincuenta cargadores para traer á su aposento cuanto pudo; subió el robo á seiscientas cargas. El reguero de cacao hizo patente el hurto al inmediato dia, y quedó sin castigo por estar en ello complicados los capitanes. (3) Los soldados saquearon igualmente el palacio de Motecuhzoma y las casas reales de la ciudad, dando motivo este procedimiento á que todos desconfiasen de perder sus bienes y se alborotasen hasta el punto de no acudir con víveres: fué

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 581.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. IV.

(2) Cartas de Relac. pág. 99.

(*) 100. Item: si saben quel dicho Montesuma mandó luego que todos los thesoros que abia en la cibdad, de las cosas públicas, ansi de los ídolos, quera lo más prençipal, como aderezos de fiestas generales, se diesen y entregasen al dicho Don Hernando Cortés; é si saben que se entregó mucha cantidad de oro, plata piedras, plumas, ropas é otras cosas, que valdrían en cantidad de más de ochocientos mil ducados." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 343.

(3) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. LVII.

restablecido á poco el órden, no sin que cometieran los blancos muchas injusticias y violencias. (1)

Desde tiempo anterior se había mandado recoger el oro á Texcoco, enviando á los hermanos de Cacamatzin con Bernaldino Vázquez de Tapia y Rodrigo Alvarez en compañía de algunos peones, de donde resultó la muerte del príncipe Nezahualquentzi y la huida de Cacamatzin. Puesto en prision este rey, D. Hernando le confió á Pedro de Alvarado para ir á Tezcoco á hacer la colecta para el rey de Castilla; el infante, así llamaban al prisionero, entregó nueve ó diez mil castellanos en oro y como dijese no tener más, pues pocos dias ántes entregó por sus hermanos cuanto poseía, Alvarado le ató á un palo de piés y manos, y le quemó la barriga echándole brea derretida en una cazuela ahujerada en el fondo. El feroz capitan Tonatiuh escribió á D. Hernando cómo iba á pasar adelante para buscar más oro, á cuya nueva el general hizo salir en un bergantin á Bernaldino Vázquez de Tápia y á Rodrigo Rangel con órden de traerse á México el oro recogido; al llegar á Texcoco encontraron al Tonatiuh en su terrible ocupacion. Alvarado aplicó el mismo tormento al rey de Tlacopan, Totoquihuatzin, y á algunos otros señores. (2)

Reunido el tesoro, los plateros de Azcapotzalco fundieron el metal en grano formando unos barretones de tres dedos de ancho: para marcarlos y sacar el real quinto construyeron una marca de fierro

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XVIII.

(2) Procesos de residencia, instruidos contra Pedro de Alvarado y Nuño de Guzman. México, 1847.—Se formuló el cargo bajo el número VI, pág. 3.—Consta la declaracion de Bernaldino Vázquez de Tapia á la pág. 35 y sig.—Alvarado responde á la pág. 65. Se esculpa negando el cargo, por fundarse en el sólo dicho de Bernaldino Vázquez de Tapia, testigo singular quien no da la razon de su dicho. Relatando el hecho dice, que estando preso Cacamatzin pidió le enviasen á su tierra y daría mucha cantidad de oro para el rey de Castilla, en cuya consecuencia Cortés se le entregó puesto en unos grillos; llegados á Texcoco, el prisionero dijo no tener oro ninguno y que había echo aquello por ver si le libertaban sus vasallos y mataban á Alvarado y á cuantos con él iban; negó haber maltratado al preso. Mas á los pocos renglones continúa "é si algun mal tratamiento se hizo al dicho Cacique sería por "la burla grande que nos avia fecho é por quel é los suyos tuviesen algun temor é "porque no me matasen á mi é á los que yvan con migo é con todo esto me dio "unos tezotes de muy poco valor é des que vi que no daba nada de lo que avia di"cho e prometido lo bolvi a esta cibdad a entregar e entregue al dicho capitan sano "e bueno," &c.

con las armas reales del tamaño de un toston, y careciendo de pesas formáronlas tambien de fierro de una y de media arroba, de dos, una y media libra, y de cuatro onzas, déjase entender que á ojo, supuesto no tener patron para compararlas. Terminadas las operaciones, los soldados pidieron ahincadamente se hiciera la particion; dilatábalo el general, dando por razon, esperar hasta ser reunida mayor cantidad; pero ellos insistieron con tenacidad, así capitanes como soldados, "porque habíamos visto que cuando se deshacían las "piezas del tesoro de Montezuma estaba en los montones que he "dicho mucho más oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo "tomaban y escondían, así por la parte de Cortés como de los capita- "nes y otros que no se sabía, y se iba menoscabando." (1)

(1) Acerca del monto de aquel tesoro, dice Cortés, cartas de relac. pág. 99: "que fundido todo lo que era para fundir, cupo á V. M. del quinto, treinta y dos mil y cuatro cientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro y plata, y plumajes y piedras y otras muchas cosas de valor, que para V. S. M. yo asigné y aparté, que podrían valer cien mil ducados y mas suma;....Cupieron asímismo á V. M. del quinto de la plata que se hobo, ciento y tantos marcos."—Bernal Díaz, cap CIV, asienta: "se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos." —En la Probanza fecha en la N. E. del mar Oceano á pedimento de Juan Ochoa de Lejalde, en nombre de Hernando Cortés, apud Docum. por García Icazbalceta, tom. 1, pág. 421 encontramos:......"de lo que á S. A. perteneció é cupo de quinto treinta y dos mil pesos de oro fundido, y en patenas y collares é otras joyas de oro, é rodelas é plumajes, que podrían valer hasta la cantidad de cien mil ducados de oro, poco más ó ménos."—Evidentemente estos cálculos sólo pueden tomarse como estima, pues ni conocían el peso del metal por carecer de balanzas y pesas ajustadas, é ignoraban la ley de los metales, elementos indispensables ambos para sacar siquiera el valor aproximado del tesoro. Debe tambien tenerse en cuenta, que sólo se hace mencion del oro y de la plata fundidos, sin poner en cuenta las joyas, y por otra parte las plumas, mantas y piedras preciosas, para los castellanos de poca importancia, más apreciadas con valor estimativo en el país y propias por lo mismo para adquirir los objetos entregados al comercio.—Robertson, en su historia de América, se conforma con los 600,000 pesos señalados por Bernal Díaz, esforzándose en probar, no ser posible hubiese en México mayor cantidad de oro y plata.—Prescott, tom. 1, pág. 497, afirma que el valor del tesoro, reducido á la moneda comun, "era de seis millones trescientos mil pesos ó un millon cuatrocientas diez y siete mil libras esterlinas."—El Sr. D. José Fernando Ramírez, en sus anotaciones á Prescott, tom. 2, pág, 79 y sig., entra en curiosas indagaciones para sacar el monto del tesoro, arrojando sus cálculos los siguientes resultados.—Robertson, que lo valúa en seiscientos mil pesos de oro, lo estima en £ 2.500,000, que reducidas á nuestra moneda son $11.500,000.—El S. Prescott, dividiéndolo en especies que no aprecia separadamente, lo estima *ad corpus* en £ 1.417,000 cuya reduccion hace el mismo en $ 6.300,000." Reduciendo las especies de Prescott saca segun su cálculo $ 1.601,285. Finalmente,

Al dia siguiente se hizo el reparto, siguiendo puntualmente D. Hernando las lecciones del leon. Sacóse el quinto del acervo como perteneciente al rey de Castilla; otro quinto para Cortés, segun se lo prometió el ejército; tomóse la costa hecha por él en Cuba para proveer la armada, el costo de las naves de Diego Velázquez hechadas al través con el consentimiento de todos; el gasto de los procuradores enviados á Castilla; lo perteneciente á los de la guarnicion de la Villa Rica; el valor del caballo que se le murió y el de la yegua que á Juan Sedeño mataron en Tlaxcalla; á dobles partes para Fr. Bartolomé de Olmedo y el presbítero Juan Díaz, á los capitanes, á quienes tenían caballos, á los escopeteros y ballesteros, "é otras socaliñas," (1) de manera que á cada peon rodelero tocaron cien pesos de oro. En vista de tan exígua porcion, rehusaron tomarla muchos y todos murmuraban de la codicia y mala fé del general y de los capitanes, llegando á tomar la queja un carácter tan violento, que para calmar á los descontentos, hubo Cortés de reunirles, haciéndoles "un parlamento con palabras muy melifluas, y dijo que todo lo que tenía era para nosotros; que él no quería quinto, sino la parte que le cabe de capitan general, y cualquiera que hubiese menester algo, que se lo daría; y aquel oro que habiamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seriamos señores dellas y muy prósperos é ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer." (2) Sea cual fuere el alcance de las reflexiones morales y filosóficas de D. Hernando, para concluir el disgusto, dió á los unos magníficas promesas y á los otros regalos de joyas y pesos de oro. Pero siempre quedó verdad, como decían en el ejército, "uno en papo y otro en saco é otro en el sobaco, y allá va todo donde quiera Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta en bastimento todo lo llevan." (3)

tomando el tipo de Bernal Díaz, aumentando el tercio por lo *escondido y tomado*, el tesoro valdría en pesos de oro 900,000 + 500,000 ducados igual á $ 3.469,000 de nuestra moneda, pudiéndose admitir todavía que llegaría á tres millones y medio. Nosotros admitiríamos el cálculo, tan sólo como expresion de los metales fundidos y quintados.

(1) Bernal Díaz, cap. CV.
(2) Bernal Díaz, cap. CV.
(3) Bernal Díaz, loco cit.

Por fortuna los soldados tenían sin trabajo cuanto podían apetecer para sus necesidades y placeres, y ademas encontraron sobrada distraccion en las violentas emociones del juego. Pedro Valenciano construyó naipes tan buenos y bien pintados como los de Castilla, empleando las pieles de los atambores; con ellos se pasaban descuidados el tiempo, haciéndose en breves horas ricos por la ganancia ó pobres por la pérdida. Sólo un incidente desgraciado sobrevino por la particion. Velázquez de Leon hacía labrar á los plateros de Azcapotzalco grandes cadenas de oro y vajilla; reconvenido por el tesorero Gonzalo Mejía de no haber manifestado las barras para hacer el pago del real quinto, entrambos se hicieron de razones, pusieron mano á la espada, se acuchillaron, y hubieran muerto á no haberles separado cuando cada uno tenía dos heridas. Cortés, aunque muy grande amigo de Velázquez, le puso preso por el bien parecer. Como el capitan estaba en un cuarto no distante de donde vivía el cautivo emperador, y al pasearse arrastraba con ruido la cadena á que estaba atado, oía el rumor Motecuhzoma y preguntó al paje Orteguilla quién estaba así preso: una vez informado, cuando vino á visitarle el general le interrogó acerca de la malaventura del capitan, á lo que D. Hernando, siempre pronto á sacar partido de todo le contestó: "y le dijo medio riendo que por que era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandallo á los caciques, y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso. Motecuhzoma intercedió por el capitan, ofreciendo le daría oro del suyo; Cortés, admitió la recomendacion, conmutó la pena de cárcel en destierro, en virtud de lo cual Velázquez de Leon partió para Chalollan, llevando un mensajero del emperador para pedir oro. A los pocos dias tornó el capitan á México compurgada la pena y con buena riqueza. "He traido esto aquí á la memoria, aunque valla fuera de nuestra relacion, porque vean que Cortés, so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas." (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CVI.

CAPITULO VI.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

Las hijas de Motecuhzoma.—Los ídolos quitados de la torre del teocalli mayor.—Impresion en el ánimo de los méxica.—Motecuhzoma intima á los castellanos abandonen la ciudad.—Respuesta diestra de Cortés.—Construccion de tres naves en la costa.—Zozobras de los españoles.—Llega al puerto de San Juan una armada española.—Los procuradores del ejército.—Manejos de Diego Velázquez.—Preparativos contra Cortés.—La Audiencia de la Española.—El Lic. Lúcas Vázquez de Ayllon.

II tecpatl 1520. Recordarémos que el mismo dia de su prision, Motecuhzoma había dado una de sus hijas por esposa á D. Hernando, á fin de establecer entre ambos relaciones íntimas de parentesco. El conquistado no vuelve á decir palabra acerca de aquella dádiva; y es fácil admitir que las circunstancias apuradas que siguieron desde la prision del rey hasta la quema de Cuauhpopoca, no dejaron tiempo al general para pensar en pasatiempos. Segun la autoridad de Bernal Díaz, sin duda insistiendo en el propósito pri-

mero, Motecuhzoma dijo á Cortés: "Mira, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa para que os caseis con ella y la tengais por vuestra lejítima mujer." Dióle por ello las gracias D. Hernando, diciéndole ser casado y no ser entre ellos costumbre tener más de una sola esposa, que él la tendría como hija de tan gran señor á condicion de hacerla cristiana. Aceptó el emperador, en cuya virtud fué bautizada la doncella bajo el nombre de Doña Ana, y despues vivía públicamente en la cámara del general: entre las mujeres empleadas en su servicio estaba una hermana suya, nombrada en el bautismo Doña Inés y una hermana de Cacamatzin llamada Doña Francisca; con las tres vivía en la misma intimidad D. Hernando. (1)

Lograda la sumision de los señores de los tres reinos, pareció sazon oportuna de hacer algo eficaz en favor del principio religioso, móvil principal de aquella conquista. Segun aparece por las relaciones de los autores, no siempre bien conformes acerca de este capítulo, en nada mostró enteresa Motecuhzoma sino en materia de sus creencias. Ninguna mella produjeron en su ánimo las amonestaciones repetidas por Fr. Bartolomé de Olmedo y por Cortés; escu-

(1) Para las primeras noticias, Bernal Díaz cap. CVII.—Para lo demas consúltese, Sumario de la residencia tomado á D. Fernando Cortés, gobernador y capitan general de la N. E. y á otros gobernadores y oficiales de la misma; México 1852--53. —Cortés recibió á la hija de Motecuhzoma, la hizo cristiana poniéndole por nombre Doña Ana, viviendo en compañía del general hasta que fué muerta en la desdichada Noche Triste (Bernaldino Vázquez de Tápia, tom. II, pág. 244). Doña Ana llevó en su compañía varias mujeres para servirle y vivía públicamente en la cámara de D Hernando, (Francisco Vargas, tom. II, pág. 243. Gonzalo Mejía, tom. II, pág. 241). En companía de Doña Ana fué una hermana suya, á la cual nombraron Doña Inés (Bernaldino Vázquez de Tápia, tom. II, pág. 305--306), y entre las personas que la hacían compañía se encontraba Doña Elvira y la hermana del rey de Texcoco, Doña Francisca. Doña Francisca murió en la Noche Triste (Francisco de Vargas, tom. II pág. 306 y 307). Cuando murió Doña Ana estaba grávida (Gonzalo Mejía, tom. II, pág. 240--241). Tercera hija de Motecuhzoma fué Doña Isabel, la cual casó con Alonso de Grado despues de ganado México, y muerto Grado, Cortés se la llevó á su casa, dándola despues en matrimonio á Pero Gallego, cinco ó seis meses despues del desposorio, Doña Isabel dió á luz una hija de Don Hernando (Bernaldino Vázquez de Tápia, tom. II, pág. 245: Gonzalo Mejía, pág. 241). Segun Juan Tirado, tom. II, pág. 39, D. Hernando poseyó tres hijas de Motecuhzoma; dos le dieron hijos, y la tercera murió grávida la Noche triste. De las dos hermanas que vivieron juntas en el cuartel, lo confirma Juan de Mansilla, tom. I, pág. 263.—Todo ello consta repetido en la Pesquisa secreta contra D. Hernando Cortés, MS. en poder del Sr. García Icazbalceta.

chábalas en silencio y aun con muestras de atencion, sin darse jamas por convencido, supuesto el seguir en sus prácticas antiguas y no interrumpir el culto de los dioses haciéndoles diarios sacrificios de víctimas humanas. Volvieron muchas veces al mismo tema los predicadores, y como Motecuhzoma permaneciera inquebrantable, D. Hernando deslizó en la conversacion algunas amenazas, las cuales lograron alcanzar la promesa de que el emperador consultaría con los sacerdotes. Pasábase el tiempo, y á fin de determinar al obsecado monarca, Cortés resolvió obrar por su cuenta. Dícese la manera en la siguiente relacion de un testigo presencial. (1)

D. Hernando se dirigió al templo mayor, cercano al cuartel, en compañía de algunos soldados.—"Así que á la sazon que el marqués fué al patio de los ídolos, tinie consigo muy poca gente de la suya; é andando por el patio me dijo á mí: "Sobid á esa torre, é mirad que hay en ella;" é yo sobí é algunos de aquellos ministradores de la gente subieron conmigo, é llegué á una manta de muchos dobleces de cáñamo, é por ella habie mucho número de cascabeles é campanillas de metal: é quiriendo entrar hicieron tan gran ruido que me crei que la casa se caie. El marqués subió como por pasatiempo, é ocho ó diez españoles con él; é porque con la manta que estaba por antepuesta, la casa estaba escura, con las espadas quitamos de la manta, é quedó claro. Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginería de piedra, de la con que estaba hecha la pared. Estas imágines eran de ídolos, é en las bocas destos é por el cuerpo á partes tenían mucha sangre, de gordor de dos é tres dedos, é descubrió los ídolos de pedrería, é miró por alli lo que se pudo ver, é sospiró habiéndose puesto algo triste, é dijo, que todos lo oimos: "¡oh Dios! ¿por qué consientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra? é ha, Señor, por bien que en ella te sirvamos;" é mandó llamar los intérpretes, é ya al ruido de los cascabeles se había llegado gente de aquella de los ídolos, é díjoles: "Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo á vosotros y á nosotros é á todos, é cria lo con que nos mantenemos, é si fuéremos buenos nos llevará al cielo, é si no, iremos al infierno, como más larga

(1) Hablan acerca de este punto, no con mucho acorde entre si, Cortés, Cartas de relac. pág. 106--7.--Bernal Díaz, cap. CVII.—Gomara, Crón. cap. LXXXVI.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LIV.—Itlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 87. MS.

mente os diré cuando más nos entendamos; é yo quiero que aquí donde teneis estos ídolos esté la imágen de Dios y de su madre bendita, e traed agua para lavar estas paredes, é quitaremos de aquí todo esto." Ellos se reian, como que no fuera posible hacerse, é dijeron: "No solamente esta cibdad, pero toda la tierra junta tienen á éstos por sus dioses, y aquí está esto por Uchilobos, cuyos somos; é toda la gente no tiene en nada á sus padres é madres é hijos, en comparacion deste, é determinaron de morir; é cata que de verte subir aquí se han puesto todos en armas, y quieren morir por sus dioses." El marqués dijo á un español que fuese á que tuviesen grand recabdc en la persona de Muteczuma, é envió á que viniesen treinta ó cuarenta hombres allí con él, é respondió á aquellos sacerdotes: "Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada;" y ántes que los españoles, por quien habie enviado viniesen; enojóse de palabras que rie, é tomó con una barra de hierro que estaba alli, é comenzó á dar en los ídolos de pedrería; é yo prometo mi fe de gentil hombre, é juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, é se abalanzaba tomando la barra por en medio para dar en lo más alto de los ojos del ídolo, é asi les quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: "A algo nos hemos de poner por Dios."

"Aquella gente lo hicieron saber á Muteczuma, que estaba cerca de ahí el aposento, é Muteczuma envió á rogar al marqués que le dejase venir allí, é que en tanto que vinie no hiciese mal en los ídolos. El marqués mandó que viniese con gente que le guardase é venido le dicie que pusiésemos á nuestras imágenes á una parte, é dejásemos sus dioses á otra. El marqués no quiso. Muteczuma dijo: "Pues yo trabajaré que se haga lo que quereis; pero habeismos de dar los ídolos que llevemos donde quisiéremos;" é el marqués se los dió diciéndoles: "Ved que son piedra, é creé (cred) en Dios que hizo el cielo y la tierra, é por la obra conocereis al maestro." Los ídolos fueron bajados de allí con una maravillosa manera é buen artificio, é lavaron las paredes de la casa, é al marqués le pareció que había poco hueco en la casa, segund lo que por de fuera parecie, é mandó cavar en la pared frontera, donde se halló el mason de sangre é semillas é la tinaja de agua, é se deshizo, é le sacaron las joyas de oro, é hubo algund oro en una sepultura que encima de la torre estaba. El marqués hizo hacer dos altares, uno en una parte

de la torre, que era partida en dos huecos, é otro en otra, é puso en una parte la imágen de Nuestra Señora, en un retablico de tabla, é en otro la de Sant Cristóbal, porque no habíe entónces otras imágines; é dende en adelante se dicie allí misa; é los indios vinieron dende á ciertos dias á traer ciertas manadas de maíz verde é muy lacias, diciendo: "Pues que nos quitastes nuestros dioses á quien rogábamos por agua, hacé al vuestro que nos las dé, porque se pierde lo sembrado." El marqués les certificó que presto lloverie, é á todo nos encomendó que rogásemos á Dios por agua; é así otro dia fuimos en procision fasta la torre, é allá se dijo misa, é hacie buen sol, é cuando venimos llovie tanto que andábamos en el patio los pies cubiertos de agua, é así los indios se maravillaron mucho. (1)

La relacion es gráfica; no le falta ni áun el prodigio obrado por Dios á ruego de aquellos misioneros militares. La posicion del teocalli fué solemnizada con una misa cantada por el P. Olmedo, ayudada por el presbítero Juan Díaz, quedando en guarda de los altares para evitar una profanacion, un soldado viejo: los papas quedaron entendidos en no tocar aquello, salvo entender en asear, quemar incienso, encender candelas de cera de dia y de noche, enramar y poner flores. (2)

Poco más de cinco meses llevaban de residencia los castellanos en Tenochtitlan. La conquista parecía realizada. Como ya hemos visto, los reyes aliados, nobles y señores, uno de los principales papas, estaban reducidos á prision; acostumbrado el pueblo á la obediencia pasiva de sus jefes, á la servidumbre del emperador, no daba muestras de alboroto. Los soldados habían allegado grandes riquezas, alimentando la esperanza de reunirlas todavía mayores; disfrutaban de respeto y consideraciones; gozaban de abundantes provisiones, de mujeres á contentamiento, de numerosa servidumbre; nada apetecían que no les fuera cumplido, y sólo podían echar de ménos el complemento de las venturosas leyendas del encantado Jauja. Mas aquella residencia dilatada y el trato familiar con los indios, les iba perjudicando. Considerados de lejos, admitidos como seres sobrenaturales, brotados de las hondas del mar, tenidos como

(1) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 584—86.

(2) Bernal Díaz, cap. CVII.

descendientes de Quetzalcoatl, les adornaba la imaginacion con las perfecciones de los dioses: vistos ahora de cerca, expiados por su propia servidumbre, delatados por las mujeres, compañeras de sus placeres, manifestadas por ellos mismos y sin rebozo sus debilidades y malos instintos, el prestigio había desaparecido casi por completo, empequeñeciéndose de cerca las figuras que á distancia parecían colosales. Parte de la superstición permanecía áun en pié en espera de aclarar cuál era la procedencia de los extranjeros.

La nacion estaba comprimida por el monarca. En cuanto á éste, en valde fueron para despertar su ardor guerrero la prision, los grillos, la afrenta de sus hijas y de sus mujeres, la pérdida de sus tesoros, el abdicar su soberanía para reconocerse súbdito de un príncipe desconocido y extranjero; mayor que aquellos intereses reunidos, eran su amor á la vida y al ejercicio de una autoridad vilipendiada é irrisoria. Por último, los barbudos teules atacaron el culto. La supersticion era el vicio dominante en Motecuhzoma, el sentimiento religioso, el único que podía resonar en su seco corazon; al rey, al caballero, al soldado, se sobreponía el sacerdote. Con el ataque al teocalli se conmovió profundamente el pueblo; los sacerdotes insultados dentro del santuario, sacudieron su apatía é hicieron hablar á los dioses hasta entónces descuidados y mudos; los dioses al romper el silencio pidieron guerra y venganza.

Desde el negro dia en que los ídolos fueron derrocados, Motecuhzoma se mostró inquieto, sombrío; pasó la noche en velador insomnio; estaba agitado y descontento, recibía frecuentes emisarios y se entregaba á largas conferencias con nobles y sacerdotes, teniendo cuidado de alejar al espía Orteguilla. Al segundo dia, el emperador por medio del pajecillo, mandó rogar á Cortés fuera á visitarle; informado éste de cuanto pasaba, acudió inmediatamente, acompañado de Cristóbal de Olid, capitan de la guardia, de otros cuatro capitanes y de los intérpretes Aguilar y Marina. Despues de los cumplidos de costumbre, si bien un tanto frios, Motecuhzoma tomó la palabra y dijo: "¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado á nuestros papas ó á mí ó á todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos ó os hagamos ir por la mar adelante; lo que he coligido dello y me parece, es que ántes que comience la guerra, que luego salgais de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros

aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mira que os va las vidas." (1) D. Hernando y los capitanes blancos se apenaron y bien quedaron alarmados; sin embargo, Cortés respondió tranquilo, agradecer mucho el aviso; pero que habiendo dado al través con las naves en que había venido, necesitaba construir tres navíos en la costa, y entre tanto se labraban, le hiciese merced de tener quietos á los papas y guerreros, siendo este el mejor partido que podían tomar, pues si comenzaban ántes la guerra todos morirían por ello: cuando nos vayamos, añadió, tendreis que iros con nosotros á fin de presentaros á nuestro gran emperador. Como seguridad de lo ofrecido, pidió le diese algunos carpinteros, que con los suyos marchasen á la costa á cortar las maderas y labrar las embarcaciones.

La respuesta revela diestro ingenio; era uno de los tantos expedientes que el sagaz D. Hernando sabía encontrar en los lances difíciles. Cansado Motecuhzoma de sus importunos huéspedes, pretendía librarse de ellos haciéndoles abandonar la capital por medio del miedo, los blancos le ofrecían irse, mas entre tanto tenían manera de efectuarlo, preciso era mantener la paz, pues una vez rotas las hostilidades perdería irremisiblemente la vida. Dudoso era este remedio, pero al fin presentaba un resquicio de salvacion. El camino quedaba ahora completamente cerrado, pues al retirarse los blancos le arrastrarían con ellos, y su situacion empeoraría entónces: en tamaña contradiccion, para salvar siquiera la vida estaba en su interes particular para no perderse, contener la guerra, dilatar cuanto fuera dable la partida de los extranjeros y áun evitarle siendo posible.

En consecuencia de lo concertado, Martin López y Andres Núñez, carpinteros de ribera, marcharon á la costa en compañía de los obreros facilitados por el emperador, poniendo mano en la construccion de las tres naves. (2) La intimacion del desgraciado empera-

(1) Bernal Díaz, cap. CVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. CVII, asegura que Martin López le dijo haberse dado priesa en la construccion de las naves, habiéndolas dejado en astillero.—Gomara, Crón. cap. XCIV y Herrera, déc. II, lib. IX, cap. VI, afirman que D. Hernando dió órden á Martin López, para ir dilatando la construccion. Creemos que Cortés tenía empeño en labrar las naves, pues uno de sus pensamientos era enviar por refuerzos á las islas para retener y consolidar su conquista.

dor no fué seguida de ningun acto hostil, ni áun siquiera de escazes de víveres; pero hacía vivir á los castellanos en constante alarma. Andaban pensativos, desconfiados é interpretando mal las acciones de los indios; lloraba Orteguilla, azuzaba Marina; los soldados siempre vestidas las armas, los caballos ensillados, la artillería dispuesta, la guardia vigilante á los menores movimientos de Motecuhzoma. (1) Toda aquella pena y el cuidado, eran motivados, pues á la sazon la fuerza encerrada en el cuartel estaba muy mermada; muchos castellanos andaban diseminados por las provincias, colectando el oro de los caciques; Velázquez de Leon con más de cien hombres iba en camino para la distante colonia proyectada en el Coatzacoalco, Rangel con una partida menor se dirijía á Chinantla para fundar un establecimiento. Esta subdivision del ejército alentó sin duda á Motecuhzoma para obrar, y la aportunidad fué bien calculada y explica perfectamente la respuesta templada y áun sumisa de Cortés.

Aquellas aciagas circunstancias no duraron mucho. Ocho dias despues de salidos los carpinteros de México, llegaron á la costa de San Juan unos barcos españoles. Los gobernadores de las costas dieron inmediatamente aviso á Motecuhzoma, repitiendo los correos, hasta que desembarcada parte de la gente forastera, ellos hicieron pintar en un lienzo las naves, las personas y cuantas circunstancias pudieron entender, enviándoles luego por la posta al emperador: entre la primera y esta última noticia, parece trascurrieron tres dias. Llendo Cortés á visitar á su prisionero, le encontró alegre y comunicativo; sea sospecha ó casualidad, el general repitió la visita y entónces le dijo Motecuhzoma: "Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros, de como en el pueblo donde desembarcastes han venido diez y ocho navíos y mucha gente y caballos, é todo nos lo traen pintado en unas mantas; y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veniades á dar nuevas de ello, así que no habreis menester hacer navíos; y porque no me lo deciades, por una parte tenía enojo de vos de tenérmelo encubierto; y por otra me holgaba, porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vais á Castilla é no haya mas palabras." (2)

(1) Bernal Díaz, cap. CVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. CX.

Nada sabía D. Hernando; consideró atentamente las pinturas y por una de sus inspiraciones se creyó salvado, prorumpiendo en un arranque de alegría. "Gracias á Dios que al mejor tiempo proveé." Motecuhzoma estaba del mejor buen humor; sin las demoras consiguientes para construir las naves, había las suficientes en la mar para llevarse á los importunos huéspedes, quedándose al fin libre. Cortés se regocijaba igualmente, pues llegaban al fin de sus compatriotas, en número considerable: cada quien mirando los acontecimientos á su modo, se daba por satisfecho, y tanto que comieron juntos en armoniosa compañía. Difundida la noticia por el cuartel, recibiéronla los soldados con gran júbilo, en señal del cual escaramucearon los caballos é hicieron salva de artillería. La generalidad creía en un refuerzo traido por los procuradores idos á Castilla, ó bien en alguna expedicion salida de las islas. Pasada la primera impresion, D. Hernando no participaba de la confianza comun; pesaba sobre su conciencia el recuerdo de Diego Velázquez, y si nada sabía aún de positivo acerca de la procedencia de la armada, para precaverse contra todo evento repartió ámpliamente el oro y las promesas entre sus camaradas, atrayéndose con ello á capitanes y soldados. (1) De todas maneras, aquella inesperada llegada de los blancos aplazó el rompimiento: de pronto sacaron los castellanos el ser asistidos tan bien ó mejor que ántes.

Para explicar la presencia de esta armada, necesitamos detenernos un tanto. Deseando el gobernador de Cuba Diego Velázquez dar cuenta á Cárlos V. de la expedicion de Juan de Grijalva (1518), mandó á la córte á su capellan Benito Martin ó Martínez con la relacion del descubrimiento, muestra de los objetos recogidos en el rescate, noticia de la nueva armada á la sazon en preparativos, y encargo de conseguirle algun título en remuneracion de sus servicios. Poco tiempo despues de salido de Cuba el Benito Martin, partió igualmente Gonzalo de Guzman, natural de Portillo, con poderes de Diego Velázquez y encargo especial de procurar sus negocios, debiendo proceder en compañía de Pánfilo de Narvaez. Era en Castilla presidente del Consejo de Indias Don Juan Rodrígnez de Fonseca, obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano, persona á quien se hace aparecer con buenas prendas, si bien con los defectos de rencoroso

(1) Bernal Díaz, cap. CX.—Gomara, Crón. cap. XCV.—Herrera, déc. II, lib. IX. cap. XVIII.

y vengativo; por verdaderas ó supuestas faltas fué enemigo del almirante Don Cristóbal Colon y lo era entónces de Don Diego. Por esta enemistad contra Don Diego Colon contra quien Velázquez se había alzado, ó porque creyese á Diego Velázquez digno de galardon por ser buen servidor y por sus recientes é importantes descubrimientos, ó porque como se dijo, quería casar con su sobrina Doña Mayor de Fonseca al gobernador de Cuba, lo cierto fué, que los comisionados, recibidos con aprecio, alcanzaron la capitulacion fechada en Zaragoza á trece de Noviembre de 1518. (1) Por ella se concedió á Diego Velázquez la facultad de descubrir y conquistar á su costa la tierra hasta entónces no descubierta, con tal de no caer dentro de la demarcacion señalada al rey de Portugal; el título de adelantado en las tierras é islas así descubiertas; ciertos provechos sobre las rentas durante su vida y la de un su heredero; varias concesiones en favor de colonos y tratantes, entre las cuales se nota esta curiosa: "por hacer merced é á la gente que en la dicha armada ó armadas que hiciéredes fuesen, suplicaste á Nuestro Muy Santo Padre que conceda Bulla, para que todas las personas que muriesen en ellas sean absueltos á culpa y á pena, y que ésta se traerá á mi costa." (2)

Los comisionados tornaron á Cuba con tan buen despacho, el cual quedó inutilizado digamos así, pues firmada la capitulacion en Zaragoza á trece de Noviembre, el diez y ocho del mismo mes, con sólo cinco dias de intermedio, se alzaba D. Hernando con la armada. Benito Martin se quedó en España, encontrándose en Barcelona en Mayo 1519, á la sazon de llegar la noticia del nombramiento del príncipe Don Cárlos, para rey de romanos y futuro emperador. (3) El obispo Fonseca, para proveer los nuevos descubrimientos nombró obispo de Cozumel al religioso de Santo Domingo Fr. Julian Garcés, maestro en teología, notable predicador, peritísimo en la lengua latina, de quien decía Antonio de Nebrija: *me oportet minui hunc autem crescere*: Benito Martin pidió y obtuvo la abadía de la tierra de Culua. Ambas cosas salieron erradas; la isla de Cozumel resultó muy pequeña para un arzobispado, y quedó inmensa la aba-

(1) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. CXIV.—Herrera, déc. II, lib. III, cap. XI.—Oviedo, Hist. general, lib. XVII, cap. XIX.

(2) Docum. de Indias, tom. XXII, pág. 38, capitulacion con Velázquez.

(3) Oviedo, Hist. general, lib. XVII, cap. XIX.

día de la tierra de Culua, pues era nada ménos que entera la Nueva España. Siguióse gran controversia, terminada porque Fr. Julian Garcés fué despues nombrado primer obispo de Tlaxcalla, miéntras al presbítero Benito Martin se le hizo cierta recompensa en México y volviendo á la Nueva España murió en la mar. (1)

En tanto D. Hernando Cortés había venido á las costas de México, y como en su lugar vimos, fundada la Villa Rica, los concejales escribieron al rey de Castilla con fecha diez de Julio 1519, saliendo los procuradores de aquel puerto á diez y seis del mismo mes y año. (2) Marcharon los procuradores Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, con las cartas de relacion, instrucciones particulares, regalos para el rey y oro para los gastos, del recogido por rescate ó regalado por Motecuhzoma, en la nao capitana de la armada, con suficiente marinería, Anton de Alaminos por piloto y por maestre Baptista. Llevaban órden formal de no tocar en la isla de Cuba ó Fernandina, mas no obstante la prohibicion, estando enfermo Puertocarrero y sin contar con su voluntad, Montejo obligó al piloto ir al puerto de Marien en donde anclaron el veintitres de Agosto siguiente. Aquel lugar quedaba en la estancia de Montejo, la cual tenía en compañía de Juan de Rojas, persona encargada de la administracion durante la ausencia del compañero: al llegar Montejo no encontró á Rojas, pues éste, siguiendo su negocio había tomado el servicio del gobernador Diego Velázquez, y se encontraba á la sazon cuarenta leguas distante cuidando de una estancia de su amo. Montejo se comunicó con un criado llamado Francisco, hizo embarcar en la nao cuarenta botijas de agua, cuarenta puercos y cien cargas de pan, permaneció en Marien cuatro ó cinco dias y luego dió la vela para Europa, no sin dejar una carta dirijida á Juan de Rojas, encargándole su hacienda y diciéndole tenía órden de Cortés para buscar á Diego Velázquez é informarle de lo acaecido, si bien no esperaba al gobernador porque la nave hacía agua y se iba á fondo. No obstante la reserva de los viajeros, Francisco fué admitido á bordo, diciéndole cual era el verdadero objeto

(1) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. CXVIII.

(2) Cortés, Cartas de relac. pág. 38.—Bernal Díaz, cap. LIV, asegura haber sido esta salida á veintiseis de Julio, miéntras en el cap. LVI, escribe seis de Julio. No sabemos explicar esta contradiccion, adoptando por nuestra parte la autoridad de Cortés.

del viaje y le enseñaron el tesoro, de el cual decía despues ser tanto que servía de lastre á la nao. (1)

Rojas recibió la carta ocho dias despues de ido Montejo, y con fecha once de Setiembre escribe al gobernador, remitiéndole la repetida carta é informándole de cuanto había sucedido. Luego que Velázquez tuvo aquellas nuevas prorumpió en injurias é invectivas contra D. Hernando y sus favorecedores, y á fin de apoderarse de la nave aprestó dos embarcaciones de poco porte al mando de Gabriel de Rojas y Gonzalo de Guzman, con suficientes artillería y soldados; pero ménos veleras las fustas, ó ménos expertos los pilotos, cuando llegaron al canal de Bahama sólo pudieron obtener la certeza de estar en salvo los procuradores, por lo cual tuvieron que tornar sin ningun recado á Santiago de Cuba. (2) Siguiendo por ahora á los enviados de Cortés, salida la nave del puerto de Marien, el piloto Anton de Alaminos, muy práctico en aquellos mares, temiendo ser alcanzado si le perseguían, cambió la derrota acostumbrada, y tomando por las islas de los Lucayos se metió por el canal de Bahama, hasta salir al ancho Océano: fué el primer navegante que atravesó aquel camino. Sin contratiempo alguno llegó la capitana al puerto de San Lúcar á principios de Octubre 1519. (3)

Estaba en Sevila el capellan Benito Martin, y sabedor de la llegada de la nao presentó un memorial, encomiando los servicios de Velázquez, pintando negramente la conducta de Cortés, y pidiendo que pues la nave era del gobernador de Cuba, siendo menester calafatearla, se mandara á Juan López, contador de la Contratacion de Sevilla, la tomara en sí, la hiciera adobar, y con la suficiente marinería la cargara y remitiera á Diego Velázquez. (4) Los oficiales de la Contratacion atendieron la demanda en cuanto á secuestrar la nave, tomar cuanto iba en ella, inclusive los dineros de los pro-

(1) Carta de Juan de Rojas, en la Informacion recibida ante el gobernador y adelantado Diego Velázquez, &c. Colec. del Archivo de Indias, tom. XII, pág 155 y sig. —Segun Bernal Díaz, cap. LIV, Montejo para no enemistarse con Diego Velázquez y ponerse en peligro de perder su estancia y sus indios, echó un marinero de la nao con cartas y avisos para el gobernador, el cual marinero atravesó en posta la isla, publicando por todas partes lo del barco y lo acaecido hasta entónces á Cortés.

(2) Bernal Díaz, cap. LV.—Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIV.

(3) Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIV.

(4) Memorial que presentó al rey Benito Martínez en nombre del adelantado Diego Velázquez, &c. Docum. para la Hist. de España, tom. I. pág. 407.

curadores para sus gastos y la cantidad enviada por Cortés á su padre D. Martin. Por órden de Cárlos V, fechada en Molin del Rey á cinco de Diciembre 1519, el presente del regimiento de la Villa Rica fué entregado á Domingo de Ochandiano, quien á su vez le puso en manos del guardajoyas Luis Veret. (1) El obispo de Burgos escribió al rey agravando la conducta de Cortés, aconsejándole mandase castigar á los procuradores sin oirlos: bajo tan malos auspicios Montejo y Puertocarrero se juntaron en Medellin con D. Martin Cortés, dirigiéndose á Barcelona en busca de Cárlos V, mas como éste había dejado aquella ciudad, fuéronle á esperar á Tordesillas. (2)

En aquella residencia de la reina Doña Juana, lograron al fin hablar con el monarca los procuradores Montejo y Puertocarrero, D. Martin Cortés y el piloto Anton de Alaminos; informándole de los descubrimientos, vieron presentar á los indios que habían llevado, el mes de Marzo 1520: tal vez hubieran sido despachados favorablemente, á no estar prevenido D. Cárlos por las cartas del obispo Fonseca; debido sin duda á esta mala voluntad no se dió resolucion alguna. (3) Cárlos V andaba muy ocupado en dejar á España, para ir en demanda de la corona imperial, razon por la cual salió de Tordesillas dirijiéndose á Valladolid, en donde á principios de Abril recibió las cartas de los concejales de la Vera Cruz, en union de los regalos. (4) Casas, presente en esta ocasion, hace pomposa descripcion de los objetos presentados, añadiendo: "quedaron todos los que

(1) La relacion de los presentes enviados por el regimiento de la Villa Rica, confrontada por D. Juan Bautista Muñoz con la del Manual del Tesorero de la Casa de la Contratacion de Sevilla, se encuentra en la Colec. de Docum. para la Hist. de España, tom. I, pág, 461. D. Juan Bautista Muñoz añade: " Consta del mismo libro (Manual del Tesorero), que en cumplimiento de dicha cédula fueron vestidos ricamente los cuatro indios, dos de ellos caciques, y dos indias traidás por Montejo y Puertocarrero, y enviados á S. M. á Tordesillas donde estaba S. M. Salieron de Sevilla en 7 de Febrero de 1520, y en ida, estada y vuelta, que fué en 22 de Marzo, se gastaron cuarenta y cinco dias. Uno de los indios no fué á la córte porque enfermó en Córdoba y se volvió á Sevilla. Venidos de la córte murió uno. Permanecieron los cinco en Sevilla muy bien asistidos hasta 27 de Marzo de 1521, dia en que partieron en la nao de Ambrosio Sánchez enderezados á Diego Velázquez en Cuba para que dellos hiciese lo que fuere servido de S. M."

(2) Herrera, déc. II, lib. V, cap. XIV.

(3) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. VII.

(4) Docum. para la Hist. de España, tomo I, pág. 471.

vieron aquestas cosas nunca vistas y oidas, mayormente no habiéndose hasta entónces visto en estas Indias, en gran manera como suspensos y admirados." (1)

Siguiendo la marcha impaciente del monarca, los procuradores siguieron á la Coruña. Para el despacho de los negocios de Indias quedaron señalados los siete dias postreros, ántes del embarque de D. Cárlos. Miéntras tocaba su turno á los mensajeros de Cortés, el Doctor Lorenzo Galíndez Carbajal, del Consejo de SS. AA., tomó declaracion á Montejo, á 29 de Abril 1520, acerca de lo acontecido con relacion á la armada entre Diego Velázquez y D. Hernando Cortés, practicando lo mismo al siguiente dia treinta con Puertocarrero, por ante el escribano, Juan de Sámano. (2) Llegado el plazo, tratóse primero de los negocios del almirante D. Diego Colon; sólo se proveyó en lo perteneciente á D. Hernando, que, prévia fianza, se diese á los procuradores lo suficiente para sus gastos, tomándolo del oro que en la nave habían traido y les había sido embargado en Sevilla: todo quedó sin resolucion. (3) Cárlos V se embarcó en la Coruña á 16 de Mayo 1520.

Volvamos ahora á Diego Velázquez. Habiendo resultado inútiles los esfuerzos que hizo para apoderarse de la nave de los procuradores, entró en el mayor furor. La carta de Juan de Rojas contenía las primeras noticias que á su alcance llegaran respecto de la expedicion de Cortés; acreditáronse en seguida las nuevas del alzamiento de D. Hernando, de la extension y riqueza del país recientemente descubierto, de la amigable manera en la cual habían sido recibidos los blancos, junto con la gran cantidad rescatada ú ofrecida por los naturales, capaz de lastrar un barco de sólo oro. Todo ello, y principalmente esto último, puso espuelas á la avaricia de Velázquez, moviéndole á quejarse al rey y á la audiencia de Santo Domingo, reclutando al mismo tiempo nueva armada para castigar á Cortés y apoderarse de las tierras descubiertas. (4) Para preparar judicialmente aquel largo proceso que por tantos años le trajo enredado con D. Hernando, haciendo de juez y parte, levantó una exten-

(1) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. CXXI.

(2) Declaracion que dieron en la ciudad de la Coruña &c.—Docum. para la Hist. de España, tomo I, pág. 486.

(3) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. VII.

(4) Bernal Díaz, cap. LIV.

sa informacion. El viérnes siete de Octubre, 1519, presentaron escrito, Gonzalo de Guzman, tesorero, y Pánfilo de Narvaez, contador; nombrados para esos cargos por el rey en las nuevas tierras descubiertas, ante el magnífico señor Diego Velázquez, "adelantado é "gobernador," conteniendo la carta escrita por Juan de Rojas á once de Setiembre, y un interrogatorio por el cual deberían ser examinados los testigos, con el fin de probar, cómo Alonso Hernández Puertocarrero, vecino de la villa de Sancti Espíritu, y Francisco de Montejo, vecino de la villa de San Cristóbal de la Habana, con el piloto Anton de Alaminos y el maestre Baptista, habían tocado recatadamente en un punto distante de la isla Fernandina, en un buque lastrado de oro, y sin detenerse á manifestar el oro al tesorero se marcharon de oculto, tomando un camino poco frecuentado por el cual llevaban peligro de perderse; inferíase de todo ello, que Puertocarrero y Montejo llevaban hurtado el navio, defraudando al rey la parte del tesoro que le correspondía. Declararon á contento los testigos por ante el escribano Vicente López, en virtud de lo cual el adelantado dió sus cartas para el asistente de la ciudad de Sevilla, jueces y oficiales de la Casa de la Contratacion de Indias de la ciudad de Sevilla y demas autoridades, " para prender los cuerpos á "los dichos Alonso Hernández Puerto Carrero é Francisco de Mon- "tejo é piloto Alaminos é maestre Bautista é á las otras personas "que con ellos fueren, é presos traellos á esta isla, la cual dicha "carta de justicia se dió de forma tal, que en la dicha razon cum- "plía, é se dió é entregó al dicho Gonzalo de Guzman." (1) Descúbrese en el tal mandamiento, más el intento de apoderarse del famoso barco lastrado de oro que de las personas culpadas.

A doce de Octubre 1519, escribían Diego Velázquez, Gonzalo de Guzman y Pánfilo de Narvaez, al obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca, dándole cuenta á su manera de lo ocurrido, pidiéndole favor y participándole la marcha de Gonzalo de Guzman para España, á promover lo conveniente, miéntras Pánfilo de Narvaez pasaría á las nuevas tierras á inquirir la verdad acerca de lo ocurrido. (2) En la

(1) Informacion recibida ante el gobernador y adelantado Diego Velázquez, sobre una expedicion sospechosa, emprendida desde la Habana, por Alonso Fernández Puertocarrero y Francisco de Montejo. Doc. de Indias, tomo 12, pág 151–204.

(2) Cartas de Diego Velázquez, Gonzalo de Guzman y Pánfilo de Narvaez, &c,— Doc. de Indias, tomo II, pág. 435–38.

misma fecha, doce de Octubre, escribía Diego Velázquez carta particular al obispo Fonseca, relatando los hechos, acusando á los viajeros de hurto y de haber tomado algunos indios de la estancia del Marien; en cuanto á las propias intenciones, dice haber dispuesto marche en un barco Gonzalo de Guzman en persecusion de los prófugos, y caso de no alcanzarlos, llegue á España para hacer relacion de todo al rey y á su S. I. S.: respecto de Pánfilo de Narvaez, "porque S. A. en aquellas tierras le hizo merced de su contador, he "acordado de le enviar á ellas y de le dar los poderes que de S. Á. "tengo, y de le enviar con todas las naos que en esta isla he podi-"do haber y la gente que me parció que al presente convenía, pa-"ra que S, M. en aquellas partes muy más servido pueda ser." (1) El siguiente, trece de Octubre, pidió Velázquez le diesen traslado de las instrucciones comunicadas por él á D. Hernando, á 23 de Octubre 1518, lo cual le fué otorgado por "el muy virtuoso señor Andres de Duero," alcalde de la ciudad de Santiago, puerto de la isla Fernandina, ante el escribano Vicente López. (2) Con estos recados salió Gonzalo de Guzman de la isla Fernandina á quince de Octubre. (3)

El veinte y seis de aquel mismo mes recibía Diego Velázquez una carta del Lic. Rodrigo de Figueroa, juez de residencia, justicia mayor y juez de la audiencia de Santo Domingo, recomendándole á Manuel de Rojas y Francisco de Santa Cruz. Con este motivo, contesta Velázquez á diez y siete de Noviembre 1519, refiriendo áun el tan repetido suceso, y rogando al magistrado diese cuenta de ello al rey y al obispo de Burgos, favoreciendo sus derechos y servicios. "Yo quisiera mucho, le dice, ir á las dichas tierras é is-"las nuevamente descubiertas, por dar órden como en ellas no se "hagan más daños é deservicios á SS. AA. de los que se han ofre-"cido, é las gentes naturales de aquellas partes padecían desagui-"sadamente, y á ponerlas y dejarlas en tal estado, que Dios Nues-"tro Señor y SS. AA. fuesen muy servidos, pero como esta isla es-

(1) Carta de Diego Velázquez, en la que relaciona la desobediencia de Hernando Cortés &c.--Documentos de Indias, tomo 12, pág. 246–51.

(2) Traslado autorizado de los capítulos é instrucciones que llevó Hernando Cortés, &c.—Documentos de Indias, tomo 12; pág. 225--46.

(3) En el documento se lee 5, evidente error de imprenta ó de copia, supuesto que el doce escribía la carta en compañía de Velázquez y de Narvaez.

"tá muy inficionada desta dolencia de las viruelas, é que con mi "ausencia podrían los indios della padecer, é asimismo considerando á que los hombres son obligados á cumplir más que con su sola voluntad, é acordado de para todo ello enviar á ellas á Pánfilo "de Narvaez, con todos los navíos que se han podido haber, é con "los más mantenimientos que en ellos se han podido meter, y con "mi informacion de todo lo que se ha de facer; é para que con más "diligencia todo se ponga en efecto, me parto hoy dia de la fecha "desta, del puerto de esta ciudad á la villa de la Trinidad é á San "Cristóbal de la Habana é Guaniguanigo, desde donde con toda "brevedad pienso despacharle, y despachada volverme por la tierra "adentro, viendo y visitando todas las villas é pueblos desta isla, é "á los caciques é Indios della, é saber como son tratados é curados "desta enfermedad." (1)

Desatinado el gobernador contra Cortés, gastaba profusamente sus recursos pecuniarios, ponía en ejercicio su autoridad, sin perdonar ni áun la violencia para aprestar una poderosa armada, suficiente para apoderarse de la persona del alzado capitan, castigarle y quitarle lo conquistado; no obstante lo gordo y pesado, recorría personalmente la isla, reclutando gente, previniendo mantenimientos y municiones. (2) Al rumor de aquellos preparativos, la audiencia de Santo Domingo, sin cuyo conocimiento se hacía la expedicion, quiso tomar parte en la querella á fin de evitar un escándalo. Al efecto, el veinticuatro de Diciembre se presentó el Lic. Juan Carrillo, promotor fiscal y público, ante el Lic. Rodrigo de Figueroa, pidiendo se hiciese informacion en el caso: exhibió las cartas de Diego Velázquez al Lic. Figueroa, á Miguel de Pasamonte, oidor en aquella audiencia, y á Pedro de Izázaga, contador mayor de cuentas por el rey, presentando varios testigos, entre ellos Gonzalo de Montoro, recien llegado de la Fernandina. La informacion tuvo lugar, tomando las declaraciones entre los dias tres al ocho de Enero, 1520, resultando conformes á lo indicado por el fiscal. (3) Resultado de la

(1) Carta que Diego Velázquez escribió al Lic. Figueroa, &c.—Documentos de García Icazbalceta, tomo I, pág. 399--403.

(2) Bernal Díaz, cap. CIX.

(3) El proceso y pesquisa hecho por la real audiencia de la Española é tierra nuevamente descubierta.—Documentos para la Historia de México, de Joaquin García Icazbalceta, tom I, pág. 404--410.

pesquiza, fué nombrar al oidor Lúcas Vázquez de Ayllon, para ir á la Fernandina con amplios poderes é instrucciones. Todo ello nos lo explica el nombrado, cuando escribía al rey:—" Visto esto por " nos, y que deste ayuntamiento de gente y armada se podrían se- " guir escándalos y muertes y mucho daño para la poblacion de la " una tierra y de la otra, y que pues Hernando Cortés había envia- " do el oro y muestra de la tierra á V. A., y estaba en ella en su " servicio, y V. M. con una provision real podrá mandar y proveer " y remediar en lo susodicho, no convenía que Diego Velázquez con " gente fuese ni enviase á ello, ni que entre los vasallos de V. C. " M. hobiese guerras ni debates, y que por tanto que había necesi- " dad que fuese una persona con poderes de esta real audiencia pa- " ra derramar el ayuntamiento de gentes que hubiese hecho, y para " pacificar y poner en sosiego todo lo necesario y proveer en todo lo " que al real servicio de V. M. conviniere; y para ello fuí yo señala- " do, para que en su real nombre fuese este viaje." (1) El Lic. Ayllon escribía al rey con fecha ocho de Enero 1520, asegurando que dos dias despues salía para la Fernandina. Miguel de Pasamonte, escribía tambien al rey, comunicándole aquellos acontecimientos en carta de quince del mismo Enero. (2)

Hácia mediados de Enero llegó Vázquez de Ayllon al puerto de Santiago en la isla Fernandina; no encontrando á Diego Velázquez y sabiendo que estaba en el puerto de la Trinidad, se dirigió para este último punto, teniendo el desabrimiento de no hallar lo que buscaba, pues el gobernador había ido catorce leguas adelante á Guaniguanico, miéntras Pánfilo de Narvaez permanecía en el puerto de Xagua con gran parte de la armada. Ayllon levantó una informacion de testigos en Trinidad, de la cual resultó haberse alistado la mayor parte de los hombres útiles, quedando solo en la isla algunos españoles dolientes; de los mismos indios se llevaban los más domésticos y mejores, todo con perjuicio de las haciendas del rey y de los particulares, con peligro ademas de no quedar fuerza suficiente para oponerse á un alboroto de los naturales, del cual había síntomas. Armado con aquel documento se dirigió al puerto de Xagua,

(1) Dos cartas escritas á S. M. por el Lic. Ayllon, &c.—Doc. para la Hist. de España, tom. I, pag 411.

(2) Carta de Miguel de Pasamonte, oidor de la isla Española, al emperador, &c. Coleccion de Gayangos, págs. 35 y sig.

en donde intimó á Narvaez, so graves penas, no saliese de la isla la gente ni parte de ella, sino que tomase su derrota para Guaniguanico á reunirse con el gobernador, lo cual cumplió dócilmente. Ayllon prosiguió para Guaniguanico, y ya presente Narvaez, notificó á Velázquez los poderes que traía de la audiencia, le hizo entender los muchos males que de la expedicion podían sobrevenir, indicándole no procediese por propia autoridad sino esperase la resolucion del rey á quien de todo se había dado cuenta, mandando expresamente no partiese la armada á parte alguna sin dejar en la isla guarnicion competente para defenderla de un alzamiento de los indios, á la sazon algo alborotados. (1)

Como desbaratar completamente la armada, con pérdida de los grandes esfuerzos y cuantiosos gastos impendidos, pareció inútil y áun contrario al buen servicio, Ayllon dió por escrito su parecer, adoptando el temperamento más acertado al parecer: dejando á los indios, y de los castellanos los suficientes para guardar la isla, se enviarían dos ó tres naos con bastimentos suficientes para vender y trocar, mandadas por dos personas prudentes, las cuales harían entender á Cortés, por medios pacíficos, las determinaciones reales, debiendo contentarse ellos con la respuesta que Don Hernando les diese, en tanto llegaban las provisiones reales; el resto de la expedicion se dirigiría al rumbo que les conviniese para ejecutar nuevos descubrimientos; se pudiera poblar en Cozumel con los españoles llevados ahí por una tormenta, ocupándose en traficar los barcos sobrantes. (2)

Conformóse de pronto Velázquez con aquel concierto; pero mal aconsejado por algunas personas de poco seso, declinó luego de la jurisdiccion de la audiencia, alegando no tener aquel cuerpo ninguna autoridad para enmendar sus acciones, sobre todo cuando su armada no tenía por objeto ir á combatir á Cortés, y prohibir la salida de las naos era en su perjuicio. No obstante los requerimientos de Velázquez, el oidor Ayllon se mantuvo inflexible, respondiendo se atuviese á lo mandado por la audiencia. Obligado por las cir-

(1) Carta escrita al rey por los oidores de la real audiencia de la Española, &c. Colec. de Doc. para la Hist. de España, tom. 1, pág. 495.—Relacion que hizo el Lic. Lúcas Vázquez de Ayllon, &c. Coleccion de Gayangos, pág. 39.

(2) Parecer que dió el lic. Ayllon en la isla Fernandina, &c. Colec. de doc. para la Hist. de España, tom. 1, pág. 476.

cunstancias el obstinado gobernador, si bien con intento de no cumplir lo pactado, convino en quedarse en la Fernandina; mandar en su lugar por capitan á Pánfilo de Narvaez; que llegada la armada á donde Cortés estaba, sin saltar la gente en tierra se le requiriera pacíficamente, si le recibiesen poblase ahí, mas si le resistiesen pasase á poblar adelante, mandando los barcos á descubrir tierras nuevas: de españoles y de indios debieron quedar en la isla los suficientes para la seguridad comun. Todo ello se dió por instrucciones á Narvaez, á pesar de lo cual, á fin de evitar los daños y escándalos que pudieran sobrevenir, el Lic. Ayllon determinó venir en la armada, como en efecto lo verificó. (1) El mismo oidor dió cuenta de lo ocurrido hasta entónces, en carta fechada en el puerto de Guaniguanico, á cuatro de Marzo 1520. (2)

(1) Carta de la audiencia de la Española. Docum. pág, 500.

(2) Dos cartas escritas á S. M. por el lic. Ayllon, &c. Doc. para la Hist. de España, tom. 1, pág. 483.—Doc. de Indias, tom. II, pág. 439.

CAPITULO VII.

Motecuhzoma Xocoyotzin.—Cacamatzin.

Pánfilo de Narvaez.—La armada.—Las viruelas.—Viaje.—Tránsfugas castellanos.—Tratos con Motecuhzoma.—Requerimiento á Sandoval en la Villa Rica.—El Lic. Ayllon preso y mandado á la Fernandina.—Narvaez en Cempoalla.—Disposiciones de Cortés.—Entrevista con Motecuhzoma.—Preparativos.—Cristóbal Pinedo.—Los capitanes Juan Velázquez de Leon y Rodrigo Rangel.—Conducta de Narvaez.—Fr. Bartolomé de Olmedo.—Juan Ruiz de Guevara.—Pareceres en el ejército.

II tecpatl 1520. Pánfilo de Narvaez era natural de Valladolid; había pasado al Nuevo Mundo, fijando su residencia en Jamaica. Cuando Velázquez emprendió la conquista de Cuba, sea con permiso de Juan de Esquivel, teniente de Jamaica, ó sea por propia voluntad, Narvaez pasó á la Fernandina al frente de treinta españoles flecheros, tomando parte activa en la sujecion de la isla, si bien mostrándose cruel con los indios. Velázquez le tomó mucho cariño, nombróle su capitan principal, y tanta confianza en él puso que llegó á ser la persona más autorizada en la colonia despues de su pro-

tector. Segun persona que le trató, "Este Pánfilo de Narvaez era un hombre de persona autorizada, alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba á ser rojo, honrado, cuerdo, pero no muy prudente, de buena conversacion, de buenas costumbres, y tambien para pelear con indios esforzado, y debíalo ser quizá para con otras gentes, pero sobre todo tenía esta falta, que era muy descuidado, del cual hay harto que referir abajo." (1)—Los contemporáneos le pintan como falto de ingenio, presumido, vano y orgulloso; tendría cuando pasó á México obra de cuarenta y dos años, "el rostro largo y la barba ru" bia, é agradable presencia, é la plática é voz muy vagorosa é en" tonada, como que salía de bóveda; era buen jinete, é decían que " era esforzado." (2)

La armada puesta á su mando se componía de diez y nueve naos entre barcos y bergantines, mil cuatrocientos soldados, entre ellos ochenta de á caballo, noventa ballesteros y setenta escopeteros; veinte tiros de artillería, abundantes pólvora y municiones, y ademas mil indios de Cuba, ya como auxiliares ó como sirvientes. (3) Respecto de los indios, Diego Velázquez ofreció al Lic. Ayllon no dejar ir ninguno, dando al efecto órden de sacarlos de los barcos; pero solapadamente había dejado aquella cantidad, los cuales infestados ya de la peste de viruelas fueron parte para propagarlas en México (4)

Las viruelas eran desconocidas en el Nuevo Mundo. Hacia el año 1518 debió traerlas algun español á la isla de Santo Domingo, del cual se contagiaron los naturales, quienes no sabiendo el modo de curarlas se daban á tratamientos perjudiciales: "como les na" cían, con el calor de la tierra y ellas que son como fuego, y á ca" da paso ellos tenían de costumbre, si podían, lavarse en los rios,

(1) Casas, Hist. de Indias, lib. III, cap. XXVI.

(2) Bernal Díaz, cap. CCVI.

(3) Bernal Díaz, cap. CIX.—El Lic. Ayllon (Doc. para la Hist. de España, tom. 1, pág. 500), dice: "fueron en ella más de seiscientos españoles en diez y seis navíos pequeños y grandes," y asegura lo de los mil indios de Cuba. Se comprende que Velázquez ocultó al Lic. el número exacto de la fuerza puesta en campaña.—Gomara, cap. XCVI, asegura se componía la armada de once naos y siete bergantines, con novecientos españoles, entre ellos ochenta de á caballo.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XVIII, repite lo de los once navíos y siete bergantines, omitiendo la cuenta de la gente de guerra.

(4) Relac. del Lic. Ayllon, Colec de Gayangos, pag. 42.

" lanzábanse á lavar con el angustia que sentían, por lo cual se les " encerraban dentro del cuerpo, y así, como pestilencia vastativa, en " breve todos morían," (1) Siguióse de aquí el aniquilamiento casi completo de la poblacion indígena en la isla. De Santo Domingo pasó el mal á las otras islas, y ya vimos que Diego Velázquez escribiendo al Lic. Rodrigo de Figueroa, con fecha 17 de Noviembre 1519, le decía respecto de Cuba; "pero como esta isla está muy in- " ficionada desta dolencia de las viruelas, é que con mi ausencia " podrían los indios della padecer," &c., lo cual indica que la dolencia era ya comun por toda aquella demarcacion.

La armada se dió á la vela del puerto de Guaniguanico pasado el cuatro de Marzo, aportó á Cozumel ó isla de Santa Cruz, recogiendo ahí algunos castellanos conducidos por una nave arrastrada por un temporal cuando iba al puerto de la Trinidad; muy pocos naturales encontraron ya, pues los más habían muerto de las viruelas, inoculadas por los indios que con los castellanos venían. (2) La armada costeó las costas de Yucatan, península reputada entónces isla, prosiguiendo por las playas de las tierras de Culua, hasta entrar en el rio de Grijalva, en donde se detuvieron para tomar agua y víveres; la gente saltó á tierra dirigiéndose al pueblo inmediato, en el cual solo encontraron á un viejo doliente, pues los habitantes habían huido; por medio de la lengua que llevaban se entendieron con dos indios y éstos sosegaron un tanto á sus hermanos, logrando acudieran con maíz, aves y tres mujeres de regalo para el capitan. Cuatro dias despues de salidos del rio les sorprendió una tormenta á la altura de las Sierras de San Martin, la cual dispersó las naos, perdiéndose seis de ellas con cincuenta castellanos; las demas llegaron casi juntas al puerto de San Juan de Ulúa, al mismo lugar en que un año ántes había desembarcado Cortés, en principios de Abril. (3)

(1) Casas, Hist. de las Indias, lib. III, cap. CXXVIII.

(2) Relac. de Ayllon, en Gayangos, pág. 42.

(3) Seguimos de preferencia la relacion del Lic. Ayllon, como testigo de vista. Bernal Díaz, cap. CX, asegura haberse perdido solo un buque de poco porte, mandado por un hidalgo llamado Cristóbal de Morante, pereciendo poca gente.—Prescott, Hist. de la Conq. tom. 1, pág. 514, precisa la fecha en que la armada llegó á San Juan de Ulúa, diciendo haber sido á veinte y tres de Abril; sea cual fuere la autoridad en que se funde, es imposible admitirla porque no puede ajustarse con los sucesos posteriores.

El barco en que Ayllon venía llegó de los primeros al puerto, en compañía de otras naos; en la madrugada de la noche en que aportaron, se presentó un español en una canoa pidiendo seguro; otorgado por el oidor y entrado á bordo el castellano, contó éste cuanto hasta entónces había ejecutado Cortés, haciendo la descripcion completa de *Tenestatan*, á la cual daban el nombre de Venecia la Rica, cómo estaba preso el rey con otros principales, del oro recogido y cómo le había repartido el general, de la mucha riqueza de la tierra, cómo estaba resuelto D. Hernando á resistir á Diego Velázquez y á las fuerzas que contra él enviase, por lo cual había dado órden á los naturales, que si otros castellanos viniesen era para hacerles daño, y en ninguna manera los acogiesen en el país. Ayllon hizo ir á tierra al castellano á fin de sosegar á los indios con buenas palabras, lo que parece haber ejecutado y conseguido, supuesto haber vuelto al barco acompañado de siete indios, á quienes se les ofreció toda seguridad. El blanco informó entónces de las casas de cal y canto, de la muchedumbre de la poblacion y cuán sosegado estaba todo, pues un solo español podía andar por la tierra sin que de los indios recibiese daño. (1)

Al dia siguiente llegó Narvaez con el resto de la armada; Ayllon le remitió al castellano con el secretario mismo de la audiencia. Informado largamente de cuanto apetecía, Narvaez en compañía de los capitanes pasó á bordo del navío del licenciado, para hacerle presente que las naos estaban en mal estado para navegar y como Cortés estaba metido la tierra adentro, pensaba desembarcar la gente y fundar una villa. Opúsose Ayllon al intento, objetando ser contrario á lo convenido con Diego Velázquez y á las instrucciones dadas al mismo Narvaez; aquello estaba poblado por Cortés y no tenía suficientes mantenimientos, por lo que, si quería hacer la villa, fuese en otro lugar mejor de los señalados por el español; ademas, establecerse aquí podía ser causa de alborotar á los indios entónces sosegados, dando motivo á choques y disturbios con los partidarios de Cortés. El presuntuoso Narvaez, sin tener en cuenta aquellas juiciosas amonestaciones, ni respeto alguno á oidor ni á audiencia, al dia inmediato desembarcó en el arenal la gente, caballos y artillería, poniendo la mano á fundar una villa, nombrando alcaldes ordinarios á

(1) Relac. del Lic. Ayllon, en Gayangos, pág. 43-44.

Francisco Verdugo, cuñado de Velázquez, y á Juan Yuste, criado y mayordomo del mismo gobernador, y regidores á Diego y Domingo Velázquez sus sobrinos, Gonzalo Martin de Salvatierra y Juan de Gamarra. (1)

La llegada de aquella expedicion no pudo ser más inoportuna. Rompía el prestijio acerca de los dioses, multiplicando á éstos y sus aparecimientos; los hacía aparecer enemigos unos de otros, interrumpía la paz hasta entónces establecida, y echaba por tierra cuanto en la sujecion del país Cortés tenía adelantado. La nueva de los hombres blancos se propagó en breve por todas partes, comunicada por los atalayas indios que velaban á lo largo de la costa; así acudieron prontamente algunos castellanos de los derramados por las provincias. Ademas del presentado á Ayllon, vinieron de hácia Chinantla, Cervantes el chocarrero, Escalona el mozo y Alonso Hernández Carretero, quienes muy bien recibidos por Narvaez, bien tratados y de beber copiosamente, le informaron del estado y condiciones del imperio, dándole cuantos pormenores sabían acerca de Cortés y de sus empresas: captáronse la voluntad del nuevo jefe contando horrores de su antiguo general. Aquellos desertores sirvieron tambien de intérpretes para con los indios. (2)

Como es natural comprender, Motecuhzoma fué informado de la presencia de las naves mucho ántes que Cortés. Luego dió sus órdenes á los señores de la costa para proveer de bastimentos á los nuevos teules, mandando secretamente á algunos nobles para cumplimentarlos, sin olvidar el acostumbrado regalo de joyas y mantas. Embajada y obsequio recibió Narvaez, dando por respuesta en agradecimiento, que Cortés y sus compañeros eran malos y ladrones, huidos de Castilla sin licencia de su soberano; mas luego que éste lo supo y se informó de los desaguisados que cometían, le había enviado á él, para prenderlos y remitirlos en los barcos como á perversos ó para matarlos si resistían; prometía al cautivo monarca remediar los males que le había causado y ponerle en libertad: á las promesas unió algo de los rescates que traía de Castilla. Semejantes noticias llenaron de júbilo á Motecuhzoma, quien por aquel medio se figuraba salir de manos de sus opresores; así, envió nueva

(1) Carta de la audiencia, pág. 502.—Relacion de Ayllon, pág. 45.

(2) Bernal Díaz, cap. CX.

embajada y regalo, repitiendo sus disposiciones para que los blancos fueran abundantemente abastecidos. (1) Por este tiempo informó Motecuhzoma á Cortés, ignorante aún de cuanto pasaba.

Entretanto, dueño de los secretos de D. Hernando, Narvaez comenzó á poner en planta sus designios. Puso correo á Juan Velázquez de Leon, su cuñado, avisándole de su venida, é invitándole á ir á su lado: este capitan no le contestó, y ántes bien, con las tropas que llevaba á Coatzacoalco, retrocedió para incorporarse á su general, á quien dió cuenta de lo ocurrido. Narvaez, para someter á los de la Villa Rica, entregó las provisiones de Diego Velázquez al presbítero Juan Ruíz de Guevara, al escribano Alonso de Vergara y á un hidalgo nombrado Pero de Amaya, con tres personas más para servir de testigos. Como sabemos, Gonzalo de Sandoval, amigo íntimo de Cortés, era teniente en la Vera Cruz; luego que supo de la armada y de su procedencia y objeto, retiró al pueblo de Papalotla los enfermos y desafectos al general, quedándose en la plaza con el resto: de éstos tomó juramento de fidelidad, y como en amenaza á los disidentes, alzó una horca sobre el cerro inmediato á la villa; para no ser sorprendido colocó exploradores en los caminos. A la noticia de los enviados de Narvaez, los vecinos se retrajeron á sus casas; Guevara y sus compañeros entraron á la iglesia para orar, dirijiéndose en seguida á la posada de Sandoval. En presencia uno de otro, Guevara hizo un largo razonamiento acerca de los derechos de Diego Velázquez y de la ingratitud de Cortés, terminando con notificarle fuese á dar la obediencia al señor Pánfilo de Narvaez. Sandoval, hombre resuelto y de génio violento, contestó: "Señor padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de S. M. que no Diego Velázquez y ese vuestro capitan; y porque sois clérigo no os castigo conforme á vuestra mala crianza. Andad con Dios á México, que allá está Cortés, que es capitan general y justicia mayor de esta Nueva España y os responderá; aquí no teneis más que hablar."—Era bravoso el clérigo y mandó al escribano leer las escrituras.—"No las leais, replicó Sandoval, pues no sé si son provisiones ú otra cosa."—Insistiendo Guevara y comenzando el escribano á sacar del seno los papeles, prorumpió Sandoval:—"Mirad, Vergara, ya os he dicho que

(1) Bernal Díaz, cap. CX.

no leais ningunos papeles aquí, sino id á México; yo os prometo que si tal leyéredes, que yo os hago dar cien azotes, porque ni sabemos si sois escribano del rey ó no; amostrad el título dello y si le traeis, leedlo; y tampoco sabemos si son originales de las provisiones ó traslados ó otros papeles."—Apurada la paciencia del ministro, gritó al escribano:—"¿Qué haceis con estos traidores? Sacad esas provisiones, y notificádselas."—"Mentís como ruin clérigo," interrumpió Sandoval: apoderóse de los mensajeros; á Juan Ruíz, Guevara y Amaya metió en amacas de red, y bajo la custodia del alguacil Pedro de Solis los despachó por la posta á México. Tomáronles en hombros los indios, mudábanse en los pueblos, y caminando dia y noche les llevaron á Tenochtitlan. (1) Narvaez no entraba con pié derecho en sus negocios: la defeccion de Velázquez y de Sandoval hubiera derribado la fortuna de Cortés.

Ayllon había caido enfermo, no obstante lo cual, sabiendo que los indios comenzaban á alborotarse, á la vista de las desavenencias de los blancos, salió á tierra para hacer presente á Narvaez lo mal encaminado de sus procederes, y á fin de dar fuerza legal á sus amonestaciones, comenzó cierta informacion por ante el secretario de la audiencia que en su compañía iba, nombrado Pedro de Ledesma. Enojado Narvaez por las informaciones, Ayllon mandó al secretario le notificase un mandamiento por el cual se le prevenía se fuese á poblar á otra parte, atento á que los castellanos comenzaban á internarse en la tierra cometiendo desafueros con los indios, y que si pretendiese requerir á Cortés, se le avisase para mandar persona que tambien le notificase las provisiones de la audiencia. Impacientado Narvaez con aquel censor, ántes de ser notificado, aquel mismo dia, despues de puesto el sol, entró en compañía de los alcaldes y regidores de la villa recien establecida, á la tienda de campaña ocupada por el oidor, los cuales, por medio del escribano le pidieron, mostrara los poderes que de la audiencia tenía; respondió haberlos exhibido ya en la Fernandina, siendo para todos de público y notorio, mas no obstante los presentaría. Oida la respuesta saliéronse á dar un pregon por el campamento, ordenando ninguno obedeciese ni prestase ayuda al Lic. Lúcas Vázquez de Ayllon. Tornaron luego á entrar en la tienda con alguaciles y gente arma-

(1) Bernal Díaz, cap. CXI.—Relac. del Lic. Ayllon, pág. 45.

da, diciendo resueltamente al oidor se embarcase luego de grado, porque si no le obligarían por la fuerza. En balde el magistrado pidió favor á la justicia, echó mano á la persona más cercana para prenderla, y apellidó sin fruto á su alguacil mayor, pues á pesar de su resistencia fué conducido y puesto preso en la nave en que venía: todo esto fué obra de una media hora.

Colocado en la nao, mudaron maestre y tripulacion por otros de confianza, prendieron igualmente al secretario y al alguacil mayor, poniéndoles en naves separadas, é incomunicados. Así permanecieron por algun tiempo, hasta que á fines de Abril, ordenó Narvaez fuesen llevados á Cuba, para ser entregados á Diego Velázquez; al efecto, quedaron alistadas dos naves, en la una pusieron á Ayllon y en la otra al alguacil mayor y al secretario, tomando juramento á la marinería. Separadas las naos durante la travesía, la de Ayllon aportó á la pequeña isla de Lobos, en la costa Norte de la Fernandina; aquí logró el oidor, no obstante el prestado juramento, que al maestre y marineros fuesen á la isla de Santo Domingo, por lo cual dejando en Cuba á Juan Velázquez, al piloto y los guardas con una carta para Diego Velázquez, la nao fué á surgir al pequeño puerto de San Nicolás; saltó en tierra el Lic. Ayllon, atraveso á pié la isla y llegó á la ciudad de Santo Domingo, tres y medio meses despues de su partida. (1) Meses despues, cuando el secretario Pedro de Ledesma pudo regresar á la Española, dió nueva cuenta la audiencia, á diez de Noviembre. (2)

El atropello cometido en un individuo de la audiencia, los desatinados manejos de Diego Velázquez y de su teniente, fueron parte á menoscabar el influjo de que en la corte gozaba, impidiéndole triunfar de su antagonista Cortés cual pudiera con más juicio. Poco despues del suceso, Narvaez abandonó el arenal trasladándose á Cempoalla, en cuyo teocalli, llamado ya de Nuestra Señora, puso su cuartel. Su atencion principal consistió en apoderarse de cuanto pertenecía á D. Hernando y á los suyos, en oro, mantas ó mujeres, de las que habían quedado en poder de sus familias; en balde lo resistía el cacique gordo y se quejaba de los desafueros cometidos

(1) Carta de la real audiencia de la Española, págs. 506 y sig.—Relac. de Ayllon, en Gayangos, págs. 45–49.

(2) La audiencia de Santo Domingo, y en su nombre el Lic. Ayllon, &c. Documentos de Indias, tom. 12, pág. 251.

por la chusma indisciplinada, pues caso ninguno le hacía, siquiera para ganar su amistad. (1) El desacordado capitan y sus soldados querían enriquecer pronto sin reparar en los medios; Narvaez unía á una sórdida codicia la miseria más vergonzosa; guardábalo todo, escatimándolo á sus partidarios, sin nada repartir á capitanes y peones, andando de contínuo, diciendo á sus mayordomos con voz entonada: "Mirad que no falte ninguna manta, porque todas están "puestas por memoria." (2) El establecimiento de los blancos en Cempoalla atrajo un terrible azote sobre Anáhuac. Los vecinos de Cozumel llevaron el contagio de las viruelas á la vecina Yucatan: en Cempoalla enfermó un marinero negro, según algunos, esclavo de Narvaez, nombrado Francisco Eguía, y de éste y de los indios de Cuba se propagó el mal entre los naturales, causando en todo el país terribles estragos. El mal capitan venía acompañado de la guerra y de la peste.

Miéntras esto pasaba en la costa, D. Hernando en México no tenía más noticias que las comunicadas por Motecuhzoma, y andaba perplejo entre si aquellos barcos serían socorro traido por los procuradores ó pertenecían al gobernador de Cuba. A principios de Mayo se le presentaron algunos indios de los que en la costa del mar moran, diciéndole como hácia las Sierras de San Martin habían visto diez y ocho barcos, si bien ignoraban de quién fuesen. Tras estos llegó un natural de la Fernandina, con carta de Alonso de Cervántes, quien estaba en la costa para que si navíos viniesen les diese razon de D. Hernando y de la vecina villa de la Vera Cruz: en la misiva se hablaba de sólo un navío, el cual creía ser el de los procuradores; cuando llegase al puerto saldría de la duda y vendría á informar acerca de ello. (3) Nos parece que este Alonso de Cervántes es el español que se presentó al Lic. Lúcas Vázquez de Ayllon, luego que éste llegó á Ulúa.

D. Hernando sabía que no podía ser un sólo barco, ya por las noticias de los indios, ya por las pinturas que le enseñó Motecuhzoma; para indagar la verdad, despachó á Diego García, Francisco Bernal, Francisco de Orozco, Sebastian Porras y Juan de Limpias, dándo-

(1) Bernal Díaz, cap. CXIV.

(2) Bernal Díaz, cap. CXIII.

(3) Cartas de Relac. pág. 115--16.—Residencia contra D. Hernando Cortés, Juan de Mancilla, tom. I, pág. 246.

les por instruccion, se dividiesen por los dos caminos que de la costa subían á México, á fin de encontrar á los mensajeros que de allá viniesen; si no diesen con ellos, irían hasta el puerto, en donde vestidos y tiznados á modo de los indios, espiarían á los recien venidos, informándose de cuanto pudieren, regresando lo más pronto posible á participar el resultado de su comision. Andrés de Tapia recibió órden de marchar á la Villa Rica para inquirir lo allí acontecido; al mismo tiempo salían correos para Velázquez de Leon á Coatzacoalco, y para Rodrigo Rangel en Chinantla, mandándoles se detuviesen en el lugar en que se encontrasen hasta nueva órden. Dadas estas primeras providencias, el activo D. Hernando hizo construir astas para lanzas, miéntras fabricaban los herreros las puntas para hacer picas. (1)

Con gran impaciencia vió correr hasta quince dias sin recibir nueva alguna, hasta la llegada de unos méxica que con pinturas vinieron á Motecuhzoma; de ellos supo estar reunida la armada y haber desembarcado hasta ochocientos hombres, mandándole avisar sus emisarios no podían venir por estar detenidos en el campamento. Sea que en realidad ignorara quién fuese el jefe de la expedicion, sea que le importara aparentarlo, escribió una carta é hizo poner otra á los concejales de la Villa Rica, á la sazon en México, dirijida al capitan y gente al puerto llegados, dándoles parte de lo hasta entónces acaecido en la tierra, de todo lo cual se había dado cuenta al rey de España; pediáseles por merced, mandasen decir quiénes eran; si eran vasallos del rey de Castilla, avisasen si por su órden venían á poblar, ó si pasaban adelante ó habían de retroceder, en cuyo caso, si traían alguna necesidad se les remediaría en cuanto se pudiese; mas si no eran castellanos, fuera de remediarles la necesidad que trajesen, se les requería en nombre del rey, que se fuesen y no saltasen á tierra, apercibidos de que si lo contrario hicieren, él iría contra ellos con todo su poder, así de españoles como de indios, á prenderlos y matarlos como á extranjeros entrometidos en los reinos y señoríos del rey de Castilla. Ambas cartas fueron confiadas á Fr. Bartolomé de Olmedo, respetable por su carácter sacerdotal, entendido y segun apareció despues, hábil negociador. (2)

(1) Cartas de relac. págs. 116.—Residencia contra Cortés, Andrés de Monjaraz, tom. 2, págs. 45 y sig.

(2) Cartas de relac. pág. 117.—Gomara, Crón, cap. XCVII.—Como se advierte, Cortés coloca la salida de México de Fr. Bartolomé, ántes de la llegada del clérigo

Cinco dias despues de la partida del religioso, vino mensajero á decir á Cortés, como á las goteras de la ciudad estaban ciertos presos, que de la Villa Rica le remitía Sandoval: eran en efecto, el presbítero Juan Ruíz de Guevara, con sus compañeros Vergara y Amaya, quienes venían conducidos por el alguacil Solis y veinte castellanos. Llegaban despues de haber viajado de una manera bien singular. Metidos en hamacas de redes y tomados en hombros de los indios, que á trechos se remudaban, caminaron de dia y de noche con tal celeridad, que en cuatro dias fueron puestos en México: los tres emisarios de Narvaez, si bien molestos y aturdidos del raro caso que por ellos pasaba, creían soñar ó ir encantados, descubriendo los inmensos países por donde los llevaban, mirando las grandes poblaciones del tránsito, los trajes y desconocidas costumbres de naturales, no ménos que el aspecto enteramente nuevo de los objetos. Instruido D. Hernando por la carta de su teniente Sandoval, mandó poner en libertad á los prisioneros, hizo les sirvieran un banquete, y para recibirlos dignamente les mandó caballos, en los cuales hicieron su entrada decorosa en Tenochtitlan. Ya en el cuartel, disculpó la viveza de carácter de Sandoval, procurando por todos los medios, captarse la voluntad de los tres prisioneros. (1)

De ellos supo, y principalmente de Guevara, cuanto le convenía saber; la fuerza de la armada, las instrucciones dadas por Diego Velázquez, los procedimientos é intenciones de Pánfilo de Narvaez, los sentimientos del ejército, su organizacion y recursos. D. Hernando, conocedor de los hombres y mañero en el arte de ganarlos, con palabras cariñosas, largas ofertas, dádivas de joyas y tejuelos de oro, á cabo de dos dias tuvo por los mejores y más blandos amigos á los tres mensajeros; la transformacion fué tan completa, que segun un testigo de vista, "donde venían muy bravosos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores." (2) No sólo dieron las noticias apetecidas, sino entregaron más de cien cartas de que eran portadores, dirijidas á los vecinos de la Villa Rica, conteniendo promesas para los desertores, amenazas para quienes permanecieran fieles. (3)

Guevara, miéntras Bernal Díaz, cap. CXII y Herrera colocan estos sucesos en órden inverso: nosotros seguimos la relacion del general.

(1) Bernal Díaz, cap. CXI,

(2) Bernal Díaz, cap. CXI.

(3) Cartas de Relac. págs. 118--19.

Concertadas aquellas amistades, D. Hernando dejó volver á Cempoalla á los tres mensajeros. Dióles una carta para Narvaez, conciliatoria y solapada; se alegraba mucho, le decía, de que fuese el capitan de la hueste, pues ellos eran ciertos y muy antiguos amigos; extrañaba por lo mismo no le hubiera escrito ni mandado mensajero para hacerle saber su llegada, y ántes bien, como si todos no fueran vasallos del mismo rey, revolvía á los indios é intentaba sobornar á los castellanos; se intitulaba capitan general y teniente de gobernador por Diego Velázquez, habiendo fundado una villa con alcaldes y regidores en una tierra ya poblada en nombre del rey, y en la cual había justicia y cabildo; le pedía y requería pues, si algunas provisiones reales traía, las presentara ante él, D. Hernando y el regimiento de la Vera Cruz, para ser obedecidas como mandamiento de su rey y señor natural; no podía él ir á verle, porque no debía dejar la ciudad, por no abandonar al señor que tenía preso, ni el oro y joyas recogidas. Tambien escribió al Lic. Ayllon, quien no recibió la carta por haber marchado para la Fernandina cuando Guevara llegó al campamento; iban tambien cartas para el secretario Andrés de Duero, y tal vez para otras personas, no faltando una gran cantidad de promesas y buenas palabras, acompañadas de cosas más sustanciosas, como joyas de oro. (1)

Por un contraste palpable, miéntras Narvaez descomponía lo mejor ordenado, á Cortés salían bien todos sus planes. El mismo dia en que salió de México el presbítero Guevara, llegó correo de la Vera Cruz, dando aviso de lo acontecido: Andrés de Tapia, caminando á pié por el dia, conducido por la noche en una hamaca en hombros de los indios, llegó en tres y medio dias á la villa; cuando Sandoval había despachado presos á los mensajeros de Narvaez. Envalentonados los indios con las promesas del capitan recien venido, resistían trabajar en las fortificaciones y acudir con los víveres; súpose en ésto que Narvaez se trasladaba á Cempoalla para poner su cuartel, en consecuencia de lo cual, Sandoval y Tapia resolvieron abandonar la puebla, internándose á la montaña á buscar abrigo en el pueblo de un señor de los devotos, todo con el fin de evitar un choque imposible de resistir con tan poca gente. (2)

(1) Cartas de relac. págs. 120--21.—Bernal Díaz, cap. CXII.
(2) Cartas de relac. pág. 122.—Relac. de Andrés de Tápia, pág. 587.

Para poner término á semejante estado de cosas, Cortés resolvió salir al encuentro de su enemigo. Preciso era dejar una guarnicion en la ciudad para custodia de Motecuhzoma y del tesoro; para mandarla fué escogido el capitan Pedro de Alvarado, apellidado Tonatiuh por los méxica; quedaron bajo su mando ochenta y tres hombres, entre ellos diez arcabuceros, catorce ballesteros y siete caballos; (1) poco despues se aumentó hasta la suma de ciento veinte ó ciento treinta hombres, con ciertos soldados mandados de Chalollan; con los aliados eran quinientos hombres. Quedáronse en México los afectos ó sospechosos de afecto á Velázquez, con los peones ménos sueltos y dispuestos, con el P. Juan Díaz por capellan; púsose el cuartel en estado de defensa por medio de algunos reparos, fueron colocados en batería algunos falconetes y cuatro piezas gruesas, quedando abundantes municiones que no podían faltar, porque había mucho almacen y gran repuesto de pólvora. Dejóse abundante provision en copia de maíz traído de Tlaxcalla, pues escaseaban los mantenimientos en el Valle, ademas de gallinas y otros bastimentos. (2)

Atento debía estar Motecuhzoma á lo que entre los castellanos pasaba, aunque combatido por encontrados y confusos pensamientos. Visitábale Cortés, si bien no con la misma asiduidad de ántes, sin decirle gran cosa de sus proyectos; ámbos recelaban uno de otro, precisamente por estar informados de cuanto no querían comunicarse. Había, en efecto, demasiado para trastornar un ingénio superior al del monarca: los teules de Malinche no eran los únicos hijos de Quetzacoatl, pues muchos más habían brotado de las ondas del Océano: hablaban la misma lengua traían los mismos trajes, usaban de las mismas armas, adorando idénticas divinidades; pero se odiaban á muerte, pues se denostaban cuanto en su mano estaba y se aprestaban á combatirse. En poder de los pocos estaba corriendo peligro de la vida, despojado de su libertad, de su señorío y de su oro; solapadamente se había puesto en relacion con los muchos, quienes le ofrecían dejarle libre y castigar á sus opresores. Consideradas las ventajas y los peligros de su anómala posicion, el infeliz

(1) Bernal Díaz, cap CXIV.—Cortés. Relac. pág. 122, asegura haber dejado quinientos hombres en la fortaleza; deberá entenderse entre castellanos y aliados, pues de solo españoles el ejército entero no contaba otros tantos.

(2) Cartas de Relac. pág. 122.—Bernal Díaz, cap. CIXV.

cautivo no podía acertar en lo más mínimo. Ménos podía comprender lo que pasaba hablando con Cortés, quien le ocultaba por completo la verdad; con razon pudo exclamar pesaroso en una de las entrevistas con su guardian: "en verdad que yo no os entiendo." (1)

D. Hernando, en compañía de los intérpretes Aguilar y Marina, fué á ver á Motecuhzoma diciéndole mandase traer astas de pino para hacer picas, pues quería salir para la costa contra las gentes allí llegadas, para traerlas atadas á México. Preguntóle el monarca ¿si no todos eran del mismo señor? Respondió Cortés, sí eran; pero como su gran rey tenía tantas naciones bajo su dominio, él y sus compañeros eran de Castilla, por lo cual les decían castellanos, miéntras los recien llegados eran vizcainos, con el habla revesada y como los otomíes de México; á estos últimos no se los enviaba el rey de España, sino que se venían desmandados y él iba á prenderlos y castigarlos, á cuyo fin le pedía gente de guerra. Ofrecióle Motecuhzomr echar de la tierra á los intrusos, lo cual no consintió Cortés pues quería hacerlo por su persona. Entónces el monarca le ofreció, como á su yerno que era, pues le tenía por casado con su hija, que de las guarniciones de la costa pondría á su disposicion cien mil hombres de guerra con treinta mil tamene y los necesarios bastimentos, á cuyo efecto, así como para honrarle le acompañarían algunos señores principales; como garante de su promesa dió á Cortés y á otros castellanos, plumajes y collares, cual acostumbraba con sus caudillos al salir á la guerra. (2) Semejante ejército no pareció despues, ignoramos si por falta del emperador ó por no necesitarle Cortés; si aquel procedió con doblez, demasiado perspicaz era éste para dejar de conocer la falsía.

Terminados los preparativos de marcha, D. Hernando fué á despedirse de Motecuhzoma; le encargó mucho cuidase del capitan Tonatiuh y de su gente, no debiendo faltarles los mantenimientos; que procurase la seguridad del tesoro, velando porque ni guerreros ni sacerdotes interrumpiesen la paz, pues si lo contrario hiciesen, lo pagarían con la vida á su regreso; reverenciarían la imájen y cruz colocadas en el teocalli; teniendo "limpio el lugar, adornado con ramas

(1) Bernal Díaz, cap. CXV.

(2) Bernal Díaz, cap. CXV.—Residencia de Cortés, declaracion de Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 183.—Declaracion de Andrés de Monjaráz, tom. 2, pág. 48.—Declaracion de Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 221.

y flores, encendidas candelas de cera de dia y de noche." Ofreció cumplirlo todo Motecuhzoma, añadiendo, enviaba con él ciertos principales, los cuales le guiarían por tierras del imperio y le proverían de cuanto hubiera menester; le rogaba que si la gente contra la cual iba era mala, se lo mandase avisar para levantar gente de guerra que fuese á pelear con ella. (1) En cuanto á Alvarado, le dió por principal consigna no dejar escapar al prisionero: encargó á los soldados guardaran extricta disciplina, y para asegurarse de su fidelidad, les tomó juramento sobre un misal, á quienes le acompañaban, de no apartarse de su lado ni abandonarle, á los que se quedaban, de obedecer á Alvarado en cuanto les mandase. (2)

Como hemos visto, aunque en el pequeño ejército de Cortés había muchos partidarios de Diego Velázquez, sólo tres de los castellanos esparcidos por el país habían desertado la bandera, pasándose al enemigo. La guarnicion de México presentó un sólo ejemplo. Poco ántes de la salida de Cortés, un ballestero llamado Cristóbal Pinelo ó Pinedo, abandonó el cuartel dirigiéndose al campamento de Narvaez; sabedor de ello el general, envió á Gerónimo de Aguilar para decir á Motecuhzoma diese órden á sus vasallos para prender al fugitivo y traerle á México; contestó el monarca no ser aquello posible porque el castellano iba armado de ballesta; entónces insistió Cortés diciendo, que si por bien no le tomaban, le matasen y así muerto le trajesen. (3)

Los capitanes, por fortuna de D. Hernando, le permanecieron fieles. Como hemos visto, Juan Velázquez de Leon recibió la carta de su cuñado Pánfilo de Narvaez, mas en lugar de contestarla la envió original al general, reunió la fuerza de su mando y tomó el camino para la ciudad de Chalollan. Rodrigo Rangel se encontraba á la sazon poblando en la provincia de Chinantla; luego que supo la llegada de las naos, lo participó al general poniéndose inmediatamente en marcha; en el pueblo de Tataltetelco exigió juramento á la hueste de ser fiel á D. Hernando y á él como su capitan, en lo cual consintieron los ciento diez hombres de su mando; por el camino ponía guardas á la gente para que no desertase, llevando su celo hasta

(1) Cartas de Relac. pág. 123.—Bernal Díaz, cap. CXV.
(2) Resid. de Cortés; Francisco de Vargas, tom. 2, pág. 306.
(3) Resid. de Cortés; Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 184.

echar en un pié de amigo á Francisco de Lugo por mostrarse partidario de Velázquez: con estas precauciones llegó á Chalollan. (1)

Narvaez en Cempoalla dejaba pasar el tiempo, ó más bien lo malgastaba con su entonada conducta. El torpe procedimiento, contra Ayllon había hecho muchos descontentos; por esta causa Pedro de Villalobos, un portugués y siete soldados más se pasaron á la Vera Cruz, en donde Sandoval los recibió con el mayor agasajo. (2) A su tiempo llegó Fr. Bartolomé de Olmedo al campamento; "era hombre astuto; bien hablado y de buen entendimiento," no obstante lo cual fué recibido con desabrimiento por Narvaez, díjole ser el objeto de su venida ajustar el medio de conservar la paz, sin dar motivo á un rompimiento en perjuicio del rey y de los castellanos; desdeñosamente le escuchó Pánfilo, respondiendo no darse á partido porque Cortés y todos sus compañeros eran traidores, y como el religioso replicara que no eran sino buenos servidores del rey, le maltrató de palabras en público. Semejante descortesía le enajenó aún más el ánimo de Fr. Bartolomé, quien secretamente repartía las cadenas y joyas de oro que traía, convocando y atrayéndose á las personas principales de la hueste, notablemente á Andrés de Duero. (3) Debe tenerse presente que con el buen mercedario iba un Usagre, artillero de Cortés, hermano de un artillero de los del campo de Narvaez. (4)

En esta sazon llegó al campamento el presbítero Juan Ruíz de Guevara, con sus compañeros Vergara y Amaya; dió el primero á Narvaez los recados de que era portador, exaltando delante de la multitud las prendas de D. Hernando, extendiéndose acerca del tamaño y riqueza de la tierra, terminando con proponer, atendido á ser muy grande lo ya descubierto, que partiesen términos escogiendo cada uno de ellos las provincias que les conviniese. Narvaez rechazó el concierto como contrario á los poderes recibidos de Velázquez, tratando mal á los mensajeros: desde entónces cogió mala voluntad al clérigo y al escribano, evitando su conversacion y trato. Ellos se desquitaron trabajando en contra del desacordado capitan, y como los vieron ir ricos "y les decían secretamente á los de Nar-" vaez tanto bién de Cortés y de todos nosotros, é que habían visto

(1) Recid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 6.
(2) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XXI.—Bernal Díaz, cap. CXIII.
(3) Bernal Díaz. cap. CXII.
(4) Herrera, déc. II, lib. XI, cap. XX.

"tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego de los "naipes, muchos de los de Narvaez deseaban ya estar en nuestro "real." (1)

El ejército se dividió en muchos pareceres. Querían los unos evitar á todo trance un rompimiento é irse con Cortés para gozar sosegadamente de las riquezas, miéntras pretendían otros apoderarse como más numerosos de los tesoros adquiridos por los ménos, haciéndose ricos sin ninguna costa. Algunos eran de parecer no transigir en manera alguna, postrando á sus contrarios á fuerza de armas. (2) Distinguíase entre estos últimos un hidalgo, veedor en el ejército, por nombre Salvatierra, quien prometía cortar las orejas á D. Hernando y comerse asada una de ellas. (3) Si las crónicas no mienten, el bravoso capitan era para bien poco durante la batalla. Su grande enojo dimanaba de haber sido blanco de una burla. Estando todavía en el arenal, Sandoval mandó al campamento dos espías españoles en hábito de indios, vistos por Salvatierra les mandó con desprecio fueran por yerba para su caballo; obedecieron, trajeron lo pedido y luego permanecieron impasibles sentados en cuclillas. Al oscurecer, y en sazon oportuna, ensillaron y enfrenaron el caballo con los arneses del capitan, huyendo para la Villa Rica no sin llevarse otro caballo cojo que en el campo pacía. Conocida inmediatamente por burla de los castellanos, Salvatierra fué la risa del campamento. (4)

(1) Bernal Díaz cap. CXII.
(2) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XX.
(3) Bernal Díaz, cap. CXII.
(4) Bernal Díaz, cap. CXV.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XXI.

CAPITULO VIII.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

Sale Cortés de Tenochtitlan.—Reunion en Chalollan.—Socorro pedido á los indios.—Cristóbal Pinelo.—Vuelta de Fr. Bartolomé de Olmedo.—El escribano Alonso de Mata.—Marcha y negociaciones.—Otra vez Fr. Bartolomé en el real de Narvaez.—Visita de Andrés de Duero.—Sus compromisos.—Juan Velázquez de Leon en Cempoalla.—Conferencia orilla del rio de Canoas.—El ejército de Narvaez toma posiciones.—Discurso de Cortés á sus parciales.—Preparativos.—Asalto de Cempoalla.—Toma de la artillería.—Combate contra el teocalli.—Ataque á los aposentos de Narvaez.—Herida y prision de éste.—Ríndese el campamento.—Disposiciones tomadas por Cortés.—Avila quita las provisiones á Narvaez.—Sumision de la flota.

II tecpatl 1520. Lo pronto en la concepcion con lo rápido en la ejecucion, eran dotes salientes en el carácter de D. Hernando. Acompañado de unos ochenta peones escogidos, armados á la ligera: sin indias ni servicio salió por la calzada de Iztapalapam para ir en busca de su enemigo. (1) Motecuhzoma, llevado en andas á

(1) Admitimos que esta marcha fué en principios de Mayo, lo cual evidentemente se demuestra por las jornadas hasta llegar á la costa y dias trascurridos hasta la de-

hombro de sus nobles, si bien, custodiado por Pedro de Alvarado y los castellanos, salió á dejar al general hasta la orilla de la ciudad, en donde se despidieron abrazándose cordialmente. Ignoraban que debían volverse á ver en muy distintas circunstancias. Acompañaban al general algunos nobles méxica, segun lo ofrecido, los cuales se fueron volviendo del camino, pretextando cansancio ú otros motivos, aunque en realidad para dar cuenta á Motecuhzoma de cuanto diariamente acaecía. (1) No eran en realidad compañeros, sino espías.

A marchas largas, tomando el camino por entre los volcanes, aquel puñado de determinados llegó en breves dias á Chalollan. Aquí estaban Juan Velázquez de Leon y Rodrigo Rangel con sus huestes; entresacados los soldados dolientes y los sospechosos, los cuales fueron enviados á reforzar la guarnicion de México, el resto se unió de toda voluntad á la bandera del general. Reunidas las tres partidas formaban un efectivo de unos trescientos hombres escogidos; (2) para granjearles la voluntad les repartió Cortés dos petacas de joyas, traidas por Juan Velázquez de la provincia de Tochtepec, regalando á cada peon uno ó dos collares de oro. (3) Bien conocía el astuto general el adagio de, dádivas quebrantan peñas.

Salido de Chalollan envió del camino á Francisco Rodríguez y á Diego García para Tlaxcalla, á fin de pedir á los señores Maxixcatzin y Xicotencatl mandasen en su socorro diez mil guerreros. Sea que la señoría estuviese pendiente de la lucha que se entablaba entre los teules, sin aventurarse á tomar parte por ninguno de los bandos, ó bien por razones que se nos escapan, respondieron: que

rrota de Narvaez. No hemos contradicho á Cortés cuando aseguró que las primeras noticias de la venida de su rival las tuvo *entrante el mes de Mayo*, (pág. 115); pero en realidad esto es falso, como sus mismas cuentas de dias lo demuestran.—"130 Item: si saben quel dicho D. Hernando Cortés salió desta cibdad de México, con hasta ochenta hombres de á pié é de á caballo doce ó trece, é recogió despues hasta duscientos é cincuenta con todos peones, allegándose hacia do el dicho Narvaez vernía." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 354.

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. I.

(2) Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 6 y sig.

(3) De Juan Velázquez de Leon ciento cincuenta hombres; de Rodrigo Rangel ciento diez, y ochenta de D. Hernando, formando un total de trescientos cuarenta, de los cuales hay que rebajar los enviados á México.

si para pelear contra indios fuera, darían el contingente pedido y mucho más; pero para combatir contra los teules, sus bombardas y caballos, no se atrevían á dar auxilio alguno. (1) A Juan González de Heredia mandó á Chinantla á levantar gente: aquellos naturales usaban en la guerra grandes lanzas, las cuales manejaban con suma destreza, creyendo le serían útiles entre la caballería de Narvaez. Pero González de Trujillo llevó la misma mision á Huexotzinco, y fué el único por entónces, que se incorporó al general con cuatrocientos guerreros de aquella señoría. (2) Segun parece, Cortés estimaba poco la compañía de aquellos soldados amedrentados por los caballos y las armas de fuego, si bien pretendía dar á entender á sus enemigos españoles la grande influencia que sobre los naturales ejercía. (3)

Junto á Tepeyacac (4) los indios salieron al encuentro de D. Hernando trayendo en una hamaca el cadáver ensangrentado y con varias heridas de Cristóbal Pinelo, el ballestero salido de México para irse al campo de Narvaez: le mataron los indios en cumplimiento de las órdenes comunicadas por el general, quien cerciorado del hecho hizo apartar de su vista los sangrientos despojos, recojió la ballesta y prosiguió su viaje. (5)

A quince leguas de Cholollan dió con el ejército Fr. Bartolomé de Olmedo, de vuelta de su mision á Cempoalla. Traía carta de Narvaez para Cortés, diciendole venía con provisiones y poderes de Diego Velázquez para mandar en la tierra; al efecto había ya fundado una villa, y le prevenía fuese á Cempoalla á obedecer y cumplir las provisiones. Perentoria y seca era la carta, mas no hizo mella alguna en el ánimo del general. Contentáronle y mucho los informes de su enviado; por él supo la prision y embarque del Lic.

(1) Bernal Díaz, cap. CXV.—Prescott, tom. 1, pág. 525, apoyado en la autoridad de Herrera, déc. II, lib. X, cap. I, asegura que Cortés entró en Tlaxcalla, en donde fué recibido con franca y cordial hospitalidad. No lo veo confirmado por Cortés ni por Bernal Díaz, contradiciéndolo los testigos presenciales examinados en la Residencia, cuyo documento seguimos por guía.

(2) Resid. de Cortés, Juan Tirado, tom. II. pág. 7: Andrés de Monjaraz, pág. 48.

(3) Herrera, dec. II, lib. X, cap. I.

(4) Tepeaca hoy, en el Estado de Puebla.

(5) Resid. de Cortés. Gerónimo de Aguilar, tom, 2, pág. 284. Lorenzo Suárez, tom. II, pág, 284. Andrés de Monjaraz, tom. II, pág. 71. Francisco Verdugo, tom. , pág. 389. Juan de Mansilla, tom. I, pág. 272.

Ayllon; cuanto había pasado entre Narvaez y Motecuhzoma de promesas y regalos, las fuerzas con las cuales contaba su enemigo y la situacion del campamento. El presuntuoso capitan estaba resuelto á hacerse obedecer de Cortés y sus parciales, y si no le conseguía de grado, había dispuesto venir sobre México á prenderlos; decía palabras descomedidas, echaba bravatas y valentías, é hizo alarde de la jente delante del religioso, con disparo de la artillería de tierra y de las naos; diciendo con entono: "Mirad cómo os podeis "defender, si no haceis lo que quisiéremos." (1) Por lo demas confirmábase lo dicho por Ruiz de Guevara; el porte orgulloso y miserable del capitan, traía descontenta la hueste; las riquezas de Cortés tentaban la codicia de muchos, estando más dispuestos en general á un avenimiento que á un combate. No hay que decir, que el diestro religioso había sembrado copiosamente en el campamento, el oro del general y sus propias insinuaciones.

Prosiguiendo el camino encontraron en Quecholac (2) al escribano Alonso de Mata, en compañía de Bernardino de Quesada y de tres testigos castellanos. Luego que descubrieron á D. Hernando se apearon del caballo, le saludaron, y Mata, sacando unos papeles de una bolsa, dijo venir de parte de Narvaez á notificar ciertas provisiones; comenzaba á leer, cuando Cortés le interrumpió preguntándole ¿con cuál carácter hacía la notificacion? Respondió que como escribano del rey.—Mostradme el título, le objetó D. Hernando.—Desconcertado Mata, dió por disculpa haberle dejado en el campo con otras cosas suyas. Faltando el título que acreditaba al mensajero, Cortés ordenó al alcalde Rodrigo Rangel prendiera al supuesto escribano y á sus cofrades, lo cual se hizo en efecto, asegurándolos en el cepo y quitándoles las provisiones. Extrañas costumbres de aquellos soldados, pretendiendo ocultar tras los procedimientos judiciales de ardides y enredos, sus violencias y desafueros. En la tarde los puso libres, regalóles ámpliamente oro y joyas, y tan amorosamente les habló, que puestos en libertad, al volver al campamento se hacían lenguas de D. Hernando. El sagaz capitan tenía una varilla mágica á la que nada resistía. Llamó mucho la atencion de aquellos enviados, el lujo que ostentaban en cadenas y joyas

(1) Cartas de relac. pág. 123-24.

(2) Quechula ó Quechola hoy, Estado de Puebla.

de oro los peones de México, puestas sobre las armas y los desgarrados vestidos. (1)

En Ahuilizapan (2) se presentaron Juan de Limpias, Porras y Francisco Bonal; aquellos castellanos enviados como espías por D. Hernando desde México, tornaban á dar cuenta de cuanto habían visto en el campamento de Narvaez. (3) Dos dias permanecieron en aquel pueblo detenidos por las lluvias; aprovechó Cortés la demora enviando al escribano Pero Hernández en union de Rodrigo Alvarez Chico con un mandamiento para Narvaez, ordenando á éste, so ciertas penas, viniera inmediatamente á ponerse á sus órdenes con todos los de su compañía. El general pretendía herir por los mismos filos; mas, como era de esperarse, Narvaez no hizo caso ninguno del mandamiento y puso presos á los mensajeros. (4)

Avanzando siempre con precaucion, tomando los caminos en que mejor pudieran defenderse de la caballería de los contrarios, si por ventura salían á su encuentro, llegaron á Cuautochco. (5) Aquí se presentaron nuevos negociadores de parte de Narvaez; eran los principales los dos clérigos Juan Ruiz de Guevara y Juan de Leon, con Andrés de Duero. Traían carta de Narvaez y los mandamientos del principio, si bien un tanto modificados: Cortés le entregaría la tierra reconociéndole por capitan general, y en tal caso, le daría las naves con los mantenimientos necesarios para ir con los suyos adonde quisiese, sin poner impedimento en cuanto apeteciesen llevar consigo. D. Hernando se mantuvo firme en sus pretensiones, respondiendo se le mostrase la provision real que ordenaba entregase la tierra; si tal existía, se le notificara ante el cabildo de la Vera Cruz; "se- " gun órden y costumbre de España," pues estaba dispuesto á obedecerla y cumplirla; pero miéntras la cédula no le fuese presentada, él y los suyos estaban dispuestos á defender la tierra conquistada, reteniéndola en nombre de SS. AA. Desechadas igualmente otras proposiciones, se concertaron al cabo en que Narvaez con diez de sus

(1) Bernal Díaz, cap. CXV.—Resid. de Cortés, Antonio Serrano de Cardona, tom. I, pág. 180. Juan de Mansilla, tom. I, pág, 247. Juan Tirado. tom. II, pág. 8. Andrés de Monjaraz, tom. 2, pág. 49.

(2) Aulicaba, Orizagua, &c., &c. hoy Orizaba, en el Estado de Veracruz.

(3) Resid. de Cortés, Andrés de Monjaraz, tom. 2, pág. 49.

(4) Resid. de Cortés, Juan de Mansilla, tom. I, pág. 248.

(5) Huatusco hoy, en el Estado de Veracruz.

parciales y Cortés con igual número de los suyos, se viesen en un lugar determinado; aquel notificaría las provisiones, y éste respondería conforme á su derecho: ambas partes darían por escrito el seguro para la entrevista. Cortés mandó el seguro con los mensajeros; mas al recibir el de Narvaez, el P. Olmedo le mandó avisar no concurriese, porque se trataba de darle muerte durante la conferencia; por esto escribió á Narvaez diciéndole, que sabida su mala intencion no acudiría á la cita. (1)

D. Hernando oponía tenaz resistencia á darse á partido con Narvaez; mas con su sagacidad acostumbrada sabía apoderarse de cuantos elementos se le ponían al alcance. De aquellos tres nogociadores, Juan Ruiz de Guevara estaba ya ganado; Juan de Leon se ablandó á influjo de las dádivas, en cuanto á Andrés de Duero, era aquel mismo secretario de Velázquez, que tanto había influido en Cuba para el nombramiento de Cortés, concertádose con éste en los provechos de la expedicion, en compañía de Amador de Lares, ya para este tiempo difunto. (2)

Cortés no aceptaba los conciertos, sin dejar por esto de andar en continuadas negociaciones, y acercándose contínuamente á su inerte enemigo. Para tomar una resolucion definitiva vino á situarse en el pueblo de Tampanequita. (3) Al dia siguiente llegó Gonzalo de

(1) Cartas de Relac. pág. 125-26,—Bernal Díaz, cap. CXVII.—Resid. de Cortés, Juan Tirado, tom. 2, pág. 9.—"125 Item: si saben que abiendo acebtado el dicho partido el dicho Pánfilo de Narvaez, ternía concertado de poner mucha xente en celada para matar al dicho D. Hernando Cortés, é dello fué avisado el dicho D. Hernando Cortés por Rodrigo Alvarez Chico, veedor que á la sazon era ido al real del dicho Narvaez, por mandado del dicho D. Hernando Cortés, á dar órden en la concordia." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 352.

(2) Bernal Díaz, cap. CXIX.

(3) Bernal Díaz, cap. CXV, nombra las dos poblaciones de Tempanequita y Mitalaguita, "que ahora son de la encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla." La primera la encontramos ortografiada Panguenezquita, Tapaniquita, Tempaniquita, Tampaniquita; Torquemada corrige Tapanimeta, y Clavigero escribe Tapanacuetla. Entre las poblaciones actuales del Estado de Veracruz, ninguna encontramos correspondiente á estos nombres: han desaparecido. En el plano MS. de aquel litoral, del alcalde mayor Alvaro Patiño, 1580, segun la direccion seguida por Cortés, la distancia asignada, y teniendo en cuenta el estropeo sufrido por las palabras aztecas, nos parece que Tempaniquita es el escrito en el mapa Tepazacualco, en la época indicada todavía existente. En cuanto á Mitalaguita es evidentemente el Metlangutla del plano de Patiño, palabra estropeada por Mictlancuauhtla, poblacion importante en aquella provincia, nombrada en la matrícula de tributos y en las relaciones históricas, y de la cual tenemos hecha mencion.

Sandoval con hasta sesenta hombres de la guarnicion de la Villa Rica, entre ellos los castellanos que se habían pasado á consecuencia de la prision de Ayllon. (1) En Tampanequita fué escrita nueva carta á Narvaez, firmada por los capitanes y principales soldados, repitiendo los conceptos ya dichos; que si quiere irse á poblar á otra tierra lo haga en toda libertad, mas que se abstenga de alborotar la tierra, pues entónces irán contra él á prenderle para enviarle á Castilla, siendo de su cargo y culpa cuantos males por ello puedan acaecer: Cortés como capitan general de la tierra tiene derecho para castigar el gran desacato cometido por Narvaez, por lo cual le cita y emplaza para dentro de tercero dia, pues éste es crimen de lesa magestad. La misiva fué confiada á Fr. Bartolomé de Olmedo, quien provisto de cartas secretas para muchas personas, de buena cantidad de joyas y en compañía de Bartolomé de Usagre el artillero, partió segunda vez para el campo enemigo. (2)

Como se advierte, aquellas demandas y respuestas no reconocían fundamento en el derecho, siendo únicamente una simple ficcion legal. Los nombramientos de Cortés y de Narvaez no eran de orígen real; dimanaban de Diego Velázquez, y bajo este aspecto tenían la misma validez. Alzado Cortés con la armada, Velázquez pudo revocar los poderes que le confirió, y pasarlos á quien bien le placiera: no obraba en justicia D. Hernando resistiendo los mandatos de su legítimo superior. Para resistirlo, tenía á la mano la ficcion legal. Al recibir su nombramienno de capitan general y justicia mayor por el cabildo de la Vera Cruz: una vez renunciado el cargo obtenido de Diego Velázquez, su investidura le venía directamente del rey mismo: puesto así fuera de la jurisdicion de su enemigo, podía sostener su derecho para exigir á Narvaez enseñase las provisiones reales, que no tenía ni podía tener, único caso en que estaría obligado á dar entera obediencia. Sin embargo, tambien D. Pánfilo había fundado una villa, que á la cuenta tenía la misma validez é idéntica representacion que la Villa Rica, de la cual no supo sacar partido el torpe jefe. (3)

Llegado Fr. Bartolomé del campamento repartió cartas y dádivas

(1) Bernal Díaz, cap. CXV.

(2) Bernal Díaz, cap. CXVI.

(3) Véase acerca de ésto la opinion de Oviedo, lib. XXXIII, cap. XII.

cual Cortés se lo había encargado, entendiéndose muy bien con Andrés de Duero, ganando entre otros á Rodrigo Mino y á Usagre encargados de la artillería, y á Agustin Bermúdez, capitan y alguacil mayor del real. No fueron tan recatados los manejos del religioso, que Narvaez no los sintiera, resolviendo por ello el ponerle preso; pero le disuadieron Andrés de Duero y otros hidalgos, representándole el respetable carácter del culpado, como sacerdote y embajador: el mismo Duero hizo entender á Narvaez, que muchos de los partidarios de Cortés estaban dispuestos á entregarse, evitando por los medios posibles un rompimiento. Hasta entónces la carta de D. Hernando no había sido entregada, y por instigaciones del mismo Duero, á efecto de saber los secretos del religioso, éste fué convidado á comer por Narvaez. Hechas así las pases se apartaron ambos á un patio para hablar en secreto, y el religioso le dijo: "Bien entendido tengo que vuestra merced me quería mandar prender; pues "hágole saber, señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su "real que yo, y tengo por cierto que muchos caballeros y capitanes "de los de Cortés se querrían ya ver en las manos de vuestra merced; y ansí, creo que vendrémos todos; y para más le traer á que "se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvaríos "firmada de los soldados, que me dieron diese á vuestra merced, "que no la he querido mostrar hasta agora, que vine á pláticas, "que en un rio la quise echar por las necedades que en ella trae; "y esto hacen todos sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya "desconcertar." (1)

Pidió la carta Narvaez, y aunque el religioso la llevaba consigo, pretextó ir por ella á la posada, con objeto de que se reunieran algunos capitanes; volvió en efecto con la misiva, diciendo al entregarla á Narvaez: "No se maraville vuestra merced con ella, que ya "Cortés anda desvariando; y sé cierto que si su merced le habla con "amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae." Dada lectura en público á la carta, se vió no contener nada de sometimiento, sino ántes bien el emplazamiento que se le exigía: éste fué un medio astuto de hacer conocer á todos un documento, que de otra manera hubiera quedado desconocido y sin respuesta. Narvaez prorumpió en palabras de ira, haciéndole coro el bravoso Salvatie-

(1) Bernal Díaz, cap. CXVII.

rra, miéntras los demas capitanes se reían: Duero dijo: "Ahora yo "no sé como sea ésto; yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés y todos se le darán á vuestra merced y "¡escribir ahora estos desvaríos!" Terció en la conversacion Agustin Bermúdez, siguiendo por el mismo tema, y proponiendo al general que él Bermúdez, Duero y el Salvatierra fuesen de nuevo á entenderse con D. Hernando. Salvatierra no admitió la encomienda, si bien se concertó tener una entrevista para apoderarse de Cortés, trama, que como más arriba dijimos, fué comunicada por Fr. Bartolomé al general. El P. Olmedo permaneció en el real, captándose la voluntad de todos, al grado de llegar á ser diario comensal del bravo Salvatierra. (1)

Cortés con su campo se adelantó á Mictlancuauhtla. Aquí se le incorporó el soldado Tovilla, mandado á Chinantla, ya para levantar gente de guerra, ya para traer lanzas con puntas de cobre fabricadas por los indios de la provincia. En efecto, llegó con hasta doscientos indios de carga; conduciendo trescientas picas con puntas de cobre templado, mucho mejores que las muestras que se les habían mandado; estaban destinadas á contener la numerosa caballería de Narvaez, á cuyo efecto el Tovilla enseñaba el manejo á los peones, adestrándoles en la manera con que habían de recibir á los jinetes. Con esto se tomaron las últimas disposiciones: hecho alarde de la gente se encontraron "ducientos seis, contados atambor é "pífano, sin el fraile, y con cinco de á caballo y dos artilleros y po- "cos ballesteros y ménos escopeteros." (2)

En aquel lugar se presentó Andrés de Duero, trayendo al artillero Bartolomé de Usagre y seguido de dos indios de Cuba. Si bien traía por pretexto seguir las comenzadas negociaciones y llamar al capitan Juan Velázquez de Leon de parte de su cuñado Narvaez, parece que la realidad era venir á exigir el primitivo contrato de particion celebrado en la Fernandina, cuando fué nombrado Cortés comandante de la armada. D. Hernando reconoció el compromiso, sin andarse escaso en promesas, dando á entender á su sócio, que

(1) Bernal Díaz, cap. CXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXVIII. A nuestro entender debe leerse para el número de los peones, *trecientos* diez y seis, cuando ménos: nos autoriza la cantidad de las partidas de que el ejército se componía, aumentado con la fuerza de Sandoval. En el capítulo ciento veinte escribe "doscientos sesenta y seis soldados."

cuando Narvaez estuviese muerto ó preso, ambos quedarían por señores de la Nueva España y se partirían el oro y los pueblos; para lograrlo se pondría de acuerdo con Agustin Bermúdez y con otros hidalgos hasta salir airoso en la empresa. Juntando obras á palabras le cargó de oro los dos indios, así para él como para repartir en el campo, entregándole ademas cartas y tejuelos de oro para muchas personas. "Estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia " que llegó hasta otro dia despues de comer, que era dia de Pascua de Espíritu Santo." Despidióse de todos amigablemente: y ya á caballo fué adonde estaba Cortés: "¿Qué manda vuestra merced? Que " me quiero ir;" y respondióle: "que vaya con Dios, y mire, señor " Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos " platicado, si nó, en mi conciencia (que así juraba Cortés), que ántes de tres dias con todos mis compañeros seré allá en vuestro " real, y al primero que le eche lanza será á vuestra merced, si otra " cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado." Y el Duero se rió y dijo: "No faltaré en cosa que sea contrario de servir á vues-"tra merced." (1) Ido Duero llamó D. Hernando á Juan Velázquez de Leon, rogándole con blandas palabras fuese á ver á Narvaez, pues deseaba hablarle, encargándole se adornase con sus cadenas de oro y principalmente de la *fanfarrona*, llamada así por su valor y mucho peso; para honrarle le dió por compañero á su propio mozo de espuelas Juan del Rio. Aceptó Velázquez llevando largas instrucciones de su jefe, " y dijeron que le envió Cortés por des-" cuidar á Narvaez." (2)

Dos horas despues de la marcha de Velázquez de Leon, el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval apellidó á los cuadrilleros ó cabos de filas, Canillas el atambor y Benito Veguer el pífano, tocaron la

(1) Bernal Díaz, cap. CXIX.

(2) Bernal Díaz, cap. CXIX.—Resid. de Cortés. Juan de Mansilla, tom. I, pág. 248.—Fijan los autores la derrota de Narvaez en la Pascua de Espíritu Santo, de donde infiere Clavigero, tom. 2, pág. 237, haberse verificado el suceso el domingo veintisiete de Mayo. Otra cosa se infiere de la relacion de Bernal Díaz. Segun lo copiado arriba. "Estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia que llegó hasta otro " dia despues de comer que era dia de pascua de Espíritu Santo." La pascua comprendía los tres dias domingo, lúnes y mártes. Así, Duero llegó á Mitlancuauhtla el sábado veintiseis de Mayo, y permaneció hasta el domingo veintisiete despues del medio dia. En la misma fecha salió Velázquez de Leon y se puso en marcha el ejército.

llamada, y el pequeño ejército se puso en marcha en direccion á Cempoalla. Mataron por el camino dos puercos de la tierra, lo cual tuvieron como señal de victoria, pernoctando al raso en un repecho cerca de un arroyo. (1)

Juan Velázquez de Leon se dirijió apresuradamente á Cempoalla á donde llegó al amanecer; luego que Narvaez lo supo, salió á su encuentro con la mayor cortesanía, le hizo sentar cabe sí, comenzando á departir acerca de los negocios que les preocupaban. Extrañó Narvaez á su cuñado, siguiera la causa de un traidor como Cortés, á lo cual contestó Velázquez, defendiendo á su capitan y todo su bando como leales servidores del rey. Propuso Velázquez un avenimiento pacífico, el cual fué rechazado por Narvaez; éste á su turno propuso á su cuñado pasarse á su campo, ofreciéndole por ello ventajas y galardones, lo cual rechazó á su turno Velázquez, indignado de ser desertor de su bandera. Al terminar la conversacion no sólo no habían llegado á convenio, sino que los ánimos estaban á más no poder agriados, y tanto, que Narvaez dispuso prender á su deudo; hecho público el deseo, acudieron Andrés de Duero, Bermúdez, Fr. Bartolomé de Olmedo, los clérigos Ruiz de Guevara y Juan de Leon, con otros hidalgos, disuadiéndole de dar un paso desacertado bajo muchos conceptos. Velázquez de Leon, fuera de su parentesco con Narvaez, era deudo inmediato del gobernador D. Diego Velázquez, emparentado con muchos de los principales oficiales de la armada, y como era apuesto, comedido, de presencia agradable y varonil, gozaba de gran reputacion é influencia entre los soldados. Por consejo de los buenos hidalgos, para procurar siempre un arreglo, Narvaez convidó á comer á su cuñado; más valiera no hubiera sido. Durante la mesa, se entabló plática de Cortés, y el animoso jóven Diego Velázquez, sobrino del gobernador del mismo nombre, pronunció palabras descomedidas; le atajó el Juan con palabras agresivas, defendiendo á su general, siguiéndose una reyerta, pusieron ambos mano á la espada y acuchilláranse, si no se pusieran por medio los hidalgos presentes. Narvaez dió órden de salir inmediatamente del campamento, á Velázquez de Leon, al P. Olmedo y á Juan del Rio; tomadas prontamente las cabalgaduras, los

(1) Bernal Díaz, cap. CXIX.

tres viajeros se dieron á caminar con velocidad, temiendo ser alcanzados por la caballería de los contrarios. (1)

Cortés se puso en marcha al amanecer del lúnes veintiocho de Mayo, atravesó con los suyos la parte de la costa, y como hacía gran calor á horas del medio dia, se pusieron á sestear orilla del rio de Canoas, hoy de la Antigua. Uno de los corredores del campo, vino á dar aviso de ciertos hombres que á caballo venían; en efecto, presentáronse á poco los tres despedidos de Cempoalla, quienes fueron recibidos con grande alegría, siguiéndose sabrosas pláticas. Velázquez de Leon traía dos cartas, la una de Narvaez, la otra de Andrés de Duero; para darles lectura, Cortés hizo reunir el cabildo de la Villa Rica, representado allí por el alcalde Rodrigo Rangel, el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, los regidores Juan Rodríguez de Villafuerte y Cristóbal de Olid, con Alonso de Ávila, alcalde mayor y capitan de la guardia del general. Narvaez escribía las exigencias y amenazas de siempre; Duero indicaba al general se cuidase, pues sus soldados le llevaban á la carnicería. (2) Siguióse la plática, en que Velázquez relató punto por punto sus aventuras en Cempoalla; Fr. Bartolomé, "como era muy regocijado y sabialo muy bien representar," excitó la risa de sus oyentes contando cuanto había hecho para atraerse el afecto de Narvaez y de Salvatierra, hasta el grado de haber alcanzado, que delante de Velázquez se hiciese alarde de la gente, consiguiendo engañarles á su antojo. Cortés debió recibir en secreto noticias de mayor sustancia, pues á poco de terminada la conversacion, se dió órden de marcha; movióse el ejército y fué á acampar orillas de un rio cerca de Cempoalla; (3) es decir, el rio Chachalacas, cerca de una puente entónces ahí construida.

Los cempoalteca, por mandado de su cacique y de los blancos, espiaban los movimientos de los de Cortés; al verles dirijirse al rio, ellos corrieron á Cempoalla, dando aviso que los teules se acercaban: el cacique gordo dijo á Narvaez: "¿Qué haceis que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catá-

(1) Bernal Daz, cap. CXX.

(2) Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 9.

(3) Bernal Díaz, cap. CXX.

redes será aquí y os matará." Aunque burlando de las palabras del aviso, Narvaez se apercibió al combate, pregonando la guerra á fuego y sangre y á toda ropa franca. Movido el ejército fuera del pueblo, paró á cerca de un cuarto de legua de distancia, escogiendo campo por el cual fueron distribuidos y colocados peones, ballesteros y escopeteros, los tiros y la caballería. Llovía copiosamente, peones y jinetes firmes en sus puestos, sobre un suelo anegado y resbaladizo, vieron pasar las horas sin que se presentase el enemigo; entrada la noche y no habiendo noticia alguna, se ordenó la retirada, cuando capitanes y soldados estaban calados por el agua, transidos de frio y quebrantados por el cansancio. Vuelto Narvaez á Cempoalla, tomó sus disposiciones para pasar la noche; veinte de caballo en el patio de su aposento; escopeteros y ballesteros en la parte superior del teocalli, para su custodia y de las personas de Salvatierra, Gamarra y Juan Bono; los cañones quedaron asestados delante de los cuarteles. Risas y donaires siguieron á lo que llamaron falsa alarma; discurrían los bravosos que Cortés no se atrevería á llegar al pueblo con tan poca gente; dióse público pregon ofreciendo dos mil pesos á quien matase á Cortés y á Sandoval, y tomada esta precaucion, que pareció eficaz, general y ejército se entregaron confiadamente al descanso. La palabra secreta fué Santa María. (1)

Los partidarios de Cortés permanecían junto al rio, calados tambien por el agua; mas eran todos veteranos acostumbrados á la fatiga y la intemperie. Al caer la tarde del lúnes veintiocho, D. Hernando montó á caballo, llamó á la hueste, le impuso silencio, "y "luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan "bien dichas ciertas otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas, "que yo aquí no sabré escribir." (2) Recordóles sus servicios durante las tres expediciones de descubrimiento; las muchas batallas en que habían combatido, con los riesgos y peligros á que se habían expuesto; cuántos sacrificios y guerras habían gastado para sojuzgar la tierra; y ahora de improviso, un intruso, sin provisiones reales, sin derechos legítimos, se presenta á quitarles cuanto habían ganado, perdiendo muchos tal vez hasta la vida, segun era el encono del

(1) Bernal Díaz, cap. CXXI.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.

caudillo. "Yo soy uno, continuó, é no puedo hacer por más que "uno: partidos me han movido que á sola mi persona estaban bien; "é porque á vosotros os estaban mal no los he aceptado: ya veis lo "que dicen, y pues en cada uno de vos está esta cosa, segund lo "que en sí sintiese de voluntad de pelear ó querer paz, aquello di- "ga cada cual, é no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis, "aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros, cómo en "el real de los contrarios se platica y tiene por cierto que vosotros "me llevais engañado á me poner en sus manos: por ende cada uno "diga lo que le parece." Todos ó los más, le satisfacieron á lo de "llevalle engañado, é en lo demas le rogamos afectuosamente que "él dijese su parecer; é muy importunado de todos para que prime- "ro lo dijese, dijo como enojado: "Digoos un refran, que se dice en "Castilla, que es, muera el asno ó quien le aguija; y este es mi pa- "recer, porque veo que hacer otra cosa, á todos é á mí será grande "afrenta; é no porque hagamos lo que ellos quisieren, aseguramos "todos las vidas, ántes algunas correrán riesgo; pero sobre mi pare- "cer ved el vuestro, é cada cual tiene razon de decir su parecer." "E luego todos unánimemente alzamos una voz de alegría, dicien- "do: "Viva tal capitan que tan buen parecer tiene:" é así lo toma- "mos en los hombros muchos de nosotros, fasta que nos rogó le de- "jásemos." (1)

Cerrada la noche, llegó al campo un soldado llamado el Galleguillo, "que se vino huyendo aquella noche del real de Narvaez, ó le envió el Andrés de Duero," (2) el cual informó de cuanto en Cempoalla había pasado y disposiciones adoptadas para la defensa de los cuarteles. D. Hernando distribuyó rondas y escuchas, dejando á la tropa se entregara al sueño. Ni una palabra habíá soltado acerca de sus planes; cosa ninguna reveló de sus inteligencias en la plaza enemiga: conténtose con ganar el ánimo de la hueste, haciéndola sabedora de la necesidad en que estaba de combatir, fiando el resultado en sólo su valor, sin tener en cuenta los auxilios extraños que llegada la ocasion podrían faltarle. Siempre se mostró el caudillo reservado, precavido y astuto.

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 588,- 89.—Resid. de Cortés; Juan de Mansilla, tom. 1. pág. 249. Juan Tirado, tom. 2, pág. 10, Andrés de Monjaraz, tom. 2; pág. 50. Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 186.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXI.

Muy adelantada la noche, Cortés hizo poner en pié á la gente sin tocar atambor, y dirijiéndose á la multitud la dijo: "Señores, ya "sabeis que es muy ordinario en la gente de guerra, decir, "al alba "dar en sus enemigos;" é si hemos sido sentidos, á esta hora nos es- "peran nuestros contrarios; é si no nos han sentido, pues no pode- "mos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando é holgar lo que "nos quedase desde que háyamos vencido, que gastallo con la pa- "sion que el frio nos dá:" é así nos levantamos é nos hizo otra plá- "tica, diciendo que áun tiniemos tiempo de acordar si sería mejor "pelear ó no; é respondiéndole que queriamos morir ó vencer, ca- "minó." (1)

En aquel punto fueron tomadas las disposiciones para el asalto. El jóven capitan Pizarro, con sesenta soldados mancebos, se apoderarían de la artillería, y logrado, irían sobre el teocalli en que Narvaez se aposentaba. El alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval, con ochenta peones escogidos debía apoderarse de Narvaez, á cuyo efecto había recibido un mandamiento escrito, concebido poco más ó ménos en estos términos: "Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor de "esta Nueva España, por S. M., yo os mando que prendais el cuer- "po de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiese, matadle, que así "conviene al servicio de Dios y de S. M." (2) Juan Velázquez de Leon con sesenta hombres, combatiría el cuartel de Diego Velázquez, con quien aquel día había tenido la brega. Cortés, al frente del resto de la fuerza acudiría á donde fuera menester; así se preparaban cuatro ataques simultáneos, sostenidos por la reserva, debiendo concentrarse el mayor empuje sobre la posada de Narvaez. Se recomendó guardar el mayor silencio, la más estricta disciplina, y no separarse por ningun motivo de las filas: palabra para apellidarse: Espíritu Santo. Pregonóse en alta voz, que quien primero pusiera la mano en Narvaez, recibiría tres mil pesos de premio, dos mil el segundo y mil el tercero. Iban á ponerse en marcha los tercios, cuando corrió la voz de haber desaparecido el Galleguillo; todos se dieron á pensar que era espía del enemigo, sobresaltándose, porque de esta manera estaban descubiertos sus planes; pero bien

(1) Relacion de Andrés de Tapia, pág. 589.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII. Relac. de Andrés de Tapia, pág. 589. Resid. de Cortés; Andrés de Monjaraz, tom, 2, pág. 50.

presto desapareció la alarma, pues le hallaron dormido debajo de unos arbustos. (1)

La hueste se puso en marcha á la sordina: llovía áun y la oscuridad era profunda. Los cuarenta jinetes encargados de defender el camino, al mando de Andrés de Duero y de Agustin Bermúdez, no fueron encontrados en su puesto. Sobre el vado del rio sorprendieron á dos escuchas: Alonso Hurtado huyó á su campo gritando: "al arma, al arma, que viene Cortés:" Gonzalo Carrasco fué hecho prisionero, y si bien quiso amedrentar al general, diciéndole no pasase adelante porque el ejército de Narvaez estaba prevenido para resistirle; amenazado de ser ahorcado de una lanza tomada por dos jinetes, confesó la disposicion en que estaba el campamento: Cortés entregó el preso á la guarda de su secretario, Pedro Hernández (2) " E su compañero que se huyó dió mandado en su real; é allá se creyeron que íbamos allí á nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para el alba dar en ellos; é así tornaron é mandar que reposase la gente, é al alba saliesen al campo; é con todo el capitan y ciertos gentiles hombres se armaron é estaban despiertos é hablando en nuestra ida é teniéndonos por locos." (3)

Poco ántes del pueblo, dejaron en una quebrada los caballos y el poco fardaje, al cuidado de Marina y del paje Juan de Ortega. Puestos de rodillas hicieron oracion, abrazáronse unos á otros pidiéndose perdon de los agravios que hubieren cometido, como quien se prepara á morir; "y Fr. Bartolomé de Olmedo, sin que nadie se " levantase, les hizo decir la confesion general, pedir á Dios perdon, " prometer la enmienda de la vida, hizo la forma de la absolu- " cion." (4)

Puestos en pié, devorando la distancia á paso redoblado, penetraron en Cempoalla al cuarto de la modorra, precedidos por el atambor sonando la carga. Los centinelas avanzados huyeron gritando: "Arma, arma;" los tercios se precipitaron á cumplir cada cual su consigna. Pizarro con los mancebos arremetió á la batería; para defender los tiros del agua ó por otra causa, los oidos estaban tapados con cera y pocos artilleros asistían en sus puestos; cuatro

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.
(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.—Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 11.
(3) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 589.
(4) Herrera, dec. 11, lib. X, cap. II y IV. Resid. Juan Tirado, tom. 2, pág. 11.

disparos hicieron pasando las pelotas por alto, y sólo una dió en los asaltantes matando tres hombres. La caballería que debía apoyar las piezas no fué de ningun provecho. "E el marques tuvo aviso de "cortar é hacer cortar los látigos de las cinchas de los caballos, que "como pensaban desde á poco salir del campo, todos tenían ensilla- "dos sus caballos y comiendo; é algunos que acudien á enfrenarlos, "como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caien, ó "desde á poco." (1)

Velázquez de Leon se dirijió contra el teocalli, defendido por el jóven Diego Velázquez y el punto confiado á Salvatierra; más aunque este capitan se fingió enfermo; los lugares se defendieron briosamente al grito de "Viva el rey y Diego Velázquez." Cortés, quedando á retaguardia apoyaba el empuje general y como los soldados de Narvaez acudían á la defensa pocos á poços, les quitaba las armas y tomaba prisioneros.

Delante de los aposentos de Narvaez estaban colocados algunos tiros pequeños; sobrecogidos los artilleros, cebaban sobre la cera con que estaba tapado el oido, sin lograr producir un disparo. Sin esfuerzo alguno, Sandoval se apoderó de aquella artillería, trepando en seguida con sus ochenta veteranos las gradas del teocalli, defendido valientemente por Narvaez y los hidalgos que le acompañaban. Subían briosamente los asaltantes escalon por escalon, pero recibidos con denuedo, detuvieron el avance y áun perdieron algunas gradas. Socorridos por Pizarro con parte de sus compañeros, recobraron lo perdido, empujaron á sus contrarios hasta el atrio superior, haciéndoles encerrar dentro de los aposentos. Trabóse rudo combate por forzar la entrada, penetraron algunos, y de improviso se oyó á Narvaez diciendo: "Santa María, váleme, que muerto me han, y quebrado un ojo." Al oir aquellas voces, los triunfantes veteranos prorumpieron gritando: "Victoria, victoria por los del nombre del "Espíritu Santo, que muerto es Narvaez." No obstante, los del aposento se defendían obstinadamente, hasta que Martin López pegó fuego á los techos que eran de paja; la llama y el humo desalojaron á los defensores, quienes salieron y se precipitaron sobre sus enemigos con intento de tomar la gradería para escapar; mas todos

(1) Relac. de Andrés de Tapia, pág. 590. Bernal Díaz, cap. CXXII. Resid. de Cortés; Alonso Perez, tom. 2, pág. 85.

quedaron prisioneros. Entónces fué preso Narvaez; quien primero le puso mano fué Pero Sánchez Farfan, "é yo (Bernal Díaz), se lo " dí al Sandoval y á otros capitanes del mismo Narvaez que con él " estaban todavía dando voces y apellidando: " Viva el rey, viva el " rey, y en su real nombre Cortés; vitoria, vitoria, que muerto es " Narvaez." (1)

Cuando tomaron preso á Narvaez, se le vió un ojo quebrado; creyéndose en gran peligro de perder la vida exclamó: " Hidalgos, por amor de Dios no me mateis; llevadme á donde está Cortés." A los gritos de triunfo llegó éste tan sin aliento, que no podía pronunciar las palabras, y al acercarse al prisionero le dijo: " Traidor, revolvedor de huestes, más mal de ese habíades de haber é merecíades," y replicó Narvacz: " En vuestro poder me teneis, por amor de Dios, no consintais que estos hidalgos me maten." (2) Cortés recomendó á Sandoval tuviese á buen recaudo al desdichado capitan, é inmediatamente hizo dar un pregon á nombre del rey y en el suyo como capitan general y justicia mayor, previniendo que todos se le sometiesen, viniendo á jurarle obediencia, pena de la vida.

Sin jefes ni direccion alguna, la mayor parte de los soldados se entregaron, si bien muchos se desbandaron saliéndose por los campos; este partido tomó la caballería. Sólo peleaban porfiadamente los encastillados en dos teocalli; cargaron sobre ellos las fuerzas unidas de los vencedores, é intimándoles se rindiesen los del jóven Diego Velázquez, contestaron: " Viva el rey y Diego Velázquez." Se asestó contra ellos su propia artillería, disparándola primero por lo alto y despues con certera puntería; recibiendo daño, mirándose apretados y sin socorro, se rindieron, resultando herido el jóven Velázquez, quedando enfermo del estómago el bravoso Salvatierra. Entregados aquellos dos últimos baluartes, desarmada la gente, D. Hernando mandó dar segundo pregon, previniendo, que ninguno anduviese con armas, y cada quien entregase las que tuviera, á los alguaciles del campo; " y todo esto era de noche, que no amanecía, y áun llovía de rato en rato, y entónces salía la luna." (3) Era mártes veintinueve de Mayo.

(1) Bernal Diaz, cap. CXXII. Resid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 12.

(2) Resid. de Cortés: Andrés de Monjaraz, tom. 2 pág. 51.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII. Relac. de Andres de Tapia, pág 590 y sig. Herrera, dec. 11. lib. X, cap. IV. Cartas de Relac. pág. 127.—30. Resid. de Cortés: An-

El ejército estaba vencido, mas la confusion reinaba en el campamento, é indispensable se hacía tomar algunas disposiciones. Todos los soldados fueron desarmados. (1) Usando Cortés de una de sus acostumbradas astucias, "mandó al capitan que tenía á cargo los "presos, que si viese revuelta alguna, ó que los del campo venían, "matase todos los presos, é esto lo mandó decir en manera que el "general de los contrarios y los demas prisioneros lo oyeran, é el ge- "neral les envió una seña á les mandar é rogar que viniesen á la "obediencia del marqués, por le dar la vida á él é á los presos; é así "vinieron é se dieron á prision, é así el marqués, haciéndoles quitar "á todos las armas, é tomando juramento dellos, y á otros la fé, se "aseguró de ellos." (2) Bajo estas condiciones volvieron sucesivamente cuantos se habían salido de la ciudad y dispersado por los campos: en cuanto á la caballería, mandada por Duero y por Bermúdez, cedió pronto á las promesas de Cristóbal de Olid y de Diego de Ordaz, entrándose á Cempoalla al ser de día.

Narvaez estaba preso en un apósento, sujeto con unos grillos, tendido sobre una cama; curábale su cirujano maestre Juan, mandado traer de las naos para asistir á los heridos. Cortés vino á visitarle para informarse de su estado y al reconocerle el herido capitan le dijo: "Señor capitan Cortés, tené en mucho esta victoria que de mí habeis tenido, y en tener presa á mi persona."—"Doy gracias á Dios respondió con enfasis D. Hernando, y á mis esforzados caballeros por la victoria; mas una de las menores cosas que he hecho en la nueva España es desbarataros y prenderos." (3) Al siguiente dia de la prision entró en el aposento Alonso de Avila, y dirigiendose á Narvaez le dijo: "Dadme unos papeles que traeis en el seno."—"No traigo papeles, respondió, sino las provisiones reales de S. M. por donde vine á tomar la gobernacion de esta tierra, si quereis que os las lea, traed un escribano que dellas dé fee."—Avila se le acercó insistiendo: "Dad acá que no traeis mas de unos papeles," y metiéndole mano al seno, á pesar de que se defendía le arrancó las

tonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 181. Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 122.

(1) Resid. de Cortés; Alonso Pérez, tom. 2, pág. 86.
(2) Relacion de Andres de Tapia, pág. 591.
(3) Bernal Díaz, cap. CXXII.

escrituras y se las metió entre la ropa por los pechos. Narvaez daba voces gritando: "Señores que me roban é toman las provisiones reales de S. M., serme heis todos testigos.—" Sedle todos testigos, dijo tranquilamente Avila saliendo del aposento, que no le tomo sino unos papeles." (1)

La espléndida victoria del veinte y nueve de Mayo había cambiado por completo la situacion de D. Hernando. Sin esperanza de socorro, urgido en México por Motecuhzoma para salir del país, amenazado por Narvaez y puesta á precio su cabeza, seguido por un corto número de parciales, la noche anterior estaba á dos dedos de su pérdida, arriesgando posicion social, fortuna y vida; ahora era jefe de numerosas fuerzas, dueño de una flota, con recursos sobrados para afianzar y extender su conquista. La gente novelera se pasó alborozada á su bandera, en señal de lo cual los atabaleros de Narvaez tañeron con tanta insistencia, que para ponerlos en silencio fué preciso echar preso al principal de ellos llamado Tapia. Aquellos músicos repetían: " Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez y á sus soldados;" aunque un negro llamado Guidela, muy gracioso y truhan que traía Narvaez daba voces repitiendo: " Mirad que los romanos no han hecho tal hazaña." Muchos venían á besar las manos del victorioso general, y cuando la caballería entró, " estaba sentado en una silla de cade-
" ras, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas
" debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les
" hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que
" les hacía, era cosa de ver que alegre estaba, y tenía mucha razon
" de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besa-
" ban la mano se fueron cada uno á su posada." (2)

Desbaratado el ejército, inmediatamente envió Cortés al capitan Francisco de Lugo, con dos españoles, para que fuese al puerto en donde estaban los diez y ocho navíos de Narvaez, con órden de que viniesen á verle los maestres y pilotos; obedecieron, llegando á Cempoalla á besar las manos del general, quien les tomó juramento

(1) Resid. de Cortés, Andrés de Monjaraz, tom. 2 pág. 52: Alonso Ortíz de Zúñiga, tom. 2, pág. 143: Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 187: Garcia del Pilar, tom. 2, pág. 204: Juan de Mancilla, tom. 1, pág. 250: Francisco Verdugo, tom. 1, pág. 364: Juan Tirado tom. 2, pág. 13: Ruy González, tom. 1, pág. 344.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXII.

de obedecerle y ejecutar cuanto les mandase. Quedó nombrado almirante y capitan de la mar, un hidalgo llamado Pedro Caballero; las naos fueron trasladadas á la Villa Rica; les fueron sacadas velas, ahujas y timones, recibiendo órden los capitanes, maestres y pilotos, de que si otros navíos llegaban de Diego Velázquez, prendiesen á los capitanes y quitando de aquellos las velas, ahujas y timones, les dejaran así hasta que otra cosa se les mandase. (1)

Aquel mismo dia 29 entraron en Cempoalla los guerreros de Chinantla al mando de Barrientos, armados con sus largas picas é interpolado un flechero entre cada dos de lanza; iban en ordenanza militar, y parecían muchos más de los que en realidad eran. (2) Fueron los únicos indios que como comparsas asistieron al drama, si bien hizo exhibirlos D. Hernando para dar á entender á sus enemigos el influjo que entre los naturales gozaba.

Aquella señalada victoria costó en realidad poco. Aunque no puede prestarse entero crédito á las relaciones en materia de números, las pérdidas de ambas partes fueron casi insignificantes. Del lado de los vencidos murieron el alférez Fuentes, Rojas y otros dos capitanes, con pocos soldados; algunos fueron los heridos, contándose entre ellos el jóven Diego Velázques; de los tres tránsfugas que de Cortés se fueron á Narvaez, Alonso Carretero murió, Escalona quedó bien herido y el chocarrero Cervántes bien apaleado. El cacique gordo de Cempoalla fué tambien herido dentro del aposento de Narvaez, en cuya compañía estaba á la hora del combate. (3)

Pánfilo de Narvaez dispuso su derrota con su carácter altanero, poca capacidad intelectual, desmedida y orgullosa confianza, é imperdonable descuido como general. Cuando en 1525 se vió en Toledo con el historiador Oviedo, desatábase en invectivas contra su vencedor. "Y en la manera de su prision la contaba muy al reves de lo que está dicho. Lo que yo noto desto es que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije), no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenía de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor de lo que hizo. É á esto decía él que le habían vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le

(1) Bernal Díaz, cap. CXXII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXIII.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXII.

había sobornado." (1) Todo esto en realidad no funda una verdadera disculpa, porque debió prevenir los efectos de un soborno que no le fué desconocido, vigilando cuidadosamente á los emisarios de su enemigo: su torpeza y descuido son sus principales culpas. Cortés venció más por el oro que por el hierro. En la batalla, se mostró astuto, arrojado, discreto y entendido capitan. En verdad de verdad, Narvaez era de muy pequeña talla para contender con D. Hernando. De los tres principalmente interesados, Diego Velázquez quedó castigado segunda vez como la primera, por andar confiando sus intereses á manos extrañas, cuando el asunto pide la persona misma; Pánfilo de Narvaez llevó el merecido de los propios defectos; D. Hernando se tomó otra vez sin justicia lo que no le pertenecía, para labrar su fortuna individual; pero en justicia, ahora se le puede otorgar mayor disculpa que en la ocasion primera.

(1) Oviedo, Hist. general, lib. XXXIII. cap. XII.

CAPITULO IX.

Motecuhzoma Xocoyotzin.—Cacamatzin.

Dificultades.—Cambio inesperado de fortuna.--Insurreccion de México.—Disposiciones de Cortés.—Marcha á Tlaxcalla.—Llegada á Texcoco.—Entrada en Tenochtitlan.—Causa del alboroto.—La fiesta del mes Toxcatl.—Matanza en el teocalli mayor.—Conducta de Alvarado.—Reflexiones.

II tecpatl 1520. Los modales corteses del general, sus artificiosas promesas y los regalos de tejuelos de oro, fueron allanando poco á poco los obstáculos que áun quedaban, restableciéndose por fin la concordia en el campamento. Sobrevino la mayor dificultad, de que declarada guerra franca por Narvaez, los vencedores se habían apoderado de las armas, los caballos y las ropas de los vencidos; éstos reclamaban su propiedad y Cortés para contentarlos había ordenado devolver el todo. Resistiéronlo resueltamente los soldados, y el atrevido capitan Alonso de Avila en compañía de Fr. Bartolomé de Olmedo, representaron enérgicamente al general contra lo que juzgaban una medida inconducente, injusta y contraria

á lo ofrecido ántes de entrar en combate. Encendida la conversacion, agriados los ánimos, prorumpió despechado D. Hernando: "Quien no me quiera seguir no me siga; las mujeres en Castilla han parido y paren soldados."—"Paren soldados, replicó enojado Avila, más tambien capitanes y gobernadores." (1) No obstante la resistencia de la tropa, faltando á su promesa é imponiendo su voluntad, Cortés hizo volver armas, caballos y ropas, dando en cambio á los desposeídos algunos regalos y muy pomposas ofertas.

Cempoalla pagaba con usura los gastos de la guerra. El cacique estaba herido; las casas robadas y destruidas; la peste de viruelas había prendido con asombrosa rapidéz causando espantosos estragos; morían en cantidad por no saber remedios propios, como porque sintiendo la calentura y ardores acudían á bañarse para mitigar el sufrimiento, así perecieron infinitos, ausentándose muchos por huir de la guerra. "Eran tantos los muertos, que como no los enterraban, el hedor corrompió el aire y se temió de gran pestilencia." Faltaron con esto las mujeres para hacer el pan, los hombres para traer los bastimentos, con lo cual se hacía sentir la escasez de víveres. No obstante aquella ruina, los cempoalteca y sus señores se presentaron al general con guirnaldas de flores dándole el parabien por la victoria, en cambio de lo cual recibieron abrazos y algunas cosillas de Castilla. El cacique gordo hizo pintar en un paño el desbarate de Narvaez, enviándole á Motecuhzoma con ciertos emisarios. Un castellano marchó tambien á México para dar la nueva á Pedro de Alvarado. El cacique gordo ofreció su palacio á Cortés para aposentarse; pero el general prefirió, por ser fuerte, la casa de aquella señora principal que le habían dado, cuando su primera entrada en Cempoalla, llamada en el bautismo Doña Catalina, y ahí se alojó, y ella le regalaba mucho. (2)

Aquellas tropas eran suficientes para extender la conquista y emprender nuevos descubrimientos. Al efecto, salió Juan Velázquez de Leon para la provincia de Pánuco, entendiéndose el intento de disputar el país á Francisco de Garay; debía llevar dos barcos con objeto de ejecutar el reconocimiento de la costa del rio Pánuco en adelante. Diego de Ordaz con otros doscientos soldados salió para

(1) Bernal Diaz, cap. CXIV.
(2) Herrera, déc II, lib. X, cap. IV.—Cartas de Relac. pág. 130.—Bernal Díaz, cap. CXXIV.

fundar la malograda colonia en el Coatzacoalco; deberían seguirle dos naos, las cuales irían á la Jamaica por caballos, becerros, puercos y ovejas, para introducir aquellas crias en la tierra. Rodrigo Rangel, tambien con doscientos soldados, permanecería de guarnicion en la Villa Rica, al cuidado del resto de las naves, vigilando si apareciesen dos naos que se esperaban aún de parte de Velázquez. (1)

Sonriente estaba la fortuna con D. Hernando; mas " digamos co- " mo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que á grandes " bonanzas y placeres siguen las tristezas." En efecto, todo había sido felicidad hasta entónces: debían de seguirse dias infaustos. Inesperadamente llegaron al campamento dos tlaxcalteca; no traían carta ninguna, mas de palabra dijeron, que los méxica se habían insurreccionado y combatían porfiadamente el cuartel de los blancos. Dos tlaxcalteca más llegaron luego con carta ya de Pedro de Alvarado, comunicando al general la negra noticia. El mensajero castellano enviado á México tornó á los doce dias de ido, con informes escritos del capitan Tonatiuh; los méxica tomando las armas habían combatido fuertemente el cuartel é incendiádole por varias partes, poniendo en grave aprieto á la guarnicion; quedaban muertos siete hombres, muchos heridos, y "todavía los mataran si Motecuhzoma no mandara cesar la guerra;" pero aunque ésta había cesado, la guarnicion permanecía sitiada sin poder dar paso fuera de la fortaleza: quemados los cuatro bergantines, perdidos en su mayor parte los acopiados víveres, los españoles estaban en el mayor apuro y pedían pronto socorro. Estas noticias llegaban hacia el primer tercio de Junio, y cuando Cortés se disponía á marchar para el interior se le presentaron cuatro nobles de parte de Motecuhzoma, quienes llorando le refirieron como el Tonatiuch había salido de sus aposentos, y sin causa había matado á los que estaban bailando y haciendo fiesta á los dioses en el templo mayor, no obstante que para ello les había dado licencia; los méxica por defenderse habían comenzado el combate. Cortés oyó las que creía disculpas de los embajadores, respondiéndoles desabridamente, iría á México y pondría remedio en todo. (2) Se comprende á D. Hernando, preo-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXIV.—Cartas de Relac. pág. 130.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXIV.—Cartas de Relac. pág. 131.

cupado como estaba contra Motecuhzoma por la conducta observada con Narvaez, tenĺale por pérfido, fuera de despreciarle como á bárbaro; más crédito daba al expoliador Tonatiuh, que al maltratado monarca.

Urgente era socorrer á México, no sólo para salvar la guarnicion, sino para retener cautivos á los señores ahí presos, y sobre todo para no perder el gran tesoro reunido con tanto afan. Con la presteza con que el general sabía gobernarse tomó sus disposiciones; dejó en Cempoalla la riqueza quitada á Narvaez ó adquirida entónces por dádivas de los pueblos comarcanos; envió presos á la Villa Rica á Narvaez y á Salvatierra dejando en la misma puebla á los enfermos ó heridos para ser curados; despachó emisarios á los capitanes Velázquez y Ordaz, ordenándoles dejar la jornada, y retroceder luego para ir á incorporársele á Tlaxcalla; con promesas y dádivas logró le siguiesen la mayor parte de los de Narvaez, é inmediatamente puesto al frente de setenta jinetes salió sobre Tenochitlan. (1)

Todo el ejército tomó la direccion de Tlaxcalla, siguiendo el camino recorrido cuando la primera entrada; movióse por fracciones; pues unido hubiera sido imposible á la sazon encontrar víveres. La peste de viruelas se internaba lentamente, extendiéndose en todas direcciones, con muerte de gran número de los habitantes, dejando yermos los campos y sin cultivo las sementeras. (2) Para remediar el daño se adelantaron para la capital de la señoría Juan Márquez y Alonso de Ojeda, á quienes se les suministraron abundantes bastimentos. Ojeda por su lado salió con mil doscientos tamene cargados con agua, gallinas, pan y frutas, sirviendo de mucho aquella provision, pues de otra manera hubiera perecido gran número de

(1) Cartas de Relac, pág. 131.—Bernal Díaz, cap. CXXV.

(2) Las víctimas sacrificadas por esta primera invasion de la viruela fué en cantidad espantosa. Segun un cronista, á quien podemos llamar contemporáneo: "Hirió Dios y castigó esta tierra, y á los que en ella se hallaron, así naturales como extranjeros con diez plagas trabajosas."—"La primera fué de viruelas, y comenzó de esta manera. Siendo capitan y gobernador Hernando Cortés, al tiempo que el capitan Pánfilo de Narvaez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navios vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y á esta sazon estaba esta nueva España en extremo muy llena de gente; y como las viruelas comenzaron á pegar á los indios, fué entre ellos tan grande enfermedad y pestilencia en toda la tierra, que en las más provincias murió más de la mitad de la gente y en otras poco ménos; porque como los indios no sabían el remedio para las viruelas, ántes

soldados, sobre todo en la parte llamada el despoblado. Cortés entró en Tlaxcala el diez y siete de Junio: recibido con la más franca y cordial amistad, se le aposentó en el palacio de su antiguo partidario Maxixcatzin. (1)

Los señores de la República informaron largamente al general acerca de lo acontecido en México; la guarnicion no había perecido, aunque carecía de agua y bastimentos. Es natural admitir, supuesto el encono de entrambas tribus, demostrando en muchas ocasiones anteriores, que los tlaxcalteca cargarían la mano sobre los méxica, achacando á traicion de éstos el principio de la guerra.

Reunidas todas las partidas, que fueron llegando sucesivamente, se hizo alarde de la gente: se contaron "sobre mil y trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros; (2) seguiales bastante artillería. Deben tambien enumerarse de 2 á 4 mil guerreros que la República les dió por auxiliares. De Tlaxcalla tomó el ejército por el camino de Calpulalpan; en el tránsito se adelantó Fr. Bartolomé de Olmedo, encargado por el general de ir á México para significar á Motecuhzoma la proximidad de su persona y lo mucho que sentía hubiesen sido maltratados los castellanos dejados bajo su salvaguardia. Ningun enviado del emperador se presentó durante las marchas, como ántes solía; la tierra estaba sola, y

como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos el bañarse á menudo, y como no lo dejasen de hacer, morían como chinches, á montones. Murieron tambien muchos de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no se podían curar los unos á los otros, ni había quien les diese pan ni otra cosa ninguna. Y en muchas partes aconteció morir todos los de una casa, y porque no podían enterrar tantos como morían, para remediar el mal olor que salía de los cuerpos muertos, echábanles las casas encima de manera que su casa era su sepultura. A esta enfermedad llamaron los indios la gran lepra, porque eran tantas las viruelas, que se cubrían de tal manera que parecían leprosos, y hoy dia en algunas personas que escaparon parece bien por las señales, que todos quedaron llenos de hoyos." Motolinía, Hist. de los Indios, Trat. 1, ° cap. I.—Véase la errada opinion de Herrera, déc. II, lib. X, cap. IV.

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap, VII. Por error manifiesto de pluma se lee en el original diez y siete de *Julio*.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXV. En materia de estos números imposible hallar concordancia ni aun entre los testigos de vista. Cortés pág. 131, rebajando siempre las cifras, solo pone "setenta de caballos y quinientos peones." Herrera, déc. II. libro X, cap. VII, fundado en las relaciones de Ojeda escribe "mil peones y cien caballos."

D. Hernando temía que la gente estuviera recogida en algun punto para darle batalla.

Sin acontecimiento particular entraron en Texcoco á las nueve de la mañana; la ciudad estaba poco ménos que desierta, ninguna manifestacion hicieron los habitantes para recibir á los teules y ninguno de los nobles se presentó á cumplimentarlos: Cuicuitzcatzin, hechura de los blancos, desde su nombramiento permanecía detenido en el cuartel castellano. El general supo de los naturales que los españoles vivían aún; pidió una canoa para enviar un mensajero por el lago; mas cuando estaba ya casi lista para la marcha, vieron venir por las aguas una gran canoa con copia de remeros, en la cual venían Santa Clara y Pedro Hernández, quienes dieron larga cuenta acerca de lo acontecido. Con aquellos castellanos "me envió "el dicho Mutecuzuma un mensajero suyo, en que me decía, que "ya creía que debía saber lo que en aquella ciudad había acaecido; "y que él tenía pensamiento, que por ello yo venía enojado, y traía "voluntad de hacerle algun daño, que me rogaba perdiese el enojo, "porque á él le había pesado tanto cuanto á mí, y que ninguna co- "sa se había hecho por su voluntad y consentimiento; y me envió á "decir otras muchas cosas, para me aplacar la ira, que él creía que "yo traía por lo acaecido, y que me fuese á la ciudad á aposentar, "como ántes estaba, porque no ménos se haría en ella lo que yo "mandase, que ántes se solía hacer. Yo le envié á decir, que no "traía enojo ninguno de él porque bien sabía su buena voluntad, y "así como él lo decía lo haría yo." (1) Motecuhzoma sentía el temor de quien se cree culpado; D. Hernando disimulaba como siempre.

El ejército dejó á Texcoco el 23 de Junio, y rodeando las orillas boreales del lago pernoctó en el campo á tres leguas de la entrada de Tenochtitlan. Al siguiente dia, domingo veinticuatro de Junio, puestos en marcha, vieron en el camino un indio vestido y ahorcado; dieron en una placeta con un gran monton de pan, con más de quinientas gallinas, sin persona que de aquello cuidase ó le ofreciese: tuviéronle á mal agüero. Llegados á Tepeyac, se metieron por la calzada que por aquel rumbo iba á rematar al Tlatelolco; al pasar un puente, el caballo de Solis Casquete metió una pierna por

(1) Cartas de Relac. pág. 133.

entre la abertura de dos vigas, se la quebró y se derribó, arrojando el jinete al agua: toda la gente lo tuvo por mala señal, principalmente el astrólogo Botello. Sería medio día, cuando penetraron en Tenochtitlan; desiertas y silenciosas estaban las calles, si algun vecino asomaba la cabeza, los veía desfilar sin mover los lábios y áun hacía gestos de amenaza; muchas puentes estaban quitadas, presagiando todo una sorda agitacion. "Llegaron al alojamiento, estaban las puertas cerradas: llamaron para que abriesen: subió Pedro de Alvarado en el muro, dijo, que quién llamaba? Respondió Cortés, que él era. Dijo si venía con la libertad que salió de allí, y con el señorío que tenía sobre ellos. Respondió Cortés, que sí y con vitoria y mayores fuerzas. Mandóle abrir, besóle las manos entregándole las llaves." (1)

Viéronse los soldados con muestras del mayor regocijo, contáronse unos á otros lo que respectivamente les había acontecido, á éstos en México á aquellos en Cempoalla, felicitándose todos por haber terminado las penas, debiéndose seguir los antiguos dias de prosperidad. Siendo muy numerosa la fuerza, contando los aliados, parte quedó alojada en el cuartel ó palacio de Axayacatl, yendo el resto á aposentarse en las casas del vecino templo de Tezcatlipoca, (el situado en donde fué el arzobispado). Al penetrar en el patio, Motecuhzoma salió al encuentro de Cortés para saludarle y abrazarle, mas "como venía victorioso, no le quiso oir; y el Montezuma se en- "tró en su aposento muy triste y pensativo." Fr. Bartolomé de Olmedo fué á visitar al despreciado monarca, quien le preguntó si el Malinche estaba enojado; el religioso contestó, que no, sino que venía muy cansado y por eso no le saludaba. "Y con mucho placer estuvimos aquel dia y noche, creyendo que ya todo estaba pacífico." (2)

Tornemos un poco atras, para decir cuál había sido la causa del alboroto de los méxica. Ántes de que Cortés dejara la ciudad para ir contra Pánfilo de Narvaez, pidióle licencia Motecuhzoma para celebrar la fiesta llamada Toxcatl, que de ahí á algunos dias caía; túvolo por bien, respondiendo: "hiciesen lo que quisiesen, pues es- "taban en su patria, y se holgasen, que él tambien se holgaba mu-

(1) Herrera, déc. II. lib. X, cap. VIII.

(2) Cartas de Relac. pág. 133.—Bernal Díaz, cap. CXXV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

"cho. (1) Cortés se ausentó, segun nuestro cómputo, en principio de Mayo, y la fiesta, á la cuenta que del calendario azteca formamos, cayó aquel año bisiesto en el dia *matlactli miquiztli*, primero del mes Toxcatl, el cual concurrió con el diez del propio mes de Mayo. (2) Próxima la festividad, Motecuhzoma pidió de nuevo la licencia á Pedro de Alvarado, quien la otorgó tambien: alentados los méxica con aquellos permisos, algunos nobles se presentaron á rogar al capitan Tonatiuh les concediese colocar la imágen de Huizilopochtli en la capilla del teocalli, de donde había sido quitada para colocar á Nuestra Señora; rechazó con enojo semejante pretension, despidiendo desairados á los mensajeros, á lo cual respondieron éstos, "que pues le pesaba é no era contento, que no le subirían." (3)

Recuérdese que Pedro de Alvarado no era muy simpático á Motecuhzoma, aquel pagaba en la misma moneda á éste. De aquí el mal trato dado al emperador por el capitan Tonatiuh, á quien se le oía exclamar con frecuencia: "pese á tal con este perro de Motun-"zuma que ya no me dá nada como solía." (4)

Sea recelo rencoroso del capitan contra los indios; atribúyase á que los tlaxcalteca estaban contrariados porque la fiesta fuese celebrada con tranquilidad, cuando en ella eran sacrificados algunos de sus compatriotas; sea ésto, reunido al deseo bastardo de vengarse de sus enemigos y aprovecharse de sus despojos, lo que aparece como más verdadero es, que los tlaxcalteca dijeron al Tonatiuh, que bajo pretesto de la festividad, los méxica pretendían alzarse, dando muerte á los teules. Dióles crédito el predispuesto Alvarado, "por-"que tan buenos filos y pensamientos tenía como ellos, y más vien-"do que allí, en aquella fiesta habían acudido todos los señores y "cabezas del imperio, y que muertos no tenían mucho trabajo en

(1) Ixtlilxochitl, relac. 13, pág. 6.—Resid. de Cortés; Bernardino Vázquez de Tapia, tom. 1, pág. 41.

(2) Ixtlilxochitl, loco cit. pág. 6, fija para la fiesta el diez y nueve de Mayo.—El Sr. D. Fernando Ramírez, Proceso de Alvarado, pág. 283, nota, se decide por el diez y seis. No nos daña lo dicho en el Proceso, pág. 94. § XX, asegurando que la ciudad se sostuvo por los castellanos, "treinta é cinco ó quarenta dias."

(3) Así Ixtlilxochitl en la relacion 13.ª pág. 6.—El P. Sahagun, lib. XII, cap. XIX, avanza todavía más; que el mismo Alvarado excitó á Motecuhzoma y á los méxica á fin de celebrar aquella malhadada festividad.

(4) Proceso de Alvarado, Bernardino Vázquez de Tapia, pág. 36.

"sojuzgarlos." (1) En efecto, á la fiesta de Toxcatl concurría sólo la nobleza primera, así de México como de Tlacopan y de las ciudades principales del Valle; acudían completamente desarmados, cubierto el cuerpo con el *maxtlatl* y una vistosa manta, llevando flores en las manos, aunque la costumbre establecía viniesen profusamente adornados con ricas joyas y piedras preciosas. (2) Ocasion propicia pudo parecer aquella al Tonatiuh y áun de política, caer sobre una reunion desarmada, pasar á cuchillo á los jefes y principales de los pueblos, dejándoles sin direccion ni defensa, alcanzando al mismo tiempo cuantioso botin.

Llegado el dia fatal, Alvarado con algunos de los suyos, se dirijió al atrio del teocalli mayor; vió tres ídolos puestos en andas como para sacar procesion, y al lado sendos indios trasquilados y vestidos de nuevo. Promesa habían hecho los sacerdotes de suprimir los sacrificios humanos; aquella vez, por la solemnidad, por la ausencia de D. Hernando, ó lo más verdadero, porque la práctica sólo había sido escondida á los ojos de los castellanos, prosiguiéndose en secreto, era evidente que los tres indios trasquilados iban á servir de víctimas. Resuelto tenía Alvarado en su mente cuanto pretendía ejecutar; pero para justificar los hechos le era indispensable una fórmula legal, una de aquellas actuaciones jurídicas, que si no dejaban tranquila la conciencia, tenían para el comun valedera legalidad. Alvarado se apoderó de las tres víctimas, las condujo al cuartel y las sujetó á cuestion de tormento. A uno de ellos hizo aplicar sobre el estómago brasas de leña de encino, interrogándole: ¿cuándo pensaban dar guerra los mexicanos? nada dijo el infeliz, murió en el suplicio y su cadáver fué arrojado de las azoteas abajo. Al mismo martirio fueron aplicados otro indio y dos muchachos parientes de Motecuhzoma; "é con los tormentos dixeron lo que que-"ría é tambien porque tenían una lengua que se dezía Francisco "yndio, natural de Guatasta, que se llevó desta tierra cuando vino "Grijalva que dezía lo quel mismo quería que dixese quera desta "manera, que le dezían, dí Francisco, dizen que nos han de dar "guerra de aquí á diez dias, é que no respondía otra cosa, syno sy "señor." (3) Por este procedimiento quedó en claro la verdad.

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS.
(2) Sahagun, tom. 1, pág. 56.—P. Duran, Segunda parte, cap. II. MS.
(3) Proceso de Alvarado, Bernardino Vázquez de Tapia, pág. 37.

Satisfecha la justicia, Alvarado mandó tomar las armas á la guarnicion. La mitad permaneció en el cuartel custodiando á Motecuhzoma, con órden de matar á los nobles y principales que al monarca acompañaban, cuando fueran informados de lo que en el templo pasaba; el resto de los peones castellanos, con el capitan á la cabeza se dirijió al atrio del teocalli mayor. La nobleza estaba ocupada en el baile. Tenía el centro la música, compuesta de huehuetl, teponaztli, flautillas y caracoles; al rededor los bailarines, tomados por las manos, formaban círculos concéntricos, moviéndose al compas del son: seiscientos entre nobles, sacerdotes y guerreros principales estaban presentes, miéntras tres mil personas ó más asistían, sentadas por el suelo y arrimadas al *Coatepantli* ó pared de las culebras que cercaba el atrio. La presencia de los blancos no causó novedad, y baile y canto prosiguieron. Haciendo el papel de espectadores, los castellanos se pusieron diez á cada puerta de las cuatro del atrio; los demas con Alvarado se mezclaron entre la multitud. De improviso, á los gritos de ¡Mueran! ¡Mueran! los teules desnudaron las espadas; arremetiendo contra los que tañían el son, cortáronles las manos y cabeza; revolviendo despues sobre la desarmada multitud, repartían tajos y estocadas á diestra y á siniestra, hendiendo cráneos, cortando miembros, barrenando barrigas sin compasion ni lástima. Quienes pretendían salir por las puertas eran recibidos por las alabardas de las guardias; los que trepaban por la cerca servían de blanco á las ballestas; algunos por escapar se ocultaban debajo de los muertos; sacerdotes y guerreros se refugiaron al teocalli, peleando con los puños y defendiendo las gradas, aunque todos fueron pasados á cuchillo. "Fué tan grande el derrama-
"miento de sangre, que corrían arroyos della por el patio como
"agua cuando mucho llueve. Del derramamiento de sangre y de
"los intestinos, estaba un gran lodo en el patío, y tan gran hedor,
"que era cosa espantosa y de gran lástima." (1)

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XX.—Proceso de Alvarado, pág. 37—38.—P. Duran, cap. LXXV y II. MS.—Herrera, déc, II. lib. X, cap. VIII.—Ixtlilxochitl, Hist. chichim. cap. 88. MS. Relac. 13, pág. 6 y 7.—Menciona el suceso la lám. 136 del cod. Vaticano y la estampa del cap. LXXV del P. Duran.—Para juzgar del hecho oigamos la defensa alegada por el mismo P. de Alvarado En el proceso, la matanza del templo mayor forma el V cargo; el descargo del acusado consta en las pág. 65—68. No niega el suceso ni ninguno de sus pormenores. Asegura, que desde que

Los que estaban por fuera mirando, ó quienes á duras penas pudieron escapar, salieron por las calles refiriendo la maldad y apellidando á los guerreros; armáronse de presto los ciudadanos, ocurrieron aunque sin caudillos guiados sólo por la venganza, cargando aquella multitud tan desesperadamente, que sin terminar de recoger el despojo, los castellanos tuvieron que refugiarse en el cuartel, muerto uno, heridos algunos y Alvarado rota la cabeza de una pedrada: en la fortaleza tambien habían dado muerte á los nobles que acompañaban al emperador. El capitan Tonatiuh, de triste celebridad en los fastos del Nuevo Mundo, se presentó chorreando sangre á Motecuhzoma: "Mira, le dijo con ira, lo que me han hecho "tus vasallos."—"Si tú no lo comenzaras, replicó el apesarado monarca, mis vasallos no ovieran fecho eso. ¡Oh! cómo os habeis echado á perder, é á mí tambien." (1)—Cerradas las puertas del cuartel, los españoles se fortalecieron apresuradamente, defendiéndose á tiros con las ballestas, los arcabuces y la artillería, arrojando piedras de las azoteas para apartar á los asaltantes. Por seguridad, pusieron grillos á Motecuhzoma.

entraron en México la primera vez, era público y notorio que los indios los querían matar, é ido D. Hernando, como vieron haber quedado poca gente perseveraron en su propósito, pidiendo licencia para la fiesta que no era más de pretesto para concertar el alzamiento; quitáronles la comida y daban de palos á los naborias. La mañana de la festividad amanecieron muchos palos hincados y en el principal Cu uno más alto y preguntádoles para qué eran, le respondieron públicamente que para matar á él y á los suyos. Vió á los indios estar sacrificando, y habiéndo tomado á uno de los que iban á ser muertos se informó de él como tenían concertado quitar á nuestra Señora y poner á Huitzilopoctli; para lo cual había mucha gente de guerra preparada en la ciudad. Ocurrió á Motecuzoma para que estorbase el daño, mas éste le dijo que no podía. Entonces tomó otro indio natural de Texcoco, llamado D. Hernando, de quien supo ser verdad todo lo antedicho y ademas, que había mucha gente armada en la fortaleza y azotea de Motecuhzoma, quien tenía tambien una porra dorada debajo de la cama. Motecuhzoma le mandó llamar para que viese como subían á Huitzilopochitl y derrocaban á Nuestra Señora, y aunque lo reconvino al monarca, no haciéndo éste ningun caso, para evitar semejante desacato se fué al atrio con la tropa en donde vió efectivamente á los indios ocupados en subir al ídolo; reconviniendo por ello, los indios le comenzaron á acometer, muchos guerreros salieron de las salas y se trabó una pelea en que á él le hirieron, mataron á un español y todos estuvieron en mucho peligro; " é sy esto no se hiziera nos mataran á

(1) Proceso de Alvarado pág. 38 y 67.

Contentos los méxica con aquella lijera ventaja, despues de incendiar los cuatro bergantines, se retiraron por varios dias á celebrar las exequias de los muertos. El duelo en la ciudad fué inmenso; faltaba la flor de la nobleza, del sacerdocio y de la milicia; los dolientes se esmèraron en las ceremonias fúnebres, llorando su desgracia y cantando los cantares que entónces compusieron, y pasaron á las siguientes generaciones. (1)

Al siguiente dia de terminados los funerales, los méxica volvieron á la pelea, acometiendo el cuartel con sobrada valentía; aunque poco daño hacían recibiendo mucho: en despecho de las armas de fuego, en combates sucesivos lograron incendiar el cuartel por varios puntos, derribar una pared, y al cabo pusieron en tanto aprieto á los castellanos, que Alvarado mandó subir á la azotea á Motecuhzoma para sosegar á los guerreros. En efecto, el monarca se presentó acompañado de Itzcuauhtzin, un noble de Tlatelolco, guardados por algunos castellanos armados: Itzcuauhtzin dirijió la palabra á la multitud en nombre del monarca, diciendo: que mirasen lo que hacían, pues su señor estaba allí presente y les rogaba no curasen

"todos é se perdiera la tierra é ya que viniera D. Hernando Cortés no le dexaran "entrar en la ciudad" &.—Como se observa, el reo no logra desvanecer los cargos; la defensa es oscura y embrollada, contraria al sentir de los testigos presenciales y á las constancias históricas; nada dice acerca de la matanza, asunto principal, si bien se trasluce en las palabras copiadas, que pretende dar á entender, que el hecho fue resultado de la agresion de los guerreros indios, hecho que resultó provechoso, ya para salvar la guarnicion, ya para sostener la ciudad hasta la llegada de D. Hernando.—Respeto del juicio formado por los autores, Cortés no menciona el hecho. Bernal Díaz cap. CXXV, contradiciendo á Fr. Bartolomé de las Casas da por su opinion, " que verdaderamente dió en ellos por metelles temor, é que con aquellos ma- " les que les hizo tuvieron harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen " á dar guerra; y como dicen que quien acomete vence, y fué muy peor, segun pareció."— Herrera, dec. II. lib. X, cap. VIII, admite el levantamiento de los indios, aunque aumenta: " Mató muchos, tomóles las joyas, con que dió ocacion á decir " que lo había hecho por codicia.—Torquemada lib. IV, cap. LXVI, asegura, tomado no sabemos de donde, que " hasta indias tenían prevenidas, que cuidaban de ollas " llenas de brevage, para cocer á los castellanos y comérselos."—Da por cierta la conspiracion Solis, lib. IV, cap. 12.—Clavijero Hist. antig. pág. 94, escribe: "Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubría." Defiende á Pedro de Alvarado del cargo de codi-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXI.—Clavijero, tom. 2, pág. 94.

de pelear, pues por ello les iría mal, siendo los españoles tan valientes y contra los cuales no podrían prevalecer; el emperador estaba preso con hierros, "y que si peleaban contra los españoles, temía que ellos le matasen." (1) Tan acostumbrado estaba el pueblo á la obediencia pasiva, que al escuchar la voz autorizada por su rey, murmuró un tanto, mas cesó de combatir. Sin alejarse, no obstante, de las cercanías del cuartel, abrió al rededor pozos, levantó albarradas y se mantuvo en constante acecho: el asaltó quedo convertido en asedio. Impidióse la entrada de agua y víveres, dando irremisiblemente la muerte á cuantos pretendían entrar ó salir de la fortaleza. (2)

Estaban avituallados los castellanos y no temían por entónces el hambre; agua llegó á faltarles, proporcionándosela con abrir un pozo: encontrar un líquido potable en lugar donde sólo brotaba agua salobre, les pareció prodigio. (3) Con intento de pedir socorro á D.

cia, contra Sahagun, Casas y Gomara, poniendo en la nota subsecuente: "Es enteramente increible que los mexicanos quisieran aprovecharse de la ocasion del baile para maquinar una traicion contra los españoles como muchos historiadores suponen; y absurdo lo que dice Torquemada que tenían ya preparadas las ollas para cocer sus cadáveres. Estas son fábulas inventadas para justificar á Alvarado. Lo que me parece más verosímil es, que los tlaxcaleses, por el gran odio que tenian á los mexicanos, hicieron creer á este capitan la supuesta traicion. En la historia de la conquista, tenemos muchos ejemplos de esta clase de sujestiones inventadas por los tlaxcaleses." —Gomara, ción cap. CIV, dice: "y sin duclo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima."—Casas, Brevísima relac. fól. 18, v. atribuye la accion á codicia del capitan. Siguen el mismo parecer Sahagun y Duran, en los lugares citados.—Oviedo, Hist. general lib. XXXIII, cap. LIV, oyó de boca de Juan Cano, marido de Doña Isabel, hija de Motecuhzoma, la relacion de la terrible matanza, dando por inocentes á los indios. "Y ésta fué la causa por qué los de México, viendo muertos é robados aquellos sobre seguro, é sin haber merecido que tal crueldad en ellos se oviese fecho, se alzaron é hicieron la guerra al dicho Alvarado é á los chripstianos que con él estaban en guarda de Montezuma, y con mucha razon que tenían para ello."

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXI, Cartas de Relac. pág. 131.—Proceso de Alvarado, pág. 38.—Resid. Cortés tom. 1, pag. 41.—Sahagun confunde esta primera entrevista de Motecuhzoma con los guereros, en la cual fué obedecido, con la segunda, mas adelante, en que se le descomidió la milicia.

(2) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXI.

(3) Bernal Díaz. cap. CXXV. Cuéntase ahí mismo otro milagro de una pieza de artilleria incendiándose por sí propia en la sazon más oportuna.

Hernando, echaron fuera en diferentes dias y por diversos lugares, repetidos correos de los auxiliares tlaxcalteca y cempoalteca, quedando la mayor parte prisioneros y muertos. (1) No sabemos por cuál causa, acaso por la noticia del triunfo de Cortés sobre Narvaez, los sitiadores aflojaron el cerco, permitiendo que los mensajeros fueran á Cempoalla, enviando tambien Motecuhzoma sus embajadores, tan desairados por el general. Cuando Cortés se acercó á Texcoco, ya encontraron la salida franca los emisarios castellanos, y al entrar en México el ejército victorioso, los sitiadores se habían desvanecido como el humo.

Reunidos los españoles en el cuartel, hicieron salva de artillería en señal de regocijo. Súpose entónces haber perecido siete hombres, entre ellos, aquel soldado Peña con quien tanto se holgaba Motecuhzoma. (2) "Y diré como Cortés procuró saber qué fué la causa "de se levantar México, porque bien entendido teniamos que á Mon-"tezuma le pesó dello, que si le plugiera ó fuera por su consejo, "dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Al-"varado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que "á todos les mataran, y que Montezuma les aplacaba que cesasen "la guerra." Preguntado el Tonatiuh, respondió que los méxica pretendían darle guerra para libertar á Motecuhzoma, quitar del teocalli á Nuestra Señora para poner á Huitzilopochtli, y acabar con los castellanos que eran pocos en la ciudad, pues tenían por cierto que D. Hernando sería vencido por Narvaez. "Y Cortés le "dijo: "Pues hamme dicho que os demandaron licencia para hacer "el areito é bailes;" é dijo que así era verdad, é que fué por toma-"lles descuidados; é que porque temiesen y no viniesen á dalle gue-"rra, que por esto se adelantó á dar en ellos; y como aquello Cortés "le oyó, le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande de-"satino é poca verdad: é que pluguiera á Dios que el Montezuma "se hubiera soltado, é que tal cosa no la oyera á sus ídolos; y así "le dejó, que no le habló más en ello." (3)

La bárbara matanza del templo mayor debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, del capitan más rapaz y desapiada-

(1) Sahagun lib. XII, cap. XXII.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. VII.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXV.

do que vino á la conquista. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella accion, fué un horrible atentado. Si se supone por móvil la codicia, es un acto de escandaloso bandolerismo. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurreccion, es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja. Ante esta matanza, queda pálida la de Chollollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirijido por un instinto sanguinario; dió principio á esa larga série de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.

Entre la primera y la segunda entrada de Cortés en México, el desman de Alvarado había cavado una profunda sima. Había desaparecido la ilusion en los descendientes de Quetzalcoatl; aunque parecieron muchos al principio, bastaba para admitirles ser blancos y barbudos y venir por el Oriente; pero otros y muchos más llegaron en pos de los primeros, y no como hermanos, sino para calumniarse y combatirse. Las debilidades que mostraban sin embozo, sus malos instintos, sus inmoderados deseos de oro y de placeres, su amor por la guerra y la destruccion, no podían acreditarlos como dioses, ni ménos por los dioses pacíficos y justos, prometidos por el antiguo profeta. Ahora los indios de Cuba les informaban, en cuanto podían alcanzar, de la procedencia de aquellos conquistadores, de cómo se habían apoderado de las islas, en cuál manera se habían comportado con la poblacion indígena. No cabía la menor duda, aquellos seres brotados de las ondas del Océano no tenían nada de divino. Pero áun así, habían vivido en paz con ellos; pero abusando de su fuerza les habían tomado su riqueza, sus mujeres, su rey á quien habían afrentado, y no contentos con aquello dieron la muerte á cuanto grande y distinguido respetaba el pueblo. En adelante, sólo podía tener cabida la guerra sin cuartel.

CAPITULO X.

Motecuhzoma Xocoyotzin.—Cacamatzin.

Ordenes de Cortés para abrir el mercado.—Cuitlahuac puesto en libertad.—Principio de los combates.—Asalto al cuartel español.—Nuevos combates.—Motecuhzoma arenga á los guerreros.—Cuauchtemoc le dispara la primera flecha.—Heridas de. monarca.—Los testugines ó tortugas.—Asalto al teocalli mayor.—Nuevas pláticas.—Determínase abandonar la ciudad.—Blas Botello el astrólogo.—Empeñada lucha en las puentes.—Muerte de Motecuhzoma Xocoyotzin, de Cacamatzin y de otros señores.

II tecpatl 1520. El siguiente 25 de Junio amaneció la ciudad con aspecto amenazador; no acudieron los méxica con los víveres que ántes acostumbran dar, y la misma contratacion estaba suspendida, pues los mercaderes se habían abstenido de concurrir al *tianquiztli*. Cortés se había pensado que su presencia sola bastaría para restablecer la paz, y áun por el camino se venía lisonjeando con sus nuevos compañeros de armas de mandar absolutamente en la tierra, así sobre Motecuhzoma, como sobre todos los pueblos; "y viendo que todo estaba al contrario de sus pensamientos, que "áun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la "mucha gente de españoles que traía y muy triste y mohino." En

aquella sazon llegaron dos principales nobles á rogar al general, de parte del monarca, tuviese á bien verle porque tenía necesidad de hablarle. D. Hernando respondió airado: "Vaya para perro, que áun tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar." Oyendo semejante respuesta los capitanes Juan Velázquez de Leon, Cristobal de Olid, Alonso de Avila y Francisco de Lugo, observaron al general: "Señor, temple su ira; y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, é mire que hasta las hijas le han dado." Cortés recibió aquellas palabras cual si fueran reprimenda, replicando con desabrimiento: "¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro que se hacía con Narvaez secretamente, é ahora veis que áun de comer no nos dá?" Y dijeron nuestros capitanes: "Esto nos parece que debe hacer y es buen consejo." (1) Engreido D. Hernando con el triunfo perdió la antigua templanza; la próspera fortuna cambió de pronto su carácter, en aquellos críticos momentos faltóle la sagacidad acostumbrada.

Cortés respondió á los nobles dijesen á su señor mandase inmediatamente abrir el *tianquiztli*; so pena de fieras amenazas: los mensajeros fueron á decirlo así á Motecuhzoma, relatándole la escena que habían presenciado y entendido. De todo recibió gran pesar el monarca, pues ya era patente el desprecio y el odio que sobre él pesaba. Para disculparse todavía mandó responder al general, que estando preso no podía dejar el cuartel; si quería ser obedecido soltase á alguno de los principales prisioneros, que lo fuesen á ordenar. Sabemos que presos en el cuartel, algunos en la "cadena gorda," existían los reyes de Tlacopan y de Texcoco, muchos de los principales sacerdotes, con los nobles de mayor cuenta. Caminando el general de error en error, dejó libre á Cuitlahuac, intimándole fuese á cumplimentar sus órdenes. (2)

Cuitlahuac, hermano de Motecuhzoma y señor de Itzapalapan, era el presunto heredero del trono de México: en la fuerza de la edad, valiente guerrero, tlacochcalcatl en el ejército, diestro general, hábil político en su pueblo, unía al acendrado amor de la patria el aborrecimiento á los hombres blancos y barbudos. Como con-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(2) Herrera, déc. II. lib. X, cap. VIII.

sejero opinó siempre porque los teules no fuesen recibidos en la ciudad; tomó parte en los intentos de Cacamatzin contra los invasores; reducido á prision como conspirador y peligroso, fué puesto en la "cadena gorda." Dejado en libertad para ordenar se abriese el mercado, los acontecimientos posteriores dan á entender que en lugar de cumplir el mandato, se puso inmediatamente al frente de los guerreros para comenzar la guerra: los méxica encontraban el jefe que les faltaba.

Despues de misa salió á caballo Antonio del Rio, portador de una carta para el regimiento de la Vera-Cruz, en que el general comunicaba haber entrado en la ciudad y estar ya seguro. Media hora despues tornó al cuartel huyendo, descalabrado y herido, dando voces de que los méxica se acercaban en son de guerra. Había llegado á la plaza del mercado en Tlaltelolco cuando los indios le comenzaron á dar grita y perseguir; acudiendo mayor número de asaltantes pudo abrirse paso con la espada, viniendo al alojamiento á dar la terrible nueva. Casi inmediatamente asomaron los guerreros por las avenidas de las calles, coronáronse las azoteas de tiradores, oyéronse los gritos de guerra, comenzando una espantosa pelea. (1)

A contener el primer ímpetu salió Diego de Ordaz con cuatrocientos peones, los más escopeteros y ballesteros, con algunos jinetes; no llegaron á la media calle sin ser embestidos por los escuadrones méxica, disparando flechas, varas arrojadizas y piedras, mientras los de las azoteas descargaban una granizada de tiros. Desplegando la hueste todos sus esfuerzos no pudo adelantar un solo paso, hasta que muertos ocho hombres, heridos muchos, contando tambien al capitan Ordaz, se vió obligada á retraerse; pero envuelta y atacada igualmente por retaguardia, se abría paso con lentitud y dificultad. A socorrerla salió D. Hernando por dos ó tres partes diversas; recibidas aquellas partidas con el mismo denuedo, herido Cortés así como algunos castellanos, todos tuvieron que refugiarse en la fortaleza para evitar su total pérdida. Intentaron desalojar los tiradores de las azoteas, quemando algunas casas; los méxica arrojados de un punto aparecían en otro, sin ser posible mantenerse contra ellos.

Al mismo tiempo combatían la fortaleza. La artillería abría am-

(1) Cartas de Relac. pág. 133.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

plios claros en los escuadrones indios; la saeta de la ballesta y la pelota del arcabúz daban de lleno en el blanco; pero los muertos desaparecían como el cuerpo grave que en las aguas se hunde, y la ondeante superficie de los penachos de los guerreros se unía y compacta se adelantaba siempre. Nada aprovechaban " nuestros tiros " y escopetas, ni ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, " ni nuestro buen pelear; que aunque les matábamos y heriamos " muchos dellos, por las puntas de las picas y de las lanzas se nos " metían; con todo esto cerraban sus escuadrones y no perdían pun- " to de su buen pelear ni les podiamos apartar de nosotros." (1) Intentaron abrir brechas; sus débiles ingenios de guerra poco pudieron contra las sólidas paredes. Lograron poner fuego en unos cobertizos de madera y paja, poniendo en gran aprieto á los sitiados; mas estos atajaron el incendio echando tierra y derribando una parte del muro. Por el portillo abierto, sobre las llamas y las brasas, envueltos con el humo se precipitaron los méxica, acudieron á la defensa los blancos con copia de artillería, ballesteros y arcabuceros, faltando poco para que los asaltantes, " entraran á escala vista " sin los poder resistir." (2) Rechazados, volvieron á la carga repetidas veces, hasta que la oscuridad puso término á la sangrienta pelea.

Pasaron la noche los blancos en reparar los portillos, fortalecer los lugares flacos, curar más de ochenta heridos, tomar las disposiciones necesarias para la inmediata jornada. Durante las tinieblas no reinó tranquilidad completa: el zumbar de la piedra ó el silbar de la flecha avisaban la proximidad del enemigo, y alguna vez un guerrero atrevido, gritaba denuestos y desafios al pié del muro.

El siguiente mártes 26 de Junio, para escarmentar á los indios, determinó Cortés, dejando competente guarnicion en la fortaleza, hacer muy temprano una salida general; mas cuando los castellanos salieron á las calles, ya los contrarios estaban con las armas en la mano. Los méxica combatieron, si posible, más réciamente que en la jornada anterior; tanta era la multitud de combatientes, " que " los artilleros no tenían necesidad de puntería, sino asestar en los " escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacía mucho

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(2) Cartas de Relac. pág. 134.

" daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y balles-" tas hacían tan poca mella, que ni parecía que lo sentían, porque " donde llevaba el tiro diez ó doce hombres, se cerraba luego la gen-" te que no parecía que hacía daño ninguno." (1) No obstante ser el ataque simultáneo y en diferentes direcciones, los guerreros méxica mantuvieron su reconocida nombradía, peleando con tanto denuedo que llamó la atencion de los mismos blancos. Nada importaba derribarlos á cientos, " que tan enteros y con mayor vigor peleaban " que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando una poca " de tierra ó parte de calle, y hacían que se retraían, era para que " les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, pa-" ra dar más á su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos " con las vidas á los aposentos; porque al retraernos hacían mucho " mal." (2) Duró el combate en las calles todo el dia, sin más fruto para los castellanos que haber quemado algunas casas; cansados, hambrientos, con gran trabajo y peligro lograron recojerse al cuartel, habiendo perdido doce hombres muertos y contado multitud de heridos. Los méxica los persiguieron hasta encerrarlos en la fortaleza, hartándolos de improperios.

Sentido el daño de pelear á cuerpo descubierto, ideó D. Hernando formar tres máquinas ó ingenios, llamados buros ó mantas. Consistían en un armazon fuerte de madera, cubierto de gruesos tablones, capaces de contener cada una de veinte á veinte y cinco hombres; tenían á los frentes troneras, saeteras y salidas, y sustentadas sobre ruedas los hombres abrigados en el interior, podían moverlas y dirijirlas á su antojo. Fuera de las armas los encastillados iban provistos de picos, azadones y barras de hierro, para horadar los muros de las casas y destruir las albarradas levantadas por los indios en las calles. En fabricar las máquinas gastaron la noche del 26 y lo que pudieron del miércoles 27. (3)

Ocupados los españoles en hacer su labor, no salieron del cuartel el dia 27; mas los méxica acudieron al asalto con su acostumbrada

(1) Cartas de Relac. pág. 135.

(2) Bernal Díaz cap. CXXVI.

(3) Cartas de relac. pág. 135. En el órden de los sucesos seguimos de preferencia la autoridad de Cortés, quien escribía á Carlos V solo cuatro meses despues (20 de Octubre 1520), teniendo fresca la memoria de los hechos, mientras Bernal Díaz, formó su relato por reminiscencias despues de algunos años.

furia. En despecho de los tiros de los sitiados avanzaron sin vacilar hasta los portillos de los muros; prometían á los sitiados acabar aquel dia con ellos, ofreciendo sus corazones y sangre á los dioses, hartarse con sus brazos y piernas, miéntras arrojarían el resto de los despojos á las fieras; peores y más sañosas amenazas dirijían á los aliados totona y tlazcalteca. Los empujes, aunque siempre rechazados, se sucedían sin intermision; los asaltantes dispuestos por divisiones que sucesivamente acometían, tenían tiempo para descansar y comer, miéntras los blancos se veían obligados á combatir sin tregua ni descanso. Cuitlahuac al frente de los guerreros conducía los asaltos, introduciendo en la manera de pelear cuantas modificaciones le iba sugiriendo la experiencia.

Una de las divisiones llegadas de refresco apretó tanto en la pelea, que el mismo D. Hernando, intrépido y sereno en el combate, se creyó en peligro; para conjurarle, recordando que la presencia de Motecuhzoma había puesto punto á la guerra cuando lo de Alvarado, no obstante lo muy mal que había tratado al monarca prisionero, ocurrióle tocar aquel mismo medio para terminar el conflicto. "Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les ha-"blase desde una azutea, y les dijesen que cesasen las guerras y "que nos queriamos ir de su ciudad; y cuando el gran Montezuma "se lo fueron á decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran "dolor: "¿qué quiere de mí ya Malinche? Quo no deseo vivir ni oi-"lle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído." Y "no quiso venir; y dicen que dijo que ya no le quería ver ni oír á él "ni á sus falsas palabras ni promesas ni mentiras; y fué el padre "de la Merced y Cristobal de Oli, y le hablaron con mucho acato y "palabras muy amorosas. Y díjoles el Montezuma: "Yo tengo "creído que no aprovechará cosa ninguna para que cese la guerra, "porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar "salir de aquí con la vida; y así, creo que todos vosotros habeis de "morir en esta ciudad." (1)

No obstante la repulsa, urgido Motecuhzoma revistióse de las insignias reales, subió á la azotea y se adelantó hasta el pretil; acompañábanle dos rodeleros para defenderle de los tiros y Marina para entender la plática. A la vista del emperador los guerreros soltaron

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

las armas, prosternáronse pegando el rostro contra el suelo, cerraron los ojos y guardaron profundo silencio. Alzó la voz Motecuhzoma diciendo gravemente: No estoy preso entre los blancos, vivo entre ellos de mi voluntad y puedo dejar el palacio é irme con vosotros cuando bien me plazca; cesad de combatir, ninguna razon teneis para pelear; los teules prometen dejar la ciudad y con ello quedaremos todos satisfechos. Semejantes palabras tibias y mal escojidas, dictadas por el miedo, mentirosas, pues estaban contradichas por los hechos, no produjeron el efecto deseado. "Y apenas había acabado, cuando un animoso capitan, llamado Quauhtemoc, de edad de diez y ocho años, que ya le querían elegir por rey, dijo en alta voz: ¿Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuzuma, mujer de los españoles? Que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto á todos en este trabajo; no le queremos obedecer, porque ya no es nuestro rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago." En diciendo esto alzó el brazo y enarcando hacia él disparóle muchas flechas, lo mismo hizo todo el ejército." (1) Los méxica estaban acostumbrados al más tiránico despotismo; Motecuhzoma no sólo era visto como rey, sino como una divinidad; ninguno se le atreviera, á no ser una persona muy principal, constituida en superior autoridad, con las inmunidades y prerogativas de la sangre real. A ejemplo del caudillo, los guerreros dejaron la humilde postura, pusiéronse en pié empuñando las depuestas armas, y alzando un inmenso vocerío dispararon una granizada de piedras y de saetas. Siendo tan copiosos los tiros, los guardas no supieron arrodelar al monarca, quien recibió una pedrada en la sien y dos heridas en pierna y brazo: al golpe se derribó bañado en la propia sangre. (2)

(1) Códice Ramírez. MS.—Sigue esta autoridad Acosta, Hist. nat. y moral de las Indias, lib. VII, cap. XXVI.—Confírmalo el texto mexicano de los Anales Tolteca-chichimecas, n.° 5 de la Colec. Ramírez, diciendo, aunque trastornando el año: "1 acatl 1519. En este año llegaron los españoles cuando Cuauhtemotzin le tiró con piedra á Moteuczoma, por lo que murió éste y fué bautizado con sangre."—Prescott, Hist. de la Conq. tom. 2, pág. 15, nota, cita á Acosta.—Clavijero, tom. 2, pág. 99, nota, escribe: "El P. Acosta dice que el mexicano que dirijió aquellas injurias al rey fué Cuauhtemotzin su sobrino, y despues último rey de México; pero yo no lo creo." No alega razon ninguna, fuera de su propia incredulidad, de ningun peso en el presente caso.

(2) Carta de Relac. pág 136.—Bernal Díaz, cap. CXXVI.—Gomara, crón. cap. CXXII, aventura la idea improbable de que los méxica no vieron á Motecuhzoma

Retirado de la azotea el maltrecho monarca, fué conducido á su cámara. La herida en verdad no era grave y la postracion del rey no dimanaba de los dolores físicos, sino de los sufrimientos morales. Por supersticioso y cobarde se había entregado á los hijos de Quetzalcoatl, sacrificándoles su dignidad y hasta su honra. El tiempo, los acontecimientos, la intimidad con los hombres blancos y barbudos, hicieron disipar la ilusion; los teules eran simplemente hombres, que le pagaban su amistad y sus favores con desprecios y afrentas. Quedábale el respeto de sus súbditos, que acababa de desvanecerse en aquel trance. De la encumbrada posicion de emperador absoluto, de sumo sacerdote, de dios, bajaba hasta la condicion de un triste prisionero, escarnecido por sus carceleros, befado é injuriado por el pueblo que sacudía su autoridad, depuesto de su trono, maltratado y herido por la plebe delante de nobles, sacerdotes y guerreros. Con razon arrancaba despechado, segun dicen, los vendajes que á las heridas le ponían, y taciturno y ensimismado se negaba á tomar alimento ó recibir consuelo. Algun autor español pinta á Cortés solícito y cuidadoso á la cabecera del enfermo, recibiendo de sus lábios confidencias y encargos acerca de su familia. (1) Nada autoriza semejante invencion. D. Hernando no tenía tiempo libre con los cuidados de la guerra, y por el testimonio de los testigos presenciales consta, que al tornar á México rompió del todo su aparente amistad, mostrándose desagradecido, descortés y áun enemigo del cautivo rey. (2) El desdichado pasaba su lenta y angus-

por tenerle cubierto los rodeleros. Entónces ¿cómo pudo hablarles?—Oviedo, Hist. general lib. XXXIII, cap. XIII.—Segun Juan Cano contó á Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV; "Motezuma murió de una pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera si delante del no se pusiera un rodelero, porque como le vieran, ninguno tirara." Esta relacion contradice el mismo Oviedo, lib. XXXIII cap. XLVII, siguiendo la autoridad de Pedro de Alvarado con quien habló.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.—Torquemada, lib.IV, cap. LXX.—Muñoz Camargo. Hist. de Tlaxcalla, MS. Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS. &.

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.—Torquemada, lib. IV. cap LXX.

(2) A lo que acabamos de estampar se nos puede oponer el documento intitulado, "Privilegio de Doña Izabel Motezuma, hija del gran Motezuma, último rey indio del gran reino y cibdad de México, que bautizada y siendo cristiana casó con Alonso de Grado, natural de la villa de Alcántara, hidalgo y criado de S. M. que había servido y servía en muchos oficios en aquel reino."—Esta concesion del pueblo de Tacuba con algunos otros lugares, por vía de dote, fué otorgada por D. Hernando en

tiosa enfermedad confinado en su lecho, atendido por algunos de su familia y los pocos servidores que le quedaron despues de la catástrofe.

El funesto incidente no fué parte á contener la batalla; los asaltos duraron cuanto el día. (1) Al decir de D. Hernando, algunos nobles se acercaron pidiendo hablarle; salió al pretil y se entabló plática: "rogándoles que no peleasen conmigo, pues ninguna razon para ello tenían, é que mirasen las buenas obras que de mí habían recibido, y como habían sido muy bien tratados de mí. La respuesta suya era que me fuese, y que les dejase la tierra, y que luego dejarían la guerra; y que de otra manera que creyese que habían de morir todos, ó dar fin de nosotros. Lo cual, segun pareció, hacían porque yo me saliese de la fortaleza, para me tomar á su placer al salir de la ciudad, entre las puentes. É yo les respondí, que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenía, sino porque me pesaba del daño que les facía, y les había de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella: é todavía respondían, que no cesarían de me dar guerra hasta que saliese de la ciudad." (2)

27 dias de Junio 1526 (aniversario por cierto de la herida del monarca); en ella entre otras cosas se lee, que el herido monarca le hizo llamar para recordarle cuán bien había servido á la causa de los castellanos, "y que si él de aquella herida fallecía, que me rogaba y encargaba muy afectuosamente, que habiendo respeto á lo mucho que me quería y deseaba complacer, tuviese por bien de tomar á cargo tres hijas suyas que tenía, y que las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocía que era muy buena; á las cuales despues que yo gané esta dicha cibdad, hice luego bautizar, y poner por nombres á la una que es la mayor, su legitima heredera, Doña Isabel, y las otras dos Doña María y Doña Marina; y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar muy ahincadamente, que si él muriese, que mirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba y que partiése con ellas de lo que tenía, porque no quedasen perdidas, especialmente á la mayor, que ésta quería él mucho:" &c. (Veáse Prescott, tom. 2, pág. 467 y sig.)—El Sr. D. José Fernando Ramírez, en su luminosa disertacion, Bautismo de Moteuhzoma II, tom. 10, del Boletin de la Soc. de Geogr. y Estad. pág. 357 y sig. tie

(1) Prescotl, tom. 2, pág. 15, dice, que aterrados los méxica por el sacrilegio cometido, se pusieron á huir en todas direcciones. Hay pruebas de lo contrario.

(2) Cartas de Relac. pág. 136—37. Se infiere de las palabras de Cortés, que quienes demandaban la paz eran los castellanos. Así lo dice expresamente Bernal Díaz, cap. CXXVI.—"Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de México."

El juéves 28 de Junio, terminados los ingenios, llamados en términos de la milicia antigua, *testugines* ó *tortugas*, fueron empujados fuera del cuartel y sacados en direccion de la calle de Tlacopan. Infiérese de las operaciones de Cortés, que su principal intento consistía en allanar una de las salidas de la ciudad para ponerse en comunicacion con la tierra firme. El rumbo más natural para dirijirse á Tlaxcalla era el de la calzada del Norte; pero por ahí había que atravesar una parte de Tenochtitlan y el Tlatelolco, lo cual ofrecía sérias dificultades, por la calle de Itztapalapan, los obstáculos eran tambien muchos y ademas era preciso atravesar una gran distancia en el lago por sobre las calzadas llenas de cortaduras. Quedaba como más practicable la calle de Tlacopan, pues la ciudad por ahí era estrecha y la calzada era la menor entre todas, dando pronto acceso á la tierra firme. Las máquinas, llenas de sus defensores, iban seguidas de cuatro cañones, de buena suma de escopeteros y ballesteros y más de tres mil de los aliados tlaxcalteca. Siguieron su camino las tortugas, poniendo no pequeña admiracion en los indios, quienes por primera vez las veían, hasta llegar á una fuente defendida por fuertes edificios; arrimáronlas á los muros pa-

ne demostrado que los considerandos de esta merced de tierras son enteramente falsos, y una de tantas ficciones de Cortés para el logro de sus fines. Y escribe á la pág. 374: "¿Mas cuál, se preguntará, podía ser su interés en esta ficcion? La respuesta no es difícil. La han adelantado con numerosas amplificaciones y ejemplos todos los testigos examinados en el proceso de su redidencia, respondiendo al primero de los capítulos secretos. Bernal Díaz mismo nos ministra datos bien claros.—Alonso de Grado se había manifestado muy desafecto á Cortés, hasta el grado de hacer sospechosa su fidelidad, por lo que fué destituido del mando militar de Veracruz y reducido á estrecha prision "—"mas como era muy plático y hombre de muchos medios, "hizo grandes ofrecimientos á Cortés, que le era muy servidor y luego le soltó, y "aun desde allí adelante se le vió que *siempre privaba con él........y con importu-* "*naciones que tuvo con Cortés, le casó con Doña Isabel*, hija de Montezuma," (B. Díaz, cap. 97 y 205.)—Ademas, al tiempo del matrimonio era *Visitador general de indios*, empleo en que podía ser muy útil á su favorecedor para dar ó no quitar.—En cuanto á la desgraciada huerfana........baste recordar que los contemporáneos la enumeraban entre las personas que formaban el numeroso serrallo del conquistador; que éste se mostró siempre bastante generoso para obsequiar á sus compañeros de armas con sus desperdicios y ellos suficientemente dóciles para aceptarlos con agradecimiento.—Una dote más ó ménos rica limpiaba la mancha, y para darla tan cuantiosa á Doña Izabel y hacerla confirmar por el rey, era indispensable el romance que sirve de fundamento á la merced.—Esta deduccion parecerá acerba; mas no dan otra los monumentos históricos."

ra abrir brechas, y pusieron las escalas prevenidas para asaltar las azoteas. Acudieron á la defensa los méxica con su acostumbrada bizarría, cargando en tanto número que rechazaron á los asaltantes, cerrando luego contra escopeteros, ballesteros y aliados, adivinando la manera de combatir los testugines, tantas piedras pesadas desde las azoteas les arrojaron encima, que lograron al cabo desbaratarlas, hiriendo y matando á los defensores que al descubierto quedaron. Tan porfiada fué la resistencia que "sin les poder ganar un paso, " aunque puñábamos mucho por ello, porque peleamos desde la ma-" ñana hasta el medio dia, que nos volvimos con harta tristeza á la " fortaleza." (1) Durante el ataque, se puso en práctica incendiar los edificios, con objeto de quitar á los defensores aquellos lugares altos en que abrigarse; mas aquel dia el efecto fué poco, porque siendo los casas de materiales fuertes y estando separadas por los canales ó acequias, tardaban mucho en consumirse y no se propagaba el fuego de una á otra. (2)

Perseguidos los castellanos en la retirada, los méxica llegaron hasta las puertas del cuartel, y si no lograron penetrar al interior, pudieron al ménos derribar una parte de los muros, con daño de los sitiados. Durante aquellos reencuentros, se veía á los capitanes en las primeras filas, animando á los guerreros, distinguiéndose entre todos uno muy galan á quien todos obedecían; Cortés mandó á Marina fuése á preguntar á Motecuhzoma, quién era el apuesto general, á lo cual respondió el monarca, haber reconocido á Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, á quien seguía un señór de Texcoco. (3) Los guerreros azteca iban modificando su táctica, segun les aconsejaba la experiencia: defendíanse de la artillería arrimándose á las paredes de las calles, tirándose al suelo al ver poner fuego al cañon ó con otros artificios; en las acometidas de la caballería en las calles, los perseguidos se arrojaban á los canales, desde donde herían á caballos y jinetes con largas lanzas armadas de prolongados pedernales. (4) La configuracion topográfica de la ciudad nos dice, que miéntras los castellanos se veían obligados á seguir la calle fir-

(1) Cartas de Relac. pág. 137.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(3) Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.

(4) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

me de tierra, los méxica podían acometer los flancos de la columna, ya acudiendo por las calles laterales de tierra ó bien por los canales, conducidos por canoas.

En aquella ocasion, si no fué en dia anterior, los méxica lograron apoderarse del templo mayor, quitando las imágenes puestas por los castellanos y sustituyendo los dioses nacionales, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. (1) Guarnecieron la pirámide con gran copia de guerreros, encastillándose en la plataforma superior, hasta cuatrocientos sacerdotes y nobles con cantidad de víveres: aquella escogida guarnicion, desde dominante altura, disparaba de contínuo una granizada de piedras con la honda y flechazos, con lo cual causaba grandes daños á los castellanos dentro de su mismo cuartel. Cuando aflojó el asalto, Cortés envió á su camarero Escobar, con cien hombres, á desalojar los importunos tiradores del teocalli. Llegados al pié de las gradas, los méxica defendieron la subida arrojando piedras, maderas y tizones, de modo que subidos sólo cuatro escalones por los castellanos, fueron rechazados con pérdida; dos y tres veces renovaron el asalto, aunque siempre con la misma desventaja. Sabido aquel reves por D. Hernando, se hizo atar la rodela al brazo izquierdo, pues tenía lastimados dos dedos de la mano, y puesto al frente de una numerosa hueste de castellanos y aliados, se dirijió al teocalli. Los jinetes eran de poco efecto dentro del atrio inferior, porque estando enlosado el piso con piedras bruñidas y lisas, los caballos resbalaban en las acometidas y caían; los peones limpiaron de guerreros aquel espacio, rodearon la base de la pirámide, y en tanto D. Hernando con los suyos se arrojó á la subida. Abroquelándose, é infundiendo ánimo en los soldados con su ejemplo y sus palabras, comenzó á trepar los ciento y más escalones de la recta escalera; defendíanle el paso arrojándole multitud de proyectiles, miéntras los guerreros, anidados donde quiera que lo permitían las obras, disparaban una menuda pedrea y una nube de flechas. Ora avanzando, ora retrocediendo, D. Hernando y los suyos vencieron

(1) Respecto de la imágen, dicen los comentadores de las Cartas de Cortés, nota en la pág. 138: "esta imágen de que habla, fué la misma que hoy se venera en el Santuario de los Remedios, segun algunos, ó la pintada en un Damasco de una bandera, qne recogió el Sr. Boturini, y está en la Secretaría del Vireinato, y lo primero es lo más fundado."—Véase acerca de la tradiccion de la Vírgen de los Remedios ó Conquistadora, á Cabrera, Escudo de armas de México, 1743, lib. II, cap. II.

todas las dificultades, logrando al cabo poner los piés sobre la plataforma superior. Perdida la ventaja de la posicion, al cerrar de cerca con los guerreros azteca, los castellanos habían recobrado todas sus ventajas. Defendiéronse valientemente sacerdotes y nobles, cayendo unos tras otros sin pedir merced; quienes no quisieron perecer á manos de los blancos, se despeñaron del teocalli abajo, estrellándose contra el suelo del atrio, en donde los peones los remataban: muchos tambien fueron precipitados por los mismos castellanos. "En fin, murieron todos, quinientos indios, como valientes "hombres; y si tuvieran armas iguales más mataran que murieran, "segun el lugar y corazon tenían." (1)

Muertos todos los defensores, D. Hernando puso fuego á las capillas del teocalli; los vencedores recogieron las provisiones allí reunidas, de que mucho habían menester, y los tlaxcalteca y cempoalteca "tuvieron buen dia, porque comieron de los caballeros mexica"nos muertos." (2) "Los españoles habiendo hecho esta victoria, y cogido el despojo que les pareció bien, tornáronse á su fuerte, y los indios comenzaron á recoger todos los cuerpos muertos, y sus parientes vinieron y comenzaron á llevar para enterrar, haciendo gran llanto sabre ellos, porque toda era gente escogida y noble los que allí murieron." (3) Repitióse en esta, la matanza del templo ma-

(1) Gomara, Crón. cap, CVIII.—Cartas de Relac. pág. 137--139.—Bernal Díaz, cap CXXVI.--Herrera, déc. II, lib. X, cap. IX.—Este último autor menciona un incidenté, omitido por completo en los escritores ántes mencionados: dice que los indios se precipitaban del teocalli abajo y que dos guerreros méxica, "se quisieron abrazar con Cortés, para echarse con él, mas como era hombre de buenas fuerzas, desasióse."—Torquemada, lib. IV, cap. LXIX, que en materia de la conquista copia á Herrera, cuando no sigue al P. Sahagun, repite el hecho con las mismas palabras —En cuanto á Solís, lib. IV, cap. XVI, ya es otra cosa.—"Anduvieron juntos (los dos guerreros azteca), dice, buscando la ocasion; y apenas le vieron cerca del precipicio, cuando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dejaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés, no sin dificultad, y quedó con ménos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento por la parte que tuvo de hazaña."—Nada encontramos de improbable en la relacion de Herrera, atormentada y sacada de quicio por Solís; sólo sí, que no la vemos confirmada por Cortés ni por Bernal Díaz. Por otra parte, cuanta loa sea merecida, pertenece á los guerreros méxica, quienes sacrificaban su propia vida, y no á Cortés quien en defensa propia rechazaba el ataque.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. IX.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXII.

yor; pero ahora, sacerdotes y nobles no fueron asesinados, sino muertos en buena guerra.

El asalto al templo, uno de los hechos personales más bizarros de D. Hernando, puso gran admiracion en los indios; la pérdida de la flor de los guerreros, quebrantó de pronto el ánimo de los méxica, y esto, unido á que las familias se ocuparon de las exequias de los muertos, dió por resultado aflojar por todas partes la pelea. Aprovechando Cortés aquellas ciacunstancias, asomóse al pretil de la azotea como el dia anterior, acompañado de Marina, pidiendo hablar con los jefes méxica: cuando éstos se acercaron al muro díjoles: mirad como no podeis ampararos, pues os hacemos mucho daño, matando multitud de vuestros guerreros é incendiado vuestras casas, y asi continuaremos hasta no dejar uno de vosotros y destruir por completo la ciudad.—Verdad es, respondieron los méxica, que nos haceis gran daño y matais muchos de los nuestros, pero estamos resueltos á sucumbir todos ó acabar con vosotros. Mirad cuán llenas de gente están calles, plazas y azoteas; si por cada uno de vosotros mueren veinticinco mil de los nuestros, acabareis primero, porque sois pocos; sabed que las calzadas están rotas, excepto una, de manera qne no podreis salir sino por el agua, teneis pocos mantenimientos y careceis de agua dulce, si no logramos mataros, por el hambre perecereis. " Y de verdad que ellos tenían mucha razon, " que aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad " de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiem- " po." (1)

Inútil fué la conferencia, mas súpose en ella cual era la resolucion irrevocable de Cuitlahuac. Aprovechando siempre las circunstancias, los castellanos hicieron una salida durante la noche y tomando descuidados á los méxica, quemaron muchos edificios de los cercanos al cuartel, unas trescientas casas la calle adelante de Tlacopan y se retiraron á la fortaleza cuando los indios acudieron á la defensa. Pasaron el resto de la noche curando á los heridos y reparando los quebrantados tortugines. (2)

Al amanecer del viérnes 29 de Junio salió D. Hernando con la mayor parte de la gente, castellanos y aliados, siempre por la calle

(1) Cartas de Relac. pág. 139.

(2) Cartas de Relac. pág. 140.

de Tlacopan; no sin resistencia y con alguna pérdida, se ganaron sucesivamente cuatro fosos, los cuales quedaron cegados con los materiales de las albarradas, las maderas medio destruidas y las piedras de los edificios laterales, quemados y arruinados. Al retirarse al cuartel dejó guarniciones competentes en guarda de todos los puntos conquistados. (1)

Era sábado 30 de Junio y la situacion de los blancos empeoraba por momentos. Por repetidas que fueran sus victorias, cada una les costaba muertos y heridos, con lo cual disminuía de una manera alarmante el número de los combatientes útiles, murmuraban los soldados, principalmente los de Narvaez, maldiciendo de Diego Velázquez y de Hernando Cortés, que á tales trances los habían traído; escaseaban las municiones; recibía la gente escasa racion, pues dábase á los aliados una sola tortilla y á los blancos un puñado de maíz; (2) cundía el desaliento en la tropa, con la dificultad de salir de la ciudad, el continuo pelear y tener siempre delante la muerte: (3) en vista de todo ello muchos capitanes y soldados importunaron al general para que abandonase la ciudad. (4) Verdad es que el intrépido caudillo no daba muestras de flaqueza, si bien pesaba toda la gravedad del peligro; así aparentó ceder á los ruegos de sus subordinados, quedando decidido, "que de noche nos fuésemos, cuando "viésemos que los escuadrones de guerreros estuviésen más descui- "dados. Estaba con nosotros un soldado que se decía Botello, al pa- "recer muy hombre de bien y latino, y había estado en Roma, y "decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, al- "gunos le llamaban astrólogo; y este Botello había dicho cuatro dias "había que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella no- "che que venía no saliamos de México, y si más aguardábamos, que "ningun soldado podría salír con la vida." (5) Parece que Blas Botello, astrólogo con puntas y ribetes de aliado del diablo, había hecho ciertas predicciones que se verificaron; á esta causa, ó por el influjo ejercido por lo maravilloso sobre la imaginacion de los ignorantes, la tropa creía en los dichos del cabalista: el mismo Cortés no

(1) Cartas de Relac. loco cit.
(2) Herrera, déc. II. lib. X, cap. IX.
(3) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.
(4) Carta del ejército al emperador, apud García Icazbalceta, tom. 1, pág. 429.
(5) Bernal Diaz, cap. CXXVIII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.

estaba exento de aquella pueril credulidad, dominado por las ideas profesadas y admitidas en aquella época. (1)

Resuelta la salida, las operaciones de Cortés se dirijieron á franquearla. Al amanecer y con la mayor fuerza de españoles y amigos tomó la calle de Tlacopan adelante; las cuatro cortaduras ganadas el dia anterior estaban aún en poder de los blancos; pasó adelante, y no siendo mucho el tropel de los enemigos ganó las cuatro puentes siguientes, desbarató las albarradas, con los escombros llenó los fosos, y con un trozo de caballería logró barrer de guerreros la calzada entera, llegando los jinetes hasta Mazatzintamalco, cerca de Chapultepec, en donde recojieron bastimento en los maizales. (2) En aquella sazon vinieron á decir al general, que los indios que combatían el cuartel, pedían paces y algunos jefes de los méxica le esperaban para hablarle. Seguido de sólo dos jinetes tomó apresuradamente la vuelta á la fortaleza, y llegado se asomó al pretil de las conferencias para hablar con aquellos nobles. "Los cuales me "dijeron, que si yo les aseguraba que por lo hecho no serían puni- "dos, que ellos harían alzar el cerco, y tornar á poner las puentes, "y hacer las calzadas, y servirían á V. M. como ántes lo facian. E "rogáronme que ficiese traer allí uno como religioso de los suyos, "que yo tenía preso, el cual era como general de aquella religion. "El cual vino y les habló, y dió concierto entre ellos y mí, é luego "pareció que enviaban mensajeros, segun ellos dijeron, á los capi- "tanes y á las gentes que tenían en las estancias, que cesase el com- "bate que daban á la fortaleza, y toda la otra guerra. E con esto "nos despedimos é yo metíme en la fortaleza á comer." (3)

Una sumision tan extemporánea, creyóla fácilmente D. Hernando, así por cuadrar á su necesidad, como por figurarse muy quebrantados á los méxica, en vista de la poca resistencia opuesta, ya el dia anterior, ya en la mañana misma; pero sólo fué una estratagema, escapada á la astucia del general. Los méxica habían menester del sumo sacerdote para la consagracion de su nuevo rey Cuitlahuac, y recurrieron á aquel medio para ponerle en libertad. Comenzaba D. Hernando á tomar alimento, cuando vinieron á decirle que

(1) Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXIII.

(3) Cartas de Relac, pág. 141.

los indios habían cargado furiosamente sobre las puentes ganadas, apoderándose de ellas. Se pensaba no sólo tener expedita la salida, sino avasallada la ciudad, por lo cual aquella noticia le contrarió en lo más vivo: montó á caballo al frente de los caballeros que le quisieron seguir, precipitóse por la calle abajo, encontró á los peones cansados, heridos y con temor, les rehizo, se puso á su cabeza, los condujo de nuevo al combate y tras inauditos esfuerzos logró apoderarse segunda vez de las puentes, persiguiendo á los fugitivos á lo largo de la calzada hasta la tierra firme. Pero miéntras la caballería se alejó, Cuitlahuac, al frente de los guerreros, cargó con nuevo ímpetu á las puentes, desalojó de nuevo á los blancos, apoderándose otra vez de las obras. Al tornar los jinetes con D. Hernando, se vieron envueltos por multitud de guerreros, que ya en la calzada, ya desde el agua en las canoas, combatían con notable arrojo; fué tanto el aprieto de los castellanos, que entre ellos se divulgó la noticia de haber muerto el general. "Y cuando llegué á la postrera " puente de hacia la ciudad, hallé á todos los de caballo que con" migo iban, caidos en ella y un caballo suelto. Por manera que yo " no pude pasar, y me fué forzado de revolver sólo contra mis ene" migos, y con aquello fice algun tanto de lugar para que los caba" llos pudieran pasar, y yo hallé la puente desembarazada, y pasé, " aunque con harto trabajo, porque había de la una parte á la otra " casi un estado de saltar con el caballo; los cuales, por ir yo y él " bien armados, no nos hirieron, mas de atormentar el cuerpo." (1)

(1) Cartas de Relac. pág. 142.—Oviedo quien segun propia confesion sigue en materia de conquista las relaciones de Cortés, al referir este pasage, lib. XXXIII, cap. XIII, compara á D. Hernando con Horacio Cocles, "porque con su esfuerzo é lanza sola dió tanto lugar que los caballos pudiesen pasar, é hizo desembarazar la puente, é pasó á pesar de los enemigos, aunque con harto trabajo. Porque demas de la resistencia de aquellos, había de la una parte á la otra cuasi un estado de saltar con el caballo, sin le faltar muchas pedradas de diversas partes é manos, é por ir él y su caballo bien armados no los hirieron," &c.—Fundado en estos pasajes, Prescott, tom. 2, pág. 30, escribe: "Quedóse conteniendo á los enemigos hasta que hubo pasado el puente hasta el último soldado; despues de lo cual, para ponerse en salvo tuvo que dar en medio de los proyectiles de los indios un salto de cerca de seis piés, pues se habían hundido algunas de las tablas de que estaba hecho el puente." " Guapo salto, añade en la nota, para un jinete y su caballo cubiertos de pesado ace-

Dejando establecidos competentes destacamentos en las puentes por tercera vez ganadas, regresó al cuartel.

Asegurada la calzada y determinada la salida para aquella noche, preciso era tomar las determinaciones necesarias al intento. Uno de los principales problemas era, cuál destino se daría á los señores y principales, retenidos presos en la fortaleza. Ponerlos en libertad hubiera sido absurdo, pues para vengar sus injurias cada rey ó noble, se hubiera convertido en enconado enemigo; se perdía ademas el trabajo de haberlos arrancado uno por uno á sus pueblos. Llevarlos consigo en la retirada, no podían servir más que de estorbo, supuesto que algunos de los reyes habían sido ya depuestos por sus súbditos, carecían de la menor representacion y ya no eran buenos ni como rehenes. Un último provecho podía sacarse de ellos. Se había observado que despues de la matanza del templo mayor por Alvarado cesó la guerra miéntras duraron las exequias de los nobles asesinados; sucedió casi lo mismo despues del combate en el teocalli principal; sabíase á ciencia cierta que el pueblo entero tomaba parte y se entregaba al dolor en los funerales de sus monarcas. Pues bien, si en aquella sazon se entregaban á los méxica los cadáveres de los señores, dominados por sus costumbres se entregarían á los establecidos ritos fúnebres, soltarían las armas y dejarían franca la salida. Estas reflexiones son nuestras; pero no son completamente arbitrarias. Se fundan en los hechos mismos, en las tradiciones históricas, en las inducciones sacadas de los textos de los historiadores. Sea cual fuere el tino con que hemos discurrido, lo cierto fué que Cortés mandó dar garrote á los reyes y señores que en su poder estaban. Cacama, aunque atado á la cadena, se defendió valerosamente, recibiendo muchas puñaladas, sus despojos, con los de Itzcuauhtzin, señor de Tlatelolco, y los del rey de Tlacopan,

ro."—El texto de Cortés nos parece un tanto confuso para establecer ese guapo salto traído á cuento para emular el de Alvarado. Nos ocurre ademas, que si los jinetes pasaron por el mismo lugar, ó todos dieron el salto ó todos pasaron por la puente; un salto de un *estado*, es decir, de ménos de seis pies castellanos, no es un salto prodigioso para un regular caballo; suponiendo muy guapo el salto, la honra completa es para el bruto, mereciendo muy poco el jinete que se tuvo bien fijo en los arzones.

fueron arrojados fuera del cuartel en el lugar llamado Teayotl, porque ahí había una tortuga de piedra. (1)

Respecto del cadáver de Motecuhzoma: "En fin de más razones, " mandó Cortés á un papa é á un principal de los que estaban pre- " sos, que soltamos para que fuesen á decir al cacique que alzaron " por señor, que se decía Coadlauaca (Cuitlahuac), y á sus capita- " nes, como el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron " morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los su- " yos, y dijesen como á todos nos pesaba de ello, y que lo enterrasen " como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma " que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecía de heredar, ó " á otros sus hijos, é que al que habían alzado por señor, que no le " venía de derecho, é que tratasen paces para salirnos de México, " que si no lo hacían ahora que era muerto Montezuma, á quien " teniamos respeto, y que por su causa no les destruiamos su ciu- " dad, que saldriamos á dalles guerra y á quemalles todas las casas " y les hariamos mucho mal; y porque lo vieren como era muerto el " Montezuma, mandó á seis mexicanos muy principales y los más " papas que teniamos presos, que lo saquen á cuestas y lo entrega- " sen á los capitanes mexicanos, y les dijesen lo que el Montezuma " mandó al tiempo que se quería morir, que aquellos que llevaron á " cuestas se hallaron presentes á su muerte; y dijeron al Coadlaua- " ca toda la verdad, como ellos propios le mataron de tres pedradas " y un flechazo; y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron " muy gran llanto, que bien oimos los gritos y ahullidos que por él " daban; y áun con todo esto no cesó la gran batería que siempre " nos daban, que era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y lue- " go la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decían: " Ahora pagareis muy de verdad la muerte de nuestro rey y el des- " honor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviais á pedir, sa- " lid acá, y concertaremos cómo y de qué manera han de ser." (2)

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXIII.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVII.—Al asentar que D. Hernando Cortés mandó dar muerte á los nobles que en su poder tenía y entre ellos á Motecuhzoma, sabemos que lanzamos un tremendo cargo contra la memoria del conquistador. Hemos meditado con calma; no nos mueve odio, sino convencimiento. No lo inventamos; no somos los primeros en decirlo; la cuestion se viene debatiendo desde los testigos presenciales de la conquista. Conprendemos que cuestiones como esta se conviertan

El cadáver de Motecuhzoma fué tomado á cuestas por un hombre llamado Apanecatl, quien le condujo al barrio de Huitzillan, en donde los ciudadanos le despidieron con malos tratamientos; de aquí le llevó á Necatitlan en donde le arrojaron á flechazos, sucediendo lo mismo en Tecpatzinco; finalmente caminó para Acatliya-

en asunto de nacionalidad; porque los indios afirman un hecho, los españoles deben contradecirle y vice versa. Nosotros llevamos en las venas la sangre de los vencidos y de los vencedores; vivimos en tiempos lejanos de los sucesos; no tenemos relaciones próximas ningunas, ya con el antiguo imperio azteca, ya con la colonia española; no pretendemos acariciar los pasados recuerdos históricos de los pueblos primitivos, ni tenemos temor ó miramiento por las autoridades coloniales: podemos, pues, ser justos y discutir con calma: busquemos la verdad. Espacio estrecho es el de una nota para discutir tan grave asunto, no obstante, condensarémos cuanto sea posible nuestras razones, dándoles la forma de apuntamientos.

Cortés, en Lorenzana, pág. 136, dice: " le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí á tres dias murió; é yo le fice sacar assí muerto á dos indios de los que estaban presos, é acuestas lo llevaron á la gente, y no sé lo que de él se hicieron; salvo que no por eso cesó la guerra, y muy récia, y muy cruda de cada día."—De estas frias y desdeñosas palabras se desprende, que herido el rey el 27 de Junio, murió á los tres dias, el 30 fecha de la salida. Los hijos y parientes del monarca estaban dentro del cuartel, á ellos tocaba recojer los despojos; sin embargo, el cadáver fué conducido fuera para lograr un pensamiento que se trasluce en las palabras, " salvo que no por eso cesó la guerra."

Bernal Diaz, cap. CXXVI, relata lo de la pedrada y prosigue: "ántes cuando no nos catamos, vinieron á decir que era muerto, y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados; é hombre hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre."—Segun este veraz cronista, recibió el ejército la noticia de la muerte del rey como una cosa inesperada, sin antecedente; y supuesto que todos vivían juntos en el cuartel, algunos, si no todos, debían estar informados de la gravedad del monarca. Al llanto de Cortés déle valor quien leyere. El mismo Bernal Diaz, en el texto de arriba, explica para cuáles objetos fué llevado el cadáver al campo de los méxica; que vieran que ellos le habían matado, y no los castellanos, que le enterrasen como á gran rey, que alzasen por señor al primo en el cuartel preso, que desconociesen á Cuitlahuac é hiciesen paces, dejando franca la salida de la ciudad.

Gomara, Crón. cap. CVII, escribe: " luego Cortés publicó la herida y peligro de Moteczuma, mas unos lo creían y otros no, empero todos peleaban á porfia. Tres dias estuvo Moteczuma con dolor de cabeza, y al cabo murióse. Cortés, porque los indios viesen que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar acuestas, á dos caballeros mexicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudadanos" &c.—Extraña satisfaccion dada al enemigo en los mismos momentos del combate; traslúcense en las palabres del historiador el deseo de prevenir cuanto de contrario se pudiera decir.

capan, en donde Apanecatl dijo al pueblo: "Caballeros y señores mios, hé aquí al desventurado Motecuhzoma, "¿por ventura aún lo he de andar cargando?" Aquellos dieron órden para que recogieran el cadáver: inmediatamente lo recibieron, y ordenaron á los calpixque que lo quemaran, como lo hicieron en efecto. (1) El cadáver de

Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIII, copia las palabras de Cortés. En el mismo libro, cap. XLVII, pone otra version, segun la cual Motecuhzoma murió en el combate de aquella noche; mas se afirma en que el hecho pasó cual Cortés le relata, por lo que le oyó de *viva voce* á Pedro de Alvarado. En el repetido libro, cap. LIV, Juan Cano decía á Oviedo: "Montezuma murió de una pedrada que los de afuera tiraron," &c

Herrera, déc. II, lib. X, cap. X, asegura no haber sido mortal la herida de la cabeza; pero como Motecuzoma no consintió le curasen ni quiso comer, de ahí á cuatra dias murió. "Y en habiendo cuatro horas que era muerto, se asomó Cortés al azotea de la casa, hizo señal que cesase la batalla, y que quería hablar á los capitanes, díjoles, "que habían dado mal pago á su gran señor, pues le mataron de una pedrada, y que había muerto más de enojo que de la herida: que se le embiaría para que le enterrasen conforme á su costumbre, y que no porfiasen más, pues Dios que era justo, asolaría aquella ciudad por sus manos." Dijeron "que ya tenían caudillo, que no querían vivo ni muerto á Moctezuma," y otras desvergüenzas tales. Bolvióles Cortés las espaldas: mandó á dos señores de los que con él estaban, que lo sacasen á cuestas para que viesen que murió de la pedrada."

Heurico Martinez, Reportorio de los tiempos, trat. II, cap, 31, sigue la version de la muerte de Motecuhzoma ocasionada por la pedrada.

Estos son los escritores testigos presenciales de los hechos, ó contemporáneos de ellos, ó que pudieron informarse de los antiguos, ó escribieron teniendo á la vista documentos verdaderos y fehacientes; los de tiempos posteriores son de menor autoridad. Este grupo con cuantos les copiaron forman propiamente lo que podrémos llamar la version castellana.

Fr. Juan de Torquemada, lib. IV, cap. LXX, copia á Herrera y en seguida á Sahagun, y no sabiendo decidirse entre las dos encontradas opiniones, deja la solucion del problema al juicio de Dios

Vetancourt, Teatro Mexicano, 3, P. T. 1, siguiendo á Torquemada admite la muerte de Motecuhzoma por la pedrada, aunque para castigar á los méxica por no

(1) Así en el texto mexicano de la pintura publicada por Aubin. Herrera, déc. II, lib. X, cap. X, conjetura, á nuestro parecer sin fundamento, "que le debieron de enterrar en el monte de Chapultepec, porque allí se oyó un gran llanto."—Torquemada, lib. IV, cap. LXX, fundado en una relacion escrita por los indios, asegura que el cadáver del rey fué conducido á Copalco, en donde le quemaron en una grande hoguera; mas como aquel deber no le cumplían los méxica por respeto ó cariño, no faltó entre los circunstantes quien prorumpiera en denuestos é injurias contra la memoria del rey.

Itzcuauhtzin fué conducido en una canoa á Tlatelolca, en donde se le hicieron los honores fúnebres en medio de lágrimas de sus súbditos, de quienes era muy amado. (1)

A la cuenta que llevamos del calendario azteca, confirmada por las autoridades que poco adelante citaremos, Motecuhzoma Xoco-

apetecer el cuerpo de su rey, " y meterles miedo les dieron garrote á los que tenían presos, entre ellos el rey de Tlatelulco, Itzquauhtzin, arrojaron los cuerpos al teguayo, que quiere decir lugar de la tortuga de piedra. Este medio eligieron los españoles para obligar á los mexicanos á temor viendo muertos á sus reyes, y á entretenerlos en las exequias para poder salir."—Estos dos últimos autores parece forman el eslabon que une la version española con la mexicana que vamos á examinar.

Fr. Bernardino de Sahagun, lib. XII, cap. XXIII, escribe: " Desta manera se determinaron los españoles á morir ó vencer valerosamente, y ansí hablaron á todos los amigos indios y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion; y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y ántes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinacion, y que dellos había de comenzar esta obra, y luego todos los demas había de ser muertos á sus manos. Dijéronles: "No es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos." Y dizque (errata por, desque) les hubieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronles hechar por las azuteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba *Tortuga de piedra*, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga;" &c.

El Códice Ramírez MS. relata la manera con que Motecuhzoma salió al pretil para hablar con los méxica y prosigue: " Dicen algunos que entónces dieron una pedrada á Motecuczuma en la frente, de que murió, pero no es cierto, segun lo afirman todos los indios; su fin fué como adelante se dirá."—En efecto, dice adelante: " y yendo á buscar al gran rey Mecuczuma dicen que le hallaron muerto á puñaladas, que le mataron los españoles á él y á los demas principales que tenían consigo la noche que se huyeron, y éste fué el desastrado y afrentoso fin de aquel desdichado rey, tan temido y adorado como si fuera Dios."

Acosta, Hist nat. y moral, lib, VII, cap. XXVI copia con algunos variantes los dos párrafos anteriores.

El P. Duran, hacia el final del cap. LXXV, MS., al hablar de la pedrada, asegura que, " á Motecuhzoma le dió en la frente, casi junto á la mollera, la cual, aunque le hirió, fué al soslayo y no le hizo casi herida, sino muy poca; que otros dicen que juntamente le hirieron en un pié de un flechazo, la cual relacion es de diversos autores, porque lo del flechazo no lo trata esta historia, sino relacion de un indio particular."—En el cap. LXXVI dice, que buscando en el cuartel al emperador, despues de la salida de los castellanos, " le hallaron muerto con una cadena á los piés y con cinco puñaladas en el pecho y junto con él muchos principales y señores, que juntamente estaban presos, todos muertos á puñaladas, los cuales mataron á la salida

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXX.

yotzin, noveno rey de México, pereció á 30 de Junio 1520, correspondiente al año Ome tecpatl, dia chiconahui Ollin, décimo segundo del mes Tecuilhuitontli. Al ver su trágico y lastimero fin, el corazon se siente conmovido, sin que la compasion deje lugar á la

que salieron de los aposentos."—Duro se le hace al autor seguir esta version; pero lo afirma así, porque así consta en la historia que le sirve de norma, lo corrobora la pintura que lo relata y lo sostiene la tradicion constante entre los indios.

Afirma que á Motecuhzoma le mataron los castellanos, metiéndole la espada por la parte baja, un fragmento de historia que por el papel y la letra parece escrito durante el siglo XVI.

Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88, MS., hablando del desastrado fin de Cacamatzin, asegura, "que queriendo ya los españoles salirse huyendo de la ciudad, aquella noche, ántes le dieron cuarenta y cinco puñaladas, porque como era belicoso se quiso defender de ellos, y hizo tantas bravezas que con estar preso les dió en que entender," &c.—En la relacion XIII, pág. 8, consigna en lo relativo á Motecuhzoma: en donde dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de la cual murió, aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron la espada."

Haríamos resultar algunas congruencias, si el espacio nos lo permitiera. Notaremos de paso, que la relacion mexicana, idéntica en el fondo, cambia en los pormenores, esto se explica porque el pueblo todo no vió el cadáver del monarca, y sólo supo la manera violenta con que pereció, como en el texto explicamos, pero es de advertir que la opinion no solo está sostenida por los indios, sino por los mismos castellanos, y éstos son monjes ó eclesiásticos, personas entendidas, perfectamente informadas de los hechos, estando por su carácter y nacionalidad al abrigo de toda sospecha de parcialidad, encono ó mentira. Nos decidimos por la version india.

La cuestion de cuál fué la muerte de Motecuhzoma, ha sido ya controvertida. Clavijero Hist. ant. tom. 2, pág. 103, se expresa de esta manera: "En uno de aquellos dias que probablemente fué el 30 de Junio, murió dentro del alojamiento de los españoles, el rey Moteuczoma, á los 54 años de edad, y 18 de reinado, y el sétimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa, y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte á los españoles, y los españoles á los mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles se decidiesen á quitar la vida á un rey á quien debían tantos bienes, y de cuya muerte sólo podían aguardar grandes males. Segun Bernal Díaz, autor sincerísimo y testigo ocular, su pérdida fué llorada no ménos por Cortés que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubiésen perdido en él, un padre. En efecto, Moteuczoma los favoreció extraordinariamente, sea por inclinacion, sea por miedo: siempre se les mostró benévolo y sincero, á lo ménos no hay razon para creer lo contrario, ni se sabe que recibiesen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron."—Dirémos

ira que despierta su fatal conducta. Le flajela el azote de la historia: la tierra le sea leve. Queda como invencion piadosa, debida á la pluma del historiador tlaxcaltecatl, Diego Muñoz Camargo, que próximo á morir recibió las aguas del bautismo: tal vez el cronista intentaba compensar al difunto rey, siquiera fuera en deseo, la pér-

muy de priesa. Esta no es defensa, sino una opinion personal, fundada en reflexiones de conveniencia y no en autoridades formales. Si es imposible encontrar la verdad lógicamente, el escritor no debe optar por ninguno de los dos extremos. Si la razon de aceptar la muerte de Motecuhzoma como resultado de la pedrada, es que los castellanos sólo podían aguardar grandes males de aquel acontecimiento, la razon resulta absolutamente falsa. El rey era ya completamente inútil, porque los méxica habían desconocido su autoridad y levantado nuevo monarca; como lo expresa una autoridad histórica, el cadáver servía para entretener á los indios en las exequias, miéntras los españoles abandonaban tranquilamente la ciudad. Motecuhzoma se mostró benévolo en demasía; es verdad. Tambien lo es que Cortés le trató con halago y deferencias. Pero tambien es cierto que el general cambió por completo, respecto de su cautivo, desde que retornó de haber vencido á Narvaez, ya orgulloso de su nuevo poderío, ya rencoroso por el trato del monarca indio con los blancos de Cempoalla.

Prescott, Hist. de la Conq. tom. 2, pág. 17, prorrumpe indignado: "Apénas es necesario refutar una imputacion tan monstruosa, pero que sin embargo ha encontrado acojida en algunos escritores modernos. Independientemente de cualesquiera otras consideraciones, bien se habrían guardado los españoles de procurar la muerte de Motecuczoma, siendo, como lo observa muy bien el tezcocano Iztlilxochitl, el golpe peor que pudieran recibir, pues esto era romper el último vínculo que les ataba á los mexicanos. Hist. Chichim. ubi supra."—Esta opinion descansa en los mismos fundamentos que la de Clavijero. La idea de que los españoles mataron á Motecuhzoma no es de algunos de los escritores modernos, sino de algunos de los antiguos y entre ellos de los primitivos. El vínculo entre los méxica y los castellanos era en realidad Motecuhzoma; pero este vínculo dejó de existir desde el 27 de Junio, dia en que los vasallos desconocieron é insultaron al soberano. La muerte de Motecuhzoma en nada podía empeorar la situacion de los blancos, como la existencia del rey les era completamente inútil. Lo que escribe Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap, 88, es: "Con la muerte de este poderosísimo rey fué grandísimo el daño que á Cortés y á los suyos se les siguió, y muerto Motecuhzoma apretaron mucho á los españoles." No contiene lo que Prescott parafrasea, y además, el dicho es falso. Por el testimonio de Cortés consta, que los méxica apretaron á los castellanos ántes y despues de haber herido al monarca; muerto éste tan sólo siguió en México la batalla de la noche. Segun hemos visto, Ixtlilxochitl sigue la version mexicana, y por consiguiente no puede patrocinar la opinion de Prescott en este capítulo. En cuanto á las autoridades aducidas por el mismo distinguido escritor norteamericano, pág. 16, tenemos el sentimiento de asegurar, que todos hacen á este propósito cual se pudiera pretender.

dida del trono y existencia, con la salvacion del alma: es completamente absurdo el pensamiento; el monarca sólo se mostró inquebrantable en no abandonar el culto de sus abominables dioses. (1)

(1) Acerca del pretendido bautismo de Motecuhzoma, así como en lo relativo á su muerte, consúltese la muy interesante disertacion, inserta en el Boletin de la Soc. de Geografia y Estadística, tom. 10 pág. 357, é intitulada: Bautismo de Motecuhzoma II, noveno rey de México. Disquisicion histórico-crítica de esta tradicion, por D. José Fernando Ramirez.

Cuanto se refiera acerca de esta materia queda destruido ante esta autoridad:—"102. Item: si saben que el dicho Montezuma é todos los señores de la tierra estaban tan obidientes, ansi en las cosas de su conversion á nuestra fé, como en el servicio, que permitieron que de su prencipal templo fuésen quitados los ídolos, é puestas imágenes de nuestra Señora é de otros Santos: é si saben quel dicho Montezuma, oya con muestras de buena voluntad las cosas de nuestra Fee, é pidió ser baptizado, é se defirió su baptismo hasta la Pascua florida, por hacerse con toda solemnidad." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 343—44.

Si por esto consta que Motecuhzoma no fué bautizado, no por eso deja de aparecer embrollada la pregunta. ¿Para cuál Pascua florida se difería el bautismo? La de aquel año 1520, era ya pasada, sin que aparezca tuviera lugar la solemnidad; acaso se debería verificar en la Pascua florida del año siguiente.

CAPITULO XI.

CUITLAHUAC.

El tesoro.—Preparativos de marcha.—Pérdida del puente en la primera cortadura.—Cruel matanza en la segunda cortadura.—No es cierto el salto de Pedro de Alvarado.—La noche triste.—Popotla.—Tlacopan.—Totoltepec ó Nuestra Señora de los Remedios.—Pérdidas de los castellanos.—Parte de los castellanos de la rezaga se refugian en el cuartel.—Teocalhuican.—Citlaltepec.—Ríndense los castellanos del cuartel.—Xoloc.—Aztaquemecan.—Batalla de Otonpa.—Apan.—Hueyotlipan.—Visita de la señoría.—Noticia de algunas pérdidas.--Entrada en Tlaxcalla.—Recoge Don Hernando el oro sacado por los soldados.—Alianza con la señoría de Tlaxcalla.

II tecpatl 1520. Aceptado por unos y contradicho por otros, en junta de capitanes fué determinado salir de la ciudad aquella noche. Preponderaron como buenas razones, que durante la oscuridad se podrían ocultar los movimientos propios y sorprender al enemigo; ademas los indios no tenían costumbre de pelear en aquellas horas, y por otra parte se les suponía ocupados en las exequias

de sus reyes, tal vez fueron decisivas las predicciones del nigromante Botello, quien decía, que peleando Cortés de noche como con Narvaez, vencería; que Botello ó su hermano perecerían, así como algunos más, salvándose el general y otros muchos, pero que si de dia se salían no escaparía ninguno. (1)

Despues de puesto el sol, Cortés mandó á su camarero Cristóbal Gúzman sacase de su aposento el acumulado tesoro, y le pusiera en una sala por medio de los tlaxcalteca. Aquel monton de oro costaba negros afanes á los castellanos y tristes padecimientos á los indios, en aquel momento era preciso abandonarle para salvar la vida, representaba sangre y lágrimas, y sangre y lágrimas debían cosechar los exactores. Reunidas las personas mandadas llamar por D. Hernando, les hizo presente estar ahí reunido lo correspondiente al quinto real, á su propia persona como capitan general, con las porciones de los de la Villa Rica; que teniendo que abandonar la ciudad, requería á los oficiales reales, Alonso de Ávila y Gonzalo Mejía, pusiesen en cobro lo perteneciente al rey, por ser de su cargo, á cuyo efecto ponía á su disposicion siete caballos de los heridos y cojos. De lo suyo hizo cargar de barras de oro una yegua morcilla, la cual puso al cuidado de un criado, llamado Torrecicas. Requirió tambien á los alcaldes y regidores presentes de la Villa Rica, pusiesen en salvo el resto del tesoro; mas ellos respondieron no poderlo hacer por estar ya de camino. Entónces pidió á su secretario Pedro Hernández, le diese por testimonio, como no podía sacar ni guardar el resto del oro, consistente en setecientos mil pesos, y que siendo mejor le aprovechasen los soldados, que no los perros de los indios, hacía de ello donacion á quien lo quisiera tomar. Avisada la hueste, los cautos tomaron piedras finas ó porciones cortas del codiciado metal; pero los codiciosos arrojaron de las alforjas hasta los objetos más necesarios, las rellenaron de oro, se cargaron cuanto pudieron y casi agobiados por el peso se incorporaron á las filas. (2)

La columna quedó organizada de esta manera. Llevaba la vanguardia Gonzalo de Sandoval, con los capitanes Antonio de Quiñones, Francisco de Acevedo, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz,

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XI.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cartas de Relac. pág. 142.—Resid. de Cortes; Gonzalo Mejía, tom. 1, pág. 101.—Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 241. &c.

Andrés de Tapia y otros de Narvaez, con doscientos peones y veinte jinetes: iba en ella una puente de madera, labrada en el cuartel, destinada á dar paso franco sobre las cortaduras, conducida por cuatrocientos tlaxcalteca, encargados de cuidarla y defenderla en compañía de cincuenta soldados al mando del capitan Magarino. Regían la batalla ó centro, D. Hernando, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia con el grueso del ejército. Esta division era la pesada por contener muchos elementos heterogéneos: la artillería, tirada por doscientos cincuenta aliados y sostenida por cuarenta rodeleros: el fardaje conducido en hombros de los indios: los caballos cargados con la hacienda del rey, la yegua de Cortés, muchos macehuales llevando á las espaldas el oro de capitanes y soldados: las mujeres de la tropa, sirvientas ó mancebas, con Marina y dos hijas de Motecuhzoma, defendidas por trescientos aliados y treinta españoles: los prisioneros que no habían sido muertos, de los cuales eran los principales, Chimalpopoca y Tlaltecatzin, hijos del difunto monarca, Cuicuitzcatzin nombrado por Cortés rey de Aculhuacan, "y á otros señores de provincias y ciudades que allí tenía presos;" (1) es decir, las personas escapadas á la catástrofe de la tarde, porque áun podían servir de alguna cosa, bien como rehenes, bien para sacar otras ventajas. Mandaban la rezaga ó retaguardia, Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de Leon, con número competente de peones y un grueso de caballería, los más de los de Narvaez. Los aliados, cuyo número se hace subir á seis ó siete mil, fueron repartidos en las tres secciones. (2)

Por órden del general recorrió los aposentos Alonso de Ojeda, dando priesa á los remisos: encontró á Francisco dormido en una azotea, le despertó é hizo incorporarse en las compañías. Era poco ántes de la media noche; había grande oscuridad y lloviznaba fuerte. Dejando en el cuartel encendidas algunas hogueras, cual si todavía velasen los cuerpos de guardia, el ejército comenzó á desfilar en si-

(1) Cartas de Relac. pág. 143.—Cortés afirma que sacaba, "á Cacamacin, Señor de Aculuacan, y al otro su hermano que yo había puesto en su lugar."—Respecto de Cacamatzin, el aserto del general es absolutamente falso; ya hemos visto establecido por buenas autoridades que había sido asesinado en el cuartel.

(2) Cartas de Relac. pág. 143.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV.—Herrera, déc, II, lib. X, cap. XI.—Gomara, Crón. cap. CX.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXI.

lencio, recojió al paso los destacamentos dejados en las puentes ganadas aquel dia, llegando sin ser sentido á la primera cortadura de la calzada. El camino recorrido, saliendo del palacio de Axayacatl, no pudo ser otro que siguiendo en parte las tapias del teocalli mayor, ganando luego por la calle recta de Tlacopan: la cortadura ya en el fin de la isla y principio de la calzada, se llamaba de Tecpantzinco, y estaba colocada sobre la gran acequia que de N. á S. cruzaba sobre las calles del Puente de la Mariscala, Santa Isabel y S. Juan de Letran. Magarino con sus hombros colocó la puente sobre la cortadura, pasando tranquilamente la vanguardia y la batalla; mas como la puente no era muy ancha, el desfile se hizo con lentitud y de precision con algun ruido al paso de la artillería y de los jinetes. La ciudad estaba sumergida en profundo silencio, los guerreros indios dormían descuidados. Por acaso una mujer que iba á tomar agua descubrió la negra columna y para distinguirla le arrojó el tizon que en la mano llevaba para alumbrarse; cerciorada de lo que era, comenzó á dar gritos á los méxica, avisándoles como sus enemigos se iban secretamente huyendo. A las voces despertó una de las velas colocadas en un teocalli de Huitzilopochtli y comenzó á sonar con fuerza el *huehuetl* ó gran atambor de guerra; á los lúgubres sonidos, los sacerdotes veladores de los teocalli repitieron la señal con los instrumentos sagrados, y brotados entre las tinieblas aparecieron los guerreros méxica á vanguardia y retaguardia, y por ambos lados de la calzada sobre sus canoas en el lago. (1)

Ciutlahuac debió conocer ser el punto importante el Tecpantzinco y sobre él cargó un gran grueso de guerreros. Empeñose el combate con encarnizamiento, cerrando unos contra otros pié con pié; no obstante la diferencia de las armas, como los castellanos perdían las ventajas de la artillería y de las escopetas por estar estrechados, los méxica lograron contener el avance de sus contrarios cuando todavía no pasaba por la puente portátil toda la rezaga. Los ochenta jinetes de aquella division llevaban los heridos á las ancas por lo cual no podían maniobrar con soltura, así por el peso, como por lo estrecho del terreno. " Y estando de esta manera, carga tan- " ta multitud de mexicanos á quitar la puente y á herir y matar á

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV.—Códice Ramírez. MS.—Fragmentos MS. —Torquemada, lib. IV, cap. LXXI.

"los nuestros, que no se daban á manos unos á otros; y como la des-
"dicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como
"llovía, resbalaron dos caballos y se espantaron, y caen en la lagu-
"na, y la puente caída y quitada; y carga tanto guerrero mexicano
"por acaballa de quitar, que por bien que peleábamos y matábamos
"muchos de ellos, no se pudo más aprovechar, della." (1) Dueños los triunfantes méxica de la puente y arrojada al agua, la parte de la rezaga que áun no había pasado, quedó enteramente cortada, para escapar á una pérdida segura se abrió paso por entre la apiñada multitud de los enemigos y fué á encastillarse de nuevo en el abandonado cuartel.

El ejército quedó así aislado entre las cortaduras. La noticia de la pérdida de la puente cundió con notable rapidez del uno al otro extremo de la columna, difundiendo el mayor desaliento; lo iminente del peligro trajo el instinto de la conservacion personal, perdiéronse órden, y disciplina, y cada quien pensó en salvarse sin acudir á la defensa comun. "Pues quizá había algun concierto en la sali-
"da, como lo habíamos concertado, maldito aquel, porque Cortés y
"los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar
"sus vidas y llegar á tierra firme, aguijaron por las puentes y cal-
"zadas adelante, y no aguardaron uno á otro; y no lo erraron, por-
"que los de á caballo no podían pelear en las calzadas; porque yen-
"do por la calzada, ya que arremetían á los escuadrones mexica-
"nos, echabánseles al agua, y de la una parte la laguna y de otra
"azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y
"con lanzas muy largas que habían hecho de las espadas que nos
"tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas; y si
"arremetía alguno de á caballo y mataba algun indio, luego le ma-
"taban el caballo; y así no se atrevían á correr por la calzada." (2)

La mayor parte de la vanguardia tuvo tiempo de pasar las dos cortaduras restantes, como mejor pudo. El general con un trozo de

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cortés nada dice acerca del término final de la puente portátil.—Gomara, Crón. cap. CX, asegura haber pasado el ejército sobre el primer foso y que quitada la puente fué colocada sobre la segunda cortadura.—Herrera, déc. II. lib. X, cap. XI, afirma que colocado el ponton en la primera cortadura no se pudo ya quitar porque se afirmó en el lodo del suelo.—Seguimos la autoridad de Bernal Díaz como la más autorizada en el caso.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

peones, siguió el mismo movimiento: "é yo pasé presto, dice, con "cinco de caballo, y con cien peones, con los cuales pasé á nado "todas las puentes y las gané hasta la tierra firme." (1) Quedó pues abandonado el centro, con la parte de la rezaga que no había tornado al cuartel. Siguiendo el impulso de la marcha, guiado por el instinto de buscar la tierra firme, empujado por los enemigos, aquel trozo se encontró delante de la cortadura de Tolteacalli. Impelidos los del frente por los de la retaguardia, el confuso tropel de castellanos y aliados, mujeres, caballos, artillería, macehuales cargados con el fardaje, comenzó á caer en el foso, bregando cada quien contra la muerte. La algazara de la pelea no ahogaba los gritos de apuro. Aquí uno que luchaba contra las aguas exclamaba: ¡Socorro que me ahogo! Allá un combatiente voceaba: ¡Aquí, ayuda, ayuda! El arrebatado vivo para ser llevado al sacrificio decía: ¡Favor que me llevan! Las mujeres lanzaban gritos de angustia, los moribundos clamaban á Dios y á la Vírgen sin mancilla; y á todo se mezclaban los denuestos de los méxica, y su grita de guerra y de furor. Fila tras fila fueron hundiéndose en la cortadura, hasta que colmada de despojos quedó allanada, y dió paso franco á los mermados restos de la division, compuestos de algunos peones denodados que habían sabido mantenerse juntos, y que con sus bravos capitanes iban todavía haciendo rostro al enemigo. En Tolteacalli fueron la mayor matanza y pérdida.

La tercera cortadura se nombraba Toltecaacalopan. Afortunadamente quedaba sobre ella una viga atravesada, por la cual se salvaron algunos, y muchos más se salvaran si no sobrevinieran los méxica en persecucion de los fugitivos. Unos cincuenta peones, entre los cuales se contaba Bernal Díaz, manteniéndose unidos lograron defenderse y franquear el paso; escaparon igualmente pequeños pelotones de soldados animosos; el resto de la confusa muchedumbre, cayó en la cortadura, cegándola como la anterior, dando así paso libre al reducido número de quienes habían sobrevivido. De los últimos llegó á la orilla Pedro de Alvarado, capitan comandante de la rezaga; venía sólo y sin compañeros; desmontado, herido y cansado, se defendía contra una turba de guerreros; haciendo rostro con el valor que no puede disputársele, amparándose con espada y

(1) Cartas de Relac. pág. 143.

broquel, atravesó el foso por la viga, y recibido al otro lado á las ancas del caballo de Cristóbal Martín de Gamboa, pudo llegar salvo al fin de la calzada. (1)

Los fugitivos seguían la calzada adelante, calados por el agua, cubiertos de lodo y sangre, cansados, heridos muchos, murmurando de sus jefes que los habían abandonado. Gonzalo de Sandoval, Olid y otros caballeros gritaron á Cortés que iba delante: "Aguardad, "señor capitan; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los "dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan "atras, tornémoslos á amparar y recojer; porque vienen algunos sol- "dados muy heridos y dicen que los demás quedan todos muertos, "y no salen ni vienen algunos." No obstante que D. Hernando contestó sería temeridad volver á las puentes pues ninguno saldría con vida, tornóse la calzada arriba con Sandoval, Olid, Avila, Morla, Gonzalo Domínguez y otros siete jinetes con algunos peones de los no heridos; no habían caminado mucho trecho cuando encontraron á Pedro de Alvarado, en compañía de siete soldados y ocho tlascalteca, todos heridos; preguntóle el general ¿si atras quedaba

(1) Refieren unánimemente historiadores y poetas, que Alvarado: "clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlascaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprensible: "De veras este es Tonatiuh." (Prescott, tom. 2. pág. 51.)—Por tres siglos ha pasado esta relacion por verdadera, contando en su apoyo no sólo el testimonio del comun de los escritores, sino tambien la tradicion constante sostenida en el nombre de la calle del puente de Alvarado, en la cual existe aún, aunque debajo del piso, el puente del Salto de Alvarado. Queda aún al descubierto parte de la acequia que por bajo el puente pasaba, corriendo de N. á S. por entre los edificios. Todavía en 1834 vimos descubierta la acequia á uno y otro lado de la calle. El lado S. presentaba hácia 1847 un Jardin y casa de baños marcada con el número 24 bis; trasformóse despues en el Tívoli del Eliseo, en cuyo jardin se descubre aún parte de la antigua acequia. Por el S. tapóse la especie de portillo que ahí había por una pared pequeña y alta reja, construyéndose luego la casa marcada con el núm. 5. Pasaba por la calle el antiguo acueducto y el puente se manifestaba junto al Tívoli.

En verdad importa poco á la historia haber saltado ó no el capitan Tonatiuh; pero importa á la verdad no admitir errores, por insignificantes que parezcan. Por sí sólo se hace increible el salto, y los pormenores que le acompañan, considerando, que perdido el caballo, Alvarado no podía conservar la lanza; que aunque retuviera el arma, ésta era muy corta para proporcionar el salto; que ejecutado en la oscuridad de la noche y en medio de una encarnizada pelea, mal pudieron admirarle azteca y tlaxcalteca.

alguna gente? respondió que nó, pues toda era pasada: con esta seguridad siguieron toda la calzada abajo, hasta llegar á Popotlan pueblo situado á la orilla del lago. (1)

A los primeros albores del Domingo primero de Julio, mientras los dispersos seguían tranquilamente para el cercano pueblo de Tlacopan, pues los méxica se habían retirado sin proseguir la persecucion, D. Hernando descabalgó de su caballo, sentándose abatido sobre las gradas del teocalli, en espera de los últimos rezagados; pasaron todavía, aunque pocos, despedazadas las armas, maltratados, sosteniéndose á duras penas contra el cansancio y las heridas. Al recuerdo de cuantas desgracias le habían acontecido aquella infausta noche, no pudo ménos de conmoverse y derramó algunas lágrimas. (2) Presentaríase á la mente su pasada grandeza, su ejército destruido y aniquilado su tesoro, sus planes frustrados de señorío, todas las visiones que en la prosperidad le fingía la imaginacion, perdido de un sólo golpe, desaparecidas como un sueño realidades y mentiras en las tinieblas de la pesada noche. Desahogado un tanto y luego que volvió á tomar su tension ordinaria su volun-

Quien primero negó absolutamente el hecho fué Bernal Díaz, cap. CXXVIII, quien entre otras cosas había escrito: "Tambien digo que no la podía saltar ni sobre la lanza ni de otra manera, porque despues desde cerca de un año que volvímos á poner cerco á México y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mexicanos, y tenían allí hechos reamparos y albarradas, que se llaman ahora la puente del Salto de Alvarado; y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase..... volvamos á decir desto del salto de Alvarado: digo que para qué porfian algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fué cierto que la saltó Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua; otra vez digo que no la pudo saltar, en ninguna manera." &c.—El mismo sincerísimo cronista loco cit, explica el orígen de la conseja en estas palabras: "Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decía Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de masepasquines; y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir no siendo verdad; y entre ellos, demas de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, que había dejado morir á su compañero Juan Velázquez de Leon, con más de ducientos soldados y los de á caballo que les

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Proceso de Alva rado: Rodrigo de Castañeda, pág. 44; Alonso Morzillo, pág. 47.

(2) Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVII.—Gomara, Crón. cap. CIX.

tad de hierro, montó de nuevo sobre el fatigado corcel, dejó el pueblo de Popotla y se dirigió al vecino de Tlacopan (hoy Tacuba).

Los soldados estaban remolineando en la plaza sin saber cuál camino tomar. Aunque la mayor parte de los guerreros de aquella cabecera, la menor de las tres monarquias de la triple alianza, debían estar á la sazon en México, los moradores comenzaron á tomar las armas, acudiendo tambien á la pelea los de Azcapotzalco y Tenayocan; se hacía preciso dejar aquel lugar para no verse encerrado en las calles y combatido desde las azoteas. Puesto D. Hernando á la cabeza y guiando unos tlaxcalteca que decían saber el camino, dejaron á Tlacopan metiéndose por entre los maizales: los indios aumentaban más y más, rodeando la cansada columna, arrojando gritos de provocacion y desafio, disparando flechas, piedras y varas. Arrastrándose penosamente, más bien que andando y combatiendo, llegaron al arroyo de Tepzolac, perdiendo en el camino intermedio á los dos hijos de Motecuhzoma, llamados Tlaltecatzin y Chimalpopoca; pasada la corriente y presentándose más allá algunas pequeñas alturas, siendo imposible pasar adelante, así por la fatiga como

dejamos en la retaguardia, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refran: " Saltó y escapó la vida."—Cosa curiosa; el libelo en que se motejaba á Alvarado, se trasformó en una de las hazañas más renombradas del capitan.

El panegirista Solís, lib. IV, cap. XVIII, aplica una buena reprimenda á Bernal Díaz por su incredulidad, en que sólo me parecen buenas estas palabras; "que cuando se creyese (en el salto), dejaba más encarecida su ligereza (de Alvarado), que acreditado su valor."

Publicado el proceso de Alvarado, México, 1847, la cuestion quedó fuera de duda, demostrólo el Sr. D, José Fernando Ramírez, llamando la atencion de los lectores. —La pregunta VIII del interrogatorio, pág. 4 y 5 dice: " Iten si saben &c. que.... el dicho Cortés hizo capitan al dicho Pedro de Alvarado de la rezaga ó retaguardia con ochenta de cavallo y quinientos peones y el dicho Cortés llevó la delantera y salió desta cibdad y pasó con su gente ciertos pasos malos que había en la calzada y estando desecha la dicha puente, que no havia más de un madero por do pasar, el dicho Pedro de Alvarado se apeó y pasó el dicho madero dexando su cavallo de la otra parte y toda la gente de que era capitan desamparada biniendo los enemigos tras dellos y cabalgo a las ancas de un cavallo de un escudero questava de la otra parte y se fue huyendo donde estaba Cortés el qual le preguntó si havia pasado toda su gente y el dicho Alvarado le hizo entender que todos eran salidos y con esto el dicho Cortés comenzo á caminar y ansi se quedaron todos los cristianos que venian en compañía del dicho Pedro de Alvarado desamparados de capitan que los

porque los guerreros indios cargaban con fuerza, miéntras Cortés con los veinte y cuatro caballos que le quedaban mantuvo la llanura, los peones treparon la cuesta de Acueco en el cerco Totoltepec, se apoderaron de un teocalli ahí existente, estableciéndose lo mejor que pudieron para descansar y defenderse: seguros los peones, la caballería se retiró tambien al templo. (1) Los otomíes del pueblo de Tocalhuican les dieron algunos víveres y áun les proporcionaron algunos hombres para llevar el fardaje. (2)

Ahí se hizo alarde de la gente, pudiéndose conocer definitivamente la pérdida sufrida. Se vió faltaban sobre seiscientos castellanos y ochenta y tantos caballos: de los principales capitanes, el caballeroso Juan Velázquez de Leon comandante de la rezaga, en compañía de Alvarado, Francisco de Salcedo, Francisco de Morla y un muy buen jinete apellidado Lares. De los de Narvaez perecieron la mayor parte, ya por bisoños ya por codiciosos. "De los nuestros tantos "más morían, cuanto más cargados iban de ropa, de oro y joyas; ca "no se salvaron, sino los que ménos oro llevaban, y los que fueron "delante, ó sin miedo, por manera que los mató el oro, y murieron

acabdillos (acabdillase) y los indios los mataron todos, digan lo que saben" &c.—Más ó ménos conformes respondieron los testigos; el mismo Pedro de Alvarado descargándose, pág. 68—69, dijo:—" quel dicho cargo en tal coyuntura no se me había de poner por que saliendo de guerra como salimos e a tanto peligro de nuestras personas e con la muchedumbre de enemigos que avia por las azoteas e calles é pasos peleando e syendo de noche e oscuro é saliendo desta cibdad en la retaguardia los

(1) El arroyo de Tepzolac corresponde al rio de Atzcapotzalco ó de los Remedios.—En este sitio en donde se rindió la primera jornada existía ya en 1534 una ermita consagrada á Nuestra Señora de los Remedios, cuyo santuario subsiste todavía. Muchos autores dan al sitio el nombre de Otoncapolco, á lo cual observa el P. Alzate, Gazeta de literatura de 2 de Octubre 1792, que Otoncapolco dista tres cuartos de legua de los Remedios, refiriendo que en su tiempo existían el templo y las fortificaciones de aquel pueblo de Otomíes.—Acerca de la identidad del lugar tenemos: "160. Item, si saben que yendo el dicho D. Hernando Cortés ansí, los capitanes é la xente que había dexado de caballo en la retaguardia, recebian mucho dapño, é les mataban mucha xente los enemigos, é si saben quel dicho D. Hernando Cortés volvió á tomar la retaguardia, é peleó hasta sacar la xente é la llevó al sitio donde agora llaman Nuestra Señora de los Remedios." Interrogatorio, Doc. inéd, tom, XXVII, pág. 364.

(2) Cartas de Relac. pág. 144.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Sahagun, lib. XII, cap. XXV y XXVI.—Teocaluican ó Tencalhuyacan como le llama el P. Sahagun, era un pueblo de otomíes fundado en aquellos contornos: ha desaparecido ó cambiado de nombre, mas se le menciona en el Códice Mendocino.

ricos. (1) Sobrevivieron pocos de los aliados, y de los prisioneros y señores sólo Cuicuitzcatzin; "al astrólogo Botello, no le aprovechó su astrología;" la hija de Motecuhzoma, Doña Ana, dada por esposa á Cortés, con las otras princesas y mujeres de la tropa, quedaron en las puentes. La artillería, la pólvora, el fardaje, la yegua con el oro y el paje Torrecicas, los indios cargados de oro, sirvieron para colmar los fosos, sacando los fugitivos pocas ballestas. Salváronse los intérpretes Aguilar y Marina, Doña Luisa, la hija de Xicotencatl y el constructor de los bergantines, Martín López. Tan profunda fué la impresion causada en el ánimo de los conquistadores por aquella sangrienta rota, que bautizaron la jornada con el epíteto significativo de la *Noche triste.* La causa del desbarato se comprende. Falta militar fué, en nuestro concepto, salir de noche y lloviendo; el dia anterior, sin emplear la fuerza total del ejército, D. Hernando se había abierto paso con algunos jinetes hasta la tierra firme. En las tinieblas, durante la lluvia, en la estrechura de la calzada, los conquistadores no pudieron utilizar la caballería ni las armas de fuego, principales elementos sobre los indios. Los peones no atinaron á

que yvan con migo me dejaron e desampararon e como yva huyendo e ser de noche no los podía capitanear é por esta cabsa los enemigos los mataron como á mi que me hirieron malamente, é me mataron el caballo e en todo este tiempo en todo lo a mi posible yo los capitanee e hize todo lo que devia e hera obligado como buen capitan e cavallero animandolos e esforzandolos hasta que me dexaron solo é mal herido e el caballo muerto e viendome desta manera pase el dicho paso e no me lo havian de tener á mal ni darmelo por cargo pues fue milagro poderme escapar e no lo pudiera hacer sy no fuera porque uno de cavallo estaba de la otra parte que era Cristobal Martin de Gamboa que me tomó á las ancas de su caballo e me sacó." &c. —Conformes entre si, la pregunta del interrogatorio, las declaraciones de los testigos presenciales, la confesion del interesado, resulta, que no hubo salto chico ni grande y que el capitan Pedro de Alvarado pasó el foso por la viga ó madero que del puente quedaba.

" Parece fuera de duda, dice el Sr. Ramírez, que el famoso salto de Alvarado, tan encomiado por nuestros historiadores y cuya tradicion aún se conserva en el nombre de uno de los barrios de esta ciudad, no fué más de una conseja, ó algo peor, segun Bernal Díaz, un acerbo epígrama, que cultivado por la propension natural á creer en lo maravilloso y madurado por la tradiccion de más de tres siglos, llegó al fin á tomar asiento entre las verdades históricas que nadie se atrevía á contradecir."

(1) Gomara, Crón. cap. CIX.

guardar la formacion de ordenanza, mezclados como iban con las mujeres y los bagajes: nótase que los jefes no se portaron todos con su acostumbrada bizarría, echándoseles de ménos al frente de sus respectivas divisiones. El oro los mató tambien; marchaban demasiado cargados del codiciado metal para estar listos á combatir ó franquear los obstaculos; "y si de Narvaez murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, nos dice Bernal Díaz, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar." (1)

Falta militar imperdonable aparece en Cuitlahuac, no haber rematado su victoria, persiguiendo á los fugitivos hasta exterminar-

(1) No es posible conocer á punto fijo la pérdida de los castellanos en la Noche triste. Cortés, Cartas de Relac. pág. 145, dice haber perecido 150 hombres, 45 yeguas y caballos y más de dos mil indios de servicio. Evidentemente éste es el cálculo más bajo y tambien el más lejano de la verdad. Copia esta version Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIV.

Segun las cuentas de Herrera, déc. II, lib. X. cap. XII, se perdieron 290 castellanos, 45 caballos y 4,000 indios amigos. Le sigue Torquemada. lib. IV, cap. LXXII.

Asegura el P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV, haber quedado sólo en la cortadura de Toltecaacalopan, 300 españoles y más de 2,000 aliados.

Gomara, Crón. cap. CIX, pone 450 españoles, 46 caballos y 4,000 indios amigos. Adoptan la misma cifra, Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS. y Muñoz Camargo, Historia de Tlaxcallan. MS.

En la Probanza hecha á contento de D. Hernando, pregunta diez, asegura que murieron más de doscientos cristianos, cincuenta y seis caballos y más de dos mil indios. Doc. de García Icazbalceta, tom. 1, pág. 425.

Bernaldino Vázquez de Tapia sube el número á cerca de 600 hombres y ochenta y tantos caballos. Proceso de Alvarado, pág 38.—El mismo testigo declarando en la Residencia tomada á Cortés, tom. 1, pág. 42, dice: "é murieron dentro de la cibdad é fuera más de ochocientos onbres poco más ó ménos."

Bernal Díaz, cap. CXXVIII: "Digo que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tuxtepeque, y á cinco mujeres de Castilla."

Juan Cano, platicando con Oviedo, (lib. XXXIII, cap. LIV), le refirió que la pérdida en la ciudad y durante el camino para Tlaxcalla consistió en más de 1,170 castellanos y más de 8,000 indios.—Estas cifras vienen á formar el extremo por la parte exajerada. Adoptamos el término medio.

En cuanto á la fecha de la jornada, Gomara, Bernal Díaz, Ixtlilxochitl, &c. aseguran haber sido el diez de Julio. Cortés señala exactamente su entrada en México á veinte y cuatro de Junio y su llegada á tierras de Tlaxcalla el *Domingo ocho de Julio*: todos los sucesos van conformes con estas fechas. Imposible es admitir el diez de Julio para la Noche triste, y la verdadera fecha que le corresponde es el domingo primero. Tal vez haya consistido el error en que aquellos autores, al ménos Gomara, escribiera 1° en numeros, trasformados en 10 por los copiantes y vueltos definitivamente diez.

los. Se ha explicado el hecho de esta manera: "Fué Dios servido de que los mexicanos se ocuparan en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquella acequia, y los caballos y otras béstias; y todo lo echaron en unos piélagos que estaban allí cerca, de manera que quedó limpia el acequia de todo lo que allí había caido, y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos." (1) Es verdad que los méxica se habían ocupado en limpiar las cortaduras y fortificar de nuevo la calzada, mas no únicamente para aprovechar los despojos, sino porque estando encastillados en el cuartel los soldados que se habían vuelto de la rezaga, los cuales se defendían animosamente, Cuitlahuac porfiaba por destruirlos, estando detenido con su ejército ante aquel obstáculo. Muy militar era acabar primero con el enemigo refugiado en la ciudad, ántes de salir contra el del campo; dejar inexpugnable la calzada á fin de evitar la salida de los unos y la vuelta de los otros. (2)

Aquella noche en Totoltepec los fugitivos encendieron grandes

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXV.

(2) Conocemos lo inadecuado de interrumpir frecuentemente la narracion con largas notas de controversia ó discusion; pero no nos ocurre medio de evitarlo, ya que establecemos algunos hechos los cuales es indispensable probar. La vuelta al cuartel de una parte de la rezaga nos parece confirmada plenamente.

Gomara, Crón. cap. CIX, pone: "esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron más de docientos españoles en el mesmo patio, y real, sin saber de la partida, á que despues mataron, sacrificaron y comieron los de México, pues de la ciudad no se pudiera salir, quanto más de una mesma casa, Cortés dice que se lo requirieron." —Gomara fue informado por los conquistadores y áun escribía por los dichos de Cortés; así es que, no obstante su duda, relata el rumor adoptado por los testigos presenciales.

Herrera, déc. II, lib. X, cap. XII, escribió por documentos fehacientes y por relaciones escritas de los conquistadores, y escribe: "Con este trabajo salieron los castellanos á la tierra firme, quedando muertos ciento y cincuenta soldados, con cuarenta presos, que fueron sacrificados, y ciento que se volvieron á la torre del templo, á donde se hicieron fuertes tres dias, y por la hambre se dieron y murieron la misma muerte."—Síguele Torquemada, lib. IV, cap. LXXII.

Juan Cano, casado con Doña Isabel, hija de Motecuhzoma y esposa que había sido de Cuauhtemoc, aseguró á Oviedo, lib. XXXIII, cap.: "Bien se quien era esse (Botello) y es verdad que fué de parecer que Cortés é los chripstianos se saliesen; é al tiempo de efectuarlo no lo hizo saber a todos: antes no lo supieron sino los que con él se hallaron á essa plática, é los demas que estaban en sus aposentos é quarto-

lumbradas con la leña acopiada en el teocalli; curaron á los lastimados apretándoles con mantas las heridas, muy hinchadas y dolorosas por la irritacion; tomaron algun alimento del traido por los otomíes, tendiéndose en seguida por el suelo para reparar los fatigados miembros. Algunos no obstante el cansancio velaban, porque los guerreros de la comarca, reunidos al pié de la altura daban grita, tirando piedras y flechas: el rumor se fué sosegando paulatinamente, á medida que las horas fueron avanzando. A la media noche, es decir, al principiar el lúnes dos de Julio, D. Hernando despertó á los suyos; los heridos, los cojos apoyados en bordones, las pocas mujeres que áun quedaban, fueron colocados en el centro de la hueste; pusieron á quien no podía andar á la grupa de los caballos; los cuatrocientos ó quinientos peones formaron una columna compacta, flanqueada por los veinticuatro jinetes, yendo á la descubierta ó interpolados, los seiscientos tlaxcalteca sobrevividos á la matanza.

Dejando encendidos los fuegos, la hueste bajó en silencio la cuesta, siguiendo á D. Hernando puesto á la cabeza con los guias tlax-

les se quedaron, que eran doscientos é septenta hombres, los cuales se defendieron ciertos dias peleando, hasta que de hambre se dieron á los indios é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los ques dicho. E assí los doscientos é septenta chripstianos, é los que dellos no avian seydo muertos peleando, todos quando se rindieron fueron cruelmente sacrificados."

El Peregrino Indiano, Canto XIII, pág. 213, puso:

Quedáronse dozientos reçagados
Que allí se los dexó su desventura.

En el Códice Ramírez, MS. encontramos: "Los mas cobdiciosos del ejército no queriendo dejar el oro y plata que habían robado, se ocuparon en hacer baules para llevarlo consigo, y al tiempo que comenzó á caminar D. Hernando Cortés unos se quedaron algo atrás para llevar su oro y plata, y otros en el palacio real aliñándolo......y á los miserables que se habían detenido en las casas reales por cobdicia de no dejar los despojos, los cogieron á unos en la plaza, y á otros dentro; dizen que murieron en la hoya trescientos hombres españoles sin los que cogieron en la ciudad y casas raales, los cuales fueron cerca de quarenta que los sacrificaron delante de su ídolo sacándoles el corazon."

Sigue esta misma version el P. Acosta, estampando en el lib. VII, cap. XXVI. "Muchos, por guarecer el oro que tenían, no pudieron escapar: otros, deteniéndose en recogerlo y traerlo, fueron presos por los mexicanos, y cruelmente sacrificados ante sus ídolos."

En los fragmentos MSS. que siguen al Códice Ramírez, encontramos: "mas al fin se fueron y los tristes que quedaron en la casa fuerte, segun dicen los viejos y en sus pinturas está pintado, hizieron los mexicanos fiesta con ellos y su carne."

calteca. Sentida á poco por los escuchas enemigas, que apellidaron á los guerreros, la algazara y la pelea se hacían más ó ménos vivas segun acudía ó se retiraba la gente de los pueblos comarcanos: aquellos rebatos sin órden ni concierto, más eran manifestaciones personales de los habitantes de la comarca. La penosa y lenta marcha de los heridos, pararse de contínuo á resistir el golpe de los contrarios, hacía el avance lento y difícil. Al amanecer, cinco de á caballo lograron desbaratar los escuadrones puestos al paso, con lo cual la hueste pudo subir las cortas alturas, llegó á Palacoayan cuyo pequeño pueblo quemó y destruyó, apoderándose de los víveres, bajó á la llanura de Atizapan y ántes de medio dia logró refugiarse en el pueblo de Teocalhuican. Era un pueblo de otomíes, parientes de los de Tlaxcalla, cuyo señor Otocoatl, ya por el parentesco, ya por el ódio de raza con los méxica, recibió con amor á los fugitivos, dándoles víveres y áun algunos hombres para acompañarlos. Quejáronse aquellos bárbaros del mal tratamiento de los de México, á lo cual respondió D. Hernando: "No tomeis pena aunque me vaya, que yo volveré presto, y haré que esta sea cabecera, y no sujeta á México, y destruiré á los mexicanos." (1) Los castellanos se aposentaron en el teocalli, pasando con seguridad la noche.

Sin embargo de cambiar en los pormenores, las tradiciones españolas y mexicanas están conformes, en que los méxica tomaron cierto número de prisioneros dentro del cuartel despues de la salida de D. Hernando. Absolutamente falsa nos parece la version de que aquellos soldados hayan sido abandonados por Cortés, pues ademas de constar que ordenó á Ojeda recorrer los aposentos para avisar á los remisos, en aquellos momentos de apuro tenía la necesidad urgente de contar con el mayor número posible de soldados. Mas visos de verdad tiene, aunque no se presenta bien justificado, que aquellos rezagados se quedaran por cargarse del oro abandonado. Supuesta la presencia de los castellanos en el cuartel, la version más natural es la adoptada por nosotros, fundada en Herrera; aquellos soldados formaban parte de la rezaga; cortados de sus compañeros por la pérdida del puente portátil en la primera cortadura, se replegaron al cuartel, se encastillaron de nuevo, peleando por tres dias hasta tener que entregarse por falta de víveres. Ante este episodio de la gran epopeya, no se ha detenido la consideracion de los escritores modernos, no sabemos por cuáles respetos. Prescott, tom. 2, pág. 56, nota 36, hace mérito del dicho de Juan Cano; mas calificándole de cuento inverosímil lo pasa de largo, sin detenerse á meditar en las afirmaciones de los demas autores.

(1) Sahagun, cap. XXVI, primera relacion.—Cartas de Relac. pág. 145-46.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—La discusion del itinerario la encontrará el lector en el Diccionario Universal de Hist. y Geog., en el artículo intitulado: Itinerario del ejército español en la conquista de México.

Mártes tres de Julio abandonaron á Teocalhuican. Unida la hueste y en formacion compacta, protegida por los jinetes, marchó abriéndose paso donde quiera se presentaron los indios; atravesó los pueblos de Cuauhtitlan y Tepotzotlan, costeó las riveras occidentales del lago de Tzompanco, deteniéndose en la orilla boreal, en el pueblo de Citlaltepec: la jornada fué de unas siete leguas. Los moradores, sin hacer resistencia huyeron á los pueblos comarcanos, dejando abundantes provisiones; por este motivo, para dar reposo á los heridos y dejar se repusieran los caballos, permanecieron ahí todo aquel dia y el siguiente miércoles cuatro. El maíz ahí encontrado dió lo suficiente para llevar despues al camino alguna cantidad de tostado ó cocido. (1)

Hacia este tiempo, los castellanos encastillados en México, despues de defenderse valientemente por tres dias, se entregaron vencidos por el hambre. Aunque la tradicion no lo dijera, debiamos admitir sufrieron la suerte de todos los prisioneros de guerra; fueron sacrificados á los dioses y sus carnes comidas por los vencedores. Ignoramos si segun las costumbres sufrieron inmediatamente aquella suerte atroz, ó los conservaron para inmolarlos en la festividad de la coronacion del nuevo rey. Se desprende claramente de los hechos, que libre Cuitlahuac de los enemigos de la ciudad, volvió su atencion á los del campo, juntando ejército para ir á combatirlos.

La hueste española dejó á Citlaltepec el cinco de Julio. Combatida en el camino, aunque no de una manera vigorosa, fué á pernoctar en el pueblo de Xoloc, abandonado por los habitantes. La marcha, comenzada al O. de la capital y proseguida luego hacia el N., tomaba ahora al E., verdadero rumbo para Tlaxcalla. Puesta en movimiento el siguiente dia seis, los enemigos combatieron constantemente la columna; presentáronse en mucho número, y atacaron principalmente la rezaga. Cortés con cinco jinetes y diez peones intentó apoderarse de un pueblo; mas fué rechazado quedando herido de dos pedradas en la cabeza: proseguida la marcha, los méxica apretaron con brio matando á dos castellanos y el caballo de Cristóbal Martin de Gamboa. Urgida por el cansancio la hueste, hizo noche en Zacamolco, pueblo abandonado por los vecinos, situado en el cerro de Aztaquemecan, cuyas faldas se llamaban Tonan. Mu-

(1) Cartas de Relac. pág. 146.

chos les apretó el hambre, cenando como gran regalo del caballo muerto en la jornada. (1) Fué tanta la falta de víveres, que "un "castellano aquejado del hambre, abrió á otro muerto y le comió "los hígados, y Cortés le mandó ahorcar, y no se hizo á ruego de "muchos." Los aliados se echaban al suelo, mordían la tierra arrancando yerbas, y alzando los ojos al cielo exclamaban: "Dioses, no nos desampareis en este peligro, pues teneis poder sobre todos los hombres, haced que con vuestra ayuda salgamos de él. (2)

Cuitlahuac seguía atento la marcha de los blancos; desembarazado de los enemigos de la ciudad, juntó un poderoso ejército compuesto de sus súbditos, de los de Texcoco, de Tlacopan y de los pueblos de los lagos, cuyo mando confió al Cihuacoatl, poniendo en sus manos el *tlahuizmatlaxopilli* ó gran estandarte, compuesto de una asta, de cuya punta superior colgaba una red de oro. Como la nobleza, los guerreros de cuenta habían perecido en la mayor parte, la tropa vestía casi en totalidad las blancas divisas de los aspirantes. (3) Salidos de México los escuadrones, con intento de cerrar á los teules el camino de Tlaxcalla, fueron á situarse aquella noche del seis, á las faldas occidentales del mismo cerro de Aztaquemecan.

Poco despues de amanecer del sábado siete de Julio, los teules se pusieron en marcha. Cortés había sentido á los méxica y modificó el órden de la hueste; los tercios de los peones, divididos en capitanías, debían mantenerse unidos, procurando herir de punta en los contrarios y aprovechar los golpes en los capitanes y oficiales principalmente: la caballería, por pelotones de cinco en cinco, llevarían las lanzas terciadas á la altura del rostro de los de á pié, procurando no tanto herir, cuanto atropellar y desordenar las filas enemigas: á fin de dejar expeditos á los jinetes, los heridos quedaron protegidos en el centro de la infantería. Llevarían andada legua y media, cuando al atravesar la llanura de Tonanpoco, no léjos de Otonpa, se vió venir la muchedumbre de los méxica, oyéndose sus gritos de guerra. Hizo alto la hueste, tomó su formacion de batalla; D. Hernando le dirijió un breve discurso haciéndole entender ser preciso

(1) Cartas de Relac. pág. 147.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Sahagun, lib. XII, cap. XXVI.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XII.

(3) "Y como iban vestidos de blanco, parecía el campo nevado," dice Herrera.

vencer ó morir, y la llanura se inundó con los guerreros indios, avanzando resueltamente por todas partes hasta envolver á los blancos. "Estaban los españoles como una islita en el mar, combatida de las olas por todas partes." (1)

Los méxica cerraron pié con pié; en balde la caballería hizo varias arremetidas, pues las compactas masas de guerreros una vez desordenadas volvían á reunirse; con sus empujes sucesivos lograron por último rechazar á los jinetes, hasta hacerlos replegar al abrigo de los peones. De nada valían tampoco las récias estocadas, pues los muertos eran al momento reemplazados por los vivos, pareciendo casi inútil el herir y matar. Con verdadero heroismo, los guerreros cobrizos se metían por la punta de los aceros, satisfechos si al perder la vida lograban hacer daño á los aborrecidos teules.

Prolongábase la batalla. Los blancos no habían sido vencidos; pero el Cihuacoatl lanzaba siempre nuevos refuerzos sobre el campo, sabiendo que si el combate proseguía, cansados de matar y extenuados por el hambre, los castellanos sucumbirían al fin; así, luchaban y luchaban sin tregua. "Pelearon con nosotros tan fuerte-" mente por todos lados, que casi no nos conocíamos unos á otros, " tan juntos y envueltos andaban con nosotros. Y cierto creimos " ser aquel el último de nuestros dias, segun el mucho poder de los " indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir como " íbamos muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de ham-" bre." (2)—"Llegado el medio dia, con el intolerable trabajo de la " pelea, los españoles comenzaron á desmayar. Viendo esto el capi" tan D. Hernando Cortés, con gran ánimo comenzó á animar á los " españoles diciéndoles: "¡Oh hermanos! ¿qué haceis? ¿cómo no os " esforzais? ¿Por qué desmayais, y os dejais matar como puercos de " estos malditos idólatras?" (3) Los castellanos comenzaban á desordenarse. En aquel trance supremo el ánimo de D. Hernando permaneció sereno; recordó que los guerreros tenían la negra costumbre de huir cuando muerto el general había perdido el estandarte; alzándose sobre los estribos, buscó sobre la multitud al Cihuacoatl, descubrióle encima de un otero cargado en andas por los nobles y rodeado de su guardia; uniendo la pronta ejecucion al rápido pensa-

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.
(2) Cartas de Relac. pág. 148.
(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.

miento, reune á su lado los jinetes, con los capitanes Sandoval, Olid, Alvarado, Ávila, Gonzalo Dominguez, y mostrándoles el punto de mira, "Ea, señores, exclamó, rompamos con ellos." Precipitáronse en la direccion marcada, hendiendo los compactos escuadrones y abriendo un ancho surco llegaron al Cihuacoatl, Cortés con el encuentro del caballo le derribó de las andas, Juan de Salamanca se apeó listamente, le arrancó la vida y el estandarte que presentó á D. Hernando, éste le tomó, levantándole en alto, le sacudió en señal de triunfo, á semejante vista, siguiendo la mala costumbre, los guerreros huyeron en todas direcciones como una bandada de tímidas palomas. Como por encantamiento había terminado la batalla. (1)

Dicen haber concurrido á la batalla 200,000 naturales, de los cuales perecieron 20,000: nos parecen cifras abultadas por la jactancia. Los castellanos quedaron reducidos, segun Bernal Díaz, á cuatrocientos cuarenta peones, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros: de los tlaxcalteca perecieron casi todos, distinguiéndose en la batalla el capitan Calmecahua, hermano de Maxixcatzin, llamado D. Antonio en el bautismo, célebre no tanto por su valentía, cuanto por haber muerto de 130 años. Juan de Salamanca recibió más tarde en prémio de la hazaña, llevar por armas el penacho del Cihuacoatl.

Recogido por los castellanos el despojo abandonado por los méxica en el campo de batalla, prosiguieron la marcha, haciendo alto aquella noche en un pequeño lugar en la misma llanura, llamado Apan; no tuvieron contratiempo, sino oir de léjos la grita de los contrarios. Iban alegres por haber escapado á tan gran peligro y asombrados de la pasada victoria, debida así á la bravura de D. Hernando como á su ingenio para aprovechar las prácticas de los naturales. Desde Apan se divisaba la alta sierra del Matlalcueye; era la tierra de Tlaxcalla, el término de la peregrinacion. Asaltábales en medio del gozo una punzante duda: ¿los recibirían en la señoría con la antigua amistad? ¿La desgracia suya habría traido mudanza en el ánimo de los fieros tlaxcalteca?

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.—Cartas de Relac. pág. 148.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Oviedo, lib, XXXIII, cap. XIV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII.—Gomara, Cron. cap. CX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 89. MS.

Siendo ya dia claro dejaron á Apan. Llegados á una fuente en donde se partían los términos de Tlaxcalla, bebieron con abundancia, se lavaron y descansaron. "E así salimos este dia, que fué do-"mingo á ocho de Julio, de toda la tierra de Culua, y llegamos á "tierra de la dicha provincia de Tascaltecal, á un pueblo de ella "que se llama Gualipan, (1) de hasta tres ó cuatro mil vecinos, "donde de los naturales de él fuimos muy bien recibidos, y repara-"dos en algo de la gran hambre y cansancio que traíamos; aunque "muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dine-"ros y aunque no querían otro sino de oro, y éranos forzado dárse-"lo, por la mucha necesidad en que nos víamos." (2)

Temía D. Hernando penetrar en la señoría, dudoso de la manera con que sería recibido. Presto salió de la incertidumbre, pues luego que los cuatro señores fueron informados de la llegada de los castellanos, vinieron á Hueyotlipan acompañados de algunos principales de Huexotzinco; dieron la vienvenida á Cortés, se dolieron de sus pesadumbres y heridas, le consolaron y prometiéronle de nuevo perpétua amistad, no sólo por ser ya sus aliados, sino por vengar las muertes de sus parientes y amigos caídos á manos de los méxica: trajeron gran cantidad de víveres y refrescos para regalar á sus amigos. Agradecido el general regalándoles en recompensa algunos de los despojos de Otonpa con las armas y estandarte del Cihuacoatl, lo cual tuvieron en mucho por haber sido quitado á los méxica. Aquellos agasajos fueron acibarados por malas noticias. Al venir la última vez sobre México, Cortés había dejado en Tlaxcalla á los heridos y enfermos, en guarda del tesoro que de Cempoala traía y de lo que Juan Velázquez había recogido en Tuxtepec, ordenándoles para cuando estuviesen repuestos se dirigiesen con el oro á Tenochitlan. Habiendo llegado cinco jinetes y cuarenta y cinco peones de la Villa Rica al mando de Morla y de Juan Yuste, todos los

(1) Hueyotlipan, en el actual Estado de Tlaxcalla.

(2) Cartas de Relac. pág. 149. Los últimos conceptos del texto no son verdaderos. Así lo había dicho ya Juan Cano al historiador Oviedo, segun consta en el lib. XXXIII, cap. LIV: "Tenedlo, señor, por falso todo esso: porque en casa de sus padres no pudieran hallar más buen acogimiento los christianos, é todo cuanto quisieron, é aun sin pedirlo, se les dió gracioso é de muy buena voluntad."—Consta lo mismo, por la deposicion de testigos presenciales, en la Informacion hecha por el gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla, recibida en México y Puebla el año 1565. México 1875.

castellanos formando un destacamento de setenta y dos hombres, cinco mujeres de Castilla y un hijo de Maxixcatzin habían tomado el camino de México, dejando á Hueyotlipan unos doce dias había. Ignorando el levantamiento de los méxica, se metieron por tierras del imperio, quedando muertos en su mayor parte, llevados los demas vivos á la capital: algun tiempo despues encontraron escrito en la corteza de un árbol: "Por aquí pasó el desdichado Juan Yuste, con sus desdichados compañeros, con tanta hambre, que por pocas tortillas de maíz, dió una barra de oro que pesaba ochocientos ducados." Pereció ademas Juan de Alcántara con otros tres vecinos de la Veracruz, los cuales iban á México por las porciones que les tocaban del tesoro, é igualmente muchos castellanos que confiados en la paz, andaban dispersos por los caminos. (1)

Despues de haber descansado tres dias en Hueyotlipan, los castellanos se movieron para la ciudad de Tlaxcalla, en donde fueron recibidos con gran regocijo, si bien mezclado con el llanto de multitud de mujeres, acongojadas por la pérdida de sus deudos muertos. Maxixcatzin aposentó á Cortés en su palacio, y Xicotencatl en el suyo á Pedro de Alvarado; la tropa quedó alojada cómodamente. Ahí tuvieron un reposo de veinte dias para curar á los heridos, de los cuales murieron cuatro quedando algunos estropeados; "é yo así mismo quedé estropeado de dos dedos de la mano izquierda." (2)

Tranquilo ya D. Hernando en Tlaxcalla, mandó pregonar, pena de la vida, que todos los soldados entregasen el oro que en su poder estaba y de México habían sacado: no se expresa bajo cuál pretesto se hacía la devolucion, constando sólo haber obedecido el mandato, reuniéndose alguna cantidad del codiciado metal: hizo ademas probanza de corresponderle la parte salvada del tesoro. (3)

D. Hernando estrechó su amistad con los tlaxcalteca, ajustando

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIII.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cartas de Relac. pág. 150.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII.

(2) Cartas de Relac. pág, 151.—Acerca de estos dos dedos perdidos por Cortés, decía Juan Cano á Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV: "Tuvo Dios bien poco que hacer en sanarle; é salid, señor, desse cuidado: que assi como los sacó de Castilla, quando passó la primera vez á estas partes, assi se los tiene agora en España, porque nunca fué manco dellos ni le faltan: é assi nunca ovo menester cirujano ni miraglo para guarescer desse trabaxo."

(3) Resid de Cortés. El cargo en el tom. 1, pág. 28. De los dichos de los testigos consúltese principalmente: Gonzalo Mexica, tom. 1, pág. 101; Antonio Serrano de

una alianza en toda forma con los señores de las cuatro cabeceras, Maxixcatzin, Xicotencatl, Tzihucoacatl y Tlahuexolotzin y otros principales. Consistió aquel pacto en, "que le diesen socorro y ayu-"da de gente y armas y comida para hacer la guerra de México, y "que les prometía en nombre del emperador nuestro señor y de la "corona Real de Castilla, de darles á Cholula en repartimiento, y "ciertos pueblos que solían ser afectos, y de partir con ellos lo que "conquistase y ganase, y que les daría la tenencia de la fortaleza "que se había de hacer en México, y les prometió otras muchas li-"bertades y exenciones, é que ellos y sus descendientes é sucesores "serían libres de tributo para siempre." (1) Así se explica y se comprende aquella firme lealtad guardada por los tlaxcalteca: fundábase en una série de tentadoras promesas, ninguna de las cuales tuvo cumplimiento. Todos aquellos pueblos, cegados por el ódio y

Cardona, tom. 1, pág. 211; Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 341, Alonso Ortíz de Zúñiga, tom. 2. pág. 163.—El cargo está explicado de esta manera por D. Hernando.—"189. Item: si saben que al tiempo que los yndios se levantaron en esta cibdad la noche quel dicho Don Hernando Cortés é compañeros salieron huyendo desta cibdad, el dicho Don Hernando Cortés mandó dar y entregar todo el oro que de S. M. abia, á sus oficiales, é se lo dieron y entregaron, é liaron encima de una muy buena yegua, é dos hombres que llevaban consigo la dicha yegua; é si saben que nunca mas el dicho oro, ni la dicha yegua, ni los hombres que iban con ella, parecieron, ni ovo rastro ni señal dellos, é se perdió con mas de quatrucientos españoles que murieron aquella noche que los dichos yndios se alzaron: é si saben quel dicho oro que ansí se poso en la yegua, liado, era de S. M., lo que se abia abido de su quinto, é no del dicho D. Hernando Cortés."

"190. Item: si saben quel oro que paresció despues en poder de los españoles, no era lo que de S. M. se había perdido, antes del dicho D. Hernando Cortés é de otras personas, que se abia repartido aquella noche, para que cada uno salvase lo que pudiese; é si saben que todo aquel dicho oro que se ovo de los españoles, se abia ya quintado, porque nengund oro se ovo despues de la dicha noche hasta el tiempo que se dió el pregon para que los españoles truxesen el oro que ternian; é hasta que salieron huyendo la dicha noche, todo el oro que abia abido, estaba quintado é dado su parte á S. M.; é si saben quel oro que ansi paresció en poder de los españoles, descian que ya estaba quintado; é que era así que lo estaba, é se tornó á quintar otra vez, é se imbió á S. M. la parte que le copo, con Alonso de Mendoza."

"191 Item: si saben quel oro que ansí se recogió de los dichos españoles, para ver si pertenecia el quinto á S. M., ó si era de lo quintado, el dicho D. Hernando Cortés fizo proceso primero, é hizo su ynformacion antescribano, en forma."—Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 376—78.

(1) Pregunta 14 de la Informacion del cabildo de Tlaxcalla. De los testigos algunos lo fueron presenciales del concierto.

por efímeras ofertas, desertaron de la causa de la patria para pasarse al extranjero, sin comprender que bajo los escombros de los tronos de la triple alianza, quedarían sepultadas las nacionalidades indígenas. Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador.

CAPITULO XII.

CUITLAHUAC.—COANACOCHTZIN.

Trabajos en la ciudad.—Eleccion de Cuitlahuac.—Coanacochtzin rey de Texcoco y Tetlepanquetzaltzin de Tlacopan.—Embajadores á las provincias.—Embajada á Tlaxcalla.—Las viruelas.—Desasosiego en el campo español.—Invasion en la provincia de Tepeyacac.—Acatzinco.—Fundacion de Segura de la Frontera.—El hierro para marcar los esclavos.—Refuerzos.—Segunda expedicion de Garay á Pánuco.—Quecholac y Tecamachalco.—Toma de Cuauhquechollan.—Ocuituco.—Itzocan.—Sumision de algunos pueblos distantes.— Carta de relacion del 30 de Octubre.—Señorio en el país conquistado.—Reparticion de los esclavos.—D. Hernando manda recojer el oro de los soldados.—Muerte de Cuitlahuac.

II tecpatl 1520. Cuitlahuac, en virtud de su orígen real y de tener en el ejército el cargo de Tlacochcalctl, había sido reconocido como jefe supremo desde el momento en que salido del cuartel se puso al frente del movimiento contra los blancos; este mismo carácter conservó por algunos dias, hasta ser reconocido de-

finitivamente emperador de México. (1) Las dificultades no habían terminado con la expulsion de los extranjeros fuera de la capital y la prision de los encastillados en el cuartel; los restos de los blancos se habían refugiado en Tlaxcalla, de donde podrían volver con más pujanza. Por otra parte, la conducta del malaventurado Motecuhzoma influyó poderosamente en desorganizar la monarquía, quitándole sus elementos físicos y morales. Quedaba la ciudad en buena porcion destruida; muertos los tres reyes de la triple alianza; casi por entero desaparecidos los principales sacerdotes, nobles y guerreros; mermada la poblacion; rotos los lazos de union entre las provincias y el centro; perdido el brillo de las armas ántes victoriosas de los méxica. Tarea gigantesca ponía sus hombros Cuitlahuac, al pretender reorganizar el imperio, apuntalando las vacilantes monarquías del Valle.

Despues de perdida la batalla de Otompa, se suscitó en México la guerra intestina. Los enemigos de los blancos, quisieron proceder contra quienes habían tomado la amistad de los extranjeros, ó les habían ayudado, ya con víveres, ya con otros servicios; como aquellos malos patricios eran numerosos tomaron las armas para defenderse, viniendo ambos partidos á las manos. Por fortuna los malos fueron vencidos, muriendo algunos señores de cuenta, entre ellos Cihuacohuatl, Tzihuacpopocatzin, Cipocatli y Tencuecuenotzin, hijos de Motecuhzoma los unos, de Axayacatl los otros. (2)

(1) Acerca del reinado de este monarca encontramos los siguientes datos.—Los Anales Tepaneca N. 6, en la Colec. Ramírez, MS. dicen: "En el mes Miccailhuitl subió al trono el caballero Cuitlahuatzin, hijo de Axayatzin, y despues de haber gobernado ochenta dias murió de ampollas, *totomoniliztli* viruelas."—Esta cuenta está hecha al estilo tlaxcalteca, en el cual se daba el nombre de Miccailhuitl al mes Tlaxochimaco (Torquemada, lib. X, cap. XXXIV), y nos parece errónea.—Seguimos, por parecernos más autorizado el texto mexicano de la pintura Aubin, en la cual encontramos:—"En la fiesta pequeña de los caballeros, ó mes Tecuilhuitontli murió Moteuhzoma."—"Hecho esto (es decir, quemado el cadáver de Motecuhzoma), subió al trono Cuitlahuatzin y gobernó en los meses Hueitecuilhuitl, Tlaxochimaco, Xocotlhuetzi, Ochpaniztli, luego en Ezoztli; en Tepeilhuitl y en Quecholli murió."—Adelante fija mejor: "El décimo rey, llamado Cuitlahuatzin subió al trono en el mes Ochpaniztli. Su gobierno duró solo ochenta dias, pues el mes Quechollin se murió de viruelas."—De aquí claramente se desprende, que Cuitlacuac gobernó como jefe desde la muerte de Motecuhzoma; pero que no fué alzado rey hasta el mes Ochpaniztli; murió en Quecholli y por eso se le cuentan ochenta dias de reinado.

(2) Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII, tomado de un MS. indio contemporáneo.

Púsose mano á reparar los desastres ocasionados por la guerra. Reconstruidos los arruinados teocalli, en los santuarios del templo mayor fueron de nuevo colocados los dioses nacionales, haciendo fiestas y sacrificios á Huitzilopochtli, así para darle gracias por las victorias alcanzadas, como para demandarle favor en el porvenir. Las calles, casas y calzadas quedaron renovadas; limpiaron los fosos, añadieron nuevas fortificaciones, retirando de las aguas los despojos de los vencidos para ser consagrados á las divinidades. (1) Terminadas estas obras, pensóse sin duda en la reconstruccion del órden social. Segun la autoridad antes mencionada, confrontada con las fechas del calendario Juliano, Cuitlahuac salió del cuartel de los españoles y se puso al frente del movimiento nacional el 25 de Junio, dia *nahui malinalli* del mes *Tecuilhuitontli*; gastó en allanar las dificultades que se le presentaron los meses Hueitecuilhuitl, Tlaxochimaco y Xocohuetzi, quedando ungido y reconocido emperador el mes Ochpaniztli, sin duda en el primer dia, por ser la fiesta principal, que fué el *matlactiomei miquixtli*, que coincidió con el siete de Setiembre. La coronacion tuvo lugar con las fiestas acostumbradas, sirviendo de víctimas los prisioneros castellanos y los aliados presos en las facciones anteriores. (2) Siguióse la eleccion de los cuatro grandes dignatarios, la de los caudillos y generales, terminando con nuevas gracias y fiestas á los dioses. (3)

Aparece por los sucesos posteriores haber sido elevado Cuauhtemoc á la categoría de sumo sacerdote. Para ocupar la vacante del trono tepanecatl fué electo Tetlepanquetzaltzin. Respecto de Texcoco, muerto Cacamatzin, y no reconocido Cuicuitzcatzin aunque todavía vivo, se procedió á nueva eleccion. Yoyontzin, hijo legítimo de Nezahualpilli, era todavía muy niño, por lo cual fué puesto en su lugar Coanacochtzin. Fiestas suntuosas tuvieron lugar en las capitales de la triple alianza, con sacrificio de prisioneros castellanos: (4) de aquella vez los dioses quedaron hartos de la sangre extranjera.

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXXIV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXIX.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90. MS.

(3) Segun Suarez de Peralta, Noticias de la N. E. pág. 126, los cráneos de las víctimas fueron colocados en el Tzompantli, " y decían, que porque los caballos temiesen de ver allí las cabezas de los otros caballos, y ponían una de un cristiano y luego otra de un caballo."

(4) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90. MS.

Fuera de las disposiciones necesarias para proseguir la guerra, los reyes de la triple alianza resolvieron mandar embajadores á los diversos pueblos, pidiéndoles socorro; los enviados debían representar las tiranías y crueldades de los invasores, la usurpacion que del poder habían hecho, el peligro comun para todos de perder sus haciendas y nacionalidad; para darles alicientes, les prometían cuantas franquicias quisiesen, y áun devolverles las tierras y los lugares que les habían quitado. (1) La medida era acertada y política, más tal véz tardía; así las tribus no respondiéron cual era su deber al llamamiento nacional. Las provincias distantes y de diversa lengua veían con gusto amenazados á sus amos, esperando con ansia los destruyeran á fin de recobrar ellas su libertad; los pueblos cercanos y de la misma filiacion etnográfica, abrigando tambien los mismos sentimientos de separacion y de ódio, miraban con tibieza la guerra, cual si nada les importara: todos desertaban del estandarte méxica, sin calcular en su ceguedad, que todos se preparaban su propia destruccion. La triple alianza encontró por entónces promesas dudosas, repulsas y desaires más ó ménos solapados.

Una solemne embajada de seis principales nobles marchó á Tlaxcalla, llevando rico presente de algodon, sal y plumajes. Avisado su arribo y recibidos segun la costumbre, fueron conducidos á presencia de la señoría: el más anciano de los méxica presentó los dones y tomando la palabra expuso su mision. Ambos pueblos, dijo: tenían el mismo orígen, la misma lengua, idénticas costumbres, dioses comunes; sus intereses estaban mancomunados. Hasta entónces habían vivido segregados por guerras religiosas contínuas, lo cual había traído una profunda y cruel enemistad; tiempo era de volver á la paz primitiva, tratándose en adelante como hermanos. Esta necesidad urgente dimanaba de la presencia de los hombres blancos y barbudos. Aquella gente extraña invadía el país, cometía grandes excesos, se apoderaba de la riqueza de los moradores, tenía codicia de los señoríos y convertía en vasallos á los reyes, violaba los templos, despreciaba á los dioses; la religion y la libertad peligraban con ellos y fuerza era destruirlos para salvarse del peligro. Teníanlos los tlaxcalteca como amigos y aliados; pero debían reflexionar, que recibidos en Tenochitlan con la más franca y cordial amis-

(1) Ixtlilxochitl, loco. cit.

tad, pagaron con robar los tesoros, matar al monarca, destruir la ciudad; cosa igual pasaría á Tlaxcalla luego que los pérfidos huéspedes se vieran poderosos. Los tres reyes aliados proponían, pues, á la señoría, perpetua y firme alianza, olvido de los pasados agravios, goces y derechos comunes, á condicion de destruir ó expulsar á los blancos del territorio de la señoría y proseguir unidos haciendo la guerra. Los embajadores esforzaron cuanto más pudieron sus razones, conjurando á los tlaxcalteca á nombre de los dioses y de la patria, abandonaran la causa de los invasores, ya que caso contrario serían al fin blanco de la ira de las divinidades y del estrago de los mismos blancos. El consejo de la señoría, para deliberar, hizo salir fuera de la sala á los enviados.

Dias atras, Xicotencatl el mozo, á quien Muñoz Camargo da el sobrenombre de Axayacatzin, para distinguirle de su anciano padre ciego, había intentado levantar el espíritu de los guerreros de su pueblo contra los extranjeros, aprovechando la ocasion de venir derrotados de México, para rematarlos; sabidos aquellos manejos por la señoría, recibió el jóven una agria reprimenda, faltando poco para que le redujesen á prision. Xicotencatl Axayacatzin asistía á la conferencia como general de la cabecera de su padre, y oidas las proposiciones de los méxica, se decidió por ellas. En los tiempos antiguos, dijo, la república fué amiga de los culhua; juntos hicieron la guerra contra el tirano rey de Azcapotzalco; y sus armas ayudaron á poner en el trono de Texcoco á Nezahualcoyotl, recibiendo en recompensa, parte de los despojos de los pueblos sometidos. Por causa de los dioses, se instituyó despues la guerra sagrada, orígen del ódio enconado que ahora dividía á entrambos pueblos. Aceptando la alianza de los reyes del Valle, se volvería al concierto primero, logrando deshacerse de unos extranjeros sospechosos, cuyas promesas falsas eran ya bien conocidas.

El consejo se dividió en contrarias opiniones. La causa de la patria habría triunfado á no tomar la palabra Maxixcatzin, acérrimo partidario de los blancos: recordó la fé jurada, las obligaciones á que liga la amistad pactada, la deshonra de quebrar la palabra cuando los huéspedes estaban en la desgracia. Los culhua eran pérfidos y traidores; ahora hacían grandes promesas á fin de separarlos de sus amigos los teules en cuya compañía eran fuertes; más luego que los vieran débiles, romperían las estipulaciones y los combati-

rían hasta arruinarlos. Nuestros antepasados profetizaron que de Oriente vendrían hombres blancos y barbados; ya están entre nosotros: con su auxilio nos hemos hecho poderosos y respetados; abundan en nuestro territorio los despojos de nuestros contrarios; podemos ensanchar nuestros límites, entrar á la parte de la conquista con nuestros aliados; no habemos menester de los culhua para enriquecernos y acrecentar nuestro poderío, y por el contrario, ambas cosas han de ser á sus expensas. Así, pues, infame y contrario á los intereses de la república, es aceptar las proposiciones de los méxica.

Replicó Xicotencatl Axayacatzin con viveza; insistió acaloradamente su adversario; la discucion tomó la forma de disputa y altercado, y olvidando Maxixcatzin el decoro debido á la asamblea, dió un rempujon al jóven general, haciéndole rodar las gradas del estrado abajo. Aquella fea accion del senador más influente y caracterizado, impuso á los miembros del consejo; abandonado Xicotencatl de sus partidarios, vió con despecho fueran desconocidas sus miras patrióticas y previsoras. Sólo había quedado en el campo de batalla; sólo quedó igualmente en las deliberaciones del senado. Interpuestos los señores de las otras cabeceras, hicieron reconciliar á los dos antagonistas, resolviéndose en seguida desechar las proposiciones de los culhua. Los embajadores méxica salieron secretamente de Tlaxcalla para evitar una violencia. Aunque las conferencias tuvieron el carácter de secretas, no lo fueron tanto que dejaran de llegar á oidos de D. Hernando; no siendo tiempo oportuno de castigar al temerario jóven, el general se contentó con visitar á Maxixcatzin, á quien dió las gracias por su comportamiento, "ofreciéndole, que procuraría de sacarle verdadero, en cuanto por él había prometido á la república." (1) Tal fué el resultado de aquellas negociaciones. El distante rey de Michhuacan, prometió socorro, mas no cumplió nunca la oferta.

Los patrióticos esfuerzos de Cuitlahuac se estrellaban contra las malas pasiones; la naturaleza combatía contra él, pues penetraban

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXIX.—Muñoz Camargo. MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90 MS.—Bernal Díaz, cap. CXXIX.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXV.—Aunque los pormenores cambian, seguimos la relacion que nos parece más caracterizada.

en el territorio del imperio y dentro de la misma capital, la peste con su inseparable compañera, el hambre. Segun hemos ido indicando, el tremendo azote de las viruelas hirió primero en Yucatan: los indígenas de aquella península fingieron que las maléficas divinidades de la enfermedad, eran los tres niños Ekpetz, Uzankak y Sojalkak, quienes durante la noche llevaban el contagio de uno á otro lugar. En Anáhuac, prendido el mal en Cempoalla, de ahí cundió pavorosamente para el interior del país. En el Valle comenzó por la provincia de Chalco: "En este interin, les sucedió á los in-"dios gran pestilencia, que parece que todo lo proveyó Dios, como "es de creer, y fueron viruelas, que ninguno escapaba á quien da-"ba, y esta empezó por el mes de Setiembre y duró setenta dias, "sin calmar ninguno: que fué mucha ayuda para los españoles, "porque con la enfermedad y mortandad, que fué muchísima, no "podían pelear." (1) Uno de los panegiristas de Cortés, el historiador Gomara, escribe: "Parésceme que pagaron aquí las bubas que "pegaron á los nuestros, segun en otro capítulo tengo dicho." (2) La aseveracion es muy controvertible, si no completamente falsa: no se descubría el Nuevo Mundo, y ya era conocido de los soldados y gente disipada el mal gálico ó francés.

Bregando Cuitlahuac contra los estragos de la pestilencia, los horrores del hambre, el desaliento de los aliados y la insubordinacion de las provincias, ponía calor en activar lo necesario para la guerra. Reunidos los contingentes de la triple alianza, municionados suficientemente, armados de largas lanzas destinadas á contrarestar el empuje de la caballería, quedaron colocados hacía las fronteras de Tlaxcalla, á fin de combatir á los blancos luego que saliesen de su abrigo. (3)

Tornemos ahora á los castellanos. El primer cuidado de D. Hernando fué saber de la guarnicion de la Villa Rica; al efecto, despachó á Gonzalo de Sandoval con Alonso Ortíz de Zúñiga, los cuales conducidos por guias tlaxcalteca, siguiendo caminos extraviados por temor de ser sorprendidos, llegaron felizmente á su destino. Eran portadores de una carta para el comandante, en la cual se le

(1) Suarez de Peralta, Noticias de N. E., cap. XVII.

(2) Gomara Crón. pág. 363.

(3) Cartas de Relac. pág. 166.

pedían informes de la manera conque se habían portado los indios, se le mandaba tuviese á buen recaudo á Narvaez y á Salvatierra, pidiendo ademas remitiera armas, pólvora y los hombres en estado de servicio, sacados de las naves surtas en el puerto. La respuesta fué satisfactoria; los indios habían permanecido fieles, no obstante ser ya conocida la guerra de México; siendo portador de la nueva el cacique de Cempoalla. Respecto de refuerzos sólo llegaron á Tlaxcalla siete hombres, teniendo por capitan á Lencero, "cuya fué la venta que agora llaman de Lencero," los cinco, llenos de bubas y los otros dos hinchados y con grandes barrigas. (1)

Descansada la hueste, curados los heridos, restablecido Cortés de una herida de pedrada en la cabeza, pensó el general en ponerse en campaña hacia principios de Agosto. Obligábanle á ello fuertes razones. Los señores principales estaban bien hallados con los huéspedes; no así la gente menuda, obligada á soportar la carga y sufrir las vejaciones en sus familias y haciendas. Ojeda estaba encargado de recoger por los pueblos los víveres diarios, oía por muchas partes murmuraciones violentas, y no era extraño le dijesen: "¿A qué venistes, á comernos nuestra hacienda? anda que volvísteis destrozados de México, echados como viles mujeres." (2) Ahora más que nunca era sensible la division entre partidarios de Cortés y de Narvaez. Estos últimos, que habían sacado la peor parte en la calzada y fueron privados de su oro al volver á Tlaxcalla, estaban quejosos del general, deseando abandonar una bandera, bajo la cual no sacaban provechos y sólo llevaban riesgo de perder la vida: muchos tenían en Cuba haciendas, empleos, comodidades, y estos principalmente ansiaban apartarse de los peligros de la guerra para tornar á su bienestar y reposo Dar ocupacion á los descontentos, salir á pesar sobre país enemigo, proporcionar despojos á propios y á aliados, determinaron al general á publicar la invasion de la provincia de Tepeyacac (Tepeaca, en el Estado de Puebla), frontera de Tlaxcalla y de Cholollan, así por haber sido allí muertos algunos castellanos, como para destruir las guarniciones méxica puestas por Cuitlahuac.

(1) Bernal Díaz, cap. CXXIX.—Cartas de Relac. pág. 151.—Informe del cabildo de Tlaxcalla, pág 92.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIV.

Sabida la órden, los de Narvaez representaron porfiadamente y con apariencia de justicia, ser pocas las fuerzas del ejército contra el número infinito de enemigos; mirándolos débiles como estaban, los tlaxcalteca podían abandonarlos y confederarse con los méxica; los contrarios podían tomar los pasos peligrosos de los caminos, dejando imposible la retirada cuando quisieran efectuarla: lo más acertado parecía, en lugar de emprender una campaña en el corazon del país, retirarse á la Villa Rica, esperar socorros de las islas ó proporcionárselos por medio de las naves surtas en el puerto, y tomar la ofensiva cuando estuvieran acopiados los materiales suficientes. Contestaba á todos D. Hernando con suaves y buenas razones; pero manteniéndose firme en su propósito. Visto por los descontentos no aprovechar nada sus indicaciones, hicieron un requerimiento en forma por ante escribano, "para que luego se fuese á la Villa "Rica, poniéndole por delante que no teníamos caballos ni escope-"tas, ni ballestas, ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni alma-"cen; que estábamos heridos, y que no habían quedado por todos "nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta "soldados." (1) Al frente de los quejosos se veía á Andrés de Duero, el interesado en los provechos de la conquista y eficaz cooperador contra Narvaez, desalentado, ya por tener que alcanzar su ganancia con la punta de la espada, ya aburrido de las promesas nunca cumplidas de su sócio.

D. Hernando se mantuvo inflexible. Díjoles que á los osados ayuda la fortuna, y Dios no permitiría fueran vencidos, dejando sin concluir la santa obra comenzada; que por ninguna manera bajaría á la costa, estando dispuesto á arrostrar todo linaje de contratiempos: "que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me "parecía, que demas de ser vergonzoso á mi persona y á todos muy "peligroso, á V. M. haciamos muy gran traicion. E que me deter-"minaba de por todas las partes que pudiese, volver sobre los ene-"migos y ofenderlos por cuantas vías á mí fuese posible." (2) A esta firme determinacion se unieron los antiguos veteranos de la hueste, representando al general no diera licencia á ninguno para abandonar las banderas, pues cosa vergonzosa era apartarse de su

(1) Bernal Díaz, cap. CXXIX.

(2) Cartas de Relac, pág. 152.

capitan en tiempo de güerra, ademas de cometerse en ello grande traicion contra Dios y el rey. La energía del general, las burlas de los soldados, dominaron al fin á los desalentados, quienes consintieron en concurrir á la guerra de Tepeyacac, prévia promesa de dejarlos volver á Cuba despues de la jornada. Juzgar de un hombre en la prosperidad no siempre es acertado, porque entónces todos hacen alarde de sus virtudes ó pueden fácilmente aparentarlas. La verdadera piedra de toque de las almas grandes es la adversidad: si la voluntad no se doblega, si el espíritu no desmaya, si no se extingue la energía, motivo sobrado hay para afirmar, que en el cerebro de semejante hombre se abriga una alma distinguida y bien templada. Observemos sin pasion; Cortés siempre aparece más grande cuando lucha, que cuando vence.

Maxixcatzin y el ciego Xicotencatl, aconsejaban la invasion de Tepeyacac, por vengarse de los méxica que habían hecho algunos daños en la frontera; mas ademas debían ocuparlos los pensamientos de llevar á vivir á sus huéspedes sobre tierra enemiga y lograr los despojos de la guerra. A pedimento de Cortés, la señoría aprontó cinco mil guerreros, llevando por caudillo principal á Tianquiztatoatzin, con otros señores de las cuatro cabeceras: en recompensa recibió la promesa formal, de que la república entraría á la parte del botin, recibiendo para ensanchar su territorio las provincias de Chololan, Huexotzinco y la que iba á ser conquistada. (1) La fuerza española constaba de diez y siete caballos y cuatrocientos veinte peones rodeleros, entre ellos seis ballesteros, sin artillería ni escopetas. (2) El ejército acampó el primer dia en Tzompantzinco, en donde se reunieron los contingentes de Chololan y de Huexotzinco: el número de indios reunidos calcularon en 150,000, cifra que no nos parece demasiado exajerada, pues segun las costumbres, se unía á los ejércitos invasores una muchedumbre de gente baldía y rapaz, que sin bandera ni opinion seguía las marchas cual aves de rapiña, guiados del exclusivo empeño de hacer daño y robar en el país enemigo; eran voluntarios más dañinos que langostas.

En Zacatepec los méxica pusieron una emboscada entre los maizales, trabándose una cruda y sangrienta pelea; mas aunque los in-

(1) Muñoz Camargo MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90. MS.

(2) Bernal Díaz, cap CXXX.

dios combatieron con denuedo, fueron rotos y desbaratados con gran pérdida. Alonso de Ojeda y Juan Márquez, entendidos ya en la lengua nahoa, servían para dar cierta instruccion militar á los tlaxcalteca: Ojeda descubrió á lo lejos un edificio, se dirijió contra él con una parte de los guerreros y encontrando ser un palacio le tomó, colocando encima la bandera de la república: aquel pendon sirvió de guia á Cortés para recojerse al aproximarse la noche, llegando ahí con los suyos, y un gran número de prisioneros. "Tuvieron los in-"dios amigos buena cena aquella noche, de piernas y brazos, por-"que sin los asadores de palo, que eran infinitos, hubo cincuenta "mil ollas de carne humana." (1) La cantidad nos parece hiperbólica, mas la idea es exacta en el fondo. Este comer de carne humana sobre el campo de batalla, pretexto que sirvió para establecer la bárbara disposicion de esclavizar á los prisioneros, denota para nosotros un cambio repentino en las prácticas rituales de los indios. Sabido es, y lo repetirémos de contínuo por ser la verdad, aquellos pueblos solo comian la carne del prisionero de guerra sacrificado á los dioses. Prohibido por los blancos el sacrificio humano, los tlaxcaltecas vieron ya inútil el tomar prisioneros para víctimas, pero no queriendo abandonar las prescripciones del ritual, dieron en tomar los trozos de costumbre de los cadáveres de los guerreros muertos sobre el campo de batalla, fingiendo tal vez estar ya consagrados á Huitzilopochtli ó á Camaxtle. Este error lo consentía D. Hernando á sus aliados, tan sólo por el deseo de tenerlos contentos. Muy de notar es que: "D. Hernando Cortés trabajó é procuró de "quitar los ídolos á los dichos yndios é que no comiésen carne uma-"na escebto sy no era andando en guerra que no avia quien pudiese "quitar á los dichos yndios que no comiesen la dicha carne." (2) Cortés con su interesada condescendencia, se hizo cómplice con todos sus compañeros en aquella abominacion.

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XV.

(2) Residencia contra Cortés; Juan de Mansilla, tom. 1, pág 261.--Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 231.—Bernaldino Vázquez de Tapia, tom. 1, pág. 58.—Juan Tirado tom. 2, pág. 37.—Bernaldino Vázquez de Tapia: " D. Fernando Cortés proybio a los yndios que no tuviesen ídolos ri sacrificar pero aquel comer de la sangre umana muchos dias se les permitió porque yvan en ayuda de los españoles á las guerras é con codiscia de comerse aquella carne de la gente que matasen los españoles e ellos yban de buena gana en ayuda de los dichos españoles, e que despues aca

El tropel de los invasores se arrojó sobre Acatzinco (Acacingo, Estado de Puebla), quemando en el tránsito los pueblos de la comarca; los de la ciudad salieron á defenderse al campo, pelearon con valor y fueron vencidos con pérdida; perseguidos, abandonaron el lugar, del cual se apoderaron los vencedores. Cinco dias permaneció Cortés en Acatzinco, enviando diversas bandas de gente á correr la tierra y destruirla. (1) Cerca ya de Tepeyacac, D. Hernando envió seis de los naturales á intimar á los de la ciudad se rindiesen despidiendo la guarnicion mexica, so pena de tenerlos por rebeldes y entrarles á fuego y sangre, declarándolos por esclavos. Fuéronse los mensajeros y tornaron acompañados de dos méxica, y si palabras fuertes llevaron, con otras más provocativas volvieron. Insistió el general en su demanda, entregando á los dos méxica una carta, que si bien no entenderían los indios, sabían ser cosa de mandamiento; mas tampoco aprovechó, porque los mensajeros retornaron intimando á los blancos, se volviesen por donde habían venido, si no al dia siguiente serían en batalla. Vista tan obstinada resistencia, quedó resuelto en junta de capitanes, formar autos en donde constase lo acontecido, determinando en vista de ello declarar por esclavos á los aliados de México que habían contribuido á matar á los castellanos, por haberse levantado habiéndo dado la obediencia al rey de Castilla, "y á los demas pueblos por salteadores de caminos y matadores de hombres." (2) Como se observa, la bárbara determinacion estaba fundada en un pretexto legal. Motecuhzoma se había reconocido vasallo del monarca español; ahora que los súbditos rompían el pacto y tomaban las armas, tornábanse en rebeldes é incurrían en las penas conque aquel crímen se castigaba: razones especiosas, para el mismo siglo y sus doctrinas, á fin de solapar una grande injusticia. Otras consideraciones militaban, expresadas con toda lisu-

este testigo no ha visto ni sabido sy se les ha prohibido el dicho comer de carne humana."—Rodrigo de Castañeda: "que andando este testigo en guerra, en compañía del dicho D. Hernando Cortés vido que comian carne umana, los naturales destas partes amigos de los xpianos publicamente é que nunca el dicho D. Hernando lo castigo ni mando castigar e que despues aca se ha vedado á los yndios que no la coman pero que no sabe este testigo si se a castigado."

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XV.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 90. MS.
(2) Bernal Díaz, cap. CXXX.

ra, por D. Hernando: "porque demas de haber muerto á los dichos "españoles, y rebeládose contra el servicio de V. M., comen todos "carne humana, (1) por cuya notoriedad no envío á V. M. proban- "za dello. Y tambien me movió á facer los dichos esclavos, por po- "ner algun espanto en los de Culhua; y porque tambien hay tanta "gente, que si no ficiese grande y cruel castigo en ellos, nunca se "enmendarían jamás." (2)

Requeridos los de Tepeyacac con aquel auto, contestaron resueltamente no se rendirían; siguióse al dia inmediato una cruda batalla, en un terreno lleno de labranzas de maíz y magueyales, quedando completamente derrotados los naturales y la guarnicion méxica, no sin que los castellanos tuvieran doce heridos, con un caballo lastimado y otro muerto. Hízose gran número de cautivos, de los cuales llevaron los tlaxcalteca los hombres, los castellanos las mujeres y los muchachos. (3) La ciudad fué tomada y puesta á saco. Aquella tan provechosa guerra franca servía de poderoso cebo á la multitud baldía para colocarse bajo el estandarte de los blancos, si bien roto el freno del patriotismo y de la moral. "La señoría, de Tlax- "calla estaba muy contenta de ver que Hernando Cortés, partía "tan puntualmente con ellos, los despojos de la guerra, aliende de "que vían la ciudad llena de esclavos, sal, algodon, plumería y jo- "yas, y de todas las demas cosas de que tenían necesidad." (4)

Dada la obediencia por los moradores, Cortés platicándolo con los oficiales reales resolvió fundar ahí una villa española. Sus consideraciones fueron acertadas. Si la provincia no quedaba asegurada, los méxica volverían á ponerla en armas, con grave perjuicio para la conquista. Los caminos que de la costa venían, el uno por Xicochimalco tomado por los castellanos al penetrar la primera vez en la tierra, el otro por Ahuilitzapan recorrido para ir contra Narvaez, pasaban ambos por Tepeyacac; igualmente el lugar era como la llave de las dos vías que á México conducían, una por el medio de los dos volcanes, la otra por las montañas llamadas ahora de Rio Frio. Situada la ciudad no léjos de Tlaxcalla, imponía á Chalollan, á Huexotzinco y al país circunvecino hasta las tierras calientes: era

(1) Consentía el crímen D. Hernando, para volverle despues contra los indios.
(2) Cartas de Relac. pág. 154.
(3) Bernal Díaz, cap. CXXX.
(4) Herrera, déc. II, lib X, cap. XV.

sitio estratégico ya como base de operaciones, ya como punto de retirada y de seguridad para las comunicaciones de la costa. Procedióse pues á la fundacion de la villa, denominándola Segura de la Frontera, poniéndole gobernador, alcaldes, regidores y oficiales reales, nombrados en el nombre real. (1) No sabemos fijar con exactitud la fecha de la fundacion de la villa, segunda de las poblaciones establecidas por los castellanos en nuestro país; á la cuenta que llevamos, debe colocarse en principios de Setiembre. Así lo comprueba el acuerdo de cuatro de Setiembre 1520, tomado por el regimiento de la villa, compuesto de los alcaldes Pedro de Ircio y Luis Marín, los regidores Cristóbal Corral, Francisco de Orozco, Francisco de Solís y Cristóbal Ruiz de Gamboa, por ante el escribano Alonso de Villanueva. Mandóse dar un pregon para que las personas que quisiesen ser vecinos de la villa acudieren á asentarse en el libro de cabildo á fin de que gozasen las libertades, franquicias y mercedes concedidas por el rey. Ordenaron igualmente se pregonase, ninguno fuese osado de blasfemar el nombre de Dios, de la Vírgen y de los santos, so las penas de la ley, que se ejecutarían en la persona y bienes del culpado: prohibióse igualmente jugar á los dados y los naipes. (2) La ciudad indígena existía en las vecinas alturas; la villa española fué asentada en la llanura. Construyóse una fortaleza, y tiempo despues como insignia de la villa un *rollo* que todavía subsiste; como el nombre de Segura de la Frontera, no prevaleció, la construccion se nombra el Rollo de Tepeaca. (3)

Ante el regimiento de la villa promovió el general algunos informes para su provecho y defensa contra Narvaez y Velázquez. De los que conocemos, la probanza hecha por Juan Ochoa de Lejalde á nombre de Hernan Cortés, lleva la fecha de cuatro de Octubre 1520. El mismo Ochoa de Legalde á nombre de Hernan Cortés, hace segunda probanza en la Nueva España del mar Oceano, en el cual documento encontramos, empleado de una manera oficial el nombre de Nueva España dado á lo que fué colonia española, pues si bien la denominacion estaba ya acogida por el ejército, no estaba

(3) Cartas de Relac. pag. 155.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIV.—Bernal Díaz cap. CXXX.

(2) Colec. de Indias, tom. XXVI, pág. 17—18.

(3) Se engañaría quien siguiendo á Prescott, tom. 2, pág. 90, creyera que Tepeaca se encuentra, " en las llanuras que se extienden al pié del Orizaba."

autorizada por el rey. Aquí fué escrita la carta del ejército al emperador pidiendo no se quitase la gobernacion de la tierra á D. Hernando, (1) y finalmente, en Segura de la Frontera, firmó su carta el general á 30 de Octubre 1520.

Para cumplir la promesa acerca de la esclavitud, en Segura de la Frontera, "allí hicieron hacer el hierro con que se habían de herrar "los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere de- "cir guerra." (2) Aquella marca fué empleada en los mismos habitantes de Tepeyacac, pues segun un testigo presencial, "metio a "sacomano la dicha cibdad e toda la tierra della e tomaron muchos "yndios e yndias e mochachos los cuales el dicho D. Fernando Cor- "tes mando herrar e se herraron por esclavos." (3)

Por un concurso de circunstancias, ajenas á la voluntad de D. Hernando, pero que en su provecho redundaron, por aquel tiempo vinieron á la costa algunas naves, sucesivamente y en fechas que no podemos fijar: darémos noticias de ellas para proseguir despues la narracion. Llegó primero una nao pequeña, de la cual era capitan Pedro Barba, con trece soldados, un caballo y una yegua; mandábale Diego Velázquez y traía cartas para Narvaez á fin de que remitiése á Cuba la persona de Cortés, á quien se suponía ya preso y desbaratado. Anclado el barco en el puerto, vino á él el capitan de la mar Pedro Caballero; despues de los saludos de costumbre, Barba le preguntó por el estado de la tierra, á lo cual respondió Caballero estar Narvaez próspero y rico, miéntras Cortés andaba prófugo y alzado con sólo veinte de sus compañeros: de plática en plática Barba se dejó persuadir, desembarcando en un pueblo cercano, el cual se le dijo estar destinado á semejante efecto. Bajado á tierra, rodeáronle de improviso la gente de la Villa Rica, diciéndole Caballero: "Sed preso por el señor capitan Cortés, mi señor." Desconcertado el Barba no opuso resistencia; sacaron á la nao la brújula, las velas y el timon, remitiendo los prisioneros á Tepeyac: aquí fueron recibidos con el halago que sabía el general, y como Pedro Barba era su amigo le hizo capitan de ballesteros. Ocho dias despues vino en un bar-

(1) Véase Coleccion de docum. para la Hist. de México, por el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, pág. 411 421, y 427.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXX.

(3) Resid. de Cortés; Antonio Serrano de Cardona, tom. I, pág. 199.

co Rodrigo Morejon de Lobera, con ocho soldados, seis ballestas mucho hilo para cuerdas y una yegua, conduciendo ademas algunos víveres; cautivados de la misma manera que la compañía de Barba, tambien fueron remitidos á Tepeyacac. (1) Bien cortos en realidad eran aquellos refuerzos; servían no obstante para ir alentando á los medrosos. Bien desdichado era el Diego Velázquez, pues sólo atinaba en agotar los propios recursos, acrecentando con ellos el poderío de su aborrecido cuanto afortunado contrario.

Por este tiempo Francisco de Garay había emprendido nueva expedicion á Pánuco. Al efecto reunió una cuadrilla de tres carabelas al mando del capitan Diego Camargo, con 150 hombres de mar y tierra, siete de á caballo, alguna artillería y los materiales para fabricar una fortaleza. Llegados al Huaxtecapan subieron el rio Pánuco hasta siete leguas, fondearon cerca de unos pueblos y la gente saltó en tierra. Recibiéronlos los naturales amigablemente; mas despues de cierto tiempo, sea que se cansaran de mantener á sus huéspedes, ó que éstos abusaran de la hospitalidad como sabían, los huaxteca tomaron las armas, desbarataron en el pueblo de Chilla á los blancos, persiguieron por tierra á los desembarcados, por el rio en sus canoas á las carabelas, hasta echarlos á todos fuera de la tierra: perdidos los siete caballos y diez y ocho peones, ida á pique una nao, los de tierra, aunque estropeados y heridos, se arrojaron al agua teniendo que salvarse á nado en las dos restantes carabelas. Sin víveres, pues no tuvieron tiempo de tomarlos, dieron la vela siguiendo la costa en busca de la Villa Rica, ya conocida desde la expedicion anterior. Prefiriendo muchos el combatir contra los indios, que morirse de hambre en las naos, desembarcaron los sanos, quedando en las carabelas los heridos y enfermos. No llegaba áun por ahí la noticia del desbarato de los teules en México, ó bien los naturales guardaban la fé prometida, lo cierto es que, los moradores de aquellos sitios dieron de comer á los castellanos, los condujeron por la costa hasta Nauhtla, en donde les aprovisionaron abundantemente, llevándolos luego sanos y salvos á la Villa Rica. Una de las carabelas se anegó cuatro leguas ántes de llegar á la Villa, si bien la gente quedó salva en la otra nao, ésta llegó á la Vera Cruz, y diez

(1) Bernal Diaz, cap. CXXXI.

dias despues se perdió tambien en la mar. (1) Aquellos náufragos se alistaron bajo la bandera de Cortés y vinieron á Tepeyacac; llegaron muy enfermos, luego murieron algunos, entre ellos, segun parece, el mismo Diego Camargo de quien se decía era fraile domínico: "y entónces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los punsaverdetes, porque traían los colores de muertos y las barrigas muy hinchadas." (2)

Hácia Octubre llegó al puerto de la Villa Rica otra carabela, enviada por Garay en socorro de las anteriores; mandábala Miguel Díaz de Auz, aragones, quien traía á sus órdenes cincuenta peones y siete caballos. Llegado á Pánuco permaneció ahí como un mes, y como nunca viera gente infirió estar despoblada la tierra; pensó entónces en volverse, más careciendo de bastimentos tomó el rumbo de la Veracruz para demandarlos. Dió aviso de que otros dos navíos venían en su seguimiento, los cuales no habiendo sido vistos, tal vez habrían pasado la costa abajo; el comandante del puesto envió en busca de aquellos, la misma carabela de Díaz de Auz. Hombres de mar y de guerra se quedaron con Cortés, y al unirse al ejército en Tepeyacac, por venir gordos y lucios les apellidaron los de los lomos récios. (3)

Miéntras la carabela buscaba inútilmente por la mar, tercera nave de Garay llegó á la Villa Rica, con hasta ciento veinte peones mandados por un Ramírez, por sobrenombre el Viejo. Habló éste con las gentes de su bando que ahí estaban, quienes le aseguraron no fuese á Pánuco porque sería desbaratado; insistía no obstante Ramírez en cumplir su consigna, cuando un récio viento rompiendo las amarras llevó la nao hasta San Juan de Ulúa, maltratándola bastante. Con esto la gente tuvo que desembarcar, así como los catorce ó diez y seis caballos que traían, sacando á la costa la nao porque hacía mucha agua. La gente vestía los gruesos sayos de algodon usados como armaduras contra los indios, á cuya causa les pusieron sobrenombre, los de las albardillas. "El Francisco de Garay no ha-"cía sino echar unos navíos tras de otros al perdido, y todo era fa-

(1) Navarrete, Coleccion de viajes y descubrimientos, tom. III, págs. 66 y sig.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXIII.

(3) Cartas de Relac. pág. 167 —68.—Bernal Díaz, cap. CXXXIII.

" vorecer y enviar socorro á Cortés, tan buena fortuna le ocurría, " y á nosotros era de gran ayuda," (1) La segunda carabela no pareció.

Suponen algunos haber tal mágia en el nombre de D. Hernando, que apénas oido por los aventureros se apresuraban á entregársele, áun cuando estuvieran al servicio de otro capitan. No hay pruebas para fundar el aserto. Conocemos la manera en que se quedó con la armada; los barcos de Velázquez llegados despues al puerto fueron sorprendidos; los de Garay no pudieron volver á Jamaica por la pérdida de sus naos, ya por siniestros de la mar, ya por industrias de los de la Villa Rica. Ni el conquistador ni sus partidarios hacían escrúpulo en apoderarse de aquellos elementos, y áun así: "Quejábase Cortés, que Francisco de Garay le divertía de sus empresas, y le inquietaba la tierra que tenía pacífica: y suplicaba al rey no lo permitiese, ni que otro ningun capitan le fuese á perturbar, pues llevaba de tal manera encaminadas las cosas de su servicio, que resultaría de ello mucha gloria y honra á Dios, y utilidad á su corona." (2)

Con aquellos refuerzos salieron de Segura de la Frontera algunas expediciones destinadas á domeñar la comarca, combatiendo las guarniciones de los méxica. Cristobal de Olid, al frente de algunos caballos y peones marchó contra los dos pueblos de Quecholac y Tecamachalco al E. y S. E. Los moradores salieron armados al campo con sus mujeres é hijos; requeridos para que no combatiesen, bajo la amenaza de ser destruidos, soltaron las armas y se estuvieron quedos. Llevados á la villa de Segura, sentado Cortés en una silla de caderas, mandó apartar á un lado los guerreros y al lado opuesto las mujeres y los muchachos: aquellos, en número considerable, fueron pasados á cuchillo, miéntras estos fueron herrados como esclavos, parte vendidos, el resto repartidos por los soldados." (3)

Los de Cuauhquechollan (4) enviaron mensajeros á la villa, que-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXIII.—Cartas de Relac. págs. 179—80.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVIII.

(3) Proceso de Cortés Bernaldino Vázquez de Tapia, tom. 1, pág. 59.—Antonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 199.—Br. Alonso Pérez, tom. 2, pág. 84.

(4) Hoy Huaquechula ó Guaquechula, Estado de Puebla; es poblacion diversa de Quechula ó Quecholac en el mismo Estado.

jándose de la guarnicion méxica, la cual, decían, no sólo les tomaban sus haciendas, sino sus mujeres é hijas para deshonrarlas; habitaban en su pueblo algunos capitanes culhua; y no léjos estaba situado un campamento de 30,000 guerreros, quienes cometían grandes depredaciones é impedían á los de la comarca venir á someterse. Escuchada la queja, D. Hernando nombró por capitanes de la entrada á Diego de Ordaz y Alonso de Avila, dándoles trece jinetes, doscientos peones y treinta mil aliados. Para hacer la empresa fácil, los quejosos indios se concertaron, en que al estar cerca el ejército de los blancos, los del pueblo caerían sobre los capitanes méxica prendiéndolos y matándolos, en tanto los invasores penetraban en la poblacion sin resistencia, se apoderaban de ella y de dentro podrían rechazar á los méxica si venían á socorrerla. Cuauhquechollan, de cinco á seis mil vecinos con otros tantos en su comarca, estaba situada en el llano, arrimada á una altura áspera, cercada por dos rios no muy distantes entre sí, de lechos profundos y pasos difíciles: cercábala un muro de cal y canto de cuatro estados de alto á la parte exterior, por dentro á la raíz del suelo, coronada de un pretil de medio estado para pelear, con sólo cuatro entradas angostas á uso de su arquitectura militar.

Ordaz tomó camino por Chololan; estando en un pueblo de la jurisdiccion de Huexotzinco, los naturales del lugar le dijeron que los de Cuauchquecholan, en concierto con los culhua y huexotzinco los llevaban á la ciudad para matarlos; creyólo el capitan, entróles miedo á los soldados de Narvaez, confirmándose en aquellos dichos por las pesquisas que practicaron. Ordaz prendió á los de Huexotzinco, y á los mensajeros que le conducían, retrocedió á Chololan y de ahí con buena guarda remitió los sospechosos á la villa. La verdad era que los castellanos estaban amedrentados, y parecíales empresa muy peligrosa, apoderarse de una ciudad fuerte, protegida por un grueso escuadron de tropas exteriores. Convencido de ello el general, despues de prolijas informaciones, en que constó la inocencia de los acusados, puso á éstos en libertad, los satisfizo ademas y no queriendo retroceder ante la dificultad, marchó á Chololan á ponerse al frente de la hueste.

Tomando por el camino ántes andado, D. Hernando llegó al pueblo en donde se había dado la falsa noticia, saliendo al siguiente día para Cuauquechollan una hora ántes de amanecer. A las diez

de la mañana, media legua ántes de la ciudad vinieron mensajeros avisando estar la traicion bien lograda; nada habían advertido los culhua, porque ellos habían aprisionado á los espias puestos en el camino y á las velas colocadas en lo alto de los teocalli. La hueste se adelantó rápidamente, los moradores al divisarla tomaron de improviso las armas, cayeron sobre los guerreros dispersos por las calles, rodearon los aposentos y atacaron á los capitanes culhua, alcanzando tal fortuna, que áun no entrados los castellanos salieron á su encuentro con cuarenta prisioneros. Al penetrar los blancos por la ciudad se oía gran grita por las calles, peleándose por todas partes; aunque sorprendidos, los capitanes méxica combatían briosamente contra más de tres mil de los habitantes sin dejarles tomar el aposento; pero los de Cortés forzaron la entrada, pasando á cuchillo á cuantos allí encontraron. Quisiera el general salvar á alguno, para informarse de lo que en México pasaba; mas como sin excepcion todos prefirieron morir á rendirse, sólo pudo ser aprisionado un capitan más muerto que vivo.

Los del vecino campamento, que por estar sobre una altura descubrieron cuanto en la ciudad pasaba, acudieron en su auxilio, dando en el llano con los fugitivos; sin amedrentarse por ello penetraron en los suburbios, poniendo fuego á las casas y acuchillando á los moradores. Salió á hacerles frente D. Hernando con la caballería y los aliados, pues los peones estaban muy cansados, no obstante ser aquellos guerreros culhua de los más briosos y lucidos, no pudieron resistir el empuje de los jinetes; retiráronse á defender á un lugar fuerte, mas fueron presto desalojados, poniéndose en retirada hacia su campamento. La cuesta arriba era tan agria, "que "cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nos- "otros podiamos ir atras ni adelante; é asi cayeron muchos de ellos "muertos y ahogados de la calor, sin herida ninguna, y dos caballos "se estancaron, y el uno murió; y de esta manera hicimos mucho "daño, porque ocurrieron muchos indios de los amigos nuestros, y "como iban descansados, y los contrarios casi muertos, mataron "muchos." (1) En la cima de los cerros estaba el campamento, en el cual se encontraban fuera de armas y vituallas, gran número de esclavos y de ricos despojos; todo fué puesto á saco y quemado, per-

(1) Cartas de Relac. pág. 160

siguiendo á los fugitivos áun mas allá de unos malos pasos. Los vencedores retornaron á Cuauhquechollan, en cuya ciudad descansaron tres dias: es muy de notar, que los voluntarios merodeadores puestos en seguimiento del ejército eran más de cien mil. (1)

Fruto de aquella victoria fué la sumision de Ocuituco, pueblo situado al pié del Popocatepec. Los moradores se rindieron, dando por disculpa de no haberse presentado ántes, que su señor se lo impedía; pero lo ejecutaban ahora estando libres, pues su principal había huido á México siguiendo á los culhua; suplicaban al general depusiese del señorío al fugitivo, poniendo en su lugar á un hermano suyo. Díjoles Cortés, que si por la rebelion merecían tremendo castigo, los perdonaba á condicion de no volver á cometer el mismo yerro; accediendo á cuanto pedían, quedaba destituido el antiguo señor, quedando para siempre en su lugar el ahora nombrado. (2) Así los malos instintos de las turbas, las ambiciones personales, la falta de patriotismo de las tribus, desmoronaban la nacionalidad nahoa, prestando sus fuerzas á los conquistadores blancos.

De Cuauhquechollan marchó el ejército contra Itzocan, (3) ocupada por una guarnicion méxica. Situada la ciudad en un llano, cerca de unas alturas en donde había una fortaleza, la defendía un rio y estaba cercada de una buena muralla. Los merodeadores que seguían al ejército iban acudiendo en tanta multitud, "que casi "cubrían los campos y sierras que podiamos alcanzar á ver: é de "verdad había más de ciento y veinte mil hombres." (4) Las mujeres y los niños fueron sacados de la plaza; la guarnicion compuesta de unos seis mil guerreros méxica, no pudo defender la entrada; siguió peleando en las calles, y al fin fué arrojada al rio por encima de los adarves. Aunque las puentes estaban quebradas, los blancos franquearon la corriente persiguiendo á los fugitivos por más de legua y media. La poblacion fué puesta á saco, quedaron los mora-

(1) Cartas de Relac. pág. 156--162.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVI —Bernal Díaz. cap. CXXII, refiere la conq. de Cuahuquechollan de distinta manera, asegurando que Cristóbal de Olid remató el hecho: preferimos la autoridad de D. Hernando, quien escribió su relacion en dias muy inmediatos á los sucesos.

(2) Cartas de Relac. pág. 161. Cortés llama al pueblo Ocupatingo.

(3) Izzucan, de Cortés: Ozucar, de Bernal Díaz.—En la actualidad, Izúcar de Matamoros en el Estado de Puebla.

(4) Cartas de Relac. pág. 162.

dores reducidos á esclavitud, los cien teocalli quemados y reducidos á escombros. D. Hernando hizo repoblar la destruida puebla, y le dió de su mano nuevo señor. El antiguo, culhua de orígen y áun pariente de Motecuhzoma, huyó á México con la guarnicion: dos pretendientes disputaban el mando, no obstante lo cual D. Hernando le confirió á un niño de diez años, dejándole por tutores á un tio bastardo, y tres nobles, uno de Cuauhquechollan y dos de Itzocan. (1)

El sistema adoptado por el conquistador producía sus frutos. Los pueblos que resistían eran talados y destruidos, los que se sometían se admitían á los provechos de la merodeacion en la guerra franca: entre ambos extremos el egoismo individual dejaba de lado los intereses de la patria y la multitud baldía se apresuraba á contribuir á la destruccion ajena, preparando la propia. Al rumor de aquellas victorias vinieron á ofrecerse por vasallos, "el señor de una ciudad "que se dice Guaxocingo, y el señor de otra ciudad que está á diez "leguas de esta de Izzucan, y son fronteras de la tierra de Méxi-"co." (2) Acudieron igualmente los ocho pueblos de la provincia de Coaixtlahuacan, (3) reconocidos ya para buscar oro, cercanos á Zozolla y Tamazollan. (4) De cada dia venían nuevas sumisiones, para aumentar el poderío de los blancos. Dejada sujeta la provincia, el general retornó á Segura de la Frontera.

No perdía de vista D. Hernando el volver sobre México. Los nuevos refuerzos habían engrosado un tanto sus mermadas fuerzas, y si estas por sí solas no serían suficientes para tentar la empresa, resultaban sobradas atendiendo al número de los aliados y los recursos que podrían suministrar las provincias sometidas. Presentando muy sérias dificultades combatir á Tenochtitlan, sólo por las calzadas, un cálculo prudente le hizo comprender la necesidad de

(1) Cartas de Relac. pág. 162.—64.

(2) Cartas de Relac. pág. 165.—Debe haber en estas frases alguna equivocacion, Guaxocingo, es decir, Huexotzinco hacía tiempo atras era aliada de los blancos. Tal vez se refiera el conquistador á Xilotzinco ó á otro pueblo de la misma estructura ortográfica, imposible de determinar por sólo las noticias del texto.

(3) Cortés escribe Coastoaca y los anotadores de las cartas ponen, "Es Oaxaca." Coaixtlahuacan es pueblo perteneciente al Estado de Oaxaca.

(4) Ambos pueblos corresponden hoy al Estado de Oaxaca. Se engañan notablemente los comentadores de las Cartas de Cortés en Lorenzana, poniendo: "Tamazula está en la provincia de Sinaloa á la Costa del Sur."—Es otro Tamazula.

enseñorearse de las aguas de los lagos; al efecto, el carpintero de ribera Martin López, marchó á Tlaxcalla con órden de construir trece bergantines, semejantes á los construidos ántes en México. Meditaba igualmente, con el oro y despojos recogidos en las entradas, enviar cuatro naos á la isla de Santo Domingo á fin de comprar armas, caballos y reclutar gente: pretendía tambien comprar otros barcos para proporcionarse de las islas toda especie de socorros. Como los oficiales reales podrían ponerle impedimentos, escribía en lo particular al Lic. Figueroa, rogándole no pusiese obstáculo alguno. (1)

De todos estos sucesos dió cuenta cumplida al rey, en carta fechada á treinta de Octubre, en Segura de la Frontera. Aunque el nombre de Nueva España estaba admitido entre los castellanos, habiendo sido puesto por los de la expedicion de Juan de Grijalva, en esta ocasion se pedía se confirmara oficialmente. "Por lo que yo he "visto y comprendido, dice, de la similitud que toda esta tierra "tiene á España, así en la fertilidad, como en la grandeza y frios "que en ella hace, y en otras muchas cosas que le equiparan á ella, "me pareció, que el más conveniente nombre para esta dicha tierra "era llamarse la Nueva España del Mar Océano: y así en nombre "de V. M. se le puso aqueste nombre; humildemente suplico á V. "A. lo tenga por bien y mande que se nombre así." (2) Escribió tambien el regimiento de la Villa, firmando la carta todos los castellanos, á la sazon en la puebla, cosa que hace muy interesante el documento, ya que bajo el aspecto histórico no es de tan cumplido interés. (3)

La carta fué remitida á España con Alonso de Mendoza, quien no salió de las costas de México, hasta el cinco de Marzo 1521, á causa de los tiempos contrarios que hicieron perderse las tres naves

(1) Cartas de Relac. pág. 166.—67.

(2) Cartas de Relac. pág. 169.

(3) La carta de Cortés, impresa por primera vez en Sevilla, por Juan Cronberger, á ocho de Noviembre 1522, es la conocida en las colecciones bajo el nombre de Segunda relacion. La carta del ejército, aunque carece de la fecha y áun de la antefirma, por el contexto indica, haber sido escrita en la misma Segura de la Frontera. Se la encuentra en la Coleccion de docum. para la Hist. de México, de D. Joaquin García Icazbalceta tom. 1, pág. 427.

aparejadas al intento; por la misma razon no salieron para las islas los comisionados para traer los socorros. (1)

En el siguiente mes de Noviembre prosiguieron los azares de la guerra. El capitan Salcedo fué contra Tochtepec con ochenta peones; por su impericia fué desbaratado, quedando muertos todos los castellanos. A vengar el descalabro salieron Diego de Ordaz y Alonso de Avila, con algunos caballos, doscientos peones y considerable número de auxiliares; á pesar de la récia resistencia de los habitantes y de las guarniciones culhua fueron desbaratados con gran pérdida, retornando los vencedores con inmenso botin en oro, ropas y esclavos. El inmediato pueblo de Tecalco (2) no se había sometido; la division salida contra él le encontró desamparado, lo cual no le libró de ser puesto á saco. El capitan Barrientos vino á informar de la provincia de Chinantla, como estaba tranquila y los moradores muy bien hallados con la presencia de los blancos. (3)

Aquellas correrías pusieron bajo el dominio de los castellanos todo el país comprendido entre las montañas que rodean el Valle y la costa del mar hácia el E; era un espacio en que se incluían la república de Tlaxcalla, los señoríos ántes independientes de Chalollan y de Huexotzinco, las provincias imperiales de Tepeyacac, Acatzinco, Quecholac, Cuauhquechollan, Tecalco é Itzocan hasta los mixteca, parte de cuyos pueblos habían prometido la obediencia; hácia la mar eran amigos y estaban quietos los totonaca, y más al este la provincia de Chinantla venía á entregarse voluntariamente: á lo largo de la costa y áun al interior, los pueblos, aunque de lengua nahoa, no daban señales de vida, esperando tranquilos cuanto la suerte quisiera depararles. De toda esta comarca, ganada á fuerza de armas, señores y vasallos acudían á D. Hernando pidiéndole ya un fallo en negocio particular, ya que compusiera las discordias por motivo de herencia suscitadas, ya para que nombrase señor en lugar de los heridos, desposeídos ó muertos. Esta conducta de los indios se atribuye á que, "dende en adelante tenía Cortés tanta fa- " ma en todos los pueblos de la Nueva España, lo uno de muy jus- " tificado y lo otro de muy esforzado, que á todos ponía temor." (4)

(1) Cartas de Relac. en Lorenzana, pág. 178.
(2) Hoy Tecali, en el Estado de Puebla.
(3) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVII.
(4) Bernal Díaz, cap. CXXXIV.

No es esta la entera verdad: aquellas tribus, acostumbradas á la servidumbre, pasaban naturalmente del dominio de un amo á otro; por sus creencias, por las costumbres, por las prácticas admitidas, consistía el verdadero derecho en la conquista armada; de aquí que tuvieran al conquistador como á soberano legítimo, á quien acudían en demanda de la solucion de todos los negocios de la competencia de la autoridad real.

Por este tiempo asolaba la peste de viruelas toda aquella comarca, (1) derramándose el terrible azote por las ciudades del Valle y haciendo espantosos estragos en Tenochtitlan: de aquí que aflojara un tanto la guerra, ya por parte del ataque de los castellanos, ya en la defensa de los méxica. La calamidad redundaba en provecho de los blancos. Por una parte los pueblos no podían defenderse con brío, y por otra parte la muerte de los señores legítimos daba motivo á frecuentes mudanzas; en la confusion y en el desórden de la guerra se suscitaban aspiraciones legítimas unas, bastardas las otras; los aspirantes acudían á su monarca reconocido para pedir justicia, y los electos se creían obligados á guardar entera fidelidad á la persona de quien recibían el poder. (2) D. Hernando se iba sustituyendo sin pensarlo á los emperadores méxica.

El botin recojido durante la campaña le tenían los soldados en la villa de Segura de la Frontera. D. Hernando mandó dar un pregon para que de ahí á dos dias trajesen á una casa señalada todos los esclavos, á fin de herrarlos con la marca de la G, ya construida, y pagar el quinto al rey. Cumplimentóse el mandamiento presentando á las mujeres y á los muchachos, "que de hombres de edad "no nos curábamos dellos, que eran malos de guardar, y no había- "mos menester su servicio, teniendo á nuestros amigos los tlaxcal- "tecas." Del acervo se sacó el quinto del rey y otro quinto para el general, devolviendo el resto á los interesados. Mas durante el depósito se había realizado una transformacion; desaparecieron las indias buenas y hermosas, quedando en su lugar viejas y ruines. La

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XVIII.

(2) "Que, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva Espa- "ña, fallecían muchos caciques, y sobre á quien le pertenecía el cacicazgo y ser se- "ñor y partir tierras ó vasallos ó bienes venían á nuestro Cortés, como señor abso- "luto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por señor á quien le "pareciese." Bernal Díaz, cap. CXXIV.

murmuracion entre los soldados no reconoció límites, recordando y sacando á plaza todas las acciones de este género de su general; atrevido hubo que se lo dijeron en su presencia, amenazándole con quejarse al rey. "Y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dijo que juraba en su conciencia (que aquesto tenía costumbre de jurar), que de allí adelante no sería ni se haría de aquella manera, sino que buenas ó malas indias, sacallas al almoneda, y la buena que se vendería por tal, y la que no lo fuese por ménos precio, y de aquella manera, no ternían que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron más esclavos, mas despues en lo de Tezcuco casi que fué desta manera, como adelante diré." (1)

"Y dejaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos." Al entrar en tierras de Tlaxcalla vimos que D. Hernando recojió de los soldados el oro sacado de México: no todo fué presentado, y ahora, despues de tantos dias, insistió de nuevo en la determinacion. "Y como en nuestro real y Villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber que había muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refran que oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon, so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen, que se lo tomará todo; y muchos soldados de los que lo tenían no lo quisieron dar, y á algunos se lo tomó Cortés como prestado, y más por fuerza, que por grado, y como todos los más capitanes tenían oro, y áun los oficiales del rey muy mejor, que hicieron sacos dello, se calló del pregon, que no se habló más en ello; mas pareció muy mal ésto que mandó Cortés." (2)

Durante este tiempo México sufría los horrores de la peste de viruelas, llamadas por los méxica *Teozahuatl*, grano divino, (3) á cuausa sin duda de haber sido presente de los teules. " Desta pes-
" tilencia, fueron muertos entre los mexicanos el señor que poco
" antes habían elegido, que se llamaba Cuitlahuatzin, y murieron
" muchos principales, y muchos soldados viejos y valientes hom-
" bres, en quienes ellos tenían muro para en el hecho de la gue-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXV.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXV.

(3) Nota 21. Anales de Tecamachalco y Quecholac. MS.

" rra," (1) Cuitlahuac es una hermosa figura, en la historia de la conquista. Libre de las preocupaciones de su pueblo, no vió jamas con reverencia á los pretendidos hijos de Quetzalcoatl; tratólos siempre con desconfianza y ceño, siendo su voto constante como consejero, no dejarlos penetrar en el imperio, ni ménos recibirlos de paz en México: en esta conducta se mostró patriota y previsor. El roce inmediato con los blancos, debió afirmarle en sus juicios, encendiendo en su pecho un rencor que sólo debía extinguirse con la muerte. Ayudó á Cacama en alentar á las tribus contra los extranjeros, valiéndole estos manejos ser llevado al cuartel y amarrado a la cadena gorda. En mal hora Cortés le puso en libertad; al breve tiempo los guerreros México tomaban las armas, y conducidos por el bravo caudillo atacaban furiosos la fortaleza de los teules. Con desprecio de armas poderosas que causaban inmenso estrago, combatió y combatió en primera fila hasta arrojarlos de Tenochitlan, desbaratándolos en las puentes: cautivó á los castellanos retraidos en el cuartel y lanzó la multitud de los escuadrones á los campos de Otompan, en donde más por la fortuna que por las armas, fué vencido. Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del imperio, cosa imposible ya despues de los pusilánimes desaciertos del imbécil Motecuhzoma. Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes, al paso de los invasores; casi siempre

(1) Sahagun lib XII, cap. XXX.—Es muy notable la discordancia, de los autores con motivo de la duracion del reinado de Cuitlahuac; nos parece natural, pues casi todos se han fundado en sólo conjeturas. Adoptamos las autoridades mexicanas, conservadas en pinturas y relaciones, como las de mayor peso en el caso; conforme á ellas Cuitlahuac reinó ochenta dias.—Así lo expresa la pintura intitulada. Hist. sincrónica de Tepechpan y de México, la cual coloca al lado del difunto los cuatro numerales méxica del valor de veinte, produciendo la suma ochenta; el cadáver, envuelto en un sudario y con los lazos que le retienen, presenta en el contorno unos circulillos, símbolo de las ampoyas ó viruelas de que murió.—Los mismos signos numerales presenta la pintura que acompaña á la de Aubin.—El texto mexicano de la pintura Aubin dice que el reinado duró ochenta dias.—Aseguran lo mismo los Anales tepaneca. N. 6. MS.—En el N. 5. Anales Tolteca-chichimecas encontramos:—"2 tecpatl 1520, En este año se acabó el patriotismo mexicano, y tomó el mando Cuitlahuatzin y á los ochenta dias murió de ampollas."—Si Cuitlahuatzin ha reinado ochenta dias y subió al trono el primer dia del mes ochpaniztli, 7 de Setiembre de 1520, se mantuvo como emperador aquel mes, el Tolteca y el Tepeihuitl, muriendo, para completar los ochenta dias, el día último del mes Quecholli, *cecohuatl*, correspondiente al 25 de Noviembre del mismo 1520.

era derrotado y sin embargo volvía á la carga: estas derrotas eran ya necesarias, pues el invasor no estaba sólo, teniendo á su lado la muchedumbre de los traidores á la patria. La fama no ha sabido tejer un cumplido elogio de este monarca azteca; proviene el olvido de haber pertenecido á los vencidos, y de haberse atraído el ódio de los vencedores. Un lisonjero se atrevió á estampar estas palabras: "vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de apli-" cacion dejase poco ménos que borrada entre los suyos la memoria " de su nombre." (1) No dictaron estas frases la justicia, ni la buena fé; si los blancos le despreciaron como á bárbaro, su memoria durará miéntras exista el recuerdo de la Noche triste.

(1) Solís, lib. IV, cap. XVI.

LIBRO III.

CAPITULO I.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Cuauhtemoc emperador de México.—Expedicion contra Xocotla y Xalatzinco.—Licencia concedida á los descontentos.—Vuelta de Cortés á Tlaxcalla.—Muerte de Maxixcatzin.—Bautismo del viejo Xicotencatl.—Los bergantines.—Refuerzo.—Alarde del ejército.—Ordenanzas.—Salida de Tlaxcalla.—Tetzmulocan,—Paso de las montañas.—Coatepec.—Escaramuza.—Entrada en Texcoco.—Los habitantes abandonan la ciudad.—Saqueo.—Los aliados queman los archivos reales.—Muerte de Cuicuitzcatzin.—Huida de Coanacochtzin.—Ixtlilxochitl.

II tecpatl 1520. Por muerte de Cuitlahuac subió al trono de México el jóven Cuauhtemoc, undécimo y último emperador de Tenochtitlan; su nombre significa, águila que descendió, como si las señales manifestadas en su nacimiento fueran pronóstico de su futura suerte. Era hijo de Ahuitzotl; "mancebo de hasta veinte y

" cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y " se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél." (1) De los hijos legítimos de Motecuhzoma, el presunto heredero murió en las puentes la noche de la retirada; quedaron dos varones, loco el uno, el otro perlático (2) y Tecuichpo, mujer de gran hermosura. Para adunar los derechos reales, Cuitlahuac casó con ella, aunque parece que no tenía la edad suficiente. Cuauhtemoc, á la sazon sumo sacerdote, al subir al trono se desposó con Tecuichpo, viuda de su antecesor. (3) De los dos varones á la sazon sólo vivía el nombrado Axopacatzin, quien siendo inepto para reinar y porque no sirviera de estorbo, fué mandado matar por el nuevo emperador. (4) Fué el último monarca en cuyo favor alzó la voz el teotecuhtli, implorando á Tezcatlipoca-Titlacaomoquequelon, con la oracion nacional. (5)

Desmoronábase el imperio por la traicion de sus hijos y la espada del conquistador; subir entónces á rey no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaban la destruccion y la muerte. El jóven patricio, amador del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Motecuhzoma, el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano, identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos.

Partieron embajadores en todas direcciones solicitando socorros y alianzas, con ofrecimientos de remitir los tributos, quitar gabelas y evitar vejaciones. " Fué muy diligente Cuauhtemoc en estas pre- " venciones; ganó muchos amigos, aunque algunos no se quisieron " confederar con él, no tanto por el miedo de los castellanos, cuan- " to por sus antiguas enemistades. Hizo grandísima provision de

(1) Bernal Díaz, cap. CXXX.

(2) Cartas de Relac. pág. 166.

(3) Clavijero, tom. 2, pág. 126. Esta Tecuichpo tomó en el bautismo el nombr de Doña Isabel, que tan varia fortuna corrió con sus esposos.

(4) Juan Cano, apud Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV.

(5) Véase á Sahagun, lib. VI, cap. V.

" armas, metió mucha gente en la ciudad: sacó mucha parte de la " inútil y la envió á las montañas. Levantó la vitualla de la comar- " ca: hacía ejercitar la gente en las armas, ofreció mercedes á los " que se señalasen más. Tenía gran cuidado en saber lo que hacían " sus enemigos, y cuando entendió que se apercibían y querían po- " ner en camino, juntó la nobleza mexicana, y todos sentados, y él " en pié, hizo un razonamiento persuadiéndoles á la defensa de la " religion, de la patria, de las vidas, honras, hijos y mujeres, con " que á todos confirmó en su voluntad y obediencia, y le prometie- " ron de morir en ella. Muchos señores de la tierra estuvieron neu- " trales, porque conocían la fortaleza de las dos partes, y muchos " se ofrecieron á Cortés, que aborrecían la tiranía de los mexicanos, " confiando en su valor y en la valentía de los tlaxcaltecas, que " tambien, como aquellos á quienes tanto importaba salir bien del " negocio, traían sus inteligencias por la comarca." (1)—En aque- llas nobles tareas ayudaban ardientemente Coanacoch, rey de Tex- coco y Tetlepanquetzaltzin, de Tlacopan. (2)

Tornando á los castellanos, en aquella sazon llegó noticia á Se- gura de la Frontera, de haberse presentado los méxica con algunas fuerzas en Xocotla y Xalatzinco, (3) con objeto de cortar las comu- nicaciones con la Villa Rica. Para limpiar el campo de enemigos y castigar á los pueblos por la muerte que dieron á ciertos españoles, entrado Diciembre marchó Gonzalo de Sandoval con veinte jinetes, doscientos peones y gran copia de los guerreros amigos. La expedi- cion se dirijió sobre Xocotla, tomando el lugar despues de una re- ñida batalla; dirijiéndose en seguida á Xalatzinco, prévios ciertos requerimientos que no fueron escuchados, la ciudad fué igualmente

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIX.

(2) Acerca del tiempo en que fué coronado Cuauhtemoc, dice el texto mexicano de la pintura Aubin: "El úndecimo caballero, llamado Cuauhtemotzin, subió al tro- no en los dias aciagos (nemontenci), y despues se desbarató completamente la no- bleza y sangre mexicana y tenochca, y se apoderaron completamente los españoles del todo."—Es decir, pasó como jefe los meses Panquetzaliztli, Atemoztli y Tititl, coronándose en los dias nemontemi, que aquel año cayeron entre el 25 y el 29 de Enero 1521 inclusives.

(3) El Caltami ó Cecatami de Cortés, corresponde al pueblo de Xocotla, ya men- cionado en el viaje de los castellanos al internarse al país, cercano á la Frontera de Tlaxcalla. Xalatzinco, hoy Jalacingo, pertenece al Estado de Veracruz, y no se lla- ma Xilozingo como dicen los comentadores de las Cartas de Cortés, en Lorenzana.

ocupada tras vigorosa resistencia de los defensores, quedando en poder de los castellanos cuantioso botin. Sandoval, de regreso de esta jornada, entró en Tlaxcalla á 22 de Diciembre, trayendo prisioneros algunos señores, que bajo promesa de permanecer fieles á los blancos fueron puestos en libertad. (1) En los requerimientos se exigía de los naturales, " diesen el oro y armas que habían robado, " é que la muerte de los españoles se les perdonaría," á lo cual respondieron no poderlo entregar por haberle llevado al rey de México: respecto de los prisioneros, dejaron los hombres para los tlaxcalteca, tomando los blancos á las mujeres y á los muchachos, los cuales fueron herrados por esclavos con el hierro en forma de G. (2)

Terminada la conquista de aquellas provincias, hecha la particion de los esclavos, con la cual y con lo que habían tomado de botin muchos estaban ricos, notando ademas los preparativos que se hacían para marchar contra México, los antiguos descontentos volvieron á instar al general, les diese licencia para volverse á Cuba, ya que habían cumplido su empeño de terminar la conquista de Tepeyacac. De aquellos ricos ó disgustados de los manejos de Cortés, los principales eran el sócio Andrés de Duero; Agustin Bermúdez que tan bien ayudó contra Narvaez; Juan Bono de Quejo, quien reconvino por la particion de los esclavos; Francisco Velázquez el corcovado, pariente del gobernador de Cuba; el comendador Leonel de Cervantes, quien fué á España por sus muchas hijas y despues de la conquista las trajo para casarlas en México; Cárdenas el piloto, el cual por motivo de los quintos decía haber dos reyes en la Nueva España, y algunos más. Dióles licencia Cortés para quitar el mal ejemplo que en el ejército daban, diciendo acertadamente, " que más valía estar sólo que mal acompañado:" mandó los acompañase hasta la costa, Pedro de Alvarado, en donde se aderezó para el viaje una buena nave, provista de abundante matalotaje de maíz y tasajo, de la carne de los perrillos comestibles de la tierra. (3)

A mediados de Diciembre, dispuso Cortés su marcha para Tlaxcalla. Dejó en Segura de la Frontera á Francisco de Orozco por capitan de la guarnicion, compuesta de sesenta hombres de los heri-

(1) Cartas de Relac. págs. 180 y 183.—Bernal Díaz, cap. CXXXIV.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXIV.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXXVI.

dos y dolientes, envió los peones al mando de sus jefes, y él con veinte jinetes se dirijió á Chololllan. Solicitáronlo así los de la ciudad, porque habiendo muerto de las viruelas varios señores de pueblos, pretendían fuesen nombrados los sucesores, recibiendo el nombramiento de mano de aquel á quien consideraban soberano de la tierra: ejecutólo así D. Hernando, dando á entender á los agraciados, que como vasallos del rey de Castilla quedaban en obligacion de darles socorro de gente contra México, recibiendo como leales amigos á cuantos españoles por sus tierras pasasen. Terminada aquella tarea, recibida la promesa y vasallaje, despues de permanecer dos ó tres dias bien regalado, se dirijió á la capital de la república. Recibiéronle con arcos de ramas y flores, danzas y cantares; llevaban los aliados delante de él los pendones, esclavos y despojos tomados al enemigo; mirábale la multitud atónita, oyéndose por todas partes rumor y aplauso; en la arenga de los nobles se le llamó triunfador y vengador de las injurias de la señoría: en suma, nunca extranjero capitan fué admitido con mayor pompa. (1) D. Hernando, con los despojos del imperio azteca, se había formado un estado en el cual figuraba como verdadero rey.

Al dia siguiente vinieron á visitarle los señores de las cabeceras, participándole oficialmente la muerte de Maxixcatzin; sabíalo ya, pues cuando Martin López vino á la ciudad con el encargo de fabricar los bergantines, le encontró muy enfermo de las viruelas, y como le mostrara el deseo de reconocer al Dios de sus amigos los blancos y adoptar su religion, López lo participó así á Cortés; por órden de éste vino aceleradamente á la ciudad Fr. Bartolomé de Olmedo, quien habló con el doliente, le hizo algunas preguntas, bautizándole en seguida. D. Hernando llevó luto por su amigo; en verdad para él era grandísima pérdida, pues fué el más ardiente y fiel partidario de los blancos. Quedó por heredero un niño de doce á trece años, y los de la señoría pidieron al general le confirmara en el cargo que le pertenecía; hízolo así en nombre del rey de Castilla, el cual tomaba en todos los actos de jurisdiccion, añadiendo para honrar al nuevo señor, armarle caballero á uso de España y hacerle bautizar bajo el nombre de D. Lorenzo Maxixcatzin. Inconse-

(1) Cartas de Relac. pág. 181.—Bernal Díaz cap. CXXXVI.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIX.

cuencias humanas: aquellos fieros republicanos que desdeñaron la alianza de los méxica para defender la patria, deponían sus derechos, inclinando voluntariamente el cuello para recibir el yugo extranjero. Las grandes distinciones otorgadas al pequeño colega, determinaron sin duda al anciano y ciego Xicotencatl á pedir las aguas del bautismo; con gran fiesta se le administró Fr. Bartolomé, poniéndole nombre, D. Lorenzo de Vargas. (1) Así aquellos grandes magnates daban el ejemplo, en desertar de la bandera nacional y de la religion de sus padres.

En la fábrica de los bergantines se procedía con ardor. La obra se ponía en práctica en el barrio de Atempa, junto á la ermita llamada de San Buenaventura: (2) dirijíala, como ya hemos dicho, Martin López, ayudándole Andrés Núñez y Ramírez el Viejo, cojo de una herida. Un Santa Cruz, burgalés, fué á la Villa Rica con copia de guerreros y tamenes á traer hierro, clavazon, áncoras, velas, jarcia, estopa y cuanto más era menester al intento: mil indios fueron en ello empleados, suministrándolos á porfia los pueblos sometidos del tránsito. Entre los herreros se distinguió Hernando de Aguilar, por sobrenombre Majahierro. Cuatro hombres de la mar, que lo sabían hacer, sacaron la brea de los pinares cerca de Huexotzinco. (3)

A la sazon de hacerse los preparativos, llegaron mensajeros de la Villa Rica, avisando haber anclado en el puerto, procedente de España por el derrotero de las Canarias, un barco cargado de ballestas, escopetas, pólvora, hilo para cuerdas, otras armas y tres caballos. D. Hernando lo mandó comprar todo inclusive la nao, surtiendo tan buen efecto la negociacion, que Juan de Burgos, dueño del cargamento, el maestre de la nao Francisco Medel, trece soldados y la gente de mar, se alistaron y vinieron á incorporarse al ejército en Tlaxcalla. (4) La veleidosa diosa fortuna se hacía la constante para el general.

El miércoles veinte y seis de Diciembre, segundo dia de pascua de Navidad, hizo alarde el ejército. Constaba de cuarenta caballos,

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXVI.—Cartas de Relac. pág. 182.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIX.

(2) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXXVI.—Cartas de Relac. pág. 182.

(4) Bernal Díaz cap. CXXXVI.

quinientos cincuenta peones, de ellos ochenta ballesteros y escopeteros, con ocho ó nueve piezas de artillería; los jinetes quedaron organizados en cuatro cuadrillas de á diez cada una; los infantes en nueve compañías con cada sesenta. Hablóles el general diciendo "Que ya sabían como ellos y yo, por servir á V. S. M. habíamos "poblado en esta tierra: y que ya sabían como todos los naturales "della se habían dado por vasallos de V. M., y como tales habían "perseverado algun tiempo, recibiendo buenas obras de nosotros, y "nosotros de ellos: y como sin causa ninguna todos los naturales de "Culúa, que son los de la gran ciudad de Temixtitan y los de to- "das las otras provincias á ellas sujetas, no solamente se habían "rebelado contra V. M., mas nos habían muerto muchos hombres, "deudos y amigos nuestros, y nos habían echado fuera de toda su "tierra; y que se acordasen de cuántos peligros y trabajos habíamos "pasado, y viesen cuánto convenía al servicio de Dios y de V. C. "M., tornar á cobrar lo perdido, pues para ello teníamos de nuestra "parte justas causas y razones; lo uno, por pelear en aumento de "nuestra Fe, y contra gente bárbara; y lo otro, porque en nuestra "ayuda teníamos muchos naturales nuestros amigos, que eran cau- "sas potísimas para animar nuestros corazones: por tanto, que les "rogaba que se alegrasen y esforzasen; y que porque yo, en nombre "de V. M., había hecho ciertas ordenanzas, para la buena órden y "cosas tocantes á la guerra, las cuales luego allí fice pregonar pú- "blicamente, y que tambien les rogaba que les guardasen y cum- "pliesen, porque de ello redundaría mucho servicio á Dios y á V. "M." (1) Halagó tambien á los oyentes con esperanzas de honras y de grandes riquezas, (2) con lo cual todos prometieron seguir fielmente la bandera, vencer ó morir.

Las ordenanzas fueron hechas por el magnífico señor Fernando Cortés, capitan general y justicia mayor de esta Nueva España del Mar Océano, el dia 22, y pregonadas en la ciudad y provincia de Taxclatecle, miércoles dia de San Estéban, 26 dias del mes de Diciembre, por ante el notario público Juan de Rivera y voz del pregonero Anton García, presentes Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, Alonso de Prado, contador y Rodrigo Alvarez Chico, veedor. Co-

(1) Cartas de Relac. pág. 183—84.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.

mienzan por un proemio, fundando la necesidad y conveniencia de sujetar á reglas las acciones humanas, y entrando de lleno en el principio religioso en que fundaba su derecho la conquista, encarga que el principal intento de todos sea apartar y desarraigar la idolatría de los naturales, procurar su salvacion y atraerlos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica; "porque si con otra in-"tencion se hiciese la dicha guerra, sería injusta, y todo lo que en "ella se oviese obnoxio é obligado á restitucion." Sobre ello encarga la conciencia, y protesta no ser otro el móvil que le lleva á emprender la conquista. Como consecuencia prohibe los reniegos y blasfemias, y el juego causa de ellas, totalmente el de dados ó naipes, cuando no se juegue moderadamente.

Como arreglos generales, ningun castellano pondrá mano á las armas contra otro castellano; cada quien está obligado á alistarse en una compañía; no se harán burlas ni dirán mal los de una capitanía de las otras; nadie se apartará del lugar en donde esté su jefe. Aposentaránse los capitanes donde les mande el maestre de campo; dividirán su gente en cuadrillas de 20 en 20 al mando de un cuadrillero ó cabo de escuadra; cada capitan lleve tambor y bandera, conducirá en el camino la gente junta, sin admitir se unan soldados de otra compañía. Vigilarán los cuadrilleros á las escuchas durante los cuartos que les toquen, y darán las instrucciones á las velas y escuchas. Los soldados, luego que oigan tocar el tambor, se incorporarán armados á su compañía, nadie se meterá en el fardaje si no es de los nombrados; al acometer no se desmanden ni separen de su compañía. "Mando que ningun español ni españoles entren "á robar ni á otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, "hasta ser del todo echados fuera, y haber conseguido el fin de la "victoria." Las faltas enumeradas se castigan con penas pecuniarias, fuera de esta que es la última: "Por excusar y evitar los hur-"tos encubiertos y fraudes que se hacen en las cosas habidas en la "guerra ó fuera de ella, así por lo que toca al quinto que dellas "pertenece á S. C. M., como porque han de ser repartidas confor-"me á lo que cada uno sirve é merece: por ende mando que todo "el oro, plata, perlas, piedras, plumajes, ropa, esclavos y otras co-"sas cualesquier que se adquieran, hubieren ó tomasen en cual-"quiera manera, ansí en las dichas poblaciones, villas, ó lugares, ó "en el campo, que la persona ó personas, á cuyo poder viniesen ó

"las hallasen ó tomasen, en cualquier forma que sea, lo traigan lue-
"go incontinente é manifiesten ante mí ó ante otra persona que
"fuese, sin lo meter ni llevar á su posada ni á otra parte alguna, so
"pena de muerte ó perdimento de todos sus bienes para la cámara
"é fisco de S. M." (1) Esto dicen las ordenanzas y no lo que ponen algunos autores.

El alarde tuvo lugar en la plaza del teocalli mayor de Tlaxcalla. El general estaba á caballo, con una ropeta de terciopelo sobre la armadura y una azagaya en la mano: presentáronse primero los ballesteros, quienes sin rumor armaron las ballestas y las dispararon por alto, haciendo luego el saludo militar; pasaron despues los rodeleros, los cuales poniendo mano á la espada, hicieron su acometimiento, y envainando en seguida hicieron reverencia; vinieron los piqueros que calaron á un tiempo las picas, cerrando con ellas unidos y apretados; los escopeteros dispararon los arcabuces para hacer salva; al último pasaron los jinetes, de dos en dos, con adarga y lanza, corriendo parejas y escaramuceando. (2)

Al dia siguiente, juéves veinte y siete de Diciembre, habló Cortés con los cabezas de la señoría; díjoles, que pues tenía determinado salir para México el dia inmediato, cuidasen de la conclusion de los bergantines procurando á los obreros cuanto menester hubiesen, estando dispuestos á remitir las naos tan luego como se les pidiesen. Así lo ofrecieron los señores, prometiéndole ahora alguna gente de guerra para acompañarle, la cual aumentarían cuando remitieran las embarcaciones. El ejército auxiliar se hace consistir en ciento diez á ciento cincuenta mil hombres; componíase no sólo de los guerreros de Tlaxcalla, sino tambien de los de Chalollan, Huexotzinco y de las provincias conquistadas, atraídos los unos por la codicia del saqueo, conducidos la mayor parte por los antiguos rencores que contra los méxica abrigaban. Los de la República, imitando á sus aliados, hicieron este dia su alarde. Iban delante los músicos tocando caracoles, bocinas, huesos y otros instrumentos; seguían los cuatro señores de las cabeceras, armados de rodela y macuahuitl, atados á la espalda sus estandartes de plumas y piedras pre-

(1) Ordenanzas, véase Prescott, tom. II, pág. 472. Apendice, núm. XIII.—Coleccion de Indias, tom. XXVI, pág. 19—29.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIX.

ciosas, con orejeras, diademas y bezotes de oro y ricas cutaras; seguían cuatro pajes con arcos y flechas; los estandartes de la señoría ricamente adornados conducidos por cuatro alféreces; pasaron en seguida, por filas de veinte en veinte, setenta mil flecheros, de trecho en trecho un estandarte con las armas del capitan de cada compañía; inclinaban las banderas al pasar delante del general, el cual devolvía el saludo tocándose la gorra, mientras los guerreros inclinaban la cabeza y disparaban sus arcos: siguieron cuarenta mil rodeleros y diez mil piqueros, haciendo tambien su reverencia. Aquellas tropas, para recibir una disciplina militar en consonancia con la de los blancos, estaban á cargo de Alonso de Ojeda, y de Juan Márquez. De este número salieron ochenta mil guerreros á campaña, permaneciendo el resto en la ciudad para escoltar los bergantines. (1)

Viérnes veintiocho de Diciembre, el ejército salió de Tlaxcalla tomando directamente el camino para Texcoco, capital del reino de Acolhuacan. La resolucion había sido tomada en junta de capitanes: aunque tres puertos en las montañas abrían paso de aquel á este lado del Valle, D. Hernando escogió como más seguro, por estar descuidado, el más agrio y fragoso. Aquella noche la pasaron en Tetzmulocan, (2) pueblo de la jurisdiccion de Huexotzinco.

Sábado veintinueve se comenzó á subir las montañas. El general con diez de á caballo y sesenta peones lijeros tomó la delantera á fin de ver al enemigo si le había; ninguno se presentó á disputar el paso, acampando el ejército en un lugar alto, en donde partían los términos de los aculhua: hacía muy gran frio, mas como había abundancia de leña remediáronse al calor de las hogueras. (3) En el sitio nombrado Tlepehuacan, se presentó á Cortés el bastardo príncipe acolhuatl Ixtlilxochitl, atizador incansable de las revueltas del reino, aspirante pérfido al trono de Texcoco; presentóse con un pendon de oro en señal de paz y amistad, dando la bienvenida al general y convidándole á pasar á Texcoco en donde sería servido y regalado; pesábanle mucho, dijo, los males sobrevenidos por la rebelion de sus tios y deudos los señores méxica; que á causa de ello el rey su hermano y los de su corte eran culpados, pero que los perdonase, pues

(1) Cartas de Relac. pág. 85.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XX.

(2) De *tetzmulli*, carrasco verde; Tetzmulocan, el carrascal verde: llamáse hoy San Martin Tesmelucan, Estado de Puebla.

(3) Cartas de Relac. pág. 185.

á su nombre venía á disculparlos y ofrecerle sus servicios. Si D. Hernando no vió con placer á aquel repugnante príncipe, se enteró con gusto de las desavenencias entre los herederos de Acolhuacan: (1) ni el hombre ni las nuevas le cojían desprevenido.

Domingo treinta fué pasado el puerto y áun se subieron y bajaron algunas cuestas. El camino seguía por las laderas del Telapon, y los cuatro jinetes con igual número de peones de la descubierta, le hallaron obstruido con troncos de árboles y otros objetos, señal más bien de rompimiento que de prevencion militar. Dudaron si darían aviso; mas como viesen que la abatida se prolongaba por gran espacio, se resolvieron á dar parte enviando al efecto uno de los peones; informado el general, que venía á la vanguardia con la caballería, ocurrió al llamado, prosiguiendo sobre los obstáculos hasta salir á la tierra llana. Ahí esperó se reuniese el ejército entero, al cual dijo diesen gracias á Dios, pues le había traido sanos y salvos. (2) Desde las últimas alturas descubrieron los castellanos la cuenca del Valle con sus lagos y ciudades; vínoles á la memoria el recuerdo de los pasados triunfos y reveses, de manera que la vista pintoresca que delante tenían, despertaba en ellos encontrados sentimientos de placer y de pena. (3) Para invadidos é invasores habían cambiado por completo las circunstancias. La vez primera que los blancos llegaron á la orilla de los lagos, México era señora altiva del Valle y de la tierra, rica, poderosa, temida; ahora estaba quebrantada por todo linaje de calamidades; insurreccionadas sus provincias, estrechado su poderío á un pequeño territorio, y todavía iba perdiendo unos tras otros sus menguados hijos. Había salido miserable del fango de unos desiertos islotes y por la conquista se había hecho opulenta; en sentido contrario de cual ántes se extendía, ahora se estrechaba, para desaparecer por la conquista, tambien entre los carrizales del lago.

El ejército marchó ordenadamente por lo llano, dispuesto á resistir un choque. Los espias méxica que los atisbaban habían dado la voz de alarma, veíanse por todas partes las humaredas anunciando la presencia de los blancos en el Valle y áun se escuchaba como los

(1) Ixtlilxochitl. Hist. Chichim. cap. 91. MS.

(2) Cartas de Relac. pág. 186—188.

(3) Bernal Díaz, cap. CXXXVII

guerreros se apellidaban para la lucha. Los moradores de unas estancias vecinas comenzaron á lanzar gritos y provocaciones, miéntras algunos escuadrones de guerreros se presentaron á defender un mal paso profundo, sobre el cual había un puente roto. Los blancos aceleraron el paso; con quince jinetes y un buen número de tlaxcalteca forzaron la posicion, teniendo los méxica que abandonar el campo, no sin gran pérdida, pues fueron alcanzados por la caballería. Siguióse adelante sin otro accidente, hasta alcanzar á Coatepec, ciudad del reino de Texcoco, abandonada por los moradores, en donde se aposentaron, tomando sus precauciones para no ser sorprendidos. No obstante las ordenanzas, los aliados habían merodeado en la comarca. (1) La resistencia de los méxica para defender la entrada en el Valle no fué mucha; lo causaba la peste de viruelas, muy extendida todavía en las poblaciones, lo cual tenía mucha gente imposibilitada ú ocupada. "Y como los indios amigos vian, que este mal no tocaba en los castellanos, con mucha admiracion pensaban que alguna gran deidad los reservaba y amparaba." (2)

Lúnes treinta y uno de Diciembre, puestos en marcha, á corta distancia de Coatepec, los corredores de la descubierta vinieron á decir al general, se acercaba un grupo de gente sin armas, trayendo una bandera, lo cual era señal de paz. Cortés aplaudió la noticia, "la cual Dios sabe cuánto deseábamos, y cuánto la habiamos "menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, "y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos." (3) Los mensajeros eran personas principales; haciendo la acostumbrada reverencia presentaron un pendon de oro, el cual calculó luego D. Hernando en peso de cuatro marcos, y afora Bernal Díaz en valor de ochenta pesos; diciendo de parte de su señor Coanacochtzin, no se hiciese daño en la tierra, no siendo los moradores culpables de lo pasado, sino los de Tenochtitlan; que el rey quería ser su amigo y le esperaba en la ciudad. Por medio de las lenguas respondió el general, fuesen bienvenidos, pues él se holgaba de la paz; pero que en aquella provincia habían muerto cinco de á caballo, cuarenta y cinco peones y más de trescientos tlaxcalteca "que venían cargados, y

(1) Cartas de Relac. pág. 188—89.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XX.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(3) Cartas de Relac. pág. 189.

" nos habían tomado mucha plata, y oro, y ropa y otras cosas: que " por lo tanto, pues no se podían excusar de esta culpa, que la pe- " na fuese volvernos lo nuestro: é que desta manera, aunque todos " eran dignos de muerte, por haber muerto tantos cristianos, yo " quería paz con ellos, pues me convidaban con ella; pero que de " otra manera yo había de proceder contra ellos por todo rigor." (1) Respondieron los mensajeros, que el despojo lo habían llevado los de México, no obstante lo cual buscarían lo que pudiesen y lo traerían: terminaron preguntando, si pensaba entrar aquel dia á Texcoco, pues sería mejor se aposentase en otra ciudad, miéntras se le prevenía alojamiento. El general abrazó á los enviados, entre los cuales había algunos conocidos de los blancos y parientes de Motecuhzoma, aceptó los ofrecimientos de paz y en cuanto á rendir la jornada, expresó terminantemente sería en Texcoco: los méxica se retiraron.

Dióse la órden á los capitanes aliados no hiciesen daño en la tierra que ya estaba de paz; "mas comida no se les defendía, si era so- " lamente maiz é frisoles, y áun gallinas y perrillos, que había mu- " chos en todas las casas, llenas dello." (2) Siguió el ejército por Coatlichan y Huexotla, cuyos señores le salieron á recibir y dieron de comer, penetrando hacia el medio dia en la capital del reino de Acolhuacan. Las calles estaban desiertas; ni en ellas ni en las casas aparecía la gente, echándose de ménos que ni Coanacochtzin ni sus nobles se presentaran á darle la bienvenida. Los castellanos fueron alojados en el palacio de Nezahualpilli, edificio espacioso capaz de contener doble número de alojados, haciendo pregonar el general, pena de la vida, ninguno se permitiera salir sin licencia de la casa y aposentos.

No haberse presentado los señores, la poca gente que por la ciudad había y que andaba como alborotada, infundieron sospechas en D. Hernando si le querrían combatir. Para descubrir lo que pasaba envió á Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, otras personas y veinte escopeteros para su guarda: subiéronse á lo alto del teocalli, de donde se veía gran parte de la campiña y de los lagos, descubriendo con asombro que los moradores huían aceleradamente con sus

(1) Cartas de Relac: pág. 190.—Bernal Diaz cap. CXXXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

haciendas, en pequeñas ó grandes canoas por el agua, miéntras otros con sus mujeres é hijos se dirijían á las montañas. Informado Cortés de lo que pasaba, intentó apoderarse de la persona de Coanacochtzin, á cuyo efecto envió á llamarle con algunos papas, quienes volvieron á decirle no estaba ya en la ciudad, pues había sido uno de los primeros en ausentarse rumbo á México. Para evitar la despoblacion, hacia la caida de la tarde puso destacamentos en las salidas para atajar los fugitivos, aunque sin lograr el objeto deseado. "E asi el señor de la dicha ciudad, que yo deseaba como " á la salvacion haberle á las manos, con muchos de los principales " de ella, se fueron á la ciudad de Temixtitan, que está de allí por " la laguna seis leguas, y llevaron consigo cuanto tenían. E á esta " causa, por hacer á su salvo lo que querían, salieron á mí los men- " sajeros, que arriba dije, para me detener algo, y que no entrase " haciendo daño; y por aquella noche nos dejaron, así á nosotros co- " mo á su ciudad." (1)

Aquella burla enojó á D. Hernando, hasta olvidar las ordenanzas y permitir se diese sacomano en la ciudad, apoderándose de mujeres y muchachos, que fueron declarados esclavos y vendidos en pública almoneda. (2) Los aliados tomaron parte activa en la destruc-

(1) Cartas de Relac. pág, 191.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XVIII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. I.

(2) Resid. contra Cortés: Antonio Serrano de Cardona, tom. 1, pág. 199.—" 207. Item: si saben que al tiempo quel dicho D. Hernando Cortés fue á la cibdad de Texcuco, é fizo paces con los vecinos della, se dieron por vasallos de S. M., y el dicho D. Hernando Cortés mandó apregonar que nenguno español se desmandase ni saliese de los aposentos, ni fiziesen mal á yndio alguno; é si saben que aquel dia, en la tarde vieron en la laguna mucho número de canoas en cantidad de ocho mil, poco más ó ménos, é vieron como los yndios se alzaban é se vernian á xuntar con los yndios desta cibdad, é á aquella cabsa, el dicho Don Hernando Cortés mandó á los españoles que les fiziesen guerra, é si algunos esclavos se fizieron, fue por la dicha cabsa, é si saben que quando fueron á los dichos yndios, abian alzado sus faziendas, de manera que fue poco ó nada lo que le hallaron é lo que los españoles obieron." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII. pág. 385.—El testigo Alonso de Villanueva, " A las doscientas é siete preguntas dijo: que lo que sabe de la dicha pregunta, es, que vido que cuando el dicho Don Hernando Cortés vino á la cibdad de Texcuco desde Tepeaca, para aposentarse en ella é dar órden para recuperar la cibdad de México, vido este testigo que el dia que entró en la dicha cibdad de Texcuco ántes de llegar á ella salieron de paz ciertos yndios, á los cuales el dicho Don Hernando Cortés rescebió amorosamente, ofreciéndoles paz; é que ansí fue quentrando en la dicha cibdad, pacíficamente, el dicho Don Hernando Cortés mandó que nengun

cion, no constituyendo las haciendas la mayor pérdida: "dieron "fuego á lo más principal de dos palacios del rey Nezahualpiltzin- "tli; de tal manera que se quemaron todos los archivos reales de "toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que "tuvo esta tierra, porque con esto, toda la memoria de sus antigua- "llas, y otras cosas que eran como escrituras ó recuerdos, perecie- "ron desde este tiempo: la obra de las casas era la mejor y la más "artificiosa que hubo en esta tierra." (1)

Reorganizada la triple alianza y nombrado y reconocido Coanacochtzin rey de Acolhuacan, había permanecido en Texcoco durante el tiempo en que los españoles estuvieron léjos del Valle. La ciudad no estaba tranquila; fuera de las penurias de la peste, ardían las facciones civiles entre los partidarios del nuevo rey y los del incansable agitador Ixtlilxochitl: Coanacoch pudo prevalecer al cabo, retirándose el ambicioso príncipe su competidor á unas labranzas que tenía en las inmediaciones de Tepepolco, dentro de los estados que le obedecían. Estando aún D. Hernando en Tepeyacac, más ya con la intencion de venir sobre México, envió á un noble nombrado Huitzcacamatzin, para que dijese á Coanacoch, que teniendo dispuesto combatir á los tenochca hasta destruirlos, se lo hacía saber, á fin de que le recibiese de paz en su reino, supuesto haber dado él y todos sus vasallos la obediencia al rey de Castilla, con otras muchas razones á fin de atraerle á su amistad. Huitzca-

español se apartase ni desviase de su aposento é compañía, é que no fiziese dapño á los yndios de la dicha cibdad so ciertas penas; é dende á poco rato se vio é conoció que los vecinos de la dicha cibdad estaban alzados, porque no había en toda la cibdad muxeres ni niños, salvo poca copia de yndios, hombres, que andaban desimuladamente acabando de alzar lo que ternían, por donde se conosció que la paz que abian pedido é publicado, abia sido captelosa, por alzar las faziendas como las abían alzado, é por alzar lo poco que les quedaba por alzar; é que á esta sazon ovo españoles que sopieron é vieron como la xente de la cibdad se yba por el agua en canoas á la cibdad de México, y embarcaban en las dichas canoas lo que ternían, é que si el dicho D. Hernando Cortés mandó facer guerra á los naturales de la dicha cibdad, fue esa la cabsa; é que sabe é vido aquel despoxo que de la dicha cibdad se ovo, fué poco é de poco valor, porque todo lo más é lo mexor, estaba alzado como dicho tiene, é no abia en las casas sino las cosas de poco valer, que no abian querido ó podido llevar; é questo sabe por queste testigo entró en muchas casas prencipales é comunes de la dicha cibdad, é no abia nada en ellas." Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 519—20. Veánse las declaraciones de otros testigos.

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chimim. cap. 91. MS.

camatzin vino á dar el mensaje, mas sin acabarle de oir Coanacochtzin mandó hacerle pedazos. Mirando Cortés la tardanza del enviado, despachó nuevo mensajero y para autorizarle le hizo acompañar por el príncipe Cuicuitzcatzin, á la sazon retenido como preso en Tlaxcalla; aunque electo rey por el mismo Cortés, y sacado de México en la Noche triste, de ningun provecho había sido para los castellanos. Cuicuitzcatzin vino á Texcoco, dió su embajada y apénas escuchado por su hermano le puso en prision; prévia consulta con el rey de México, teniéndole por espía de los blancos, fué condenado á muerte é igualmente despedazado. (1) Así pereció el rey intruso Cuicuitzcatzin á manos de la justicia de los suyos, despreciado por los conquistadores, sin lucimiento y sin honra. Al penetrar los castellanos en el Valle, sin elementos Coanacoch para defender la ciudad, envió una embajada á los blancos para ganar tiempo, huyendo en seguida á México con todos sus parciales.

Respecto de Ixtlilxochitl, luego que tuvo noticia de haberse movido los blancos de Tlaxcalla, les salió al encuentro en Tlepehuacan, como ya hemos dicho. Recordarémos no era aquella la primera vez en que se presentaba á ofrecer su amistad á los invasores, los cuales le habían tratado con despego y frialdad: no obstante haber sufrido el mismo trato en esta ocasion, quedóse al lado de Cortés, le condujo á Contepec haciéndole dar buena acogida, acompañándole luego á Texcoco, á cuya ciudad penetró á la sombra de los blancos. Ayudó á éstos en aquella tarde, ya en darles buen alojamiento, ya en contener á los fugitivos que salían de la ciudad. (2)

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS. Seguimos la version del cronista de Texcoco, quien ademas de pertenecer á aquella familia real, escribía por los informes de los ancianos y las antiguas pinturas, ademas de seguir en esto una relacion contemporánea á la conquista escrita por un tlaxcaltecatl. Cortés, Cartas de Relac. pág. 197, dice: "al tiempo que yo llegué á la provincia de Tlaxcaltecas, teniéndolo en son de preso, se soltó, y se volvió á la dicha ciudad de Tesaico."—Cuicuitzcatzin, de *cuicuitzcatl*, golondrina, es el Cucascacin de Cortés, quien tambien le nombra Ipacsuchil ó Ipacxochitl. Tecpacxochitl le llama el historiador texcocano. Cuxcuxca le nombra Bernal Díaz.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS

CAPITULO II.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Reyes intrusos de Acolhuacan.—Tecocoltzin.—Sumision de Coatlichan, Huexotla y Atenco.—Saqueo de Itzapalapan.—Sumision de Otompa.—Entréganse los de la provincia de Chalco.—Muerte de Tecocoltzin.—Jura en Texcoco de Ahuaxpitzactzin.—Ixtlilxochitl.—Canal para los bergantines.—Escaramuzas.—Socorros frecuentes pedidos por los aliados.—Juan Yuste.—Matanza en Calpulalpan.—Sandoval encuentra el convoy.—El convoy.—Entrada en Texcoco.

III calli 1521. La noche pasaron los castellanos con suma vigilancia, prestos á rechazar cualesquiera sorpresas. Al dia siguiente, primero del año 1521, aprovechándose el general de la huida del rey legítimo, hizo reunir á los nobles que en la ciudad quedaban, á fin de destituir á Coanacochtzin, nombrando en su lugar nuevo monarca. La eleccion recayó en Tecocoltzin, hijo bastardo del rey Nezahualpilli, quien se mostró dócil instrumento de los

extranjeros. (1) Aunque Ixtlilxochitl estaba presente, despues de otros muchos recibió éste nuevo y merecido desaire.

La ocupacion de la capital, la eleccion del nuevo rey por mandato de D. Hernando, pusieron á disposicion de los blancos el reino de Acolhuacan. En efecto, tres dias despues se presentaron los señores de Coatlichan, Huexotla y Atenco, pidiéndo se les perdonase la ausencia que de sus ciudades habían hecho, prometiendo no reincidirían en la misma falta; el general los recibió con agrado, otorgándoles el perdon con tal que retornasen á sus hogares con sus mujeres é hijos; ofreciéronlo así, retirándose á sus tierras, aunque al parecer no muy contentos. Los méxica, que así por tierra como por agua espiaban á sus enemigos, sabedores de la defeccion de aquellos pueblos les mandaron mensajeros á afearles su conducta, amenazándoles de ir bien pronto á destruir á ellos y á sus aliados blancos y tlaxcalteca. Los de Coatlichan y Huexotla prendieron á los embajadores, los ataron y condujeron á Texcoco á presencia de Cortés: púsolos éste en libertad diciéndoles: "que no tuviesen temor, "porque yo los quería tornar á embiar á Temixtitan, y que les ro-"gaba que dijésen á los señores, que yo no quería guerra con ellos, "aunque tenía mucha razon, y que fuésemos amigos como ántes lo "habíamos sido; y por más los asegurar y traer al servicio de V. M. "les embié á decir que bien sabía, que los principales que habían "sido en hacerme la guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasa-"do fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruya sus "tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello: y con esto sol-"té á estos mensajeros y se fueron, prometiendo de me traer res-"puesta." (2) No volvieron los méxica, quedando los aculhua de-"clarados enemigos suyos.

Ocho dias despues, empleados en fortalecer la ciudad y acopiar vituallas, mirando el general que el enemigo no combatía el lugar y que la manutencion de tanta gente era gravosa para los habitantes,

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.—En el Mapa Tlotzin consta entre los reyes de Texcoco, D. Hernando Tecohcohtzin como sucesor de Coanacoch, sin mencionarse entre ambos á Cuicuitzcatl. No nos atrevemos á dar la etimología del nombre, por no entender el signo geroglífico, titubeando entre si se deriva de *tecol*, abuelo; *tecoco*, cosa que escuesce ó duele; de *tecoliani*, aborrecedor, &c.

(2) Cartas de Relac. pág. 192—93.—Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

resolvió tomar la ofensiva. El lugar escogido para hacer la correría fué la ciudad de Ixtapalapan, lugar perteneciente á México, de donde fue señor el emperador Cuitlahuatzin; á esta causa debió la preferencia y á mostrarse enemigo de los blancos, segun dice Cortés mismo. Salieron al campo conducidos por D. Hernando, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, con diez y ocho de caballo, treinta ballesteros, diez escopeteros, doscientos peones, gran número de tlaxcalteca y veinte capitanías de acuhlhua afrontadas por Teococoltzin. El ejército tomó rumbo al S. costeando la orilla oriental del lago de Texcoco, llegando sin tropiezo hasta unas dos leguas ántes del término de la jornada; entónces, así por tierra como en canoas sobre el agua, se presentaron los moradores, reforzados por ocho mil guerreros méxica, trabándose un porfiado y reñido combate con pérdidas de ambas partes: cargados con denuedo por la caballería resistieron poco, se dieron á huir aceleradamente por la ciudad, metiéndose en ella revueltos con los vencedores. La huida en realidad fue para meter á los blancos en una emboscada. Construida Itztapalapan en la márgen del lago, las casas unas en el agua, las otras en tierra firme, quedaban defendidas de las inundaciones por medio de un dique que represaba la laguna salada; roto el dique é inundado el suelo, los aliados quedarían rodeados por aguas y perecerían anegados.

Los fugitivos abandonaron las casas de tierra firme, refugiándose en las construidas sobre el agua en donde opusieron una tenáz resistencia; á tiempo necesario huyeron por la calzada, ó en las canoas, dejando la ciudad á merced de los vencedores. Estos saquearon las casas recogiendo inmenso botin, principalmente los tlaxcalteca y acuhlhua mataron más de seis mil entre hombres, mujeres y niños, poniendo fuego en seguida á las habitaciones. Cerrada la noche Cortés recogió á sus hombres con intento de pernoctar ahí; de improviso los acuhlhua avisaron de la creciente de las aguas; recordó D. Hernando haber visto en la mañana muchos hombres en los acalli ocupados trabajando en el dique, comprendió el peligro é inmediatamente dió las órdenes para salirse al campo: era tiempo, si pasan tres horas más ninguno quedara con vida. La noche era oscura, no obstante estar alumbrando un tanto el incendio; el campo estaba inundado, la corriente era fuerte, causas por las cuales se pudo alcanzar la tierra firme con suma dificultad, ahogados muchos ami-

gos, perdido todo el despojo, mojada la pólvora. Como el paso fué á volapié, á las nueve de la noche, el ejército tuvo que quedarse al raso, cerca de la orilla, mojado y manchado de lodo, sin alimento y oyendo las gritas y burla de los tenochca. "Y cuando amaneció nos "dan tanta guerra, que harto teníamos que nos sustentar contra "ellos, no nos desbaratasen; é mataron dos soldados é un caballo, é "hirieron otros muchos, así de nuestros soldados como tlaxcaltecas, "y poco á poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos á Texcuco "medio afrentados de la burla y ardid de echarnos al agua y tam- "bien como no ganábamos mucha reputacion en la batalla, porque "no había pólvora." (1) La ciudad quedó destruida y era una de las principales de las orillas del lago, segun la describe el conquistador la primera vez que la visitó.

Hácia mediados de Enero vinieron á darse por vasallos los de Otompa, con otros pueblos de su comarca; disculpáronse en haber tomado parte en la batalla de aquel nombre, pero que no había sido con su voluntad, sino por mandato de los de culhua; avisaron haberles ido á ver los mensajeros de los méxica, pidiéndoles su amistad para combatir á los blancos. Perdonólos D. Hernando, á condicion de traerle á los enviados tenochca que habían ido á solicitar su amistad y á los naturales de Tenochitlan que anduvieran por sus tierras. Sin duda cumplieron la condicion, supuesto decir de ellos el conquistador: "de ahí adelante siempre han sido, y son leales, y "obedientes al servicio de V. M." (2)

Desde que los castellanos penetraron en el Valle, Cuauchtemoc redoblaba sus esfuerzos, multiplicándose por todas partes. Los méxica unidos por el pensamiento religioso y el de la nacionalidad, obraban de consuno, sin vacilacion ni miedo; si ántes hubo algunos partidarios de los teules habían desaparecido, quedando sólo ciudadanos resueltos á morir ántes que rendirse. Multiplicábanse en la ciudad los medios de defensa, se fabricaban armas, se acopiaban víveres, bien que estos era preciso salir á buscarlos á la tierra firme, en donde no los había abundantes y costaba conseguirlos combates ó extorsiones. En cuanto á los guerreros, todavía permanecían due-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXVIII.—Cartas de Relac. págs. 194—95.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. II.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XVIII.—Ixtlilxochitl, cap. 92. MS.

(2) Cartas de Relac. págs. 196—97.—Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

ños de las aguas de los lagos; dividido el ejército en escuadrones ocupaba las provincias de fe dudosa, recorría los campos interrumpiendo las comunicaciones, merodeaba en tierras de los enemigos, espiaba los movimientos de los blancos y daba muerte á los aliados ó los tomaba prisioneros para irlos á sacrificar al terrible Huitzilopochtli. Con Texcoco se habían perdido los pueblos de la orilla oriental del lago y todos los de aquel reino al E. y al NE.; con más todos los otomies alborotados años hacía por el bullicioso Ixtlilxochitl: en México estaba refugiado un buen número de aculhua fiel á su rey Coanacochtzin y contábase ademas con los tepaneca, mandados por Tetlepanquetzaltzin, á escepcion de los montañeses mazahua que permanecían retraídos. Cuauhtemoc buscaba activamente socorro en las provincias, respondiendo bien pocos al llamamiento patriótico. (1)

Al dia siguiente de su vuelta de Itztapalapan, Cortés puso en campaña á Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con veinte de á caballo, doscientos peones entre ballesteros, escopeteros y rodeleros. Dos objetos llevaba la expedicion. El primero, sacar hasta la frontera de Tlaxcalla los aliados que á su casa volvían, cargados de los despojos tomados en la guerra, poniendo tambien en salvo ciertos mensajeros, destinados unos á la Villa Rica con encargo de informar á la guarnicion de lo hasta entónces ocurrido y pedir al comandante los hombres útiles para el servicio; los otros que iban á Tlaxcalla á informarse de si estaban ya terminados los bergantines. El segundo objeto era prestar socorro á los pueblos de Chalco y de Mixquic, cuyos señores habían significado querer ser amigos de los blancos, lo cual les impedía la guarnicion de los méxica. Sandoval siguió las costas orientales del lago, se puso á la vanguardia del convoy, dejando en la rezaga á los tlaxcalteca y huexotzinca, protegidos por cinco jinetes é igual número de ballesteros. Descubiertos desde el lago por los méxica, acudieron en muchedumbre en sus canoas, desembarcaron sobre la ribera y atacaron bruscamente la retaguardia, la embestida fué tan fuerte y eficaz, que mataron dos ballesteros, hirieron á los restantes hombres y caballos, é hicieron gran matanza en los aliados, quitándoles el despojo que llevaban. Informado Sandoval del descalabro vino en socorro de los

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.

suyos, logró sacar del campo á los victoriosos tenochca hasta meterlos de nuevo en el agua, puso en salvo los restos del convoy y le llevó en seguridad hasta la frontera de Tlaxcalla. (1)

Desempeñada así la primera parte de su cometido, Sandoval se dirijió á Chalco. Los de la provincia, de la misma lengua que los de México, pertenecían á distinta tribu. Los hemos visto ser constantes enemigos de los tenochca, resistiendo la conquista con tenacidad heróica, insurreccionándose repetidas veces, hasta que al fin vencidos llevaron siempre impacientes el pesado yugo de México: en su ódio, no era extraño verlos ocurrir á los blancos para recobrar su libertad. Llegado Sandoval dos leguas ántes de la ciudad, los méxica le salieron al encuentro en un llano cubierto de maizales y magueyes; combatiendo con su acostumbrada bizarría, resistieron dos cargas sucesivas de los jinetes, hirieron cinco castellanos, seis caballos, y mataron é hirieron buen número de aliados y de chalca. El valiente Sandoval pudo al fin desbaratarlos, haciéndolos retirar con pérdida. Quedaron en poder del vencedor ocho prisioneros, tres de ellos personas principales.

Siguiendo el alcance, quemando los caseríos encontrados en el tránsito, los castellanos prosiguieron hasta cerca de Chalco, saliéndolos á recibir los habitantes con fiesta y regocijo, aposentándolos muy cumplidamente. Los principales de la provincia que á los castellanos deseaban, eran segun las pinturas, Omecatzin, Itzcahuetzin, Necuametzin, Quetzalcoatzin, Citlaltzin y Yaozcuauhcatzin, (2) quienes juraron paz y amistad á los blancos, reconociéndose por vasallos de D. Hernando Cortés como representante del rey de Castilla. Sandoval tornó á Texcoco trayendo á aquellos principales, y dos hijos de un señor recientemente muerto de viruelas, quienes se empeñaron en ver al Malinche para recibir de sus manos la investidura del mando que les pertenecía. Dijeron los muchachos, haberles encargado su padre al tiempo de morir, "que todos procurasen "ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus an- "tepasados les habían dicho, que habían de señorear aquellas tie- "rras hombres que vernían con barbas de hacía donde nace el sol, "y que por las cosas que han visto éramos nosotros." (3) Los chal-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.—Cartas de Relac. pág. 198.
(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91, MS.
(3) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

ca dieron un presente de oro, repitiéronse por súbditos del rey de Castilla; por medio de los intérpretes Aguilar y Marina aceptó Cortés los ofrecimientos, acarició cuanto más pudo á los nuevos vasallos, y accediendo al deseo de los muchachos, dió al mayor el señorío de Chalco, con más de la mitad de los pueblos de la provincia, y al menor á Tlalmanalco con Ayotzinco y Chimalhuacan. (1)

Los ocho prisioneros méxica fueron puestos en libertad por D. Hernando, mandando decir con ellos á Cuauhtemoc, se diese de paz para evitar la destruccion de los suyos y de su gran ciudad; le perdonaría á esta condicion los daños y muertes causados á los blancos y no le pediría ninguna cosa más; que no gastase el tiempo en balde haciendo albarradas y reparos, pues á los castellanos ayudaba el inmenso poder de su Dios, miéntras él ya no tenía defensa, abandonado como estaba de toda la tierra. Cuauhtemoc no dió ninguna respuesta. (2)

Los señores de Chalco para regresar á sus tierras pidieron socorro de gente española, diólo Cortés, poniéndolo al mando de Gonzalo de Sandoval, á quien ordenó, que dejados los señores en sus provincias, fuese á Tlaxcalla para traerse á ciertos castellanos allá detenidos y al muchacho D. Fernando, hermano de Cacamatzin. (3) Era este príncipe hijo de Nezahualpiltzintli; sacado por Cortés de México durante la retirada de la Noche triste, en compañía de Cuicuitzcatl su hermano, fué cónducido á Tlaxcalla en donde se aficionó mucho á los blancos, tornándose cristiano y tomando en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés: el general al venir á Texcoco dejole en Tlaxcalla con algunos castellanos. (4) Tomaba esta determinacion Cortés, por haber fallecido hacía este tiempo D. Fernando Tecocoltzin; en efecto, encontramos en el cronista real texcocano: " En el interin que sucedieron todas estas cosas, murió " Tecocoltzin, el cual fué bautizado y se llamó D. Fernando, que " fué el primero que lo fué en Texcoco, con harta pena de los espa- " ñoles, porque fué nobilísimo y los quiso mucho. Fué D. Fernan- " do Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco,

(1) Cartas de Relac. págs. 199 —200.—Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

(3) Cartas de Relac pág. 201

(4) Cartas de Relac. pág. 197—98.

" tanto cuanto podía ser cualquier español por muy blanco que fue-
" se, y que mostraba su persona y término descender y ser del li-
" naje que era. Supo la lengua castellana, y así casi las más no-
" ches despues de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que
" se había de hacer acerca de las guerras, y por su buen parecer é
" industria, se concertaban todas las cosas que ellos definían." (1)

A cálculo fundado en los acontecimientos, Sandoval debió estar de vuelta con el muchacho entrado el mes de Febrero. " E dende á
" pocos dias supe, como por ser hermano de los señores de esta ciu-
" dad, le pertenecía á él el señorío, aunque había otros hermanos: é
" así por esto, como porque estaba esta provincia sin señor, á causa
" que Guanacucin, señor de ella, su hermano, la había dejado y
" ídose á la ciudad de Temixtitan; y así por estas causas, como
" porque era muy amigo de los cristianos; yo, en nombre de V. M.,
" fice que lo recibiesen por señor. E los naturales de esta ciudad,
" aunque por entonces había pocos en ella, lo ficieron así: y dende
" ahí adelante, le obedecieron, y comenzaron a venirse á la dicha
" ciudad y provincia de Aculuacan muchos de los que estaban au-

(1) Ixtlilxochitl, XIII Relac. págs. 12—13. Dejamos á la satisfaccion personal del cronista la exactitud de tales distinciones, en nuestro concepto absolutamente falsas. —La genealogía de los reyes intrusos de Acolhuacan anda un poco embrollada.— Cortés no dice una sóla palabra acerca de D. Fernando Tecocoltzin, ocupándose únicamente en la eleccion del muchacho D. Fernando.—Bernal Díaz habla del primero, como puesto en el trono al dia siguiente de la entrada en Texcoco, mas le hace una sola persona con el segundo D. Fernando.—Ocurriendo á nuestras fuentes históricas, Sahagun, lib. VIII, cap. III, coloca en este órden los últimos reyes acolhua; Cacamatzin, Coanacohtzin, Tecocoltzin, Itztlilxochitl.—La pintura de Texcoco ó Mapa Tlotzin pone de esta manera; Cacamatzin, D. Pedro Coanacochtzin, D. Hernando Tecohcohtzin, D. Hernando Ixtlilxochitl.—Ambas autoridades, es decir, la tradicion y la pintura, están contestes, de manera que á esto debemos atenernos; pero se advierte no estar nombrados Cuicuitzcatzin, ni el muchacho D. Fernando cuyo nombre nacional era Ahuaxpitzactzin. Esta omision era natural como dimanada del sentimiento patrio; los cronistas acolhua no admitían á ninguno de los dos por reputarlos ilegítimos é intrusos: Cuicuitzcatzin fué impuesto por voluntad de Cortés y de Motecuhzoma, faltándole los requisitos legales admitidos en Acolhuacan; subió al trono Ahuaxpitzactzin por sólo el buen querer de su protector y padrino Cortés. En cuanto á D. Hernando sólo se le puede notar haber puesto en olvido á Tecocoltzin, ya por la brevedad de su efímero reinado, ya por haberle servido de poco. La confusion de Bernal Díaz es ménos disculpable, pues de los dos Fernandos, el uno era hombre, el otro muchacho; uno existía en Texcoco al ser alzado rey, otro fué traído de Tlaxcalla para subirle al sólio; si ambos vivieron poco, fué en tiempos bien diversos.

"sentes, y huidos, y obedecían, y servían al dicho D. Fernando: y "de ahí adelante se comenzó á reformar, y poblar muy bien la di- "cha ciudad." (1)

Alzado al trono D. Fernando Ahuaxpitzactzin, en razon de su edad, para industriarle en las cosas de la fé y hacerle aprender la lengua castellana, Cortés le nombró por ayo á Antonio de Villareal marido de Isabel de Ojeda, mientras el bachiller Ortega y Pedro Sánchez Farfan estaban encargados de vigilarle, evitando no tuviese trato alguno con los méxica. (2) Para entender en las cosas de la guerra, admitió por fin el general al ambicioso y hasta entónces despreciado principe Ixtlilxochitl, quien recibió el bautismo tomando el nombre de D. Hernando, mostrándose de ahí adelante el servidor más solícito y fiel de los castellanos. El primer servicio del nuevo rey ó más bien de Ixtlilxochitl, fué mandar construir el extenso canal, destinado á recibir los bergantines para sacarlos al lago de Texcoco. Aprovechando un pequeño cauce, por órden de Cortés fue abierta una profunda zanja, "que tenía más de media "legua de longitud, con la profundidad necesaria, que corría desde "dentro de los jardines de Nezahualcoyotzin, su abuelo, hasta den- "tro de la laguna, y para esta obra mandó, que en cincuenta dias "que duró, trabajase un *xiquipilli*, que son ocho mil hombres, ca- "da dia."

Dos dias despues de la exaltacion del nuevo rey vinieron á Texcoco los señores de Coatlichan y Huexotla, avisando que los culhua iban contra ellos con todo su poder y no pudiendo defenderse, traerían sus familias á la ciudad ó las llevarían á las montañas; sosególos D. Hernando encargándoles permaneciesen en sus casas, avisando cuando el enemigo se presentase. Los castellanos, creyendo ser combatidos, permanecieron aquella noche en vela y áun el dia siguiente; sabiendo al otro dia que los méxica se hacían fuertes en dos pueblos de la orilla del lago y que andaban por aquellas márgenes persiguiendo á los que iban y venian al real, Cortés salió con doce de á caballo, doscientos peones y dos tiros de campo; á poco dió con los méxica, quienes se defendieron con su acostumbrado brío, no obstante lo cual fueron desbaratados, mirándose precisados

(1) Cartas de Relac. pág. 201.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

á ampararse en sus canoas. Quemados los dos pueblos y recojido el botin, los aliados tornaron á Texcoco. (1) Al dia siguiente vinieron á someterse tres de los hombres principales de aquellos pueblos, perdonándolos el general con tal de no admitir á los méxica; así lo prometieron, mas al dia siguiente vinieron á quejarse descalabrados y maltratados, diciendo que los méxica les habían hecho daño, llevándose presos á muchos de ellos, y que si no los socorrían acabarían con ellos. (2) Los escritores españoles suprimen ó mencionan como de paso los servicios de los aliados, miéntras por el contrario los cronistas nacionales les atribuyen suma importancia: ambas cosas son naturales, haciéndonos entender un sano criterio, que los indios llevaban todo el peso de la guerra en las marchas y en los combates, quedando el lucimiento y los provechos en los blancos.

Los de Huexotla y Coatlichan sembraban maizales en sus tierras, destinados al sustento de los sacerdotes de México; con este derecho y para cojer víveres para su ciudad, los méxica se presentaban de contínuo, llevándose prisioneros para los sacrificios y los frutos de los sembrados. Cortés en persona ó por medio de sus capitanes salió muchas veces contra ellos, empeñándose porfiadas y sangrientas escaramuzas, en que el número y la superioridad de las armas acababan por triunfar: despues de varios combates, los culhua fueron arrojados de la provincia. (3)

Como se advierte, Cuauhtemoc se multiplicaba por todas partes, no dándose un punto de reposo para combatir á sus enemigos. No obstante la fuerza castellana y el considerable número de los aliados, la comunicacion entre Texcoco y Tlaxcalla estaba completamente interrumpida. Los bergantines estaban terminados, algunos castellanos estaban listos para venir á incorporarse al ejército, y ademas había llegado á la Villa Rica un barco con treinta ó cuarenta españoles, sin la gente de mar, ocho caballos, ballestas, escopetas y pólvora; todas estas noticias no podían ser comunicadas al general, pues siendo muy peligroso aventurarse en el camino, el comandante de Tlaxcalla prohibió ninguno saliese hasta no tener órden superior. Un criado de D. Hernando, mozo de hasta veinte y cinco años se salió de noche, y si bien corriendo algunos peligros

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 91. MS.
(2) Cartas de Relac. págs. 202 y 3.
(3) Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

llegó salvo á Texcoco: "de que nos espantamos mucho haber llega-
"do vivo: y obimos mucho placer con las nuevas, porque teníamos
"extrema necesidad de socorro." (1)

Aquel mismo dia vinieron mensajeros de Chalco pidiendo auxilio, pues los méxica se aprestaban á ir contra ellos por haberse pasado á los castellanos. Aquellos pedidos eran tan frecuentes, que segun nos informa el conquistador: "certifico á V. M., que como "en la otra relacion escribí, allende de nuestro trabajo y necesidad, "la mayor fatiga que tenía era no poder ayudar y socorrer á los in- "dios nuestros amigos, que por ser vasallos de V. M. eran molesta- "dos y trabajados de los culhua." (2) D. Hernando, en efecto, no podía diseminar sus fuerzas á riesgo de ser desbaratadas por Cuahtemoc, ademas, ahora tenía necesidad de un grueso de tropas para hacer traer los bergantines: esto último dijo á los mensajeros chalca, mas para darles algun consuelo les encargó ocurriesen de su parte á los de Huexotzinco, Chalollan y Quecholac, no lejanos de sus tierras, para que viniesen á defenderlos con sus guerreros. Los quejosos no quedaron satisfechos, pues aquellos pueblos eran sus mortales enemigos, como de todos los del imperio; sin embargo, pidieron una carta para ser creídos.

Acertaron á venir en aquella sazon mensajeros de Huexotzinco y Quecholac, quienes dijeron á Cortés no haber tenido noticia suya desde su salida de Tlaxcalla; de poco tiempo acá habían notado por todas partes cantidad de ahumadas, señales de guerra, y venían á informarse si tenía necesidad de sus guerreros. Presentes estaban los de Chalco y aprovechando D. Hernando la ocasion, dió las gracias á sus solícitos amigos, y aceptando sus ofrecimientos, les pidió diesen ayuda á sus antiguos contrarios. Tampoco á los de Huexotzinco y Quecholac parecía aceptable semejante accion, hasta que Cortés los determinó á ser amigos de los de Chalco, dando por razones, que siendo todos vasallos del mismo rey debían tener paz y amistad entre sí, ayudarse y socorrerse, ahora con más motivo que habían menester defenderse del furor de los culhua. (3) Ignoramos si la alianza tuvo cumplimiento, pues la verdad es que los chalca fueron severamente castigados por Cuauhtemoc.

(1) Cartas de Relac. pág. 203.—Herrera déc. III. lib. I. cap. V.
(2) Cartas de Relac. pág. 204.
(3) Cartas de Relac. págs. 203—5.—Herrera, déc. III, lib, I. cap. V.

Sabida la nueva de estar terminados los bergantines, el general dispuso fuese por ellos el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, llevando quince caballos, doscientos peones y buen número de aliados aculhua y tlaxcalteca: fuera de este encargo, el capitan llevaba órden de destruir el pueblo en donde habían sido muertos Juan Yuste y sus compañeros. Antes se ha indicado el hecho, mas ahora daremos algunos pormenores acerca de aquellas muertes tan cobradas á méxica y culhua. Juan Yuste, hidalgo que vino con Narvaez y se puso á devocion de D. Hernando, salió de la Vera Cruz con cinco caballos y cuarenta y cinco peones, trayendo diez cargas de oro; tocó en Tlaxcalla y con socorro de trescientos tlaxcalteca se metió por tierras del reino de Acolhuacan. Pasaba esto al tiempo que los méxica se habían puesto en armas á consecuencia del desafuero de Alvarado, por lo cual el país estaba alzado; el hidalgo, ignorando el caso, caminaba desprevenido, si bien llevaba extrema escasez de víveres, segun se desprende de las razones que en los árboles escribía. Aposentados en Zultepec como amigos, los de Calpulalpan les pusieron una celada en un paraje estrecho, en una cuesta que los castellanos bajaban confiados, con los caballos del diestro, en donde dieron muerte á quienes se defendieron, llevando á los demas para ser sacrificados, unos en sus pueblos los otros en Texcoco. En efecto, al entrar los castellanos en esta última ciudad, encontraron en los teocalli los cinco cueros de los caballos, muy bien curtidos con sus piés y herraduras, con varias piezas de las ropas y objetos de los blancos, ofrecidos á los ídolos, más las manchas de la sangre del sacrificio. (1)

Sandoval tomó el camino recto para Calpulalpan; ántes de Zoltepec, sobre una pared, vieron algunos castellanos escrito con carbon: "Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía." (2) Sabiendo los de Calpulalpan, Pueblo Morisco, como le pusieron los castellanos, que los blancos se acercaban, abandonaron la poblacion; Sandoval los persiguió, mató muchos, hizo esclavos multitud de mujeres y muchachos, quemando en seguida la puebla. Aquí tambien se vieron las manchas de sangre conque habían sido salpicadas las paredes de los santua-

(1) Cartas de Relac. pag. 206.

(2) Bernal Díaz cap. CXL.

rios, encontrándose ofrecidos á los ídolos las ropas y dos rostros con barbas adobados tan finamente como pieles de guante. Ejecutado el castigo, el capitan, por médio de cuatro principales hechos prisioneros, mandó repoblar el lugar, perdonando á quienes habían escapado á la matanza. (1) Sandoval tomó en seguida el camino de Tlaxcalla.

Los bergantines construidos fueron trece; si Martin López fué el director de la obra, en la cual ayudaron algunos castellanos, los indios ejecutaron todos los trabajos y los gastos fueron de cuenta de la señoría de la república. Repetirémos que la fábrica tuvo lugar en el barrio de Atempa, llamado despues San Buenaventura. Segun el cronista tlaxcales, represado el rio Zahuapan se probaron ahí las naos ya terminadas, y mirando estaban buenas y útiles para navegar se desbarataron de nuevo, para ser fácilmente trasportadas. (2) Conforme á otra version, labrado un bergantin, éste sirvió de modelo á los indios, los cuales aplicaron las medidas á todos los demas. (3) Parece lo más verdadero, que construida la nao modelo se la puso á flote en el Zahuapan, haciendo las demas naos piezas separadas, estado en que todas fueron conducidas á Texcoco. Terminada la obra, Martín López, Alonso de Ojeda, Juan Márquez, Juan González y otros dos castellanos, alistaron lo necesario, pidiendo á la señoría gente para la conduccion y defensa de lo reunido. La república alistó un considerable número de tamene ó cargadores, dos mil hombres cargados con bastimentos y un considerable ejército al mando de los jefes más distinguidos. (4) El convoy salió de Tlaxcalla dirijiéndose á Hueyotlipan; no encontrando la hueste de Sandoval, los tlaxcalteca creyéndose suficientes para el lance urgían por proseguir el camino, mas Martin López se opuso diciendo debían cumplirse las órdenes del general; pasados en aquella incertidumbre ocho dias, el convoy se puso en marcha pernoctando en el campo. A la media noche los centinelas oyeron el ruido de los pre-

(1) Bernal Díaz, cap, CXL.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXIV.—Resid. contra Cortés, Márcos Ruiz, tom. 2, pág. 116.—Por estas autoridades consta, y la última es de un testigo presencial, que la matanza no fué en Zultepec como quiere Prescott, sino en Calpullalpan, y este fué llamado el Pueblo Morisco.

(2) Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Sahagun, lib. XII, cap. XXX.

(4) Informacion del cabildo de Tlaxcalla, pregunta 16: veáse los diferentes dichos de los testigos, algu no de los cuales afirma pecar por corta la pregunta.

tales de cascabeles; eran tres jinetes que de órden de Sandoval se acercaban á reconocer los fuegos del campamento, á los cuales se incorporó luego el capitan con dos de á caballo. (1)

Al dia siguiente se unieron castellanos y tlaxcalteca, disponiendo la marcha en el órden siguiente. A la vanguardia ocho jinetes, cien peones y diez mil guerreros aliados; más de ocho mil cargando la tablazon y piezas de los bergantines, con gente que les seguía de remuda; luego los tamene con la jarcia, velas, clavazon y otros menesteres; dos mil tamene con vituallas: cubrían ambos costados los dos jefes Ayotecatl y Teuctepil con cada diez mil hombres; cerraban la retaguardia el resto de los peones y caballos con diez mil tlaxcalteca. Al entrar en las tierras ocupadas por los méxica, Sandoval dió la órden de invertir la columna, en cuya evolucion Chichimecatecuhtli que traía la vanguardia quedó en la rezaga: Chichimecatecuhtli era uno de los jefes de la república, y creyéndose afrentado, dijo resueltamente no marcharía en aquel puesto, estando acostumbrado á ir en la primera fila y lugar más peligroso. En balde le hizo entender el capitan que llevaba el sitio de más honra y riesgo, ya que por la retaguardia se esperaba el ataque de los méxica, pues entónces el altivo guerrero no quería consentir á los castellanos á su lado, supuesto sobrar él sólo contra el enemigo: para reducirle fué preciso que Sandoval le hiciera creer que ahí iba compartiendo el mando con él.

Cosa imponente sería ver aquella inmensa columna de más de dos leguas de longitud, moviéndose compacta y unida por la llanura, ó bien serpenteando por las tortuosas sendas de las laderas y quebradas de las montañas. La imaginacion se figura la marcha; pero en la mente, á la curiosidad se sustituye el asombro, al considerar aquel gran esfuerzo de inteligencia y de voluntad. Una flota labrada en la tierra firme muy léjos de la costa, su trasporte por más de veinte leguas á través de un cinturon de montañas; traerla hasta la cuenca del Valle y hacerla navegar sobre las aguas á muchos metros de altura sobre el nivel del mar. En tan audaz y colosal empresa, el pensamiento pertenece á D. Hernando, la ejecucion

(1) Herrera, déc, III, lib. I, cap. V. En este capítulo sigo la autoridad de Herrera, porque tenía á la vista las relaciones de Márquez y de Ojeda que iban en el convoy.

á los tlaxcalteca. (1) Tres dias duró la marcha sin contratiempo alguno, pues aunque los culhua estaban dispuestos á atacar el convoy, considerándose sin fuerzas se contentaron con arrojar gritos de léjos, por entre las estancias y cañadas. Al cuarto dia entraron en Texcoco, puestas sus ropas de gala los castellanos, los guerreros sus penachos y divisas, formando el conjunto primorosa vista: D. Hernando con los suyos y con los aculhua vestidos de fiesta, salió á recibirlos, abrazó y cumplimentó como sabía á los jefes de los aliados, aposentándolos muy honradamente en la ciudad. Más de seis horas sin interrupcion tardó el convoy en penetrar á Texcoco, al son de las músicas de los naturales y á los regocijados gritos de "Viva, viva el emperador nuestro señor, y Castilla, Castilla y Tlaxcalla, Tlaxcalla." (2) Segun las fechas expresadas en las cartas de

(1) Prescott, tom. 2. pág. 147, nota 24, dice: "Dos ejemplos se recuerdan de un trasporte de naves por tierra; el uno en la historia antigua y el otro en la moderna: ambos, ¡cosa rara! en el mismo lugar, en Tarento, en Italia. El primero ocurrió cuando el sitio de esta ciudad por Anibal. (V. Polibio, lib. 8); el otro acaeció 17 siglos despues, cuando el gran capitan Gonzalo de Córdova; pero la distancia de donde se las trajo era muy pequeña."—Aumentarémos un tercer ejemplo que nos ha sido suministrado por nuestro buen amigo el Sr. D. Angel Núñez.—"Aquí (en el lago de Garda), se mecía hace cosa de 400 años una flota veneciana, que parecía haber salido de las ondas como por encanto. El maderámen y todo lo necesario para la construccion de los buques fué trasportado de Verona al Montebaldo y pasáda de una falda á otra de este monte por medio de rodillos y de cuerdas. Trabajo de jigantes que la historia de la guerra menciona como asombroso, y de cuya realidad podríamos dudar si no estuviese comprobada con documentos. Bevilacqua Lazise refiere sobre este acontecimiento, que una gran cantidad de madera para los buques fué llevada á los alrededores del valle de Lagarine y de la ciudad de Roveredo cerca de Torbola, operacion todavía más difícil que la ascension al Montebaldo. De allí se hizo el trasporte á lo alto de la montaña con el auxilio de gran numero de campesinos y cosa de 2,000 bueyes, y en el espacio de catorce dias todo estaba listo en la falda opuesta para la construccion de los buques." "(En la biblioteca del Capítulo de Verona se encuentra un manuscrito de Bevilacqua Lazise que contiene la historia de esta guerra). Traducido de la pág. 22 del libro intitulado Zerstreute Blüten von Philip von Koerver—Wien (Kupfer und Singer) 1837."—En América se intentó y llevó á cabo la empresa de trasportar por tierra firme y por el paso de las montañas la madera labrada para construir cuatro naves, de las cuales sólo dos llegaron á salir á la mar del Sur. Llevó á cabo la empresa Vasco Núñez de Balboa, cortando la madera en la villa de Acla. Herrera, déc. II, lib. II, cap. XI y XIII.

(2) Cartas de Relac. págs. 205—8.—Bernal Díaz, cap. CXL.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIX.—Gomara, Crón, cap. CXXIV.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. V.—Torquemada lib. IV, cap. LXXXIV.—Múñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS. —Informacion del cabildo de Tlaxcalla, pregunta 16; declaracion de Martin López, pág. 119.

Cortés, el ejército tlaxcalteca entró en la capital aculhua hacía fines de Febrero.

Los tablones, vigas y aparejos fueron colocados junto al canal, para entónces ya terminado, encargándose Martin López con sus compañeros y los obreros indios de armar los trece bergantines, hasta dejarlos listos para navegar. Preciso fué ejercitar contínua vigilancia, pues tres distintas veces intentaron los méxica poner fuego al astillero. En una de aquellas tentativas se tomaron hasta quince prisioneros, de los cuales se supo cuanto en México pasaba. Cuauhtemoc estaba determinado á no admitir paces, meneando las manos hasta morir ó exterminar á los invasores. Llamaba á todos los amigos á la defensa comun; hacía fabricar armas, entre ellas unas lanzas largas destinadas contra la caballería, armadas con los puñales y las espadas quitadas á los castellanos; aumentaban y mejoraban las fortificaciones, sin descansar en aquellas faenas ni de dia ni de noche. (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CXL.

CAPITULO III.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Expedicion contra Xaltocan.—Destruccion de Tlacopan.—Combates y desafíos.—Vuelta á Texcoco.—Recójese el oro á los tlaxcalteca.—Expedicion en socorro de Chalco.—Huaxtepec.—Yacapichtla.—Vuelta á Texcoco.—Los méxica atacan de nuevo á Chalco.—Son derrotados.—Se hierra á los esclavos.—Supercherías.—Nuevos y considerables refuerzos.—Bulas de composicion.—Carta á Cuauhtemoc.—Los de Chalco piden nuevo socorro.—Sumision de algunos pueblos de la costa.

III calli 1521. Despues de haber descansado los tlaxcalteca tres ó cuatro dias, para satisfacerlos, pues habían pedido por su jefe Chichimecatecuhtli salir á combatir contra los méxica, D. Hernando con veinte y cinco de á caballo, trescientos peones, cincuenta ballesteros, seis cañones y los aliados, salió á las nueve de la mañana de la ciudad, tomando hacia el N.: guardó absoluto secreto acerca de sus intenciones y del lugar á donde se dirigía, por temor de que sabido, los aculhua lo comunicaran á Cuauhtemoc,

Ya tarde, el ejército dió en un escuadron de los nahoa, que cargado con vigor fué obligado á huir, acogiéndose á los lugares fragosos: los aliados, más lijeros en el alcance, mataron unos treinta guerreros. Pernoctaron aquella noche en unos caseríos, entre Chiconautla y Xaltocan, con precaucion de rondas, velas y escuchas, pues los enemigos no estaban muy léjos.

Al dia siguiente temprano se dirijieron sobre Xaltocan. La ciudad estaba rodeada por las aguas del lago de su nombre, comunicando con la orilla por medio de una calzada, á la sazon destruida é inundada, aunque dejando una especie de vado. En defensa de la plaza acudieron los méxica, así la batalla se empeñó réciamente, tirando los de dentro varas, flechas y piedras: contestaban los escopeteros y ballesteros, principalmente á quienes se acercaban metidos en sus canoas, los cuales se defendían tras de gruesos tablones que habían sabido acomodar á los lados de sus frágiles embarcaciones, ó esquivaban los golpes cual mejor podían. Inútiles fueron los repetidos esfuerzos de los asaltantes para penetrar en la ciudad; diez españoles y muchos aliados estaban heridos, y todos avergonzados de los denuestos que les decían los enemigos; cuando flaqueaban, dos aculhua enemigos de los Xaltocan dijeron haber visto como pocos dias ántes destruían la calzada, señalando el lugar por donde iba é indicando se podía por ahí pasar. Entónces los ballesteros y escopeteros en buen concierto, apoyados por los peones y los aliados, miéntras D. Hernando con la caballería sostenía la cabeza de la calzada, se adelantaron por el agua sobre el vado formado por la obra destruida, y unas veces á volapié ó con el agua á la cintura, bajo una fuerte granizada de flechazos y hondazos forzaron el paso, recorrieron trabajosamente la laguna y penetraron por fin en la ciudad. Los guerreros azteca se metieron en las canoas para huir, no sin recibir mucho estrago: en cuanto á la ciudad, era conocida su suerte y segura; fué completamente saqueada, reducida á cenizas, quedando las mujeres y los muchachos puestos en esclavitud. Los vencedores abandonaron la puebla y fueron á dormir en unas caserías, dos leguas más allá de Xaltocan.

A la mañana siguiente torcieron rumbo al S. O.: no se presentaron los culhua á defender el camino, contentándose con gritar desde las acequias y amparos y disparar algunos hondazos: el ejército se aposentó en Cuauhtitlan, ciudad abandonada por los moradores.

La inmediata jornada se hizo por el pueblo de las Sierpes, Azcapotzalco, dicho el pueblo de los Plateros, ambos abandonados por los moradores, llegando el ejército ya tarde delante de Tlacopan. Como sabemos, la ciudad era capital del reino tepaneca, el menor de los que formaban la triple alianza; estaba situada en la tierra firme, al terminar la calzada de su nombre, siendo como barrio suyo Popotlan, asentado en la orilla del lago en el principio mismo de la calzada que á México conducía. Los méxica salieron á la defensa del lugar, pelearon réciamente durante la luz, retirándose al cerrar la noche. El ejército se aposentó en el antiguo palacio de Totoquihuatzin, edificio ámplio que á los castellanos pudo contener, pasando la noche con todas las precauciones militares. "Y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear, y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que áun de él se quemó un cuarto; y esto se hizo, porque cuando salímos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella juntamente con los de Temixtitan, nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles." (1) Al rencor y á la venganza de D. Hernando pereció Tlaçopan, así como ántes Itztapalapan.

Seis dias permanecieron los blancos en aquel lugar, trascurriendo todos en constantes combates. Entre los méxica y los aliados se había encendido un profundo y encarnizado rencor, mayor que el profesado por los culhua á los estranjeros. La presencia de aquellos guerreros en las goteras de la capital del imperio, atizaba el furor de los tenochca, quienes los denostaban diciendo: "Bellacos, mancebas de los cristianos; que nunca osastes llegar á donde estais sino con su favor; á ellos y á vosotros comeremos en chilli, porque no nos preciamos de teneros por esclavos." Respondían los tlaxcalteca: "Nosotros os hemos siempre hecho huir como gente medrosa y sin fé, y siempre de nuestras manos escapastes sino vencidos, vosotros sois las mujeres y nosotros los hombres; pues siendo tantos y nosotros tan pocos, jamas habeis podido entrar en nuestros términos, como nosotros en los vuestros: los cristianos no son hombres, sino dioses, pues uno basta para mil de vosotros." (2) A estas

(1) Cartas de Relac. pág, 210.—Bernal Díaz, cap. CXLI.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXV.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. VII.—Torquemada, lib, IV, cap. LXXXVI.

provocaciones, seguían desafíos de persona á persona ó por grupos; dejábaseles campo libre, se acometían con ciega rábia, terminando la lúcha cuando el vencido estaba muerto y despedazado: "Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente," dice el conquistador. Tambien los méxica insultaban á los castellanos gritándoles unas veces: "Entrad, valientes, pelead, que hoy sereis señores de México." Otros decían: "Venid á holgaros, que hallareis la co-" mida aparejada." Otros: "Ya no hay Motezuma que haga lo que " quereis, idos á vuestra tierra."

D. Hernando hacía algunas arremetidas, tanteando la fuerza de la ciudad é intentando apoderarse de ella, si posible le fuera. En una de aquellas ocasiones, barriendo delante de sí los enemigos que le disputaban las ruinas de Popotlan, se metió resueltamente por la calzada de Tlacopan; mirando que los tenochca huían amedrantados, se metió adelante, ganó fácilmente una cortadura y engolosinado con el fácil triunfo quiso llegar á la ciudad. Aquello fué una celada. Cuando estuvo en el lugar apetecido, acudió de súbito inmensa multitud de guerreros, así en la calzada como en canoas por el agua, envolviendo completamente á los asaltantes. Tarde conoció el general su error; estrechados los soldados entre las orillas de la vía, sirviendo de blanco seguro á las armas arrojadizas y á las largas lanzas formadas con las espadas y los puñales quitados á los blancos, sin poder maniobrar la caballería; repitiérase otra rota como la de la Noche triste, sin la presencia de ánimo del valiente general. Formó en columna cerrada los peones, "y con el mejor " concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á " los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ba-" llesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á " caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, por " que luego les herían los caballos, y desta manera se escapó Cor-" tés aquella véz del poder de México, y cuando se vió en tierra " firme dió muchas gracias á Dios." (1) Aquella retirada costó cinco españoles y muchos heridos; Juan Volante, alférez que llevaba la bandera, cayó en un foso, estuvo á punto de ahogarse y áun le cojieron los méxica con intento de llevarle á sacrificar, si bien haciendo un supremo esfuerzo pudo escapar.

(1) Bernal Díaz, cap. CXLI.

Uno de los principales intentos con que vino á Tlacopan fué el de hablar con Cuauhtemoc, para ver de reducirle á que se entregase de su voluntad. Llegóse una ocasion hasta "una puente que te-"nían quitada, y estando ellos de la otra parte, hice señal á los "nuestros que estuviesen quedos; y ellos tambien como vieron que "yo les quería hablar, hicieron callar á su gente, y díjeles: ¿"Que "por qué eran locos y querían ser destruidos? Y si había allí entre "ellos algun señor principal de los de la ciudad, que se llegase allí "porque le quería hablar." Y ellos me respondieron: "Que toda "aquella multitud de gente de guerra, que por allí venía, que to-"dos eran señores: por tanto, que dijése lo que quería." Y como "yo no respondí cosa alguna, comenzáronme á deshonrar, y no sé "quien de los nuestros díjoles: "Que se morían de hambre y que "no les habíamos de dejar salir de allí á buscar de comer" Y res-"pondieron: "Que ellos no tenían necesidad; y que cuando la tu-"viesen que de nosotros y de los tascaltecal comerían." E uno de "ellos tomó unas tortas de pan de maíz y arrojólas hácia nosotros, "diciendo: "Tomad y comed si teneis hambre, que nosotros nin-"guna tenemos," y comenzaron luego á gritar y pelear con nos-"otros." (1)

Burlado en sus esperanzas, Cortés abandonó á Tlacopan dando la vuelta á Texcoco; siguiendo el mismo camino que trajo, la primera noche se aposentó en Cuauhtitlan: "y le daban grita los me-"xicanos, creyendo que volvía huyendo, y áun sospecharon lo cier-"to, que con gran temor volvió." (2) Los tenochca ponían emboscadas con propósito de matar los caballos; el general dispuso por su parte una celada con la caballería, distribuyéndola en pequeños pelotones; una vez cojidos en ella los tenochca fueron lanceados en una llanura como de dos leguas, en la cual quedaron tendidos multitud de guerreros, no sin perder los blancos un hombre y dos caballos, con buen número de aliados. Aquella noche el ejército durmió en Acolman. Al siguiente dia vino Gonzalo de Sandoval, que había quedado por comandante de la guarnicion de Texcoco y estaba cuidadoso por no haber tenido noticia alguna desde la salida del general; habláronse cuanto hubo menester, hecho lo cual Sando-

(1) Cartas de Relac. pág. 211.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLI.

val retornó aquella tarde á Texcoco, pues no convenía dejar el real sin buen recado. El inmediato dia entró Cortés con su ejército en la ciudad. (1)

En este tiempo ocurrió al general hacer patente una de sus debilidades características. "Como Cortés vió á los tlaxcaltecas muy "enjoyados de los despojos, (cosas que por su pobreza jamas "traían), dijo á Ojeda y á su compañero Juan Márquez: "Pese á "vosotros, catadlos, y tomadles el oro y dejadles la ropa." No lo "dijo á los sordos; porque luego lo hicieron, y hallaron más de tres "mil pesos: y otro dia pareció que se habian ido diez mil tlaxcal-"tecas: el dia siguiente se hizo otra cata, y se fueron otros tantos: "y al tercero dia faltó la tercera parte de ellos, que se presumió "llevar más de cincuenta mil pesos, y más de doscientos mil duca-"dos de ropa; y porque se iban no les quitaron las joyas de allí "adelante, y á los señores no se cataba, y así no se fué ningu-"no." (2) Sacamos de aquí la cuantía en que se verificaba la merodeacion, no obstante las ordenanzas.

Luego que los castellanos se retiraron de las puertas de Tenochtitlan, el infatigable Cuauhtemoc envió sus guerreros con intento de castigar la rebelada provincia de Chalco. Así es que dos dias llevaba Cortés de vuelto á Texcoco, cuando los chalca se le presentaron significándole el apuro y pidiéndole socorro: muchos otros pueblos habían acudido con el mismo intento, de manera que el general se veía urjido por multiplicados pedidos, á los cuales no podía satisfacer. Para contentar á todos, alentólos diciéndoles, que ellos eran muchos miéntras los méxica ya no eran tantos como ántes, si querían defenderse bastaría se uniesen unos con otros; para preparar estas confederaciones les fueron entregadas cartas, que si bien no eran entendidas, producían su efecto por tenerlas como mandamientos de gran importancia. (3) El socorro efectivo se concedió á Chalco, ya porque la provincia era abundante en panes y leña y surtir á Texcoco, ya por pasar por ahí el camino de la Vera-Cruz, el cual importaba tener desembarazado. Para la jornada fué nombrado Gonzalo de Sandoval, con veinte jinetes, trescientos peo-

(1) Cartas de Relac. págs. 211—13.—Bernal Diaz cap. CXLI.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVI.

(3) Bernal Díaz, cap. CXLI.

nes, doce ballesteros, otros tantos escopeteros, algunos tlaxcalteca y ocho mil aculhua al mando del capitan Chichincuatzin, enviado por Ixtlilxochitl. La fuerza dejó á Texcoco el doce de Marzo. (1)

La hueste durmió aquella noche en unas estancias de Chalco; unida al dia siguiente con los guerreros de la provincia, con más los socorros de Huexotzinco y de Cuauhquechollan, entró al siguiente dia en Tlalmanalco, cuyos señores la aposentaron y regalaron. Informado Sandoval de que los méxica estaban en Huaxtepec, salió en su demanda, rindiendo tercera jornada en Chimalhuacan. El lugar adonde se dirijían está situado al otro lado del cinturon de montañas que por el S. rodea el Valle, hoy en términos del Estado de Morelos. Para atravesar el terreno, quebrado y lleno de maleza, Sandoval puso al frente los ballesteros y escopeteros, dividió los jinetes en cuadrillas de á tres, formando con los peones y los aliados un cuerpo compacto. Caminando en esta forma se dió con los tenochca, que divididos en tres cuerpos, arrojando sus atronadores gritos de guerra y tañendo sus instrumentos bélicos, "se vinieron como leones bravos á encontrar con nosotros." Cargaron los aliados, sostenidos por la caballería; mas aunque lograron desconcertar un tanto á los méxica, éstos se rehicieron de nuevo revolviendo denodadamente al combate. Sandoval arrojó contra ellos todos los peones y aliados, á cuyo empuje perdieron el mal paso en que se defendían, no sin detenerse áun en otro paso más agrio; de aquí tambien fueron desalojados, no sin que los castellanos sufrieran algun daño, teniendo que lamentarse la pérdida de Gonzalo Domínguez, estropeado por su caballo, y que se tenía por excelente jinete, comparable á Cristóbal de Olid y al mismo Sandoval. Socorridos los culhua por la guarnicion de Huaxtepec, se presentaron de nuevo en batalla, con arrojo digno de mejor fortuna; hirieron muchos castellanos, á cinco caballos, y no pudiendo por último mantener el campo, huyeron hacía la ciudad, en donde penetraron envueltos con los vencedores, quienes los echaron fuera.

Huaxtepec era rica ciudad del país de los tlahuica, afamada por sus extremadas ropas de algodon: tenía una hermosa huerta, superior sin duda á la afamada de Iztapalapan, cultivada con sumo esmero y en donde estaban aclimatadas las plantas más raras y cu-

(1) Bernal Díaz, cap. CXLII.—Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 14.

riosas. Segun los palabras de D. Hernando, quien algunos día despues se aposentó en ella, "es la mayor y más hermosa y fresca "que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por me-"dio de ella va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á tre-"cho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jar-"dines muy frescos y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas "yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiracion ver la "gentileza y grandeza de toda esta huerta." (1) Sandoval con los suyos se alojó en aquel ameno jardin; los castellanos cansados, maltratados y hambrientos se pusieron á tomar refrigerio y á curar sus heridos, miéntras los aliados se entregaban á saquear las casas. De improviso los corredores de campo vinieron dando voces: ¡Al arma! ¡Al arma! ¡Llegan grandes escuadrones de los méxica! Obra de un instante fué embridar los caballos y empuñar las armas; era tiempo; los tenochca penetraron hasta la plaza principal, trabándose en ella una terrible lucha, sostenida en las calles y prolongada hasta que los méxica huyeron metiéndose por unas barrancas. Los vencedores descansaron dos dias en Huaxtepec. (2)

Los chalca dieron aviso á Sandoval, existir una guarnicion méxica en un pueblo cercano hacia el E., nombrado Yacapichtla, la cual guarnicion era importante destruir. El capitan mandó un requerimiento pidiéndoles se diesen de paz; ellos contestaron, que fuesen allá, que con sus cuerpos tendrían hartazgos y con los prisioneros harían sacrificio á sus dioses. No obstante la respuesta, Sandoval no pensaba ir á combatir la fortaleza, así por estar herido, lo mismo que muchos peones y caballos, como porque habiendo luchado en tres reencuentros no quería salirse de las órdenes del general, ademas, algunos de los capitanes le aconsejaban volverse á Texcoco, pero el capitan Luis Marin le determinó á lo contrario diciéndole, que los de Chalco estaban dispuestos á enemistarse con los blancos si los tenochca no eran desbaratados, con lo cual la hueste salió en busca del enemigo. Yacapichtla, colocado en la cima de un cerro, estaba defendida por la naturaleza; el terreno agrio y sembrado de obstáculos hacía la posicion poco ménos de inexpugnable. Salie-

(1) Cartas de Relac. pág. 221.

(2) Cartas de Relac. págs. 213—14.—Bernal Díaz cap. CXLII.—Herrera déc. III, lib. I, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVI.

ron los culhua al encuentro de los castellanos, hirieron á algunos de ellos y á tres caballos peleando largo rato, amparándose en seguida entre los peñascos, tocando sus caracoles y atabales, arrojando gritos de provocacion y desafío. Sandoval dejó parte de la caballería en observacion por si se presentase algun socorro, hizo desmontar el resto para reforzar á los peones, formando un cuerpo unido para subir al asalto. Los aliados estaban indecisos al pié de la altura remolinando con sus jefes: ¿qué haceis ahí les dijo Sandoval, que no subís á combatir la fortaleza? ellos respondieron no atreverse por ser muy fuerte, y que para eso venían sus amigos los teules. El valiente Sandoval, aunque herido, se puso al frente de la columna; no obstante lo escarpado de la subida, haberle herido de nuevo á él y á muchos de los suyos, y la lluvia de armas arrojadizas que de lo alto caían, trepó la falda, llegó á la cumbre, penetró en el pueblo y arrojó de ahí á los defensores: aquellos intrépidos guerreros teniendo á mengua rendirse, se despeñaron por los riscos abajo, tiñendo en sangre la corriente que por lo bajo del cerro se desliza. "Y to-
" dos los que más daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los
" demas amigos tlascaltecas, porque nuestros soldados, si no fué
" hasta rompellos y ponellos en huida, no curaron de dar cuchilla-
" das á ningun indio, porque les parecía crueldad; y en lo que más
" se empleaban era en buscar una buena india ó haber algun des-
" pojo; y lo que comunmente hacían era reñir á los amigos porque
" eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque
no los matasen." (1) Verdaderamente típicas son estas descripciones del inimitable cronista conquistador.

Sandoval regresó á Texcoco llevando muy buen despojo, en especial de indias escogidas. Iba á dar cuenta del resultado de su comision, cuando por el lago llegaron emisarios de Chalco avisando que los méxica en número de veinte mil hombres, embarcados en dos mil canoas, se acercaban de nuevo sobre la provincia. Al oir semejante nueva, D. Hernando, que se figuraba estar terminada la guerra, se enojó grandemente con Sandoval, considerando que aquello provenía de ineptitud del capitan, así fué que, sin escucharle, le dió órden para dejar los heridos en la ciudad, retornando en aquel punto al socorro de los quejosos. Aquel proceder disgustó profundamente

(1) Bernal Díaz, cap. CXLII.

á Sandoval, quien sin dar descanso á su estropeada hueste, emprendió la marcha, tomando el camino de la disputada provincia. Al llegar á Chalco las cosas habían cambiado con el socorro de Huexotzinco, Cuauquechollan y Tlaxcalla, los chalca habían desbaratado por completo á los tenochca, haciéndoles buen número de prisioneros, entre ellos quince capitanes y principales. Sandoval llegó á saber la victoria, recojió á los cautivos y regresó á Texcoco, evitando presentarse al general para darle cuenta del resultado. El descontento entre ambos jefes duró poco, pues Cortés satisfizo á su lastimado amigo, procurando borrar el agravio con nuevas distinciones. (1) Otros muchos rebatos y peleas pasaron en este medio tiempo entre culhua y aculhua. (2)

Los esclavos habidos en esta entrada, con los tomados en las anteriores, fué mandado se llevasen á un edificio señalado, para marcarlos con la terrible G de hierro, pagando los propietarios lo correspondiente al fisco. Cumplieron los soldados la prescripcion; pero si en Tepeyacac hubo fraudes, aquí tuvieron lugar otros mucho mayores. Sacóse el quinto para el rey, otro quinto para el general, ciertas porciones para los capitanes y por añadidura durante la noche desaparecieron las buenas indias, objeto, despues del oro, el más codiciado: sacadas las piezas á la almoneda, los oficiales reales hicieron su beneplácito sin guardar la menor justicia. El precio de las piezas adjudicadas á los soldados se apuntaba en los libros, cargándolo á cuenta de lo que á cada quien debía tocar del despojo, resultando que muchos llevando malas esclavas, resultaban adeudados y sin esperanza de reparto alguno. Para contrariar estos procederes, la supercherí se hizo moneda corriente; quien se apoderaba de una buena india, bien la ocultaba dejándola de presentar, ó bien la hacía pasar por naboría tlaxcalteca ó de otro pueblo amigo. Las indias mismas huían de quienes las trataban mal, refugiándose en poder de quienes tenían fama de humanos y caballeros, desapareciendo de manera que no se volvía á encontrarlas. (3)

Con los repetidos combates dentro del Valle, Cuauhtemoc había concentrado sus guerreros en los alrededores de Tenochtitlan. Con

(1) Bernal Díaz. cap. CXLII.

(2) Cartas de Relac. pág. 215.

(3) Bernal Díaz, cap. CXLIII.

esto quedó expedita la comunicacion entre la Villa rica y Texcoco, entablándose por los correos indios diarias noticias entre ambos puntos. Por este tiempo subió un mensajero de la Vera Cruz trayendo algunas ballestas, escopetas y pólvora. Dos dias despues vino nuevo mensajero dando la noticia de haber llegado tres naves al puerto "y que traían mucha gente y caballos; y que luego los despacharían para acá: y segun la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro." (1)

En otra nao procedente directamente de Castilla vino Julian de Alderete primer tesorero nombrado por el rey, algunos hidalgos que tomaron parte en la conquista y "vino un fraile de San Francisco que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de señor San Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla; trajo entónces por comisario y quien tenía cargo de las bulas á Jerónimo López, que despues fué secretario en México." (2) Aquellas bulas de composicion aprovechaban á las personas que teniendo bienes ajenos, ignoraban quiénes fueran sus verdaderos dueños. La verdad es, que el caso de tomar despojos en el saco de una puebla, quedaba fuera del sentido de la concesion; mas los soldados se apresuraban á componerse, saliendo muy cómodo y barato, tranquilizar la conciencia y continuar como poseedor de buen derecho, dando una fraccion de las cosas robadas.

Cortés procuraba por todos los medios posibles atraer de paz á Cuauhtemoc. En consecuencia, encargó á los prisioneros entregados por los Chalca llevaran un mensaje á México; resistiéronlo por temor de ser muertos, y sólo dos aceptaron á condicion de llevar una carta, que si los de Tenochtitlan no sabían leer, le darían crédito como emanada de los blancos. Decíase en la misiva á Cuauhtemoc, y así se les hizo entender á los enviados por medio de los intérpretes, no prosiguiera la guerra y se diera por vasallo del rey de Castilla, á fin de cortar su pérdida, la de los suyos y la destruccion

(1) Cartas de Relac. pág. 216.—Prescott, tom. 2, pág. 161 enumera, "doscientos hombres bien provistos de armas y municiones y setenta ú ochenta caballos."—No se dice cuál era la procedencia de las naves; lo natural es admitir que de las islas.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLIII.

á Sandoval, quien sin dar descanso á su estropeada hueste, emprendió la marcha, tomando el camino de la disputada provincia. Al llegar á Chalco las cosas habían cambiado con el socorro de Huexotzinco, Cuauquechollan y Tlaxcalla, los chalca habían desbaratado por completo á los tenochca, haciéndoles buen número de prisioneros, entre ellos quince capitanes y principales. Sandoval llegó á saber la victoria, recojió á los cautivos y regresó á Texcoco, evitando presentarse al general para darle cuenta del resultado. El descontento entre ambos jefes duró poco, pues Cortés satisfizo á su lastimado amigo, procurando borrar el agravio con nuevas distinciones. (1) Otros muchos rebatos y peleas pasaron en este medio tiempo entre culhua y aculhua. (2)

Los esclavos habidos en esta entrada, con los tomados en las anteriores, fué mandado se llevasen á un edificio señalado, para marcarlos con la terrible G de hierro, pagando los propietarios lo correspondiente al fisco. Cumplieron los soldados la prescripcion; pero si en Tepeyacac hubo fraudes, aquí tuvieron lugar otros mucho mayores. Sacóse el quinto para el rey, otro quinto para el general, ciertas porciones para los capitanes y por añadidura durante la noche desaparecieron las buenas indias, objeto, despues del oro, el más codiciado: sacadas las piezas á la almoneda, los oficiales reales hicieron su beneplácito sin guardar la menor justicia. El precio de las piezas adjudicadas á los soldados se apuntaba en los libros, cargándolo á cuenta de lo que á cada quien debía tocar del despojo, resultando que muchos llevando malas esclavas, resultaban adeudados y sin esperanza de reparto alguno. Para contrariar estos procederes, la superchería se hizo moneda corriente; quien se apoderaba de una buena india, bien la ocultaba dejándola de presentar, ó bien la hacía pasar por naboria tlaxcalteca ó de otro pueblo amigo. Las indias mismas huían de quienes las trataban mal, refugiándose en poder de quienes tenían fama de humanos y caballeros, desapareciendo de manera que no se volvía á encontrarlas. (3)

Con los repetidos combates dentro del Valle, Cuauhtemoc había concentrado sus guerreros en los alrededores de Tenochtitlan. Con

(1) Bernal Díaz. cap. CXLII.

(2) Cartas de Relac. pág. 215.

(3) Bernal Díaz, cap. CXLIII.

esto quedó expedita la comunicacion entre la Villa rica y Texcoco, entablándose por los correos indios diarias noticias entre ambos puntos. Por este tiempo subió un mensajero de la Vera Cruz trayendo algunas ballestas, escopetas y pólvora. Dos dias despues vino nuevo mensajero dando la noticia de haber llegado tres naves al puerto "y que traían mucha gente y caballos; y que luego los despacharían para acá: y segun la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro." (1)

En otra nao procedente directamente de Castilla vino Julian de Alderete primer tesorero nombrado por el rey, algunos hidalgos que tomaron parte en la conquista y "vino un fraile de San Francisco "que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, "que trajo unas bulas de señor San Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; "por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á "Castilla; trajo entónces por comisario y quien tenía cargo de las "bulas á Jerónimo López, que despues fué secretario en México." (2) Aquellas bulas de composicion aprovechaban á las personas que teniendo bienes ajenos, ignoraban quiénes fueran sus verdaderos dueños. La verdad es, que el caso de tomar despojos en el saco de una puebla, quedaba fuera del sentido de la concesion; mas los soldados se apresuraban á componerse, saliendo muy cómodo y barato, tranquilizar la conciencia y continuar como poseedor de buen derecho, dando una fraccion de las cosas robadas.

Cortés procuraba por todos los medios posibles atraer de paz á Cuauhtemoc. En consecuencia, encargó á los prisioneros entregados por los Chalca llevaran un mensaje á México; resistiéronlo por temor de ser muertos, y sólo dos aceptaron á condicion de llevar una carta, que si los de Tenochtitlan no sabían leer, le darían crédito como emanada de los blancos. Decíase en la misiva á Cuauhtemoc, y así se les hizo entender á los enviados por medio de los intérpretes, no prosiguiera la guerra y se diera por vasallo del rey de Castilla, á fin de cortar su pérdida, la de los suyos y la destruccion

(1) Cartas de Relac. pág. 216.—Prescott, tom. 2, pág. 161 enumera, "doscientos hombres bien provistos de armas y municiones y setenta ú ochenta caballos."—No se dice cuál era la procedencia de las naves; lo natural es admitir que de las islas.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLIII.

varado, Andrés de Tapia, Cristóbal de Olid, el tesorero Julian de Alderete y Fray Pedro Melgarejo. Varios objetos se proponía el general en aquella expedicion. Defender la provincia de Chalco, arrojando de ella definitivamente á los tenochca; sujetar á los tlahuica, situados detras de las montañas australes del valle, que todavia seguían la causa de Cuauhtemoc; dar vuelta al rededor de Tenochtitlan para someter las poblaciones riberanas de los lagos y estudiar el terreno para poner sitio á la capital. Aquel dia durmieron en Tlalmanalco.

Al dia siguiente (sabado seis), á las nueve de la mañana entraron en Chalco. D. Hernando reunió á los señores, dióles á entender sus intenciones por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, y pidióles aparejasen el mayor número de guerreros para el combate; acabado este quehacer salió á hora de vísperas y fué á pernoctar en Chimalhuacan-Chalco. Aquí se reunieron más de cuarenta mil hombres así de los chalca, como de los de Huexotzinco y Tlaxcalla: acudió igualmente un enjambre de villanos merodeadores, de los que seguían á los ejércitos por sólo satisfacer su instinto de pillaje. " Y vinieron tantos, que en todas las entradas " que yo había visto, despues que en la Nueva España entré, nun" ca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fue" ron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta " multitud dellos á causa de los despojos que habían de haber, y " lo más cierto por hartarse de carne humana si hubiese batallas, " porque bien sabían que las había de haber; y son á manera de de" cir como cuando en Italia salía un ejército de una parte á otra, y " le seguían cuervos y milasos y otras aves de rapiña, que se man" tenían de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando " se daba alguna muy sangrienta batalla; ansí he juzgado que nos " seguían tantos millares de indios." (1) Merecen la comparacion los desalmados que acudían á satisfacer sus deseos de robo y de venganza.

Á la noticia de estar cercano el enemigo, la gente estaba en pié al cuarto del alba; oida misa (domingo siete), se puso en camino. El ejército se empeñó en los pasos de las montañas para salir al opuesto lado del valle, encontrando á uno y otro lado de los desfila-

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIV.—Cartas de Relac. pág. 218.

deros encastillados en las alturas á los indios, quienes lanzaban gritos de guerra acompañados de algunos hondazos. Parece que por entónces los habitantes cambiaban de táctica, dispuestos á no aventurar encuentro en campo abierto y mantenerse á la defensiva en lugares inaccesibles. Sin detenerse á combatir aquellas fuerzas, entraron en la provincia de Totolapan, siguieron algunas cortas llanuras, hasta dar hácia las dos de la tarde con un peñol alto y ágrio, en cuya cumbre se descubrían mujeres y niños, miéntras las laderas estaban cubiertas de multitud de guerreros: era Tlayacapan. (1) Los tlahuica, al descubrir á los castellanos, los desafiaban y burlaban: pareció al general que pasar adelante sin escarmentar á los encastillados sería poquedad y áun se achacaría á cobardía, por lo cual mandó hacer alto, practicó un reconocimiento alrededor del peñol, y escogidos los puntos al parecer más accesibles, ordenó el asalto por tres lugares diversos. Cristóbal Corral, alférez de una compañía de sesenta hombres, apoyado por algunos escopeteros y ballesteros, tuvo el mando de la primera columna; componían la segunda las compañías de Juan Rodríguez de Villafuerte y Francisco Verdugo, miéntras la tercera se formaba de los hombres de Pedro de Ircio y Andrés de Monjaraz; Cortés permaneció al pié del cerro, cuidando con la caballería el campo de algun ataque imprevisto; de los aliados, unos quedaron con los jinetes, los otros en espesas nubes se dieron á trepar por los flancos del peñol. Soltada una escopeta, señal de acometer, cada quien se precipitó á cumplir con su deber. Agrias y pendientes eran las cuestas, teniendo los asaltantes que agarrarse para subir á las rocas ó á las plantas, cubriéndose de los tiros ya en los repliegues del terreno, ya tras las peñas y los árboles, pues caía espesa granizada de flechas, varas, piedras y trozos rodados, cuyas galgas rebotando por los riscos se rompían lastimando ó arrastraban en su rápido paso á los trepadores. Por el lado de Corral, el atrevido alférez subió hasta donde más pudo, declarando luego no poder pasar adelante; Bernal Díaz siguió á su comandante; Pedro Barba, capitan de ballesteros, trepó poco más arriba, aunque al fin se dió por vencido: la empresa más adelante pareció imposible, y como á todos rumbos aconteció lo mismo, y estaban muertos algunos castellanos y muchos heridos, de los aliados se contaba

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chimim. cap. 93. MS.

gran pérdida, y en la llanura asomaban los escuadrones méxica en socorro del peñol, el general ordenó la retirada. Ya era tiempo. Los culhua cargaron en gran número, trabándose un combate en que estos fueron ahuyentados por la caballería y los peones, si bien no sufrieron mucho daño porque se acogían á lugares fragosos. Siguió el alcance la caballería hasta otro peñol, que pareció no tan fuerte como el primero, y pensando encontrar ahí agua, la cual no se había hallado en todo el dia, el ejército vino á acampar al pié, pasando la noche escuchando los atabales, bocinas y gritería de los tlahuica. (1)

Al ser dia claro (lúnes ocho), Cortés reconoció la fortaleza. Era muy más fuerte que la anterior, aunque estaba dominada por dos alturas, á la sazon ocupadas tambien por multitud de guerreros. Acompañado de algunos hidalgos, el general se dirijió al peñon, y mirándole ir la gente le siguió áun cuando no tenía órden para ello; el intento no era asaltar, sino practicar un reconocimiento. Mirando los indios el grueso que contra ellos se dirijía, calculando que el intento de los enemigos era meterse por entre las dos fortalezas, replegaron la guarnicion de las alturas dominantes á la mesa principal. Aprovechando aquella falta D. Hernando, mandó ocupar uno de los puntos abandonados á los capitanes Francisco Verdugo, Julian de Alderete y Pedro Barba, con los escopeteros y ballesteros; los tiros alcanzaban bien al peñol inferior, de manera que la fortaleza india quedó completamente dominada: D. Hernando subió igualmente á una eminencia hasta ponerse á la altura de la defendida por los indios. Amedrentados los tlahuica por el daño que de los arcabuceros recibían, por ver encima de sí el enemigo, y principalmente por estar acosado de la sed, pues carecían absolutamente de agua, hicieron señas desde lo alto de querer rendirse: cinco principales se presentaron al general, disculpándose de haber tomado las armas; respondióles por medio de los intérpretes, que eran dignos de muerte por haber comenzado la guerra; mas supuesto se entregaban, se les admitía á condicion de que fuesen á los del otro peñol y trajesen de paz á los encastillados, á quienes se perdonaría lo pasado, y si no que les irían á poner cerco hasta matarlos de sed. (2)

(1) Cartas de Relac. pág. 218—220.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.
(2) Cartas de Relac. págs. 220—21.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

Comisionó Cortés al alférez Corral, á los capitanes Juan Jaramillo y Pedro de Ircio y á Bernal Díaz del Castillo, para ir á reconocer la fortaleza despues de rendida, diciéndoles resueltamente: "Mirá, señores, que no les tomeis ni un grano de maíz." El peñol, cortado á pico por todos lados, presentaba una sola y dificultosa subida, terminada en la parte superior por una angosta entrada; en la cumbre se extendía una llanada sin agua, en la cual estaban recogidos los guerreros con sus mujeres é hijos, sus haciendas y algunos fardos del tributo destinado á Cuauhtemoc: se distinguían unos veinte muertos y algunos heridos. Terminado el exámen, Bernal Díaz cargó de despojos cuatro naborías tlaxcalteca que le acompaban y otros cuatro tlahuica de la fortaleza, disponiéndose á bajar con ellos al real; opúsose Pedro de Ircio, diciendo ser aquello contrario á las órdenes del general. Bajados al campo, el mismo Ircio dió cuenta del desempeño de la comision y dijo: "No se les tomó "cosa ninguna, que ya había cargado Bernal Díaz del Castillo, de "ropa á ocho indios, é si no lo estorbara yo, ya los traía cargados." Entónces dijo Cortés medio enojado: "Pues ¿por qué no lo trajo? Y "tambien os habiades de quedar allá vos con la ropa é indios con "los de arriba;" é dijo: "Mirá como no entendieron que los envié "porque se aprovechasen, y á Bernal Díaz que me entendió, quita- "ron el despojo que traía destos perros, que se quedarán riendo con "los que nos han muerto y herido;" é cuando aquello oyó el Pedro "de Ircio dijo que quería tornar á subir á la fuerza, y entónces le "dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuese alla de "ninguna manera." (1) La anécdota es bien curiosa y significativa.

Los castellanos se aposentaron al pié de la fortaleza en unas caserías entre unos morales, en donde se sufría algo por la escasez de agua. Los tlahuicas del otro peñol vinieron á presentarse por medio de sus jefes (mártes nueve), dándose por vasallos de los blancos despues de pasar algunas razones. De ahí se remitieron los heridos á Texcoco, descansaron aquel dia de las fatigas, é hicieron repuesto de víveres. La jornada siguiente (miércoles diez), se rindió en Huaxtepec; los naturales, que se tenían por conquistados desde la expedicion de Sandoval, recibieron de paz á los blancos, dándoles

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIV.

comida y regalo, aposentándolos en la extensa y linda huerta de que ántes hemos dado noticia.

Salidos temprano de Huaxtepec (juéves once), estaban á las ocho de la mañana á vista de Yauhtepec. Los habitantes hicieron demostracion de entregarse de paz, mas luego echaron á huir; Cortés los persiguió con los jinetes hasta llegar á Xiuhtepec. (1) Sorprendidos los del pueblo no hicieron resistencia, no obstante lo cual fueron muertos algunos hombres y tomados por esclavos buen número de mujeres y muchachos. En aquel lugar permanecieron el siguiente dia (viérnes doce), en espera de que los señores que habían huido volviesen á dar la obediencia; mas como no se presentaron, al salír de ahí dieron sacomano á las casas y les pusieron fuego. Los de Yauhtepec llegaron á dar la obediencia. (2)

A las nueve del dia inmediato (sábado trece), se pusieron ante Cuauhnahuac, capital de los tlahuica, defendida por su señor Yoatzin; (3) la ciudad era rica, amena y poblada; cercada de profundas barrancas, con difíciles entradas, á las cuales se llegaba por puentes á la sazon rotos; armados los naturales y con una fuerte guarnicion tenochca, parecía inexpugnable. Al acercarse los castellanos quedaban separados de sus contrarios por la profunda barranca, recibiendo de la opuesta orilla una lluvia de flechas, pedradas y hondazos, acompañados de grita atronadora. El paso era imposible, ni había medio de escalar aquella especie de cava, cuando uno de los aliados avisó al general que á distancia de una media legua había paso franco para los caballos; sabida la noticia destacó en aquella direccion algunos jinetes. Entretanto, buscando una entrada, notaron que un árbol crecido de este lado de la barranca, inclinado, ó tendidas las ramas, formaba una especie de puente hasta la orilla opuesta: un tlaxcaltecatl atravesó el primero por el difícil paso, siguiéronle algunos españoles, entre ellos Bernal Díaz, no sin que tres cayeran al fondo de la barranca, atravesaron tambien algunos alia-

(1) Cortés llama al pueblo Gilutepee, evidente confusion en el nombre; Xilotepec no se encuentra en aquella comarca. Bernal Díaz le confunde con Tepoztlan.

(2) Cartas de Relac. pág. 222.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. Cap. 93. MS. Cortés escribe Coadnavaced; Bernal Díaz, Coadalbaca. Desde los tiempos más antiguos de la conquista, pues Bernal Díaz ya lo escribe así, le dijeron Cuernabaca. Hoy es la capital del Estado de Morelos, conservando este último nombre.

dos, y cuando fueron veinte ó treinta de los blancos y muchos tlaxcalteca, dieron sobre los guerreros entretenidos en defender los muros. (1) Sorprendidos los tlahuica de ver milagrosamente á sus enemigos dentro de la plaza, no dejaron por eso de pelear; mas sobreviniendo á breves instantes Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Tapia con algunos jinetes, mirándose estrechados por la espalda y el flanco, se dieron á huir por los breñales, sufriendo gran destrozo en la persecucion. Completó el desbarato Cortés, apareciendo con el resto de la caballería. Dueños de la fortaleza, las casas fueron puestas á saco é incendiadas, lográndose inmenso botin con gran cantidad de mujeres y muchachos; huyendo á los montes quienes pudieron salvarse. No habiendo ya en donde, los blancos se aposentaron en la hermosa huerta del señor de la ciudad, notable por su extension y frescura. Yoatzin con otros principales se presentó á demandar la paz, disculpándose de haber tomado las armas, por haberlo exigido así los méxica: "nos dijeron que la "causa de haber venido tarde á nuestra amistad, era porque pen- "saban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles "daño, creyendo que hecho, no terníamos despues tanto enojo de "ellos." (3)

Dejóse á Cuauhuahuac el siguiente dia (domingo catorce), tomando el camino para atravesar las montañas y penetrar de nuevo en el valle; seguía la senda por unos pinares, faltos completamente de agua, por lo cual hubieron de sufrir muchos hombres y caballos, y áun algunas personas perecieron de sed. Ya tarde se rindió la jornada en unos caseríos, en donde algo fué encontrado del apetecido líquido. Llamábase el lugar Cuaulxomolco. (3)

Bajadas las faldas de las montañas, á las ocho de la mañana (lúnes quince), se presentó el ejército delante de Xochimilco. La ciudad, una de las principales del valle, fértil y hermosa, estaba situada en la márgen occidental del lago de su nombre, teniendo las ca-

(1) Por espíritu de nacionalidad mal entendido, Solís (lib. V, cap. XVIII), desfigura los acontecimientos; en el presente caso asegura haber sido Bernal Díaz quién primero pasó sobre la puente del árbol, lo cual es contrario al testimonio de D. Hernando, y á lo que de sí mismo dice el cronista conquistador.

(2) Cartas de Relac. pág. 224.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

(3) Chimalpain, Hist. de la conquista. MS.

sas parte en tierra firme, parte sobre las aguas: entrábase á ella por una especie de calzada, cortada por algunos fosos, los cuales estaban defendidos por albarradas; los puentes habían sido levantados, interrumpiendo así las comunicaciones. Al llegar delante de la primera cortadura, Cortés echó pié á tierra, se puso al frente de algunos peones y se adelantó á combatirla; los xochimilca que defendían la albarrada se defendieron bravamante; mas recibido algun daño por las ballestas y arcabuces, desampararon el paso, replegándose al interior de la ciudad; los castellanos atravesaron la cortadura, persiguieron por las calles á los indios, logrando apoderarse de gran número de edificios. De los xochimilca, miéntras los unos peleaban en las casas ó desde las canoas, otros demandaban paces; repitieron esto tantas veces sin ponerlo por obra, que el general llegó á comprender era sólo una estratagema enderezada á ganar tiempo, ya para salvar por el lago sus familias y haciendas, ya para esperar los socorros de México: parece tambien que con intento de encorralarlos habían abandonado á los blancos el espacio de tierra firme. En efecto, hacia la tarde se presentó en el campo un lucido ejército tenochca, que se precipitó á tomar la entrada de la ciudad: traían las tropas sus brillantes divisas, armados con sus armas y ademas largas lanzas con las puntas remedando las espadas castellanas; los capitanes empuñaban las espadas de acero tomadas en la Noche triste. El general, al frente de algunos jinetes salió á rechazar la acometida, trabándose récia y encendida pelea, "aunque nos vimos "en harto aprieto; porque como eran tan valientes hombres, mu- "chos de ellos osaban esperar á los de á caballo con sus espadas y "rodelas." Durante la refriega, el caballo que montaba Cortés se echó al suelo de cansado, segun refiere el mismo general, ó bien le derribaron los indios, segun afirma Bernal Díaz. D. Hernando con su acostumbrada valentía, puesto en pié, se defendía con la lanza, mas se arrojaron sobre él los guerreros méxica y sin duda le hubieran muerto, á no ser por el deseo imprudente de quererle llevar vivo, segun su costumbre, para tener el placer de sacrificarle. Bregaba Cortés aunque herido en la cabeza, cuando dentro del círculo de los contrarios penetró un guerrero, quien poniéndose á su lado le dijo: "No tengas miedo, soy tlaxcalteca:" la defensa del intrépido aliado dió lugar á que llegara un esforzado jinete por nombre Cristóbal de Olea, castellano de tierra de Medina del Campo, quien arremetió

denodado á los méxica; sobrevinieron otros españoles y por último el caballo pudo ser levantado, cabalgó de nuevo D. Hernando y quedó salvo, no sin que el bravo defensor Olea recibiera tres cuchilladas de peligro. (1) El bravo caudillo se lanzó de nuevo al combate aguijado por la venganza: los tenohca, por su negra supersticion, habían dejado escapar una bella ocasion de aplazar su servidumbre.

Reunidos hasta quince jinetes, algunos peones y muchos amigos, Cortés volvió sobre los méxica, logrando apartarlos, aunque no retirarlos del todo. Rogaron los soldados al general se retirasen á la defensa de unos reparos, á fin de que se curase la herida y se pudiése atender á Olea que estaba desangrándose; pusiéronlo por obra, no sin que los nahua los persiguieran con furia, haciendo descargas de sus tiros arrojadizos. Llegaron entónces Cristóbal de Olid corriendo sangre de la cara, Andrés de Tapia, Pedro de Alvarado herido, con el resto de los jinetes heridos ellos ó sus caballos, con lo cual pudieron penetrar en la ciudad metiéndose en un patio á curar los lastimados. Quemaban las heridas con aceite, apretándolas con paños á falta de medicina mejor, cuando los tenaces méxica revolvieron de nuevo penetrando hasta aquel patio é hiriendo aún algunos castellanos; fué preciso empuñar de nuevo las armas, lanzar sobre ellos la caballería y despues de una lucha terrible arrojarlos definitivamente de las calles. Los blancos se retiraron á reposar dentro de los patios del teocalli mayor: subidos algunos soldados á la cumbre de la pirámide descubrieron de léjos la ciudad de Tenochtitlan, vieron las aguas tendidas de los lagos, notando unas dos mil canoas cargadas de guerreros que en direccion de la ciudad venían: esperábanles nuevos combates. "E aunque era ya casi noche, "y razon de reposar, mandé que todas las puentes alzadas, por do 'iba el agua, se cegasen con piedra y adobes, que había allí, por- "que los de caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en "la ciudad: y no me partí de allí fasta que todos aquellos pasos

(1) Cartas de Relac. pág. 225—26.—Bernal Díaz cap. CXLV.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVII, copiando á Herrera, déc. III, lib. I, cap. VIII, escribe: "Otro dia buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció; y Cortés por la devocion de San Pedro, juzgó que él le había ayudado."—Lance debió ser muy apurado, pues para explicarle se ocurrió á la intervencion de lo sobrenatural.

"malos quedaron muy bien aderezados." (1) La jornada había costado varios muertos y muchos heridos. (2)

La noche se pasó en gran vigilancia, con copia de escuchas, velas y rondas, colocando destacamentos en los lugares por donde podía presentarse el contrario. En efecto, las canoas descubiertas por la tarde, llegaron á remo callado hasta un desembarcadero defendido por Bernal Díaz con ciertos castellanos y aliados; sentidas por los blancos, fueron rechazadas á pedradas: de nuevo se acercaron á sorprender el puesto; mas sentidos otra vez, las canoas fueron á dejar sus guerreros á lugar distante. Dióse parte del suceso al general, quien ocurrió al aviso, quedando contento de la calidad y vigilancia de la guardia. El resto de la noche se pasó en aderezar las municiones: acabada la pólvora se hicieron inútiles los arcabuces; agotadas las saetas para las ballestas, Pedro Barba con todos los de su compañía se dieron priesa en emplumar y poner casquillos á los ástiles, para lo cual traían almacen, contando con cinco cargas de casquillos de cobre labrados por los indios. (3)

Aquel firme y constante pelear se debía al aliento de Cuauhtemoc y al de los reyes Coanacochtzin y Tetlepanquetzaltzin. A la noticia de la toma de Xochimilco, el emperador azteca reunió á los guerreros; hízoles presente el peligro de la patria, las ofensas recibidas por los dioses de los blancos, el deber de combatir hasta la muerte sin amedrentarse, pues si las armas llegaran á hacer falta, quedarían las uñas para despedazar á los enemigos. (4) La denodada ciudad azteca, entregada sin titubear al sacrificio de la causa comun, se armó poniéndose en campaña resuelta á recobrar la perdida ciudad. A falta de mejor enseñanza, Cuauhtemoc seguía la del bravo Cuitlahuac; combatir, combatir sin tregua; sin mirar á las pérdidas, que al cabo el enemigo debería sucumbir al cansancio y á sus propias victorias.

Al dia siguiente (mártes diez y seis), subido Cortés á lo alto del teocalli, registró la posicion guardada por los culhua: por el lago se

(1) Cartas de Relac. pág. 226.--Bernal Díaz, cap. CXLV.

(2) Clavijero, tom. 2, pág. 148.—"No hay duda que en esta, y otras ocasiones pudo Cortés fácilmente morir á manos de sus enemigos, si no hubieran tenido estos la insensata presuncion de cogerlo vivo para sacrificarlo á los dioses."

(3) Bernal Díaz, cap. CXLV.

(4) Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII.—Herrera, déc. II, lib. I, cap. XII.

descubrían dos mil canoas conduciendo doce mil guerreros, destinados á tomar la ciudad por el agua; en el campo se distinguían grandes escuadrones, sus capitanes puestos á la cabeza empuñando las brillantes espadas de acero, arrojando sus gritos guerreros, tocando sus instrumentos músicos y apellidando México, México, Tenohtitlan, Tenochtitlan. D. Hernando al frente de veinte jinetes y un buen cuerpo de tlaxcalteca salió contra los del llano, dividió su fuerza en tres fracciones, dió sus órdenes á los capitanes y se trabó la pelea. Aunque decididos y valientes los tenohca, despues de pelear un rato, no pudiendo resistir los continuados choques de la caballería se pusieron en desórden y en huida: un cuerpo encastillado en una altura fué flanqueado, perdiendo la posicion con gran daño: las otras divisiones barrieron delante de sí los demas escuadrones, así que á eso de las diez los culhua estaban léjos, tornando el ejército aliado á entrar en Xochimilco. Supieron entónces que la ciudad había estado en grande aprieto; miéntras los de tierra peleaban, los guerreros de las canoas asaltaron las calles, siendo preciso para rechazarlos grandes esfuerzos, no sin mucho daño de aquellos y alguno suyo. Trofeos de aquella victoria fueron dos espadas quitadas á los capitanes méxica. "Y estando en esto, ántes que nos "apeásemos, asomaron por una calzada muy ancha, un gran escua-"dron de los enemigos con muy grandes alaridos. E de presto arre-"metimos á ellos, y como de la una parte y de la otra de la calza-"da era todo agua, lanzáronse en ella: y así los desbaratamos, y re-"cogida la gente volvimos á la ciudad bien cansados, y mandéla "quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados." (1).

A corta distancia de la ciudad había unas casas llenas de buenas ropas, plumería y joyas de oro, á las cuales podía irse por una calzada, avisaron de ellas unos prisioneros xochimilca, é inmediatamente algunos castellanos y tlaxcalteca fueron y volvieron con cargas de aquellos despojos; divulgada la nueva en el real, cuantos quisieron tomaron el camino, tornándose cargados á satisfaccion. Ocupados estaban en aquel saqueo, cuando de improviso se presentaron los méxica sobre el lago, caen sobre los merodeadores, hieren á muchos, toman varios prisioneros, entre ellos á Juan de Lara, Alonso Hernández y otros dos españoles de la capitanía de Andrés

(1) Cartas de Relac. pág. 228.

de Monjaraz, y se retiran triunfantes á Tenochtitlan. Los cautivos indios tlaxcalteca y aculhua fuéron sacrificados ante el feroz Huitzilopochtli: de los cuatro castellanos se informó Cuauhtemoc acerca del número y estado de los invasores, sacrificándolos despues á los dioses. Cortados piés y brazos de las víctimas, diversos mensajeros los llevaron por los pueblos amigos de los blancos diciéndoles, que la misma suerte sufririan todos los extranjeros ántes de poder regresar á Texcoco. (1)

El dia inmediato (miércoles diez y siete), los culhua se presentaron aún por el lago y en la llanura, trascurriendo la jornada en continuo batallar. "Y así estuvimos en esta ciudad tres dias, que "en ninguno de ellos dejamos de pelear: y al cabo dejándola toda "quemada y asolada nos partimos; y cierto era mucho para ver, "porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto, "y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien nota-"bles de esta ciudad." (2)

Siendo tan inútil cuanto peligroso permanecer por más tiempo en la destruida ciudad, resolvieron abandonarla (juéves diez y ocho). Cortés reunió sus tropas en la plaza del mercado, á corta distancia de las ruinas, con intento de organizar la marcha; notó que los soldados llevaban grandes despojos y si bien cada uno no les llevaba encima sino que los cargaban los indios, les dijo cuantos peligros les aguardaban en el camino, por lo cual le parecía bien, y áun así lo mandaba, abandonasen el fardaje y hato para que así estuviesen expeditos para pelear; oído el mandato, todos á una voz contestaron, sería vergüenza abandonar lo que habían tomado, y que mediante Dios ellos eran bastante hombres para defender su hacienda, sus personas y la de él: el general no replicó, que ya ninguno se acordaba de las ordenanzas. La mitad de la caballería tomó la delantera, pusiéronse en medio el fardaje y los heridos, en la retaguardia lugar de más peligro el resto de la caballería con los ballesteros; en cuanto á los peones y los amigos fueron distribuidos competentemente. Apénas puestos en marcha cargaron sobre la rezaga los escuadrones xochimilca y culhua, creyendo "que de miedo no los osábamos esperar, como ello fué verdad," hirieron varios

(1) Bernal Díaz cap. CXLV.

(2) Cartas de Relac. pag. 228.

castellanos, dos de los cuales murieron de ahí á ocho dias. En balde D. Hernando cargaba con la caballería y los aliados, pues si algunos escuadrones desaparecían, otros se presentaban de nuevo en lugares donde pudieran hacer daño sin recibirle: en esta porfía perseveraron hasta las diez de la mañana en que el ejército entró en Coyohuacan. (1) La ciudad estaba abandonada: los blancos se aposentaron en la casa del señor, empleando el dia en curar los heridos y disponer saetas para las ballestas. (2)

En aquella ciudad, entónces muy considerable, comenzaba el ramal que uniéndose con el de Iztapalapan en el fuerte de Xoloc, formaban la calzada meridional de México. Importaba mucho al general reconocer aquella entrada para sus futuras determinaciones, por lo cual con cinco de caballo, doscientos peones y los aliados, penetró resueltamente por aquella vía (viérnes diez y nueve); detenido por la primera albarrada la combatió hasta ganarla, no sin encontrar brava resistencia y contar diez castellanos heridos. Sin proseguir adelante paróse á examinar el terreno, al frente continuaba la calzada hasta Tenochitlan, distinguiéndose al costado derecho el ramal de Itztapalapan, cuyos dos caminos á la sazon estaban cubiertos de gente: veíanse en las márgenes de los lagos ó entre las aguas, Culhuacan, Huitzilopochco (Churubusco), Cuitlahuac (Tlahua), Mixquic y algunas otras. Formado juicio tornó á la ciudad, la cual fué saqueada, entregando al fuego las casas y los teocalli. (3) Los méxica no se presentaron á pelear en aquel lugar; se comprende que Cuauhtemoc había replegado sus guerreros á la ciudad, teniéndolos listos para resistir un ataque, conforme había tenido lugar en la anterior expedicion.

Luego que los castellanos abandonaron á Coyohuacan (sábado veinte), los méxica se presentaron inquietando la marcha; eran tropas ljeras que ya caían sobre el fardaje, ya sobre los flancos de la columna, y que al ser sériamente perseguidas se amparaban en las acequias y en los fangales. En una de tantas acometidas D. Hernando puso una celada á los importunos flanqueadores, apartándoso al efecto con diez jinetes y cuatro mozos de espuelas; los tenoch-

(1) Quedaba entónces á orilla del lago; su nombre actual es Cuyoacan.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLV.—Cartas de Relac. pág. 228.

(3) Cartas de Relac. pág. 229.

ca cayeron en la emboscada, hiciéron rostro breve tiempo y se pusieron en huida; persiguióles el general; mas cuando ménos cató cayó en la celada que los indios le tenían puesta á su vez; aunque muy bien peleó, así como los suyos, heridos hombres y caballos tuvo al fin que huir, evitando ser muerto ó cojido prisionero. Dejó vivos en poder de los vencedores á los dos mozos Francisco Martín Vendabal y Pedro Gallego, quienes fueron conducidos á México y sacrificados al dios de la guerra. (1)

El ejército había entrado en Tlacopan desde las nueve de la mañana. Mirando que Cortés no parecía, salieron en su busca Pedro de Alvarado, Olid, y Andrés de Tapia, con algunos jinetes y peones, dirigiéndose á los esteros por donde le habían visto apartarse; á poco encontraron á los dos mozos salvados Monroy y Tomás de Rijoles, y en seguida al general quien "venía muy triste y como lloroso." Regocijados con verle salvo, dieron la vuelta á Tlacopan. La ciudad era entónces un monton de ahumados escombros, pues sabemos que en la visita anterior había sido incendiada y destruida. Subiéronse algunos capitanes al teocalli, en compañía de Julian de Alderete y el padre Melgarejo; veíanse desde ahí la ciudad y los lagos, con las canoas cruzando las aguas en todas direcciones, despertando en los espectadores los más extraños sentimientos: Cortés miraba triste y con ojos codiciosos: " y en este instante " suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que " de ántes traía, por los hombres que le mataron ántes que en el " alto cu se subiese, y desde entónces dijeron un cantar ó romance:

" En Tacuba está Cortés
" Con su escuadron esforzado,
" Triste estaba y muy penoso,
" Triste y con gran cuidado,
" La una mano en la mejilla
" Y la otra en el costado, etc.

"Acuérdome que entónces le dijo un soldado que se decía el ba- " chiller Alonzo Pérez, que despues de ganada la Nueva España " fué fiscal é vecino en México: Señor capitan, no esté vuestra mer-

(1) Cartas de Relac. pág. 230.—Bernal Díaz, cap. CXLV.

"ced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no
"se dirá por vuestra merced:

"Mira Nero, de Tarpeya,
"A Roma como se ardia."

"Y Cortés le dijo que ya veía cuántas veces se había enviado á "México á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenía por só- "lo una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos ha- "bíamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios "presto lo porníamos por la obra." (1)

Multitud de soldados estaban heridos, faltaba pólvora para los arcabuces y saetas para las ballestas, no había abrigo en el lugar y la proximidad de México hacia probable un asalto; todas estas causas reunidas precisaron dejar á Tlacopan dos horas despues de haber entrado. Tomaron hacia el Norte: luego que salieron al camino se presentaron los infatigables méxica; enardecido Cortés con lo pasado en la mañana, puso nueva celada con veinte de á caballo, teniendo tan buena fortuna que logró matar más de ciento de los incómodos tiradores. Perseguido todavía el ejército, aunque de léjos, atravezó por Azcapotzalco entónces despoblado, siguió por Tenayocan tambien abandonado por los moradores, rindiendo la jornada en el desierto pueblo de Cuauhtitlan. (2) Toda la tarde habia llovido, por lo cual los soldados iban cansados, calados por el agua, y no tuvieron buen abrigo, pues escasearon los víveres y hubo falta de leña.

Siendo la intencion dar la vuelta en torno de los lagos, siguióse siempre la direccion hácia el Norte (domingo veintiuno); durante la noche la lluvia había sido continua, determinando que los caminos estuvieran cubiertos de lodo: á esta causa, ó más bien por la distancia interpuesta, los méxica se presentaron en corto número, y fuéron sin esfuerzo ahuyentados. Rindióse la jornada en Citlaltepec, á la orilla boreal del lago de Tzompango (Zumpango actual),

(1) Bernal Díaz, cap, CXLV .

(2) Cortés, Cartas de Relac. pág. 231, confunde el nombre de la poblacion escribiendo C oatinchan: Bernal Díaz se acerca más á la verdad nombrándole Guatitlan.

ciudad desierta por la huida de los habitantes. Ahí descansaron y secaron sus ropas, si bien no se encontró buena cena. (1)

Al dia siguente (lúnes veintidos), se efectuó la marcha sin contratiempo por comarcas sujetas á Texcoco, alcanzando la ciudad de Acolman á las doce del dia. Ya eran llegados de la Vera Cruz los voluntarios venidos en las embarcaciones de que hemos hecho mencion, de manera que algunos de ellos pasaron á Acolman á visitar al general, acompañados de Gonzalo de Sandoval; diéronse recíprocamente la bienvenida, holgándose mucho los castellanos de la vuelta de D. Hernando, pues desde su ida no habían tenido la menor noticia suya. Estaba logrado ampliamente el objeto de Cortés; quedaban reconocidos los alrededores de los lagos; la ciudad de México sólo extendía ya su imperio hasta las márgenes de las lagunas; el paso del conquistador lo señalaban las ciudades incendiadas y un reguero de sangre.

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII. Cortés trastorna el nombre del pueblo diciéndole Gilotepec: Bernal Díaz olvidó el nombre de la localidad.

CAPITULO V.

Cuauhtemoc.—Coanacochtzin.

Diego Velázquez.—Diferencias entre Velázquez y D. Hernando.—Cristóbal de Tapia nombrado gobernador.—Conjuracion de Antonio de Villafaña.—Su proceso y muerte.—Chinantla.—Bótanse al agua los bergantines.—Alarde.—Sondeo en el lago.—Conferencia entre Cuauhtemoc y Cortés.—Reunion de los aliados.—Preparativos de Cuauhtemoc.—Distribucion de las fuerzas para comenzar el asedio de Tenochitlan.—Ejecucion de Xicotencatl.

III calli 1521. Nuestras acciones, buenas ó malas, influyen en nuestro porvenir, preparando ciertos acontecimientos, á veces de contento y agrado, á veces de amarguras y pesares: decímoslo, porque hacía este tiempo se preparaban en España los sinsabores que más tarde debían acibarar la vida de D. Hernando. Sabido por Diego Velázquez el mal suceso de la armada de Pánfilo de Narvaez, reunió gente en la isla de Cuba, aparejó siete ú ocho naves y poniéndose al frente de la expedicion se hizo á la vela para la Nueva España, con intento de castigar á Cortés y quitarle la tie-

rra que en su concepto le tenía usurpada. Fuése que no tuvo valor sobrado para llevar á término la resolucion, ó más bien que le disuadiese del intento el Lic. Parada que le acompañaba; lo cierto es que, despues de dar vista á las costas de Yucatan y áun á las de Nueva España, "pasó y se tornó sin saltar en tierra, con infamia suya y con mucho gasto y pérdida." (1)

Ninguno de los dos antagonistas, Diego Velázquez y D. Hernando Cortés, había obrado tan conforme á justicia, que si bien contaran con firmes amigos, no se hubieran concitado acérrimos contrarios. Velázquez gozaba de gran valimiento en Castilla, por el favor que le otorgaba el obispo Fonseca; miéntras Cortés era allá casi desconocido y áun despreciado. El descubrimiento de la tierra de México, por motivo de la riqueza, producía extremado rumor en las islas; producíale mucho menor en España, en donde los hechos de D. Hernando no podían ser todavía apreciados en su justo valor, ni ser conocida la importancia de la tierra sojuzgada: por esto era preferido en el Nuevo Mundo, Cortés á Velázquez. Con el favor que en la corte alcanzaba, fácil fuera á Velázquez el vencer á su émulo; pero él tambien se desmandaba en sus acciones, se embrolló con las autoridades, resultando de aquí no saliera vencedor en la lucha cuál tenía derecho á pretenderlo. Haber sacado de Cuba la armada de Pánfilo de Narvaez, contra las órdenes de la audiencia de la Española, dieron motivo al almirante D. Diego Colon para nombrar al Lic. Alonzo Zuazo como Juez de residencia para ir á tomarla al gobernador de Cuba. Llegado Zuazo á la isla comenzó por quitar el repartimiento á Manuel de Rojas, pariente y amigo de Velázquez, bajo pretesto de estar ausente en Castilla; mas cuando quiso proceder contra el gobernador, los partidarios de éste supieron eludir la autoridad del juez. Negaron á D. Diego Colon la facultad de nombrar visitador contra el adelantado; exigieron de Zuazo no usara del cargo, hasta no ser residenciado él mismo por los puestos que ántes había desempeñado, pues así lo prescribía la ley; el repartimiento se volvió á Manuel de Rojas, supuesto estar mandado que ningun ministro real impidiese á persona de las Indias venir á Castilla á informar en cosas de sus servicios. (2)

(1) Oviedo, Hist. general, lib. XVII, cap. XIX.
(2) Herrera, déc. III. lib. I, cap. XIV.

Este desaire, más el atentado cometido por Pánfilo de Narvaez en la persona del Lic. Lúcas Vázquez de Ayllon, dieron justo motivo á la audiencia de la Española para proceder contra aquel atrevido capitan, mandando formarle proceso, y en atencion de ser hechura de Diego Velázquez, se ejecutaron en este cuatro mil ducados para responder á las costas. Quejóse Velázquez á Castilla por el agravio; su apoderado Manuel de Rojas supo negociar con provecho, y el obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias, alcanzó se determinase ordenar á D. Diego Colon y á la audiencia, no procediesen contra Narvaez por las faltas cometidas, le pusiesen en libertad supuesto que áun permanecía preso en la Vera Cruz, restituyendo á Velázquez las costas embargadas. Con objeto de poner término á las deferencias suscitadas, en despacho firmado en Burgos, á once de Abril 1521 por el regente cardenal Adriano y refrendado por el obispo Fonseca, se nombró persona que pasase á la Nueva España, con las instrucciones siguientes: que inmediatamente se parta á las villas ocupadas por Cortés y los suyos, y presentando el nombramiento que lleva de Gobernador de aquellas tierras procede á hacer informacion de todo lo acaecido, oyendo al adelantado Diego Velázquez, á Pánfilo de Narvaez, á Cortés y á cuantas personas aparecieren culpables, prendiéndoles los cuerpos y secuestrándoles los bienes, remitiendo el proceso ante la autoridad real para que esta determine lo conveniente, suspendiendo entretanto la ejecucion de las penas á que ántes se hubiesen hecho acreedores; mándase á todas las personas que vengan y parezcan á los llamados y emplazamientos del gobernador, pudiendo imponer penas á los remisos, y estando obligadas las autoridades á darle auxilio para hacerse obedecer. (1) La persona escojida fué Cristóbal de Tapia, veedor en las fundiciones de Santo Domingo y residente en la Española; era persona muy de bien, aunque de ánimo apocado y no de estofa para el caso requerido. Observaron los amigos de Cortés lo inconveniente del paso, haciendo entender, que áun no terminada la conquista, remover del puesto á una persona que tanto trabajo é industria había gastado en someter la tierra, sería precipitarle á algun exceso; pero el obispo Fonseca se mantuvo firme en

(1) Coleccion de Indias, tom. XXVI, págs. 37 y sig.

lo acordado, ya por favorecer á Velázquez, ya porque Tapia era su criado.

Llegados los despachos á manos de Cristóbal de Tapia, trató de ponerse luego en marcha para la Nueva España. El almirante D. Diego Colon y la audiencia, sabedores del estado que las cosas guardaban en la conquista, aconsejaron al nuevo gobernador no emprendiese todavía el viaje, representándole los inconvenientes que su presencia podría traer á la tierra sometida, y áun protestaron contra su determinacion de proceder inmediatamente. Por entónces llegaron noticias á la isla de las alteraciones causadas en Castilla por las comunidades, con cuyo motivo uno de los oidores propuso prender á Tapia, á fin de evitar fuera á la Nueva España á causar algun trastorno; no se llevó á cabo el proyecto, si bien sirvió para aplazar el viaje. (1)

Esta tormenta se formaba muy léjos de la vista de D. Hernando; otra, más peligrosa aún rugía sobre su propia cabeza. Durante el intervalo transcurrido en la expedicion alrededor de los lagos, un simple y oscuro soldado llamado Antonio de Villafaña había formado un complot en Texcoco, resultado todavía de aquella primera division en el ejército, entre los partidarios de Velázquez y de Cortés. Villafaña seguía el partido del gobernador de Cuba; habíase concertado con los de su misma bandería, contando ademas ya con parte de los recien llegados que ningun amor podían tener al jefe, ya con los descontentos por la conducta del general y con los que del desórden aguardaban sacar alguna medra. La conjuracion tenía por objeto dar muerte á D. Hernando, á los capitanes y soldados más distinguidos como amigos suyos: daríase el mando del ejército al capitan Francisco Verdugo, no sabedor del caso, hombre de autoridad y de valor, con la calidad de ser cuñado de Diego Velázquez; los conjurados se habían de antemano repartido los cargos, nombrando jefes, alcaldes, regidores, oficiales reales y demas empleados del ejército, sin olvidarse de dividir los despojos de los muertos, en hacienda y caballos. En cuanto á la ejecucion, aprovechando la oportunidad de la venida de los barcos de Castilla se echaría la voz de haber llegado cartas de D. Martín Cortés, padre de D. Hernando; cuando éste estuviera sentado á la mesa comien-

(1) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XV.

do, ellos se presentarían con los papeles en la mano, y aprovechando el menor descuido rematarían á puñaladas al general, á sus amigos y á cuantos se presentaran á defenderle.

Dos dias despues de la vuelta de la expedicion á Texcoco (á la cuenta que llevamos veinte y cinco de Abril), uno de los conjurados con el rostro y el habla demudados, vió en secreto á D. Hernando y le dijo: "Que si le concedía la vida y le guardaba secreto, le descubriría una cosa que mucho le importaba" Otorgólo presta y liberalmente, con lo cual el denunciante le impuso de la conspiracion, terminando en decirle: "Que convenía luego prender á Antonio de Villafaña, que era movedor de esto." Inmediatamente reunió Cortés á los capitanes Pedro de Alvarado, Francisco de Lugo, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, á ciertos soldados de confianza y á los alcaldes ordinarios de aquel año Luis Marín y Pedro de Ircio; tras breve conferencia se dirigieron al alojamiento del conspirador, prevenidos de cuatro alguaciles. Al llegar al aposento, Villafaña estaba en plática con algunos capitanes y soldados, los cuales se pusieron á huir; detenidos, unos de ellos fueron presos: asegurado Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial en que constaban las firmas de las personas comprometidas en el concierto. Al imponerse de la lista vió que eran muchos los conjurados, no pocos de los principales, notando con pena entre ellos á algunos á quienes tenía por amigos; siendo tantos para castigarlos á todos, con su sagacidad característica echó fama de que Villafaña se había tragado el papel, miéntras él ni le había visto ni leído.

Siguióse breve proceso contra el culpado, juzgado en un consejo de guerra presidido por Cortés y compuesto de algunos capitanes asociados á los dos alcaldes ordinarios y al maestre de campo Cristóbal de Olid: confesó el criminal, hubo probanza de testigos y dióse sentencia de muerte. Antonio de Villafaña recibió los auxilios espirituales, del padre Juan Díaz, y fué ahorcado en una ventana de su aposento: así acabó aquel oscuro é inhábil conspirador. Al dia siguiente reunió D. Hernando á los castellanos y les dijo: "Que
" Villafaña había andado como cristiano en no acusar á los que es-
" taban firmados en aquel papel, y en el que se había comido, pues
" eran inocentes; que les rogaba, que si había alguno quejoso se de-
" clarase, que le daría satisfaccion, y que si en algo erraba, se lo

"advirtiesen, pues no le podían hacer mayor placer." Para precaverse de otra asechanza, nombró una guardia particular de su persona, compuesta de doce hombres seguros, y por capitan á un hidalgo, natural de Zamora, llamado Antonio de Quiñones. "Y desde "allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que "eran en la conjuracion, siempre se recelaba de ellos." (1)

El peligro no empecia á D. Hernando, ni en su ánimo hacía mella. Casi luego se mandó pregonar que de ahí á dos dias se presentasen los esclavos hechos en la expedicion anterior para ser herrados: "y por no gastar más palabras en esta relacion sobre la mane-"ra que se vendían en la almoneda, más de las que otras veces "tengo dichas, en las dos veces que se herraron, si mal lo habían "hecho de ántes, muy peor se hizo en esta vez, que despues de sa-"cado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacali-"ñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que "metiamos á herrar, las hurtaban de noche del monton, que no pa-"recían hasta de ahí á buenos dias; y por esta causa se dejaban de "herrar muchas piezas, que despues teniamos por naborias." (2)

Durante la primera estancia de D. Hernando en México, envió á làs provincias más ricas á ciertos españoles, para establecer granjerías; destinó á Chinantla dos castellanos, nombrado el uno Hernando de Barrientos, el otro Nicolás. Al tomar las armas los culhua dieron muerte á los blancos avencidados en las haciendas; escaparon los de Chinantla, pues aquella provincia era independiente del imperio. Lcs naturales, llamados tenez, de lengua diversa de la nahoa, tomaron por su jefe á Hernando de Barrientos, bajo cuyo mando triunfaron no sólo de los ataques de los méxica, sino tambien de los insultos de los rayanos de Tochtepec: siete villas obedecían al jefe, de las cuales era capital Chinantla. Había transcurrido como un año sin la menor noticia de los dos colonos, cuando dos mensajeros tenez se presentaron en Segura de la Frontera con una carta de Barrientos; no encontrando ahí al general vinieron á buscarle hasta Texcoco. La carta estaba fechada en Chinantla, "á no sé cuantos del mes de Abril," daba razon de lo hasta entónces acontecido y pedía veinte ó treinta españoles á fin de cojer el cacao, cuya

(1) Bernal Díaz, cap. CXLVI.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XLVIII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. I.—Cortés, Cartas de Relac. págs. 316—318.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLVI.

cosecha se acercaba y lo estorbaban los de culhua. De todo recibió gran contento el general, contestando con razon de su persona y del estado que la conquista guardaba, prometiéndole que pronto quedaría libre de sus enemigos. (1)

Activábanse con el mayor calor los preparativos para dar principio al asedio de México. Mandáronse fabricar en los pueblos amigos ástiles de buena madera y casquillos de saeta labrados de cobre segun el modelo que se les mostró, reuniéndose más de cincuenta mil de cada cosa, de la mejor calidad: los ballesteros, bajo la direccion de su capitan Pedro Barba, hicieron las saetas pegando las plumas con el jugo pegajoso de la planta llamada *tzacutli:* previniéronse tambien de cuerdas y nueces dobles para las ballestas, de lo cual habían traido abundante provision las naos de Castilla. Los jinetes dejaron listas armas y monturas, adiestrando los caballos en acometimientos y maniobras. (2) Con cinco mil tlaxcalteca fué Alonso de Ojeda á la Vera Cruz, con objeto de traer dos gruesas piezas de hierro dejadas allá por un navio de Jamaica. Descabalgados los tiros y puestos, así como los montajes, sobre camas de madera, los indios los trajeron arrastrando por todo el camino, sosteniendo los asaltos que los méxica les dieron. Llegados con felicidad á Tlaxcalla, remudóse la gente, saliendo por Hueyotlipan para Calpullalpan en donde descansaron dos dias, entrando por último en Texcoco, despues de rematar uno de los actos notables de aquella guerra. En premio de aquel servicio y de otros que había prestado, así como por entender bien la lengua nahoa, Alonso de Ojeda fué nombrado general de los ciento ochenta mil aliados que en el campo había. (3)

Terminados los bergantines, pusiéronles jarcias y velas, quedando listos para navegar. En el canal habían trabajado ocho mil hombres cada dia, y tenía más de media legua de largo, de anchura proporcionada y profundo cuanto necesario para recibir las aguas del lago, estacado en las márgenes y con un pretil en el bordo: de tre-

(1) Cartas de Relac. págs. 231—34.—Gomara Crón. cap. CXXIX.—La antigua provincia de Chinantla forma hoy parte del Estado de Oaxaca y confina al N. con el Estado de Veracruz. Son abundantes las notas que á este pasaje pusieron los anotadores de las Cartas, en la edicion de Lorenzana.

(2) Bernal Díaz, cap. CXLII.

(3) Herrera, déc. III, lib. I, cap. VI.

cho en trecho tenía unas represas con sus ingenios para dar paso á las naves: hallóse piedra hacia la laguna, mas con picos y mazos se labró un deslizadero cómodo y seguro. A medida que los bergantines se iban terminando, los amarraban á la orilla del canal: sobrevino una gran tormenta, y toda la labor se perdiera rompiéndose los vasos unos contra otros, á no haberse acudido prontamente á reparar el daño. (1)

El domingo veinte y ocho de Abril fué el dia señalado para botar al agua los bergantines. Los castellanos confesaron y comulgaron, inclusive el general; formado el ejército á la orilla del lago oyó la misa de Espíritu Santo; Fr. Bartolomé de Olmedo bendijo las naves, terminando con una exhortacion en que dió á entender el gran servicio que en aquella obra se hacía á Dios, indicando la manera de llevarla cumplidamente á buen término. Dada la señal, las fustas fueron sucesivamente sacadas por el canal, pasando las represas con los ingenios, hasta salir al lago en donde desplegaban las banderas y disparaban su artillería: respondió la del ejército, tocando la música de los castellanos y la de los indios, alzando todos alborozados y atronadores gritos de alegría: terminóse con entonar el cántico *Te Deum laudamus.* (2) Debió ser aquel un espectáculo grandioso, y más por lo nuevo y atrevido del intento.

Hízose tambien alarde de la gente. Había ochenta y seis de á caballo, ciento diez y ocho ballesteros y escopeteros, setecientos y más peones de espada y rodela, tres tiros gruesos de hierro y quince pequeños de bronce, diez quintales de pólvora y cumplido almacen para las ballestas. Cortés recomendó al ejército cumpliese las órdenanzas ya promulgadas, y le dirijió un discurso diciendo: "que se "alegrasen y esforzasen mucho, pues que veían que nuestro Señor "nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos: porque "bien sabían que cuando habíamos entrado en Tesaico, no habíamos traido mas de cuarenta de á caballo y que Dios nos había "socorrido mejor que lo habíamos pensado, y habían venido navíos "con los caballos y gente y armas que habían visto; y que esto, y "principalmente ver que peléabamos en favor y aumento de nues"tra fé, y por reducir al servicio de V. M. tantas tierras y provin-

(1) Cartas de Relac. pág. 234.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. VI.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. VI.

" cias como se le habían rebelado, les había de poner mucho ánimo " y esfuerzo para vencer ó morir. Y todos respondieron y mostra- " ron tener para ello muy entera voluntad y deseo: y aquel dia del " alarde pasamos con mucho placer, y deseo de nos ver ya sobre el " cerco y dar conclusion á esta guerra, de que dependía toda la paz " ó desasosiego de estas partes." (1)

Al siguiente veinte y nueve de Abril marcharon mensajeros á decir á los pueblos sometidos y aliados, que estando todo presto para emprender el sitio de Tenochtitlan, vinieran á Texcoco con la mayor fuerza que pudieran, dentro del plazo de diez dias, pues quienes despues llegasen incurrirían en falta. (2)

Miéntras llegaban los aliados, D. Hernando entendió en sondear el lago con los bergantines, buscando los bajos y tropiezos que pudiera haber; llevó el trabajo en todas direcciones, entre Texcoco y México, acercándose hasta el lugar llamado Acachinanco. Desde aquí mandó decir al emperador Cuauhtemoc, deseaba hablarle á él y á sus principales, empeñando su fe de caballero no les haría daño, pues sólo pretendía darles á entender las razones que le obligaban á la guerra. Cuauhtemoc y sus capitanes vinieron en unas canoas; Cortés en uno de los bergantines, apartándose de los otros, se acercó y estando junto á los méxica les habló de esta manera por medio de los intérpretes.—" Señores mexicanos, ya estamos determinados " yo y mis españoles, y mis amigos los de Tlaxcalla para daros " guerra. Esta guerra ha tenido principio de enojos de cosas que " no están bien entendidos de vuestra parte, y quereisnos culpar en " lo que no tenemos culpa, habiendo sido nosotros los injuriados y " afrentados, y maltratados de vosotros, y muertos muchos de los " nuestros, y robadas todas nuestras haciendas sin razon y sin jus- " ticia, (en diciendo una pausa de éstas, el capitan mandaba luego " á su intérprete que se lo dijese en su lengua). Sabed, señores " mios, y sé que no lo ignorais, que mi venida á esta ciudad, como " yo os lo dije, no fué para tomaros vuestra ciudad y haceros gue- " rra, sino para averiguar las quejas y agravios, y malos tratamien- " tos de que os acusaron: vine á esta ciudad como visteis, y ha- " blé en este caso lo que oisteis, para que en espacio de algunos

(1) Cartas de Relac. pág. 234.

(2) Cartas de Relac. pág. 235.

" dias entendiésemos la verdad de los negocios de que fuisteis acu-
" sados.

" Este negocio no se pudo llegar al cabo, ni proceder en él como " era menester, porque me vinieron á llamar de parte de otros espa- " ñoles que habían venido de nuevo á la costa del mar, y fuéme ne- " cesario dejar lo que había comenzado, y ir con la mayor parte de " mi gente á recibir á los españoles que me venían á buscar, y dejé " en mi lugar á otro capitan para que estuviese aquí con los espa- " ñoles y tlaxcaltecas que aquí yo dejé, y hablé á Motecuhzoma y " á todos los principales mexicanos, para que entretanto que yo vol- " vía, estuviesen en toda paz y amistad, y desta misma manera ha- " blé al capitan que yo dejé, y á todos los españoles, y á nuestros " amigos los de Tlaxcalla, para que hubiese toda paz y sosiego has- " ta que yo volviese, y desto muchos de los que estais presentes sois " testigos de vista y de oidas. Despues que yo me partí de esta, á " pocos dias decis que el capitan que yo dejé, que es Pedro de Al " varado, que está aquí, á traicion y sin habérsele dado ninguna " ocasion, os acometió de guerra en una fiesta que haciades á vues- " tro dios Vitzilopuchtli, y que allí mató y destruyó toda la flor de " los mexicanos, y luego ántes que los españoles se recogiesen, acu- " dió tanta gente de guerra mexicana, que les fué necesario reco- " gerse á su fuerte y encerrarse en las casas reales, donde yo los ha- " bía dejado, y esto señal fué que el negocio de esta guerra había " comenzado de sobre pensado. Para imputar la culpa deste nego- " cio á mi capitan y á mis españoles, comenzasteis á publicar que " ellos á traicion os habian acometido sin que tuviesen ninguna oca- " sion de hacer lo que hicieron; y esto no es así, porque venido que " fuí yo, inquirí luego deste negocio como había pasado, y hallé " que vosotros estábades concertados de en mi ausencia en esta " fiesta matar á todos los que yo había dejado, ansi españoles como " indios; como supieron esto muy de cierto, adelantáronse el capi- " tan y los españoles á hacer lo que hicieron, y fué bien hecho.

" Tambien nos achacais la muerte de Moctheuzoma, y no es ver- " dad, porque ántes que yo viniese de la costa, por mandado de D. " Pedro de Alvarado salió á las azoteas á mandar á los mexicanos " que cesasen de pelear (aunque iban arrodelándole y guardándole " los españoles), no solamente no le quisísteis obedecer; pero des- " honraísteisle á él y á nosotros los españoles, y le tirásteis de pe-

" dradas, de manera que le heríisteis y murió de las pedradas que de " vosotros recibió, y no solamente no cesásteis de pelear mandan- " dooslo vuestro señor; pero comenzásteis ó pelear mas fuertemente " contra los españoles, y quitásteisles los bastimentos, y cuando yo " vine morian de hambre; y sabiendo que yo venia, y viéndome en- " trar por vuestra ciudad, no hubo hombre que me hablase, ni me " quisiese ver.

" Yo como entré donde estaban los españoles muy maltratados, " ni vuestro señor, ni ninguno de vosotros me quizo ver ni saludar, " y mandándoos que cesásedes de dar guerra, y nos diéseis basti- " mentos, no lo quisísteis hacer, sino añadísteis mayor diligencia, " así en pelear, como en quitarnos y matar á los que nos daban al- " gunos bastimentos escondidamente; de manera que tuvimos nece- " sidad de salir huyendo, y de noche de donde estábamos, y salir " como podimos, con muertes de muchos españoles y indios amigos, " y con robarnos cuanto teníamos, y nos fuísteis dando caza hasta " términos de Otumba, donde de tal manera nos acosásteis de to- " das partes, que si no fuera por milagro de Dios, allí nos matára- " des como deseábades. Todas estas cosas y otras muchas más que " callo, hicísteis contra nosotros, como gente idólatra, y cruel, y " ajena de toda justicia y humanidad; y por tanto, os venimos á " dar guerra como gente bestial y sin razon, de la cual no cesaré- " mos hasta que venguemos nuestras injurias, y echemos por tie- " rra á los enemigos de Dios, idólatras, que no tienen ley de proji- " midad ni de humanidad para con sus prójimos. Esto se hará sin " falta alguna." (1) Atónito debió quedar Cuauhtemoc al oír seme- jante relacion de los hechos; nada contestó, contentándose con de- cir grave y severamente, " que aceptaba la guerra y que cada cual

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXI: parte de la noticia copia Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII. Clavijero, tom. 2, pág. 156, nota tercera, contradice esta entrevista y dice: " mas esta reunion ni es verdadera ni verosímil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los mexicanos."—Nuestro distinguido historiador cae algunas veces en el defecto, de oponer una negacion seca y sin fundamentos á las autoridades más auténticas. Nada de inverosímil tiene una conferencia que, segun el mismo conquistador afirma diferentes veces, fué solicitada con empeño por repetidas ocasiones. La razon de no ser verdadera porque Cortés no la menciona, no tiene fuerza alguna: si este fuera buen criterio, mucho habría que suprimir en la obra de Clavijero, por estar omitido en las Cartas de relacion.

hiciese por defenderse," retirándose en seguida á México. (1) No debe causar extrañeza este lenguaje en boca de D. Hernando, pues es el mismo de todos los conquistadores; así fundan sus derechos y explican sus agravios los fuertes contra los débiles: todos ellos aprendieron en la fábula del lobo y el cordero.

Entretanto todas las tribus aliadas hacían sus preparativos para concurrir á la guerra contra México. Alonso de Ojeda enviado para concertar á los de Topoyanco y de Chalollan por diferencia que traían á causa de tierras, obtuvo de los primeros doce mil guerreros: en mayor número el contingente de Chalollan, con los de Huexotzinco y Cuauhquechollan, vinieron á la provincia de Chalco á esperar las órdenes del general. Pasó Ojeda á hablar con la señoría de Tlaxcalla, é informado de estarse apercibiendo la gente, se dirigió á Hueyotlipan al frente de cuatro mil hombres, que á la mañana siguiente eran treinta mil y luego muchos más. (2) El ejército tlaxcalteca llegó á Texcoco cinco ó seis dias ántes de la pascua de Espíritu Santo; se componía de más de cincuenta mil hombres, mandados por Chichimecatecuhtli, Xicotencatl el jóven y otros bravos capitanes: (3) venían divididos en capitanías con sus banderas cada una, y el ave blanca con las alas extendidas, estandarte de la república; vestidas sus insignias y divisas más galanas, sus armaduras ricamente adornadas y gritando estrepitosa y repetidamente, Castilla, Castilla, Tlaxcalla, Tlaxcalla. Salió Cortés á recibirles un cuarto de legua de la ciudad, abrazó á Xicotencatl, á sus dos hermanos y á los capitanes, dándoles la bienvenida y ofreciéndoles hacerles ricos con los despojos: tres dias seguidos estuvieron entrando en Texcoco, siendo insuficientes las casas de la ciudad para aposentarlos. (4)

Ixtlilxochitl previno un ejército de más de doscientos mil hom-

(1) Torquemada, lib. IV, cap. LXXXX.

(2) Herrera déc. III, lib. I, cap. XII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVIII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 94, MS. refiere minuciosamente los nombres de estos capitanes: Cuauhxayacatzin, Mixtlimatzin, Tenamazcuicuiltzin, Tecuanitzin, Acxotecatl, Acamayotzin, Tianquiztlatoatzin, Ceyecatecutli, Tepilzacatzin, Chiahuatecolotzin, Cuitlizcatl, Cocomintzin, Tzicuhcuacatl, Michcuatecuhtli; Tlachpanquizcatzin, Tizatemoctzin, Chicuacen Mazatl, Ixconauhquitecuhtli y Tlahuihuiztli.

(4) Cartas de Relac. pág, 235.—Bernal Díaz, cap. CXLIX.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXIX.

bres, con más cincuenta mil labradores para aderezar los puentes y caminos, y emplearse en las faenas necesarias. Cincuenta mil guerreros eran de Itzocan, Tepeyacac, Cuauhnahuac y demás provincias australes del valle; cincuenta mil de Otompa, Tollantzinco, Xilotepec y provincias boreales del reino; igual número de los tziuhcohuaca, tlatlauhquitepeca y otros pueblos comarcanos; completaban la suma los aculhua de Texcoco y sus contornos. Reuniéronse tambien inmensa cantidad de *acalli*, destinadas á conducir víveres á las diversas divisiones, ó al servicio á que no podían acudir los bergantines. El total de los aliados se hace pasar de trescientos mil hombres. (1)

Al rumor de tan terribles aprestos, Cuauhtemoc, Coanacochtzin y Tetlepanquetzaltzin, reunieron igualmente sus medios de resistencia. Sacaron de México la gente inútil, llamaron las guarniciones que andaban fuera, fortificaron calles y calzadas aumentando las cortaduras y reparos, ocupándose asiduamente en acopiar víveres, fabricar armas y mantener vivo y entero el valor de los guerreros. (2) Ni un momento pensaron en rendirse y la tribu méxica se disponía á perecer, sin haber desertado de la causa comun un sólo hombre. El peligro era inmenso é irresistible. Tenochtitlan, por los trances de la guerra, quedaba ya reducida á los estrechos límites de la isla en que fué fundada al principio. Se habían pasado al enemigo los amigos de casa Tlaxcalla, Huexotzinco y Chalollan, sin recordar que debieron su existencia libre al pacto religioso; estaban sojuzgados y reconocían al vencedor las provincias australes de fuera del valle; seguía el camino de la defeccion el reino de Acolhuacan, segundo en poder de los que formaban la triple alianza; de las ciudades populosas de las orillas de los lagos sólo quedaban montones de ruinas y no se podía contar ni con las lagunas, pues se enseñoreaban de sus aguas los bergantines castellanos.

Cuauhtemoc, por medio de sus mensajeros, afeaba á los jefes de las tribus su insana conducta; muchas veces envió á reprender á Ixtlilxochitl, "porque favorecía á los hijos del sol, y era contra su "misma patria y deudos; el cual les respondía siempre, que más "quería ser amigo de los cristianos que le traían la luz verdadera,

(1) Ixtlilxochitl, relacion pág. 20.

(2) Ixtlilxochitl, relacion pág. 23.

"y su pretension era muy buena para la salud del alma, que no ser "de la parte de su patria y deudos, pues no le querían obedecer." (1) En aquel gran cúmulo de pueblos, sólo una tribu con algunos hombres más, se presentan dignos de nuestra admiracion y de nuestro respeto.

Terminados por el lado de D. Hernando los aprestos militares, sacó la gente á la plaza de Texcoco para distribuirla á los puntos que al intento tenía escojidos: era el segundo dia de la pascua de Espíritu Santo, lúnes veinte de Mayo. (2) Pedro de Alvarado quedó nombrado jefe de la primera division, compuesta de treinta jinetes, diez y ocho ballesteros y arcabuceros, ciento cincuenta peones de espada y rodela, divididos en tres compañías al mando de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjarás y más de veinte y cinco mil aliados: debía colocarse en Tlacopan en donde terminaba la calzada occidental de la ciudad. Mandaba la segunda division el maestre de campo Cristóbal de Olid y se componía de treinta y tres de á caballo, diez y ocho ballesteros ó escopeteros, ciento sesenta peones en tres compañías al mando de Andrés de Tapia, Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, ademas de veinte mil amigos: deberían situarse en Coyohuacan, extremo de uno de los ramales de la calzada austral. Al frente del tercer cuerpo quedó el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, disponiendo de veinte y cuatro caballos, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta rodeleros, entre ellos los cincuenta mozos escogidos que servían á D. Hernando, divididos en las compañías de Luis Marín, Hernando de Lerma y Pedro de Ircio, y los guerreros de Huexotzinco, Chalollan y Chalco en número de más de treinta mil; tenía el destino de apoderarse de Iztapalapan, término del otro ramal de la calzada Sur, destruir la ciudad y ponerse en comunicacion con Coyohuacan por medio de las calzadas. (3) Formaban las tres guarniciones un total de 87 caballos, 513 peones y más de 75,000 aliados.

Cada uno de los trece bergantines quedó armado con una peque-

(1) Ixtlilxochitl, relacion pág. 21.

(2) Cartas de Relac. pág. 236. La fiesta de Pentecostés cayó aquel año 1521, en el domingo diez y nueve de Mayo.

(3) Cartas de Relac. pág. 236.—Bernal Díaz cap. CL.

ña pieza de artillería, y se distinguían por una bandera con el nombre propio del bergantin, á la cual acompañaba el estandarte de Castilla. Cada nao iba montada por un capitan, un veedor, doce remeros, seis para cada banda, seis ballesteros, seis escopeteros y los sirvientes de las piezas que al ménos serían dos, resultando en cada vaso un total de veintiocho hombres ó sean 364 por todos. (1) Trabajo costó al general completar la dotacion de remeros, pues todos se creían afrentados en aquel empleo, negándose resueltamente los hidalgos á sentarse en los bancos; Cortés entresacó la gente de mar y no siendo suficiente señaló á los naturales de los puertos, obligándoles á prestar el servicio no obstante sus representaciones. Eran los capitanes Juan Rodriguez de Villafuerte, Juan Jaramillo, Francisco Rodríguez Magarino, Cristóbal Flores, Juan García Holguin, Antonio de Caravajal, Pedro Barba, Gerónimo Ruíz de la Mota, Pedro de Briones, Rodrigo Morejon de Lobera, Antonio de Sotelo, Juan de Portillo y Juan de Limpias Carvajal: si despues aparece algun otro nombre, debe atribuirse á los cambios sobrevenidos durante las peripecias del sitio. Cortés dirigió una alocucion al ejército; comunicó instrucciones minuciosas á los comandantes; hizo pregonar de nuevo las antiguas ordenanzas de Tlazcalla, previno á los soldados llevaran buenas armas, "y papahigos y jorjales y an-"tiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas "y lanzas y macanas y otras armas de espadas de á dos manos con "que los mexicanos peleaban con nosotros y para tener defensa con "ir bien armados." (2)

Las divisiones de Alvarado y de Olid debían marchar las primeras, y para evitar embarazos en el camino los aliados fueron enviados delante. (3) Los tlaxcalteca salieron de Texcoco el veintiuno

(1) Cartas de Relac. pág. 237.—Bernal Díaz, cap. CXLVIII y CXLIX.—Cortés dice que dejó trescientos hombres para las fustas; Bernal Díaz saca el mismo resultado, no obstante que las cuentas que ajusta no carecen de error.

(2) Bernal Díaz, cap. CL y loco cit.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XII y XIII.—Torquemada lib. IV, cap. LXXXVIII.

(3) La fecha de la salida de Texcoco de estas fuerzas presenta alguna dificultad: Cortés la señala en diez de Mayo (pág. 237), miéntras Bernal Díaz la coloca en el trece (cap. CL): ambos dichos están en contradicion con las respectivas relaciones; y ademas, si la distribucion se hizo el veinte, mal se puede admitir la separacion de

de Mayo, á las órdenes de Chichimecatecutli; en la misma brigada debía encontrarse Xicotencatl, general auxiliar destinado al servicio de Alvarado; mas se advirtió que no estaba en su lugar, sabiéndose á poco se había retirado á Tlaxcalla. La causa parece haber sido la siguiente. Con motivo de cargar á un indio, los castellanos descalabraron á un caballero llamado Piltectetl primo hermano de Xicotencatl; Alonso de Ojeda, comandante castellano de los tlaxcalteca, temeroso de que Cortés castigara aquel desman, calló el hecho y le compuso cual mejor pudo, dando licencia al Piltectetl para ir á curarse á su tierra. Haber quedado sin castigo los autores de las heridas, el desprecio con que los blancos trataban hasta á los magnates indígenas, el encono profundo que profesaba á los teules y la resistencia que había puesto al emprender aquella guerra, son á nuestro juicio causas suficientes para motivar la retirada de Xicotencatl, con el intento tambien de arrastrar con su ejemplo á todos sus amigos. Sin embargo, danse otras explicaciones. Segun una, Piltectetl y Xicotencatl eran rivales, y como el primero se tornaba á Tlaxcalla, el segundo, celoso de la dama, se huyó para la ciudad acompañado de algunos amigos. (1) Segun otra, se volvía á su hogar para apoderarse por fuerza del cacicazgo, tierras y vasallos de Chichimecatecuhtli; miéntras este jefe andaba en la guerra. (2) Esto segundo nos parece un cargo tan gratuito como sin fundamento; lo primero es un supuesto impropio en el carácter de un guerrero indio.

Chichimecatecuhtli vino apresuradamente á Texcoco á dar cuenta al general de la desaparicion de Xicotencatl: Cortés disputó á cinco principales acolhua y dos tlaxcalteca para que fuesen á alcanzar al jefe indio y le rogasen se tornase, dándole para ello muchas razones, "y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y

las tropas del cuartel general ántes de recibir las órdenes y conocer el punto á que se las destinaba. Ambas fechas son descuido de los escritores ó error de los copiantes. Hemos fijado la cronología siguiendo puntualmente las indicaciones de Cortés y de Bernal Díaz; pero aprovechando las fechas fijas por ellos adoptadas, confrontando los sucesos, determinando las marchas y siguiendo la autoridad de Torquemada, lib. IV, cap. LXXXIX.

(1) Herrera, déc. III, lib. I, cap, XVII.

(2) Bernal Díaz, cap. CL.

"que le daría oro y mantas porque volviese; y la respuesta que le "envió á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escasi (Ma-"xixcatzin) le hubieran creído, que no se hubiera señoreado tanto "dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar más "palabras, dijo que no quería venir." Desairado D. Hernando y ofendido por lo que podía llamar el orgullo del indio, tomó una de esas resoluciones atrevidas tan frecuentes en su vida. Tenía necesidad de imponerse á las tribus afirmando su autoridad; le faltaba por arreglar con el caudillo indígena la guerra de Tlaxcalla, sus consejos en la señoría contra los teules, su intento de alzar á los guerreros despues del desbarato en México: todo junto lo pagaría Xicotencatl supuesto que la ley le condenaba; era desertor delante del enemigo. "Ya en este cacique no hay enmienda, dijo Cortés, "sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos conse-"jos." En consecuencia, dió órden á los comandantes de los indios Ojeda y Márquez para que con algunos de á caballo fuésen á Tlaxcalla y donde quiera que le hallasen prendiesen al fugitivo; mas para no chocar con los aliados escribió á la señoría quejándose de la conducta de Xicotencatl, la cual era digna de muerte: los señores de la República dieron su consentimiento para prender al reo. Con aquella autorizacion Márquez y Ojeda se apoderaron del jóven general, conduciéndole con toda brevedad á Texcoco. En la ciudad estaba preparada una horca muy alta, á la cual fué suspendido el guerrero, miéntras un pregonero en récias voces decia la causa de la muerte. (1) Así murió aquel bravo caudillo, el sólo hombre patriota y previsor de Tlaxcalla, que pudo leer en el porvenir la suerte preparada á su patria y á la señoría. Despues de muerto, los guerreros se repartieron los fragmentos de la capa y del *maxtlatl*, teniéndose por dichoso el que podía alcanzar las reliquias del mártir.

Herrera asegura que, "aunque orgulloso y valiente, murió con poco ánimo." Se comprende: el guerrero indio no temía dejar la vida; titubeó ante la horca, suplicio infamante de los blancos, indigno de su nobleza y de su condicion guerrera. Cortés guarda absolu-

(1) Seguimos de preferencia la relacion de Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVII, por estar fundada en las relaciones de los testigos presenciales Márquez y Ojeda.—Le sigue Torquemada, lib. IV, cap. LXXXX.—Veáse Bernal Díaz, cap. CL.

to silencio acerca del hecho. A Solís (1) parece imposible que el jefe indio fuera ahorcado en Texcoco. Los acolhua, ni algun otro de los aliados, tenían simpatía alguna por el tlaxcaltecatl; la señoría dió su permiso para acto semejante; el ejército tlaxcaltecatl estaba dividido y á la sazon mandado por Chichimecatecuhtli, enemigo de Xicotencatl: éste no tenía esperanza de salud por ningun lado. Por eso aquella ejecucion, que pudo ser causa de un serio alboroto entre los aliados, pasó sentida en secreto por los buenos y difundió un profundo terror en la multitud.

(1) Conquista, lib. 5, cap. 19.

CAPITULO VI.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Principio del sitio de Tenochtitlan.—Pedro de Alvarado en Tlacopan.—Cristóbal de Olid en Coyohuacan.—Cuauhtemoc en Tenochtitlan.—Gonzalo de Sandoval en Iztapalapan.—Combate naval.—Toma del fuerte de Xoloc.—Sandoval abandona á Itztapalapan.—Sandoval en la calzada de Tepeyacac.—Asalto en la ciudad.—Socorro de acolhua.—Preséntanse los de Xochimilco y los otomies.—Distribucion de los bergantines.—Nuevo asalto é incendio.—Traicion de los chinampaneca.—Asaltos repetidos.—Vanse retirando los tenochca en direccion de Tlaltelolco.

III calli 1521. Las divisiones de Pedro de Alvarado y de Cristóbal de Olid, salieron de Texcoco el veintidos de Mayo: rindieron la jornada en Acolman. Olid hizo adelantar á algunos de los suyos para tomar alojamientos, lo cual hicieron señalando con ramas verdes las casas separadas: cuando llegaron los de Alvarado no encontraron en donde posar, de donde se originó una acalorada reyerta, siguiéndose que los soldados pusieran mano á las armas y

áun se retaran los dos capitanes. Algunos caballeros de ambos campos se metieron entre los contendientes, apagando un tanto el ruido, si bien quedaban todos resabiados: informado Cortés, envió en toda diligencia á Fr. Pedro Melgarejo y al capitan Luis Marin, quienes con razones y amenazas del general, apaciguaron á los quejosos y reconciliaron á los jefes; sin embargo de lo cual Alvarado y Olid no quedaron buenos amigos. Al dia siguiente (juéves veinte y tres), pernoctaron en Citlaltepec, (1) pueblo que por estar ya en el territorio de los méxica estaba desamparado. Aconteció lo mismo en Cuauhtitlan (viérnes veinte y cuatro), y el dia inmediato (sábado veinte y cinco), atravesando por los desiertos pueblos de Tenayocan y Azcapotzalco, á hora de vísperas entraron en Tlacopan, aposentándose en las casas del rey tepaneca, que eran grandes y hermosas. Durante la tarde, los aliados salieron á merodear por los sembrados para traer de comer y los tlaxcalteca se adelantaron hacia la calzada; empeñándose porfiados combates hasta que sobrevino la oscuridad: durante la noche se oían los desafíos de los tenochca. (2)

Dicha misa por el P. Juan Díaz (domingo veinte y seis), (3) salieron los capitanes en direccion de Chapultepec, segun les habia ordenado el general, con intento de romper los caños que conducian el agua potable á México: en el tránsito fueron acometidos por los tenochca, cuyos indómitos guerreros defendieron con valentía el paso, logrando al cabo rechazarlos, no sin tener tres heridos y perder buena copia de los aliados. Ahuyentado el enemigo, los blancos penetraron en el bosque secular, rompiendo el acueducto construido de cal y canto y madera: era la primera consecuencia del asedio. En seguida la hueste se dirijió sobre la calzada de Tlacopan. Aunque los méxica ponían porfiada resistencia, intencionalmente iban ciando atrayendo á los contrarios, hasta llevarlos muy adentro de la calzada, junto á una puente; entónces hicieron rostro, acudieron innumerables guerreros por la calzada misma y á ambos lados, en canoas por el lago, empeñándose formal y récia batalla. Los del agua disparaban flechas, varas y piedras á bulto seguro, sin recibir

(1) Cortés llama á esta poblacion Gilotepec, confundiendo el nombre.

(2) Bernal Díaz, cap. CL.—Cartas de Relac. pág. 237.

(3) La mencion de este domingo hecha por Bernal Díaz, cap. CL, nos ha servido principalmente para fijar las fechas anteriores.

gran daño de los ballesteros y escopeteros, pues las canoas estaban provistas de récios tablones de madera, tras de los cuales se amparaban. Cuando los jinetes arremetían, los méxica se arrojaban á la laguna y detras de unos mamparos con grandes lanzas, formadas con las armas quitadas á los blancos, herían á mansalva los caballos. Los briosos caballeros tenochca cerraron con la columna pié con pié, *macuahuitl* en mano; las rociadas de las armas arrojadizas menudeaban sin cesar y las piedras arreciaban como granizo; el pelear duraba casi una hora, sin que los blancos obtuviesen ventaja. En esta sazon apareció por el agua nueva flota de *acalli*, dirijiéndose á atacar la retaguardia; á su vista y no pudiéndose sostener más sobre el campo, los castellanos emprendieron en buen órden la retirada, hasta encerrarse en Tlacopan: les costó la jornada un caballo, ocho muertos y cincuenta heridos. "Esta fué la primera cosa que hicimos, quitalles el agua y darle vista á la laguna, aunque " no ganamos honra con ellos." (1) Los azteca, desde las canoas les gritaban vituperios á ellos y á los aliados.

Al dia siguiente (lúnes veinte y siete), atribuyendo Olid el pasado descalabro á impericia de Alvarado, insistió en marchar á donde Cortés le había ordenado, sin atender á las observaciones que en contrario le hiciera el mismo Pedro de Alvarado y algunos caballeros; en consecuencia al frente de sus capitanías dejó á Tlacopan, dirijiéndose á Coyohuacan á donde entró á las diez de la mañana: la ciudad estaba desamparada y los castellanos se aposentaron en el palacio del señor. El arrestado capitan Olid hizo una entrada por la calzada, sin fruto y áun con pérdida; en su campo sufrió una falsa alarma, una noche en que los tenochca vinieron á insultarle hasta la tierra firme. "Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y " el Cristóbal de Olid en su real, sin osar dar más vista ni entrar " por las calzadas, y cada dia teníamos en tierra rebatos de muchos " mexicanos que salían á tierra firme á pelear con nosotros, y no les " pudiésemos hacer ningun daño." (2)

Los dos campos, sin embargo, no quedaron aislados completamente; aderezados los malos pasos á la orilla del lago, la caballería recorría aquel espacio manteniendo la comunicacion, ó protegiendo

(1) Bernal Díaz cap. CL. Cartas de Relac. pág. 238.

(2) Bernal Díaz, cap. CL.—Cartas de Relac. pág. 239.

á los aliados que se ocupaban en robar los panes para aprovisionar los campamentos. Daba esto lugar á diarios y frecuentes combates en que tenochca y tlaxcalteca se arremetían con profundo rencor, denostándose y haciéndose recíprocos cargos y amenazas. (1) El ódio entre aquellas dos tribus había llegado á su colmo; para el azteca, la presencia del traidor republicano debía ser más aborrecible que la de los mismos blancos.

Los invasores estaban en las goteras de la ciudad y Cuauhtemoc reunió á los nobles y á los guerreros en consejo; expúsoles la situacion en que estaban, sólos y abandonados de las provincias; el tropel de los que acudían á alistarse en las banderas enemigas; la falta de agua potable en la ciudad, la presencia de los bergantines que se apoderarían de los lagos: pintóles sin disfraz las miserias y desventuras que les amenazaban, terminando con pedir parecer, si se proseguiría la guerra ó se aceptaría la paz por los blancos apetecida. Los mancebos y la gente briosa, se decidió sin vacilar por la guerra; unos pocos propusieron esperar, y que conservasen cuatro españoles que en su poder tenían cautivos, para que mirándose en aprieto les pudiesen servir para negociar: los sacerdotes nada admitieron, sino acudir con oraciones y sacrificios á la proteccion de los dioses, cuya causa defendían, prosiguiendo hasta vencer ó morir en la guerra, fiados en la proteccion de los númenes. Prevaleciendo esta última opinion, se hicieron solemnes plegarias en los teocalli, con sacrificio de los cuatro castellanos y de cuatro mil prisioneros indios al terrible Huitzilopochtli. (2) Santificados por la religion, los méxica quedaron dispuestos á morir en defensa de la patria.

Al cuarto del alba del viérnes treinta y uno de Mayo, (3) dejó Gonzalo de Sandoval á Texcoco, dirigiéndose con su gente hácia Itztapalapan. Sin encontrar resistencia pasó á lo largo de las costas orientales del lago, torció siguiendo el contorno de las australes, presentándose despues de medio dia delante de la ciudad: los habitantes y guerreros méxica se defendieron briosamente; mas cargados por los castellanos y sus cuarenta mil aliados, tuvieron que huir

(1) Cartas de Relac. pág. 238.—Herrera, déc. III, lib. I. cap. XVII.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVII.—Torquemada, lib. IV. cap. LXXXX.

(3) Cortés, pág. 240, fija esta salida, "otro dia despues de la fiesta de Corpus Christi, viérnes." Corpus Christi cayó aquel año 1521 en el juéves treinta de Mayo. Bernal Díaz asegura que la salida fué cuatro dias despues: no estaba en Texcoco.

en las canoas ó refugiarse en las casas construidas sobre el agua: dueños los blancos de las casas en tierra firme, les pegaron fuego, aposentándose sobre los escombros.

D. Hernando reservó para sí el mando de la flotilla; en su concepto era el puesto de mayor peligro, en los bergantines estaba el principal nervio de la guerra, y por eso tomó aquel cargo, no obstante las representaciones de sus capitanes. Luego que Sandoval dejó á Texcoco, el general hizo embarcar la gente, dirigiéndose tambien á Itztapalapan, para ayudar á la toma de aquella plaza. Tan pronto como se ejecutaron aquellos movimientos, los vigías tenochca colocados en las alturas del Tepepolco y Huixachitlan (1) hicieron grandes ahumadas, que repetidas en otros lugares visibles sirvieron para dar oportuno aviso en la comarca. Las fustas impelidas á remo y vela, siguiendo el rumbo demarcado tuvieron presicion de pasar junto al peñon del Tepepolco (2) cerro de flancos ásperos y escarpados, rodeado completamente por las aguas, coronado por algunas albarradas y defendido por una guarnicion. Al acercarse las naos, los encastillados lanzaron al aire sus desafios y provocaciones, acompañados de algunos flechazos y pedradas: no queriendo el general dejar aquel enemigo á retaguardia, desembarcó con ciento cincuenta castellanos, subió atrevidamente las ágrias laderas y se apoderó del lugar. "E entramos de tal manera, que ninguno de ellos se escapó excepto las mujeres y niños: y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles, pero fué muy hermosa victoria." (3)

Las ahumadas avisaron en México del peligro y en consecuencia salió una flotilla de *acalli* en número de quinientos, (4) con objeto de socorrer los lugares amagados y combatir con las fustas. Al distinguirla de léjos, D. Hernando recogió prestamente el despojo, reembarcó su gente y dispuso que las naos permanecieran tranqui-

(1) Cerro de Huixachtitlan, altura entónces en la tierra firme, llamada hoy de la Estrella ó de Itztapalapa.

(2) Ahora en la tierra firme fuera del lago: llámasele hoy Peñon grande ó peñon del Marqués, porque más tarde fué concedido en propiedad á D. Hernando. Existen ahí las canteras de *tetzontli* de que han sido construidos los antiguos y modernos edificios de México.

(3) Cartas de Relac. pág. 241.

(4) Así Cortés en sus Relaciones. Bernal Díaz afirma que las canoas eran cuatro mil; pero no estaba presente y preferimos el dicho del general.

las: los *acalli* á fuerza de remo se deslizaron rápidamente sobre la superficie del lago, devoraron la distancia, parándose de improviso como á dos tiros de ballesta de sus contrarios. Contempláronse entrambos contendientes un rato, indecisos en quien acometería primero; en aquella sazon, como socorro del cielo segun se figuraron, el viento de tierra que ántes picaba refrescó de pronto dando por la popa á los bergantines; con el impulso del soplo, redoblado por el empuje de los remos, las fustas se dispararon sobre las canoas de los atónitos indios, quebrantándolas, trastornándolas, atropellándolas, aumentando el estrago con las ballestas, escopetas y artillería, quedando los guerreros, bien muertos, bien luchando contra las aguas: los *acalli* salvados á la destruccion tomaron velozmente la huida, siendo perseguidos por tres leguas, hasta que las últimas pudieron escapar á la destruccion metiéndose por entre los canales de la isla en que reposaba México. (1) El efecto extraño que en el ánimo de los guerreros producía el caballo en tierra firme, debían hacer los bergantines en los nautas indios.

Cuando Cristóbal de Olid distinguió la flotilla puesta en movimiento, salió de Coyohuacan con todas sus fuerzas metiéndose por la calzada adelante; en despecho de la brava resistencia que le hacían los méxica les ganó algunas puentes y albarradas, matando á los guerreros, echándolos al agua ó empujándolos hácia la ciudad. Este ataque simultáneo con el de Itztapalapa, no permitía á las fuerzas indias acudir en el tropel que pudieran, haciendo ménos difícil el avance de Olid.

Miéntras esto pasaba, terminada la persecucion de los acalli, D. Hernando condujo los bergantines hacia la calzada de Itztapalapa, que le barría el paso de la laguna, colocándose en la reunion de este ramal con el de Coyohuacan; por este movimiento ambos ramales quedaban en poder de los blancos y cortados de la ciudad, y Olid pudo con toda facilidad acabar de ganar el tránsito y reunirse con el general. Cortés desembarcó treinta hombres más de sus naves, avanzando resueltamente sobre el fuerte de Xoloc, que como sabemos estaba situado cerca del punto de reunion de las repetidas calzadas:

(1) Cartas de Relac. pág. 240—42.—Bernal Díaz, cap. CL.—Sahagun, lib. XII, cap. XXXII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXX.

el fuerte era pequeño y estaba compuesto de dos teocalli de poca altura rodeados de una cerca baja de cal y canto, razon por la cual sólo contenía una corta guarnicion; ésta peleó réciamente hasta que agobiada por el número tuvo que ceder el puesto, con harto peligro y trabajo de los vencedores. Pero adelante de aquel sitio, por media legua más, se extendía la calzada hasta Tenochtitlan, cuajada de tenochca que no sólo disputaban porfiadamente el paso, sino áun intentaban recobrar el fuerte: D. Hernando hizo sacar los tres cañones gruesos de hierro que en las fustas llevaba, asestó el uno por la calzada adelante haciendo grave daño en los indios, aunque por descuido del artillero se incendió la poca pólvora que había. El estrago causado por el cañon y los bergantines que por el lado del agua disparaban sobre seguro las ballestas, escopetas y artillería, acabaron de auyentar á los guerreros hasta retirarlos á encerrar en la ciudad.

Llegada la noche, aunque Cortés tenía pensado retirarse á Coyohuacan, calculando ser aquel un verdadero punto estratégico, determinó establecerse en el fuerte ganado. En consecuencia, los bergantines anclaron junto al lugar, marchando uno de ellos al real de Sandoval á traer la pólvora que faltaba y comunicando sus órdenes para que la mitad de la guarnicion de Olid viniera temprano á la mañana siguiente, así como cincuenta hombres de la division de Sandoval: en el fuerte quedaron con gran vigilancia. "Y á media "noche llega multitud de gente en canoas, y por la calzada á dar "sobre nuestro real; y cierto nos pusieron en gran temor y rebato, "en especial porque era de noche, y nunca ellos á tal tiempo suelen acometer, ni se ha visto que de noche hayan peleado, salvo con "mucha sobra de victoria. E como nosotros estábamos muy apercibidos, comenzamos á pelear con ellos y dende los bergantines, por "que cada uno traía un tiro pequeño de campo, comenzaron á soltallos, y los ballesteros y escopeteros á hacer lo mismo; y desta "manera no osaron llegar más adelante, ni llegaron tanto que nos "hiciesen algun daño, y así nos dejaron en lo que quedó de la noche sin nos acometer más." (1)

Al amanecer del dia siguiente (sábado primero de Junio), llegaron al fuerte quince ballesteros y escopeteros, cincuenta rodeleros y

(1) Cartas de Relac. pág. 244.—AA. cit.

siete ú ocho caballos de la guarnicion de Coyohuacan, á tiempo que los tenochca combatían porfiadamente el lugar por el frente de la calzada y con canoas por ambos lados: "era tanta la multitud, que "por el agua y por la tierra no viamos sino gente, y daban tantas "gritas y alaridos, que parecía que se hundía el mundo." (1) Barriendo el paso con la artillería, acometiendo con la caballería y á favor de los bergantines, los blancos echaron adelante, ganaron una puente y albarrada defendida con brío, empujando á los guerreros méxica hasta meterlos en las primeras casas de la ciudad. Molestando mucho los tiradores indios colocados en los *acalli* al otro lado de la calzada, fué rota una parte de esta cerca del real, por cuya brecha pasaron cuatro naos; entónces ambas divisiones navales dieron sobre las canoas que á su frente tenían, quebrando unas, apoderándose de otras, hasta que las demas huyeron á ocultarse en la ciudad. Las calles de agua ó canales permitían la entrada franca hasta el centro de la poblacion, y aunque cerca de la isla se encontraban algunos bajos y estacadas, por los pasos libres penetraron los bergantines hasta los suburbios, quemando muchas chozas. Para precaverse en adelante del daño los méxica cerraron aquellas entradas, dejando paso franco á las canoas por bajo los puentes. Trascurrió todo el dia en continuo batallar, hasta que por la noche los castellanos se retrajeron al fuerte de Xoloc. (2)

La posicion de este punto hacía inútil á Itztapalapan, tanto más cuanto que Sandoval no había podido apoderarse de las casas situadas dentro del agua, desde las cuales recibía algun daño. Por órden del general dejó, pues, la arruinada ciudad, dirigiéndose con los españoles y aliados directamente para Coyohuacan. Emprendió la marcha al inmediato dia (domingo dos de Junio); pasaba el camino por una calzada de una y media legua de largo, tocando en el pueblo de Mexicatzinco, (3) y atravesando el lago en la parte austral más angosta. Sandoval pasó llanamente hasta penetrar en Mexicatzinco, cuyos habitantes comenzaron á combatir con bravura; acudieron á la defensa los guerreros de los lagos australes y áun una flotilla de canoas enviada por Cuauhtemoc para deshacer la calzada

(1) Cartas de Relac. pág. 245.

(2) Cartas de Relac. pag. 245.—Sahagun, lib. XII, cap. XXXII.

(3) Clavijero, Conq. tom. 2, pág. 157.

y anegar á los invasores. Parte de la capitanía de Olid y dos bergantines vinieron al socorro, pudiendo Sandoval rechazar á los indios, quemar la ciudad, pasar la rota calzada sirviendo las dos naos de puentes, logrando por último recogerse en Coyohuacan. De aquí salió con diez jinetes para el fuerte, el cual estaba furiosamente atacado por los méxica; el alguacil mayor descabalgó, así como los suyos, para lanzarse á la pelea, teniendo el contratiempo de haber sido lastimado en un pié de un jarazo. Enfilando la calzada con los tiros gruesos, con las armas de fuego y artillería de las fustas, más los proyectiles lanzados por los aliados, los porfiados méxica tuvieron que apartarse al cabo hacia la ciudad. (1) "E desta manera " estuvimos seis dias, en que cada dia teníamos combate con ellos: " é los bergantines iban quemando al rededor de la ciudad todas las " casas que podían, y descubrieron canal por donde podían entrar " al rededor y por los arrabales de la ciudad, y llegar á lo grueso " de ella, que fué cosa muy provechosa, é hizo cesar la venida de " las canoas, que ya no osaba asomar ninguna con un cuarto de le- " gua, á nuestro real." (2)

Pedro de Alvarado comunicó de Tlacopan la noticia, que por la calzada de Tepeyacac, situada al Norte de Tenochtitlan, entraban y salían libremente los moradores, pudiendo tambien escaparse todos cuando menester fuere. Aunque D. Hernando "deseaba más su salida, que no ellos," con objeto de apretar el cerco, ordenó á Gonzalo de Sandoval que con veinte y tres caballos, cien peones, diez y ocho ballesteros y escopeteros y buen número de aliados fuera á situarse en un pueblo pequeño al principio de aquella calzada. Aunque herido, aquel fiel oficial dejó á Coyohuacan, llegando el dia siguienté á su destino. " E dende allí adelante la ciudad de Temixtitan quedó cercada por todas las partes, que por calzadas podían salir á la tierra firme." (3)

(1) Cartas de Relac. pág. 246.—Bernal Díaz, cap. CL.

(2) Cartas de Relac. pág. 246. Para formar en cuanto posible el diario del sitio, vamos estudiando minuciosamente las relaciones; mas áun así, unas fechas resultan exactas, cuando están bien determinadas, miéntras las demas quedan dudosas ó á poco más ó ménos. En el presente caso, ¿de cuándo á cuándo se cuentan los seis dias? si desde el principio de la toma del fuerte, terminan el juéves seis de Junio.

(3) Cartas de Relac. pág. 247.—Bernal Díaz, cap. CL.—Herrera, déc. III, lib. I. cap. XVII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXX.—Noticia comunicada por Alvarado, siete de Junio?—Sandoval se situa en Tepeyacac, ocho de Junio?

Embestida la ciudad por todas las entradas, Cuauhtemoc acudía á la defensa con incansable actividad. Ahondábanse los fosos, se multiplicaban las albarradas, se fabricaban hoyos encubiertos en el agua para hacer caer á los contrarios; las canoas circulaban por los canales aprovechando la ocasion de caer sobre el enemigo, y á los bergantines que se aventuraban dentro de las casas los agobiaban desde las azoteas con todo género de proyectiles. Los guerreros recibían cierta organizacion, aprendida de los teules; divididos los escuadrones en capitanías, con sus colores y divisas, cada una tenía señalado el punto en donde había de combatir, mudándose por horas para comer y descansar; saliendo de la costumbre establecida peleaban tambien de noche, teniendo en contínua alarma y desvelo á los blancos, importándoles poco las pérdidas con tal de poder causar algun daño. En las tinieblas ponían velas y escuchas, que mudaban por cuartos, encendiendo grandes hogueras para descubrir los movimientos de los españoles; no se mostraban á la luz, vigilaban en silencio y corrían la palabra ó se apellidaban por medio de silbidos. Para proveerse de víveres, durante la oscuridad salían las canoas de la ciudad ó venían las de los pueblos todavía amigos en las lagunas, logrando en el mayor silencio meter agua y abundantes mantenimientos. Los víveres para sitiados y sitiadores consistían principalmente en el pan de maíz ó tortillas, en las yerbas comestibles conocidas bajo el nombre genérico de quelites (*quilitl*), en capulines (*capollin*), frutillas llamadas cerezas por los castellanos y en las tunas (*nochtli*), muy abundantes en aquella estacion: (1) bastaban estos artículos á la sobriedad india, si bien eran insuficientes para los blancos.

Establecidas sólidamente las guarniciones de las calzadas, D. Hernando dispuso dar un asalto general á la plaza. La guarnicion de Xoloc se componía de doscientos peones, entre ellos veinte y cinco ballesteros y escopeteros, sin contar la tripulacion de las fustas que pasaba de doscientos cincuenta hombres: para reforzarla se hizo venir la mayor parte de la fuerza de Coyohuacan, no sin dejar en aquel sitio algunos castellanos con diez mil aliados, para contener, caso se presentasen á los pueblos de Xochimilco, Culhuacan, Itztapalapan, Huitzilopochco, Mexicatzinco, Cuitlahuac y Mizquic,

(1) Bernal Díaz cap. CLI.

(1) situados en los lagos australes, todavía á devocion de México: diez jinetes rondarían la calzada, así para cubrir la retaguardia como tener expedita la vía. El asalto principal era por este rumbo, á cuyo efecto debían apoyarle los bergantines y ochenta mil aliados: para llamar la atencion comunicáronse órdenes á Alvarado y á Sandoval para acometer por sus respectivas calzadas.

Al dia siguiente (2) muy temprano, D. Hernando á pié se puso al frente de los suyos, tomando la calzada en direccion á la ciudad. A poco andar se encontró un foso profundo sostenido por una albarrada; aunque los méxica le defendieron con brío, combatidos por el fuego de los bergantines que á uno y otro lado apoyaban la columna de los asaltantes, tuvieron que ceder el paso. Siguiendo el avance llegaron hasta la entrada de la ciudad; aquí dieron con una segunda cortadura ancha y una récia trinchera apoyada sobre un teocalli: (3) "E como llegamos, comenzaron á pelear con nosotros; "pero como los bergantines estaban de la una parte y de la otra, "ganámosela sin peligro, lo cual fuera imposible, sin ayuda de "ellos." (4) Comenzando los méxica á retirarse, saltaron á tierra los de los bergantines, ayudando á franquear el paso á los castellanos y á los de Tlaxcalla, Huexotzinco, Chalco y Texcoco, en número de más de ochenta mil hombres. De esta manera los asaltantes se encontraban al principio de la calle de Itztapalapan, la misma por la cual habían penetrado en Tenochtitlan al ser recibidos de tan buena voluntad por Motecuhzoma la primera vez. Miéntras los unos marchaban adelante, cantidad de indios al mando de Diego Hernández, aserrador, cegaban los fosos con los escombros de las trincheras y de las vecinas casas, á fin de dejar libre y expedito el tránsito.

La primera cortadura encontrada en la calle fué fácil de ganar, porque no teniendo agua el foso, lo franquearon sin gran esfuerzo castellanos y aliados. Dando tras los vencidos la calle adelante, se

(1) Cortés las nombra sucesivamente Suchimilco, Culuacan, Itztapalapa, Chilobusco (hoy Churubusco), Ciutaguacad (actualmente Tlahua en el dique de su nombre), Mizquique: subsisten todavía.

(2) Domingo nueve de Junio?

(3) El teocalli se llamaba Xoluco y estaba situado en donde hoy la iglesia de San Antonio Abad.

(4) Cartas de Relac. pág. 248

encontraron al frente de una segunda cortadura ancha y profunda, sobre la cual no existía ya el puente, quedando una sola viga que los méxica retiraron de presto. Aquí los tenochca pudieron hacer valer sus medios de defensa. Defendíanse tras una buena trinchera de tierra y adobes, miéntras por ambos lados los sostenían multitud de guerreros, que desde las azoteas de las casas disparaban una lluvia de proyectiles. En balde D. Hernando enfilaba la calle con dos de sus piezas grandes de artillería, causando grandes daños en los guerreros, pues éstos permanecían firmes; llamados al frente los ballesteros y escopeteros hacían inútiles descargas para limpiar el muro, hasta que á cabo de dos horas aquel contínuo fuego hizo aflojar un tanto á los tenochca: aprovechando aquel momento de vacilacion, algunos castellanos se arrojaron al agua, logrando pasar al otro lado; á su vista los indios acabaron de perder el ánimo, poniéndose en retirada para el centro de la ciudad. En tanto que algunos cegaban el paso para dejar la calle practicable, el grueso de los victoriosos seguía adelante, hasta dar con el canal que hacia el Sur limitaba la plaza principal: no estaba quitado el puente ni había obra alguna de defensa, pues Cuauhtemoc no se imaginaba que el enemigo pudiera penetrar hasta ahí, y ni el mismo Cortés pensaba que fuera la mitad. (1)

Los méxica en gran multitud ocupaban la plaza, dispuestos á defender los palacios de los reyes y los templos de los dioses. D. Hernando hizo asestar una pieza de artillería gruesa, con la cual barría á los guerreros aunque sin fruto: mirando que los castellanos vacilaban en pasar adelante, embrazó la rodela, alzó la espada en alto, y dando el grito de Santiago se precipitó á la plaza al frente de los suyos y de los aliados. (2) No pudiendo resistir el empuje, los tenochca se guarecieron en el *Coatepantli* ó cercado de culebras del teocalli mayor, de donde tambien fueron arrojados; algunos defendieron valientemente la pirámide principal y la capilla de Huitzilopochtli, más fueron igualmente muertos ó expulsados de los santuarios. (3)

(1) Cartas de Relac. pág. 249.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVIII.

(3) El historiador Ixtlilxochitl pone sumo empeño en su relacion, en colocar la figura del despreciable Ixtlilxochitl junto á la grande de D. Hernando, tarea bajo todos puntos absurda. Hablando de esta toma del templo (Relac. pág. 28) dice: "lle-

A los insultos á que los vencedores se entregaron contra los dioses, renació el coraje de los tenochca; conducidos por sus capitanes tornaron briosamente á la carga; recobraron el teocalli, sacaron del atrio á cuantos ahí estaban, desbarataron á quienes hicieron rostro en las inmediaciones, los persiguieron más allá limpiando la plaza entera de contrarios, se apoderaron del cañon que los ofendía y en marcha victoriosa metieron á españoles y á aliados huyendo por la calle por donde habían venido. En aquella sazon penetraron en la plaza tres jinetes; figurándose los méxica que sobre ellos venía la caballería toda, ciaron perdiendo el terreno ganado; entónces volvieron los blancos y sus amigos, apoderándose por segunda vez de la plaza y del atrio. Diez ó doce principales y sacerdotes se hicieron fuertes en la gran pirámide; varios españoles y tlaxcalteca treparon las gradas arriba, pasando á cuchillo á los defensores. Sobreviniendo otros cinco ó seis de á caballo, acabaron de ahuyentar de la plaza á los tenochca. Algunos tlatelolca estaban recogidos en el palacio de Motecuhzoma llamado Cuauhquiahuac, (casa de las águilas, porque en la portada estaban esculpidas dos águilas de piedra), y salieron contra los jinetes; uno de los tlatelolca recibió una lanzada que le pasó de parte á parte; siguió el caballo su carrera y el soldado alargó el brazo para no perder el arma; apoderáronse los tlatelolca de ella, teniendo el castellano que saltar á tierra por no soltarla, mas entónces fué acribillado á golpes y muerto, así como el caballo. Acudieron los demas jinetes á vengar la muerte, no logrando el intento, pues los guerreros escaparon por entre un edificio que á la sazon estaba en obra en aquel lugar.

El dia entero había transcurrido en batallar y era la caida de la tarde. En aquella hora desembocaron por los canales nuevos escuadrones de los valientes apellidados *cuacuachicti*, dejaron las barcas á los remeros, saltaron á tierra lanzando sus gritos de guerra y se precipitaron rabiosos sobre los asaltantes: su empuje, ayudado por sus hermanos que peleaban, hecho al mismo tiempo por los flancos

"garon Cortés é Ixtlilxuchitl á un tiempo, y ambos embistieron con el ídolo. Cor-"tés cogió la máscara de oro que tenía puesta este ídolo con ciertas piedras precio-"sas que estaban engastadas en ella. Ixtlilxuchitl le cortó la cabeza al que pocos "años antes adoraba por su dios."—Pero es el caso, que ni Cortés, ni ninguno de los testigos presenciales, dicen palabra de que el general en persona hubiera tomado el teocalli, ni consta que Ixtlilxochitl estuviera entónces con los castellanos.

y el frente, introdujo el desórden en los contrarios. Por esta causa ó por lo avanzado del tiempo, D. Hernando mandó tocar la retirada. Protegido en la retaguardia por la caballería, el ejército tomó la calle afuera; paraban á hacer rostro los infantes, y los jinetes hacían frecuentes arremetidas que no bastaban á escarmentar la furia de los méxica, "que en ninguna manera los podíamos detener, ni "que nos dejasen de seguir." Apoderados otra vez de las azoteas disparaban sobre los que se retiraban sus dardos y saetas, y los escarnecían apellidándolos cobardes. Los castellanos quemaron á su paso "las más y mejores casas," y siempre defendiéndose como buenos salieron de la calle, tomaron la calzada y se retrajeron al fuerte de Xoloc. (1) No alcanzaron tanto vencimiento ni provecho, Sandoval y Alvarado en sus respectivos ataques por las calzadas de Tepeyacac y de Tlacopa; "y nuestros amigos que estaban con ellos, "que eran infinitos, pelearon muy bien, y se retrajeron aquel dia, "sin recibir ningun daño." (2)

El asalto á la ciudad no fué una gran victoria; atendido el resultado y las pérdidas: éstas no obstante, quedaron compensadas muy ámpliamente. Al dia siguiente del asalto, (3) llegó un socorro de acolhua en número de cincuenta mil, muy bien aderezados á su usanza, de los cuales treinta mil permanecieron en Xoloc, miéntras cada diez mil fueron destinados á los reales de Sandoval y de Alvarado. (4) Al siguiente dia ó sean dos despues del asalto, vinieron

(1) "Que es cabe el matadero, dice Sahagun, cap. XXXII, y cabe las casas de Alvarado, y los de los bergantines adonde tenían su real, que se llama Acachinanco." Hemos repetido que corresponde á la actual garita de San Antonio Abad.

(2) Cartas de Relac. pág. 247—51.—Bernal Díaz cap. CLI.—Sahagun lib. XII, cap. XXXII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XVIII lib. I. cap. XVIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCI,—Lo de que castellanos ni aliados no recibieran daño alguno, absolutamente es cierto, aunque Cortés lo diga: afirma lo contrario Bernal Díaz.

(3) Lúnes diez de Junio?

(4) Cortés, Relac. pág. 251, afirma que este socorro lo mandó D. Hernando, el muchacho rey de Texcoco, al mando de su hermano Istzisuchil (Ixtlilxochitl) "que "es de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temi-"do de todos."—El historiador Ixtlilxochitl, fundado en la relacion de D. Alonso Axayaca, en otra escrita en nahoa y firmada por los principales ancianos de Texcoco, en otras relaciones certificadas, en las pinturas, y en los informes de los guerreros que asistieron á la conquista, repugna las palabras de Cortés. (Relac. pág. 30 y sig.) Conforme á su dicho, D. Hernando Tecocoltzin era ya muerto; reinaba en su lugar Ixtlilxochitl, príncipe que había acompañado á los castellanos desde que dejaron á Texcoco, que estuvo á su lado durante todo el sitio y les prestó muy impor-

á someterse los de Xochimilco, pueblo principal en la ribera occidental del lago de su nombre; llegaron igualmente los broncos y bárbaros otomíes, vasallos en parte y partidarios los demas de Ixtlilxochitl, desde que este príncipe alzó el estandarte de la rebelion: la amistad de estos pueblos importaba mucho, pues podían caer á retaguardia de los reales de Alvarado y de Sandoval. (1)

Las canoas de los méxica les prestaban importantes servicios, metiendo á la ciudad agua y víveres, trayendo socorros, combatiendo por los flancos á las columnas que se aventuraban sobre las calzadas. Los bergantines habían ya quemado muchas casas de los arrabales, y persiguiendo sin tregua los acalli, habían logrado que ninguno de estos pareciera de dia; aprovechaban la noche para sus excursiones, aventurándose en la parte del lago no vigilada por las fustas. Con el fin de evitar aquel servicio de las canoas, los bergantines fueron distribuidos quedando siete en Xoloc, marchando cuatro al real de Alvarado y dos al de Sandoval, Durante los ataques por las calzadas protegerían las columnas de los asaltantes, miéntras de noche cruzarían entre los reales, destruyendo ó apresando los acalli que á su paso encontrasen: para defenderse, los tenochca

tantes servicios, pues si por su ayuda no fuera, los blancos hubieran perecido. "Y "me espanta de Cortés, que siendo este príncipe el mayor y más leal amigo que tu-"vo en esta tierra, que despues de Dios, con su ayuda y favor se ganó, no diera no-"ticia dél ni de sus hazañas y heróicos hechos siquiera á los escritores é historiado-"res para que no quedaran sepultados, ya que no se le dió ningun premio; sino que "antes lo que era suyo y de sus antepasados se le quitó, y no tan solamente esto, "sino áun las casas y unas pocas de tierras en que vivían sus descendientes, áun no "se las dejaron." Despues de esta queja, leccion ejemplar, para cuantos ayuden al extranjero á exclavizar la patria, prosigue lamentándose del olvido en que fueron puestos los aculhua y sus relevantes servicios, conservando sólo la memoria de los tlaxcalteca, cuando estos robaron la tierra y fueron "los primeros destruidores de las historias de estas tierras."—Parécenos justas las quejas acerca del olvido de los servicios de Ixtlilxochitl, no obstante lo cual damos la preferencia á los dichos de Cortés en materia de los reyes intrusos de Aculhuacan; él les ponía de su mano y ninguno es mejor autoridad para saber lo que determinó en el caso.

(1) Cartas de Relac. pág. 252.—Presentacion de los otomies, mártes once de Junio?—El gobernador, alcaldes y principales de Xochimilco pedían varias mercedes al rey de México á 20 de Mayo 1563, alegando los servicios prestados durante la conquista. Dieron para la toma de México doce mil guerreros, dos mil canoas y víveres en abundancia, sirviendo con sus hombres en las expediciones de Honduras y Guatemala, Pánuco y conquista de Xalixco por Nuño de Guzman. Colec. de documentos inéditos del Archivo de Indias, tom. XIII, pág. 293,

clavaban en el fondo de las aguas, gruesas estacas, sobre las cuales zabordaban ó venían á detenerse los bergantines, aunque todo ello no fué de gran provecho, pues desde estos dias comenzaron á escasear los mantenimientos en Tenochtitlan. Los siete bergantines que en Xoloc quedaron, fueron reducidos á seis, el menor, nombrado el Busca Ruido, fué retirado por ser de poco sustento, repartiéndose la tripulacion en los restantes, pues en ellos había más de veinte hombres mal heridos. De aquí, al fin del asedio sólo fueron doce fustas. (1)

Pasados algunos dias en estas disposiciones, organizados los auxiliares, curados los muchos heridos, (2) Cortés repitió sus órdenes para dar nuevo asalto dentro de dos dias. El señalado oyeron misa muy temprano los castellanos, asistiendo los indios con gran admiracion de lo que veían hacer. (3) Como la vez primera, D. Hernando tomó el mando de las fuerzas, compuestas de quince ó veinte jinetes, trescientos peones, los dos tiros gruesos que le quedaban y los amigos "que era infinita gente:" Ixtlilxochitl iba á su lado. Durante los tres dias anteriores en que no había habido combates, los méxica tornaron á abrir los fosos, repararon con mayor fortaleza las albarradas, presentándose á defender las obras con su bravura y tenacidad acostumbradas. Los combates tuvieron lugar sucesivamente en los mismos sitios, como la vez anterior; flanqueados por los bergantines en la calzada, los tenochca cedieron una tras otra las

(1) Cartas de Relac. págs. 252--53.—Bernal Díaz, cap. CLI.

(2) "Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos departía, curábamos nuestros enfermos con aceite, é un soldado que se decía Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada dia nos hacía, y de presto sanaban; y ansí heridos y entrapajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salír. Pues nuestros amigos los de Tlaxcala, como veían que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venían á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenía que curar." Bernal Díaz, cap. CLI. ¡Curioso médico! Tambien los indios curaban sus dolencias con ensalmos, palabras mágicas y encantamientos.

(3) Oviedo, Hist. de las Indias, lib. I, cap. XXXIII. cap. XXIV.—La indicacion de los dias en que había misa nos puede servir á veces para fijar con mayor exactitud las fechas pues señala los domingos ó alguna fiesta particular. En el presente caso, para este segundo asalto, podemos adoptar el domingo diez y seis de Junio.

cortaduras; perdieron igualmente los puentes de la calle de Itztapalapan, replegándose por último á los edificios fuertes cuando los victoriosos castellanos penetraron en la plaza y en el teocalli mayor. No fué tan fácil aquel vencimiento, pues se verificó "con más trabajo y peligro que la otra vez."

D. Hernando mandó á la gente no pasara adelante, y miéntras en todas direcciones la caballería, los infantes y los aliados sostenían récios choques contra los habitantes de la ciudad, él al frente de diez mil amigos se ocupó en allanar las albarradas, cegar los fosos y calles de agua, hasta dejar expeditas y llanas las calles y la plaza: aunque los obreros eran tantos y eficazmente trabajaban, la labor no pudo estar concluida basta hora de vísperas. El general esperaba que todas aquellas demostraciones quebrantaran el ánimo de Cuauhtemoc. "Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes, "y mostraban tanta determinacion de morir ó defenderse, colegí de "ellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca ó ninguna de "la riqueza que nos habían tomado; y la otra que daban ocasion y "nos forzaban á que totalmente los destruyésemos." (1) Segun propia confesion, Cortés estaba dispuesto á salvar la ciudad, si con ello lograba recoger el tesoro perdido; mas ya que de esto no había esperanza, resolvía asolarla para castigarla por su contumacia y rebeldía. En consecuencia y con determinacion de infundir terror en los guerreros, aquella misma tarde empezó la destruccion sistemática de la poblacion entera. Comenzaron los aliados á derrocar las casas principales, los teocalli y sus santuarios; púsose fuego al palacio de Axayacatl que de cuartel sirvió á los españoles, al edificio de junto ó gran casa de las aves y á las casas principales de las calles de la salida.

Cuando los edificios ardian y la ciudad estaba envuelta en humo y llamas, D. Hernando mandó tocar la retirada. Los méxica cargaron con ciega furia sobre la rezaga; á pesar de ir sostenida por la caballería y estar franca la calle, lo cual permitía á los jinetes mandados por el general hacer á salvo sus arremetidas, los guerreros no aflojaron un punto, cebando principalmente su rabia sobre los aliados. Gran sentimiento les causaba ver en las filas contrarias á los acolhua, á los xochimilca, chalca y otomíes, teniendo por grande

(1) Cartas de Relac. pág. 254.

afrenta verse combatidos dentro del mismo México, ya por los de Texcoco, aliados del imperio, amigos, parientes, sus hermanos por la raza y la lengua, ya por las demas tribus que habían sido sus súbditos y áun esclavos. Aborrecíanse recíprocamente más que á los blancos; denostábanse con palabras rencorosas. Ixtlilxochitl aparece el hombre más impío; entre los contrarios combatían su rey, su hermano, sus deudos, sus amigos de tribu: "y áun muchas "veces aconteció estar Ixtlilxuchitl peleando con alguno de sus pa- "rientes, y desde las azoteas deshonrarle sus tios llamándole de "traidor contra su patria y deudos, y otras razones pesadas, que á "la verdad á ellos les sobraba razon, mas Ixtlilxuchitl callaba y "peleaba, que más estimaba la amistad y salud de los cristianos, "que todo esto." (1) Los esclavos miéntras antes más abyectos, ahora se mostraban más insolentes; ellos y los tlaxcaltecas enseñaban á los méxica los pedazos de los cuerpos de sus guerreros, "di- "ciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro "dia, como de hecho lo hacían." (2) Así lo refiere friamente el conquistador, cuyo sentimiento de horror se había embotado en fuerza de consentir la repeticion de aquella bárbara costumbre. Los bergantines quemaron de las casas cuántas á su alcance se pusieron: Alvarado y Sandoval penetraron por sus respectivas calzadas, causaron cuanto daño pudieron, retirándose en seguida á sus reales. (3)

Al dia siguiente, (4) despues de haber oído misa muy temprano, los castellanos repitieron el asalto; mas por muy temprano que se levantaron ya los tenochca estaban esperando tras las trincheras y los fosos, vueltos á abrir y reparar durante la noche, en los dos tercios del trayecto destruido el dia anterior. Ganar áun las posiciones les costó combatir desde las ocho de la mañana hasta despues de la una de la tarde, agotando en el combate el almacen de saetas y balas. "Y crea V. M. que era sin comparacion el peligro, en que "nos viamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, por-

(1) Ixtlilxochitl, Relac. XIII, pág. 32. Dos páginas adelante asegura que en esta funcion de armas, Ixtlilxochitl mató delante de la puerta del templo mayor á un famoso capitan deudo suyo y le quitó una espada española.

(2) Cartas de Relac. pág. 256.

(3) Cartas de Relac. págs. 253—56.—Bernal Díaz, cap. CLI.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIX.—Torquemada, lib. IV cap. XCII.—Ixtlilxochitl, págs. 30—32.

(4) Lúnes diez y siete de Junio?

"que para ganallas era forzado echarse á nado los españoles, y pa-
"sar de la otra parte; y esto no podían ni osában hacer muchos,
"porque á cuchilladas y á botes de lanza resistían los enemigos que
"no saliesen de la otra parte." (1) Durante la tarde los aliados destruyeron las obras y taparon las cortaduras; D. Hernando tomó por la calle de Tlacopan, ganó dos puentes los cuales quedaron cegados, así como fueron quemadas muchas y buenas casas. Sonó la hora de la retirada: en aquel punto redoblaban su empuje los méxica, arrojándose sobre los asaltantes con denuedo sin igual. En balde eran para contenerlos la artillería, las ballestas, ni los arcabuces; la caballería hacía sus arremetidas sacrificando á los valientes de las primeras filas, sin que su ardor se mitigase; "y cierto verlo
"era cosa de admiracion, porque por más notorio que les era el mal
"y daño que el retraher de nosotros recibían, no dejaban de nos se-
"guir hasta nos ver salidos de la ciudad." (2) Alvarado y Sandoval embistieron por sus calzadas, logrando algunas ventajas.

Los chinampaneca ó moradores de los pueblos de Huitzilopochco, Mexicatzinco, Mizquic y Cuitlahuac, y los de Itztapalapan y Culhuacan, eran de comun molestados por los de Chalco y sus amigos de la otra parte de las vertientes de las montañas; situados en la parte Sur de los lagos, ayudaban en secreto á Tenochtitlan metiendo víveres en sus acalli. Por este tiempo, ya para librarse de las vejaciones de los chalca y de los acolhua, ya más bien porque veían pujantes y poderosos á los blancos, vinieron á dar la obediencia á Cortés; recibióles éste con agrado, perdonándoles que tan tarde se hubiesen reconocido sus vasallos y para que probasen ser cierta su amistad, les pidió trajesen al real el mayor número de guerreros y de canoas que pudiesen, y labrasen casas en el real de Xoloc en donde se abrigase la guarnicion. Lo primero ejecutaron en seguida; para lo segundo fabricaron habitaciones á ambos lados de la calzada, dejando en medio ámplia calle para el tránsito, siendo capaces para aposentar más de dos mil personas, entre castellanos é indios que componían la guarnicion permanente del fuerte, pues el grueso del ejército se albergaba en Coyohuacan. (3) Fueron los últimos

(1) Cartas de Relac. pág. 257.

(2) Cartas de Relac. pág. 258.

(3) Cartas de Relac. pág. 259.—Torquemada, lib. IV, cap. CXII.

pueblos que abandonaron á México, no quedando ya ningun otro; su defeccion trajo la abundancia al campo español, é hizo recrecer el hambre en la ciudad, ya que las canoas de aquellos pueblos ayudaban á los bergantines á vigilar los lagos.

Aquellos riberanos unieron la felonía á la traicion. Los principales de aquellos pueblos vinieron á la presencia de Cuauhtemoc ofreciéndose á concurrir á la defensa de la ciudad; admitió el rey el comedimiento, dándoles dones en señal de amistad y diciéndoles: "Señores nuestros y amigos nuestros, pues que ansí quereis hacer-"nos esta merced, id enhorabuena, y poneos en el puesto que os "mandará el maese de campo, y peleád varonilmente." Llevados al lugar que se les señaló, aparentaron al principio pelear contra los aliados; mas de improviso volvieron sus armas contra los tenochca, matando á los hombres que se defendían, maniatando á las mujeres y á los niños, para meterlos en los acalli y llevarlos por esclavos. Dieron voces los sorprendidos, acudieron los capitanes azteca con los guerreros, cayeron sobre los felones, matando á unos, cautivando á otros, poniendo en fuga á los demas, quitándoles el despojo y presa. "Cuando estas cosas pasaban entre los mexicanos y los "chinampanecas, los españoles y los indios sus amigos se recogie-"ron á sus reales, holgándose ver revueltos los unos con los otros, "y esperaban que el negocio fuese más adelante por descansar y re-"pararse algun dia, entretanto que ellos se descalabrasen." Los chinampaneca prisioneros fueron conducidos á Xacaculco (1) en donde estaba Cuauhtemoc y Macehuatzin señor de Cuitlahuac; éste afeó ágriamente á sus vasallos la negra traicion, cortó la cabeza por su propia mano á cuatro de los principales, entregó otros cuatro á Cuauhtemoc para que ejecutase la misma justicia, dando los demas á los sacerdotes para que los sacrificasen á los dioses en los templos de México y de Tlaltelolco. (2)

Pasaron los dias siguientes (3) en incesante batallar. Por el dia entraban los castellanos, ganaban las puentes, tomaban la plaza, penetraban por algunas calles de la ciudad, quemaban y destruían los edificios, mataban á cuantos guerreros se podía, y allanando los

(1) En donde hoy la iglesia de Santa Ana.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIV.—Torquemada, lib. IV. cap. CXIII.

(3) A la cuenta que ajustamos, del mártes diez y ocho al viérnes veintiuno de Junio?

fosos se retiraban hácia la tarde á su campamento. Los tenochca durante la noche abrían de nuevo las cortaduras, reparaban las albarradas, limpiaban los canales, estando listos al amanecer del dia siguiente para defender de nuevo las trincheras: siempre desbaratados, pero nunca vencidos, defendían los escombros humeantes de las casas, y al retirarse los blancos cargaban bravíos y tenaces, sin importarles nada dejar la vida si podían causar un leve daño. De hierro nos parecen los castellanos en el pelear; mas en verdad que los tenochca no resultan de materia blanda.

Llama la atencion aquel hacer y deshacer contínuo, semejante al tejer y destejer de la tela de Penélope. D. Hernando lo explica diciendo, que para obrar de manera contraria se requerían dos cosas: "ó que el real pasáramos allí á la plaza y circuito de las torres " de los ídolos, ó que gente guardara las puentes de noche; y de lo " uno y de lo otro se recibiera gran peligro, y no había posibilidad " para ello; porque teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada " hora, como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos dieran mil re- " batos, y pelearan con nosotros, y fuera el trabajo incompotable, y " podían darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes gen- " te de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, " que no se podía sufrir poner gente en guarda de ellas, y á esta " causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada dia que entrábamos " en la ciudad." (1)

En tanto los tenochca estaban condenados á la vida más fatigosa. Combatidos por tres puntos á la vez, habían tenido que subdividir sus fuerzas, peleando durante el dia, reparando las obras y fortificándose durante la noche; no tenían tregua ni descanso. En aquella guerra á pierde gente, en que la idea capital era la destruccion, las pérdidas de los tenochca eran irreparables, miéntras los blancos con poca pérdida de su sangre aumentaban á contento el número de los aliados. El hambre hacía recrecer las penas en la ciudad. Aunque se habían hecho considerables acopios de víveres, y al principio introducían agua y mantenimientos los acalli de los pueblos del lago, la defeccion de éstos dejó á los sitiados en completo apuro. Las canoas de los méxica intentaban llegar á la tierra firme; mas los vigilantes cruceros de los blancos las perseguían sin des-

(1) Cartas de Relac. pág. 257.

canso, de manera que, "no había dia que no traían los bergantines " que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colga- " dos de las entenas." (1)

Los nautas tenochca ponían en práctica cuanto les sugería la astucia á fin de burlar á sus contrarios. Una vez pusieron en celada, encubiertas entre unos carrizales, treinta grandes canoas é hincaron grandes estacas en el fondo del lago; dos pequeños acalli cargados, haciendo como que se recataban, se dejaron descubrir y dar caza por dos fustas del crucero, huyendo en direccion del carrizal; al entrar los bergantines entre las estacas zabordaron y no pudieron moverse; salieron de la celada los guerreros, saltaron el abordaje, hirieron ó mataron á los tripulantes, pereciendo el capitan Portillo y quedando tan gravemente lastimado Pedro Barba, que á los tres dias murió. Las dos naves pertenecían al real de Cortés, y éste recibió por ello gran pesar. La pequeña ventaja la pagaron caro. Dias despues, informado el general de que los méxica habían puesto otra celada como la anterior, hizo ocultar seis bergantines entre los carrizales; como en la vez anterior, las dos canoas que servían de señuelo se fueron huyendo de la nave que les daba caza, retirándose hacía el lugar de la celada: acercóse la fusta y dando muestras de temor dió la vuelta; creyendo el lance seguro se descubrieron las canoas emboscadas lanzándose sobre el bergantin, el cual parecía ir huyendo; de improviso aparecieron las seis naos ocultas, y cargando todas sobre los tenochca trastornaron ó rompieron los acalli, prendiendo muchos guerreros. (2)

Los diarios asaltos á la ciudad, la destruccion operada en los edificios, obligó á los tenochca á abandonar la parte Sur, retirándose á la línea de las calles que conducían á Tlatelolco: en este barrio se refugiaron multitud de mujeres y de niños, quienes penetraron con llanto y quejas pidiendo hospitalidad. De buena gana se la concedieron los tlatilulca, los consolaron, acariciaron y aposentaron, prometiéndoles serían en su defensa y amparo. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.
(2) Bernal Díaz, cap, CLI.
(3) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.

CAPITULO VII.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Ataques de Pedro de Alvarado.—Se establece en la ciudad.—Escaramuzas.—Tzilacatzin.—Refriegas en Tlatelolco.—Tlapanecatl.—Derrota de Alvarado.—Asalto general.—Derrota de los castellanos.—Peligro de Cortés.—Retirada al real.—Combates en el campo de Alvarado.—Regocijo de los méxica.—Recobran gran parte de lo perdido en la ciudad.—Desercion de algunos aliados.—Expedicion de Andrés de Tapia contra Malinalco.—Combates.—Accion valiente de Chichimecatecuhtli.—Vuelven al campo los aliados huidos.—Negociaciones de paz.—Deséchalas Cuauhtemoc.—Combate en respuesta.—Expedicion contra los matlaltzinca.—Anécdota.—Sumision de las provincias.—Refuerzo.

III calli 1521. En la última entrada había en el real de Xoloc más de cien mil aliados: dispuso el general que cuatro bergantines con hasta mil quinientas canoas fueran por un lado de la calzada, miéntras por el otro lado irían las otras tres fustas con otros mil quinientos acalli, con órden de correr el contorno de la ciudad á fin de quemar las casas y hacer cuanto daño pudiesen, cosa que

las canoas podían ejecutar hasta el corazon de la puebla, penetrando por las calles de agua. Cortés con el ejército de tierra entró por la calle de Itztapalapan como siempre; las puentes no estaban reparadas ni los fosos abiertos, y ninguna resistencia hallaron hasta llegar á la plaza. El general se dirijió por la calle de Tlacopan con intento de ver si podía comunicarse con el real de Alvarado; mas aunque ganó tres puentes y las hizo cegar, no pudo pasar más adelante. Cuando emprendió el movimiento hizo entrar por dos calles á Alonso Dávila con setenta castellanos, doce mil aliados y seis caballos para guardar la retaguardia, y á Andrés de Tapia con igual fuerza. Llegada la tarde se volvieron al fuerte. "Y este dia fué de " mucha victoria, así por el agua como por la tierra, y óbose algun " despojo de los de la ciudad; en los reales del alguacil mayor y Pe- " dro de Alvarado se obo tambien mucha victoria." (1)

Al dia siguiente (2) volvió á penetrar en la ciudad por el mismo órden; la resistencia fué poca, retrayéndose constantemente los tenochca, de manera que D. Hernando calculaba ser dueño de las tres cuartas partes de la ciudad. " Y sin duda el dia pasado y aqueste " yo tenía por cierto que viniesen de paz, de la cual yo siempre " con victoria y sin ella hacía todas las muestras que podía. Y " nunca por eso en ellos hallamos alguna señal de paz: y aquel dia " nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de " pesar en el alma ver tan determinados de morir á los de la ciu- " dad." (3)

Para darnos cuenta cumplida de los sucesos, retrocedamos algunos dias. Por la calzada del N. ó de Tepeyacac, nada parece que hubiera adelantado Gonzalo de Sandoval, y si consta que por aquel rumbo hizo diarias entradas, las relaciones no indican hubiera ganado un sólo palmo de terreno en Tlatelolco. Más afortunado ó resuelto Pedro de Alvarado, que combatía por la calzada de Tlacopan, mirando que cuantas trincheras y fosos ganaba y destruía por el dia, al retirarse al real durante la noche quedaban luego reparadas por los tenochca, empleando el mismo trabajo y peligro en reconquistarlas la jornada siguiente, determinó fijar sus puestos avan-

(1) Cartas de Relac. pág. 261.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIX.

(2) Sábado veintidos de Junio: poco más adelante fundamos este cálculo.

(3) Cartas de Relac. pág. 261.

zados dentro de la ciudad misma. Al efecto, escogió una placeta en donde había unas torres de los ídolos, capaz para abrigar la hueste: segun se deja entreveer, estos teocalli debían existir hacía el rumbo en donde hoy se encuentra la Concepcion, pues de las relaciones de Cortés consta, que la calle de Tlacopan resistía todavía y sólo había sido allanada en parte por el mismo general. Las mujeres que hacían el pan permanecían en Tlacopan custodiadas por los de á caballo y parte de los aliados; la placeta, que de dia servía de base de operaciones, por la noche quedaba custodiada por cuarenta castellanos, los cuales velaban del anochecer á la media noche; de esta hora á las dos ántes de amanecer los relevaban otros cuarenta hombres, sin que los primeros abandonaran el puesto, entrando igual número de guardia hasta ser de dia, de manera que á este tiempo estaban listos para pelear los ciento veinte hombres. A este fatigoso servicio nocturno seguía el continuado combatir durante la luz, sin que sitiados ni sitiadores se dieran tregua en el constante batallar. (1)

Muy récia debía estar la calle de Tlacopan hasta la plaza, supuesto que Alvarado en lugar de tomar aquella direccion, dirijió de preferencia sus ataques hacía Tlatelolco, lo cual le era fácil ya que con sus bergantines era dueño del lago y no tenía defensa alguna la costa de la isla. Segun las órdenes comunicadas por el general, no adelantaba un paso sin quemar y destruir las casas, deshacer las fortificaciones y cegar los fosos; ayudaban eficazmente las fustas y canoas penetrando por las calles de agua, llevando muy adentro en la ciudad la desolacion y el incendio. Así adelantaron hasta ser detenidos por un muy ancho y profundo foso con hoyos en el fondo, reparos y albarradas fuertes al uno y otro lado; colocadas en lugares convenientes gruesas estacadas para evitar el paso de los bergantines, y aparejadas y escondidas muchas canoas con buenos guerreros, dispuestas á caer sobre quienes intentaran el asalto. El cronista conquistador atribuye aquella obra á nueva táctica adoptada por los méxica; á nosotros nos parece que aquel grande y fuerte canal era el divisorio entre las dos antiguas ciudades de México y de Tlatelolco.

En uno de aquellos dias, cinco bergantines atracaron en Nonoal-

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.

co (1) echando en tierra á los castellanos; esperaban que los indios salieran á su encuentro, mas éstos se mantuvieron quedos. De improviso se presentó un gigantesco y fuerte guerrero, nombrado Tzilacatzin, vestido como otomitl con su *ichcahuipilli* y con tres piedras rollizas, una en la mano derecha y las otras dos en la manija de la rodela: paróse á corta distancia de los blancos, derribó sucesivamente á tres de cada pedrada, y como en su auxilio llegara el tropel de los suyos, los atónitos asaltantes volvieron caras y acometidos briosamente tuvieron que reembarcarse, escapando con algun daño y bien mojados. Aunque á Tzilacatzin disparaban ballestas y arcabuces no lograron tocarle, sucediendo lo mismo en las siguientes escaramuzas, pues aunque empeñosamente lo buscaban salía siempre con diverso disfraz para no ser reconocido, causando daños á españoles y á aliados. En próximo desembarco la pelea duró el dia entero, muriendo de ambas partes cantidad de indios; durante la refriega perecieron los dos valientes guerreros tlatilolca, Tzoyotzin y Temutzin, quienes sin sombra de temor se arrojaban contra los teules hiriendo y derrocando. (2)

En una de aquellas refriegas los guerreros lograron apoderarse de diez y ocho castellanos, los cuales despojados de sus armas y vestidos y maniatados fueron conducidos á la presencia de Cuauhtemoc y de otros principales, á la sazon en el barrio de Tlacuchcalco: (3) todos los prisioneros fueron sacrificados en un templo cercano, repartiendo los cuerpos entre los cautivadores, para que las carnes fueran comidas en los abominables banquetes prescritos por la costumbre. Los españoles presenciaban aquellos horrores desde léjos, sin poder dar socorro á sus míseros compañeros. Una fusta del campo de Sandoval se metió en el barrio de Xocotitla ó Cihuatecpa; (4) recibida con denuedo por los tlatilolca, los castellanos tuvieron que reembarcarse, dirijiéndose á Coyonacazco ó Amaxac: (5) aquí

(1) Persiste áun el nombre en la garita al extremo N. O. de la ciudad.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(3) Había una casa de audiencia ó tecpan en donde hoy la iglesia de Santa Ana.

(4) Llamado despues San Francisco, en Tlaltelolco.

(5) Segun nos informa Torquemada, lib. IV, cap. XCIII, "es á la salida de la calzada de Guadalupe, donde hay una puente, en el principio de la albarrada que corre la vuelta de San Lázaro y donde se ponen los cuartos de los ahorcados, cerca de la hermita de Santa Lucía, que por otro nombre se llama Amaxac."—No existe la hermita de Santa Lucía; mas consta en los planos antiguos de la ciudad.

tuvo lugar otra escaramuza, en que murieron muchos indios, estando á punto de perecer Rodrigo de Castelleda, valiente soldado á quien los méxica apellidaban Xicotencatl. Retiráronse los asaltantes sin haber logrado grandes ventajas. (1) Un buen descalabro sufrieron los del real de Sandoval. En una de las embestidas, un distinguido guerrero tlatilolcatl nombrado Tlapanecatl, se arrojó sobre el alférez de los castellanos logrando arrancarle la bandera; envalentonados los guerreros viejos apellidaron á los que estaban escondidos, embistiendo con los blancos ya medio desordenados por tan inaudita accion, los pusieron en huida, cautivando cincuenta y tres españoles con gran número de tlaxcalteca, aculhua, xochimilca y chalca. Todos aquellos prisioneros fueron llevados al Tlacochcalco en donde estaba Cuauhtemoc, para ser en seguida sacrificados en el templo mayor, repartiendo á otros, por ser muchos, en los teocalli menores: en aquella vez sacrificaron tambien cuatro caballos. Al retirarse los tenochca á Tlatelolco, se llevaron la imájen de su dios Huitzilopochtli la cual colocaron en el barrio de Amazac, en la casa llamada Telpuchcalli. (2)

Uno de aquellos dias, que era domingo, (3) los tenochca atacaron fieramente el real de Pedro de Alvarado; distribuidos en tres divisiones, una de ellas ocupó la calzada para acometer el campo por retaguardia. Mantuviéronse firmes los castellanos de los teocalli, miéntras la caballería y los tlaxcalteca dieron sobre los de la espalda ahuyentándolos y despejando la calle; entónces la hueste entera se puso en movimiento, haciendo retraer á los contrarios que se retiraban peleando. Los méxica combatían haciendo una falsa retirada, lo que no comprendido por los blancos los hizo proseguir descuidados en la persecucion; tomaron con facilidad una primera puente; tras corta resistencia les abandonaron el ancho y fuerte foso que ántes no habían podido franquear, metiéndose victoriosos por entre una calle en que edificios y templos estaban todavía en pié y

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVI.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(3) Así lo expresa Bernal Díaz, cap. CLI. Comparando este dicho con el de Cortés en sus relaciones, guiados por la cuenta de los dias que hemos ido ajustando, con seguridad podemos establecer que éste domingo corresponde al veinte y tres de Junio: no hay otro á que pueda referirse sin dislocar los acontecimientos.

las fortificaciones de las puentes áun no habían sido destruidas: al verificar el paso, tan confiados iban que al pasar no acertaron á cegar el foso. De improviso pararon los fugitivos é hicieron rostro, muchos escuadrones desembocaron por las encrucijadas de las vecinas calles, cubrieron las azoteas de tiradores de flechas y piedras, y lanzando sus gritos de guerra cerraron pié con pié con los blancos peleando con indomable furia, les cercaron por todos lados, causando en las filas considerable estrago. Hasta entónces conocieron los españoles haber caído en la celada, no quedándoles otro remedio que emprender en buen órden la retirada: aunque la verificaban con su bravura acostumbrada, en su mayor parte hubieran perecido, sin la negra costumbre de la tribu, que desdeñaban el matar, por el deseo ingente de llevar vivos á los prisioneros. Al llegar la hueste á la cortadura, estaba tan defendida por los indios, el canal tan lleno de acalli tripulados por guerreros, que tuvo que aventurarse por el paso que se le dejó franco; éste era en donde el ancho canal estaba lleno de hoyos en el fondo, de manera que los soldados tenían que pasar del lado opuesto á nado ó á volápié. Aquí se hizo la derrota completa; los acalli acudieron por el agua para apoderarse de los indefensos, logrando llevarse vivos cinco castellanos y muchos aliados; los bergantines no fueron de ningun efecto porque las grandes estacadas les obstruían la marcha y ántes era ofendida la tripulacion por los tiradores de las azoteas, que mataron dos é hirieron muchos remeros. Alvarado con la caballería quisiera socorrerles; mas se lo impedía la cortadura, pereciendo un jinete con su caballo que en ella se aventuró.

Maravilla fué que no sucumbiesen todos, logrando en fuerza de poderosos esfuerzos retraerse á la plazoleta, casi todos heridos, y abandonando en el foso algunos muertos. Nuestro inimitable cronista Bernal Díaz debió la vida á que le quisieran llevar vivo; aprisionado por algunos indios, bregando y reluchando pudo soltarse del brazo derecho y con sus armas desembarazarse de sus aprehensores, quedando bien herido y maltratado. Los victoriosos méxica hicieron demostraciones de loco placer, sacrificando los cinco blancos y á los aliados al feroz Huitzilopochtli, sin que por ello dejaran un sólo momento del dia de combatir el real: acercábanse burlando y mofando, repitiendo muchas veces: " *Ai*, *Santa Malia manda capitan*, *daca zapatos*. Al retirarse el enemigo por la noche, los cas-

tellanos quedaron quebrantados de fatiga y con no poco desaliento. (1)

Cortés hizo aquel mismo dia una entrada en la ciudad, y al tornar al real por la tarde supo la derrota de Alvarado. Al dia siguiente (2) vino á Tlacopan y hasta el campo de D. Pedro, sin duda para reconvenirle por el descalabro: "E como yo llegué á su real, sin "duda me espanté de lo mucho que estaba metido en la ciudad: y "de los malos pasos y puentes que les había ganado; y visto no le "imputé tanta culpa como ántes parecía tener, y platicado cer-"ca de lo que había de hacer, yo me volví á nuestro real aquel "dia." (3)

Cuauhtemoc alentaba á los méxica con la palabra y el ejemplo, valiéndose principalmente del sentimiento religioso tan eficáz para aquel pueblo. Los sacerdotes, presidiendo á las mujeres, hacían

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.—Cartas de Relac. págs. 262—63.—Herrera, déc. III, lib. IV, cap. XX.—Torquemada lib. IV, cap. CXIV.—Ya que en este pasaje se hace mencion de un caballo muerto, curiosa nos parece la siguiente cédula.

"Cédula para que se haga informacion quantos caballos é yeguas se mataron en la guerra, y se enbía á su majestad para los mandar pagar."

El rey.—Nuestros oficiales de la Nueva España. Por parte de Hernando Cortés nuestro gobernador y capitan general desta dicha tierra y provincias della me es hecha relacion que en la gran cibdad de Temixtitan, e otras partes e lugares de esa dicha tierra los naturales della an muerto a el e a los de su compañia, hasta cincuenta é seis cavallos e yeguas e que los mas estan por pagar e que costaron a muy escesibos precios e me suplico e pidio por merced se los mandara pagar pues murieron en mi servicio o como la mi merced fuere e porque yo quiero ser informado dello por ende yo vos mando que luego que esta veays agays informacion que tantos cavayos é yeguas son los que mataron los yndios al dicho capitan general e a la dicha gente e que podra valer cada uno justamente poniendo muy especificadamente e de todo lo demas que vos vyerdes que es menester saber para ser mejor ynformado e saber la verdad cerca de lo susodicho y la dicha ynformacion avida e la verdad savida escrita en limpio e signada del escribano ante quien parece e cerrada e sellada en publica forma en manera que haga fee la enviareys ante nos para que la mandemos ver e probeer en ello lo que vieremos que mas conbenga e no fagades ende al siendo tomada la razon desta nuestra cédula por los nuestros oficiales que resyden en la dicha cibdad de Sevilla en la casa de la contratacion de las Indias."

"Fecha en Valladolid a quince dias del mes de Octubre de mill e quinientos e veynte e dos años.—YO EL REY."

"Por mandado de su majestad, Francisco de los Cobos."

Segun Bernal Díaz, cap. CLI, un caballo valía ochocientos ó mil pesos.

(2) Lúnes veinte y cuatro de Junio.

(3) Cartas de Relac. pág. 264.

contínuas deprecaciones á los dioses, ofreciéndoles abundantes víctimas con los prisioneros aliados cogidos en los diarios combates, y el contento de la solemnidad rayaba en frenesí cuando los devotos veían tendido sobre el *techcatl* el cuerpo desnudo y blanco de algun teule, quedando ofrecido el corazon al sanguinario Huitzilopochtli: aquellas carnes blancas, santificadas por el rito, eran comidas con delicia como sazonadas por el ódio y la venganza. Las cinco últimas víctimas de la hueste de Alvarado regustaron al terrible númen; los sacerdotes ofrecieron en su nombre completa victoria contra los extranjeros y sus aliados. Estaban en el mes Tecuilhuitontli, precisamente en los dias de los aniversarios de la vuelta de Cortés á México el año anterior, de los rudos combates organizados por Cuitlahuac, de la muerte de Motecuhzoma y desbarato de los blancos: los dioses prometían la repeticion de las luchas gloriosas de Junio y áun otra jornada de la Noche triste.

En los cuatro dias siguientes, (1) si bien con pérdida de seis castellanos muertos y varios heridos, los de Alvarado ganaron la puente en donde fueron desbaratados, la cegaron y se establecieron sobre ella. (2) Cortés proseguía sus diarias entradas en la ciudad, "y combatían los bergantines y canoas por dos partes, y yo por la "ciudad, por otras cuatro, y siempre habíamos victoria, y se mata- "ba mucha gente de los contrarios, porque cada dia venía gente sin "número en nuestro favor." (3)

No obstante aquellos avances hácia el interior de la ciudad, D. Hernando todavía no se determinaba á dejar el real de Xoloc ni se ponía áun en comunicacion directa con las tropas de Alvarado. Más de veinte dias eran pasados en contínuos combates; estaban cercanos al *tianquiztli* de Tlatelolco, y tomado aquel mercado y el teocalli de junto, debería precisamente seguirse la sumision de la ciudad; Alvarado estaba ya próximo al lugar codiciado y era caso de honra no dejarle ganar el puesto antes que ellos: (4) todo esto hicieron presente á Cortés sus capitanes, principalmente el tesorero Julian de Alderete, con tanta insistencia que hubo de conformarse,

(1) Mártes veinte y cinco á viérnes veinte y ocho de Junio.

(2) Bernal Díaz, cap. CXI.

(3) Cartas de Relac. pág, 264.

(4) Cartas de Relac. pág. 262.

áun cuando su opinion era contraria. En consecuencia, se reunió un consejo de los principales cabos, (1) quedando determinado dar un ataque general á fin de apoderarse del mercado de Tlatelolco. Al dia siguiente (2) dos criados del general fueron á comunicar las órdenes á los otros dos campos. Sandoval con cien peones, quince ballesteros y escopeteros, se pasaría al real de Pedro de Alvarado, dejando diez jinetes en el suyo, puestos en celada, para dar sobre los tenochca cuando salieran, mirando que se alzaba el fardaje. Los cinco bergantines de las dos divisiones unidas ayudarían en las operaciones, teniendo particular cuidado de no dar paso adelante sin allanar y cegar primero las puentes y fosos, debiendo todos hacer el mayor empuje posible por penetrar hasta el punto objetivo. Deberían mandar setenta ú ochenta infantes al fuerte de Xoloc, lo cual se cumplió aquella misma tarde. (3)

El dia inmediato señalado, (4) despues de haber oido misa, se desprendieron de Xoloc los siete bergantines con más de tres mil canoas de los aliados: D. Hernando se puso en marcha con veinte y cinco jinetes, con todos los peones castellanos y los aliados. Llegado á la parte ganada de la calle de Tlacopan, organizó el ataque de esta manera, escogiendo las tres calles que de allí conducían al Tlatelolco: por la principal que conducía al mercado debía entrar el tesorero Julian de Alderete con setenta peones y unos veinte mil aliados, (5) ocho caballos le cubrirían la retaguardia, acompañándole multitud de gastadores para derrocar las obras y tapar los fosos; por la calle inmediata, (6) penetrarían Andrés de Tapia y Jorje de Alvarado con ochenta infantes y más de diez mil indios, dejando al principio de aquella vía dos tiros gruesos con ocho de á caballo; D. Hernando seguiría la calle más angosta (7) con cien peones en que había más de veinte y cinco ballesteros y escopeteros,

(1) Siguiendo escrupulosamente la marcha de los sucesos, veinte y ocho de Junio.

(2) Sábado veinte y nueve de Junio.

(3) Cartas de Relac. págs. 265—66.—Bernal Díaz, cap. CLII, discrepa en algunos pormenores y pone la determinacion al cargo exclusivo de Cortés.

(4) Domingo treinta de Junio,

(5) El Relox, en la direccion que las anteriores.

(6) Calles actuales de Santo Domingo y siguientes de S. á N.

(7) Segun resulta de los datos que tenemos recogidos, esta calle debía ser la actual de Manrique, Esclavo, la Pila seca, &c. siguiendo al Norte.

ocho caballos é infinito número de amigos: los jinetes se quedaron apostados en la bocacalle con órden de no pasar adelante.

Pié á tierra, al frente de los suyos, el general tomó resueltamente adelante; la primera cortadura que se presentó fué ganada con el fuego de un tirillo de campo, los ballesteros y escopeteros; se empeñó luego en una estrecha calzada, rota en dos ó tres partes, apoderándose fácilmente de dos puentes, en tanto que la muchedumbre de los amigos se apoderaban de las azoteas y penetraban por las encrucijadas. Miéntras castellanos y aliados seguían calle arriba sin que nada pudiera detenerlos, Cortés con veinte castellanos hizo alto en una especie de isleta, así para sostener á los indios que cerca de ahí combatían, como para protejer la retaguardia de los guerreros que pudieran salir por las calles de travesía. Los de la vanguardia le mandaron avisar estar ya muy cerca del Tlatelolco y que oían el rumor del combate que sostenían Alvarado y Sandoval por su campo; mandóles decir no se internaran sin allanar primero los pasos, á lo cual respondieron estar todo cual se les mandaba. Para cerciorarse se adelantó hasta llegar á un canal ancho de doce pasos, cuyas aguas estaban cubiertas por maderos y carrizos flotantes, que pudieron dar paso á gentes que pasaron con tiento y pocos á pocos. (1) Llegaba Cortés á la puente, cuando descubrió á castellanos y aliados venir en precipitada fuga; los tenochca los habían dejado penetrar hasta donde á sus planes convenía; de improviso sonó el gran atambor sagrado en el teocalli de Tlatelolco, los sacerdotes de los otros templos hicieron resonar los instrumentos de los dioses, oyóse el ronco y lúgubre sonido del caracol de Cuauhtemoc ordenando cargar á los guerreros hasta vencer ó morir, y los escuadrones méxica se precipitaron por todas partes sobre los asaltantes con tan indomable furia, que los hicieron volver rostros y ponerse en huida.

En balde les gritó D. Hernando, "*Tener, tener;*" en balde volvió á repetirles, "Tened, tened, señores, tened récio; ¿qué es esto, que ansí habeis de volver las espaldas?" Sin oir aquellas razones, castellanos y aliados se precipitaron al foso, á su peso cedió la fagina hundiéndose en el agua los desventurados; cayeron sobre ellos

(1) Ixtlilxochitl, relacion XIII, pág. 37, dice que el foso estaba, "á donde ahora es San Martín, barrio de Tlatelulco."

los victoriosos méxica, acudieron por el canal multitud de canoas cargadas de guerreros, trabándose una lucha desesperada en que los unos pugnaban por no ahogarse ó ser llevados vivos, los otros por acabar de una vez con sus aborrecidos contrarios. Cortés, con quince de los suyos se defendió valientemente cual sabía siempre; agobiado por el número, herido de una pierna, vióse rodeado de guerreros y varios capitanes tenochca se arrojaron sobre él y le sujetaron al grito de "Malinche, Malinche:" aquí tambien debió la vida á la negra costumbre de los indígenas. (1) El Malinche hubiera sido ofrenda digna de Huitzilopochtli; por llevarle vivo y por rescatarle se empeñó afanosa lucha. Vencido estaba y sin duda le llevaran, á no ser por el socorro que le prestó Cristóbal de Olea, (2) esforzado jinete, quien cortó de un tajo las manos de un guerrero que tenía asido al general, al mismo tiempo que una vieja pretendía ahogarle; pagó con la vida su adhesion, pues ahí pereció, como tambien su caballo, á los golpes de los guerreros. Presentóse en seguida el acolhua Ixtlilxochitl peleando muy réciamente, (3) así como un diestro capitan tlaxcaltecatl, nombrado Teamacatzin; (4) Lerma que tambien vino, quedó mal herido; el camarero ó mayordomo de Cortés, Cristóbal de Guzman, fué llevado vivo; acudió al fin el capitan de la guardia, Antonio de Quiñones, quien asiéndole de los brazos le arrancó de los tenochca, diciéndole: "Vamos de aquí y salvemos " vuestra persona, pues sabeis que sin ella ninguno de nosotros pue- " de escapar." El grupo de los que defendían al general seguían la angosta calzada por donde habían entrado, la cual iba bien embarazada con los fugitivos, teniendo lugar de salirles por las calles de

(1) " Aquel dia hubiera sido el último de su vida, dice Clavijero tom. 2, pág. 167, á pesar del extraordinario brío con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo, para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses."

(2) Francisco, le llaman Herrera y Torquemada.

(3) Torquemada, lib. IV, cap. CXIV.—Véase Ixtlilxochitl, pág. 38, acerca del cuadro pintado en la puerta de Santiago Tlaltelolco.

(4) Natural de Hueyotlipan en Tlaxcalla, "que valerosamente puso el pecho á los mexicanos y las espaldas á Cortés, peleando. Este se bautizó despues; unos dicen que se llamó Antonio, y otros Bautista, y fué buen cristiano, y el primero que recibió el sacramento de la extrema uncion en aquella tierra." Herrera, déc. III, lib. I, cap. XX.

agua los vencedores matando y cautivando á muchos. Acercóse un jinete para darle el caballo, más de una casa le dieron una lanzada por la garganta que le hicieron dar la vuelta, perdiéndose el cuadrúpedo; acertó á acercarse otro jinete en medio de la confusion, dió el caballo al general, montó éste y se puso á cabalgar, no para pelear sino para huir, pues la calzadilla estaba llena de lodo: perdióse todavía una yegua, quedaron aún aliados y castellanos en poder de los vencedores y el resto de quienes pudieron escapar salieron como por milagro á la calle de Tlacopan. Aquí se ordenó la retirada, sosteniendo la retaguardia Cortés con nueve de á caballo, en tanto comunicaba órdenes á las otras capitanías para que se retrajesen á la plaza.

La hueste de Julian de Alderete, porñaba por ganar una trinchera, cuando por una ventana les arrojaron tres cabezas de cristianos, amenazándolos con acabarlos como habían hecho con Malinche; aquella vista y la órden del general los hizo retraerse al lugar convenido, ejecutando lo mismo Andrés de Tapia, no sin haber sufrido algunas pérdidas. Reunidas en la plaza las tres divisiones, cargaron los méxica por todas partes sin amedrentarse por los peones ó la caballería; al mismo tiempo en un vecino teocalli pusieron los sacerdotes perfumes y zahumerios para hacer un sacrificio, cosa que no pudo ser evitada, porque blancos y aliados á más andar huían en direccion al real de Xoloc. Los victoriosos tenochca los persiguieron sin descanso, y "se iban todos los escuadrones mexicanos hasta " su real á darle guerra, y áun le echaron delante de sus soldados, " que resistían á los mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabe- " zas corriendo sangre de aquellos soldados que habían llevados vi- " vos á Cortés, y les decían que eran del Tonatio, que es Pedro de " Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, é que ya " nos habían muerto á todos. Entónces dicen que desmayó Cortés " mucho más de lo que ántes estaba él y los que consigo traía, mas " no de manera que sintiera en él mucha flaqueza; y luego mandó " al maestre de campo Cristóbal de Olid y á sus capitanes que mi- " rasen no les rompiesen los muchos mexicanos que estaban sobre " ellos, é que todos juntos hicieren cuerpo, ansí heridos como " sanos." (1)

(1) Bernal Díaz cap. CLII.

Los del campo de Alvarado y de Sandoval, siguiendo algo apartados de la costa, penetraron victoriosos hasta bien cerca del *tianquiz* y *teocalli* de Tlatelolco; de improviso se vieron acometidos por grandes escuadrones de guerreros, lanzando sus atronadores gritos de combate y arrojando cinco cabezas ensangrentadas, dijeron: "Así os mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval "y á los que consigo traían, y esas son sus cabezas; por eso cono" "celdas bien." Cerraron entónces pié con pié, sin ser parte para apartarles, las armas blancas ni de fuego: los tlaxcalteca perdieron el ánimo y los blancos comenzaron á ciar aunque en buena ordenanza. La carga de los méxica no aflojaba, de manera que los castellanos seguían en su movimiento retrógrado; oyóse entónces sobre el gran cu de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca el lúgubre y atronador sonido del *tlapanhuehuetl* ó atambor sagrado, viéronse las nubes del humo del *copalli* precusor del sacrificio y se escuchó el ronco sonido del caracol de Cuauhtemoc; (1) nuevos escuadrones de guerreros se precipitaron con furia, empujaron decididamente á los blancos y les encerraron en su real: aquí pudieron defenderse con grandes esfuerzos de valor, sostenidos por el fuego de dos piezas gruesas y las arremetidas de la caballería. "Así heridos como sa- "nos y hechos un cuerpo, estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de "los mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel "dia no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos "daban." (2)

Como el desbarato había sido temprano, Sandoval con algunos jinetes se dirijió al real de Cortés para informarse de lo que le había acontecido; aquel buen soldado ya en presencia del general, le dirijió estas palabras: "Oh, señor capitan, y ¿qué es esto? ¿Aques- "tos son los grandes consejos y ardides de guerra que siempre nos

(1) "Y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con que rabia y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese." Bernal Díaz, cap. CLII.—Segun Clavijero, tom. 2, pág, 166; "oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que sólo se tocaba por los sacerdotes en caso de urgencia pública, para excitar al pueblo á tomar las armas."

(2) Bernal Díaz, cap. CLII.

" daba? ¿Cómo ha sido este desman?" Cortés se disculpó con Julian de Alderete, y éste que estaba presente se descargó con D. Hernando, siguiendo ciertas palabras de enojo. Sandoval despues de aquello dió la vuelta al real de Alvarado. Cortés por su parte había enviado al capitan Andrés de Tapia, con los tres jinetes Guillen de la Loa, Valdenebro y Juan de Cuellar, los cuales fueron detenidos por los indios en el camino, no pudiendo llegar tan pronto como quisiera al desempeño de su encargo, que tambien era informar del descalabro sufrido y saber del daño recibido por Alvarado. Al tornar Sandoval al campo con el capitan Francisco de Lugo, los indios peleaban todavía, y fué preciso combatir obstinadamente para rechazarlos. " Y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y An-" drés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que " le había acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atam-" bor de Huichilobos y otros muchos atabalejos, y caracoles cor-" netas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y " triste: y miramos arriba al alto cu, donde los tañían, y vimos que " llevaban por fuerza á rempujones y bofetadas y palos á nuestros " compañeros que habían tomado en la derrota que dieron á Cortés, " que los llevaron por fuerza á sacrificar; y de que ya los tenían " arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban " sus malditos ídolos, vimos que á muchos dellos les ponían pluma-" jes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar " delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les po-" nían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para " sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los " pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían á " sus ídolos que allí presentes tenían, y á los cuerpos dábanles con " los piés por las gradas abajo: y estaban aguardando otros indios " carniceros, que les cortaban brazos y piernas, y las caras desolla-" ban y las adobaban como cueros de guantes, y con sus barbas las " guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, " y se comían las carnes con chimole," Aquel horrendo espectáculo ponía algun temor en el ánimo de los teules, quienes dentro de sí decían: "¡Oh, gracias á Dios, que no me llevaron á mí hoy á sacrificar!" (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CLII.

Miéntras aquel sacrificio tenía lugar en el teocalli, nuevos escuadrones de guerreros se precipitaban sobre el campo, poniendo á los blancos en gran aprieto; durante la lucha les gritaban: "Mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces." Apostrofaban y denostaban con gran furia á los tlaxcalteca, y arrojándoles brazos y piernas cocidos ó asados, les decían: "Comed de las carnes destos teules y de vuestros "hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y deso que nos so"bra bien os podeis hartar; y mirad que las casas que habeis derro"cado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy me"jores, y con piedras y lanzas y cal y canto, y pintadas; por eso "ayudad muy bien á esos teules, que á todos los vereis sacrifi"cados." (1)

En cuanto á los bergantines, el mandado por Pedro de Briones fué tomado por los méxica con muerte de algunos remeros y heridas del capitan y de otros solldados; recobróse por el socorro que le prestó la fusta de Juan Jaramillo, aunque la de Juan de Limpias de Caravajal zabordó entre las estacadas y ya no podía salir. Las pérdidas en esta derrota pasaron de sesenta castellanos, seis ú ocho caballos, dos cañones, muchas armas y gran multitud de los aliados, quienes siempre llevaban la peor parte en las jornadas. (2)

El resto de aquel dia y la noche inmediata gastaron los méxica en solemnizar la victoria con danzas y cantos, encendiendo grandes lumbradas en los templos y azoteas de las casas, tocando el gran tambor del dios de la guerra, bocinas y caracoles en señal de regocijo, esmerándose los sacerdotes en lo concerniente al culto. Varios dias seguidos duraron aquellas fiestas (diez, dice Bernal Díaz), en las cuales servían de víctimas los castellanos tomados prisioneros, guardados cautivos y engordando para aquel efecto. (3) Los dioses por medio de sus ministros prometían la pronta y total destruccion

(1) Bernal Díaz cap. CLII.

(2) Consúltese, Cartas de Relac. pag. 266--271.—Bernal Díaz, cap. CLII.—Oviedo, Hist. de las Ind. lib. XXXIII, cap. XXVI y XLVIII.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XX.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIV,—Múñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS.—Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 36—39.—Gomara, Crón. cap. 138. &c. Nuestra relacion sale un tanto diversa de la de Prescott: véanse los originales.

(3) "Y digamos como los mexicanos hacían cada dia grandes sacrificios y fiestas en el mayor de Tlaltelolco, y tañían su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían cada noche grandes lumina-

de los teules. Así lo hizo entender Cuauhtemoc á los pueblos, por medio de emisarios provistos de dos cabezas de caballo y de varias de cristianos, las cuales mostraban como testimonio, diciéndoles se apartasen de la alianza de los blancos, pues de lo contrario al terminar la guerra serían destruidos sin remedio; aquellas amenazas y más bien el prometimiento de los númenes, resfriaron un tanto el ánimo de los sometidos, determinando que algunos permanecieran neutrales, miéntras algunos se dispusieran á socorrer á México. Dentro de la ciudad misma los méxica volvieron á recobrar todo lo perdido, repararon las albarradas, abrieron los fosos y vinieron á poner sus centinelas avanzadas á dos tiros de ballesta del real de Xoloc. (1)

Para curar los heridos, recobrar las fuerzas y reponer las municiones, los castellanos se abstuvieron de empeñar combates formales por pocos dias, si bien no dejaba de haber algunas escaramuzas, ya que los méxica se llegaban á atacar los campamentos. No sólo estas causas determinaban aquel retraimiento; una porcion de los aliados había desertado, bien desalentados por la derrota de los teules, bien llenos de temor por la promesa que los dioses habían hecho á los méxica de sacarlos victoriosos: (2) se comprende que quienes huyeron fueron los adoradores de Huitzilopochtli, porque los aculhua no fiaban muy particularmente en aquella divinidad, y los

rias de mucha leña encendida, y entónces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos, y segun ellos decían, que en la mañana ó en aquella misma noche nos habían de matar." Bernal Díaz, cap. CLIII.

(1) Cortés, Cartas de Relac. pág. 271—72.—Herrera, déc. III, lib. I. cap. XXI. Torquemada, lib. IV, cap. XCV.

(2) Segun Bernal Díaz, cap. CLIII, los aliados desaparecieron todos, hasta el punto de no quedar en el real de Cortés más de Ixtlilxochitl con unos cuarenta de sus amigos; en el real de Alvarado los dos Xicotencatl y el general Chichimecatecutli con ochenta tlaxcalteca, y en el campo de Alvarado un cacique de Huexotzinco con cincuenta guerreros. Todo esto aparece como exajerado. Cortés no menciona semejante desercion, que á ser cierta le hubiera mucho preocupado. Ademas, dos dias despues del desbarato al salír Andrés de Tapia en socorro de los de Cuauhnahuac, el mismo Bernal Díaz, cap. CLV, afirma que marchó con "muchos amigos;" y en efecto, no aventurara Cortés, en aquellas circunstancias una pequeña partida española hasta Malinalco, sin ir acompañada de competente escuadra de aliados. Hubo desercion mas no en la escala que el cronista la pinta. V. Clavijero, tom. 2, pág. 174.

tlaxcalteca sólo reconocian á su dios Camaxtli. Aun los mismos prófugos tornaron pronto á la amistad de los blancos, luego que pasado el plazo fatal se vió no haberse cumplido el vaticinio.

Al dia siguiente de la derrota, (1) por no mostrar flaqueza, los del campamento de Cortés salieron á guerrear hasta la primera puente de la calzada, volviéndose en seguida: los méxica atacaron el campo de Alvarado, decían muchas injurias y les gritaban: "Mirad cuán malos y bellacos sois, que áun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor." (2)

Dos dias despues del desbarato, (3) llegaron al campo de Xoloc ciertos mensajeros del señor de Cuauhuahuac, quejándose de que sus vecinos de Malinalco corrían sus tierras y les hacian daño, y que ahora concertados con los de la provincia de Cohuixco iban sobre la ciudad á destruirlos, amenazando con volver despues sobre los teules; en consecuencia pedían auxilio. "Y aunque lo pasado " era tan de poco tiempo acaecido, y teníamos necesidad ántes de " ser socorridos, que de dar socorro," Cortés le concedió inmediatamente, á pesar de la contradiccion de los capitanes, quienes le observaban, que con aquella division de fuerzas se ponian en peligro de perderse. Hemos observado y lo repetimos, que D. Hernando se muestra siempre grande en la desgracia: sin tener en cuenta aquellos justos temores, quiso enseñar al enemigo que era poderoso todavía y no le había doblegado el reciente reves. Envió, pues, al capitan Andrés de Tapia con diez de á caballo, ochenta peones y buen número de amigos, previniéndoles estuviesen de vuelta dentro de diez dias. Tapia marchó hacia Cuauhuahuac, se reunió con los guerreros de aquella ciudad y avanzó sobre Malinalco; en una poblacion ántes de esta última encontró al enemigo, le desbarató persiguiéndole en la llanura con la caballería, hasta que le encerró en el mismo Malinalco. La ciudad estaba situada en la cumbre de un cerro ágrio y fragoso, razon por la cual Tapia no intentó tomarla, y contento con lo ejecutado tornó al real, dentro del plazo que se le había señalado. (4)

(1) Lúnes primero de Julio.
(2) Bernal Diaz cap. CLIII.
(3) Mártes dos de Julio.
(4) Cartas de Relac. pags. 272—73.—Bernal Diaz, cap. CLV.—Herrera, déc. III.

Durante este tiempo, miéntras fué y vino Tapia, los castellanos salían del real de Xoloc con los aliados peleando por la calzada; aunque poco á poco adelantaban por la calle de Iztapalapan, hasta ser detenidos por el canal, á la entrada de la plaza, el cual estaba ahondado y defendido por una récia trinchera. (1) Los del campo de Alvarado permanecieron cuatro dias á la defensiva, resistiendo los continuados ataques de los méxica. En los cuatro dias siguientes lograron apoderarse y cegar una ancha cortadura que tenían cerca, dando esto motivo á continuados y crudos combates; durante el dia combatían los tenochca con su denuedo acostumbrado; mas cuando los teules se retiraban al caer de la tarde, cargaban con redoblado furor procurando hacer alguna presa; á veces se oía resonar el caracol de Cuauhtemoc, y entónces los guerreros se precipitaban con indomable furia, siendo menester grandes esfuerzos para contenerlos. Los guerreros distinguidos venían armados con las espadas y puñales quitados á los castellanos, y tiraban con las ballestas, las cuales habían obligado á los prisioneros se las enseñasen á usar; mas no hacían con los tiros daño ninguno, porque los maestros debieron darles erradas lecciones. Durante la noche, "tañían su mal-
" dito atambor que dije otra vez, que era el de mas maldito sonido
" y mas triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos, y tañian
" otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas y tenian gran-
" des lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel ins-
" tante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que to-
" maron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo has-
" ta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman,
" que vivo le tuvieron diez y ocho dias." (2)

En uno de aquellos dias en que los castellanos no peleaban como solían, el general tlaxcaltecatl Chichimecatecuhtli, el mismo que tanto se había distinguido cuando la traida de los bergantines y en otras ocasiones, determinó combatir la ciudad con sólo su gen-

lib. I, cap. XXI.- -Torquemada, lib. IV cap. XCV.—Siguiendo las indicaciones del texto de Cortés, parece probable que Tapia dejó el campamento el miércoles tres de Julio?; y supuesto que volvió dentro del plazo que se le puso, que fueron diez dias, admitimos que regresó el juéves once de Julio?, habiendo gastado en la expedicion término de nueve dias.

(1) Cartas de Relac. pág. 273.

(2) Bernal Díaz, cap. CLIII.

te. Salió, pues, del campo de Alvarado, en donde servía, dejando cuatrocientos flecheros emboscados en el paso principal de una cortadura, penetrando resueltamente por las calles con grandes gritos, apellidando á Tlaxcalla; siguiéronse muertes, insultos y desafios; dejándolos adelantar los tenochca hasta donde creyeron tenerlos seguros. Cuando los tlaxcalteca lo creyeron conveniente comenzaron á retirarse; entónces los méxica cargaron con fuerza creyéndose victoriosos y se precipitaron tras sus contrarios en el paso del canal, pero recibidos ahí por los flecheros en celada, tuvieron que retirarse corridos de la osadía de sus aborrecidos contrarios. (1)

Pasado el tiempo fijado por los dioses para la destruccion de los blancos y no cumplida la promesa, volvió la confianza al ánimo de los desertores, quienes fueron volviendo al campo español, disculpando su huida. Recibiólos Cortés perdonándoles la falta, pues aunque segun las leyes castellanas merecían la muerte, no se les aplicaba la pena por estar ignorantes de tales disposiciones; agradecíales su buena voluntad, y bien sabían que si desde el principio los había traido contra México, era para hacerlos ricos y que se vengasen de sus enemigos: otros razonomientos añadía, abrazando á los jefes y prometiéndoles les daría pueblos, tierras y vasallos, más de los que ántes tenían. (2) Quedaban contentos y engolosinados, ofreciendo ser fieles de ahí en adelante.

Hácia este tiempo, D. Hernando demandó la paz á Cuauhtemoc, como de ántes lo había intentado varias veces. Tenía prisioneros tres capitanes méxica, á los cuales rogó se encargasen del mensáje, aunque ellos rehusaron diciendo, que si tal hacían los mataría su rey; insistió Cortés, logrando al fin vencerlos con ruegos, dádivas y promesas. Deberían decir á Cuauhtemoc, que pues le quiere bien por ser deudo cercano de Motecuhzoma, de cuyo rey era amigo y está casado con hija suya, doliéndose de la pérdida de tan gran ciudad y de la matanza que en sus vasallos hace, le ruega se venga de paz, ofreciéndole en nombre del soberano de Castilla, perdonarle las muertes y daños que ha hecho y hacerle grandes mercedes; que esto mismo le ha mandado decir tres ó cuatro veces sin haberlo él

(1) Cartas de Relac. págs. 273.—74. Semejante atrevimiento no hubiera tenido lugar, á ser cierto que al Chichimecatecuhtli sólo quedaron 80 hombres.

(2) Bernal Díaz, cap. CLIII.

consentido; que vea que todas las gentes de la comarca le han abandonado, viniéndose á los blancos contra él, de donde deberá seguirse su pérdida, la de sus vasallos y de la ciudad, siendo esto tanto más verdadero, cuanto que les faltan bastimentos y no pueden ya mantenerse. Los tres capitanes ofrecieron decir cuanto les encargaban, pidiendo como credencial les diese una carta, que si bien el rey no entendería, sabían era un *amatl* que tenía fuerza de mandamiento.

Cuauhtemoc recibió con algun enojo á los mensajeros, mas despues, á fin de deliberar, reunió el consejo de los guerreros, nobles y papas, dándoles libertad para exponer francamente su opinion: díjoles sin ambajes el estado precario de la ciudad y esperó hablasen libremente. Los sacerdotes, por medio del anciano más caracterizado como era la costumbre, dijeron: " Señor y nuestro gran Señor, " ya tenemos á ti por nuestro rey y Señor, y es muy empleado en " tí el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon y te " viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas " mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas " tierras y en esta ciudad, cual nos ha ido de mal en peor; mirad " los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro " tio, el gran Montezuma, en que paró. Pues vuestro primo Caca- " matzin, rey de Texcuco, por el consiguiente. Pues vuestros pa- " rientes los señores de Itztapalapan é Coyoacan y Tacuba y de Ta- " latzingo ¿que se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor " Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, to- " se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos " de Tepeaca y Chalco, y áun de Tezcuco, y áun de todas estas " vuestras ciudades y pueblos, les han hecho esclavos y señalado " las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: " toma buen consejo sobre ello, y no te fies de malinche ni de sus " palabras; que más vale que todos muramos en esta ciudad pelean- " do, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos ator- " mentarán." Adoptada tan varonil resolucion, Cuauhtemoc pronunció en tono severo: " Pues así quereis que sea, guardad mucho " el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; " y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces " si no yo le mataré." (1)

(1) Bernal Díaz, cap. CLIV.

Quedó así echada la suerte de México. Los castellanos no salieron á combatir esperando la respuesta; ninguna mandó Cuauhtemoc; pero á los dos dias los méxica atacaron de súbito los campamentos, oyóse el caracol del rey, los guerreros se arrojaban sobre los blancos con desusada furia y gritaban: "¿En qué se anda Ma- "linche con nosotros, cada dia demandándonos paces? Que nues- "tros ídolos nos han prometido victoria, y tenemos hartos basti- "mentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida: "por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son "para las mujeres y las armas para los hombres." (1) Los tenochca fueron rechazados.

Dos dias despues de llegado el capitan Andrés de Tapia, (2) se presentaron á D. Hernando diez mensajeros otomíes: estos bárbaros, esclavizados por los méxica, se habían entregado á los blancos, como ántes hemos visto; quejábanse de que por esta causa los destruían los matlaltzinca, pueblo valiente y numeroso que estaba haciendo aprestos para venir en socorro de México: pedían auxilio. El general le concedió luego. Las circunstancian en realidad no eran muy propicias; pero los tenochca en las entradas amenazaban á los sitiadores con los matlatzinca, y aunque había gran peligro en dividir las fuerzas, "como nos convenía, mostrar más esfuerzo y "ánimo que nunca, y morír peleando, disimulábamos nuestra fla- "queza, así con los amigos como con los enemigos." A dar el socorro marchó Gonzalo de Sandoval con diez y ocho de á caballo y cien peones en que había un sólo ballestero, con buena copia de aliados, que segun el mismo general eran sesenta mil. El alguacil mayor hizo rumbo hacia el valle de Tolocan; junto á unas estancias abandonadas de otomíes encontró al enemigo, el cual huyó dejando cargas de maíz y de niños en barbacoa, que llevaban para su sustento; pasado el rio Chicuhnauhtla los matlaltzinca hicieron rostro, mas fueron desbaratados, y perseguidos por la caballería se encerraron en un pueblo cercano. Combatido el pueblo, los indios pelearon miéntras pusieron en cobro la gente menuda, huyendo en seguida durante la noche: el lugar fué saqueado é incendiado. Dirigióse

(1) Bernal Díaz, loco cit.

(2) En el supuesto de que Tapia regresó el juéves once de Julio?, la llegada de los otomíes debió ser sábado trece de Julio?

Sandoval sobre un lugar fuerte cuyo señor le abrió las puertas; se sometió, ofreciéndose á ser medianero de paz con los de la provincia como en efecto lo negoció, logrando que la provincia de Matlatzinco se declarara por los blancos. Con esta victoria tomó Sandoval al cuartel de Xoloc. (1)

El dia que llegó Sandoval peleaban algunos españoles en un puente; los méxica dijeron querían paz, y preguntaron por el intérprete Juan Pérez de Arteaga. Era este un soldado, apellidado Malinche por los indios, á causa de andar al cuidado de Marina y haber aprendido el primero la lengua mexicana. Entablada la plática dirijida más bien á ganar tiempo que no á verdadero concierto, los tenochca ponían por condicion que los blancos se fuesen de la tierra: replicáronles que deberían entregarse sin condicion, pues dentro de poco tendrían que morir de hambre. Entónces un viejo guerrero sentado del otro lado del foso, sacó de la mochila algunas cosas y las comenzó á comer muy de espacio, dando con ello á entender no tenían tal necesidad de bastimentos. Aquel dia ya no pelearon para dar tiempo á que la lengua hablase al general. Cuatro dias despues se presentaron los de Matlatzinco, Malinalco y la provincia de Cohuixco, pidiendo perdon de lo pasado y ofreciendo ser amigos de los blancos: así lo cumplieron, ayudando en lo de adelante con gente y bastimentos. (2) Fué la última esperanza de los méxica y devanecióse como el humo.

Por contraste, la fortuna se mostraba sonriente con D. Hernando. Los que habían salido heridos en el desbarato estaban sanos, acudían al campo más aliados que nunca, se sometían provincias ántes no domadas, y, por último, llegó á la Villa Rica un barcó con gente y municiones, uno de los dos con que el desdichado Juan Ponce de Leon había ido aquel año á la Florida, para ser destrozado é ir á morir de pena en Cuba: lo que había desembolsado el malaventurado capitan venía á servir á Cortés. Los de la Villa hicieron subir prontamente á los hombres, con remesa de ballestas y pólvora, de

(1) Cartas de Relac. pág. 275—77.—Bernal Díaz, cap, CLV.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXI.—Torquemada, lib. IV, cap. CXV.

(2) Cartas de Relac. pág. 277—78.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXI.—Torquemada, lib. IV. cap. CXV.—No hemos acertado á fijar las fechas de la expedicion de Sandoval; sólo podemos asegurar que fué á mediados de Julio.

que harta necesidad tenían los cristianos: "y ya gracias á Dios por "aquí á la redonda no teníamos tierra que no fuese en nuestro "favor." (1)

(1) Cartas de Relac. pág. 278.

CAPITULO VIII.

CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

Determina Cortés arrasar la ciudad.—Mujeres castellanas.—Principio de la destruccion.—La poblacion y las mujeres tenochca.—Anécdotas.—Celada.—Coanacohctzin hecho prisionero.—Hambre.—Destruccion del palacio de Cuauhtemoc.—Toma del teocalli de Tlaltelolco.—Combates y toma del mercado.—Proposiciones de paz.—Estado de los sitiados.—El trabuco.—Nuevas y repetidas proposiciones de paz rechazadas por los méxica.—Conjuros.—El Quetzaltecolotl.—Torbellino de fuego que predijo la destruccion de los méxica.—Asalto.—Ultimo combate.—Prision de Cuauhtemoc.

III calli 1521. "Yo, viendo como estos de la ciudad estaban "tan rebeldes, y con la mayor muestra y determinacion de "morir que nunca generacion tuvo, no sabía que medio tener con "ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos, y á "ellos y á su ciudad no los acabar de destruir, porque era la cosa "más hermosa del mundo." (1) En esta incertidumbre D. Her-

(1) Cartas de Relac. pág. 278.

nando puso todos los medios para atraer de paz á Cuauhtemoc, ya por medio de lisonjeras promesas, ya infundiéndole temor; mas siendo tódo ello infructuoso, y mirando que habían trascurrido más de cuarenta y cinco dias en el cerco sin obtener grandes ventajas, resolvió de aquí en adelante derrocar completamente las casas que se fuesen ganando, de manera que no se diese paso adelante sin quedar todo asolado, cegando en los escombros toda el agua, hasta dejar esta convertida en tierra firme. Para ponerlo en práctica, ordenó Cortés á todos los señores y jefes de los aliados, hiciesen venir cuantos más labradores pudiesen con sus coas, de lo cual ellos quedaron contentos aprobando que la ciudad quedase destruida. Tres ó cuatro dias pasaron miéntras los zapadores vinieron, y ya reunidos se puso mano á la obra de devastacion. (1)

D. Hernando mandó traer víveres de Tlaxcalla; al efecto comisionó á Juan Márquez y Alonso de Ojeda, quienes salieron de noche del real de Alvarado seguidos de sólo veinte indios. Cerca del cuartel de Sandoval tuvieron que esconderse, pues dieron con una partida que venía con vitualla de las montañas y era recibida por los méxica para introducirla en la ciudad. Dando de ello aviso al alguacil mayor, siguieron su camino hasta entrar en Tlaxcalla, á donde les hicieron buen acogimiento. Tornaron trayendo quince mil cargas de maíz, mil de gallinas y trescientas de tasajo de venado; llevaron tambien los bienes de Xicotencatl que estaban secuestrados en nombre del rey y consistían en oro, plumas, chalchihuitl y mucha ropa rica, más treinta mujeres entre hijas, sobrinas y criadas. Dando la república cargadores y guerreros de custodia, el convoy entró con felicidad en Texcoco: aquí fué entregada la vitualla á Pero Sánchez Farfan y á María de Estrada, llevándose lo demas á Coyohuacan. (2)

Ya que acabamos de nombrar á María de Estrada, diremos que de varias mujeres se hace mencion entre los conquistadores. Cuéntase de Isabel Rodríguez, que á los heridos, " les ataba las heridas " y se las santiguaba, diciendo: *En el Nombre del Padre, del Hi-* "*jo, y del Espíritu Santo, un solo Dios Verdadero, El te cure y*

(1) Cartas de Relac. pág. 279.—Probablemente la determinacion fué tomada el mártes diez y seis de Julio? contándose los tres dias siguientes de espera en 17, 18 y viérnes diez y nueve? del repetido Julio.

(2) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XII.—Torquemada lib. IV, cap. XCVI.

"*sane*: Lo cual no hacía más de dos veces, y muchas no más de "una; y acontecía, que los que tenían pasados los muslos, iban otro "dia á pelear." Pónense estos prodigios como argumento de que Dios estaba con los castellanos; para creer, necesitamos la prueba de Santo Tomás. Beatriz de Palacios, mulata, ayudó valientemente en la retirada de la Noche Triste; mujer de Pedro de Escobar, así acudía á preparar los alimentos como á desempeñar las faenas del soldado, haciendo la guardia cuando á Escobar tocaba y estaba cansado. Esta y otras curaron á Cortés en Tlaxcalla y queriéndolas dejar allá al venir á México le respondieron: "Que no era "bien que mujeres castellanas dejasen á sus maridos, yendo á la "guerra, y que á donde ellos muriesen morirían ellas." Esto mismo respondieron Beatriz Palacios, María de Estrada, Juana Martín é Isabel Rodríguez, mujer de Alonso Valiente. (1) En cierta ocasion en que los castellanos se pusieron en huida, Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de Francisco de Olmos, armada de escaupil, celada, espada y rodela, salió á la calzada gritando: "Vergüenza, vergüenza, castellanos, volved contra gente tan vil, y si no quereis, no pasará hombre de aquí, que no le mate:" avergonzados los fugitivos pararon, hicieron rostro y hubieron victoria. (2)

Reunidos los zapadores, que llegaron á cien mil, dióse la órden para comenzar la destruccion metódica de la ciudad, obrando al mismo tiempo por la tierra y por el agua con los bergantines y las canoas. Oída misa para implorar el favor de Dios, el ejército salió de Xoloc dirigiéndose por la calzada y calle recta de Itztapalapan. (3) Todo el camino recto fué ganado con facilidad, hasta la ancha acequia que cerraba la plaza por este rumbo; llegados ahí, los tenochca hicieron señales de querer paz, y preguntando Cortés por Cuauhtemoc para tratar con él, respondiéronle haber ido á llamarle: así entretuvieron más de una hora, hasta que de improviso comenzaron á disparar flechas, varas y piedras. Tomado el canal, los castellanos penetraron en la plaza, la cual estaba llena de grandes

(1) Herrera, déc. III, lib. I, cap. XXII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVI.

(2) Herrera, déc. III, lib. II, cap. I.—Torquemada, lib. IV. cap. XCVII.

(3) Estas jornadas quedan bien determinadas, porque se relacionan con una fecha fija anotada más adelante por Cortés: siguiendo punto por punto la narracion sacamos que aquel dia fué Sábado veinte de Julio.

piedras para evitar el paso de la caballería; de las calles principales, una estaba cerrada con piedra seca, la otra escombrada tambien de grandes piedras. Iban aquel dia hasta ciento cincuenta mil aliados, quienes se ocuparon en demoler los edificios, y cegar de tal manera los canales, que los de la ciudad no volvieron á abrirlos: los bergantines y las canoas hicieron tambien mucho daño, retirándose todos por la noche á descansar al real. (1)

Despues de tantos quebrantos sufridos, aquel pueblo indómito peleaba con tanto ó mayor brío, que en los primeros dias. "En esta "porfía pasaron algunos dias, que la guerra por agua y por tierra "fué tan porfiada y tan sangrienta que era espanto de verla, y no "hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran "tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arroja- "ban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol: era tan "grande la vocería y grita de los hombres, y mujeres y niños que "voceaban y lloraban, que era cosa de grima: era tan grande la pol- "vareda y ruido en derrocar y quemar casas, y robar lo que en ellas "había, y captivar niños y mujeres, que parecía un juicio." (2) La poblacion entera tomaba parte en la defensa de la ciudad; las ancianas arrojaban tierra y cuanto podían desde las azoteas; los niños tiraban piedras y gritaban los denuestos que oían á sus padres; los hombres que no podían combatir por cojos, mancos ó imposibilitados de andar, disponían armas y acopiaban las piedras para las hondas. (3) "Muchas cosas acaecieron en este cerco, que entre otras "generaciones estuvieran discantadas ó tenidas en mucho, en espe- "cial de las mujeres de Temixtitan, de quien ninguna mencion se "ha hecho. E soy certificado que fué cosa maravillosa y para es- "pantar ver la prontitud é constancia que tuvieron en servir á sus "maridos, y en curar los heridos, y en el labrar de las piedras para "los que tiraban con hondas, y en otros oficios para más que muje- "res." (4) ¡Pueblo heróico, que ha sido despreciado á pretexto de ser bárbaro!

Al dia siguiente (5) se hizo la entrada por el mismo órden. Pe-

(1) Cartas de Relac. pág. 279.
(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVIII.
(3) Herrera, déc. III, lib. II, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.
(4) Oviedo, Hist. gen. lib. XXXIII, cap. XLVIII.
(5) Domingo veintiuno de Julio?

netrando en la plaza y tomado el atrio y templo mayor, miéntras los gastadores quemaban, destruían y robaban, cegando los canales y emparejando el piso, algunas partidas de castellanos y aliados peleaban defendiendo á los trabajadores, entrando por las calles y encrucijadas que podían: la caballería cubría la retaguardia. D. Hernando, subido en lo alto del teocalli miraba á sus piés cuanto pasaba, dando desde ahí sus órdenes cuando era menester, pues durante la refriega unas veces ciaban los aliados y otras los méxica. La figura del conquistador, destacada sobre la pirámide, parecía fatídica á los indios; las plantas del jefe blanco hollaban la santa morada de los dioses. Como de costumbre, al retirarse los castellanos al real era cuando cargaban los azteca con mayor furia, los blancos al retraerse echaban por delante á los amigos, los seguían los peones unidos en buena ordenanza, cerrando la marcha la caballería. Aquella tarde los tenochca pusieron una emboscada en la cual cayeron los jinetes, teniendo que retirarse desbaratados, con dos caballos heridos. (1)

En aquellas entradas pasaban cosas dignas de nota, actos de valor y fuerza, desafios y combates. Rodrigo de Castañeda llevaba un plumaje como los indios y sabía hablar en mexicano; acercábase á los contrarios, decíales chanzas y chistes, y cuando más descuidados estaban les disparaba la ballesta sin errar tiro: llamábanle los méxica Xicotencatl *Cuicone*, y le gritaban "Bellaco, burlador, que los " mataba con burlas y no como valeroso, sin engaño, ni traicion." Tenían en mucho á Cristóbal de Olid por valiente y le llamaban por su nombre: preguntáronle una vez si quería comer, respondió que sí, y un guerrero le dió tortillas y capulines; las tomó y dió á un criado suyo, el cual haciendo primero que las comía, se paró luego, volvió la espalda y encorvó el cuerpo en señal de desprecio: á semejante descortesía siguió una buena guazavara. Al pasar una puente Cristóbal Corral, llevando la bandera en la mano, cayó en poder de los enemigos; defendióse con el puñal, dió un salto poderoso y se salvó: los tenochca sintieron más perder la bandera que el cautivo, pues se imaginaban que con ello desmayarían los españoles, como ellos en el caso desmayaban. En una de aquellas embestidas D. Hernando estuvo á punto de perecer otra vez, pues si no

(1) Cartas de Relac. pág. 280-81.

le hubieran socorrido Cristóbal de Olid y Martin de Gamboa, más de cien indios le tenían ya cercado. Algun guerrero tenochca, armado con espada y rodela de las quitadas á los blancos, pedía combatir contra los castellanos, aunque fuera contra muchos; pero eran fácilmente vencidos, porque ignoraban la manera de dar y reparar las estocadas. (1)

El dia inmediato (2) llegó al real Gonzalo de Sandoval, trayendo quince de á caballo, que con los veinte y cinco que había en Xoloc hicieron la suma de cuarenta. El intento del general era echar una celada, para vengarse de la derrota de la caballería en la jornada anterior. Envió temprano á castellanos y aliados con diez jinetes, para que siguieran peleando y derrocando; á la una de la tarde con los otros treinta caballos se metió en la ciudad, ocultando la gente en unas grandes casas cercanas á la plaza. Subióse sobre el teocalli para ser visto de léjos; entónces unos españoles abrieron un sepulcro, encontrando joyas por valor de más de mil quinientos castellanos: debió de ser la tumba de alguno de los emperadores de México. A la hora de retraer bajóse y se metió con la emboscada. Como siempre, pasaron primero los aliados, seguían los peones é iba al último la caballería; ésta se defendía flojamente, de manera que, pensando los méxica que llevaban victoria, acometían confiados hasta llegar á las ancas de los caballos. De improviso, al soltar una escopeta, que era la señal convenida, y al grito de Santiago, salieron los jinetes dando sobre los enemigos en la plaza, la cual, cegados los fosos y llana se prestaba para los movimientos; "y vamos por la plaza adelante alanceando, y derrocando, y atajando "muchos, que por nuestros amigos, que nos seguían, eran tomados; "de manera que de esta celada se mataron más de quinientos, todos "los más principales, y esforzados, y valientes hombres: y aquella "noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los "que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer." (3) Cerca de anochecer enviaron algunos esclavos á ver si los españoles eran idos; descubiertos por diez ó doce de á caballo, fueron perseguidos y ninguno escapó. Estas pérdidas sirvieron de tanto

(1) Herrera, déc. III. lib. II, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.

(2) Lúnes veinte y dos de de Julio.

(3) Cartas de Relac. pág. 283.

escarmiento, que de ahí en adelante no se atrevieron á entrar en la plaza los méxica, áun cuando descubrieran un sólo jinete. Retrajéronse los castellanos al real sin más pérdida de consideracion que una yegua flechada por los indios: los bergantines y las canoas hicieron gran estrago en la ciudad. (1)

Aquel mismo dia Juan Rodríguez Bejarano se apoderó en una casa de una mujer de buen parecer, la cual resultó ser de calidad, y que llevada á Cortés, presente Marina, mediante promesas y dádivas, informó: que habían estado en intencion de rendirse, mas mudaron luego de opinion; Cuauhtemoc y sus amigos estaban determinados de morir, aunque la demas gente peleaba contra su voluntad; había discordia entre ellos y les faltaba comida y municion; habían levantado casas de madera en el agua para guarecerse, que les apretasen de dia y de noche con el hierro y el fuego y se rendirían. (2) Conjeturamos que la intérprete aumentó algo de propio caudal.

Por este tiempo Ixtlilxochitl, durante uno de los combates, cautivó á su hermano y rey Coanacochtzin, le entregó á Cortés y éste le mandó poner en el real con grillos y guardas: semejante pérdida fué muy sentida por Cuauhtemoc, tanto más, cuanto que los aculhua que había en la ciudad se pasaron al campo español, en seguimiento de su monarca. (3)

Aquella noche, bien cogidos por los centinelas, ó presentados de su voluntad, estuvieron dos hombres de poco valer en el real, quienes informaron que la gente de la ciudad se moría de hambre; durante la oscuridad salían los infelices á pescar por entre las casas y á buscar leña, raíces y yerbas para comer. Cortés determinó entrar muy temprano á sorprenderlos; (4) ántes del alba mandó los bergantines y las canoas, envió algunos espías, y él con doce ó quince caballos, algunos peones y amigos salió bien temprano dirijiéndose al lugar designado. Hecha señal por los espías, cayeron sobre los malaventurados; eran gentes miserables de las que salían á buscar de comer, en su mayor parte mujeres y niños y los hombres desarmados, no obstante lo cual entre presos y muertos pasaron de ocho

(2) Cartas de Relac. pág. 282—84.

(3) Herrera, déc. III, lib. II, cap. II,—Torquemada, lib. IV, cap. XCVIII.

(1) Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 42—43.

(4) Mártes veinte y tres de Julio.

cientas personas: los bergantines y canoas por su parte hicieron igualmente gran estrago, cogiendo y matando gente, quebrando las canoas de los que andaban pescando. Los méxica no osaron salir á combatir, "y así nos volvimos á nuestro real con harta presa, y "manjar para nuestros amigos." (1)

Parte porque los méxica conocidamente iban de vencida, parte porque los pueblos les tenían aborrecimiento, "era tanta la multi- "tud que de cada dia venían (al real español), que no tenían cuen- "to." Muy de mañana se hizo entrada en la ciudad. (2) Acabóse de ganar la calle de Tlacopan, arrasando los edificios y adobando los malos pasos: de esta manera se logró comunicar libre y directamente con el real de Alvarado. En seguida se dirijió el ataque sobre la calle recta que iba al *tianquiztli* de Tlatelolco, en la cual estaba el palacio de Cuauhtemoc: (3) el palacio era grande, fuerte y cercado de agua, y aunque los tenochca le defendieron con empeño, fueron desalojados de ahí, quedando el edificio quemado y destruido. Dos puentes más fueron ganadas, siempre en direccion del Tlatelolco, de manera que segun el sentir de Cortés, quedaban destruidas las tres cuartas partes de la ciudad, "y los indios no hacían sino retraerse hacia lo más fuerte, que era á las casas, que estaban más metidas en el agua." (4) En efecto, los méxica iban construyendo fuera de la isla, en la parte somera de la laguna, casas de madera, fuera de las antiguas que existían, sostenidas sobre puntales.

Dia del apóstol Santiago (5) se ganó una ancha calle de agua, (6)

(1) Cartas de Relac. pág. 284—85.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.

(2) Miércoles veinte y cuatro de Julio.

(3) Segun los mejores datos consultados, esta calle debía corresponder á las actuales de primera y segunda del Factor, Leon, San Lorenzo &c. en direccion de Sur á Norte. Esta calle del Factor se llamó primero de Guatemuz, lo que nos hace admitir, corroborado por la relacion de Cortés, que aquí se encontraban "las casas del señor de la ciudad......que se decía Guatimucin."

(4) Cartas de Relac. pág. 285—86.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVIII.

(5) Cayó aquel año en juéves veinte y cinco de Julio. Esta fiesta, señalada por Cortés, sirviónos para determinar fijamente algunas fechas anteriores y posteriores.

(6) Segun toda probalidad, era el ancho canal que primitivamente servía de término á las dos ciudades de Tenochtitlan y Tlatelolco. Corría la gran acequia por las calles actuales de O. á E. de Cerca de San Lorenzo, Espalda de la Misericordia, Puerta falsa de Santo Domingo, Pulquería de Celaya, Apartado y plazuela del Cármen.

defendida con brío por los indios, no pudiendo pasar de ahí porque había mucha obra que hacer para dejar listo el paso. Ya en aquella sazon los peones españoles peleaban con picas, que surtían buen efecto, mandadas adoptar despues del pasado desbarato. "Los de "la ciudad como veían tanto estrago, por esforzarse decían á nuestros amigos, que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se "las tornarían á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya "ellos sabían que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros: y de esto postrero plugo á Dios que saliesen "verdaderos, aunque ellos son los que las tornan á hacer." (1)

En la siguiente entrada, (2) llegados al canal combatido el dia anterior, le encontraron en el mismo estado que lo dejaron; pasaron adelante ganando otras dos puentes, hasta una torre pequeña en que se encontraron algunas cabezas de los cristianos que habían sido sacrificados: derecho aquella calle conducía al real de Sandoval. Pelearon los méxica toda la jornada, retirándose los castellanos á sus cuarteles al acercarse la noche. (3)

Al estarse aderezando Cortés para volver á la ciudad, (4) hacia las nueve de la mañana, vió salir humo del teocalli de Tlatelolco, pensó sería sahumerio de algun sacrificio, aunque advirtiendo ser demasiado, conjeturó que Pedro de Alvarado estaba ahí. En efecto, aquel capitan estaba ya en el templo mayor, cosa que para sí habían codiciado las tropas del general. Siguiendo al pié de la letra las órdenes que había recibido, Alvarado fué ganando el cuadrante N. O. de la ciudad, arrasando los edificios, rellenando las acequias, dejando plano el terreno; los tenochca le combatían porfiadamente, no obstante lo cual proseguían su obra de devastacion. Aquel dia, ganadas las últimas acequias, se puso en frente del teocalli, defendido por un buen número de bravos guerreros y determinados sacerdotes resueltos á defender el santuario: la capitanía de Gutierre de Badajoz intentó el asalto, mas fué rechazada; viniendo en su auxilio las otras dos compañías, subieron con trabajo las gradas, tre-

(1) Cartas de Relac. pág. 286.—No es exacto lo que Cortés asienta á lo último de su frase, y cumplióse el pronóstico azteca. Bien pocos tenochca sobrevivieron para reconstruir la ciudad: quienes la repararon fueron los aliados y amigos.

(2) Viérnes veinte y seis de Julio.

(3) Cartas de Relac. pág. 287.

(4) Sábado veinte y siete de Julio.

paron el atrio superior limpiándole de guerreros y pusieron fuego á las capillas de madera, dedicada la una á Huitzilopochtli. Aquel vencimiento no fué tan sin costa, pues los castellanos quedaron casi todos heridos, durando obstinadamente la batalla, en la pirámide y en sus alrededores, hasta cerrada la noche. (1) Cortés con los suyos se ocupó en cegar las acequias, retirándose á su campo despues, no sin que le cargaran briosamente los indios. (2)

Al volver al dia siguiente (3) á la ciudad, Cortés llegó á la última traviesa de agua que le separaba del mercado; defendiéronle los tenochca, mas habiéndose arrojado al agua el alférez con algunos castellanos, aquellos desampararon el paso, comenzándose luego á cegar y aderezar el canal. En esta sazon llegó Pedro de Alvarado con cuatro jinetes, siendo grande el gozo que mútuamente recibieron, así de verse ya reunidos, como de estar á punto de terminar su empresa. Allanado el paso, quedándose en él la hueste, Cortés con algunos de á caballo se dirijió al *tianquiztli*. Aquel mercado, de mucha mayor extension que despues lo fuera, era el más rico de Anáhuac; venían gentes á tratar de todos los reinos comarcanos y áun de lugares distantes como Cuauhtemallan y Xalisco. (4) El general penetró al interior, y aunque las azoteas de los portales que rodeaban el lugar estaban llenos de gente, no sabemos por cual causa permanecieron sin hacer movimiento; salióse de ahí, subiéndose en seguida al teocalli que estaba junto: vió tambien algunas cabezas de los cristianos sacrificados, (5) con no pocas de los aborrecidos aliados. Desde aquella altura descubrió el pequeño rincon á que los enemigos quedaban reducidos, calculando en siete octavas partes las destruidas de la ciudad. (6)

Al siguiente dia (7) los jinetes pretendieron entrar de nuevo en

(1) Bernal Díaz, cap. CLV.

(2) Cartas de Relacion, pág. 287—88.

(3) Domingo veintiocho de Julio.

(4) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

(5) Los sangrientos despojos encontrados aquí y en otros lugares, fueron despues enterrados en la capilla de los Mártires. Bernal Díaz, cap. CLV.—Esta capilla ó iglesia de los Mártires existió en donde ahora San Hipólito.

(6) Cartas de Relac. pág. 288—89.

(7) Despues de la jornada anterior, Cortés calla en sus relaciones lo acaecido hasta la construccion del trabuco, perdiéndose la cuenta de los dias hasta más adelante. Sahagun y Torquemada suministran algunos pormenores para llenar esta laguna, y bajo su autoridad decimos que este dia fué lúnes veintinueve de Julio?

el mercado; mas los soldados viejos apostados al intento, les defendieron la entrada; siguióse un récio combate, cuyo resultado fué que los guerreros perdieran el sitio, huyendo con los tratantes á recogerse en las plazas y tiendas que rodeaban la plaza, desde donde peleaban valientemente. En medio de ella había un gran teocalli dedicado á Huitzilopochtli, con un muy alto chapitel labrado primorosamente de paja, llamado *tezacatl;* los vencedores le pusieron fuego, levantándose una gran llama que parecía llegar al cielo. "Al " espectáculo de esta quema, todos los hombres y mujeres que se " habían acogido á las tiendas que cercaban todo el tianguez, co- " menzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oirlos, " porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que " habían de ser del todo destrnidos y robados. Pelearon gran parte " del dia en el tianguez, porque los indios se habían hecho fuertes " en las casas de las tiendas, y en las casas reales donde estaba " gran copia de principales que peleaban valientemente. Finalmen- " te, se hinchó todo el tianguez de los indios amigos, é hicieron gran " matanza en los mexicanos y tlatilulcanos, los cuales comenzaron " á huir por las calles que van hacía el rincon donde estaban for- " talecidos." (1)

Otro dia (2) entraron los castellanos en el tianguez por el patio del teocalli, llamado Acatliyacapa, poniendo á sacomano las tiendas; como lo vieron los soldados viejos acudieron á la defensa, trayendo por capitan al veterano Axoquentzin, de la categoría de los guerreros *cuachic;* su empuje fué poderoso é hicieron huir á los saqueadores, aunque con pérdida de Axoquentzin, quien de un flechazo en el pecho cayó sin bullir pié ni mano. Otros castellanos acudieron por el barrio de Zacoalco, (3) trayendo en su compañía á los guerreros tlaxcalteca, llamados *Nauhtecutli;* los méxica pretendieron poner á éstos una celada, mas unos españoles que se habían subido á las azoteas de las tiendas gritaron: " Mirad tlaxcaltecas, que vuestros enemigos están aquí en celada," por lo cual, viéndose descubiertos se pusieron á huir. Trabóse entónces un reñido combate, y como no dividía á tenochca y á tlaxcalteca mas de una zanja, del

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIX.

(2) Mártes treinta de Julio?

(3) Donde hoy está la iglesia de Santa Ana.

uno al otro lado se tiraban piedras, dardos y saetas, que era cosa espantosa. (1)

Ganados el teocalli y mercado de Tlatelolco, Cortés determinó que las capitanías de Alvarado se estableciesen en aquellos lugares, suspendiéndose las hostilidades por tres dias, (2) á fin de entablar negociaciones de paz. En efecto, mandáronse emisarios á Cuauhtemoc, proponiéndole se entregase por bien, con ofrecimiento que su persona sería respetada y honrada, continuando en el mando de todas las provincias como ántes estaba; otras promesas se le hacían, acompañadas de algunas vituallas en son de regalo. El rey contestó, respondería dentro de tres dias y entónces concertarían las paces entre él y el Malinche; el dicho no era de buena fé, sino una estratagema á fin de ganar tiempo para construir armas y levantar nuevas fortificaciones. Cuatro principales méxica trajeron el mensaje, los cuales fueron recibidos amigablemente, despidiéndoseles con nuevo regalo de víveres. Tornaron otros dos mensajeros de parte del rey, trayendo dos mantas finas, y asegurando que su señor vendría al tiempo determinado; mas á pesar de tantas promesas, la última resolucion se redujo á decir, que en manera alguna se rendirían, pues miéntras un solo hombre quedase, moriría peleando, y que nada tendrían los blancos de sus haciendas, porque cuanto tenían habían de quemar ó arrojar al agua en donde nunca pareciese. (3) Terminados los tres dias, los tenochca atacaron simultáneamente los campos de Cortés, Alvarado y Sandoval, hiriendo algunos hombres por haberlos cogido descuidados; mas fueron desbaratados, retirándose á la parte en donde estaban recogidos. Otros cuatro ó cinco dias se pasaron en nuevas tentativas de paz, sin hacer cosa de gran importancia. (4)

Todos los habitantes de la ciudad estaban entónces reducidos al barrio de Tenantitech ó Tetenamitl, es decir, en el cuadrante N. E. hacía donde ahora el actual Tepito; el recinto estaba defendido por fosos y trincheras, consistiendo la mayor fortaleza en las casas de madera construidas en la laguna, ya que los peones no podían

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIX.

(2) Del miércoles treinta y uno de Julio al viérnes dos de Agosto? inclusives.

(3) Cartas de Relac. pág. 289.

(4) Bernal diaz, cap. CLV.—Admitiendo únicamente cuatro dias, serían los trascurridos del Sábado tres al mártes seis de Agosto? ambos inclusives.

llegar á ellas, ni tampoco podían acercarse los bergantines y las canoas por el poco fondo de las aguas. En aquel reducido espacio estaban hacinados guerreros, ancianos, mujeres y niños, expuestos á la intemperie durante una estacion de fuertes lluvias é intensos calores. Carecían de agua dulce para beber, sino era la poca que juntaban cuando la daba el cielo, la demas era salobre y áun hedionda. Nada tenían ya que comer, agotados los granos, lo que podían pescar en el agua, los ratones y sabandijas, las plantas, las hojas y cortezas de los árboles, las raíces mismas; la única esperanza era tomar prisioneros en la guerra para devorar las carnes. Aunque con la triste costumbre de comer la carne de ciertas partes de la víctima inmolada, consta evidentemente que no se devoraron entre sí, ni tocaron en lo más mínimo el cuerpo de los suyos; por el derecho de paternidad que consentía poder disponer de los hijos, por lo grave de la situacion, por no dejarlos indefensos á la esclavitud y á la muerte, no quedó un sólo niño, porque sus propios padres y madres los comieron. Ni tiempo había ni lugar en donde sepultar los muertos; los cadáveres quedaban amontonados en las calles, hacinados dentro de las casas, descomponiéndose é inficionando el aire: los heridos y enfermos perecían léjos del hogar doméstico, sin auxilios ni consuelo, y donde espiraba quedaba tendido. A la guerra y á la hambre vino á hacer compañía su hermana la peste; se moría por mano del enemigo, por falta de pábulo á la vida, por el contagio, y sin embargo, aquel pueblo indómito desdeñaba la paz y prefería perecer. (1)

Aquellos dias de aparente calma se pasaron en disponer un ingenio para destruir á los sitiados. Faltaba ya la pólvora, y un soldado apellidado Sotelo, que había estado en las guerras de Italia con el Gran Capitan, propuso al general hacer un trabuco con el cual desde léjos se derrocaran los edificios en que estaban recogidos los tenochca. Debía ser semejante á una catapulta ó una balista, máquinas de guerra destinadas á arrojar grandes piedras ú otros cuerpos graves en las plazas, produciendo efectos parecidos á los del bombardeo moderno. Aceptando el intento como útil, hablóse de ello como unos quince dias, poniendo á disposicion del ingeniero vigas, sogas y clavazon, al mismo tiempo que se acopiaban grandes

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX.—Cartas de Relac. pág. 291. &c. &c. &c.

piedras de arrobas de peso. El trabuco fué armado sobre el *Mumuztli* del mercado, construccion de cal y canto en medio de la plaza, de dos y medio estados de altura y treinta pasos de esquina á esquina. Miéntras la construccion duraba, impuestos los aliados de la mortífera condicion de la máquina, daban con ella cocos á los tenochca, prometiéndoles para dentro de poco una muerte segura. Llegado el dia de la prueba, puesto el proyectil, fué disparado el trabuco, más en vez de ir á caer á su destino, la piedra subió por los aires derribándose sobre el lugar que sustentaba la máquina. De ver que el intento no servía de nada quedaron los españoles despechados y descontentos; quedó mortificado el general y enojóse con el Sotelo; los aliados debieron reír del chasco, y quedar aliviados de pena los tenochca: D. Hernando mandó desbaratar la máquina, sin volverse á ocupar en el armadijo. "Y la falta y defecto del trabuco "disimulámosla, con que movidos de compasion, no los queríamos "acabar de matar." (1)

Al siguiente dia (2) D. Hernando penetró con su hueste en la ciudad, encontrando por las calles mujeres, niños y gente miserable que pálidos y flacos salían á buscar de comer: compadecido el general mandó no se les hiciese daño. Los guerreros en tanto estaban sobre las azoteas, cubiertos de sus mantas y desarmados, como si ya desesperados sólo pretendiesen morir. Requirióseles por escribano y testigos se diesen de paz; mas esto salió tan falso como lo primero. Cortés dió órden á Pedro de Alvarado para entrar por una parte en que había algunas casas enhiestas, miéntras él con su hueste, á pié porque los caballos no podían aprovechar, penetraba por lado distinto: empeñóse un combate desesperado en que los tenohca se metían por las armas contrarias, buscando la muerte más que hacer daño; desmayados y sin fuerzas por el hambre, sostenían todavía en la mano las matadoras armas. Ganóseles aquel barrio, "y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, "que muertos y presos pasaron de dos mil ánimas, con los cuales "usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna vía á

(1) Cartas de Relac. pág. 290.—Bernal Díaz cap. CLV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX.—De la relacion de Cortés inferimos que la prueba del trabuco tuvo lugar próximamente el mártes seis de Agosto? De aquí adelante la cronología del sitio vuelve á ser clara, pues estriba en el dia de la rendicion de la ciudad.

(2) Miércoles siete de Agosto.

"ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de "nosotros eran." (1)

Volvió Cortés al dia siguiente (2) á la ciudad y los méxica le hicieron llamar con instancia; creyendo que era para tratar de la tan deseada y buscada paz se acercó á una albarrada en que le estaban esperando algunos nobles, quienes le dijeron: "Pues eres hijo del sol, que con tanta brevedad como es un dia y una noche, da la vuelta al mundo, ¿por qué con la misma presteza no nos acabas de matar, y nos quitas de tantas penas; tenemos ya deseo de morir, para irnos al cielo con Huitzilopochtli, que nos espera para descansar." Cortés respondió dejásen las armas y se entregasen, á lo cual se mostraron tan reacios como de costumbre. (3)

Ocho dias ántes había cautivado Ixtlilxochitl á un señor muy principal, hermano de su madre, y aunque estaba muy herido, Cortés le propuso si quería ir á Cuauhtemoc para proponerle la paz; rehusó al principio, mas aceptando despues, fué entregado como embajador á los tenochca. Los de la ciudad le recibieron con acatamiento, (4) llevándole á la presencia del rey; mas apenas comenzó á proponer su encargo fué mandado callar, y entregado á los sacerdotes, le sacrificaron. Para contestar la embajada, los méxica salieron del recinto que ocupaban dando sus gritos de guerra y repitiendo no querían paz sino morir; cargaron muy réciamente tirando varas, flechas y piedras, logrando matar un caballo con un dalle hecho de una espada española; mas su valor indomable no estaba ya en relacion con sus fuerzas, y muchísimos perecieron aquel dia. (5) El mismo Cortés nos informa que tanta piedad, dimanaba del temor de perder el botin.

Al dia siguiente. (6) tornó Cortés á la ciudad sin ánimo de combatir, pues esperaba que aquellos porfiados enemigos se le entregasen de un momento á otro. "E por les inclinar a ello, yo me llegué cabalgando cabe una albarrada suya que tenían bien fuerte, "y llamé á ciertos principales que estaban detras, á los cuales ya

(1) Cartas de Relac. pág. 290—91.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VI.—Torquemada, lib. IV, cap. C.

(2) Juéves ocho de Agosto.

(3) Cartas de Relac. pág. 291—92.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VI.

(4) Viérnes nueve de Agosto.

(5) Cartas de Relac. pág. 292—93.—Ixtlilxochitl, pág. 46.

(6) Sábado diez de Agosto.

"conocía y díjeles: "Que pues se vían tan perdidos y conocían, que "si yo quisiese, en una hora no quedaría ninguno de ellos, que por "qué no venía á me hablar, Guatemucin su señor, que yo le prome- "tía de no hacerle ningun mal: y queriendo él y ellos venir de paz, "que serían de mí muy bien recibidos y tratados." Y pasé con ellos "otras razones, con que los provoqué á muchas lágrimas, y llorando "me respondieron: "Que bien conocían su yerro y perdicion, y que "ellos querían ir á hablar á su Señor, y me volverían presto con la "respuesta y que no me fuese de allí." E ellos se fueron é volvie- "ron dende á un rato, y dijéronme: "Que porque ya era tarde su "Señor no había venido; pero que otro dia á medio dia vendría en "todo caso á me hablar en la plaza del mercado," y así nos fuimos "á nuestro real." (1) A la sazon los tenochca estaban ya tan flacos, que muchos aliados se atrevían á quedarse en la ciudad. Para la ofrecida conferencia mandó aderezar D. Hernando, en el *mumuztli* en donde estuvo el trabuco, un estrado decente á la usanza de los azteca.

Aquellas propuestas de acomodamiento no eran verdaderas; hacíanlas los méxica para ganar tiempo, empleando sus artes mágicas á ver si podían conjurar su daño. Cuauhtemoc habló con los principales y les dijo: "Hagamos experiencia á ver si podemos escapar del peligro en que estamos: venga uno de los más valientes que hay entre nosotros, y vístase las armas y divisas que eran de mi padre Ahuitzotzin." Trajeron un valiente mancebo, llamado Tlapaltecatlopuchtzin, del barrio de Coatlan, á quien dijo el rey: "Veis aquí estas armas que se llaman Quetzaltecolotl que eran armas de mi padre Ahuitzotzin; vístelas y pelea con ellas y matarás algunos, vean estas armas nuestros enemigos podrá ser que se espanten en verlas." Vistióse las armas y parecía cosa espantosa; diéronle cuatro capitanes que le precedieran, dos á cada parte, teniendo por cierto que al verle los enemigos se pondrían á huir: armáronle tambien con el arco y la saeta con casquillo de pedernal, perteneciente á Huitzilopochtli, los cuales guardaban por reliquias, teniendo fé en que cuando saliesen no podían ser vencidos. Un mexicatl principal, nombrado Cihuacoatlacotzin dió entónces voces diciendo: "¡Oh méxica! Oh Tlatilulca! El fundamento y fortaleza de

(1) Cartas de Relac. pág. 293.

los mexica es puesta en Huitzilopochti, el cual arrojaba entre sus enemigos su saeta que se llama Xiuhcoatl y Mamalhuaztli; la misma flecha llevais ahora, que es agüero de todos nosotros; mirad que la endereceis contra vuestros enemigos para que haga tiro y no se pierda en balde, y si por ventura con ella matárades ó cautivárades á alguno, tenemos certidumbre y pronóstico que no nos perderémos de esta vez, sino que quiere nuestro señor ayudarnos." El Quetzaltecolotl subiose á una azotea; los contrarios pararon á mirarle, y descubriendo que era hombre le comenzaron á combatir, poniéndole en huida. Tornó despues á pelear haciendo retraer á los indios; subióse á un lugar en que los tlaxcalteca tenían quetzalli y cosas robadas, tomólas y se precipitó á lo bajo sin hacerse daño; entre él y los cuatro capitanes tomaron tres cautivos indios, retirándose en seguida á sus ranchos. (1)

Al siguiente dia (2) vino D. Hernando de su real al estrado que tenía dispuesto en el mercado, y de ahí mandó avisar á Cuauhtemoc que le esperaba. Presentáronse á poco cinco principales diciendo de parte de su rey, le perdonase no viniese porque tenía temor de parecer ante Malinche y ademas estaba enfermo; que viese lo que mandaba que para esto venían ellos, dióseles de comer y beber, y cuando concluyeron Cortés les dijo, asegurasen á su señor no se le haría mal ninguno, ni se le detendría; pero que su presencia era del todo necesaria para entrar en concierto. Despidióseles entregándoles algunos víveres como regalo para su rey. " E dende á dos ho" ras volvieron, y trajéronme unas mantas de algodon buenas, de las " que ellos usan: y dijéronme, que en ninguna manera Guatemucin " su señor vendría ni quería venir, y era excusado hablar en ello." Insistió Cortés en rogar viniese en persona el rey, á lo cual los embajadores contestaron vendrían al dia siguiente con la respuesta. D. Hernando se retiró con su gente al real. (3)

Aquel dia, hácia la media noche llovía muy menudo; de impro-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVIII de la primera edicion. Corresponde al capítulo XXXIX de la segunda en donde se lee: " No les aprovechó nada de esto, porque de ahí á tres dias se rindieron. " Esta última indicacion nos autoriza para colocar el suceso en el díez de Agosto.—Torquemada, lib. IV. cap. C.

(2) Domingo once de Agosto.

(3) Cartas de Relac. pág. 294-95.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. CI.

viso vieron los méxica un torbellino de fuego color de sangre, que arrojaba centellas, chispas y brasas, y venía remolinando, respendando y estallando: saliendo hácia Tepeyacac, se acercó al sitio de Coyonacazco á que estaban reducidos, dió la vuelta al cerco y dirijiéndose hácia el centro del lago desapareció ahí. Los azorados tenochca no lanzaron gritos, como era de costumbre á la vista de estos fenómenos, por temor de sus enemigos; pero tuvieron por segura que aquel era presagio de su destruccion y acabamiento. (1) Debió de ser algun hecho natural, como el de un bólido, por ejemplo, del cual tomaron pié para forjar el prodigio.

Muy de mañana al dia siguiente, (2) presentáronse en el real los cinco mensajeros méxica, diciendo que su señor se dirijía á la plaza del mercado, y rogaba no fuesen los aliados porque no quería estuviesen presentes al trato. Cortés dió órden á los amigos para quedarse en los suburbios, miéntras él cabalgando, se dirijió con los suyos al lugar señalado; mas aunque esperó tres ó cuatro horas, el rey no pareció. Mirando el general aquella burla, desengañado de que no había tales paces, hizo llamar inmediatamente á los aliados, á la hueste entera de Alvarado, y mandó á Gonzalo de Sandoval se pusiese al frente de los bergantines á fin de acometer por la parte del agua, lo cual debería practicar cuando viera embestir por tierra: así los méxica quedaban completamente cercados. Dada la señal, castellanos y aliados se precipitaron sobre el reducido espacio que les faltaba por vencer; no encontraban donde poner el pié, pues el suelo estaba literalmente cubierto de cadáveres y despojos sangrientos y hediondos, que hacían insoportable el lugar. Los debilitados méxica carecían en lo absoluto de varas y piedras, no obstante lo cual recibieron á sus contrarios con el macuahuitl y la rodela, resistiendo con brío, aunque no con fuerzas. Acometidas las casas del agua por los bergantines, derrocadas y destruidas, hombres, mujeres y niños caían al lago, ahogándose ó lanzando gritos de apuro y agonía: en la tierra firme se hacinaban los recientes muertos sobre los antiguos, y los gritos de guerra, los alaridos de los vencedores, el lloro y la grita de las mujeres y de los niños, llenaban de angustia y de azoro el corazon. No era una batalla, sino un degüello.

(1) Sahagun, cap. XXXIX de la primera edicion: contando con pocos variantes en el cap. XL de la segunda edic.

(2) Lúnes doce de Agosto.

Más de cuarenta mil ánimas fueron muertas ó tomadas prisioneras. (1)

"É ya nosotros teniamos más que hacer en estorbar á nuestros "amigos, que no matasen, ni hiciesen tanta crueldad, que no en pe- "lear con los indios: la cual crueldad nunca en generacion tan ré- "cia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los "naturales de estas partes: nuestros amigos hubieron aquel dia muy "gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, "porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos más "de ciento y cincuenta mil hombres: y ningun recaudo ni diligen- "cia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra "parte se hacía todo lo posible. Y una de las cosas porque los dias "antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciu- "dad, era porque tomándolos por fuerza, habían de echar lo que "tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos ha- "bían de robar todo lo más que hallasen; y á esta causa temía que "se habría para V. M. poca parte de la mucha riqueza que en esta "ciudad había, y segun la que yo entónces para V. A. tenía; y por- "que ya era tarde y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos, "que había de muchos dias por aquellas calles, que era la cosa del "mundo más pestilencial, nos fuimos á nuestros reales." (2)

Tomáronse las determinaciones necesarias para el asalto al siguiente dia. Debían estar listas las tropas de los tres campamentos; traeríanse tres cañones grandes á fin de ver si por su medio con el fuego desde léjos, se lograba la rendicion de los sitiados; Sandoval con los bergantines ocuparía una laguneta que había entre las casas, en la cual estaban recojidas las canoas de la ciudad: sabíase que Cuauhtemoc, no pudiendo estar en tierra, vivía en una de aquellas canoas, por lo cual se encargaba suma vigilancia á fin de que no escapase por el lago. (3)

(1) Cartas de Relac, pág. 295—96.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Torquemada libro IV, cap. CI.

(2) Cartas de Relac. pág. 296.

(3) Este dia, doce de Agosto, le cuenta Ixtlilxochitl, pág. 47, haciéndole concurrir con el dia *macuilli tochtli* (cinco conejos) del octavo mes *Micuilhuitzintli*, fecha que corresponde al cómputo texcocano. En el méxica corresponde al mes Tlaxochimaco, dia *ce cohuatl* (una culebra), teniendo por acompañado el símbolo *Atl*, agua. Le fijaron con tanta exactitud, sin duda para marcar la fecha en que los defensores de la ciudad fueron destruidos.

Siendo ya de dia, mártes trece de Agosto, apercibida la gente, puestos en batería los tres cañones gruesos, dispuso D. Hernando que las tropas de tierra apretaran de manera que los indios fueran empujados hácia la laguneta en que estaban las canoas, miéntras Sandoval con los bergantines acometería los acalli, teniendo mucha cuenta con no dejar escapar á Cuauhtemoc: la señal de asalto sería disparar una escopeta. Para presenciar y dirijir las operaciones, el general subió á la azotea de una casa cercana al lugar en donde estaban las canoas enemigas; desde ahí vió á algunos de los principales de la ciudad á quienes conocía y les dijo: "Que cuál era la causa de que su señor no quisiese venir? Que le llamasen y viniese sin temor, pues estando ya en tanto extremo, no diese causa á perderse del todo." Dos principales fueron á llamar al rey, tornando poco despues con el Cihuacoatl ó jefe principal de la guerra; aunque recibido por Cortés con mucho agasajo, terminó por decirle: "En ninguna manera vendrá mi señor ante ti, pues ántes prefiere morír; me pesa mucho de esto; mas haz lo que tú quieras." "Vuélvete á los tuyos, respondióle enojado el general, y tú y los tuyos aparéjense á morír, porque os voy á combatir y á acabar de matar." (1) El Cihuacoatl se fué.

En estas pláticas habían pasado unas cinco horas. En aquel tiempo, que debió ser de prolongada agonía, muchos hombres de los más débiles, mujeres y niños, se salían hacía el campo español, empujándose y oprimiéndose de manera que se estrujaban ó caían al agua ahogándose; otros procuraban salvarse á nado no logrando mas de anegarse, miéntras otros procuraban esconderse entre los carrizales. D. Hernando dió sus órdenes á los aliados para que no matasen á aquellos infelices que se entregaban, y áun puso españoles por las calles para evitar el daño; mas con todo esto no pudo evitarse que fueran robadas y muertas más de quince mil personas. En tanto que los débiles huían, los nobles, los guerreros y los sacerdotes permanecían impasibles, ya en las calles y azoteas, ya en los acalli, sobre el reducido espacio que les quedaba, flacos y hambrientos aunque determinados, sobre los charcos de sangre de las pasadas luchas, sobre los montones de los insepultos y hediondos cadáveres, que sólo á la peste sucumbieron unos cincuenta mil.

(1) Cartas de Relac. pág. 298.

Acercábase la tarde: la artillería fué disparada repetidas veces con daño de los méxica; mas no produciendo el deseado efecto, se escuchó el escopetazo, señal de acometer. Castellanos y aliados se precipitaron sobre los tenochca, quienes fueron fácilmente degollados, arrojando á los que escapaban hacia la laguneta: Sandoval con los bergantines rompió por entre las canoas, trastornándolas y rompiéndolas, estando tan desmayados los guerreros que ya no podian pelear. Miéntras proseguía la matanza, algunos acalli se deslizaban rápidamente sobre las aguas del lago en direccion de tierra; Sandoval dió la órden de perseguirlos á Garcí Holguin, capitan del bergantin más velero. Holguin hizo tender las velas en direccion de los fugitivos, los alcanzó; por el aderezo, toldo y forma del acalli conoció que ahí iba Cuauhtemoc; dió voces é hizo señas para que parasen, mas los remeros seguían remando vigorosamente; entónces asomaron por la proa de la fusta los ballesteros y arcabuceros: paró el acalli, púsose en pié Cuauhtemoc, y alzando el brazo dijo: "No "me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te "ruego es, que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer, ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me "tomes á mí y me lleves á Malinche." (1) Iba Cuauhtemoc con Tetlepanquetzaltzin y otros veinte principales, á todos los cuales trasladó Holguin á su fusta, haciéndoles sentar sobre unos petates y mantas, dándoles de comer de lo que llevaba: al acalli en que quedaron las mujeres con la hacienda no tocó.

Por el camino se emparejó al bergantin el montado por Sandoval y éste exijió le fuese entregado el real prisionero, á lo que resistió Holguin diciendo que él le había cautivado; Sandoval reconoció ser así la verdad, mas que siendo él el jefe de la escuadrilla le tocaba recoger la presa. Siguiérase un altercado, si informado Cortés por otro bergantin cuyo capitan se adelantó á pedir albricias, no hubie-

(1) Bernal Díaz cap. CLVI.—Acerca del lugar en donde fué hecho prisionero Cuauhtemoc, encontramos lo siguiente en Humboldt, Essai politique, lib. III, cap. VIII:—"Enséñase á los extranjeros el puente del Clérigo, cerca de la plaza mayor de Tlatelolco, como el memorable sitio en que fué cautivado el último rey azteca Cuauhtemoc, sobrino de su predecesor el rey Cuitlahuatzin y yerno de Motezuma II. De las cuidadosas investigaciones que hice con el padre Pichardo resulta que el jóven rey cayó en manos de Garci Holguin, en un gran estanque que en otro tiempo había entre la Garita de Peralvillo, la plaza de Santiago Tlaltelolco y el puente de Amaxac."—Actualmente el lugar está convertido en tierra firme.

ra despachado á los capitanes Luis Marin y Francisco de Lugo. para que sin más debates le trajesen al prisionero.

La azotea en la cual estaba D. Hernando, era la de la casa de un principal llamado Aztaoatzin, en el barrio de Amaxac; (1) hízola aderezar con mantas y esteras lo mejor que de pronto se pudo, mandando prevenir alguna comida. Llegaron á poco Sandoval y Holguin, conduciendo á Cuauhtemoc, a Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, á Quetzaltzin y otros caballeros. Recibiólos Cortés con gran agasajó, abrazó al rey con muestras de mucho amor, ofreciendo á todos asiento. Cuauhtemoc, acercándose á Cortés le dijo: "Señor Malinche, he cumplido con lo que estaba obligado en de-" fensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por " fuerza y preso ante tu persona y poder, has de mí lo que plazca;" y poniendo mano en el puñal que D. Hernando llevaba en el cinturon añadió: "Toma luego este puñal y mátame con él." Saltáronle las lágrimas al decir esto, y los guerreros y magnates tambien lloraban sollozando. El general, sirviéndose de la lengua de Marina, le consoló, alabó el denuedo con que había defendido la ciudad, prometiéndole por último, seguiría en el mando de México y sus provincias como antes. Preguntándole entónces por su esposa, Cuauhtemoc contestó haberla dejado en el acalli al cuidado de los blancos; mandada traer, vino la reina Tecuichpo, jóven hermosa, á penas llegada á la edad nubil, hija de Motecuhzoma; á ella y á las damas que la acompañaban, recibió Cortés con amable cortesía, haciendo servir á todos los prisioneros algun refrigerio, del cual en verdad habían menester. (2) Luego que los méxica y tlatelolca supieron que su señor estaba preso, depusieron las armas, se rindieron y cesó la guerra.

Acercábase la noche, prometiendo tempestad. Cortés encargó á Sandoval condujese á los reales cautivos; Cuauhtemoc, Huanitzin y Acamapích, iban sueltos, mas Huanitzin, Motelchiuhtzin y Oquiztzin fueron con fuertes ligaduras. (3) Alvarado y los demas capitanes se retiraron á sus respectivos cuarteles. D. Hernando reunió á su gente, y "despues de haber recogido el despojo que se pudo ha-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XL.

(2) Cartas de Relac. págs. 299—300.—Bernal Díaz, cap. CLVI.

(3) Anales tepaneca. N. 6. MS.

ber," marchó á su campo, regocijándose de la señalada merced y gran victoria como había alcanzado. "Llovió y tronó y relampa-"gueó aquella noche, y hasta media noche, mucho más que otras "veces." (1)

Derribado el trono de los méxica, bajo sus escombros quedaron sepultadas las libertades de los pueblos de Anáhuac. Sin duda que es el hecho más tracedental de nuestra historia antigua. Recapitulemos. Una tribu bárbara, de instintos sanguinarios, tal vez sin más virtudes que la fé y el valor, sale de la isla de un lago no muy distante y haciendo diferentes estaciones en el camino llega á la orilla de las lagunas del Valle; ingrata con sus vecinos, feroz en su conducta, le maltratan y persiguen los comarcanos hasta hacerla abandonar el suelo. Prosigue su peregrinacion hacia el Norte, vuelve y revuelve en distintas direcciones, hasta que olvidada en el trascurso de los años, retorna á donde primero estuvo; pero regresa con la fé más viva en el sanguinario Huitzilopochtli, más apegada al horrendo culto qne pide la víctima humana, y urgida por sus enemigos se oculta, mejor que se establece, en una isla de las lagunas, lugar prometido por los oráculos y marcado con los símbolos determinados por el dios.

En la isla vive la tribu miserable y abatida; reducida á servidumbre paga pecho áun en las cosas más extravagantes que place á su señor: contenta y resignada, porque así lo exije el númen, paga y trabaja sin murmurar, esperando el cumplimiento de las promesas.

(1) Cartas de Relac. pág, 297—300.—Bernal Díaz, cap. CLVI.—Gomara, Cron. cap. CXXXXII.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VII.—Oviedo Hist. de las Indias, lib. XXXIII, cap. XXX.—Torquemada, lib. IV, cap. CI.—Ixtlilxochitl, Relacion XIII. pág. 49.—Clavijero, tom. 2, pág. 180 y sig.—Con notables variantes Sahagun lib. XII cap. XL.

Las guerras emprendidas por sus amos ponen á prueba su valor; en las luchas de las naciones riberanas adquiere cierta importancia; ayudando alguna vez á la justicia recobra su libertad: de esclava se convierte en señora. Entónces de la isla se desborda como un torrente sobre la tierra firme; forma la triple alianza; celebra el pacto de la guerra religiosa que deja subsistir á Tlaxcalla, Chollollan y Huexotzinco; con los elementos que le prestan sus amigos y con los que exije á los vencidos, con el instinto de establecer en las diversas naciones la unidad civil y religiosa, lleva sus armas victoriosas hasta los lugares más distantes, conquista ciudades, domeña á las tribus, y en breve espacio de tiempo funda una extensa y pujante monarquía.

Aquella fué obra de la violencia y no de la justicia. Las naciones sometidas estaban sujetas á la más espantosa servidumbre; daban sus hijos para víctimas en los altares del dios de la guerra y á sus hijas para las fiestas lúbricas del Cuicoyan: acudían con guerreros como contingente de sangre; pagaban continuados y fuertes tributos; se empleaban en servicios personales para sus amos. Entre la capital y las provincias no había otro lazo de union que el de la fuerza; entre el señor y el súbdito existían sólo ódio y rencor: á medida que los emperadores de México cargaban la mano en la presion, se avivaba en los pueblos el ansia de sacudir el yugo.

Cuando el imperio tenochca aparecía más pujante y floreciente, asomaron por Oriente los hombres blancos y barbados, los hijos de Quetzalcoatl, los prometidos en las antiguas profecías. Reinaba Motecuhzoma II, supersticioso y débil, quien recibió de paz á los extranjeros, pagando con su dignidad y con su vida haberse fiado en mentidas promesas. Los dioses blancos se dieron priesa en entregarse á todo linaje de flaquezas, cual si quisieran desmentir su orígen divino: la venida de nuevas divinidades blancas puso en claro la verdad de procedencia y desapareció el encanto. Cuitlahuac fué el primer rey patriota, y logró arrojar de la ciudad á los pérfidos huéspedes; su corto y glorioso reinado terminó con su muerte, acontecida á consecuencia de la peste. Sucedióle Cuauhtemoc, el ardido defensor de México, el indomable caudillo de la libertad nacional.

El poderoso imperio fué estrechándose en sentido contrario de como se había extendido. Los pueblos lejanos permanecieron espectadores impasibles en la lucha; todos los demas se colocaron sucesi-

vamente del lado de los nuevos dioses, y bajo sus pendones vinieron á cobrar de la isla y de México sus pasados agravios con el implacable rencor de la venganza. La defensa de la ciudad por los tenohca es un hecho asombroso, digno de ponerse en parangon con la de Jerusalem, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura, que preferían á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupcion envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose despues á lo que en pié quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurreccion, hicieron frente á todos, y ademas á los hombres blancos y barbados, á los dioses á quienes el antiguo profeta destinaba el dominio de la tierra. Combatieron y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más de ruinas; cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados, y ni tenían armas, y quedábales sólo el macuahuitl que con dificultad podían blandir; cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo; cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, inspira respeto y entusiasmo la noble figura del rey Cuauhtemoc.

El puñado de castellanos procedentes de Cuba y desembarcados en Chalchiuhcuecan, fueron tomados por los prometidos dioses blancos y barbados: D. Hernando fué Quetzalcoatl. Informado pronto de las cualidades que le atribuían y del estado del país; sabedor de la existencia de un reino rico y de un señor opulento, determinó apoderarse del reino y del señor. Escasos eran los medios con que

contaba para tal intento; pero tomaría los elementos de su ingenio y de su inflexible voluntad, pues sabía aprovechar diestramente todas las circunstancias, sacar partido de los menores accidentes enseñorearse de la ajena voluntad. Al primer pueblo con quien se puso en contacto, los totonaca, le precipitó, por un trato doble, á romper con su señor y ponerse bajo su proteccion.

Penetrando al interior, iba dispuesto á combatir donde quiera le hicieran resistencia. Peleó contra Tlaxcalla, de la cual se hizo la aliada más fiel, sin más gasto que muchas y pomposas ofertas, despues puestas en olvido. Entró en Chalollan y ejecutó una gran matanza con ayuda de sus aliados, con objeto de amedrentar á sus contrarios. Recibido como semidios en la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor, quien se reconoció súbdito del monarca español: estaba llevado á cabo el gran propósito, é hizo suyo más oro del que nunca hubo soñado.

A castigarle por el alzamiento contra su antiguo jefe, vino Narvaez á la Villa Rica, trayendo un cuerpo considerable de tropas y elementos de guerra; D. Hernando salió contra él con pequeño número de veteranos; con oro y con promesas ganó los capitanes contrarios, con astucias engañó al general, terminando por apoderarse segunda vez de cuanto pertenecía á su malaventurado rival. Volvía triunfante y poderoso á Tenochtitlan, cuando perdidas todas las ventajas obtenidas, por un acto de rapacidad de Alvarado, ya sólo pudo encontrar la guerra sin cuartel y el odio declarado; luchó con valentía cual era su costumbre, mas destrozado en una noche infausta, perdió en un punto poder y riqueza. En la derrota se mostró grande, grande tambien en la memorable batalla de Otompan, en que innumerables batallones le cerraron el paso, escapando como por milagro, gracias á su intrepidez y al profundo conocimiento que había adquirido de las tribus.

Pocos meses despues, con los hombres y las armas que á las manos le vinieron, aunque á sus enemigos ó émulos pertenecían, se puso de nuevo en campaña. Las naciones indias, cegadas por la venganza, arrastradas por la envidia, determinadas por bastardas pasiones, fueron desertando de la causa de la patria para seguir al jefe astuto; quienes resistieron fueron sometidos por las armas, de manera que cuando retornó contra la ciudad codiciada, quedaban á ésta dudosos y pocos amigos, al cabo tambien domeñados y que se

pasaron á las banderas enemigas. Durante el asedio de Tenochtitlan, el escaso número de blancos, sin verdadero lazo de union con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lugares de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieran obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon dia y noche, vestidas de contínuo las armas, expuestos á la intemperie; sin desmayar por los obstáculos, sin que pensaran que acometían una empresa descabellada, sin que nunca hubieran dudado de su suficiencia para tamaña obra. Momentos hubo de vacilacion en los soldados, jamás en el jefe: si tantos milagros se cumplieron, fué por la enérgica voluntad de D. Hernando.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

La admiracion, empero, no debe ofuscar la verdad. La conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos hubieran sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles direccion, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados da la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo. Figura colosal es la de D. Hernando, que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía reelevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.

CAPITULO IX.

CUAUHTEMOC.

Conferencia en Tlatilolco.—Disposiciones.—Despedida de los aliados.—Fiestas en Coyohuacan.—Tormento dado á Cuauhtemoc.—Los reyes de la triple alianza.—Busca del tesoro.—Disgusto en el ejército.—Pasquines.—Reparticion del despojo.—Lo que tocó al rey.—Descubrimientos en la Mar del Sur.—Expediciones á Oaxaca y á Tochtepec.—Fundacion de Medellin

III calli 1521. Al dia siguiente, catorce de Agosto, tornaron los castellanos á la azotea, en donde se había verificado la anterior conferencia: la azotea estaba adornada con cortinas, habiendo un dosel con asiento distinguido. Cortés se colocó en el lugar preferente; dió la derecha á Cuauhtemoc, la izquierda á Coanacoch, rey de Acolhuacan, y á Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, dando lugar despues á los señores principales, Cihuacoatl, Tlacotzín, Tlilancalqui, Petlauhtzin, Huitznahuatl, Motelchiuhtzin, Mexicatlachcauhtli, Tecuctlamacazqui, Cohuatzin, Tlatlati y

Tlazolyaotl, dignidades del imperio que sucumbía, últimos nobles que sobrevivían á la catástrofe: los capitanes y soldados españoles cerraban el cuadro, atentos todos á lo que iba á pasar. D. Hernando, por boca de Marina, rompió el silencio, demandó á los reyes, ¿en dónde estaba el oro que había dejado en México? Los méxica trajeron cuanto escondido tenían en una canoa llena. Dijo entónces D. Hernando: "¿No hay más oro que este en México? Sacadlo todo, "que es menester todo." Tlacotzin respondió á Marina: "Dí á "nuestro señor capitan, que cuando llegó á las casas reales la pri- "mera vez, vió todo lo que había, y todas las salas cerramos con "adobes, no sabemos que se hizo el oro que había, tenemos que to- "do lo llevaron ellos, y no tenemos más de esto ahora." El general replicó: "Es verdad que todo lo tomamos, pero todo nos lo tomaron "en aquel paso de acequia que se llama Toltecaacalopan: es me- "nester que luego parezca." El Cihuacoatl echó la culpa á los de Tlatelolco; éstos la pusieron á cargo de los méxica, hasta que Cuauhtemoc interrumpió diciendo: "¿Qué es lo que dices? Aunque "es así que los de Tlatilulco lo tomaron, fueron presos y todo lo "tornaron: en el lugar de Texopan se juntó todo, y es esto que es- "tá aquí y no hay más." Aunque todavía se insistió sin sacar mayor fruto, Marina terminó en estos términos: "El señor capitan di- "ce, que busqueis docientos tejuelos de oro, tan grandes como así," y señalóles con las manos el grandor de una patena de cáliz.

Terminado este punto, D. Hernando se informó menudamente de las costumbres de la triple alianza en la manera de hacer las conquistas, cómo se imponían los tributos y en qué consistían, en cuál modo se recogían y repartían. Fueron aquellas una especie de córtes celebradas para el gobierno del país conquistado: dejóse á Cuauhtemoc el mando de la arrasada y desaparecida Tenochtitlan; nombróse señor de Tlatelolco á un caballero nombrado Ahuelitoctzin, quien en el bautismo tomó nombre de D. Juan; en cuanto á Coanacochtzin, había perdido ya el trono y Tetlepanquetzaltzin no fué repuesto en su señorío. (1)

El asedio de la ciudad de México duró setenta y cinco dias. D. Hernando tuvo á sus órdenes novecientos españoles, ochenta caba-

(1) Sahagun, cap. XL y XLI de la primera edic., XLI y XLII de la seg.—Torquemada, lib. IV. cap. CII.

llos, diez y siete tiros de artillería y doce bergantines, con doscientos mil aliados y seis mil canoas. No es fácil asignar la pérdida de los sitiadores, pues sin duda están ocultados los números. (1) De los sitiados pereció muy grande cantidad, contados los que sucumbieron por la espada, el hambre y la peste. (2) No obstante cuanto digan Oviedo y algun otro, los méxica no comieron la carne de sus muertos, aunque reducidos como estaban á los mayores apuros de la desesperacion de la hambre: (3) ántes dijimos que los padres habían devorado á sus propios hijos; mas esto debe entenderse de sólo los pequeñuelos, pues todos los demas quedaron vivos, segun consta en las relaciones de los testigos presenciales.

Permitióse á los vencidos salir del inmundo rincon en que estaban aglomerados; íbanse los unos por las calzadas, los otros en las

(1) Gomara, Crón. cap. CXLIII, dice que: "Murieron de su parte hasta cincuenta españoles, seis caballos, y no muchos indios."—Sigue el mismo cómputo Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII, afirma "Murieron ménos de cien castellanos, algunos pocos caballos y no muchos indios amigos, en respecto de los mexicanos."—Este último cálculo parece más aproximado á la verdad, aunque siempre queda indeterminado; mas no se puede obtener mayor precision.

(2) Reunidas las cifras enunciadas por Cortés, formarían un total mayor de. . . . 117,000.—Gomara, Crón. cap. CXLIII, escribe: "Murieron de los enemigos cien mil, y á los que otros dicen muy muchos más, pero yo no cuento los que mató el hambre y la pestilencia."—Dice lo mismo Herrera, déc. III, lib. II. cap. VIII, y le sigue Torquemada, lib. IV, cap. CIII.—Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 51, escribe: "Murieron de la parte de Ixtlilxuchitl y reino de Texcoco, más de treinta mil hombres, de más de doscientos mil que fueron de la parte de los españoles como se ha visto: de los mexicanos murieron más de doscientos cuarenta mil, y entre ellos casi toda la nobleza mexicana, pues que apenas quedaron algunos señores y caballeros, y los más niños y de poca edad."—Bernal Díaz, cap. CLVI, no entra en cálculos, sin embargo de lo cual da una idea aproximada de aquella catástrofe: "Yo he leido la destruccion de Jerusalem, dice; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Mexico que allí se habían acogido, todos los más murieron."—Refiere lo mismo Oviedo, Hist. gen. y nat., lib. XXXIII, cap. XXX, en estas palabras: "Muchos hidalgos é personas he visto de los que en esto de Temistitan se hallaron, á quien oí decir queste número de los muertos más lo tienen por incontable y excesivo al de Hierusalem, que no por ménos de la cuenta ó relacion de Josefo." Oviedo parece no referirse á todos los judios muertos en la guerra, sino á los 115,080 cadáveres testificados por Annio.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVI.—Gomara, Crón. cap. CXLIII.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII.—El Sr. D. José Fernando Ramírez contradijo victoriosamente á Prescott. Notas y aclaraciones, pág. 64.

canoas y algunos apeando por el agua; castellanos y aliados los detenían por los caminos, registrándolos y quitándoles cuanto de valor llevaban, escogiendo los mozos y mozas que mejor les parecían para reducirlos á esclavos. Llegados estos excesos á noticia del general dió órden para que no fueran cometidos, mandando ademas personas que los impidiesen. (1) "Digo que en tres dias con sus " noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y mucha- " chos, llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir é tan fla- " cos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver." Algunos quedaban entre los muertos sin poderse valer, " y lo que " purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos " muy flacos que no comen sino yerba." (2)

Como mejor se pudo fueron enterrados los muertos. Así por alegría como para desinfeccionar el aire, fueron encendidos grandes fuegos en las calles. No á todos los vencidos se dejó ir libres, pues muchos hombres y mujeres quedaron esclavos, marcados en el rostro con el hierro del rey. Pusiéronse los bergantines en lugar seguro, dejando en guarda de ellos y de la ciudad al capitan Juan Rodríguez de Villafuerte con ochenta castellanos. Tomadas todas estas disposiciones, los vencedores abandonaron la desierta isla, trasladándose D. Hernando, cuatro dias despues (es decir, el diez y siete de Agosto), á la ciudad de Coyohuacan (Cuyuacan). En cuanto á los despojos fué fácil entenderse: los castellanos se apropiaron el oro, la plata y la plumería; los aliados llevaron la ropa y los demas objetos, lo que formó riquísimo despojo. Dando por terminada la guerra contra México, D. Hernando despidió á los aliados, prometiéndoles mantenerlos en justicia y libertad, entendidos en que los llamaría en su auxilio cuando de nuevo los hubiera menester; á los capitanes y guerreros distinguidos dió como premio, mantas, rodelas, armas y joyas, como era uso entre las tribus: con esto se fueron todos contentos y aficionados á servir á su nuevo señor, satisfechos con la idea de haber destruido el imperio de México, principalmente los tlaxcalteca. Dióse licencia á quienes quisieron avecindarse en la isla. (3) Cortés, que nunca escaseaba las promesas, ofreció

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XLI.
(2) Bernal Díaz, cap. CLVI.
(3) Gomara, Crón. cap. CXLIII.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII.

pródigamente dar tierras y vasallos y hacer grandes señores, y como ya estaban ricos, "se fueron alegres á sus tierras, y áun llevaron " hartas cargas de tasajos cecinados de indios mexicanos, que re- " partieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus ene- " migos, la comieron por fiestas." (1)

Para celebrar la victoria, D. Hernando hizo un banquete en Coyohuacan, contando para ello con cantidad de vino y algunos puercos traidos por una nave aportada á la Villa Rica. Convidados los principales capitanes y soldados, pues las divisiones permanecían aún en sus respectivos reales de Tlacopan y Tepeyacac, no había en la sala mesas y asientos para la tercera parte; corrió abundantemente el licor, perdióse el juicio, y los hombres anduvieron sobre las mesas, no acertaban á salir por las puertas é iban rodando por las gradas abajo: alzadas las mesas salieron las damas españolas á danzar con los galanes puestas las armas, "y hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera." Tan grande debió ser el desórden, que Fr. Bartolomé de Olmedo dijo á Sandoval lo mal que le parecía, "é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante." Informado Cortés, mandó llamar al religioso y le dijo: "Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que " vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora " resta que vuestra reverencia ordene una procesion, é que diga mi- " sa é nos predique, y diga á los soldados que no roben las hijas de " los indios, y que no hurten ni riñan pendencias, é que hagan co- " mo católicos cristianos, para que Dios nos haga bien." En efecto, Fr. Bartolomé ordenó una procesion en que los castellanos salieron " con las banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantan- " do las letánías, y á la postre una imájen de nuestra Señora, y otro " dia predicó Fr. Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa des- " pues de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la vic- " toria." (2)

El oro recogido no satisfizo la esperanza de los castellanos. La fama hacía muy ricos á los emperadores y á los dioses; generalmente se creía que el despojo de la ciudad sería inmenso, ó que al ménos se recobraría aquel gran monton visto en el tesoro de Motecuh-

(1) Bernal Díaz, cap. CLVI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLVI.

zoma; pero contra toda espectativa, lo recogido era bien poco, no siendo ni siquiera igual á lo perdido en las puentes la Noche triste. Los blancos aquejaban á los indios para sacarles dineros; los oficiales reales, con intento de sacar un buen quinto para el rey, hacían todas las pesquisas imaginables para descubrir el paradero de los metales preciosos, sin conseguir que méxica alguno diera el menor indicio acerca de ello. De aquí disgustos que daban motivo á diversas hablillas. Decíase que los aliados se llevaron el oro, principalmente los de Texcoco, Huexotzinco, Chololtlan y Tlaxcalla; se creía que los que andaban en los bergantines habían robado buena parte; muchos pensaban que Cuauhtemoc tenía escondido el tesoro. Este último supuesto se acreditó en el vulgo, y como los mayordomos del rey insistían en no haber otra riqueza que la que en manos de los oficiales reales estaba, se pedía con instancia se diese tormento á Cuauhtemoc á fin de hacerle descubrir en dónde estaba oculto el oro. No aparece con evidencia quiénes fuesen los autores de esta bárbara determinacion. Asegura Bernal Díaz que Cortés lo resistió con todo empeño, mirándose al fin obligado á consentirlo; en efecto, decíase que en su poder tenía la recámara de Motecuhzoma, cuyo hecho no quería se pusiese en claro; afirmábase que defendía al rey por estar de acuerdo con él para apropiarse todo lo reunido, y así otras proposiciones semejantes: el tesorero Julian de Alderete insistía con más empeño que ninguno, ya para cumplir con su obligacion, ya para mortificar al general y descubrir completamente la verdad.

En mala hora se procedió á la ejecucion. Cuauhtemoc y Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, fueron puestos al tormento, que consistió en quemarles piés y manos. (1) El rey, con inquebrantable constancia sufrió los dolores, sin cambiar la serenidad de su rostro; Tetlepanquetzaltzin, próximo á sucumbir, volvió tristemente los ojos al monarca, como para pedirle licencia de revelar el secreto ó suplicarle que él lo hiciese: fijóle airadamente la vista Cuauhte-

(1) "e asy mismo vido despues quel dicho D. Fernando Cortés dio tormentos e quemava los pies é las manos al dicho Guatimuza porque le dixese de los thesoros e riquezas de la cibdad e que lo sabe por queste testigo como dotor e medico ques curo muchas vezes al dicho Guatimuza por mandado del dicho D. Fernando, e sabe este testigo quel dicho D. Fernando traya mucha diligencia por saber del dicho thesoro." Residencia, Cristóbal de Ojeda, tom. 1, pág. 126.

moc, dirijiéndole secamente estas palabras: "Estoy yo en algun deleite ó baño?" (1) avergonzado el señor de Tlacopan, recobró esa indiferencia estoica con que los valientes saben burlar las crueldades de sus enemigos, y murió en el tormento. Tarde para la gloria de D. Hernando fué quitado del brasero el emperador azteca, porque aquella accion imprimió una fea mancha en la memoria del conquistador, á quien no puede defenderse con que era débil para contener á la soldadesca; en momentos más difíciles había sabido tenerle á raya é imponerle su poderosa voluntad. (2) Vista la inutilidad del procedimiento y conocida la fealdad del hecho, los soldados echaron la culpa sobre sus superiores, como éstos la pusieron á cuenta de aquellos, buscando todos disculpa.

Muchos dijeron que Cuauhtemoc fué quitado del tormento, porque confesó que cuatro ó diez dias ántes de ser preso, había mandado arrojar á la laguna así la artillería y armas quitadas á los castellanos, como todo el tesoro que había en México: (3) sea de ello lo que fuere, el rey fué sujetado á la cuestion contra todas las promesas que se le hicieron al constituirse prisionero, quedó lisiado por

(1) Gomara, Crón. cap. CXLV. Esta frase parece ser realmente la pronunciada por el rey, siendo más verdadera y auténtica, aunque ménos poética que la adoptada despues por los autores. "¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?"

(2) "y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia del oro." Bernal Díaz, cap, CLVII.—"Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia, como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel: mas él se defendía conque se hizo á pedimento de Julian de Alderete, tesorero del rey, y porque pareciese la verdad; ca decían todos que tenía él toda la riqueza de Moteczuma, y no quería atormentalle porque no se supiese." Gomara, Crón. cap. CXLV.—Hernando Cortés mandó quitar á Quatimoc del tormento con imperio y despecho, teniendo por cosa inhumana y avara tratar de tal manera á un rey: y de lo hecho se excusaba diciendo, que había sido importunado, requerido y aun amenazado de Julian de Alderete, tesorero del rey, que le imputaba que había escondido aquellas riquezas, y abiertamente le pedía que le hiciese dar el tormento y con insolencia lo solicitaba, &c."—Herrera. déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada lib. IV, cap. CIII.—"200 Item: si saben quel tormento que se dió á Guatimuza para que dixese adonde estaba el thesoro de Montezuma, fué á pedimento de Xulian de Alderete, thesorero que á la sazon hera de S. M., deduciendo quel dicho Guatimuza sabia de dicho thesoro, i lo habia, porque se descobriese á donde estaba, porque viniese á poder de S. M." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 382.

(3) Bernal Díaz cap. CLVII.—Gomara, Crón. cap. CXLV.—Herrera, dec. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII.

vida, y fué más tarde á morir ahorcado en un país lejano. Como acabamos de ver, Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, sucumbió en el tormento. En cuanto á Coanacochtzin, rey de Texcoco, permaneció preso en el real de Xoloc, desde el dia que fué cautivado por su hermano; los grillos le llagaron los piés, de lo cual compadecido Ixtlilxochitl, ocurrió á D. Hernando pidiéndole la libertad del preso. Respondió Cortés, que habiendo dado cuenta del suceso al rey de Castilla, no podía disponer ninguna cosa hasta no conocer la voluntad real; pero que si tan lastimado estaba el cautivo, diese algun oro por su rescate, el cual se enviaría al emperador D. Cárlos V, y éste lo tendría por bien. Ixtlilxochitl mandó traer de Texcoco cuanto de tesoro quedaba en los palacios de su abuelo, de su padre y suyo propio, y le presentó al general; mas este respondió que era poco para rescate de tan gran señor. Segunda vez envió Ixtlilxochitl á Texcoco, logrando recoger de los parientes y amigos mayor cantidad, que contentó por fin al general. Coanacochtzin fué puesto en libertad, trasladándose á Texcoco, en donde sus súbditos le recibieron con lástima y lágrimas, al verle tan enfermo, flaco y maltratado, curándole de sus llagas. (1) Tal fué el término de los reyes de la triple alianza, sometidos á los blancos, no obstante las pomposas promesas que se les hacían convidándoles con la paz.

Custodiado por algunos castellanos, Cuauhtemoc había sido conducido al lugar en que estuvo su palacio, y del fondo de una alberca de agua, honda, fué sacado un sol de oro como el que había sido regalado por Motecuhzoma y muchas joyas y piezas de poco valor. El señor de Tlacopan dijo, que en unas casas suyas, cuatro leguas distantes de su capital, tenía cierta cantidad de oro, que allá le llevasen y diría en dónde estaba enterrado; en efecto, le condujeron Pedro de Alvarado y seis soldados, entre los cuales se contaba Bernal Díaz, mas al estar en el lugar designado, el señor afirmó, que por morirse en el camino había dicho aquello, que le matasen porque no tenía oro ni joyas ninguna, y así se tornaron como fueron. Muchos buenos nadadores se arrojaron al lugar de la laguna en que se decía que Cuauhtemoc había echado el tesoro, y no encontraron cosa ninguna; más feliz Bernal Díaz y otros compañeros, sacaban siempre algunas pecezuelas, las cuales les fueron demandadas por

(1) Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 54—55.

Cortés y el tesorero Alderete. Estas dos personas acudieron con diestros nadadores, alcanzando extraer cosa de cien pesos en cuentas, collares y figurillas, cosa ínfima segun corría la fama de la riqueza ahí depositada. Todo lo recogido finalmente, fundido y hecho barras, montaba la cantidad de trescientos ochenta mil pesos. (1) A esto se redujo en último análisis el extraordinario tesoro, que tan negros afanes costó á los españoles, y tanta sangre y lágrimas á los indios: desvanecióse como el humo, dejando descontenta á la codicia.

Mirando los soldados lo poco de lo recogido, se dirijieron á Cortés por medio de Fr. Bartolomé de Olmedo, de Alonso de Ávila, llegado á la sazon de Santo Domingo, de regreso de su procuracion, (2) de Pedro de Alvarado y de otros capitanes, dándole á entender que pues tan corta cantidad había de oro, todos se darían por contentos con que se repartiese á los lisiados en la guerra, mancos, cojos, ciegos, estropeados; no decían aquesto de buena fé, sino de hecho pensado para ver cómo procedía el general, pues sospechaban de él que lo tenía escondido todo: mas el astuto Cortés no se dejó sorprender, respondiendo, vería la cantidad que á cada uno tocaba, y en ello pondría remedio. Urgiendo los soldados por saber á cuánto les tocaba, llegaron á entender correspondía á cien pesos á los de á caballo, siendo menores en proporcion las cuotas á los peones de las diferentes clases de escopeteros, ballesteros y rodeleros. Difundida la noticia en los tres reales, en todos los cuales había enemigos del general y parciales de Velázquez, los soldados de comun acuerdo se rehusaron á tomar sus porciones, prorrumpiendo en amargas quejas contra Cortés y el tesorero Julian de Alderete. Este para disculparse decía, que no podía ser mayor suma, porque sacado el quinto para el rey, Cortés tomaba otro quinto para sí y se cobraba el costo de los caballos muertos, ademas de muchas preseas que no se ponían en el monton porque estaban destinadas al emperador; que riñesen con el general y no con él. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. CLVII.

(2) Fué mandado por Cortés á los padres Jerónimos que en la Española gobernaban, con el duplicado de los despachos que al rey se mandaron, y rogando que por su dinero le remitiesen armas y municiones; negociara tambien la facultad de hacer indios esclavos y herrarlos, cosa que se concedió bajo reserva de la aprobacion de la corte.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVII.

El palacio en que Cortés vivía en Coyohuacan, tenía las paredes encaladas y blancas. Durante la noche los quejosos escribían ahí, con carbon ó alguna tinta, pasquines en prosa ó verso, maliciosos los unos, picantes los otros y áun desvergonzados algunos. Motejaban la ambicion del general; decían que los soldados no eran los conquistadores de la Nueva España, sino los conquistados de Cortés; recordaban que Velázquez había gastado su hacienda para que la viniese á gozar D. Hernando; algun chistoso escribía: "¡Oh, que triste está el alma mía, hasta que la parte vea!" Y así otras cosas, al mismo tenor. Al dia siguiente en la mañana, al salir de su aposento Cortés, que era discreto y la picaba de poeta, respondía cada mote, segun estaba en prosa ó verso: como era de esperar, cada dia iban siendo los pasquines mas desvergonzados, de manera que exasperado el general escribió en la pared: "Pared blanca, papel de nécios:" junto á lo cual apareció puesto á la siguiente mañana, "Y áun de sábios y verdades." Recreció tanto la burla, que Fr. Bartolomé de Olmedo aconsejó al general tomase una providencia, lo cual se hizo prohibiendo las escrituras bajo muy severas penas. (1)

La cantidad repartida ascendió á ciento treinta mil castellanos; de ellos cupieron de quinto al rey veinte y seis mil, ademas el quinto de los esclavos. Con intento de hacer muy valiosa la porcion del monarca, se juntaron multitud de piezas raras ya por su valor, ya por la forma, ya por la manufactura. Fueron éstos, "plumajes, ven-" talles, mantas de algodon y mantas de pluma, rodelas de mim-" bre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la co-" pa y cerco de oro. Muchas perlas, algunas como avellanas, pero " algo negras las más, de como queman las conchas para sacarlas y " áun para comer la carne. Sirvieron al emperador con muchas " piedras, y entre ellas con una esmeralda fina, como la palma de " la mano, pero cuadrada y que se remataba en punta como pirá-" mide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, pla" tos, escudillas, ollas y otros piezas de vaciadizo; unas como aves, " otras como peces, otras como animales, otros como frutos y flores; " y todas tan al vivo que había mucho que ver. Diéronle asímismo " muchas manillas, cercillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hom-

(1) Bernal Díaz cap. CLVII.

" bres y mujeres, y algunos ídolos, y cerbatenas de oro y de plata, " todo lo cual valía ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros " dicen que dos tanto. Embiáronle sin esto muchas máscaras mu- " saicas de pedrecitas finas, con las orejas de oro, con los colmillos " de hueso fuera de los labios, muchas ropas de sacerdotes, fronta- " les, palias y otros ornamentos de templos, lo cual era de pluma, " algodon y pelos de conejo. Embiaron tambien algunos huesos de " gigantes, que se hallaron allí en Culhuacan, y tres (sic) tigres, " uno de los cuales se soltó en la nao y arañó seis ó siete hombres, " y áun mató á dos y echóse á la mar: mataron la otra, porque no " hiciese otro tanto mal. Otras cosas embiaron, pero esto es lo sus- " tancial; y muchos embiaron dineros á sus parientes, y Cortés em- " bió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Rivera su se- " cretario." (1)

El resto del despojo, sacado el quinto del general, fué repartido entre capitanes y soldados segun su calidad. Calculado por sus esperanzas, demasiado poco tocaba á cada peon, y poco era en realidad pues no les alcanzaba para el pago de las deudas contraidas ya por armas, ya por vestidos, ya por la cura de las heridas. Sea por la escasez de los efectos ó por la advertida riqueza de la tierra, una ballesta valía cuarenta ó cincuenta pesos, una escopeta ciento, un caballo ochocientos ó mil, una espada cincuenta y lo demas al mismo tenor: el curandero maestre Juan, se igualaba á curar las heridas por precios excesivos; hacía lo mismo un Murcia que se decía médico y boticario, "y otras treinta trampas y zarrabusterias que debíamos." Cortés nombró como tasadores á Llerena y á Santa Clara, disponiendo que con los precios que pusiesen se conformasen los acreedores, y si áun con aquella taza no fuese posible pagasen los deudores, se les esperase término de dos años. A otro artificio se recurrió para aumentar el acervo repartible y fué, poner tres quilates más de cobre en el oro fundido fuera de su verdadera ley; mas semejante fraude resultó en perjuicio comun y no en provecho, porque comerciantes y tratantes para igualar sus ganancias cargaban á sus mercaderías cinco quilates en el precio. Este fué el orígen del oro llamado de *tepuzque*. (2) El metal así adulterado perdió bien

(1) Gomara, Crón. cap. CXLVI.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. I.

(2) De la palabra mexicana *tepuztli*, cobre. "Y ansi agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son preeminentes y de mereci-

pronto el crédito, de lo que informadó el rey, mandó se pagasen con aquel oro el almojarifazgo y penas de cámara, hasta que se extinguiese. La liga se hacía á veces con tal escándalo, que fué preciso ahorcar á dos plateros, porque falseaban las marcas y echaban cobre puro. (1)

El rumor de la toma de Tenochtitlan se derramó prontamente por toda la tierra, poniendo en todos admiracion y asombro; parecía imposible hubiese sido sojuzgado imperio tan poderoso, allanada ciudad tan fuerte, vencidos tan bravos y numerosos guerreros: quienes habían rematado hazaña de tamaño precio, debían ser con razon tenidos como séres sobrenaturales. Los señores de los pueblos sujetos al imperio se apresuraron á enviar sus mensajeros ó á venir en persona á dar la obediencia á Cortés: algunas comarcas, sin embargo, se mantuvieron quietas, quedando como en acecho de lo que podría suceder. El general por su parte mandó embajadores indios á las provincias remotas ó independientes á fin de que dijesen á los reyes, que pues había acabado el imperio de Motecuhzoma y había pasado á poder del rey de los cristianos, si obedecieren á éste serían bièn tratados. (2)

D. Hernando, dueño ya de la tierra, desplegaba altos y grandes pensamientos: de sus primeros cuidados fué enviar emisarios en diferentes direcciones á fin de informarse de las diferentes provincias. Hacía Michhuacan mandó á un soldado llamado Villadiego, algo entendido en la lengua mexicana, con varias cosas de rescate y acompañado de algunos indios; más ni él ni ellos parecieron, creyéndose que los naturales le dieron muerte. (3)

Uno de los principales intentos del general era descubrir la Mar del Sur; "especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y " experiencia en la navegacion de las Indias, han tenido por muy " cierto que descubriendo por estas partes la Mar del Sur, se habían " de hallar muchas islas ricas de oro, y perlas y piedras preciosas y

miento el señor D. Fulano de tal nombre, Juan ó Martin ó Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos Fulano de tal nombre, tepuzque." Bernal Díaz, cap. CLVII.

(1) Bernal Díaz, cap. CLVII.
(2) Herrera déc. III, lib. III, cap. I.
(3) Herrera, déc. III, lib. III, cap. III.—Cartas de Relac. págs. 301—2.

" especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secre-" tos y cosas admirables: y esto han afirmado y afirman personas de " letras, y experimentadas en la ciencia de la cosmografía." (1) Para preparar el descubrimiento, en que tiempos despues puso tanto empeño, envió dos españoles rumbo á Tecoantepec y otros dos hacía Zacatollan, dándoles por guias indios amigos. Ámbas comisiones exploradoras cumplieron con su encargo, llegando hasta la costa, poniendo en ella cruces en señal de toma de posesion y retornando á Coyohuacan con ámplia relacion del camino, muestras del oro de las minas y en compañía de algunos naturales de aquellas lejanas provincias. (2)

No cesaban áun los soldados de importunar á Cortés pidiéndole mayores cantidades por sus porciones, se desvergonzaban diciéndole se había cogido el oro y le pedían prestado para sacar aquella ventaja; aburrido de la situacion, determinó enviar á los alborotadores á poblar las provincias que le pareció más convenientes. La determinacion no podía ser más acertada. Aquellos hombres que habían visto disipadas sus esperanzas, aceptaban de buena gana las contingencias de una nueva conquista, en la cual pensaban desquitarse con usura de lo que habían perdido. Para determinarse á donde debían ir, se dirijían por este criterio; consultaban la matrícula de tributos de Motecuhzoma, decidiéndose por aquellos lugares de donde traían oro, había minas, cacao y mantas; parecíanles muy pobres las tierras de las cercanías de México porque, sólo tenían muchos maizales y magueyales. (3) La primera expedicion, al mando de Gonzalo de Sandoval, debía dirijirse contra los pueblos de Tuxtepec, (4) Guatuxco (Huatusco), y Aulicaba (Orizaba), hacía las costas del Golfo en el actual Estado de Veracruz: debía castigar aquellas provincias por haberse alzado cuando los castellanos fueron echados de México, dando muerte á unos sesenta ó más españoles de los de Narvaez y seis mujeres de Castilla. (5)

Miéntras el alguacil mayor se disponía á marchar, llegó á Cuyoa-

(1) Cartas de Relac. pág. 302.

(2) Cartas de Relac. pág. 302—4.—Gomara, Crón. cap. CXLIX.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVII.

(4) Tochtepec ó Tuchtepec, hoy Tuxtepec en el Estado de Oaxaca.

(5) Cartas de Relac. pág. 304.—Bernal Díaz, cap. CLVII.

can el teniente de Segura de la Frontera (Tepeaca en el Estado de Puebla), informando al general que los de la provincia de Huaxyacac (Oaxaca), daban guerra á los de su demarcacion por ser amigos de los blancos; que importunado por los indios, durante el sitio de México, había ido con veinte ó treinta españoles, mas le hicieron volver más que de prisa: poca gente, sin embargo, bastaría para tomar la provincia. D. Hernando dió á Sandoval treinta y cinco de caballo, doscientos peones, con gran número de aliados indios y algunos principales méxica; el teniente de Segura de la Frontera llevó doce jinetes y ochenta españoles: ámbas partidas salieron de Cuyoacan el treinta de Octubre. (1)

Marcharon juntas hasta la provincia de Tepeyacac, en donde haciendo respectivo alarde, cada quien se dirijió á su destino. El teniente de la villa de la Frontera, marchó contra Oaxaca al frente de su division y seguido por una gran multitud de los guerreros comarcanos. Aunque los naturales mixtecos resistieron con porfia, desbaratados dos ó tres veces en récias batallas, se rindieron al fin, entregándose al vencedor. Todo esto participó el teniente á Cortés, informándole que la tierra era buena y rica en minas, en prueba de lo cual remitió singulares muestras de oro: permanecía en la provincia esperando las órdenes del general. (2)

Sandoval con su gente se dirijió á Tochtepec. Recibido de paz por los indígenas, ya aposentado en el pueblo supo que los castellanos se habían hecho fuertes en una torrecilla ó templo de los ídolos, en donde se defendieron por tres dias, á cabo de los cuales perecieron al hambre, sed y heridas. Buscó al capitan mexicano que había presidido en la matanza, se apoderó de él y le hizo quemar vivo, perdonando al resto de los culpados. Cumplida así una parte de la comision, Sandoval mandó requerir á los zapotecas de una provincia distante diez leguas de Tochtepec; mas estos contestaron negativamente. Para reducirlos envió al capitan Briones, persona que parece se daba importancia con haber estado en las guerras de Italia, con obra de cien castellanos, entre ellos treinta ballesteros y escopeteros, más algunos auxiliares de los pueblos sometidos. El presumido capitan cayó en una celada que los indios le pusieron en la

(1) Cartas de Relac. pág. 305.

(2) Cartas de Relac. pág. 306.

agria cuesta de Tiltepec, por la cual subía á la doshilada y con los jinetes desmontados, teniendo que venir rodando abajo, la tercera parte de su gente herida y él mismo con un flechazo. Al tornar al campo con tan mal despacho, fué objeto de burlas de sus compañeros y del mismo comandante.

Requeridos igualmente los de la provincia zapoteca de Xaltepec, vinieron de paz hasta veinte caciques y principales, trayendo algunas muestras de oro en granos y algunas joyas. Sandoval les recibió con honra y halago, dándoles en cambio de su presente cuentas de Castilla: ellos le pidieron algunos teules para hacer la guerra á sus vecinos los mixes que mucho los incomodaban; pero Sandoval, que carecía de gente disponible despues del descalabro de Briones, respondió pediría los teules al Malinche, y entre tanto les daría diez de sus compañeros para que reconociesen los pasos y lugares por donde deberían acometer á sus enemigos. Los señores zapotecas se volvieron contentos á su tierra, dejando tres de ellos en el campamento. Con estos tres, fueron á Xaltepec un Alonso del Castillo, Bernal Díaz y otros seis soldados, no á reconocer los pasos para hacer la guerra á los mixes, sino á explorar si la tierra era rica en minas; en efecto, con los indios que tomaron de los inmediatos pueblos hicieron el lavado de las arenas en tres rios diferentes, llenando con los granos de oro encontrados, cuatro canutillos de pluma del tamaño del dedo mayor de la mano. Con aquellas muestras tornaron los exploradores á Sandoval, quien se holgó de ello creyendo que la tierra era rica. En consecuencia de aquella fama, Sandoval tomó para sí el pueblo de Huazpaltepec cercano á las minas, del cual sacó luego hasta quince mil pesos de oro; depositó en el capitan Luis Marin la provincia de Xaltepec; dió otros lugares á distintas personas, y concedió á Bernal Díaz los pueblos de Matlatlan y Orizaba, que no fueron aceptados por el cronista. Todos aquellos repartimientos resultaron despues malos, ya que los conquistadores no atendían á la bondad de la tierra, sino á los productos de ricos metales. (1)

Sandoval participó á D. Hernando el resultado de su expedicion á los veinticinco dias de salido de Coyohuacan, repitiendo su informe quince dias despues, con la indicacion de que para tener segura

(1) Bernal Díaz cap. CLX.

la tierra, convendría poblar en ella. La idea pareció bien al general, quien ordenó en respuesta se fundase una villa de españoles con el nombre de Medellin. (1)

(1) Cartas de Relac. pág. 306.—"Y digamos que nombró á la villa que pobló (Sandoval) Medellin, porque así le fué mandado por Cortés, porque el Cortés nació en Medellin de Estremadura." Bernal Díaz, cap. CLX.

CAPITULO X.

D. HERNANDO CORTÉS.

Reedificacion de Tenochtitlan.--Tlacotzin.—La traza.—*Division en manzanas.—Casas con torres.—Las atarazanas.—Sacrificios de los vencidos.—Hambre—Llegada del gobernador Cristóbal de Tapia.—Manejos de Cortés.—Los procuradores.—Conferencias—Reembarque forzado del veedor—Epílogo.*

1521. Despachadas las expediciones anteriores y sabido el buen suceso de ellas, D. Hernando puso mano á la reedificacion de la destruida capital azteca. (1) No sería desacertado

(1) Cartas de Relac, pág. 307.—De estas palabras, confrontadas con el aviso dado por Sandoval á los veinte y cinco dias de haber salido de Coyoacan, se infiere que la reedificacion debió comenzar hacia los últimos de Noviembre. En la misma página citada dice Cortés: "de cuatro á cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitan "se va reparando, está muy hermosa" La carta en que semejante noticia se contiene, lleva la fecha de 15 de Mayo de 1522, lo cual confirma á poco más ó ménos el cálculo anterior.

suponer que el hecho fué determinado por la llegada de Cristóbal de Tapia á la Villarica, así como tambien fué la causa de la fundacion de Medellin, segun verémos pronto. Pareceres distintos emitieron los capitanes consultados, opinando porque la ciudad se estableciera en Coyohuacan, en donde á la sazon residía el ejército, ó bien en Tlacopan ó Texcoco, pues de esta manera quedaba segura la puebla; mas prevaleció la opinion de Cortés, quien decía: "Que pues " esta cibdad en tiempo de los indios avia sido señora de las otras " provincias á ella comarcanas, que tambien hera razon que lo fue- " se en el tiempo de los cripstianos e que ansi mismo decia que " pues Dios Nuestro Señor en esta cibdad había sido ofendido con " sacrificios e otras ydolatrias que aqui fuese servido con que su " santo nombre fuese onrado e ensalzado mas que en otra parte de " la tierra." (1) La nueva poblacion española ocupó el mismo sitio de la antigua metrópoli indígena.

Cuauhtemoc permanecía preso en Coyohuacan; para entender en las obras, D. Hernando nombró á un guerrero que desde el tiempo de Motecuhzoma conocía, y á fin de darle mayor autoridad le confirmó el cargo de Cihuacoatl que ántes desempeñaba: Tlacotzin, (2) que así se llamaba el guerrero, fué el primer señor nombrado por los castellanos. A este y á otros subalternos, para halagarles, les dió tierras y vasallos para mantenerse, aunque no tanto como ántes disfrutaban. Por medio de estos mandoncillos fueron recogidos los mexicanos que andaban dispersos por las ciudades comarcanas, y se hicieron venir trabajadores de las poblaciones riveranas de los lagos

(1) Residencia contra Cortés.—"169 Item: si saben que acabada de tomar la cibdad de México, quedó tan desbaratada e destruida é asolada, que casi no quedó piedra sobre piedra; é si saben que fué necesario facerse ansí, é que si ansí no se ficiera, que nunca se ganaría, porque como en ella abía muchos é grandes edeficios é muchas calles de agua, quando no derrocaban lo que una vez se ganaba, todo lo hallaban rehecho é reformado, é ternían necesidad de nuevo, tornarlo á ganar, é rescebían los españoles é amigos mucho dapño dende aquellos edeficios, con piedras, porque se fortalecían en ellos: é por esto convino que todo lo que se ganaba un dia, se abia de derrocar por el suelo, é no pasar adelante."

171. Item: si saben que á cabsa de quedar la dicha cibdad destruyda é asolada, fue menester reedificarla de nuevo, é fazer nueva traza de nuevo en ella; é que así se fizo en la parte donde están los españoles, é que á esta cabsa, estobo mucho tiempo sin aber casa de cabildo ni otro edeficio público." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, págs. 368—369.

(2) Así consta en la segunda pintura de las publicadas por Aubin.

y de los pueblos amigos. (1) A lo primero á que se puso mano, limpio que estuvo el terreno, fué á adobar el acueducto que conducía el agua potable de Chapultepec, dejándole cual estaba en el tiempo de la gentilidad: igual operacion se practicó en las calzadas, reparándolas hasta dejar libre las comunicaciones con la tierra firme. (2)

Iniciadas las obras, D. Hernando procedió al nombramiento de alcaldes, regidores y demas oficiales de república, repartiendo los solares entre quienes quisieron asentarse por vecinos. (3) Para este segundo efecto y para determinar las calles y manzanas, sirvió un plano al cual se dá repetidamente el nombre de *traza* en los libros de cabildo. Segun ella, la isla quedó dividida en dos partes: la central, de forma cuadrangular, destinada á los españoles; el resto, fuera de la demarcacion, quedó para los indígenas. (4) Ambas quedaban separadas por un canal ó acequia: "Es la poblacion donde "los españoles poblamos, dice el conquistador, distinta de los na- "turales, porque nos parte un brazo de agua, aunque en todas las "calles, que por ella atraviesan, hay puentes de madera, por donde

(1) Cartas de Relac. pág. 374.

(2) Bernal Díaz, cap. CLVII.

(3) Cartas de Relac. pág. 307.

(4) La *traza*, dice el Sr. Alaman, Disert. tom. 2, pág. 198, "era un cuadro que "abrazaba todo el espacio que limitan al Oriente, la calle de la Santísima y las que "siguen en la misma direccion; al Sur la de San Jerónimo ó de San Miguel; al Nor- "te la espalda de Santo Domingo, y al Poniente la calle de Santa Isabel." En tres de estas demarcaciones estamos conformes: con la del O. marcada por las calles desde el Puente del Zacate, Rejas de la Concepcion, Puente de la Mariscala, Santa Isabel, San Juan de Letran, y de San Juan hasta las Vizcainas; con la del Sur, corriendo por las Vizcainas, Tornito de Regina, San Jerónimo, Cuadrante de San Miguel, la Buenamuerte hasta San Pablo; con la del E. siguiendo la línea irregular del callejon de Muñoz, Curtidores, la Danza, Talavera, Santa Efigenia, Alhóndiga, calles de la Santísima, hasta terminar el callejon del Armado. Ahora, si la demarcacion del N. *la espalda de Santo Domingo*, se entiende por la calle inclinada que corre por la espalda de San Lorenzo, espalda de la Misericordia, Puerta falsa de Santo Domingo, Pulquería de Celaya y el Apartado, no estamos conformes. He aquí nuestras razones. En el cabildo de 17 de Setiembre 1526, se menciona la *calle de Santo Domingo que va al Tatelulco.* En el acuerdo de 12 de Agosto 1527, se hizo merced á D. Juan de Cenpual, "de un sytio para un solar *que está fuera de la traza* de la otra parte de la acequia del monasterio de Santo Domingo que atraviesa el camino del tianguez." Ántes, en 14 de Enero 1527, se hace mencion, "de un solar en los que se añadieron "en la traza hacia do se hace el monasterio de Santo Domingo," y en 22 de Febrero del mismo 1527, se dió solar á Pedro de Meneses, "en los que se añadieron en la

"se contrata de la una parte á la otra." (1) La traza española quedó dividida con el mayor concierto por calles que, corriendo con alguna inclinacion de N. á S. y de E. á O., cortándose en ángulos rectos formaron manzanas rectangulares. Dentro de la demarcacion quedaron todavía algunos canales, resto de los antiguos, á fin de permitir la circulacion y tráfico de las canoas; de estas calles de agua muchas persistieron despues de haberse retirado las aguas del lago, y alguna ha venido á desaparecer hasta estos últimos años.

Cada manzana quedó dividida en solares, de los cuales se concedió uno á cada persona que quiso asentarse por vecino, recibiendo dos si era conquistador; se daban con obligacion de fabricar casa y sugetarse á las cargas que las leyes y las costumbres imponían á los repúblicos. Cupieron á D. Hernando las *casas nueva y vieja* de Motecuhzoma, es decir, los palacios de Motecuhzoma II y de Motecuhzoma Ilhuicamina: (2) estas construcciones quedaron flanqueadas por cuatro torres, una en cada esquina; almenas en el parapeto de la azotea y por el cuerpo del edificio troneras y saeteras.

"traza hacia el monasterio que se hace de Santo Domingo, el cual es el quinto solar "contando desde la esquina de la calle que va de San Francisco al Tatelulco en la "calle que va desde allí á Santo Domingo." A nuestro entender, el Sr. Alaman refirió estos antecedentes á la posicion actual de Santo Domingo, sacando de aquí su demarcacion; mas no tuvo en cuenta que, segun Dávila Padilla, los domínicos llegaron á México el 23 de Junio 1526; posaron tres meses en el convento de los franciscanos, es decir, hasta Setiembre 1526; se establecieron entónces en el lugar *donde hoy está la inquisicion, y hasta* 1530, pasaron al convento en que vivieron. Las concesiones, pues, no deben referirse al segundo edificio, sino al primero, esto es, á la inquisicion, hoy Escuela de Medicina. Por esta razon, y algunas otras congruentes, para nosotros el lado Norte de la traza corría desde el Puente del Zacate, (cortando por las manzanas irregulares), la Misericordia, Cocheras, Chiconautla, Puente del Cuervo y hasta terminar la calle de los Plantados. Esto queda más conforme con los datos históricos, con la regularidad que pretendió darse á la traza y á las manzanas, dando testimonio de que por aquí pasaba la acequia la denominacion que áun persiste de Puente del Cuervo. Véase Dicc. Universal, art. México, págs. 608 y sig. García Icazbalceta, Diálogos de Cervantes, págs. 76 y sig. Las concesiones fuera de la traza quedaron anuladas en el cabildo de 8 de Julio de 1528.

(1) Cartas de Relac. págs. 377—78.

(2) El primer edificio ocupaba toda la manzana del actual Palacio Nacional, más lo que fué Universidad (hoy Conservatorio de música), y la plaza del Volador (plaza del mercado): el segundo edificio comprendía las manzanas actuales de la Alcaicería terminadas entre las calles del Empedradillo, Tacuba, la Profesa ó San José el Real y Plateros. Alaman, Disert. tom. 2, págs. 203 y sig.

De este aparato, que daba á las habitaciones un aspecto señoreal, se hizo cargo á Cortés en la residencia, si bien se encontraba disculpa natural en que, estando la tierra de guerra preciso era dar á las casas consistencia de fortaleza para defenderse caso de un alboroto. Por esa causa de guerra se dió licencia á todas las personas que quisieran labrar casas para que pusieran una torre en una esquina de donde resultó así lo hiciesen, añadiendo troneras, Rodrigo Rangel, Andrés de Tápia, Gonzalo de Sandoval, Jerónimo Ruíz de la Mota, Francisco de Santa Cruz, Antonio de Caravajal, el Lic. Pero López y el Br. Juan de Ortega: (1) se advierte que existió en el permiso una especie de categorías, supuesto que D. Hernando ponía en sus casas cuatro torres, miéntras los capitanes sólo podían elevar dos y el resto de los constructores una sóla.

Para casas de cabildo quedó señalado el lugar de la Diputacion, en donde despues estuvieron tambien la carnicería y la cárcel: para mercado se dejó la parte de la plaza principal, delante de las casas nuevas.—" Puse luego por obra, dice D. Hernando, como esta ciu-" dad se ganó, de hacer en ella una fuerza en el agua á una parte " de esta ciudad, en que pudiese tener los bergantines seguros, y " desde ella ofender á toda la ciudad si en algo se pusiese, y estu-" biese en mi mano la salida y entrada cada vez que yo quisiese, y " hízose. Está hecha tal que aunque yo he visto algunas casas de " Atarazanas y fuerzas, no la he visto que la iguale; y muchos que " han visto mas, afirman lo que yo; y la manera que tiene esta casa " es, que á la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con " sus troneras en las partes necesarias; y la una de estas torres sale " fuera del lienzo hacia una parte con troneras que barre todo el un " lienzo, y la otra á la otra parte de la misma manera; y desde es-" tas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, donde están los " bergantines, y tiene la puerta para entrar y salir por entre estas " dos torres, hacia el agua: y todo este cuerpo tiene así mismo sus " troneras, y al cabo de este dicho cuerpo, hacia la ciudad, está otra " muy gran torre y de muchos aposentos bajos y altos, con sus de-" fensas y ofensas para la ciudad; y porque la enviaré figurada á V. " S. M. como mejor la entienda, no diré mas particularidades de

(1) Residencia contra Cortés, tom. 1, págs. 47, 90, 120, 192, 227, 333, 354, 432 tom. 2, pág. 97.

" ella, sino que es tal, que con tenerla es en nuestra mano la paz y " la guerra cuando la quisiéremos, teniendo en ella los navios y ar- " tillería que ahora hay." (1) Frente á frente de esta fortaleza, la calle enmedio, hacía construir Pedro de Alvarado unas grandes casas con torres y troneras; los vecinos decían que eran *contrafortaleza*, y teniéndola á desacato contra el rey, los oficiales reales mandaron suspender la obra; mas habiendo casado Jorge de Alvarado con una hija del tesorero Alonso de Estrada, éste, al llegar á ser gobernador, permitió que la construccion se siguiera y las casas fuesen terminadas: (2) consta que estas estaban á la entrada de la ciudad. (3)

En medio de aquella reconstruccion, se alzaba todavía dentro de la traza, la gran pirámide del templo de Huitzilopochtli; con algunas obras accesorias, y es probable que aquí y acullá se levantaran áun las moles más ó ménos destruidas de algunos teocalli; en Tlatelolco se ostentaba como una protesta el templo principal. Por una causa que no sabemos comprender, en este tiempo primitivo no aparece construida ninguna iglesia cristiana y ni áun señalado el solar en que se erigiera. Durante los primeros años—" en casa del " dicho D. Fernando Cortés se decía misa en una sala baja grande, " é de allí la hizo sacar la dicha iglesia para meter allí sus armas " en la dicha sala, é se pasó el altar á un corredor bajo de la dicha

(1) Cartas de Relac. pág, 376—77. Ignórase el lugar en donde fueron construidas las atarazanas. Los comentadores de las cartas de Cortés dicen, que segun la opinion de algunos, estuvieron hacia el matadero (San Lúcas). Parece que semejante acerto se funda en que D. Cárlos de Sigüenza asegura, que D. Hernando construyó dos fortines al principio de la calle de Itztapalapan, los cuales no siendo ya necesarios sirven de rastro (Piedad heróica, fól. 15); pero como se observa, estos dos fortines no corresponden al edificio que buscamos. Conforme á una lista manuscrita que existía en el registro de hipotecas del Ayuntamiento, y lo confirman nuestros autores, dióse el nombre de calle de las Atarazanas á la recta desde las Escalerillas, Santa Teresa, Hospicio de San Nicolás, la Santísima y derecho hasta San Lázaro; evidentemente que esta denominacion determina el rumbo hacia el cual quedaba la fortaleza. Ahora, teniendo en cuenta que la ciudad estaba en una isla, que las atarazanas quedaban orilla de las aguas, que segun aparece ahora por el terreno la parte firme termina en San Lázaro, pues mas allá la tierra es áun fangosa y anegadiza, parece lo más verosímil asegurar, que las repetidas atarazanas existieron hacia el lugar en que hoy se encuentra San Lázaro. Véanse Alaman, Disert. tom. 2, pág. 269 y sig. García Icazbalceta, Diálog. pág. 203.

(2) Resid. contra Cortés, tom. I, pág. 47, 90, 120.

(3) Resid., tom. I, pág. 148.

" casa donde solia antes estar, é porque era pequeño fizo hacer un " colgadizo de paja delante del dicho corredor, é aun allí no cabia " la gente é se estaba al sol é al agua." (1) Confirma este aserto el **P.** Motolinia, diciéndonos: "porque iglesia aun no la había (á la lle- " gada de los franciscanos), y los españoles tuvieron tambien, obra " de tres años, sus misas y sermones en una sala de estas que ser- " vian por iglesia, y ahora es allí en la misma sala la casa de mo- " neda." (2)

Tal fué el arranque de la nueva ciudad, que conservó su antiguo nombre de Tenochtitlan, si bien estropeado en Temixtitan. Si humilde fué su principio, no costó pocos afanes á los vencidos. Segun quien pudo saber de las obras y vió los trabajos tres años despues. —" La séptima plaga fué la edificacion de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificacion del templo de Jerusalem; porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apénas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras á unos tomaban las vigas, otros caían de alto, á otros tomaban debajo los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra."—" Es la costumbre de esta tierra no la mejor del mundo, porque los indios hacen las obras, y á su costa buscan los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros, y si ellos mismos no traen que comer, ayunan. Todos los materiales traen á cuestas, las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas, y como les faltaba el ingenio y abundaba la gente, la piedra ó viga que había menester cien hombres, traíanla cuatrocientos; y tienen de costumbre de ir cantando y dando voces, y los cantos y voces apenas cesaban ni de noche ni de dia, por el gran fervor que traían en la edificacion del pueblo los primeros dias." (3) El mismo religioso cronista nos informa acerca de la gran muchedumbre de indígenas muertos durante la guerra y en el asedio de la ciudad; como no sembraron, estando todos ocupados en

(1) Resid., tom. I, pág. 91, 162, 201, 267, 337; tom. II, pág. 117, 134, 158, 197.

(2) Hist. de los indios, trat. 2, pág. 1.

(3) Motolinia, Hist. de los indios, trat. 1, cap. 1.

pelear, los unos en defensa de la tierra y de los méxica, los otros en favor de los españoles, ó lo que estos sembraban le talaban aquellos, siguióse gran falta de maíz y hambre que consumió á muchos, mirándose áun los mismos vencedores en grande trabajo luego despues de la toma de la ciudad. Si los vencidos mexicanos concurrieron á reparar los edificios defendidos con tanto brío, no por eso dejó de verificarse que los vencedores aliados reconstruyeran lo por ellos derribado, en sólo provecho de sus nuevos amos.

Miéntras se ponía la mano en las obras de la ciudad, sobrevino un incidente que pudo haber derribado la autoridad de D. Hernando. Al comenzar Diciembre, estando Gonzalo de Sandoval en Tataltelco de la provincia de Tochtepec, se le presentó un criado que había ido por bastimentos á la Villa Rica, diciéndole asombrado venía nuevo gobernador á la tierra: conforme al relato que hizo, el dia anterior había llegado un navío al puerto de San Juan de Ulúa, echó á la costa una barca y un hombre que en ella estaba dijo venir á comprar víveres para su amo el gobernador. Poco despues, Sandoval supo la verdad por una carta que le escribió Simon de Cuenca, factor de Cortés en la Veracruz, avisándole haber llegado un Cristóbal de Tápia, quien se titulaba gobernador de la Nueva España, y decía traer provisiones de los regentes que en Castilla gobernaban á nombre del rey; le pedía se fuese luego para el puerto á fin de dar órden en lo que se debiera practicar. Siguiendo los impulsos de la amistad que por Cortés tenía, Sandoval dejó en Tataltelco la fuerza que andaba conquistando la provincia al mando de Andrés de Monjaraz, miéntras él con Juan de Mancilla, algunos jinetes y gentes de su confianza, se dirijió apresuradamente á la Veracruz. Al llegar á la villa encontraron en ella á Cristóbal de Tápia, y supieron cómo éste había presentado sus provisiones al cabildo, exigiendo su puntual cumplimiento: el regidor Gonzalo de Alvarado acató sin restriccion el mandato real; pero los demas concejales respondieron, lo harían saber á los regimientos de la ciudad de México y de las villas existentes, para que juntos todos obedecieran las provisiones é hiciesen lo que el rey mandaba y conviniese al bien de la tierra. (1) Semejante evasiba no debió dejar satisfecho al racien llegado mandatario.

(1) Resid. contra Cortés, tom. 1, pág. 251, 37, 325; tom. 2, pág. 53, 13.

El Cristóbal de Tápia, como en su lugar dijimos, era aquel veedor de las fundiciones de Santo Domingo, nombrado por el obispo Fonseca para gobernar en la nueva conquista, castigando con ello á Hernando Cortés y dando razon cumplida á Diego Velázquez. Desconcertado Tápia con la respuesta del cabildo y no acertando en lo que debiera hacer, se dejó persuadir por Sandoval para emprender el viaje á México, fundándose en que siendo esta ciudad la cabeza de la tierra, en ella era en donde debía presentar las provisiones: en efecto, el veedor se puso en camino, llegando hasta Xallapan (Jalapa). (1) Muy confiado debía de estar al dar semejante paso, pues habiendo visto en la Villa Rica al prisionero capitan Pánfilo de Narvaez, éste le había dicho: " Señor Tápia, paréceme que tan " buen recaudo traeis y tal le llevareis como yo; mirad en lo que yo " he parado trayendo tan buen armada, y mirad por vuestra perso- " na, no os maten; y no os cureis de perder tiempo; que la ventura " de Cortés é sus soldados no es acabada; entended en que os den " algun oro por esas cosas que traeis, é idos á Castilla ante S. M., " que allá no faltará quien os ayude, y direis lo que pasa, en espe- " cial teniendo, como teneis, al señor obispo de Burgos; y esto es " mejor consejo." (2)

Los vecinos de la villa informaron á D. Hernando de la llegada de Tápia; hacíanse las comunicaciones por medio de los indios, (3) quienes organizados áun como en los tiempos del imperio, desempeñaban el servicio de correos trayendo seguras y diarias noticias. Al dia siguiente de recibido el aviso del ayuntamiento, llegó carta particular de Tápia para Cortés; participábale venir envestido del cargo de gobernador; no queriendo presentar sus provisiones sino al general en persona, y deseando que esto fuese lo más pronto posible, no se había puesto inmediatamente en camino por traer fatigadas las béstias de la mar; así, le suplicaba, se diése órden cómo pudiesen verse dentro de poco plazo, ya subiendo él la tierra adentro, ya bajando el general á la costa. Contestó D. Hernando congratulándose por la venida de tan idónea persona, con quien había tenido

(1) Resid. tom. 1, pág. 251, 137.

(2) Bernal Díaz, cap. CLVIII.

(3) Resid tom. 2, pág. 205.

amistad en la Española. (1) Para la entrevista se fijó la ciudad de Texcoco. (2)

La noticia de tamaña novedad produjo grande excitacion en el campamento. Cortés y sus parciales se dispusieron á resistir un nombramiento para ellos evidentemente injusto: los enemigos del general, que muchos había por resentimientos particulares y porque áun mantenían la division los partidarios de Velázquez, tomaron la resolucion de reconocer al nuevo gobernador. D. Hernando hizo llamar violentamente á Pedro de Alvarado, ocupado entónces en reconocer la provincia de Cohuixco: (3) escribió igualmente á Gonzalo de Sandoval, dándole órden de fundar una villa con el nombre de Medellin, á cuyo efecto le remitía los nombramientos de alcaldes, regidores y procurador, y que esto ejecutado marchase para la Villa Rica con la más gente que pudiese. Estas cartas no las recibió Sandoval, porque ya había marchado para la Villa Rica; recibiólas en Tataltelco el comandante accidental de la fuerza, Andrés de Monjaraz, quien nombrado alcalde y procurador, recibía particular órden de dirijirse apresuradamente á Hueyotlipan (república de Tlaxcalla), en donde deberían reunirse los procuradores para platicar con Tápia. (4)

Era motivado el cambio de resolucion para no recibir al gobernador en Texcoco. Tápia escribió al tesorero Julian de Alderete, imponiéndole en las provisiones reales; Alderete mostró las cartas á Cristóbal de Olid, quien prometió obedecerlas; ambos se reunieron con Francisco Verdugo y otros parciales de Velázquez, concertando que si el general se resistía á recibir al gobernador, ellos alzarían gente en el real é irían á sostener sus derechos. Sabido por Cortés,

(1) Cartas de Relac. pág. 310.—Gomara, Crón. cap. CLI.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. XVI.—D. Hernando habla en términos generales de la respuesta que dió á Tápia, sin decir palabra de si le permitía venir á Cuyoacan ó él prometía bajar á la costa. Aparece por las declaraciones de los testigos presenciales, comprobadas por los mismos hechos, que la primera determinacion del conquistador consistió en dejar que Tápia subiese hasta la mesa central.

(2) Resid. tom. 1, pág. 365.

(3) Resid. tom. 2, pág. 187.

(4) Resid. tom. 2, pág. 54.—Pertenecen estos pormenores al procurador Andrés de Monjaraz: queda bien explicado el orígen de la villa de Medellin, bien distinto por cierto del relatado por Cortés, segun indicamos en el capítulo anterior.—Resid. tom. 1, pág. 84.

quitó públicamente á Olid la vara de teniente y tomó sus disposiciones para burlar el complot. (1) El incidente hizo cambiar por completo los planes del general; si pensó en que Tápia viniera á Coyoacan para tenerle más seguro, ahora en vista de las parcialidades manifestadas en el campamento, juzgó más oportuno no dejarle venir, señalando para la conferencia un lugar distante de México. La manera confusa en que los hechos se presentan, indican la vacilacion que reinaba en el ánimo del conquistador, á consecuencia de como se iban sucediendo los acontecimientos.

A doce de Diciembre se presentaron en el aposento del magnífico señor Hernando Cortés, capitan general y justicia mayor de la Nueva España, por ante Fernan Sánchez, escribano de Segura de la Frontera, el alcalde de Temixtitan Pedro de Alvarado, Bernardino Vázquez de Tápia regidor de la Veracruz y Cristóbal Corral regidor de Segura de la Frontera, como procuradores de la ciudad y villas, diciendo: que sabían que hacía ocho ó diez dias que había llegado al puerto Cristóbal de Tápia, diz con provisiones para ser gobernador, eran tambien informados de que Cortés pretendía ir á la Veracruz para obedecer los mandatos de S. M.; en atencion á que si dejaba la tierra recien conquistada, podría sobrevenir algun alboroto, como el acaecido á la llegada de Pánfilo de Narvaez, y del alzamiento de los indios se podrían seguir graves perjuicios, para evitarlo, ellos como procuradores tenían determinado ir á donde estaba el veedor para cumplir las provisiones como mejor conviniese; en consecuencia le requerían una, dos y tres veces, no se ausentase de Cuyoacan, si no le exigirían su culpa y castigo: de todo pidieron testimonio al escribano. D. Hernando contestó aquel mismo dia, conformándose al requerimiento, ofreciendo no desamparar el real. (2) Estos procedimientos jurídicos tenían por objeto quitar el carácter de violencia y desacato al hecho que se intentaba, dándole por el contrario, apariencia de legalidad y justicia. Los consejos de las villas y ciudades fuera de ser los representantes de los vecinos, no reconocían otra autoridad superior que la del rey; los procuradores reunidos formaban una especie de córtes en que se discutía el bien procomunal, no estando sujetas sus decisiones más de á la au-

(1) Resid. tom. 1, pág. 365; tom. 2, pág. 143.

(2) Docum. inédit. de Indias, tom. XXVI, pág. 30—36.

toridad real, teniendo el derecho de apelar de los mandatos de los oficiales inferiores. Ante el cabildo de la Veracruz resignó Cortés los poderes que traía de Diego Velázquez, quedando invertido en cambio con el cargo independiente de capitan general y justicia mayor; nada más natural que sostener aquel nombramiento, robustecido como ahora estaba el derecho, con la existencia de una ciudad y tres villas que representaban la tierra entera conquistada.

Segun lo determinado salieron de Cuyoacan, Fr. Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, sin duda en nombre del principio religioso y conciliador; Pedro de Alvarado, Bernardino Vázquez de Tápia y Cristóbal Corral como procurador de las villas; Diego de Valdenebro, Diego de Soto, Jorge Alvarado, Juan de Rivera y otros, como representantes y amigos del general: (1) en cuanto á Andrés de Monjaraz, procurador de la áun no establecida Medellin, un mozo le fué á avisar á Tlaxcalla se dirijiese á Cempoalla en donde tendrían lugar las conferencias. (2) La comitiva encontró en Jalapa á Cristóbal de Tápia, á quien dijeron, que no habiendo en aquella poblacion manera de poderse sustentar, se fuesen á Cempoalla y ahí se daría órden en lo que se había de hacer; accedió Tapia dirijiéndose todos al lugar señalado. (3)

Estando ya en Cempoalla, mártes á veinte y cuatro de Diciembre, reunidos el cabildo y regimiento de la Veracruz, á saber, Francisco Álvarez Chico, alcalde, los regidores Jorge de Alvarado y Simon de Cuenca, el factor Bernardino Vázquez de Tápia, Pedro de Alvarado alcalde y procurador de Temixtitan, Cristóbal Corral regidor y procurador de la villa de Segura de la Frontera, Andrés de Monjaraz alcalde y procurador de Medellin, con Gonzalo de Sandoval, Diego de Soto y Diego de Valdenebro procuradores de D. Hernando Cortés, por ante el escribano de la Villa Rica Alonso de Vergara, presentó Cristóbal de Tápia sus provisiones, las mismas que se le confirieron en Burgos á once de Abril: mostró ademas otro documento de comision particular y requirió á los presentes cumpliesen todos aquellos recados, bajo las penas en ellos contenidas. Los alcaldes y regidores tomaron la carta y provision, las besaron, pu-

(1) Resid. tom. 1, pág. 107, 137, 251.

(2) Resid. tom. 2, pág. 55.

(3) Resid. tom. 1, pág. 252, 137,

sieron sobre su cabeza y dijeron, que todos y cada uno las obedecían en todo y por todo segun en ellas se contiene, como carta y mandata de sus reyes y señores naturales á quien Dios nuestro Señor deje vivir y reinar por largos tiempos; pero que en cuanto al cumplimiento, lo verán y harán y cumplirán lo que fuere servicio de SS. MM. (1) Esta fórmula judicial de aparente respeto, dejaba á salvo el derecho de protestar ó apelar segun conviniera.

En efecto, el sábado veinte y ocho, reunidos de nuevo concejales y procuradores respondían, que habiendo visto, platicado y comunicado lo que convenía al servicio de SS. MM. y al bien é procomun de los naturales de la tierra, suplicaban de la real provision para ante SS. AA. é ante quien con derecho debían, por diferentes causas; porque ya tienen suplicado del dicho cargo; porque la provision no está suscrita ni refrendada por ninguno de los secretarios de SS. AA.; por ser falsos los informes de Velázquez y estar desconocidos los servicios de Cortés y de sus compañeros; por estar debidamente preso Pánfilo de Narvaez por los desafueros que cometió contra el oidor Lúcas Vázquez de Ayllon. El escribano notificó la súplica á Tapia, quien pidió el correspondiente traslado. El veedor replicó el treinta del mismo Diciembre, rebatiendo punto por punto los fundamentos de los procuradores, si bien no siempre con gran acierto, terminando por no admitir la súplica y requerir de nuevo á sus contrarios el cumplimiento de las provisiones. Al dia siguiente, treinta y uno de Diciembre, concejales y procuradores insistieron en la súplica anterior, y no teniendo por parte á Tapia dieron por terminadas las conferencias. Los actores de aquel drama dejaron á Cempoalla y se fueron á la Veracruz, en donde á seis de Enero 1522, pidió Tapia le diesen testimonio de lo actuado, como en efecto se le dió por el escribano Alonso de Vergara. (2)

Habiendo quedado con tan mal despacho el desairado gobernador, los amigos de Cortés procuraron hacerle llevadera la pena por medio de algun lucro; al efecto, lo escribieron al general y éste envió por la posta algunos tejuelos de oro y barras. Compráronle unos negros esclavos, tres caballos y un navío de los que trajo, todo á los

(1) Doc. inéd. de Indias, tom, XXVI, págs. 36—44.

(2) Doc. inéd. de Indias, tom. XXVI, págs. 44—58,—Cartas de Relac. págs. 309 y sigs.—Bernal Díaz, cap. CLVIII.

precios que le plugo poner. (1) Así se puso blando y resignado, prometiendo irse, aunque cambió de parecer sin duda por este incidente. Alonso Ortíz de Zúñiga pidió licencia al general para retirarse á las islas, y otorgada salió de Coyoacan pocos dias despues que los procuradores: al llegar á la Villa Rica ya encontró en ella á Cristobal de Tapia, á quien entregó las cartas, despachos y avisos que llevaba de Julian de Alderete. (2) Zúñiga iba como agente del tesorero. Tal vez confiado en las promesas que se le hacían, Tapia declaró ser su voluntad quedarse en la tierra como uno de tantos vecinos, hasta que el rey proveyese otra cosa, y firme en este propósito retardaba con diversos pretestos su partida. (3) Exasperados los partidarios de Cortés de tanta demora, recurrieron á la violencia aunque disimulada, bajo las fórmulas judiciales. El teniente de la villa Francisco Álvarez Chico, dió un mandamiento, previniendo á Cristóbal de Tapia dejase la tierra por convenir al servicio de SS. AA.: encargado del cumplimiento de la órden el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval, éste se dirigió á la casa de Gonzalo de Alvarado en donde el veedor vivía, le intimó el mandato y le obligó á cumplirle no obstante sus protestas y resistencia. Sacado de la casa en un caballo por Sandoval, Pedro y Jorge de Alvarado, Bernardino Vázquez de Tapia y Cristóbal Corral, fué conducido inmediatamente al puerto de San Juan de Ulloa (Ulúa); en el camino sacó de comer Rodrigo de Castañeda comisionado al intento, y llegados á la playa obligaron á Tapia á meterse en la nao y darse á la vela. Sandoval entónces se apeó del caballo, se sentó sobre la arena y permaneció mirando hasta que el navío se perdió en el horizonte. (4)

Cuando no quedó duda de la ida del gobernador, Sandoval tornó á montar á caballo, poniéndose todos inmediatamente en marcha para Cuyoacan, dándose priesa en hacer jornadas de catorce y quince leguas. Llegados á presencia del general, diéronle cuenta de lo acontecido, riéndose y burlándose del torpe de Tápia, diciendo que era un nécio, "que no pensaba que no había de facer mas sino lle-" gar y pegar;" D. Hernando dijo: "no se pensaba Tápia sino que

(1) Bernal Díaz, cap. CLVIII.—Resid. tom. 1, págs. 137 y sig., 218 y sigs.

(2) Resid. tom. 2, pág. 144.

(3) Resid. tom. 2, pág. 55.

(4) Resid. tom. 2, págs. 55 y sig., 13 y sig. tom. 1, pág. 218, 137, 251, 84.

" le habiamos de dar la tierra agora que se venía con las manos la-
" vadas." (1) El campamento quedó tranquilo; de los culpados contra el general, los más débiles pagaron por los demas. A Ortíz de Zúñiga no le dejaron embarcar y traido á Cuyoacan, fué puesto en prision tres meses, en compañía de Francisco Verdugo. Gonzalo de Sandoval vivió desatendido en el real, hasta que su hermano Pedro lo reconcilió con el jefe. (2) Pánfilo de Narvaez fué llamado tambien á Cuyoacan; al llegar á presencia de Cortés quiso arrodillarse y besarle la mano; no lo consintió el general y le hizo sentar junto á sí; Narvaez le dijo: "Señor capitan, agora digo de verdad que la
" menor cosa que hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en
" la Nueva España fue desbaratarme á mí y prenderme, y aunque
" trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades
" y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios Nuestro
" Señor y del emperador Cárlos V; y puédese vuestra merced alabar
" y tener en tanta estima, que yo ansí lo digo, y dirán todos los ca-
" pitanes muy nombrados que el dia de hoy son vivos, que en el
" universo se puede anteponer á los muy afamados é ilustres varo-
" nes que ha habido; y otra ciudad tan fuerte como México no la
" hay; y vuestra merced y sus muy esforzados soldados son dignos
" que S. M. les haga muy crecidas mercedes:" otras muchas palabras añadió de alabanzas, ofreciendo ser buen servidor de Cortés. (3) Mostrábase tan cuitado el vencido capitan, porque no se le tomaran en cargo sus relaciones con Tápia. D. Hernando, al dar cuenta al rey de la venida del gobernador, asegura, que su presencia causó harto bullicio en la tierra, dando lugar á que los indios intentaran levantarse, cosa que pudo evitar poniendo presos á los principales instigadores. (4) No aparece que el acerto tenga más fundamento, que dar apariencia de necesidad y justicia al embarque violento del veedor.

(1) Resid. tom. 2, pág. 205.

(2) Resid. tom. 1, págs. 218, 137, 325, 345, 251: tom. 2, pág. 143.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVIII.

(4) Cartas de Relac. págs. 312 y 13.—"174. Item: si saben que al tiempo que Cristóbal de Tapia vino á esta Nueva España, con las provisiones que dicen que traya de los gobernadores que quedaron en Castilla por absencia de S. M., los procuradores de las villas desta Nueva España se xuntaron, é concordes de un acuerdo é parescer, suplicaron de las dichas provisiones é del cumplimiento dellas, por muchas cabsas que dieron, especialmente porque dicho Cristóbal de Tapia no era tan

Al llegar á Santo Domingo fué mal recibido Tápia por la audiencia y por el almirante, reprendiéndole por haber emprendido la jornada contra las órdenes que se le tenían comunicadas; no le quedó mejor partido que emprender viaje á España á quejarse de D. Hernando. (1)

hábil que podiese emprender tan gran cosa como la pacificacion é gobernacion desta tierra, como lo era el dicho Don Hernando Cortés; é si saben que no se fizo fuerza en dicho ni en fecho al dicho Tapia, mas de solamente se suplicó de las dichas provisiones, é con esto se volvió." Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 370.

(1) Herrera, déc. III, lib. III, cap. XVI.

HEMOS procurado recoger los elementos esparcidos aquí y allá de una civilizacion que no existe, para unirlos y darles forma, reconstruyéndola siquiera sea como muestra de una de las fases de los conocimientos humanos. Pretendimos penetrar, en cuanto posible, en los orígenes de razas casi extinguidas, perdiéndonos en el inextricable laberinto de las hipótesis y de los razonamientos; preferimos tomar por guía á la ciencia, mas nuestra maestra sabe poco aún y sólo pudimos arrancarle una pequeña revelacion. Profundizamos cuanto en nuestro poder estuvo en la historia de los pueblos antiguos, aprovechando lo que más exacto y verdadero nos pareció, con objeto de dar su colorido propio á aquella desaparecida sociedad. Asistimos al mayor de los prodigios humanos, nacido del consorcio de las inteligencias de una grande y noble reina y de un sabio y arrojado soñador, el descubrimiento del Nuevo Mundo. Dimos cuenta al fin con la admirable epopeya de la conquista de México. Dejamos en presencia, prestas á la lucha, las civilizaciones europea y americana; rota la triple alianza de las monarquías del Valle; asolada la capital azteca, derrocado el poder de sus emperadores, pasando á nuevo dueño las ciudades y provincias indígenas: un régimen nuevo imponiendo al antiguo; México renaciendo de sus cenizas como el Fénix, aunque en la forma que place darle á los señores blancos; D. Hernando, sacudido el amago á su no bien establecida autoridad, quedando dueño de la tierra como conquista-

dor y como rey absoluto si se le hubiera antojado pretenderlo. Esta primera parte de nuestra tarea está terminada, tenemos que tomar aliento para proseguir la labor.

Ántes de dejar la pluma nos incumbe formar juicio acerca del hecho más culminante, la conquista. Al referirla la hemos apreciado en su parte material, necesitamos examinarla por su lado filosófico y moral. La guerra y muchas veces su consecuencia inmediata la conquista, es uno de los grandes errores de la humanidad; como hecho aislado se presenta con su inseparable cortejo de sangre, dolores y crímenes, bien nazca de una accion necesaria, ya dimane del empleo injusto de la fuerza del poderoso contra el débil; no cambia su carácter por el móvil que las dirige, el tiempo en que se ejecuta, ni la nacion que la emprende y resista. Siempre y en todos casos, segun la valiente expresion de Gratry, ¡qué importa al conquistador el destruir y asolar los pueblos, con tal de quedarse con los despojos de los muertos!

Dícese que la guerra es un mal necesario; dejamos la controversia á quien quiera dirimirla. La verdad es, que frecuentemente despues de levantado el tremendo azote, seca la sangre que halagó la tierra, enjugadas las lágrimas, olvidados un tanto los dolores, renacen la tranquilidad y el consuelo, y la Santa Providencia sabe sacar del espantoso cataclismo enseñanzas y adelantos para la humanidad. ¿Debemos colocar la conquista de México en este caso privilegiado? ¿El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América trajeron algun provecho para la civilizacion? Nos apresuramos á responder afirmativamente.

Para fundar nuestro aserto basta comparar lo antiguo con lo moderno; el acopio de conocimientos perdidos con el tesoro de conocimientos existentes, y pronunciar en favor del lado en donde se encuentra la ventaja. Sin duda que del descubrimiento de América, resultó este gran milagro, se duplicó el mundo. La familia humana estaba dividida en dos grandes fracciones, separadas, desconocidas una de la otra, sin comunicacion ni trato; crecían y se desarrollaban, caminando por senderos distintos al término lejano del progreso: la conquista las fundió en una sola turquesa, produjo la unidad en la pluralidad, hizo un sólo cuerpo del género humano, obligándole á seguir el mismo camino hácia la perfeccion indefinida, jamás infinita.

Gran calamidad fué para la Europa la irrupcion de los pueblos bárbaros del Norte, y pérdida grande la del extenso y muy adelantado mundo romano; pero aquel relajado imperio había extraviado la senda del adelanto, pagaba sus crímenes con sangre como con sangre había sembrado sus doctrinas, y de las cenizas de aquella sociedad corrompida nacieron las poderosas naciones modernas. En la conquista de América, una civilizacion más adelantada y progresiva vino á destruir otra civilizacion mucho ménos perfecta y por su índole un tanto estacionaria; si en el órden social se encontraban pueblos en organizacion civil, mil otros había en estado totalmente primitivo y salvaje; de Norte á Sur los elementos civilizadores pugnaban con los instintos del hombre vagabundo, produciendo un laberinto, un estado que se acercaba al embrionario. La invasion europea vino á poner término al caos; prodújose la luz de una manera instantánea, y de la ruina de lo pasado brotaron los pueblos del Nuevo Mundo.

Sin pretender abrazar todo el continente, meditemos en lo acontecido en nuestra patria. La religion es un principio civilizador por excelencia: es el primer instinto racional en el salvaje, la norma para un conjunto en marcha progresiva. La moral azteca bien merecía la calificacion de adelantada y buena, mas iba hermanada con negras supersticiones tomadas de la adivinacion y de la cábala. Su mitología terrible, abigarrada, ofrecía un conjunto de divinidades monstruosas, una coleccion de leyendas á veces insulsas y pueriles. El culto era verdaderamente horrendo; pedía sangre contínuamente derramada. Disgústase el ánimo á la consideracion de aquellas crueles penitencias, en que el endurecido creyente ofrece impasible el rojo licor de sus venas, ó sufre las más punzantes torturas; pero la razon se subleva y horroriza á la vista de la víctima humana, no sólo inmolada al golpe del cuchillo, sino ofrecida en otras formas exquisitas aplicando un refinamiento de crueldad. Cualesquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie, es más humana y aceptable que ésta. Borrarla de la faz de la tierra fué un inmenso beneficio; sustituirla con el cristianismo, fué avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilizacion. Esta conclusion es para nosotros axiomática, evidente, clara como la luz meridiana.

Alguien ha estampado, que el catolicismo unido con la Inquisicion equivalía al rito azteca; no admitimos la frase, porque el símil

está fundado en semejanzas traidas de tan léjos, que es verdaderamente absurdo. Admitiéndole, sin conceder, observaremos de paso, que el terrible tribunal en nuestro país era arma política, más que instituto religioso; ninguna jurisdiccion ejercía sobre los indígenas sustraidos á sus juicios por las leyes; llenaron generalmente las cárceles del Santo Oficio españoles, portugueses ó extranjeros; contados fueron quienes perecieron quemados vivos; en los dos y medio siglos de existencia en nuestro país del Tribunal de la Fé, la suma de los penitenciados de todas clases y categorías no alcanza ni de muy remoto, no ya al inmenso número de víctimas inmoladas en sólo la dedicacian del teocalli mayor, pero ni áun en las solemnidades de un año comun. La Inquisicion fué un accesorio pegadizo y extraño al catolicismo; la víctima humana constituía la esencia del ritual azteca.

No entraremos en la enumeracion minuciosa de todas y cada una de las ventajas traidas por la civilizacion europea, porque sería poco ménos de imposible; nos contentaremos con indicar algunas de las más principales. La escritura geroglífica, todavía insuficiente y en vía de formacion progresiva; cedió el lugar á la escritura fonética perfecta y acabada. El conocimiento y la aplicacion del hierro trajo inmensa ganancia. Por un capricho extraño de la suerte, el primer uso y empleo que los pueblos americanos vieron del útil metal, fué en la espada que armaba al conquistador y en la marca con que se herraba á los esclavos; sólo algun tiempo despues de pasada la catástrofe pudieron observar, que aquellas hojas brillantes y duras, en mil formas diversas y de distintos tamaños, podían servir á los usos industriales más complicados, á los domésticos más minuciosos, á todas las necesidades de la vida; entónces notaron con asombro que del duro mineral brotaban á cientos las artes, como allá en los tiempos fabulosos saltaron los dioses y las diosas del tecpatl, arrojado desde el onceno cielo á la tierra por la primitiva deidad Omecihuatl. Con el tiempo, la humanidad y la ley quebraron el hierro del esclavo, quedando ya comunes las armas en manos del vencido y del vencedor.

Las artes y las ciencias descubrieron nuevos é inmensos horizontes á la inteligencia de los indígenas, prometiéndoles para el porvenir la mejora, el adelanto, la igualdad con sus señores. Comunicándoles el vigor de la sabiduría, haciéndoles varoniles y duros por

el sufrimiento, armándoles de esos terribles ingenios que los hombres inventan para arrancarse una vida que parece que en los demas estorba, las naciones sojuzgadas sufrieron una completa transformacion, quedando aptas con el tiempo para emprender y luchar por propia cuenta.

En épocas remotas vivieron en América los animales útiles compañeros del hombre; con motivo de un cataclismo, por el cambio de condiciones biológicas en el continente ó porque les agotaran las tribus salvajes, aquellos animales perecieron, dejando sus despojos en las capas geológicas como demostracion de su pristina existencia. Los castellanos les trajeron de nuevo á sus conquistas. Hubo como una especie de asimilacion. El conquistador, sus descendientes, la gente vigorosa y activa de los campos se apropiaron el brioso caballo, destinado para la guerra, á los viajes prontos y lejanos, á los ejercicios de valor y destreza; las razas mezcladas se tomaron la arisca y fuerte mula, entregada al trasporte de las mercancías, á mover el carro y los vehículos de tránsito, y si el principal empleo del cuadrúpedo era en la recua y en el tiro, prestábase tambien como cabalgadura para atravesar las comarcas montuosas y difíciles; el pollino quedó como propio de los indígenas de raza pura, con su paso lento, su frugalidad y su paciencia, sujeto al desempeño de los quehaceres del pequeño tráfico, rudos sin embargo y siempre mal remunerados. Estas aplicaciones prácticas, con todas las que de ellas se producen, trajeron sin duda una inmensa revolucion social, siendo de las mayores consecuencias la de haber recobrado los maceguales la dignidad hamana, ya que ántes estaban reducidos á la miserable condicion de béstias de carga.

El toro, prestando su esfuerzo á los trabajos agrícolas, alivió las faenas del rústico; fecundóse la tierra en porciones más extensas, la cosecha se tornó más productiva y ménos precaria, ademas de la perfeccion del grano obtenido. Contribuyó el cordero con su vellon para abrigo y vestido de aquellos pueblos desnudos, ántes reducidos para cubrir sus necesidades al uso del algodon y de las pieles de los animales bravos matados en la caza. La vaca y la cabra con sus productos naturales; ambas especies reunidas á los rebaños de carneros, á las piaras de cerdos y á la cría de diversos animales de corral produjeron una alimentacion más abundante, sabrosa y nutritiva, al mismo tiempo enemiga del hambre del pobre y solicita-

dora del gusto. Empleáronse las pieles en mil usos ántes desconocidos, miéntras otros despojos quedaron aplicados, ya á ciertos artefactos, ya al abono de las campiñas arables.

La base de la alimentacion la formaban el maíz, frijol y pimiento, con otras semillas recogidas en pequeñas fracciones en fuerza de perseverante labor. El trigo, la cebada, algunas especies de hortalizas y áun algunos frutos, hicieron más variado el cultivo, propio de los diversos climas, en mayor escala y por consiguiente apropiado á precaver la carestía, pues rendimientos más considerables prevenían depósitos para el caso de urgentes necesidades. Sin duda que esta manera de sana nutricion ataba por mucho las plagas y enfermedades producidas por el consumo de yerbas sin sustancia y raíces perjudiciales.

No fué despreciable enseñanza la ciencia de navegar, ni los diversos medios de locomocion. Deriváronse del cruzamiento de las razas, pueblos bien formados, de viva imaginacion, listos para las nuevas doctrinas; la mejora de los usos y de las costumbres, la decencia en los trages, la conveniencia en muebles y utensilios, el gusto en adornos y compostura.

Cansado y por demas inútil nos parece proseguir la enumeracion de las ventajas obtenidas; convencidos como estamos de esta verdad, nos figuramos que el ánimo más resistente quedará vencido por la evidencia de los hechos. Adviértase que vamos juzgando de los resultados de la conquista; en manera alguna prejuzgamos, ni ajustamos á la misma medida, los problemas complexos de la dominacion española y de la independencia de los pueblos americanos. Cada acontecimiento consta de elementos propios, de causas determinantes y motivos peculiares, razon de ser para llegar á éste ó al otro término; de aquí la diferencia de argumentos, la desigualdad de las conclusiones.

De desear hubiera sido que, del naufragio en que pereció la antigua civilizacion indígena, se hubieran salvado algunos conocimientos, por cierto bien adelantados y preciosos. Los métodos prácticos por medio de los cuales aquellos astrónomos llegaron á la determinacion de los movimientos aparentes del sol y al valor del año trópico. El arte de labrar y pulir las piedras finas, entallar las rocas duras, sacar objetos complicados y láminas delgadas de la obsidiana. Fundir figuras de oro y plata en una pieza, ya firmes, ya mo-

vedizas, y lograr joyas y filigranas sin soldadura. Aplicar á las vasijas de barro los barnices iguales y trasparentes que usaban los alfareros de obra fina, con los colores que, aún despues de haber permanecido por siglos bajo la tierra, se presentan todavía frescos y brillantes. Los tejidos sutiles de algodon, mezclados con sedosas plumas y el pelo del conejo. A esto debiera debido juntarse, no perseguir imprudentemente los antiguos anales hasta casi extinguirlos, pues de su estudio habría resultado tal vez la solucion de los oscuros problemas, ahora para nosotros insolubles, acerca del orígen y de la filiacion de aquellas naciones. Conservando esas artes insipientes, en lo que tenían de aplicaciones prácticas, desarrolladas y llevadas á mayor perfeccion, hubieran acrecentado ese gran depósito civilizador, que los pueblos se legan unos á otros en la sucesion de los siglos, para hacer siempre más rico el tesoro de la ciencia humana.

Hemos oido disputar acaloradamente acerca de las ventajas que los pueblos americanos hubieran sacado, caso de que la conquista se hubiera verificado por otra nacion que no la castellana. Colocada en esta forma la controversia es especulativa por su misma esencia. En los campos de la divagacion y del supuesto, amplio campo encuentra la imaginacion para lanzarse á regiones en donde no puede ser perseguida: nosotros abandonamos ese terreno facticio, para seguir el de la realidad. Los hechos consumados se prestan á explicacion, pero no á réplica; lo que fué, fué, sin que logre torcerle ó borrarle ningun género de argumentaciones. Los castellanos conquistaron ambas Américas y su conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad.

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

PÁGS.

Págs.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

FIN.

